TODOS LOS CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM

Desde siempre, los cuentos de hadas, elegidos de forma adecuada para cada edad del niño, han supuesto un alimento muy especial para el alma infantil. Sin embargo, no acostumbramos a pensar en la fuente, profunda y amplia, que da origen a estas narraciones. Consideramos que esta traducción es la que más fielmente reproduce el trabajo original de los hermanos Grimm, así como el espíritu de los textos.

Hermanos Grimm

Todos los cuentos de los hermanos Grimm

ePub r1.4
Titivillus 21.10.2023

Título original: *Grimms Märchen*
Hermanos Grimm, 1857
Traducción: Francisco Payarols Casas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Madre del cuento de hadas,
tómame de tu mano

Navegando en tu barco
llévame en silencio

Madre del cuento de hadas,
llévame a tu gran país.

Prólogo

La aparición de los cuentos de Grimm debe explicarse partiendo de dos hechos capitales de la vida intelectual alemana en los primeros años del siglo XIX, ambos de alcance universal: el Romanticismo, por una parte y, dentro de él, el movimiento conocido con el nombre de *grupo de Heidelberg* y, por otra, el nacimiento de la llamada *Escuela histórica*, fundada por Savigny. En realidad, los dos hechos se fundan en uno solo: el principio fundamental de que partía la escuela de Savigny, que afirmaba que un proceso histórico no debe creerse producto de la actividad consciente e intencional de un individuo, sino que hay que considerarlo como un organismo dotado de vida propia y que se desarrolla en virtud de fuerzas que trascienden la razón; ahora bien, este principio no es, en el fondo, sino una formulación especial del culto que los románticos rendían a cuanto la Historia tiene de irracional, de misterioso, de originario y de primitivo.

Ante la rara fortuna que los *Kinder- und Hausmärchen* han tenido en todos los países del mundo y, más particularmente, ante el gran papel que desempeñan y es verosímil que sigan desempeñando aún durante siglos en la literatura infantil, puede parecer sorprendente tal planteamiento de su génesis. Así debe hacerse, sin embargo, pues los *Cuentos* nos ofrecen un ejemplo típico de cómo un producto artístico puede, en su resultado efectivo, trascender la intención que presidió su desarrollo.

El punto de vista de que partió Jacobo Grimm al concebir su colección de *Märchen* era estrictamente científico: su idea había sido la de recoger materiales referentes al remoto pasado de los pueblos germánicos, materiales que permitieran calar en los orígenes de su mitología y de sus instituciones, y recobrar algunas formas de lo que debió de ser su poesía primitiva. Estaba convencido de que los cuentos, a despecho de los cambios

inevitablemente sufridos en el curso de su prolongada transmisión oral, representan una forma primitiva, y de que las variaciones en ellos introducidas no se refieren, por lo común, más que a incidentes, detalles y adornos, pero raras veces a su estructura fundamental. Nada estaba, pues, más lejos de la mente de los hermanos (o al menos de la de Jacobo) que el propósito de escribir para un público infantil. El título, *Cuentos de la infancia y del hogar*, indica la procedencia y el carácter de la materia, no su destino. Sobre este punto, Jacobo fue explícito: «El libro no está escrito para los niños, aunque si les gusta, tanto mejor; no hubiera puesto tanto ánimo en componerlo, de no haber creído que las personas más graves y cargadas de años podían considerarlo importante desde el punto de vista de la poesía, de la mitología y de la historia». Los niños no han sido más que un instrumento, un pretexto, para su conservación y propagación: «Los niños sólo tienen receptividad para la épica; a esta particularidad de su carácter debemos la conservación de estos documentos».

¿Cómo ocurrió, pues, que una obra empezada con semejante gravedad de designios, se convirtiera, no sólo en el modelo clásico de la literatura de entretenimiento infantil, sino en una de las obras maestras del arte narrativo universal? En realidad, los hermanos Grimm trabajaban, tal vez sin darse clara cuenta de ello, bajo la tensión de una antinomia, cuyos polos eran «ciencia» y «poesía». La tensión se hallaba en el ambiente, pues estos dos conceptos, que a nosotros nos parecen tan distintos, por no decir antagónicos, pugnaban precisamente entonces, en el ánimo de los románticos (como en el espíritu de Goethe), para disociarse y definir el uno frente al otro sus respectivas fronteras; pero la tensión se hallaba también en la personalidad de los autores, cuyos caracteres eran mucho más distintos de lo que podría hacer creer la armonía que entre ellos reinó durante toda su vida: Jacobo, en efecto, era el científico; Guillermo, el poeta. De Jacobo fue la idea, la fijación del método y la parte más importante del trabajo de recopilación; Guillermo se encargó en especial de la elaboración de los cuentos, cuya redacción definitiva fijó en las ediciones posteriores. Jacobo se había lanzado entretanto a nuevas y más ambiciosas empresas, e intervino ya muy poco en la elaboración del segundo volumen, y si antes hemos visto a Jacobo preocuparse ante todo de la historia y de la mitología

es, en cambio, significativo leer en el prólogo del segundo volumen, escrito por Guillermo, las siguientes palabras: «No sólo nos proponemos prestar un servicio a la historia de la Poesía, sino dar ocasión a que la poesía que anima estos cuentos se haga plenamente eficaz».

De la eficacia de los cuentos es testimonio elocuente la influencia que han ejercido sobre la poesía y el arte narrativo de todos los países. De ahí que sea interesante dar algunos pormenores sobre la génesis de la colección.

La gestación de los *Kinder- und Hausmärchen* nos transporta a una época que podemos calificar de heroica, tanto en el campo de la acción como en el del pensamiento. Eran los años de reacción contra la invasión napoleónica. Ante la desdicha del presente, los alemanes volvían sus miradas al pasado, para sacar de él fe en el porvenir; así surgieron el *Guillermo Tell* de Schiller (1804), la *Hermannschlacht* de Heinrich van Kleist (1808). Por otra parte, Herder había encendido ya la comprensión para aquello que cada pueblo tiene en sí de valioso y distintivo, y había formulado su célebre principio de que la poesía era la lengua madre del género humano. Herder había refutado, con una brillante crítica, el método de explicar la Poesía partiendo de las escasas y tardías noticias que acerca de ella nos da la tradición escrita. Los monumentos literarios conservados en los libros son sólo el resto fosilizado de algo que, un tiempo, estuvo lleno de vida; por eso, las historias de la literatura no son sino vastos camposantos, cubiertos de osamentas, que son clasificadas y estudiadas de un modo mecánico, sin que nadie se pregunte nunca por la necesidad vital a que debieron su nacimiento. Por no atender a esta necesidad que presidió su origen, se ha podido escribir la historia de la literatura en forma de un estudio de los movimientos migratorios de las formas poéticas, las cuales se hacen derivar de una fuente única, siendo así que en todos los pueblos se hallan simientes capaces de hacer brotar la creación artística. Así es como Herder llegó a fundar su principio, trascendental para el pensamiento de la primera mitad del siglo XIX, del «espíritu creador del pueblo». ¿Por qué hemos de convertirnos en copistas, cuando podemos ser originales? Ésta fue la pregunta que conmovió hasta lo más íntimo la conciencia de los escritores alemanes.

La respuesta, en el campo mismo en que se había situado Herder, no se hizo esperar: fue el *Des Knaben Wunderhorn*, la famosa colección de canciones populares publicada por Arnim y Brentano (1806), que renovó todos los modos de la lírica germana. La otra respuesta fueron los *Kinder- und Hausmärchen* de Jacobo y Guillermo Grimm, cuyo primer volumen fue publicado en 1812, seguido por el segundo en 1815.

La vinculación de la obra de los hermanos Grimm a las sugerencias herderianas y al ejemplo de Arnim y Brentano no puede ser más clara y explícita. Herder había sido el primero (ya en 1777) en llamar la atención sobre la importancia histórica del cuento alemán, que para él era «un resultado de las creencias populares y de la potencia imaginativa del pueblo». Por otra parte, al margen de su colaboración con Brentano en el *Wunderhorn*, Arnim había acariciado la idea de escribir una gran obra sobre las antigüedades germánicas y, a tal efecto, en 1805 habla de las leyendas y cuentos *(Sagen und Märchen)* que sería conveniente incluir en la proyectada colección.

Que estas palabras de Arnim sirvieron de acicate inmediato a los Grimm, lo da a suponer el hecho de que los dos hermanos pusieran manos a la obra ya al año siguiente de haber sido escritas (1806). Su primera intención fue publicar la obra en colaboración con Brentano; pero tuvieron que abandonarla pronto. El pensamiento de Brentano era recoger de labios del pueblo la materia bruta, para reelaborarla luego con la misma libertad con que había procedido en su colección de canciones. Los Grimm veían la cosa desde un ángulo distinto: se trataba, ante todo, de reproducir exactamente y con todo rigor científico la materia narrativa tal como se hallaba en la tradición oral, respetando fórmulas estilísticas y expresiones dialectales. La poesía de los cuentos había de actuar por sí misma, sin aditamentos literarios, y su preservación en ningún caso debía hacerse a costa de su valor documental.

Esta actitud representaba una novedad en la cuentística literaria (tal vez con la única, aunque importante excepción de Perrault, quien ya en 1697 había publicado los *Contes de ma mère l'Oye* en tono infantil y sin adiciones substanciales). Para los cuentistas anteriores, embebidos de las concepciones racionalistas de la Ilustración, el cuento, como tal, no era más

que un pretexto para la exposición de sus propias ideas e invenciones; era la materia bruta, que había que vestir con nobles palabras y pensamientos significativos. Todavía Wieland decía: «Los cuentos de viejas, contados en el estilo de las viejas, muy bien que se transmitan de boca en boca; pero imprimirlos, de ningún modo».

Los precedentes de la obra de Grimm (aparte el ya mencionado de Perrault) deben buscarse fuera de la literatura en su sentido estricto; se hallan más bien en los libros populares, groseramente escritos y peor impresos que, por otra parte, raras veces sabían captar el espíritu de la narración oral, y a menudo ni acertaban siquiera a descubrir cuál era el punto esencial de cada relato. Y cuando su autor estaba dotado de una sensibilidad que se levantara algo por encima del nivel corriente, era raro que resistiera a la tentación de intercalar sus propias invenciones y de adaptar materiales de publicaciones extranjeras similares, mezclando así lo genuino con lo espurio, lo nacional con lo exótico.

Algunos de los cuentos que figuraban en estas oscuras publicaciones fueron admitidos en la suya por los Grimm. Pero la gran masa de su material la recogieron directamente y de viva voz. Las fuentes de los *Märchen* fueron, sobre todo, dos distritos de Hesse: el condado de Hanau, la lengua de tierra que se extiende junto a las márgenes del Mein y su afluente el Kinzig, patria de los dos hermanos, y la región de Kassel. Muchos cuentos fueron transcritos de labios de personas conocidas, especialmente miembros de la familia de Werner van Haxthausen; una parte de los más bellos del segundo volumen se deben a una campesina de la aldea de Niederzwehren (cerca de Kassel), la Viemännin; con más de 50 años de edad, estaba dotada de una memoria excepcional; recitaba los cuentos dos veces: una, libremente y en tono normal, la segunda, despacio, para dar tiempo a que su oyente pudiera transcribirlos con toda fidelidad; repetía siempre las mismas palabras, procurando corregirse a sí misma cuando cometía algún error, por nimio que fuera.

En 1807, a un año de haber empezado la recogida de material, Brentano se admira ya del número y calidad de los tesoros reunidos, y concibe la idea de aprovechar algunos para la segunda parte del *Wunderhorn*. Arnim insta para que se proceda a la publicación inmediata, exhortando a los Grimm a

que no se dejen demorar por un intempestivo afán de perfección. Guillermo nos ha dejado una vivaz descripción de la pintoresca escena en el cuarto de Arnim, el día en que le presentaron los primeros originales: «Yendo de un lado a otro de la habitación, Arnim leía las páginas, una tras otra, mientras un canario amaestrado, manteniendo precariamente el equilibrio con graciosos movimientos de las alas, se estaba posando sobre su cabeza, entre cuyos rizos parecía sentirse muy a gusto».

A propósito de la aparición del primer volumen, en 1812, los autores definieron su proceder del modo siguiente: «No hemos añadido nada de nuestra cosecha, ni hemos intentado embellecer ninguna situación o rasgo de la tradición, sino que nos hemos esforzado en reproducir su contenido tal como nos ha sido transmitido; la expresión es nuestra, huelga decirlo, así como la exposición de cada detalle; pero procurando siempre conservar todas las particularidades observadas… Las repeticiones de frases, rasgos y transiciones deben considerarse como fórmulas épicas que se repiten de suyo cada vez que se pulsa la tecla correspondiente».

La combinación de fidelidad a la materia y de elaboración (y hasta cierto punto creación) poética queda así perfectamente definida desde un principio. La unidad de tono y estilo, que resalta en todos los cuentos, con ser éstos de tan diversas procedencias, es un claro indicio de que la actitud de los autores, ante la materia que les venía a las manos, estaba muy lejos de ser pasiva. Los críticos posteriores se han dedicado a poner en claro la importancia respectiva de aquellos dos elementos. (Véase, sobre todo, Hermann Hamann, *Die literarischen Vorlagen der Kinder- und Hausmärchen und ihre Bearbeitung durch die Brüder Grimm*, Berlín, 1909; Kurt Schmidt, *Die Entwikklung der Grimmschen Kinder- und Hausmärchen*, Halle, 1932.) Daremos aquí un breve resumen de sus resultados.

La tradición oral proporciona, no sólo el volumen mayor del material, sino, en particular, el tono y el estilo. Los Grimm pusieron especial empeño en mantenerse fieles a la originalidad y belleza de la lengua popular; no se propusieron crear, sino reproducir las creaciones del pueblo y restablecer sus modos expresivos allí donde éstos habían sido desfigurados por la tradición literaria. Así, incluso cuando los cuentos proceden de fuentes

escritas (colecciones medievales, francesas, latinas, etc., en prosa o en verso), quedan fundidas en el conjunto, recobrando su primitiva frescura.

Las modificaciones introducidas son, por regla general, exteriores y accidentales; raras veces refunden los cuentos, aunque en algunas ocasiones modifican su extensión, abreviándolos o completándolos; eliminan detalles chocantes, como también suprimen las moralejas, apropiadas sólo cuando el cuento es considerado como un apólogo destinado al aleccionamiento o a la edificación moral. Asimismo, eliminan los elementos extraños que se han introducido en la tradición popular en forma de referencias concretas a personas o lugares: los cuentos deben considerarse como «sueños de un secreto mundo familiar, que se encuentra en todas partes y en ninguna» (Novalis). Desaparecen, por tanto, las digresiones tendenciosas, los rasgos satíricos, las alusiones concretas. Hasta los nombres propios quedan reducidos a los más corrientes: Heinz, Hans, Grete, Trude, a veces con un epíteto constante: *der faule Heinz, der lange Lenz, die dicke Trine, das kluge Gretel*.

Cada cuento representa una unidad completa y cerrada en sí misma; con rarísimas excepciones, no se encuentran referencias de un cuento al otro. El relato es siempre impersonal, y el narrador sólo ocasionalmente se permite intervenir al final con alusiones humorísticas o bonachonas a su auditorio infantil.

Señalar los elementos mágicos, restos de creencias o supersticiones antiquísimas, que se hallan diseminados en todos los cuentos, significaría emprender un estudio especial sobre este tema. Limitémonos aquí a señalar el simbolismo de los números. En las enumeraciones, éstos son poco menos que constantes: 3, 7, 12. Cuando los hermanos son tres, el menor es siempre el mejor; asimismo, las empresas salen bien a la tercera tentativa.

El primitivismo de las ideas y sentimientos resalta, entre otras cosas, en el humorismo, que se complace en las bufonadas más elementales; en la psicología, totalmente falta de análisis y matizaciones, basada sólo en fuertes contrastes de bien y mal. Por lo demás, la excelencia moral o espiritual coincide siempre con la belleza física, la cual es descrita de un modo hiperbólico, típico y conciso: *wunderschön, so schön, wie ihr auf der Welt eine finden könnt, als noch jemand auf Erde gewesen war*, etc.

La sintaxis es de lo más sencillo, con absoluta predominancia de la coordinación sobre la subordinación. La lengua es clara, viva, plástica y concreta, desprovista de imágenes o vagas comparaciones. Al revés de lo que ocurre con la prosa artística, de tendencias alegorizantes, en que lo general sirve para expresar lo particular, aquí las cosas concretas son estilizadas para expresar abstracciones, pues la lengua del pueblo, como la del niño, es pobre en generalidades derivadas.

* * *

Tal fue el origen y tales las características de uno de los libros que más vitalidad han demostrado entre todas las producciones del Romanticismo alemán. Aunque parezca paradójico, a este resultado han contribuido no poco la actitud y el método con que los hermanos Grimm se acercaron a su pueblo. Sus pretensiones de rigor científico pueden parecernos hoy pueriles y son, desde luego, insuficientes desde el punto de vista de la moderna etnología y del moderno folklore; pero de hecho los salvaron de adoptar formas y modos que no han resistido los cambios de gusto y de concepciones. A despecho de su adhesión a las ideas de su tiempo, supieron poner siempre los hechos por delante de las teorías. Gracias a ello, su obra ha quedado, no sólo en Alemania, sino en todos los pueblos del mundo, como el modelo perfecto de los «cuentos populares», los *Volksmärchen*, en contraposición al género literario de los «cuentos de hadas», producto de la fantasía artística. Piénsese lo que se quiera de la romántica fe de los Grimm en la superioridad de la poesía popular sobre la poesía de arte; lo cierto es que el monumento que erigieron a la poesía espontánea de su pueblo ha sido una fuente de inspiración en la que no han desdeñado beber los escritores más refinados.

* * *

La presente traducción castellana ofrece, entre las que existen en nuestra lengua, la novedad de ser completa. Las ventajas de poseer una traducción de esta índole son demasiado obvias para que requieran ser enumeradas.

Baste recordar el doble carácter de la obra de los Grimm, su intención científica y su realización artística, para comprender las ventajas que para muchos estudiosos o aficionados del folklore o la etnología puede reportar una versión de todo el material sacado a luz por los dos hermanos. Tal duplicidad de carácter ha sido también tenida en cuenta en la adopción de criterio para la traducción. La versión literal de algunos cuentos ofrece espinosas dificultades, y sólo sería factible sacrificando, poco menos que del todo, su eficacia como obra literaria o de entretenimiento. En estos casos (que por lo demás no son muchos) se ha impuesto una cierta adaptación, que respetando en lo posible el contenido, resultara legible en castellano. Entiéndase, sin embargo, que tal adaptación sólo alcanza a detalles de forma; en todo lo esencial, los cuentos ruedan tal como los publicaron sus autores.

EDUARDO VALENTI

CUENTOS

Cuentos.

El rey-rana o el fiel Enrique

EN aquellos remotos tiempos, en que bastaba desear una cosa para tenerla, vivía un rey que tenía unas hijas lindísimas, especialmente la menor, la cual era tan hermosa que hasta el Sol, que tantas cosas había visto, se maravillaba cada vez que sus rayos se posaban en el rostro de la muchacha.

Junto al palacio real extendíase un bosque grande y oscuro, y en él, bajo un viejo tilo, fluía un manantial. En las horas de más calor, la princesita solía ir al bosque y sentarse a la orilla de la fuente. Cuando se aburría, poníase a jugar con una pelota de oro, arrojándola al aire y recogiéndola con la mano al caer; era su juguete favorito.

Ocurrió una vez que la pelota, en lugar de caer en la manita que la niña tenía levantada, hízolo en el suelo y, rodando, fue a parar dentro del agua. La princesita la siguió con la mirada, pero la pelota desapareció, pues el manantial era tan profundo, tan profundo, que no se podía ver su fondo.

La niña se echó a llorar; y lo hacía cada vez más fuerte, sin poder consolarse, cuando en medio de sus lamentaciones oyó una voz que decía:

—¿Qué te ocurre, princesita? ¡Lloras como para ablandar las piedras!

La niña miró en torno suyo, buscando la procedencia de aquella voz, y descubrió una rana que asomaba su gruesa y fea cabezota por la superficie del agua.

—¡Ah!, ¿eres tú, viejo chapoteador? —dijo—. Pues lloro por mi pelota de oro, que se me cayó en la fuente.

—Cálmate y no llores más —replicó la rana—. Yo puedo arreglarlo. Pero ¿qué me darás si te devuelvo tu juguete?

—Lo que quieras, mi buena rana —respondió la niña—; mis vestidos, mis perlas y piedras preciosas; hasta la corona de oro que llevo.

Mas la rana contestó:

—No me interesan tus vestidos, ni tus perlas y piedras preciosas, ni tu corona de oro; pero si estás dispuesta a quererme, si me aceptas por tu amiga y compañera de juegos; si dejas que me siente a la mesa a tu lado y coma de tu platito de oro y beba de tu vasito y duerma en tu camita; si me prometes todo esto, bajaré al fondo y te traeré la pelota de oro.

—¡Oh, sí! —exclamó ella—. Te prometo cuanto quieras con tal que me devuelvas la pelota —mas pensaba para sus adentros—. ¡Qué tonterías se le ocurren a este animalejo! Tiene que estarse en el agua con sus semejantes, croa que te croa. ¿Cómo puede ser compañera de las personas?

Obtenida la promesa, la rana se zambulló en el agua, y al poco rato volvió a salir, nadando a grandes zancadas, con la pelota en la boca. Soltóla en la hierba, y la princesita, loca de alegría al ver nuevamente su hermoso juguete, lo recogió y echó a correr con él.

—¡Aguarda, aguarda! —gritóle la rana—. ¡Llévame contigo; no puedo alcanzarte; no puedo correr tanto como tú!

Pero de nada le sirvió desgañitarse y gritar «cro, cro» con todas sus fuerzas. La niña, sin atender a sus gritos, seguía corriendo hacia el palacio, y no tardó en olvidarse de la pobre rana, la cual no tuvo más remedio que volver a zambullirse en su charca.

Al día siguiente, estando la princesita a la mesa junto con el Rey y todos los cortesanos, comiendo en su platito de oro, he aquí que plis, plas, plis, plas se oyó que algo subía fatigosamente las escaleras de mármol de palacio y, una vez arriba, llamaba a la puerta:

—¡Princesita, la menor de las princesitas, ábreme!

Ella corrió a la puerta para ver quién llamaba y, al abrir, encontróse con la rana allí plantada. Cerró de un portazo y volvióse a la mesa, llena de zozobra.

Al observar el Rey cómo le latía el corazón, le dijo:

—Hija mía, ¿de qué tienes miedo? ¿Acaso hay a la puerta algún gigante que quiere llevarte?

—No —respondió ella—, no es un gigante, sino una rana asquerosa.

—Y ¿qué quiere de ti esa rana?

—¡Ay, padre querido! Ayer estaba en el bosque jugando junto a la fuente, y se me cayó al agua la pelota de oro. Y mientras yo lloraba, la rana me la trajo. Yo le prometí, pues me lo exigió, que sería mi compañera; pero jamás pensé que pudiese alejarse de su charca. Ahora está ahí afuera y quiere entrar.

Entretanto, llamaron por segunda vez y se oyó una voz que decía:

«¡Princesita, la más niña, ábreme!
¿No sabes lo que ayer me dijiste
junto a la fresca fuente?
¡Princesita, la más niña, ábreme!»

Dijo entonces el Rey:

—Lo que prometiste debes cumplirlo. Ve y ábrele la puerta.

La niña fue a abrir, y la rana saltó dentro y la siguió hasta su silla. Al sentarse la princesa, la rana se plantó ante sus pies y le gritó:

—¡Súbeme a tu silla!

La princesita vacilaba, pero el Rey le ordenó que lo hiciese. De la silla, el animalito quiso pasar a la mesa y, ya acomodado en ella, dijo:

—Ahora acércame tu platito de oro para que podamos comer juntas.

La niña la complació, pero veíase a las claras que obedecía a regañadientes. La rana engullía muy a gusto, mientras a la princesa se le atragantaban todos los bocados. Finalmente, dijo la bestezuela:

—¡Ay! Estoy ahíta y me siento cansada; llévame a tu cuartito y arregla tu camita de seda; dormiremos juntas.

La princesita se echó a llorar; le repugnaba aquel bicho frío, que ni siquiera se atrevía a tocar; y he aquí que ahora se empeñaba en dormir en su cama. Pero el Rey, enojado, le dijo:

—No debes despreciar a quien te ayudó cuando te encontrabas necesitada.

Cogióla, pues, con dos dedos, llevóla arriba y la depositó en un rincón. Mas cuando ya se había acostado, acercóse la rana a saltitos y exclamó:

—Estoy cansada y quiero dormir tan bien como tú; conque súbeme a tu cama, o se lo diré a tu padre.

La princesita acabó la paciencia; cogió a la rana del suelo y, con toda su fuerza, la arrojó contra la pared:

—¡Ahora descansarás, asquerosa!

Pero en cuanto la rana cayó al suelo dejó de ser rana, y convirtióse en un príncipe, un apuesto príncipe de bellos ojos y dulce mirada. Y el Rey lo aceptó como compañero y esposo de su hija.

Contóle entonces que una bruja malvada lo había encantado, y que nadie sino ella podía desencantarlo y sacarlo de la charca; díjole que al día siguiente se marcharían a su reino.

Durmiéronse, y a la mañana, al despertarlos el sol, llegó una carroza tirada por ocho caballos blancos, adornados con penachos de blancas plumas de avestruz y cadenas de oro. Detrás iba, de pie, el criado del joven Rey, el fiel Enrique. Este leal servidor había sentido tal pena al ver a su señor transformado en rana, que se mandó colocar tres aros de hierro en torno al corazón para evitar que le estallase de dolor y de tristeza.

La carroza debía conducir al joven Rey a su reino. El fiel Enrique acomodó en ella a la pareja y volvió a montar en el pescante posterior; no cabía en sí de gozo por la liberación de su señor.

Cuando ya habían recorrido una parte del camino, oyó el príncipe un estallido a su espalda, como si algo se rompiese. Volviéndose, dijo:

«¡Enrique, que el coche estalla!
—No, no es el coche lo que falla,
es un aro de mi corazón,
que ha estado lleno de aflicción
mientras viviste en la fontana
convertido en rana».

Por segunda y tercera vez oyóse aquel chasquido durante el camino, y siempre creyó el príncipe que la carroza se rompía; pero no eran sino los aros que saltaban del corazón del fiel Enrique al ver a su amo redimido y feliz.

El gato y el ratón hacen vida en común

UN gato había trabado conocimiento con un ratón, y tales protestas le hizo de cariño y amistad que, al fin, el ratoncito se avino a poner casa con él y hacer vida en común.

—Pero tenemos que pensar en el invierno, pues de otro modo pasaremos hambre —dijo el gato—. Tú, ratoncillo, no puedes aventurarte por todas partes; al fin caerías en alguna ratonera.

Siguiendo, pues, aquel previsor consejo, compraron un pucherito lleno de manteca. Pero luego se presentó el problema de dónde lo guardarían, hasta que, tras larga reflexión, propuso el gato:

—Mira, el mejor lugar es la iglesia. Allí nadie se atreve a robar nada. Lo esconderemos debajo del altar y no lo tocaremos hasta que sea necesario.

Así, el pucherito fue puesto a buen recaudo. Pero no había transcurrido mucho tiempo cuando, cierto día, el gato sintió ganas de probar la golosina y dijo al ratón:

—Oye, ratoncito, una prima mía me ha hecho padrino de su hijo; acaba de nacerle un pequeñuelo de piel blanca con manchas pardas, y quiere que yo lo lleve a la pila bautismal. Así es que hoy tengo que marcharme; cuida tú de la casa.

—Muy bien —respondió el ratón— vete en nombre de Dios y si te dan algo bueno para comer, acuérdate de mí. También yo chuparía a gusto un poco del vinillo de la fiesta.

Pero todo era mentira; ni el gato tenía prima alguna ni lo habían hecho padrino de nadie. Fuese directamente a la iglesia, se deslizó hasta el puchero de grasa, se puso a lamerlo y se zampó toda la capa exterior. Aprovechó luego la ocasión para darse un paseíto por los tejados de la

ciudad; después se tendió al sol, relamiéndose los bigotes cada vez que se acordaba de la sabrosa olla. No regresó a casa hasta el anochecer.

—Bien, ya estás de vuelta —dijo el ratón—; a buen seguro que has pasado un buen día.

—No estuvo mal —respondió el gato.

—¿Y qué nombre le habéis puesto al pequeñuelo? —inquirió el ratón.

—«Empezado» —repuso el gato secamente.

—¿«Empezado»? —exclamó su compañero—. ¡Vaya nombre raro y estrambótico! ¿Es corriente en vuestra familia?

—¿Qué le encuentras de particular? —replicó el gato—. No es peor que «Robamigas», como se llaman tus padres.

Poco después le vino al gato otro antojo, y dijo al ratón:

—Tendrás que volver a hacerme el favor de cuidar de casa, pues otra vez me piden que sea padrino, y como el pequeño ha nacido con una faja blanca en torno al cuello, no puedo negarme.

El bonachón del ratoncito se mostró conforme, y el gato rodeando sigilosamente la muralla de la ciudad hasta llegar a la iglesia, se comió la mitad del contenido del puchero.

—Nada sabe tan bien —díjose para sus adentros— como lo que uno mismo se come.

Y quedó la mar de satisfecho con la faena del día.

Al llegar a casa preguntóle el ratón:

—¿Cómo le habéis puesto esta vez al pequeño?

—«Mitad» —contestó el gato.

—¿«Mitad»? ¡Qué ocurrencia! En mi vida había oído semejante nombre; apuesto a que no está en el calendario.

No transcurrió mucho tiempo antes de que al gato se le hiciese de nuevo la boca agua pensando en la manteca.

—Las cosas buenas van siempre de tres en tres —dijo al ratón—. Otra vez he de actuar de padrino; en esta ocasión, el pequeño es negro del todo, sólo tiene las patitas blancas; aparte de ellas, ni un pelo blanco en todo el cuerpo. Esto ocurre con muy poca frecuencia. No te importa que vaya, ¿verdad?

—¡«Empezado», «Mitad»! —contestó el ratón—. Estos nombres me dan mucho que pensar.

—Como estás todo el día en casa, con tu levitón gris y tu larga trenza —dijo el gato—, claro, coges manías. Estas cavilaciones te vienen del no salir nunca.

Durante la ausencia de su compañero, el ratón se dedicó a ordenar la casita y dejarla como la plata, mientras el glotón se zampaba el resto de la grasa del puchero.

—Es bien verdad que uno no está tranquilo hasta que lo ha limpiado todo —díjose.

Y, ahíto como un tonel, no volvió a casa hasta bien entrada la noche.

Al ratón le faltó tiempo para preguntarle qué nombre habían dado al tercer gatito.

—Seguramente no te gustará tampoco —dijo el gato—. Se llama «Terminado».

—¡«Terminado»! —exclamó el ratón—. Éste sí que es el nombre más estrafalario de todos. Jamás lo vi escrito en letra impresa. ¡«Terminado»! ¿Qué diablos querrá decir?

Y, meneando la cabeza, se hizo un ovillo y se echó a dormir.

Ya no volvieron a invitar al gato a ser padrino, hasta que, llegado el invierno y escaseando la pitanza, pues nada se encontraba por las calles, el ratón acordóse de sus provisiones de reserva.

—Anda, gato, vamos a buscar el puchero de manteca que guardamos; ahora nos vendrá de perlas.

—Sí —respondió el gato—, te sabrá como cuando sacas la lengua por la ventana.

Salieron, pues, y al llegar al escondrijo, allí estaba el puchero, en efecto, pero vacío.

—¡Ay! —clamó el ratón—. Ahora lo comprendo todo; ahora veo claramente lo buen amigo que eres. Te lo comiste todo cuando me decías que ibas de padrino: primero «empezado», luego «mitad», luego…

—¿Vas a callarte? —gritó el gato—. ¡Si añades una palabra más, te devoro!

—… «terminado» —tenía ya el pobre ratón en la lengua.

No pudo aguantar la palabra y, apenas la hubo soltado, el gato pegó un brinco y, agarrándolo, se lo tragó de un bocado.

Así van las cosas de este mundo.

La hija de la Virgen María

EN las lindes de un gran bosque vivía un leñador con su mujer y su única hija, una niña de tres años. Eran tan pobres que ni siquiera podían disponer del pan de cada día, y no sabían qué dar de comer a su hijita.

Una mañana, el leñador se fue a trabajar al bosque y, mientras estaba partiendo leña, llena la cabeza de preocupaciones, apareciósele de pronto una dama hermosísima; en su cabeza brillaba una corona de refulgentes estrellas. Le dijo:

—Soy la Virgen María, Madre del Niño Jesús. Eres pobre y necesitado, tráeme a tu pequeña; me la llevaré conmigo; seré su madre y la cuidaré.

El leñador obedeció; fue a buscar a su hija y la entregó a la Virgen María, la cual se volvió al cielo con ella. La niña lo pasaba de perlas: para comer, mazapán; para beber, leche dulce; sus vestidos eran de oro, y los angelitos jugaban con ella.

Cuando tuvo catorce años, llamóla un día la Virgen y le dijo:

—Hija mía, he de salir de viaje, un viaje muy largo; ahí tienes las llaves de las trece puertas del Cielo; tú me las guardarás. Puedes abrir doce y contemplar las maravillas que encierran; pero la puerta número trece, que es la de esta llavecita, no debes abrirla. ¡Guárdate de hacerlo, pues la desgracia caería sobre ti!

La muchacha prometió ser obediente y, cuando la Virgen hubo partido, comenzó a visitar los aposentos del reino de los Cielos. Cada día abría una puerta distinta, hasta que hubo dado la vuelta a las doce. En cada estancia había un apóstol rodeado de una brillante aureola.

La niña no había visto en su vida cosa tan magnífica y preciosa. No cabía en sí de contento, y los angelitos que siempre la acompañaban,

compartían su placer. Pero he aquí que ya sólo quedaba la puerta prohibida, y la niña, con unas ganas locas de saber lo que había detrás, dijo a los angelitos:

—No voy a abrirla de par en par, y tampoco quiero entrar dentro; sólo la entreabriré un poquitín para que podamos mirar por la rendija.

—¡Oh, no! —exclamaron los ángeles—. Sería un pecado. La Virgen María lo ha prohibido, y podría ocurrirte una desgracia.

La chiquilla guardó silencio, pero en su corazón no se acalló la curiosidad, que la roía y atormentaba sin darle punto de reposo. Cuando los angelitos se hubieron retirado, pensó ella: «Ahora que estoy sola, podría echar una miradita; nadie lo sabrá».

Fue a buscar la llave; cuando la tuvo en la mano, la metió en el ojo de la cerradura y le dio vuelta. Se abrió la puerta bruscamente y apareció la Santísima Trinidad, sentada entre fuego y un vivísimo resplandor. La niña quedóse un momento embelesada, contemplando con asombro aquella gloria; luego tocó ligeramente el brillo con el dedo, y éste le quedó todo dorado. Entonces sintió que se le encogía el corazón, cerró la puerta de un golpe y escapó corriendo. Pero aquella angustia no la abandonaba, y el corazón le latía muy fuerte, como si ya nunca quisiera calmársele. Además, el oro se le había pegado al dedo, y de nada servía lavarlo y frotarlo.

Al cabo de poco, regresó la Virgen María. Llamó a la muchacha y le pidió las llaves del Cielo. Al alargarle la niña el manojo de llaves, la Virgen miróla a los ojos y le preguntó:

—¿No habrás abierto la puerta número trece?

—No —respondió la muchacha.

La Virgen le puso la mano sobre el corazón; sintió cuán fuerte le palpitaba, y comprendió que la niña había faltado a su mandato.

Todavía le volvió a preguntar:

—¿De veras, no lo has hecho?

—No —repitió la niña.

La Virgen vio luego el dedo, que había quedado dorado al tocar el fuego celeste, y ya no dudó de que la muchacha había pecado; y le preguntó por tercera vez:

—¿No lo has hecho?

—No —insistió la niña tozuda.

Entonces dijo la Virgen María:

—No obedeciste, y encima has mentido; no eres digna de estar en el Cielo.

La muchacha quedó sumida en profundo sueño, y cuando despertó, se encontró en la Tierra, en medio de una selva. Quiso gritar, pero no pudo articular ningún sonido. Se puso en pie de un brinco y trató de huir; mas por dondequiera que se volvía encontraba espesos setos de espinas, que le cerraban paso.

En aquella soledad en que estaba aprisionada, levantábase un viejo árbol; su tronco hueco tuvo que ser su morada. En él se metía al cerrar la noche, y en él dormía; y allí se cobijaba también en tiempo de lluvia o tempestad. Pero era una vida miserable, y cada vez que pensaba en lo bien que estuvo en el Cielo, jugando con los ángeles, se echaba a llorar con amargura. Raíces y frutos silvestres eran su único alimento; los buscaba hasta donde podía llegar.

En otoño recogió las nueces y las hojas caídas del árbol, y las llevó a su tronco hueco; la nueces fueron su comida durante todo el invierno, y cuando llegaron las nieves y los hielos, cubrióse con las hojas como un animalito para no morir de frío. No tardaron en rompérsele los vestidos, que le caían en andrajos. En cuanto el sol volvía a calentar, salía ella de su escondrijo y se sentaba al pie del árbol; y los cabellos, larguísimos, la cubrían toda como un manto.

De este modo fueron pasando los años, uno tras otro, y no había amargura ni miseria que no sintiese.

Un día de primavera, cuando ya los árboles se habían vuelto a vestir de verde, el Rey del país salió a cazar al bosque. Un ciervo que perseguía fue a refugiarse entre la maleza que rodeaba el claro donde estaba la muchacha, el Rey se apeó del caballo y, con la espada, se abrió camino por entre los espinos.

Cuando por fin hubo atravesado los zarzales, descubrió sentada bajo el árbol a una joven hermosísima, cuyo cabello que parecía de oro la cubría hasta las puntas de los pies. El Rey se detuvo mudo de asombro y, al cabo de unos momentos, le dijo:

—¿Quién eres? ¿Cómo estás en un lugar tan solitario?

Pero no obtuvo respuesta, pues la joven no podía despegar los labios. El Rey siguió preguntando:

—¿Quieres venirte conmigo a palacio?

A lo que ella contestó con un ligero gesto afirmativo de la cabeza.

El Rey la cogió en brazos, la puso sobre el caballo y emprendió el regreso. Cuando llegó al palacio, mandó que la vistieran con las ropas más lindas, y le dio de todo en abundancia.

Aunque no podía hablar, era tan bella y tan graciosa, que el Rey se enamoró y, poco después, se casó con ella.

Habría transcurrido cosa de un año cuando la Reina dio a luz a un hijo. Pero he aquí que por la noche, estando la madre sola en la cama con el pequeño, apareciósele la Virgen María y le dijo:

—¿Quieres confesar la verdad y reconocer que abriste la puerta prohibida? Si lo haces, abriré tu boca y te devolveré la palabra, pero si te obstinas en el pecado y porfías en negar, me llevaré a tu hijito.

La reina recobró la palabra por un momento; pero, terca que terca, dijo:

—No, no abrí la puerta prohibida.

Entonces la Virgen le cogió de los brazos al recién nacido y desapareció con él.

A la mañana siguiente, como el pequeñuelo no apareciera por ninguna parte, cundió entre la gente el rumor de que la Reina comía carne humana y había devorado a su hijo. Ella lo oía sin poder justificarse; pero el Rey la quería tanto, que se negó a creerlo.

Al cabo de otro año, la Reina trajo al mundo a otro hijo.

Por la noche volvió a aparecérsele la Virgen y le dijo:

—Si confiesas que abriste la puerta prohibida, te devolveré a tu hijo y te desataré la lengua; pero si sigues obstinándote en el pecado y la mentira, me llevaré también a tu segundo hijo.

Y repitió la Reina:

—No, no abrí la puerta prohibida.

Y la Virgen le quitó el niño de los brazos y se volvió al Cielo.

Por la mañana, al ver la gente que también este niño había desaparecido, ya no se recató de decir en voz alta que la Reina lo había devorado, y los

consejeros del Rey pidieron que fuese sometida a juicio. Pero el Rey la amaba tanto, que no quería prestar oídos a nadie, y ordenó a sus consejeros, bajo pena de muerte, que no hablasen más del caso.

Pasó otro año, y la Reina dio a luz a una hermosa niña.

Por tercera vez apareciósele la Virgen María, y le dijo:

—¡Sígueme!

Y, cogiéndola de la mano, la condujo al Cielo, donde le mostró a sus dos hijos mayores que estaban riendo y jugando con la bola del mundo. Viendo cómo se holgaba la Reina de verlos tan dichosos, la Virgen le dijo:

—¿No se ablanda aún tu corazón? Si confiesas que abriste la puerta prohibida, te devolveré a tus hijitos.

Pero la Reina respondió por tercera vez:

—No, no abrí la puerta prohibida.

Entonces la Virgen la envió nuevamente a la Tierra y le quitó la niña recién nacida. Por la mañana, todo el pueblo prorrumpió en gritos:

—¡La Reina come carne humana, hay que condenarla a muerte!

El Rey ya no pudo acallar a sus consejeros. La hizo comparecer ante un tribunal y, como no podía contestar ni defenderse, fue condenada a morir en la hoguera.

Apilaron la leña, y cuando ya estaba atada al poste y las llamas comenzaban a alzarse a su alrededor, se derritió el duro hielo del orgullo y el arrepentimiento entró en su corazón; y pensó:

—¡Si antes de morir pudiera confesar que abrí aquella puerta!

En aquel momento le volvió el habla, y entonces gritó con todas sus fuerzas:

—¡Sí, María, sí que lo hice!

Y en aquel mismo instante, el cielo envió lluvia a la tierra y apagó la hoguera; se hizo una luz radiante a su alrededor y se vio descender a la Virgen María, llevando a los dos niños uno a cada lado, y a la niña recién nacida en brazos.

Dirigiéndose a la madre con acento bondadoso, le dijo:

—Quien se arrepiente de sus pecados y los confiesa, queda perdonado.

Restituyéndole a sus tres hijos, le desató la lengua y le dio felicidad para todo el resto de su vida.

El mozo que quería aprender lo que es el miedo

ERASE un padre que tenía dos hijos, el mayor de los cuales era listo y despierto, muy despabilado y capaz de salir con bien de todas las cosas. El menor, en cambio, era un verdadero zoquete, incapaz de comprender ni aprender nada, y cuando la gente lo veía, no podía por menos de exclamar: «¡Éste sí que va a ser la cruz de su padre!».

Para todas las faenas había que acudir al mayor; no obstante, cuando se trataba de salir ya anochecido a buscar alguna cosa, y había que pasar por las cercanías del cementerio o de otro lugar tenebroso y lúgubre, el mozo solía resistirse:

—No, padre, no puedo ir. ¡Me da mucho miedo!

Pues, en efecto, era miedoso.

En las veladas, cuando reunidos todos en torno a la lumbre, alguien contaba uno de esos cuentos que ponen carne de gallina, los oyentes solían exclamar: «¡Oh, qué miedo!». El hijo menor, sentado en un rincón, escuchaba aquellas exclamaciones sin acertar a comprender su significado.

—Siempre están diciendo: «¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!». Pues yo no lo tengo. Debe ser alguna habilidad de la que yo no entiendo nada.

Un buen día le dijo su padre:

—Oye, tú, del rincón. Ya eres mayor y robusto. Es hora de que aprendas también alguna cosa con que ganarte el pan. Mira cómo tu hermano se esfuerza; en cambio, contigo todo es inútil, como si machacaras hierro frío.

—Tenéis razón, padre —respondió el muchacho—. Yo también tengo ganas de aprender algo. Si no os pareciera mal, me gustaría aprender a tener miedo; de esto no sé ni pizca.

El mayor se echó a reír al escuchar aquellas palabras, y pensó para sí: «¡Santo Dios, y qué bobo es mi hermano! En su vida saldrá de él nada

bueno. Pronto se ve por dónde tira cada uno».

El padre se limitó a suspirar y a responderle:

—Día vendrá en que sepas lo que es el miedo, pero con esto no vas a ganarte el sustento.

A los pocos días tuvieron la visita del sacristán. Contóle el padre su apuro, cómo su hijo menor era un inútil; ni sabía nada, ni era capaz de aprender nada.

—Sólo os diré que una vez que le pregunté cómo pensaba ganarse la vida, me dijo que quería aprender a tener miedo.

—Si no es más que eso —repuso el sacristán—, puede aprenderlo en mi casa. Dejad que venga conmigo. Yo os lo desbastaré de tal forma, que no habrá más que ver.

Avínose el padre, pensando: «Le servirá para despabilarse». Así, pues, se lo llevó consigo y le señaló la tarea de tocar las campanas.

A los dos o tres días despertólo hacia medianoche y le mandó subir al campanario a tocar la campana. «Vas a aprender lo que es el miedo», pensó el hombre mientras se retiraba sigilosamente.

Estando el muchacho en la torre, al volverse para coger la cuerda de la campana vio una forma blanca que permanecía inmóvil en la escalera, frente al hueco del muro.

—¿Quién está ahí? —gritó el mozo. Pero la figura no se movió ni respondió—. Contesta —insistió el muchacho— o lárgate; nada tienes que hacer aquí a medianoche.

Pero el sacristán seguía inmóvil, para que el otro lo tomase por un fantasma. El chico le gritó por segunda vez:

—¿Qué buscas ahí? Habla si eres persona cabal, o te arrojaré escaleras abajo.

El sacristán pensó: «No llegará a tanto», y continuó impertérrito, como una estatua de piedra.

Por tercera vez le advirtió el muchacho, y viendo que sus palabras no surtían efecto, arremetió contra el espectro y de un empujón lo echó escaleras abajo, con tal fuerza que, mal de su grado, saltó de una vez diez escalones y fue a desplomarse contra una esquina, donde quedó maltrecho.

El mozo, terminado el toque de campana, volvió a su cuarto, se acostó sin decir palabra y quedóse dormido.

La mujer del sacristán estuvo durante largo rato aguardando la vuelta de su marido; pero viendo que tardaba demasiado, fue a despertar ya muy inquieta al ayudante y le preguntó:

—¿Dónde está mi marido? Subió al campanario antes que tú.

—En el campanario no estaba —respondió el muchacho—. Pero había alguien frente al hueco del muro, y como se empeñó en no responder ni marcharse, he supuesto que era un ladrón y lo he arrojado escaleras abajo. Id a ver, no fuera caso que se tratase de él. De veras que lo sentiría.

La mujer se precipitó a la escalera y encontró a su marido tendido en el rincón, quejándose y con una pierna rota.

Lo bajó como pudo y corrió luego a la casa del padre del mozo, hecha un mar de lágrimas:

—Vuestro hijo —lamentóse— ha causado una gran desgracia; ha echado a mi marido escaleras abajo, y le ha roto una pierna. ¡Llevaos en seguida de mi casa a esta calamidad!

Corrió el padre, muy asustado, a casa del sacristán, y puso a su hijo de vuelta y media:

—¡Eres una mala persona! ¿Qué maneras son ésas? Ni que tuvieses el diablo en el cuerpo.

—Soy inocente, padre —contestó el muchacho—. Os digo la verdad. Él estaba allí a medianoche, como si llevara malas intenciones. Yo no sabía quién era, y por tres veces le advertí que hablase o se marchase.

—¡Ay! —exclamó el padre—. ¡Sólo disgustos me causas! Vete de mi presencia, no quiero volver a verte.

—Bueno, padre, así lo haré; aguardad sólo a que sea de día, y me marcharé a aprender lo que es el miedo; al menos así sabré algo que me servirá para ganarme el sustento.

—Aprende lo que quieras —dijo el padre—; lo mismo me da. Ahí tienes cincuenta florines; márchate a correr mundo y no digas a nadie de dónde eres ni quién es tu padre, pues eres mi mayor vergüenza.

—Sí, padre, como queráis. Si sólo me pedís eso, fácil me será obedeceros.

Al apuntar el día embolsó el muchacho sus cincuenta florines y se fue por la carretera. Mientras andaba, iba diciéndose: «¡Si por lo menos tuviera miedo! ¡Si por lo menos tuviera miedo!».

En esto acertó a pasar un hombre que oyó lo que el mozo murmuraba, y cuando hubieron andado un buen trecho y llegaron a la vista de la horca, le dijo:

—Mira, en aquel árbol hay siete que se han casado con la hija del cordelero, y ahora están aprendiendo a volar. Siéntate debajo y aguarda a que llegue la noche. Verás cómo aprendes lo que es el miedo.

—Si no es más que eso —respondió el muchacho—, la cosa no tendrá dificultad; pero si realmente aprendo qué cosa es el miedo, te daré mis cincuenta florines. Vuelve a buscarme por la mañana.

Y se encaminó al patíbulo, donde esperó sentado la llegada de la noche. Como arreciara el frío, encendió fuego; pero hacia medianoche empezó a soplar un viento tan helado, que ni la hoguera le servía de gran cosa. Y como el ímpetu del viento hacía chocar entre sí los cuerpos de los ahorcados, pensó el mozo: «Si tú, junto al fuego, estás helándote, ¡cómo deben pasarlo esos que patalean ahí arriba!»

Y como era compasivo de natural, arrimó la escalera y fue desatando los cadáveres, una tras otro, y bajándolos al suelo. Sopló luego el fuego para avivarlo, y dispuso los cuerpos en torno al fuego para que se calentasen; pero los muertos permanecían inmóviles, y las llamas prendieron en sus ropas.

Al verlo, el muchacho advirtióles:

—Si no tenéis cuidado, os volveré a colgar.

Pero los ajusticiados nada respondieron, y sus andrajos siguieron quemándose. Irritóse entonces el mozo:

—Puesto que os empeñáis en no tener cuidado, nada puedo hacer por vosotros; no quiero quemarme yo también.

Y los colgó nuevamente, uno tras otro; hecho lo cual, volvió a sentarse al lado de la hoguera y se quedó dormido.

A la mañana siguiente presentóse el hombre, dispuesto a cobrar los cincuenta florines.

—Qué, ¿ya sabes ahora lo que es el miedo?

—No —replicó el mozo—. ¿Cómo iba a saberlo? Esos de ahí arriba ni siquiera han abierto la boca, y fueron tan tontos, que dejaron se quemasen los harapos que llevan.

Vio el hombre que por aquella vez no embolsaría los florines, y se alejó murmurando:

—En mi vida me he topado con un tipo como éste.

Siguió también el mozo su camino, siempre expresando en voz alta su idea fija: «¡Si por lo menos supiese lo que es el miedo! ¡Si por lo menos supiese lo que es el miedo!».

Oyólo un carretero que iba tras él, y le preguntó:

—¿Quién eres?

—No lo sé —respondió el joven.

—¿De dónde vienes? —siguió inquiriendo el otro.

—No lo sé.

—¿Quién es tu padre?

—No puedo decirlo.

—¿Y qué demonios estás refunfuñando entre dientes?

—¡Oh! —respondió el muchacho—, quisiera saber lo que es el miedo, pero nadie puede enseñármelo.

—Basta de tonterías —replicó el carretero—. Te vienes conmigo y te buscaré alojamiento.

Acompañóle el mozo y, al anochecer, llegaron a una hospedería. Al entrar en la sala repitió el mozo en voz alta:

—¡Si al menos supiera lo que es el miedo!

Oyéndolo el posadero, se echó a reír y dijo:

—Si de verdad lo quieres, tendrás aquí buena ocasión para enterarte.

—¡Cállate, por Dios! —exclamó la patrona—. Más de un temerario lo ha pagado ya con la vida. ¡Sería una pena que esos hermosos ojos no volviesen a ver la luz del día!

Pero el muchacho replicó:

—Por costoso que sea, quisiera saber lo que es el miedo; para esto me marché de casa.

Y estuvo importunando al posadero, hasta que éste se decidió a contarle que, a poca distancia de allí, se levantaba un castillo encantado donde, con toda seguridad, aprendería a conocer el miedo si estaba dispuesto a pasar tres noches en él. Díjole que el Rey había prometido casar a su hija, que era la doncella más hermosa que alumbrara el sol, con el hombre que a ello se atreviese.

Además, había en el castillo valiosos tesoros, capaces de enriquecer al más pobre, que estaban guardados por espíritus malos, y podrían recuperarse al desvanecerse el maleficio. Muchos lo habían intentado ya, pero ninguno había escapado con vida de la empresa.

A la mañana siguiente, el joven se presentó al Rey y le dijo que, si se le autorizaba, él se comprometía a pasarse tres noches en vela en el castillo encantado.

Mirólo el Rey, y como su aspecto le resultara simpático, dijo:

—Puedes pedir tres cosas para llevarte al castillo, pero deben ser cosas inanimadas.

A lo que contestó el muchacho:

—Dadme entonces fuego, un torno y un banco de carpintero con su cuchilla.

El Rey hizo llevar aquellos objetos al castillo. Al anochecer subió a él el muchacho, encendió en un aposento un buen fuego, colocó al lado el banco de carpintero con la cuchilla y sentóse sobre el torno.

—¡Ah! ¡Si por lo menos aquí tuviera miedo! —suspiró—. Pero me temo que tampoco aquí me enseñarán lo que es.

Hacia medianoche quiso avivar el fuego, y mientras lo soplaba oyó de pronto unas voces, procedentes de una esquina, que gritaban:

—¡Au, miau! ¡Qué frío hace!

—¡Tontos! —exclamó él—. ¿Por qué gritáis? Si tenéis frío acercaos al fuego a calentaros.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, llegaron de un enorme brinco dos grandes gatos negros que, sentándose uno a cada lado, clavaron en él una mirada ardiente y feroz. Al cabo de un rato, cuando ya se hubieron calentado, dijeron:

—Compañero, ¿qué te parece si echamos una partida de naipes?

—¿Por qué no? —respondió él—. Pero antes mostradme las patas.

Los animales sacaron las garras.

—¡Ah! —exclamó el muchacho—. ¡Vaya uñas largas! Primero os las cortaré.

Y, agarrándolos por el cuello, los levantó y los sujetó por las patas al banco de carpintero.

—Os he adivinado las intenciones —dijo— y se me han pasado las ganas de jugar a cartas.

Acto seguido los mató de un golpe y los arrojó al estanque que había al pie del castillo.

Despachados ya aquellos dos y cuando se disponía a instalarse de nuevo junto al fuego, de todos los rincones y esquinas empezaron a salir gatos y perros negros, en número cada vez mayor, hasta el punto de que ya no sabía él donde meterse.

Aullando lúgubremente, pisotearon el fuego, intentando esparcirlo y apagarlo. El mozo estuvo un rato contemplando tranquilamente aquel espectáculo hasta que, al fin, se amoscó y empuñando la cuchilla y gritando: «¡Fuera de aquí, chusma asquerosa!», arremetió contra el ejército de alimañas. Parte de los animales escapó corriendo; el resto los mató y arrojó sus cuerpos al estanque.

De vuelta al aposento reunió las brasas aún encendidas, las sopló para reanimar el fuego y se sentó nuevamente a calentarse y, estando así sentado, le vino el sueño con una gran pesadez en los ojos. Miró a su alrededor, y descubrió en una esquina una espaciosa cama. «A punto vienes», dijo, y se acostó en ella sin pensarlo más.

Pero apenas había cerrado los ojos cuando el lecho se puso en movimiento, como si quisiera recorrer todo el castillo. «¡Tanto mejor!», se dijo el mozo. Y la cama seguía rodando y moviéndose, como tirada por seis caballos, cruzando umbrales y subiendo y bajando escaleras. De repente, ¡hop!, un vuelco, y queda la cama patas arriba, y su ocupante debajo como si se le hubiese venido una montaña encima.

Lanzando al aire mantas y almohadas, salió de aquel revoltijo y, exclamando: «¡Qué pasee quien tenga ganas!», volvió a la vera del fuego y se quedó dormido hasta la madrugada.

A la mañana siguiente se presentó el Rey y, al verlo tendido en el suelo, creyó que los fantasmas lo habrían matado.

—¡Lástima, tan guapo mozo! —dijo.

Oyólo el muchacho e, incorporándose, exclamó:

—¡No están aún tan mal las cosas!

El Rey, admirado y contento, preguntóle qué tal había pasado la noche.

—¡Muy bien! —respondió el interpelado—. He pasado una, también pasaré las dos que quedan.

Al entrar en la posada, el hostelero se quedó mirándole como quien ve visiones.

—Jamás pensé volver a verte vivo —le dijo—. Supongo que ahora sabrás lo que es el miedo.

—No —replicó el muchacho—. Todo es inútil. ¡Ya no sé qué hacer!

Al llegar la segunda noche, encaminóse de nuevo al castillo y, sentándose junto al fuego, volvió a la vieja canción: «¡Si siquiera supiese lo que es el miedo!».

Antes de medianoche oyóse un estrépito. Quedo al principio, luego más fuerte; siguió un momento de silencio y, al fin, emitiendo un agudísimo alarido bajó por la chimenea la mitad de un hombre y fue a caer a sus pies.

—¡Caramba! —exclamó el joven—. Aquí falta una mitad. ¡Hay que tirar más!

Volvió a oírse el estruendo y, entre un alboroto de gritos y aullidos, cayó la otra mitad del hombre.

—Aguarda —exclamó el muchacho—. Voy a avivarte el fuego.

Cuando, ya listo, se volvió a mirar a su alrededor, las dos mitades se habían soldado, y un hombre horrible estaba sentado en su sitio.

—¡Eh, amigo, que éste no es el trato! —dijo—. El banco es mío.

El hombre quería echarlo, pero el mozo, empeñado en no ceder, lo apartó de un empujón y se instaló en su asiento.

Bajaron entonces por la chimenea nuevos hombres, uno tras otro, llevando nueve tibias y dos calaveras y, después de colocarlas en la posición debida, comenzaron a jugar a bolos.

Al muchacho le entraron ganas de participar en el juego y les preguntó:

—¡Hola!, ¿puedo jugar yo también?

—Sí, si tienes dinero.

—Dinero tengo —respondió él—. Pero vuestros bolos no son bien redondos —y, cogiendo las calaveras, las puso en el torno y las modeló debidamente—. Ahora rodarán mejor —dijo—. ¡Así da gusto!

Jugó y perdió algunos florines; pero al dar las doce, todo desapareció de su vista. Se tendió y durmió tranquilamente.

A la mañana siguiente presentóse de nuevo el Rey, curioso por saber lo ocurrido.

—¿Cómo lo has pasado esta vez? —preguntóle.

—Estuve jugando a los bolos y perdí unos cuantos florines.

—¿Y no sentiste miedo?

—¡Qué va! —replicó el chico—. Me he divertido mucho. ¡Ah, si pudiese saber lo que es el miedo!

La tercera noche, sentado nuevamente en su banco, suspiraba mohíno y malhumorado: «¡Por qué no puedo sentir miedo!»

Era ya bastante tarde cuando entraron seis hombres fornidos llevando un ataúd. Dijo él entonces:

—Ahí debe de venir mi primito, el que murió hace unos días.

Y, haciendo una seña con el dedo, lo llamó:

—¡Ven, primito, ven aquí!

Los hombres depositaron el féretro en el suelo. El mozo se les acercó y levantó la tapa; contenía un cuerpo muerto. Tocóle la cara, que estaba fría como hielo.

—Aguarda —dijo—. Voy a calentarte un poquito.

Y, volviéndose al fuego a calentarse la mano, la aplicó seguidamente en el rostro del cadáver; pero éste seguía frío. Lo sacó entonces del ataúd, sentóse junto al fuego con el muerto sobre su regazo, y se puso a frotarle los brazos para reanimar la circulación. Como tampoco eso sirviera de nada, se le ocurrió que metiéndolo en la cama podría calentarlo mejor. Lo acostó, pues, lo arropó bien y se echó a su lado.

Al cabo de un rato, el muerto empezó a calentarse y a moverse. Dijo entonces el mozo:

—¡Ves, primito, como te he hecho entrar en calor!

Pero el muerto se incorporó gritando:

—¡Te voy a estrangular!

—¿Esas tenemos? —exclamó el muchacho—. ¿Así me lo agradeces? Pues te volverás a tu ataúd.

Y, levantándolo, metiólo en la caja y cerró la tapa. En esto entraron de nuevo los seis hombres y se lo llevaron.

—No hay manera de sentir miedo —se dijo—. Está visto que no me enteraré de lo que es, aunque pasara aquí toda la vida.

Apareció luego otro hombre, más alto que los anteriores, y de terrible aspecto; pero era viejo y llevaba una luenga barba blanca.

—¡Ah, bribonzuelo —exclamó—; pronto sabrás lo que es miedo, pues vas a morir!

—¡Calma, calma! —replicó el mozo—. Yo también tengo algo que decir en este asunto.

—Deja que te agarre —dijo el ogro.

—Poquito a poco. Lo ves muy fácil. Soy tan fuerte como tú, o más.

—Eso lo veremos —replicó el viejo—. Si lo eres, te dejaré marchar.

—Ven conmigo, que haremos la prueba.

Y, a través de tenebrosos corredores, lo condujo a una fragua. Allí empuñó un hacha, y de un hachazo clavó en el suelo uno de los yunques.

—Yo puedo hacer más —dijo el muchacho, dirigiéndose al otro yunque.

El viejo, colgante la blanca barba, se colocó a su lado para verlo bien. Cogió el mozo el hacha, y de un hachazo partió el yunque, aprisionando de paso la barba del viejo.

—Ahora te tengo en mis manos —le dijo—; tú eres quien va a morir.

Y, agarrando una barra de hierro, la emprendió con el viejo hasta que éste, gimoteando, le suplicó que no le pegara más; en cambio, le daría grandes riquezas. El chico, desclavó el hacha y lo soltó. Entonces el hombre lo acompañó nuevamente al palacio, y en una de las bodegas le mostró tres arcas llenas de oro.

—Una de ellas es para los pobres; la otra, para el Rey, y la tercera, para ti.

Dieron en aquel momento las doce, y el trasgo desapareció, quedando el muchacho sumido en tinieblas.

—De algún modo saldré de aquí —se dijo.

Y, moviéndose a tientas, al cabo de un rato dio con un camino que lo condujo a su aposento, donde se echó a dormir junto al fuego.

A la mañana siguiente compareció de nuevo el Rey y le dijo:

—Bien, supongo que ahora sabrás ya lo que es el miedo.

—No —replicó el muchacho—. ¿Qué es? Estuvo aquí mi primo muerto, y después vino un hombre barbudo, el cual me mostró los tesoros que hay en los sotanos; pero de lo que sea el miedo, nadie me ha dicho una palabra.

Dijo entonces el Rey:

—Has desencantado el palacio y te casarás con mi hija.

—Todo eso está muy bien —repuso él—. Pero yo sigo sin saber lo que es el miedo.

Sacaron el oro y celebróse la boda. Pero el joven príncipe, a pesar de que quería mucho a su esposa y se sentía muy satisfecho, no cesaba de susurrar: «¡Si al menos supiese lo que es el miedo!».

Al fin, aquella cantinela acabó por irritar a la princesa. Su camarera le dijo:

—Yo lo arreglaré. Voy a enseñarle lo que es el miedo.

Se dirigió al riachuelo que cruzaba el jardín y mandó que le llenaran un barreño de agua con muchos pececillos. Por la noche, mientras el joven dormía, su esposa, instruida por la camarera, le quitó bruscamente las ropas y le echó encima el cubo de agua fría con los peces, los cuales se pusieron a coletear sobre el cuerpo del muchacho.

Éste despertó de súbito y echó a gritar:

—¡Ah, qué miedo, qué miedo, mujercita mía! ¡Ahora sí que sé lo que es el miedo!

El lobo y las siete cabritas

ERASE una vez una vieja cabra que tenía siete cabritas, a las que quería tan tiernamente como una madre puede querer a sus hijos.

Un día quiso salir al bosque a buscar comida y llamó a sus pequeñuelas.

—Hijas mías —les dijo—, me voy al bosque; mucho ojo con el lobo, pues si entra en la casa os devorará a todas sin dejar ni un pelo. El muy bribón suele disfrazarse, pero lo conoceréis en seguida por su bronca voz y sus negras patas.

Las cabritas respondieron:

—Tendremos mucho cuidado, madrecita. Podéis marcharos tranquila.

Despidióse la vieja con un balido y, confiada, emprendió su camino.

No había transcurrido mucho tiempo cuando llamaron a la puerta y una voz dijo:

—Abrid, hijitas. Soy vuestra madre, que estoy de vuelta y os traigo algo para cada una.

Pero las cabritas comprendieron, por lo rudo de la voz, que era el lobo.

—No te abriremos —exclamaron—. No eres nuestra madre. Ella tiene una voz suave y cariñosa, y la tuya es bronca; eres el lobo.

Fuese éste a la tienda y se compró un buen trozo de yeso. Se lo comió para suavizarse la voz y volvió a la casita. Llamando nuevamente a la puerta:

—Abrid hijitas —dijo—. Vuestra madre os trae algo a cada una.

Pero el lobo había puesto una negra pata en la ventana, y al verla las cabritas, exclamaron:

—No, no te abriremos; nuestra madre no tiene las patas negras como tú. ¡Eres el lobo!

Corrió entonces el muy bribón a un tahonero y le dijo:

—Mira, me he lastimado un pie; úntamelo con un poco de pasta.

Untada que tuvo ya la pata, fue al encuentro del molinero:

—Échame harina blanca en el pie —díjole.

El molinero, comprendiendo que el lobo tramaba alguna tropelía, negóse al principio; pero la fiera lo amenazó:

—Si no lo haces, te devoro.

El hombre, asustado, le blanqueó la pata. Sí, así es la gente.

Volvió el rufián por tercera vez a la puerta y, llamando, dijo:

—Abrid, pequeñas; es vuestra madrecita querida, que está de regreso y os trae buenas cosas del bosque.

Las cabritas replicaron:

—Enséñanos la pata; queremos asegurarnos de que eres nuestra madre.

La fiera puso la pata en la ventana y, al ver ellas que era blanca, creyeron que eran verdad sus palabras y se apresuraron a abrir. Pero fue el lobo quien entró. ¡Qué sobresalto, Dios mío! ¡Y qué prisas por esconderse todas!

Metióse una debajo de la mesa; la otra, en la cama; la tercera, en el horno; la cuarta, en la cocina; la quinta, en el armario; la sexta, debajo de la fregadera, y la más pequeña, en la caja del reloj. Pero el lobo fue descubriéndolas una tras otra y, sin gastar cumplidos, se las engulló a todas menos a la más pequeñita que, oculta en la caja del reloj, pudo escapar a sus pesquisas.

Ya ahíto y satisfecho, el lobo se alejó a un trote ligero y, llegado a un verde prado, tumbóse a dormir a la sombra de un árbol.

Al cabo de poco regresó a casa la vieja cabra. ¡Santo Dios, que vio! La puerta, abierta de par en par; la mesa, las sillas y bancos, todo volcado y revuelto; la jofaina, rota en mil pedazos; las mantas y almohadas, por el suelo. Buscó a sus hijitas, pero no aparecieron por ninguna parte; llamólas a todas por sus nombres, pero ninguna contestó. Hasta que llególe la vez a la última la cual, con vocecita queda, dijo:

—Madre querida, estoy en la caja del reloj.

Sacóla la cabra, y entonces la pequeña le explicó que había venido el lobo y se había comido a las demás. ¡Imaginad con qué desconsuelo lloraba la madre la pérdida de sus hijitas!

Cuando ya no le quedaban más lágrimas, salió al campo en compañía de su pequeña y, al llegar al prado, vio al lobo dormido debajo del árbol, roncando tan fuertemente que hacía temblar las ramas. Al observarlo de cerca, parecióle que algo se movía y agitaba en su abultada barriga.

«¡Válgame Dios! —pensó—. ¿Si serán mis pobres hijitas que se las ha merendado y que están vivas aún?». Y envió a la pequeña a casa, a toda prisa, en busca de tijeras, aguja e hilo.

Abrió la panza al monstruo, y apenas había empezado a cortar cuando una de las cabritas asomó la cabeza. Al seguir cortando saltaron las seis afuera, una tras otra, todas vivitas y sin daño alguno, pues la bestia, en su glotonería, las había engullido enteras. ¡Allí era de ver su regocijo! ¡Con cuánto cariño abrazaron a su mamaíta, brincando como sastre en bodas!

Pero la cabra dijo:

—Traedme ahora piedras; llenaremos con ellas la panza de esta condenada bestia, aprovechando que duerme.

Las siete cabritas corrieron en busca de piedras y las fueron metiendo en la barriga, hasta que ya no cupieron más. La madre cosió la piel con tanta presteza y suavidad, que la fiera no se dio cuenta de nada ni hizo el menor movimiento.

Terminada ya su siesta, el lobo se levantó y, como los guijarros que le llenaban el estómago le diesen mucha sed, encaminóse a un pozo para

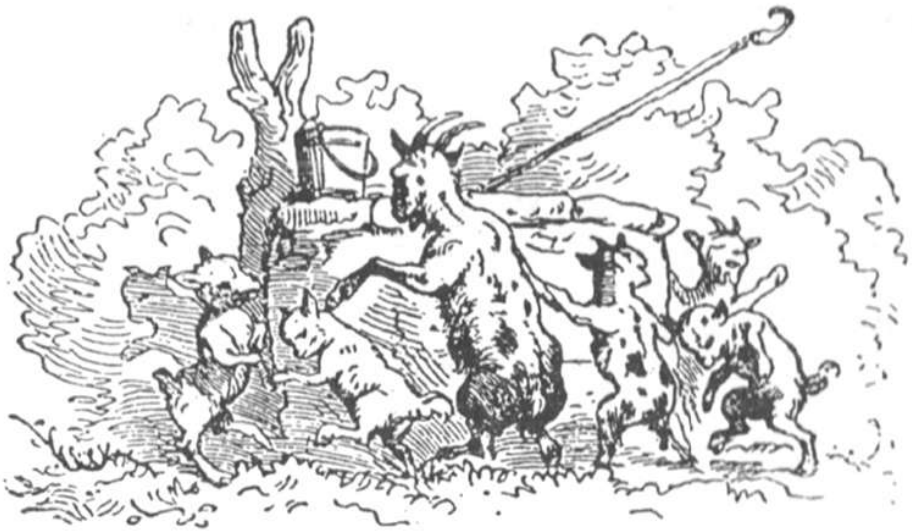
beber. Mientras andaba, moviéndose de un lado a otro, los guijarros de su panza chocaban entre sí con gran ruido, por lo que exclamó:

«¿Qué será este ruido
que suena en mi barriga?
Creí que eran seis cabritas.
Mas ahora me parecen chinitas».

Al llegar al pozo e inclinarse sobre el brocal, el peso de las piedras lo arrastró y lo hizo caer al fondo, donde se ahogó miserablemente.

Viéndolo las cabritas, acudieron corriendo y gritando jubilosas:

—¡Muerto está el lobo! ¡Muerto está el lobo!



Y, con su madre, pusiéronse a bailar en corro en torno al pozo.

Un buen negocio

UN campesino llevó su vaca al mercado, donde la vendió por siete escudos. Cuando regresaba a su casa hubo de pasar junto a una charca, y ya desde lejos oyó croar las ranas: «¡cuak, cuak, cuak!».

—¡Bah! —dijo para sus adentros—. Esas no saben lo que se dicen. Siete son los que he sacado, y no cuatro.

Al llegar al borde del agua, las increpó:

—¡Bobas que sois! ¡Qué sabéis vosotras! Son siete y no cuatro.

Pero las ranas siguieron impertérritas: «cuak, cuak, cuak».

—Bueno, si no queréis creerlo los contaré delante de vuestras narices.

Y sacando el dinero del bolsillo, contó los siete escudos, a razón de veinticuatro reales cada uno. Pero las ranas, sin prestar atención a su cálculo, seguían croando: «cuak, cuak, cuak».

—¡Caramba con los bichos! —gritó el campesino amoscado—. Puesto que os empeñáis en saberlo mejor que yo, contadlo vosotras mismas.

Y arrojó las monedas al agua, quedándose de pie en espera de que las hubiesen contado y se las devolviesen. Pero las ranas seguían en sus trece, y duro con su «cuak, cuak, cuak», sin devolver el dinero.

Aguardó el hombre un buen rato, hasta el anochecer; pero entonces ya no tuvo más remedio que marcharse. Púsose a echar pestes contra las ranas gritándoles:

—¡Chapuzonas, cabezotas, estúpidas! Podéis tener una gran boca para gritar y ensordecernos, pero sois incapaces de contar siete escudos. ¿Os habéis creído que aguardaré aquí hasta que hayáis terminado?

Y se marchó, mientras lo perseguía el «cuak, cuak, cuak» de las ranas, por lo que el hombre llegó a su casa de un humor de perros.

Al cabo de algún tiempo compró otra vaca y la sacrificó calculando que si vendía bien la carne sacaría de ella lo bastante para resarcirse de la pérdida de la otra, y aún le quedaría la piel.

Al entrar en la ciudad con la carne, viose acosado por toda una jauría de perros al frente de los cuales iba un gran lebrel. Saltaba éste en torno a la carne, olfateándola y ladrando:

—¡Vau, vau, vau!

Y como se empeñaba en no callar, díjole el labrador:

—Sí, ya te veo, bribón, gritas «vau, vau» porque quieres que te dé un pedazo de vaca. ¡Pues sí que haría yo buen negocio!

Pero el perro no replicaba sino «vau, vau, vau».

—¿Me prometes no comértela y me respondes de tus compañeros?

—Vau, vau —repitió el perro.

—Bueno, puesto que te empeñas, te la dejaré; te conozco bien y sé a quién sirves. Pero una cosa te digo: dentro de tres días quiero el dinero; de lo contrario, lo vas a pasar mal. Me lo llevarás a casa.

Y, descargando la carne, se volvió mientras los perros se lanzaban sobre ella ladrando: «vau, vau». Oyéndolos desde lejos, el campesino se dijo: «Todos quieren su parte, pero el grande tendrá que responder».

Transcurridos los tres días, pensó el labrador: «Esta noche tendrás el dinero en el bolsillo», y esta idea lo llenó de contento. Pero nadie se presentó a pagar. «¡Es que no te puedes fiar de nadie!», se dijo y, perdiendo la paciencia, fuese a la ciudad a pedir al carnicero que le satisficiese la deuda.

El carnicero se lo tomó a broma, pero el campesino replicó:

—Nada de burlas, yo quiero mi dinero. ¿Acaso el perro no os trajo hace tres días toda la vaca muerta?

Enojóse el carnicero y, echando mano de una escoba, lo despidió a escobazos.

—¡Aguardad —gritóle el hombre—, todavía hay justicia en la tierra!

Y, dirigiéndose al palacio del Rey, solicitó audiencia.

Conducido a presencia del Rey, que estaba con su hija, preguntóle éste qué le ocurría.

—¡Ah! —exclamó el campesino—. Las ranas y los perros se quedaron con lo que era mío, y ahora el carnicero me ha pagado a palos.

Y explicó circunstanciadamente lo ocurrido.

La princesa prorrumpió en una sonora carcajada, y el Rey le dijo:

—No puedo hacerte justicia en este caso pero, en cambio, te daré a mi hija por esposa. En toda su vida la vi reírse como ahora, y prometí casarla con quien fuese capaz de hacerla reír. ¡Puedes dar gracias a Dios de tu buena suerte!

—¡Oh! —replicó el campesino—. No la quiero; en casa tengo ya una mujer, y con ella me sobra. Cada vez que llego a casa, me parece como si me saliese una de cada esquina.

El Rey, colérico, chilló:

—¡Eres un imbécil!

—¡Ah, Señor Rey! —respondió el campesino—. ¡Qué podéis esperar de un asno, sino coces!

—Aguarda —dijo el Rey—, te pagaré de otro modo. Márchate ahora y vuelve dentro de tres días; te van a dar quinientos bien contados.

Al pasar el campesino la puerta, díjole el centinela:

—Hiciste reír a la princesa; seguramente te habrán pagado bien.

—Sí, eso creo —murmuró el rústico—. Me darán quinientos.

—Oye —inquirió el soldado—, podrías darme unos cuantos. ¿Qué harás con tanto dinero?

—Por ser tú, te cederé doscientos —dijo el campesino—. Preséntate al Rey dentro de tres días y te los pagarán.

Un judío, que se hallaba cerca y había oído la conversación, corrió tras el labrador y le dijo tirándole de la chaqueta:

—¡Maravilla de Dios, vos sí que nacisteis con buena estrella! Os cambiaré el dinero en moneda de vellón. ¿Qué haría vos con los escudos en pieza?

—Trujamán —contestó el campesino—, puedes quedarte con trescientos. Cámbiamelos ahora mismo, y dentro de tres días el Rey te los pagará.

El judío, contento del negociete, diole la cantidad en moneda de cobre, ganándose uno por cada tres.

Al expirar el plazo el campesino, obediente a la orden recibida, se presentó ante el Rey.

—Quitadle la chaqueta —mandó éste—, va a recibir los quinientos prometidos.

—¡Oh —dijo el hombre—, ya no son míos: doscientos le regalé al centinela, y los trescientos restantes me los cambió un judío; así que no me toca ya nada.

Presentáronse entonces el soldado y el judío a reclamar lo que les ofreciera el campesino, y recibieron en las espaldas los azotes correspondientes. El soldado los sufrió con paciencia; ya los había probado en otras ocasiones. Pero el judío todo era exclamarse:

—¡Ay! ¿Esto son los escudos?

El Rey no pudo por menos de reírse del campesino y, calmado su enojo, le dijo:

—Puesto que te has quedado sin recompensa, te daré una compensación. Ve a la cámara del tesoro y llévate todo el dinero que quieras.

El hombre no se lo hizo repetir y se llenó los bolsillos a reventar; luego entró en la posada y se puso a contar el dinero. El judío, que lo había seguido, oyólo que refunfuñaba:

—Este pícaro de Rey me ha jugado una mala pasada. ¿No podía darme él mismo el dinero, y ahora sabría yo cuánto tengo? En cambio, ahora, ¿quién me dice que lo que he cogido a mi talante, es lo que me tocaba?

«¡Dios nos ampare! —dijo para sus adentros el judío—. ¡Este hombre murmura de nuestro Rey! Voy a denunciarlo; de este modo me darán una recompensa y encima lo castigarán».

Al enterarse el Rey de los improperios del campesino, montó en cólera y mandó al judío que fuese en su busca y se presentase con él en palacio. Corrió el judío en busca del labrador:

—Debéis comparecer inmediatamente ante el Rey —le dijo—; así, tal como estáis.

—Yo sé mejor lo que debo hacer —respondió el campesino—. Antes tengo que encargarme una casaca nueva. ¿Crees que un hombre con tanto dinero en los bolsillos puede ir hecho un desharrapado?

El judío, al ver que no lograría arrastrar al otro sin una chaqueta nueva, y temiendo que al Rey se le pasara el enfado y, con él, se esfumara su premio y el castigo del otro, dijo:

—Os prestaré por unas horas una hermosa casaca; y conste que lo hago por pura amistad. ¡Qué no hace un hombre por amor!

Avínose el labrador y, poniéndose la casaca del judío, fuese con él a palacio. Reprochóle el Rey los denuestos que, según el judío, le había dirigido.

—¡Ay! —exclamó el campesino—. Lo que dice un judío es mentira segura. ¿Cuándo se les ha oído pronunciar una palabra verdadera? ¡Este individuo sería capaz de sostener que la casaca que llevo es suya!

—¿Cómo? —replicó el judío—. ¡Claro que lo es! ¿No acabo de prestárosla por pura amistad, para que pudierais presentaros dignamente ante el Señor Rey?

Al oírlo el Rey, dijo:

—Fuerza es que el judío engañe a uno de los dos: al labrador o a mí.

Y mandó darle otra azotaina en las costillas, mientras el campesino se marchaba con la buena casaca y el dinero en los bolsillos diciendo:

—Esta vez he acertado.

El músico prodigioso

HABÍA una vez un músico prodigioso que vagaba solito por el bosque dándole vueltas a la cabeza. Cuando ya no supo en qué más pensar, dijo para sus adentros: «En la selva se me hará largo el tiempo, y me aburriré; tendría que buscarme un buen compañero».

Descolgó el violín que llevaba suspendido del hombro y se puso a rascarlo, haciendo resonar sus notas entre los árboles.

A poco se presentó el lobo, saliendo de la maleza.

«¡Ay! Es un lobo el que viene. No es de mi gusto ese compañero», pensó el músico. Pero el lobo se le acercó y le dijo:

—Hola, músico, ¡qué bien tocas! Me gustaría aprender.

—Pues no te será difícil —respondióle el violinista— si haces todo lo que yo te diga.

—Sí, músico —asintió el lobo—; te obedeceré como un discípulo a su maestro.

El músico le indicó que lo siguiera y, tras andar un rato llegaron junto a un viejo roble hueco y hendido por la mitad.

—Mira —dijo el músico—, si quieres aprender a tocar el violín, mete las patas delanteras en esta hendidura.

Obedeció el lobo, y el hombre, cogiendo rápidamente un piedra y haciéndola servir de cuña, aprisionó las patas del animal tan fuertemente, que éste quedó apresado sin poder soltarse.

—Ahora aguárdame hasta que vuelva —dijo el músico, y prosiguió su camino.

Al cabo de un rato volvió a pensar: «En el bosque se me va a hacer largo el tiempo, y me aburriré; tendría que buscarme otro compañero».

Cogió su violín e hizo sonar una nueva melodía. Acudió muy pronto una zorra, deslizándose entre los árboles.

«Ahí viene una zorra —pensó el hombre—. No me gusta su compañía». Llegóse la zorra hasta él y dijo:

—Hola, músico, ¡qué bien tocas! Me gustaría aprender.

—No te será difícil —contestó el músico—; sólo debes hacer cuanto yo te mande.

—Sí, músico —asintió la zorra—, te obedeceré como un discípulo a su maestro.

—Pues sígueme —ordenó él.

Y no tardaron en llegar a un sendero, bordeado a ambos lados por altos arbustos. Detúvose entonces el músico y, agarrando un avellano que crecía en una de las márgenes, lo dobló hasta el suelo, sujetando la punta con un pie; hizo luego lo mismo con un arbolillo del lado apuesto y dijo a la zorra:

—Ahora, amiguita, si quieres aprender, dame la pata izquierda de delante.

Obedeció la zorra, y el hombre se la ató al tronco del lado izquierdo.

—Dame ahora la derecha —prosiguió.

Y sujetóla del mismo modo en el tronco derecho. Después de asegurarse de que los nudos de las cuerdas eran firmes, soltó ambos arbustos los cuales, al enderezarse, levantaron a la zorra en el aire y la dejaron colgada y pataleando.

—Espérame hasta que regrese —díjole el músico, y reemprendió su ruta.

Al cabo de un rato, volvió a pensar: «El tiempo se me va a hacer muy largo y aburrido en el bosque; veamos de encontrar otro compañero». Y, cogiendo el violín, envió sus notas a la selva.

A sus sones acercóse saltando un lebrato.

«¡Bah!, una liebre —pensó el hombre—; no la quiero por compañero».

—Eh, buen músico —dijo el animalito—. Tocas muy bien; me gustaría aprender.

—Es cosa fácil —respondió él—, siempre que hagas lo que yo te mande.

—Sí, músico —asintió el lebrato—, te obedeceré como un discípulo a su maestro.

Caminaron, pues, juntos un rato, hasta llegar a un claro del bosque en el que crecía un álamo blanco. El violinista ató un largo bramante al cuello de la liebre, y sujetó al árbol el otro cabo.

—¡Hala! ¡De prisa! Da veinte carreritas alrededor del álamo —mandó el hombre al animalito, el cual obedeció.

Pero cuando hubo terminado sus veinte vueltas, el bramante se había enroscado otras tantas en torno al tronco, quedando el lebrato prisionero; por más tirones y sacudidas que dio, sólo lograba lastimarse el cuello con el cordel.

—Aguárdame hasta que vuelva —le dijo el músico, alejándose.

Mientras tanto, el lobo, a fuerza de tirar, esforzarse y dar mordiscos a la piedra, había logrado, tras duro trabajo, sacar las patas de la hendidura. Irritado y furioso, siguió las huellas del músico, dispuesto a destrozarlo.

Al verlo pasar la zorra, púsose a lamentarse y a gritar con todas sus fuerzas:

—Hermano lobo, ayúdame. ¡El músico me engañó!

El lobo bajó los arbolillos, cortó la cuerda con los dientes y puso en libertad a la zorra, la cual se fue con él, ávida también de venganza.

Encontraron luego a la liebre aprisionada, desatáronla a su vez y, los tres juntos, partieron en busca del enemigo.

En esto, el músico había vuelto a probar suerte con su violín, y esta vez con mejor fortuna. Sus sones habían llegado al oído de un pobre leñador el cual, quieras que no hubo de dejar su trabajo y, hacha bajo el brazo, dirigióse al lugar de donde procedía la música.

—Por fin doy con el compañero que me conviene —exclamó el violinista—; un hombre era lo que buscaba, y no alimañas salvajes.

Y púsose a tocar con tanto arte y dulzura, que el pobre leñador quedóse como arrobado, y el corazón le saltaba de puro gozo. Y he aquí que en esto vio acercarse al lobo, la zorra y la liebre y, por sus caras de pocos amigos, comprendió que llevaban intenciones aviesas.

Entonces el leñador blandió la reluciente hacha y colocóse delante del músico como diciendo: «Tenga cuidado quien quiera hacerle daño, pues

habrá de entendérselas conmigo». Ante lo cual, los animales se atemorizaron y echaron a correr a través del bosque, mientras el músico agradecido, obsequiaba al leñador con otra bella melodía.

Los doce hermanos

RANSE una vez un rey y una reina que vivían en buena paz y contentamiento con sus doce hijos, todos varones.

Un día, el Rey dijo a su esposa:

—Si el hijo que has de tener ahora es una niña, deberán morir los doce mayores, para que la herencia sea mayor y quede el reino entero para ella.

Y, así, hizo construir doce ataúdes y llenarlos de virutas de madera, colocando además, en cada uno, una almohadilla. Luego dispuso que se guardasen en una habitación cerrada, y dio la llave a la Reina con orden de no decir a nadie una palabra de todo ello.

Pero la madre se pasaba los días triste y llorosa, hasta que su hijo menor, que nunca se separaba de su lado y al que había puesto el nombre de Benjamín, como en la Biblia, le dijo al fin:

—Madrecita, ¿por qué estás tan triste?

—¡Ay, hijito mío! —respondióle ella—, no puedo decírtelo.

Pero el pequeño no la dejó ya en reposo y, así, un día ella le abrió la puerta del aposento y le mostró los doce féretros llenos de virutas, diciéndole:

—Mi precioso Benjamín, tu padre mandó hacer estos ataúdes para ti y tus once hermanos; pues si traigo al mundo una niña, todos vosotros habréis de morir y seréis enterrados en ellos.

Y como le hiciera aquella revelación entre amargas lágrimas, quiso el hijo consolarla y le dijo:

—No llores, querida madre; ya encontraremos el medio de salir del apuro. Mira, nos marcharemos.

Respondió ella entonces:

—Vete al bosque con tus once hermanos y cuidad de que uno de vosotros esté siempre de guardia, encaramado en la cima del árbol más alto y mirando la torre del palacio. Si nace un niño, izaré una bandera blanca, y entonces podréis volver todos; pero si es una niña, pondré una bandera roja. Huid en este caso tan de prisa como podáis, y que Dios os ampare y guarde. Todas las noches me levantaré a rezar por vosotros; en invierno, para que no os falte un fuego con que calentaros; y en verano, para que no sufráis demasiado calor.

Después de bendecir a sus hijos, partieron éstos al bosque.

Montaban guardia por turno, subido uno de ellos a la copa del roble más alto, fija la mirada en la torre. Transcurridos once días, llególe la vez a Benjamín, el cual vio que izaban una bandera. ¡Ay! no era blanca, sino roja como la sangre, y les advertía que debían morir.

Al oírlo los hermanos, dijeron encolerizados:

—¡Que tengamos que morir por causa de una niña! Juremos venganza. Cuando encontremos a una muchacha, haremos correr su roja sangre.

Adentráronse en la selva, y en lo más espeso de ella, donde apenas entraba la luz del día, encontraron una casita encantada y deshabitada.

—Viviremos aquí —dijeron—. Tú, Benjamín, que eres el menor y el más débil, te quedarás en casa y cuidarás de ella, mientras los demás salimos a buscar comida.

Y fuéronse al bosque a cazar liebres, corzos, aves, palomitas y cuanto fuera bueno para comer. Todo lo llevaban a Benjamín, el cual lo guisaba y preparaba para saciar el hambre de los hermanos. Así vivieron juntos diez años, y la verdad es que el tiempo no se les hacía largo.

Entretanto había crecido la niña que diera a luz la Reina; era hermosa, de muy buen corazón, y tenía una estrella de oro en medio de la frente.

Un día que en palacio hacían colada, vio entre la ropa doce camisas de hombre y preguntó a su madre:

—¿De quién son estas doce camisas? Pues a mi padre le vendrían pequeñas.

Le respondió la Reina con el corazón oprimido:

—Hijita mía, son de tus doce hermanos.

—¿Y dónde están mis doce hermanos? —dijo la niña—. Jamás nadie me habló de ellos.

La Reina le dijo entonces:

—Dónde están, sólo Dios lo sabe. Andarán errantes por el vasto mundo.

Y, llevando a su hija al cuarto cerrado, abrió la puerta y mostró los doce ataúdes, llenos de virutas y con sus correspondientes almohadillas:

—Estos ataúdes —díjole— estaban destinados a tus hermanos, pero ellos huyeron al bosque antes de nacer tú.

Y le contó todo lo ocurrido.

Dijo entonces la niña:

—No llores, madrecita mía, yo iré en busca de mis hermanos.

Y cogiendo las doce camisas se puso en camino, adentrándose en el espeso bosque.

Anduvo durante todo el día, y al anochecer llegó a la casita encantada. Al entrar en ella encontróse con un mocito, el cual le preguntó:

—¿De dónde vienes y qué buscas aquí? —maravillado de su hermosura, de sus regios vestidos y de la estrella que brillaba en su frente.

—Soy la hija del Rey —contestó ella— y voy en busca de mis doce hermanos; y estoy dispuesta a caminar bajo el cielo azul hasta que los encuentre.

Mostróle al mismo tiempo las doce camisas, con lo cual Benjamín conoció que era su hermana.

—Yo soy Benjamín, tu hermano menor —le dijo.

La niña se echó a llorar de alegría, igual que Benjamín, y se abrazaron y besaron con gran cariño. Después dijo el muchacho:

—Hermanita mía, queda aún un obstáculo. Nos hemos juramentado en que toda niña que encontremos morirá a nuestras manos, ya que por culpa de una niña hemos tenido que abandonar nuestro reino.

A lo que respondió ella:

—Moriré gustosa, si de este modo puedo salvar a mis hermanos.

—No, no —replicó Benjamín—, no morirás; ocúltate debajo de este barreño hasta que lleguen los once restantes; yo hablare con ellos y los convenceré.

Hízolo así la niña.

Ya anochecido, regresaron de la caza los demás y se sentaron a la mesa. Mientras comían preguntaron a Benjamín:

—¿Qué novedades hay?

A lo que respondió su hermanito:

—¿No sabéis nada?

—No —dijeron ellos.

—¿Conque habéis estado en el bosque y no sabéis nada, y yo, en cambio, que me he quedado en casa, sé más que vosotros? —replicó el chiquillo.

—Pues cuéntanoslo —le pidieron.

—¿Me prometéis no matar a la primera niña que encontremos?

—Sí —exclamaron todos—, la perdonaremos; pero cuéntanos ya lo que sepas.

Entonces dijo Benjamín:

—Nuestra hermana está aquí.

Y, levantando la cuba, salió de debajo de ella la princesita con sus regios vestidos y la estrella dorada en la frente, más linda y delicada que nunca.

¡Cómo se alegraron todos y cómo se le echaron al cuello besándola con toda ternura!

La niña se quedó en casa con Benjamín para ayudarle en los quehaceres domésticos, mientras los otros once salían al bosque a cazar corzos, aves y palomitas para llenar la despensa. Benjamín y la hermanita cuidaban de guisar lo que traían.

Ella iba a buscar leña para el fuego, y hierbas comestibles, y cuidaba de poner siempre el puchero en el hogar a tiempo para que al regresar los demás encontrasen la comida dispuesta. Ocupábase también en la limpieza de la casa y lavaba la ropa de las camitas, de modo que estaban en todo momento pulcras y blanquísimas. Los hermanos hallábanse contentísimos con ella, y así vivían todos en gran unión y armonía.

He aquí que un día los dos pequeños prepararon una sabrosa comida y, cuando todos estuvieron reunidos, celebraron un verdadero banquete; comieron y bebieron, más alegres que unas pascuas.

Pero ocurrió que la casita encantada tenía un jardincito, en el que crecían doce lirios de esos que también se llaman «estudiantes». La niña,

queriendo obsequiar a sus hermanos, cortó las doce flores para regalar una a cada uno durante la comida. Pero en el preciso momento en que acabó de cortarlas, los muchachos se transformaron en otros tantos cuervos, que huyeron volando por encima del bosque, al mismo tiempo que se esfumaba también la casa y el jardín.

La pobre niña se quedó sola en plena selva oscura y, al volverse a mirar a su alrededor, encontróse con una vieja que estaba a su lado y que le dijo:

—Hija mía, ¿qué has hecho? ¿Por qué tocaste las doce flores blancas? Eran tus hermanos, y ahora han sido convertidos para siempre en cuervos.

A lo que respondió la muchachita llorando:

—¿No hay, pues, ningún medio de salvarlos?

—No —dijo la vieja—. No hay sino uno solo en el mundo entero, pero es tan difícil que no podrás libertar a tus hermanos; pues deberías pasar siete años como muda, sin hablar una palabra ni reír. Una palabra sola que pronunciases, aunque faltara solamente una hora para cumplirse los siete años, y todo tu sacrificio habría sido inútil; aquella palabra mataría a tus hermanos.

Díjose entonces la princesita, en su corazón: «Estoy segura de que redimiré a mis hermanos», y buscó un árbol muy alto, se encaramó en él y allí se estuvo hilando, sin decir palabra ni reírse nunca.

Sucedió, sin embargo, que entró en el bosque un Rey que iba de cacería. Llevaba un gran lebrel, el cual echó a correr hasta el árbol que servía de murada a la princesita y se puso a saltar en derredor sin cesar en sus ladridos.

Al acercarse el Rey y ver a la bellísima muchacha con la estrella en la frente, quedó tan prendado de su hermosura que le preguntó si quería ser su esposa. Ella no le respondió de palabra; únicamente hizo con la cabeza un leve signo afirmativo.

Subió entonces el Rey al árbol, bajó a la niña, la montó en su caballo y la llevó a palacio. Celebróse la boda con gran solemnidad y regocijo, pero sin que la novia hablase ni riese una sola vez.

Al cabo de unos pocos años de vivir felices el uno con el otro, la madre del Rey, mujer malvada si las hay, empezó a calumniar a la joven Reina, diciendo a su hijo:

—Es una vulgar pordiosera esa que has traído a casa; quién sabe qué perversas ruindades estará maquinando en secreto. Si es muda y no puede hablar, siquiera podría reír; pero quien nunca ríe no tiene limpia la conciencia.

Al principio, el Rey no quiso prestarle oídos; pero tanto insistió la vieja y de tantas maldades la acusó que, al fin, el Rey se dejó convencer y la condenó a muerte.

Encendieron en la corte una gran pira, donde la reina debía morir abrasada. Desde una alta ventana, el Rey contemplaba la ejecución con ojos llorosos, pues seguía queriéndola a pesar de todo, y he aquí que cuando ya estaba atada al poste y las llamas comenzaban a lamerle los vestidos, sonó el último segundo de los siete años de su penitencia.

Oyóse entonces un gran rumor de alas en el aire, y aparecieron doce cuervos que descendieron hasta posarse en el suelo. No bien lo hubieron tocado, se transformaron en los doce hermanos, redimidos por el sacrificio de la princesa.

Apresuráronse a dispersar la pira y apagar las llamas, desataron a su hermana y la abrazaron y besaron tiernamente. Y puesto que ya podía abrir la boca y hablar contó al Rey el motivo de su mutismo y de por qué nunca se había reído.

Mucho se alegró el Rey al convencerse de que era inocente, y los dos vivieron juntos y muy felices hasta su muerte.

La malvada suegra hubo de comparecer ante un tribunal, y fue condenada. Metida en una tinaja llena de aceite hirviente y serpientes venenosas, encontró en ella una muerte espantosa.

El fiel Juan

ERASE una vez un anciano Rey, se sintió enfermo y pensó: «Sin duda es mi lecho de muerte éste en el que yazgo», y ordenó:

—Que venga mi fiel Juan.

Era éste su criado favorito, y le llamaban así porque durante toda su vida había sido fiel a su señor.

Cuando estuvo al pie de la cama, díjole el Rey:

—Mi fidelísimo Juan, presiento que se acerca mi fin, y sólo hay una cosa que me atormenta: mi hijo. Es muy joven todavía, y no siempre sabe gobernarse con tino. Si no me prometes que lo instruirás en todo lo que necesita saber y velarás por él como un padre, no podré cerrar los ojos tranquilo.

—Os prometo que nunca lo abandonaré —le respondió el fiel Juan—; lo serviré con toda fidelidad, aunque haya de costarme la vida.

Dijo entonces el anciano Rey:

—Así muero tranquilo y en paz —y prosiguió—. Cuando yo haya muerto enséñale todo el palacio, todos los aposentos, los salones, los soterraños y los tesoros guardados en ellos. Pero guárdate de mostrarle la última cámara de la galería larga, donde se halla el retrato de la princesa del Tejado de Oro, pues si lo viera, se enamoraría perdidamente de ella, perdería el sentido, y por su causa se expondría a grandes peligros; así que guárdalo de ello.

Y cuando el fiel Juan hubo renovado la promesa a su Rey, enmudeció éste y, reclinando la cabeza en la almohada, murió.

Llevado ya a la sepultura el cuerpo del anciano Rey, el fiel Juan dio cuenta a su joven señor de lo que prometiera a su padre en su lecho de muerte, y añadió:

—Lo cumpliré puntualmente y te guardaré fidelidad como se la guardé a él, aunque me hubiera de costar la vida.

Celebráronse las exequias, pasó el período de luto, y entonces el fiel Juan dijo al Rey:

—Es hora de que veas tu herencia; voy a mostrarte el palacio de tu padre.

Y lo acompañó por todo el palacio, arriba y abajo, y le hizo ver todos los tesoros y los magníficos aposentos; sólo dejó de abrir el que guardaba el peligroso retrato. Éste se hallaba colocado de tal modo que se veía con sólo abrir la puerta, y era de una perfección tal que parecía vivir y respirar, y que en el mundo entero no podía encontrarse nada más hermoso ni más delicado.

Pero al joven Rey no se le escapó que el fiel Juan pasaba muchas veces por delante de esta puerta sin abrirla y, al fin, le preguntó:

—¿Por qué no la abres nunca?

—Es que en esta pieza hay algo que te causaría espanto —respondióle el criado.

Mas el Rey le replicó:

—He visto todo el palacio y quiero también saber lo que hay ahí dentro.

Y, dirigiéndose a la puerta, trató de forzarla.

El fiel Juan lo retuvo y le dijo:

—Prometí a tu padre, antes de morir, que no verías lo que hay en este cuarto; nos podría traer grandes desgracias, a ti y a mí.

—Al contrario —replicó el joven Rey—. Si no entro, mi perdición es segura. No descansaré ni de día ni de noche hasta que lo haya contemplado con mis propios ojos. No me muevo de aquí hasta que me abras esta puerta.

Entonces comprendió el fiel Juan que no había otro remedio, y con el corazón en el puño y muchos suspiros sacó la llave del gran manojo.

Cuando tuvo la puerta abierta, entró el primero con intención de tapar el cuadro para que el Rey no lo viera. Pero ¿de qué le sirvió? El Rey, poniéndose de puntillas, miró por encima de su hombro, y al ver el retrato de la doncella, resplandeciente de oro y piedras preciosas, cayó al suelo sin sentido.

Levantólo el fiel Juan y lo llevó a su cama, pensando con gran angustia: «El mal está hecho. ¡Dios mío!, ¿qué pasará ahora?». Y le dio vino para reanimarlo.

Vuelto en sí el Rey, sus primeras palabras fueron:

—¡Ay!, ¿de quién es este retrato tan hermoso?

—Es la princesa del Tejado de Oro —respondióle el fiel criado.

Y el Rey:

—Es tan grande mi amor por ella, que si todas las hojas de los árboles fuesen lenguas, no bastarían para expresarlo. Mi vida pondré en juego para alcanzarla, y tú, mi leal Juan, debes ayudarme a conseguirlo.

El fiel criado estuvo cavilando largo tiempo sobre la manera de emprender el negocio, pues sólo el llegar a presencia de la princesa era ya muy difícil. Finalmente, se le ocurrió un medio y dijo a su señor:

—Todo lo que tiene a su alrededor es de oro: mesas, sillas, fuentes, vasos, tazas y todo el ajuar de la casa. En tu tesoro hay cinco toneladas de oro; manda que den una a los orfebres del reino, y con ella fabriquen toda clase de vasos y utensilios, toda suerte de aves, alimañas y animales fabulosos; esto le gustará; con ello nos pondremos en camino, a probar fortuna.

El Rey hizo venir a todos los orfebres del país, los cuales trabajaron sin descanso hasta terminar aquellos preciosos objetos. Luego fue cargado todo en un barco, y el fiel Juan y el Rey se vistieron de mercaderes para no ser conocidos de nadie. Luego se hicieron a la mar, y navegaron hasta arribar a la ciudad donde vivía la princesa del Tejado de Oro. El fiel Juan pidió al Rey que permaneciese a bordo y aguardase su vuelta.

—A lo mejor vuelvo con la princesa —dijo—. Procurarás, pues, que todo esté bien dispuesto y ordenado, los objetos de oro a la vista y el barco bien empavesado.

Se llenó el cinto de toda clase de objetos preciosos, desembarcó y encaminóse al palacio real.

Al entrar en el patio vio junto al pozo a una hermosa muchacha ocupada en llenar de agua dos cubos de oro. Al volverse para llevarse el agua que reflejaba los destellos del oro, vio al extranjero y le preguntó quién era. Respondióle éste:

—Soy un mercader.

Y, abriendo su cinturón, le mostró lo que contenía.

—¡Oh, qué lindo! —exclamó ella y, dejando los cubos en el suelo, se puso a examinar las joyas una por una.

Luego dijo:

—Es necesario que la princesa lo vea; le gustan tanto las cosas de oro que, sin duda, os las comprará todas.

Y, cogiendo al hombre de la mano, condújolo al interior del palacio, pues era la camarera principal.

Cuando la hija del Rey vio aquellas maravillas, se puso muy contenta y exclamó:

—Está tan primorosamente trabajado, que te lo compro todo.

A lo que respondió el fiel Juan:

—Yo no soy sino el criado de un rico mercader. No es nada lo que traigo aquí en comparación de lo que mi amo tiene en el barco; lo más bello y precioso que jamás se haya hecho en oro.

Pidióle ella que se lo llevaran a palacio, pero él contestó:

—Hay tantísimas cosas, que precisarían muchos días y más salas que vuestro palacio tiene.

Estas palabras sólo sirvieron para estimular la curiosidad de la princesa, la cual dijo al fin:

—Acompáñame al barco, quiero ir yo misma a ver los tesoros de tu amo.

El fiel Juan, muy contento, la condujo entonces al barco, y cuando el Rey la vio parecióle que su hermosura era todavía mayor que la del retrato, y el corazón empezó a latirle con tal violencia que se lo sentía a punto de estallar.

Subió la princesa a bordo, y el Rey la acompañó al interior de la nave; pero el fiel Juan se quedó junto al piloto y le dio orden de zarpar:

—¡Despliega todas las velas, para que el barco vuele más veloz que un pájaro!

Entretanto, el Rey mostraba a la princesa la vajilla de oro pieza por pieza: fuentes, vasos y tazas, así como las aves y los animales silvestres y prodigiosos.

Transcurrieron muchas horas así, y la princesa, absorta y arrobada, no se dio cuenta de que el barco se había hecho a la mar. Cuando ya lo hubo contemplado todo, dio las gracias al mercader y se dispuso a regresar a palacio; pero al subir a cubierta vio que estaba muy lejos de tierra y que el buque navegaba a toda vela.

—¡Ay de mí! —exclamó—. ¡Me han traicionado, me han raptado! ¡Estoy en manos de un mercader! ¡Mil veces morir!

Pero el Rey, tomándole la mano, le dijo:

—Yo no soy un comerciante, sino un Rey, y de nacimiento no menos ilustre que el tuyo. Si te he raptado con un ardid, ha sido por el inmenso amor que te tengo. Es tan grande, que la primera vez que vi tu retrato caí al suelo sin sentido.

Estas palabras apaciguaron a la princesa, y como ya sentía afecto por el Rey, aceptó de buen grado ser su esposa.

Ocurrió, empero, mientras se hallaban aún en alta mar, que el fiel Juan, sentado en la proa del barco tocando un instrumento musical, vio en el aire tres cuervos que llegaban volando. Dejó entonces de tocar y se puso a escuchar su conversación, pues entendía su lenguaje.

Dijo uno:

—¡Fíjate! Se lleva a su casa a la princesa del Tejado de Oro.

—Sí —respondió el segundo—. Pero aún no es suya.

Y el tercero:

—¿Cómo que no es suya? Si va con él en el barco.

Volviendo a tomar la palabra el primero, dijo:

—¡Qué importa! En cuanto desembarquen se le acercará al trote un caballo pardo, y él querrá montarlo; pero si lo hace, volarán ambos por los aires, y nunca más volverá el Rey a ver a su princesa.

Dijo el segundo:

—¿Y no hay ningún remedio?

—Sí, lo hay; si otro se adelanta a montarlo y, con una pistola que va en el arzón del animal, lo mata de un tiro. Sólo de ese modo puede salvarse el Rey; pero ¿quién va a saberlo? Y si alguien lo supiera y lo revelara, quedaría convertido en piedra desde las puntas de los pies hasta las rodillas.

Habló entonces el segundo:

—Todavía sé más. Aunque maten el caballo, tampoco tendrá el Rey a su novia. Cuando entren juntos en palacio, encontrarán en una bandeja una camisa de boda que parecerá tejida de oro y plata, pero que en realidad será de azufre y pez. Si el Rey se la pone, se consumirá y quemará hasta la médula de los huesos.

Preguntó el tercero:

—¿Y no hay ningún remedio?

—Sí, lo hay —contestó el otro—. Si alguien coge la camisa con guantes y la arroja al fuego, el Rey se salvará. ¡Pero eso de qué sirve! Si alguno lo sabe y lo dice al Rey, quedará convertido en piedra desde las rodillas hasta el corazón.

Intervino entonces el tercero:

—Pues yo sé más todavía. Aunque se queme la camisa, tampoco el Rey tendrá a su novia. Cuando, terminada la boda, empiece la danza y la joven reina salga a bailar, palidecerá de repente y caerá como muerta. Si no acude nadie a levantarla en seguida y no le sorbe del pecho derecho tres gotas de sangre y las vuelve a escupir inmediatamente, la reina morirá. Pero quien lo sepa y lo diga quedará convertido en estatua de piedra, desde la punta de los pies a la coronilla.

Después de haber hablado así, los cuervos remontaron el vuelo, y el fiel Juan, que lo había oído y comprendido todo, permaneció desde entonces triste y taciturno; pues si callaba, haría desgraciado a su señor, y si hablaba, lo pagaría con su propia vida. Finalmente, se dijo para sus adentros: «Salvaré a mi señor, aunque yo me pierda».

Al desembarcar sucedió lo que predijera el cuervo. Un magnífico alazán acercóse al trote.

—¡Ea! —exclamó el Rey—. Este caballo me llevará a palacio.

Y se disponía a montarlo cuando el fiel Juan, anticipándose subióse en él de un salto y, sacando la pistola del arzón, abatió al animal de un tiro.

Los servidores del Rey, que tenían ojeriza al fiel Juan, prorrumpieron en gritos:

—¡Qué escándalo! ¡Matar a un animal tan hermoso, que debía conducir al Rey a palacio!

Pero el monarca dijo:

—Callaos y dejadle hacer. Es mi fiel Juan. Él sabrá por qué lo hace.

Al llegar al palacio y entrar en la sala, puesta en una bandeja, apareció la camisa de boda, resplandeciente como si fuese tejida de oro y plata. El joven Rey iba ya a cogerla, pero el fiel Juan, apartándolo y cogiendo la prenda con manos enguantadas, la arrojó rápidamente al fuego y estuvo vigilando hasta que la vio consumida.

Los demás servidores volvieron a desatarse en murmuraciones:

—¡Fijaos, ahora ha quemado la camisa de boda del Rey!

Pero éste dijo:

—¡Quién sabe por qué lo hace! Dejadlo, que es mi fiel Juan.

Celebróse la boda, y empezó el baile. La novia salió a bailar; el fiel Juan no la perdía de vista, mirándola a la cara. De repente palideció y cayó al suelo como muerta. Juan se lanzó sobre ella, la cogió en brazos y la llevó a una habitación; la depositó sobre una cama y, arrodillándose, sorbió de su pecho derecho tres gotas de sangre y las escupió seguidamente.

Al instante recobró la Reina el aliento y se repuso; pero el Rey que había presenciado la escena y desconocía los motivos que inducían al fiel Juan a obrar de aquel modo, gritó lleno de cólera:

—¡Encerradlo en un calabozo!

Al día siguiente, el leal criado fue condenado a morir y conducido a la horca. Cuando ya había subido la escalera, levantó la voz y dijo:

—A todos los que han de morir se les concede la gracia de hablar antes de ser ejecutados. ¿No se me concederá también a mí este derecho?

—Sí —dijo el Rey—. Te lo concedo.

Entonces el fiel Juan habló de esta manera:

—He sido condenado injustamente, pues siempre te he sido fiel.

Y explicó el coloquio de los cuervos que había oído en alta mar y cómo tuvo que hacer aquellas cosas para salvar a su señor. Entonces exclamó el Rey:

—¡Oh, mi fidelísimo Juan! ¡Gracia, gracia! ¡Bajadlo!

Pero al pronunciar la última palabra, el leal criado había caído sin vida, convertido en estatua de piedra.

El Rey y la Reina se afligieron en su corazón.

—¡Ay de mí! —se lamentaba el Rey—. ¡Qué mal he pagado su gran fidelidad!

Y, mandando levantar la estatua de piedra, la hizo colocar en su alcoba, al lado de su lecho.

Cada vez que la miraba, no podía contener las lágrimas y decía:

—¡Ay, ojalá pudiese devolverte la vida, mi fidelísimo Juan!

Transcurrió algún tiempo y la Reina dio a luz dos hijos gemelos, que crecieron y eran la alegría de sus padres.

Un día en que la Reina estaba en la iglesia y los dos niños se habían quedado jugando con su padre, miró éste con tristeza la estatua de piedra y suspiró:

—¡Ay, mi fiel Juan, si pudiese devolverte la vida!

Y he aquí que la estatua comenzó a hablar, diciendo:

—Sí, puedes devolverme la vida, si para ello sacrificas lo que más quieres.

A lo que respondió el Rey:

—¡Por ti sacrificaría cuanto tengo en el mundo!

—Siendo así —prosiguió la piedra—, corta con tu propia mano la cabeza a tus hijos y úntame con su sangre. ¡Sólo de este modo volveré a vivir!

Tembló el Rey al oír que tenía que dar muerte a sus queridos hijitos; pero al recordar la gran fidelidad de Juan, que había muerto por él, desenvainó la espada y cortó la cabeza a los dos niños. Y en cuanto hubo rociado la estatua con su sangre, animóse la piedra y el fiel Juan reapareció ante él, vivo y sano, y dijo al Rey:

—Tu abnegación no quedará sin recompensa.

Y, cogiendo las cabezas de los niños, las aplicó debidamente sobre sus cuerpecitos y untó las heridas con su sangre. En el acto quedaron los niños lozanos y llenos de vida, saltando y jugando como si nada hubiese ocurrido.

El Rey estaba lleno de contento. Cuando oyó venir a la Reina, ocultó a Juan y a los niños en un gran armario. Al entrar ella, díjole:

—¿Has rezado en la iglesia?

—Sí —respondió su esposa—, pero constantemente estuve pensando en el fiel Juan, que sacrificó su vida por nosotros.

Dijo entonces el Rey:

—Mi querida esposa, podemos devolverle la vida, pero ello nos costará sacrificar a nuestro hijitos.

Palideció la Reina y sintió una terrible angustia en el corazón; sin embargo, dijo:

—Se lo debemos, por su grandísima lealtad.

El Rey, contento al ver que su esposa pensaba como él, corrió al armario y, abriéndolo, hizo salir a sus dos hijos y a Juan, diciendo:

—¡Loado sea Dios; está salvado y hemos recuperado también a nuestros hijitos!

Y le contó todo lo sucedido. Y desde entonces vivieron juntos y felices hasta la muerte.

Gentuza

DIJO el gallo a la gallina:

—Ha llegado el tiempo de las nueces; vámonos al monte y nos daremos un hartazgo antes de que la ardilla se las lleve todas.

—¡Qué buena idea! —contestó la gallina—. Vamos, nos divertiremos enormemente.

Se fueron juntos a la montaña, y se quedaron en ella hasta bien entrada la tarde, aprovechando que el día era espléndido. No sé si se hartaron demasiado o si se les subieron los humos a la cabeza; el caso es que no quisieron volver andando, y el gallo tuvo que fabricar un carrito con cáscaras de nuez.

Cuando ya estuvo a punto, acomodóse en él la gallina y dijo al gallo:

—Tú puedes engancharte y llevarme.

—¡Ésa si que es buena! —replicó él—. Primero me vuelvo andando que dejarme enganchar al carro. No es éste el trato. Hacer de cochero, sentado en el pescante, bueno; pero tirar yo, ¡ni por pienso!

Mientras disputaban así acercóse un pato graznando:

—¡Ladrones! ¿Quién os autorizó a entrar en mi nogueral? ¡Aguardad, que se os va a atragantar el banquete!

Y abriendo su enorme pico, arremetió contra el gallo. Pero éste tampoco era manco y embistió al pato con todas sus fuerzas manejando, zis zás, su espolón con tanta destreza, que el adversario tuvo que pedir gracia y resignarse, en castigo, a tirar del coche.

El gallo se sentó al pescante, haciendo de cochero, y comenzó la carrera:

—¡Arre, pato, arre! ¡Al trote, al trote!

Habían ya recorrido un buen trecho del camino, cuando se encontraron con dos caminantes, un alfiler y una aguja de coser que les gritaron:

—¡Alto, alto!

Les dijeron que pronto estaría oscuro como boca de lobo, ellos no podrían dar un paso, y menos habiendo tanto barro en el camino; por lo cual les rogaban que los dejasen montar en el coche; se habían entretenido tomando cerveza en la taberna del sastre, y se les había hecho tarde.

Viendo el gallo lo flacos que estaban y que ocuparían muy poco sitio, los dejó subir, pero haciéndoles prometer que pondrían cuidado en no pisarlos, ni a él ni a la gallina.

Ya noche cerrada, llegaron a una venta, y como no daba gusto viajar en la oscuridad y, por otra parte, el pato estaba rendido y todo era hacer eses por la carretera, resolvieron quedarse.

Al principio, el ventero no hacía sino poner inconvenientes; la venta estaba llena, decía, mientras pensaba que aquellos huéspedes no eran muy distinguidos. Pero tanto porfiaron los viajeros, prometiéndole que le darían el huevo que la gallina había puesto en el camino y que podría quedarse con el pato, el cual ponía uno cada día, que al fin el hombre se avino a que pasaran la noche en su posada. La pareja se hizo servir a cuerpo de Rey, y se dieron el gran banquete.

De madrugada, cuando el alba apenas había despuntado y todo el mundo estaba aún durmiendo, el gallo despertó a la gallina, sacó el huevo, lo abrió de un picotazo y se lo zamparon en buena paz y compañía; luego tiraron la cáscara al hogar. Fueron después adonde estaba la aguja, que seguía dormida, cogiéronla por la cabeza y la clavaron en el asiento del sillón del ventero; al alfiler lo clavaron en su toalla, y después, a la chita callando, pusieron pies en polvorosa campo a través.

El pato, que prefería dormir a cielo abierto, oyólos marchar y, espabilándose, no tardó en dar con un arroyo, por el que escapó a nado; y podéis creerme que corría más que tirando del coche.

Hasta un par de horas más tarde no saltó el ventero de la cama. Lavóse y, al secarse con la toalla, el alfiler le arañó la cara, haciéndole un rasguño que iba de oreja a oreja. Bajó luego a la cocina, a encender la pipa, pero al

soplar sobre las ascuas del hogar, la cáscara del huevo le saltó a los ojos en menudos pedazos.

«¡Esta mañana todo me sale al revés!», pensó; y, malhumorado, se dejó caer en el sillón del abuelo. Pero al instante se puso en pie de un brinco y gritó: «¡Ay!», pues la aguja le había pinchado de firme, ¡y no en la cara!

Dándose ya a todos los diablos, le entró la sospecha de si no sería cosa de aquellos huéspedes que habían llegado la víspera, ya tan tarde. Fue a su habitación y, ¡no te lo decía yo! Habían tomado las de Villadiego. Entonces el hombre hizo juramento solemne de que nunca más admitiría en su posada a gentuza de esa que con mucho no paga y, encima, por todo agradecimiento, os gasta bromas pesadas.

Los tres enanitos del bosque

RANSE un hombre que había perdido a su mujer, y una mujer a quien se le había muerto el marido. El hombre tenía una hija, y la mujer, otra. Las muchachas se conocían y salían de paseo juntas; de vuelta solían pasar un rato en casa de la mujer.

Un día, ésta dijo a la hija del viudo:

—Di a tu padre que me gustaría casarme con él. Entonces tú te lavarías todas las mañanas con leche y beberías vino; en cambio, mi hija se lavaría con agua, y agua solamente bebería.

De vuelta a su casa, la niña repitió a su padre lo que le había dicho la mujer.

Dijo el hombre:

—¿Qué debo hacer? El matrimonio es un gozo, pero también un tormento.

Al fin, no sabiendo qué partido tomar, quitóse un zapato y dijo:

—Coge este zapato, que tiene un agujero en la suela, llévalo al desván, cuélgalo del clavo grande y échale agua dentro. Si retiene el agua, me casaré con la mujer; pero si el agua se sale, no me casaré.

Cumplió la muchacha lo que le había mandado su padre; pero el agua hinchó el cuero y cerró el agujero, y la bota quedó llena hasta el borde. La niña fue a contar a su padre lo ocurrido. Subió éste al desván, y viendo que su hija había dicho la verdad, se dirigió a casa de la viuda para pedirla en matrimonio, y se celebró la boda.

A la mañana siguiente, al levantarse las dos muchachas, la hija del hombre encontró preparada leche para lavarse y vino para beber, mientras que la otra no tenía sino agua para lavarse y para beber. Al día siguiente encontraron agua para lavarse y agua para beber, tanto la hija de la mujer

como la del hombre. Y a la tercera mañana, la hija del hombre encontró agua para lavarse y para beber, y la hija de la mujer, leche para lavarse y vino para beber; y así continuaron las cosas en adelante.

La mujer odiaba a su hijastra mortalmente e ideaba todas las tretas para tratarla peor cada día. Además, sentía envidia de ella porque era hermosa y amable, mientras que su hija era fea y repugnante.

Un día de invierno, en que estaban nevados el monte y el valle, la mujer confeccionó un vestido de papel y, llamando a su hijastra, le dijo:

—Toma, ponte este vestido y vete al bosque a llenarme este cesto de fresas, que hoy me apetece comerlas.

—¡Santo Dios! —exclamó la muchacha—. Pero si en invierno no hay fresas; la tierra está helada y la nieve lo cubre todo. ¿Y por qué debo ir vestida de papel? Afuera hace un frío que hiela el aliento; el viento se entrará por el papel, y los espinos me lo desgarrarán.

—¿Habráse visto descaro? —exclamó la madrastra—. ¡Sal en seguida y no vuelvas si no traes el cesto lleno de fresas!

Y le dio un mendrugo de pan seco, diciéndole:

—Es tu comida de todo el día.

Pensaba la mala bruja: «Se va a morir de frío y hambre, y jamás volveré a verla».

La niña, que era obediente, se puso el vestido de papel y salió al campo con la cestita. Hasta donde alcanzaba la vista todo era nieve; no asomaba ni una brizna de hierba.

Al llegar al bosque descubrió una casita, con tres enanitos que miraban por la ventana. Les dio los buenos días y llamó discretamente a la puerta. Ellos la invitaron a entrar, y la muchacha se sentó en el banco, al lado del fuego, para calentarse y comer su desayuno.

Los hombrecillos suplicaron:

—¡Danos un poco!

—Con mucho gusto —respondió ella.

Y, partiendo su mendrugo de pan, les ofreció la mitad. Preguntáronle entonces los enanitos:

—¿Qué buscas en el bosque, con tanto frío y con este vestido tan delgado?

—¡Ay! —respondió ella—, tengo que llenar este cesto de fresas, y no puedo volver a casa hasta que lo haya conseguido.

Terminado su pedazo de pan, los enanitos le dieron una escoba y le dijeron:

—Ve a barrer la nieve de la puerta trasera.

Al quedarse solos, los hombrecillos celebraron consejo:

—¿Qué podríamos regalarle, puesto que es tan buena y juiciosa y ha repartido su pan con nosotros? —dijo el primero—. Pues yo le concedo que sea más bella cada día.

El segundo:

—Pues yo, que le caiga una moneda de oro de la boca por cada palabra que pronuncie.

Y el tercero:

—Yo haré que venga un rey y la tome por esposa.

Mientras tanto, la muchacha, cumpliendo el encargo de los enanitos, barría la nieve acumulada detrás de la casa. Y, ¿qué creéis que encontró? Pues unas magníficas fresas maduras, rojas, que asomaban por entre la nieve.

Muy contenta, llenó la cestita y, después de dar las gracias a los enanitos y estrecharles la mano, dirigióse a su casa para llevar a su madrastra lo que le había encargado.

Al entrar y decir «buenas noches», cayéronle de la boca dos monedas de oro. Púsose entonces a contar lo que le había sucedido en el bosque, y he aquí que a cada palabra le iban cayendo monedas de la boca, de manera que al poco rato todo el suelo estaba lleno de ellas.

—¡Qué petulancia! —exclamó la hermanastra—. ¡Tirar así el dinero!

Mas por dentro sentía una gran envidia, y quiso también salir al bosque a buscar fresas. Su madre se oponía:

—No, hijita, hace muy mal tiempo y podrías enfriarte.

Mas como ella insistiera y no la dejara en paz cedió al fin, le cosió un espléndido abrigo de pieles y, después de proveerla de bollos con mantequilla y pasteles, la dejó marchar.

La muchacha se fue al bosque, encaminándose directamente a la casita. Vio a los tres enanitos asomados a la ventana, pero ella no los saludó y, sin

preocuparse de ellos ni dirigirles la palabra siquiera, penetró en la habitación, se acomodó junto a la lumbre y empezó a comerse sus bollos y pasteles.

—Danos un poco —pidiéronle los enanitos.

Pero ella respondió:

—No tengo bastante para mí, ¿cómo voy a repartirlo con vosotros?

Terminado que hubo de comer, dijéronle los enanitos:

—Ahí tienes una escoba, ve a barrer afuera, frente a la puerta de atrás.

—Barred vosotros —replicó ella—, que yo no soy vuestra criada.

Viendo que no hacían ademán de regalarle nada, salió afuera, y entonces los enanitos celebraron un nuevo consejo:

—¿Qué le daremos, ya que es tan grosera y tiene un corazón tan codicioso que no quiere desprenderse de nada? —dijo el primero—. Yo haré que cada día se vuelva más fea.

Y el segundo:

—Pues yo, que a cada palabra que pronuncie le salte un sapo de la boca.

Y el tercero:

—Yo la condeno a morir de mala muerte.

La muchacha estuvo buscando fresas afuera, pero no halló ninguna y regresó malhumorada a su casa. Al abrir la boca para contar a su madre lo que le había ocurrido en el bosque, he aquí que a cada palabra le saltaba un sapo, por lo que todos se apartaron de ella asqueados.

Ello no hizo más que aumentar el odio de la madrastra; sólo pensaba en los medios para atormentar a la hija de su marido, cuya belleza era mayor cada día. Finalmente, cogió un caldero y lo puso al fuego para cocer lino. Una vez cocido, lo colgó del hombro de su hijastra, dio a ésta un hacha y le mandó que fuese al río helado, abriera un agujero en el hielo y aclarase el lino. La muchacha, obediente, dirigióse al río y se puso a golpear el hielo para agujerearlo.

En eso estaba cuando pasó por allí una espléndida carroza en la que viajaba el Rey. Éste mandó detener el coche y preguntó:

—Hija mía, ¿quién eres y qué haces?

—Soy una pobre muchacha y estoy aclarando este lino.

El Rey, compadecido y viéndola tan hermosa, le dijo:

—¿Quieres venirte conmigo?

—¡Oh sí, con toda mi alma! —respondió ella, contenta de poder librarse de su madrastra y su hermanastra.

Montó, pues, en la carroza al lado del Rey y, una vez en la Corte, celebróse la boda con gran pompa y esplendor, tal como los enanitos del bosque habían dispuesto para la muchacha.

Al año, la joven reina dio a luz un hijo, y la madrastra, a cuyos oídos habían llegado las noticias de la suerte de la niña, encaminóse al palacio acompañada de su hija, con el pretexto de hacerle una visita.

Como fuera que el Rey había salido y nadie se hallaba presente, la malvada mujer agarró a la Reina por la cabeza mientras su hija la cogía por los pies y, sacándola de la cama, la arrojaron por la ventana a un río que pasaba por debajo. Luego, la vieja metió a su horrible hija en la cama y la cubrió hasta la cabeza con las sábanas.

Al regresar el Rey e intentar hablar con su esposa, detúvole la vieja:

—¡Silencio, silencio! Ahora no; está con un gran sudor, dejadla tranquila por hoy.

El Rey, no recelando nada malo, se retiró. Volvió al día siguiente y se puso a hablar a su esposa. Al responderle la otra, a cada palabra le saltaba un sapo, cuando antes lo que caían siempre eran monedas de oro. Al preguntar el Rey qué significaba aquello, la madrastra dijo que era debido a lo mucho que había sudado, y que pronto le pasaría.

Aquella noche, empero, el pinche de cocina vio un pato que entraba nadando por el sumidero y que decía:

> «Rey, ¿qué estás haciendo?
> ¿Velas o estás durmiendo?»

Y, no recibiendo respuesta alguna, prosiguió:

> «¿Y qué hace mi gente?»

A lo que respondió el pinche de cocina:

«Duerme profundamente».

Siguió el otro preguntando:

«¿Y qué hace mi hijito?»

Contestó el cocinero:

«Está en su cuna dormidito».

Tomando entonces la figura de la Reina, subió a su habitación y le dio de mamar; luego le mulló la camita y, recobrando su anterior forma de pato, marchóse nuevamente nadando por el sumidero.

Las dos noches siguientes volvió a presentarse el pato, y a la tercera dijo al pinche de cocina:

—Ve a decir al Rey que coja la espada, salga al umbral y la blanda por tres veces encima de mi cabeza.

Así lo hizo el criado, y el Rey, saliendo armado con su espada, la blandió por tres veces sobre aquel espíritu, y he aquí que a la tercera levantóse ante él su esposa, bella, viva y sana como antes.

El Rey sintió en su corazón una gran alegría; pero guardó a la Reina oculta en un aposento hasta el domingo, día señalado para el bautizo de su hijo.

Ya celebrada la ceremonia, preguntó:

—¿Qué se merece una persona que saca a otra de la cama y la arroja al agua?

—Pues, cuando menos —respondió la vieja—, que la metan en un tonel erizado de clavos puntiagudos y, desde la cima del monte, lo echen a rodar hasta el río.

A lo que replicó el Rey:

—Has pronunciado tu propia sentencia.

Y, mandando traer un tonel como ella había dicho, hizo meter en él a la vieja y a su hija y, después de clavar el fondo, lo hizo soltar por la ladera, por la que bajó rodando y dando tumbos hasta el río.

Las tres hilanderas

ERASE una niña muy holgazana que no quería hilar. Ya podía desgañitarse su madre; no había modo de obligarla. Hasta que la buena mujer perdió la paciencia de tal forma, que la emprendió a bofetadas, y la chica se puso a llorar a voz en grito.

Acertaba a pasar en aquel momento la Reina y, al oír los lamentos, hizo parar la carroza, entró en la casa y preguntó a la madre por qué pegaba a su hija de aquella manera, pues sus gritos se oían desde la calle.

Avergonzada la mujer de tener que pregonar la holgazanería de su hija, respondió a la Reina:

—No puedo sacarla de la rueca; todo el tiempo se estaría hilando; pero soy pobre y no puedo comprar tanto lino.

Dijo entonces la Reina:

—No hay nada que me guste tanto como oír hilar; me encanta el zumbar de los tornos. Dejad venir a vuestra hija a palacio conmigo. Tengo lino en abundancia y podrá hilar cuanto guste.

La madre asintió a ello muy contenta, y la Reina se llevó a la muchacha. Llegadas a palacio, condújola a tres aposentos del piso alto, que estaban llenos hasta el techo de magnífico lino.

—Vas a hilarme este lino —le dijo—, y cuando hayas terminado te daré por esposo a mi hijo mayor. Nada me importa que seas pobre; una joven hacendosa lleva consigo su propia dote.

La muchacha sintió en su interior una gran congoja, pues aquel lino no había quien lo hilara, aunque viviera trescientos años y no hiciera otra cosa desde la mañana a la noche.

Al quedarse sola, se echó a llorar y así se estuvo tres días sin mover una mano. Al tercer día presentóse la Reina, y extrañóse al ver que nada tenía

hecho aún; pero la moza se excusó diciendo que no había podido empezar todavía por la mucha pena que le daba el estar separada de su madre. Contentóse la Reina con esta excusa; pero le dijo:

—Mañana tienes que empezar el trabajo.

Nuevamente sola, la muchacha sin saber qué hacer ni cómo salir de apuros asomóse en su desazón a la ventana y vio que se acercaban tres mujeres: la primera tenía uno de los pies muy ancho y plano; la segunda, un labio inferior enorme, que le caía sobre la barbilla; y la tercera, un dedo pulgar abultadísimo. Las tres se detuvieron ante la ventana y, levantando la mirada, preguntaron a la niña qué le ocurría. Contóles ella su cuita, y las mujeres le brindaron su ayuda:

—Si te avienes a invitarnos a la boda, sin avergonzarte de nosotras, nos llamas primas y nos sientas a tu mesa, hilaremos para ti todo este lino en un santiamén.

—Con toda el alma os lo prometo —respondió la muchacha—. Entrad y podéis empezar ahora mismo.

Hizo entrar, pues, a las tres extrañas mujeres, y en la primera habitación desalojó un espacio donde pudieran instalarse. Inmediatamente pusieron manos a la obra. La primera tiraba de la hebra y hacía girar la rueda con el pie; la segunda, humedecía el hilo; la tercera lo retorcía, aplicándolo contra la mesa con el dedo, y a cada golpe de pulgar caía al suelo un montón de hilo de lo más fino.

Cada vez que venía la Reina, la muchacha escondía a las hilanderas y le mostraba el lino hilado; la Reina se admiraba, deshaciéndose en alabanzas de la moza. Cuando estuvo terminado el lino de la primera habitación, pasaron a la segunda, y después a la tercera, y no tardó en quedar lista toda la labor.

Despidiéronse entonces las tres mujeres, diciendo a la muchacha:

—No olvides tu promesa; es por tu bien.

Cuando la doncella mostró a la Reina los cuartos vacíos y la grandísima cantidad de lino hilado, se fijó en seguida el día para la boda. El novio estaba encantado de tener una esposa tan hábil y laboriosa, y no cesaba de ponderarla.

—Tengo tres primas —dijo la muchacha—, a quienes debo grandes favores, y no quiero olvidarme de ellas en la hora de mi dicha. Permitidme, pues, que las invite a la boda y las siente a nuestra mesa.

A lo cual respondieron la Reina y su hijo:

—¿Y por qué no habríamos de invitarlas?

Así, el día de la fiesta se presentaron las tres mujeres, magníficamente ataviadas, y la novia salió a recibirlas diciéndoles:

—¡Bienvenidas, queridas primas!

—¡Uf! —exclamó el novio—. ¡Cuidado que son feas tus parientas!

Y, dirigiéndose a la del enorme pie plano, le preguntó:

—¿Cómo tenéis este pie tan grande?

—De hacer girar el torno —dijo ella—, de hacer girar el torno.

Pasó entonces el príncipe a la segunda:

—¿Y por qué os cuelga tanto este labio?

—De tanto lamer la hebra —contestó la mujer—, de tanto lamer la hebra.

Y a la tercera:

—¿Y cómo tenéis este pulgar tan achatado?

—De tanto torcer el hilo —replicó ella—, de tanto torcer el hilo.

Asustado, exclamó el hijo de la Reina:

—Jamás mi linda esposa tocará una rueca.

Y con esto se terminó la pesadilla del hilado.

Las tres hojas de la serpiente

VIVÍA una vez un hombre tan pobre, que pasaba apuros para alimentar a su único hijo. Díjole entonces éste:

—Padre mío, estáis muy necesitado, y soy una carga para vos. Mejor será que me marche a buscar el modo de ganarme el pan.

Dióle el padre su bendición y se despidió de él con honda tristeza.

Sucedió que por aquellos días el Rey sostenía una guerra con un imperio muy poderoso. El joven se alistó en su ejército y partió para la guerra. Apenas llegado al campo de batalla, se trabó un combate. El peligro era grande, y llovían muchas balas; el mozo veía caer a sus camaradas de todos lados y, al sucumbir también el general, los demás se dispusieron a emprender la fuga.

Adelantóse él entonces, y los animó diciendo:

—¡No vamos a permitir que se hunda nuestra patria!

Seguido de los demás, lanzóse a la pelea y derrotó al enemigo. Al saber el Rey que sólo a él le debía la victoria, ascendiólo por encima de todos, dióle grandes tesoros y lo nombró el primero del reino.

Tenía el monarca una hija hermosísima, pero muy caprichosa. Había hecho voto de no aceptar a nadie por marido y señor, que no prometiese antes solemnemente que, en caso de morir ella, se haría enterrar vivo en su misma sepultura: «Si de verdad me ama —decía la princesa—, ¿para qué querrá seguir viviendo?». Por su parte, ella se comprometía a hacer lo mismo si moría antes el marido. Hasta aquel momento, el singularísimo voto había ahuyentado a todos los pretendientes; pero su hermosura impresionó en tal grado al joven que, sin pensarlo un instante, la pidió a su padre.

—¿Sabes la promesa que has de hacer? —le preguntó el Rey.

—Que debo bajar con ella a la tumba, si muere antes que yo —respondió el mozo—. Tan grande es mi amor, que no me arredra este peligro.

Consintió entonces el Rey, y se celebró la boda con gran solemnidad y esplendor.

Los recién casados vivieron una temporada felices y contentos, hasta que un día la joven princesa contrajo una grave enfermedad, a la que ningún médico supo hallar remedio. Cuando hubo muerto, su esposo recordó la promesa que había hecho. Horrorizábale la idea de ser sepultado en vida; pero no había escapatoria posible. El Rey había mandado colocar centinelas en todas las puertas, y era inútil pensar en sustraerse al horrible destino.

Llegado el día en que el cuerpo de la princesa debía ser bajado a la cripta real, el príncipe fue conducido a ella, y tras él se cerró la puerta a piedra y lodo.

Junto al féretro había una mesa, y con ella cuatro velas, cuatro hogazas de pan y cuatro botellas de vino. Cuando hubiera consumido aquellas vituallas, habría de morir de hambre y sed.

Dolorido y triste, comía cada día sólo un pedacito de pan y bebía un sorbo de vino; pero bien veía que la muerte se iba acercando irremisiblemente.

Una vez que tenía la mirada fija en la pared, vio salir de uno de los rincones de la cripta una serpiente, que se deslizaba en dirección al cadáver. Pensando que venía para devorarlo, sacó la espada y exclamó: «¡Mientras yo esté vivo, no la tocarás!». Y la partió en tres pedazos.

Al cabo de un rato salió del mismo rincón otra serpiente, que en seguida retrocedió al ver a su compañera muerta y despedazada. Pero regresó a los pocos momentos, llevando en la boca tres hojas verdes. Cogió entonces los tres segmentos de la serpiente muerta y, encajándolos debidamente, aplicó a cada herida una de las hojas. Inmediatamente quedaron soldados los trozos; el animal comenzó a agitarse, recobrada la vida, y se retiró junto con su compañera.

Las hojas quedaron en el suelo, y al desgraciado príncipe, que había asistido a aquel prodigio, se le ocurrió que quizás las milagrosas hojas que

habían devuelto la vida a la serpiente, tendrían también virtud sobre las personas.

Recogiólas y aplicó una en la boca de la difunta, y las dos restantes, en sus ojos. Y he aquí que apenas lo hubo hecho, la sangre empezó a circular por las venas y restituyó al lívido rostro su color sonrosado. Respiró la muerta y, abriendo los ojos, dijo:

—¡Dios mío!, ¿dónde estoy?

—Estás conmigo, esposa querida —respondióle el príncipe.

Y le contó todo lo ocurrido y cómo la había vuelto a la vida.

Diole luego un poco de pan y vino, y cuando la princesa hubo recobrado algo de vigor, ayudóla a levantarse y a ir hasta la puerta, donde ambos se pusieron a golpear y gritar tan fuertemente, que los guardias los oyeron y corrieron a informar al Rey.

Éste bajó personalmente a la cripta y se encontró con la pareja sana y llena de vida. Todos se alegraron sobremanera ante la inesperada solución del triste caso.

El joven príncipe se guardó las tres hojas de la serpiente y las entregó a su criado, diciéndole:

—Guárdamelas con el mayor cuidado y llévalas siempre contigo. ¡Quién sabe si algún día podemos necesitarlas!

Sin embargo, habíase producido un cambio en la resucitada esposa. Parecía como si su corazón no sintiera ya afecto alguno por su marido.

Transcurrido algún tiempo, quiso él emprender un viaje por mar para ir a ver a su viejo padre, y los dos esposos embarcaron. Ya en la nave, olvidó ella el amor y fidelidad que su esposo le mostrara cuando le salvó la vida, y comenzó a sentir una inclinación culpable hacia el piloto que los conducía. Y un día en que el joven príncipe se hallaba durmiendo, llamó al piloto y, cogiendo ella a su marido por la cabeza y el otro por los pies, lo arrojaron al mar.

Cometido el crimen, dijo la princesa al marino:

—Regresemos ahora a casa; diremos que murió en ruta. Yo te alabaré y encomiaré ante mi padre en términos tales, que me casará contigo y te hará heredero del reino.

Pero el fiel criado, que había asistido a la escena, bajó al agua un botecito sin ser advertido de nadie, y en él se dirigió a fuerza de remos al lugar donde cayera su señor, dejando que los traidores siguiesen su camino. Sacó del agua el cuerpo del ahogado y, con ayuda de las tres hojas milagrosas que llevaba consigo y que aplicó en sus ojos y boca, lo restituyó felizmente a la vida.

Los dos se pusieron entonces a remar con todas sus fuerzas de día y de noche, y con tal rapidez navegaron en su barquita, que llegaron a presencia del Rey antes que la gran nave.

Asombrado éste al verlos regresar solos, preguntóles qué les había sucedido. Al conocer la perversidad de su hija, dijo:

—No puedo creer que haya obrado tan criminalmente; mas pronto la verdad saldrá a la luz del día.

Y, enviando a los dos a una cámara secreta, los retuvo en ella sin que nadie lo supiera.

Poco después llegó el barco, y la impía mujer se presentó ante su padre con semblante de tristeza. Preguntóle él:

—¿Por qué regresas sola? ¿Dónde está tu marido?

—¡Ay, padre querido! —exclamó la princesa—, ha ocurrido una gran desgracia. Durante el viaje mi esposo enfermó súbitamente y murió y, de no haber sido por la ayuda que me prestó el patrón de la nave, yo también lo habría pasado muy mal. Estuvo presente en el acto de su muerte, y puede contároslo todo.

Dijo el Rey:

—Voy a resucitar al difunto.

Y, abriendo el aposento, mandó salir a los dos hombres.

Al ver la mujer a su marido, quedó como herida de un rayo y, cayendo de rodillas, imploró perdón. Pero el Rey dijo:

—No hay perdón. Él se mostró dispuesto a morir contigo y te restituyó la vida; en cambio, tú le asesinaste mientras dormía, y ahora recibirás el pago que merece tu acción.

Fue embarcada junto con su cómplice en un navío perforado y llevada a alta mar, donde muy pronto los dos fueron tragados por las olas.

La serpiente blanca

HACE ya de esto mucho tiempo. He aquí que vivía un rey, famoso en todo el país por su sabiduría. Nada le era oculto; habríase dicho que por el aire le llegaban noticias de las cosas más recónditas y secretas. Tenía, empero, una singular costumbre. Cada mediodía, una vez retirada la mesa y cuando nadie se hallaba presente, un criado de confianza le servía un plato más. Estaba tapado, y nadie sabía lo que contenía, ni el mismo servidor, pues el Rey no lo descubría ni comía de él hasta encontrarse completamente solo.

Las cosas siguieron así durante mucho tiempo, cuando un día picóle al criado una curiosidad irresistible y se llevó la fuente a su habitación. Cerrado que hubo la puerta con todo cuidado, levantó la tapadera y vio que en la bandeja había una serpiente blanca. No pudo reprimir el antojo de probarla; cortó un pedacito y se lo llevó a la boca.

Apenas lo hubo tocado con la lengua, oyó un extraño susurro de melódicas voces que venía de la ventana; al acercarse y prestar oído, observó que eran gorriones que hablaban entre sí, contándose mil cosas que vieran en campos y bosques. Al comer aquel pedacito de serpiente había recibido el don de entender el lenguaje de los animales.

Sucedió que aquel mismo día se extravió la sortija más hermosa de la Reina, y la sospecha recayó sobre el fiel servidor, que tenía acceso a todas las habitaciones. El Rey le mandó comparecer a su presencia y, en los términos más duros, le amenazó con que, si para el día siguiente no lograba descubrir al ladrón, se le tendría por tal y sería ajusticiado. De nada le sirvió al leal criado protestar de su inocencia; el Rey lo hizo salir sin retirar su amenaza.

Lleno de temor y congoja, bajó al patio, siempre cavilando la manera de salir del apuro, cuando observó tres patos que se solazaban tranquilamente en el arroyo, alisándose las plumas con el pico y sosteniendo una animada conversación. El criado se detuvo a escucharlos.

Se relataban dónde habían pasado la mañana y lo que habían encontrado para comer. Uno de ellos dijo malhumorado:

—Siento un peso en el estómago; con las prisas me he tragado una sortija que estaba al pie de la ventana de la Reina.

Sin pensarlo más, el criado lo agarró por el cuello, lo llevó a la cocina y dijo al cocinero:

—Mata éste, que ya está bastante cebado.

—Dices verdad —asintió el cocinero sopesándolo con la mano—; se ha dado buena maña en engordar y está pidiendo ya que lo pongan en el asador.

Cortóle el cuello y, al vaciarlo, apareció en su estómago el anillo de la Reina. Fácil le fue al criado probar al Rey su inocencia y, queriendo éste reparar su injusticia, ofreció a su servidor la gracia que él eligiera, prometiendo darle el cargo que más le apeteciera en su Corte.

El criado declinó este honor y se limitó a pedir un caballo y dinero para el viaje, pues deseaba ver el mundo y pasarse un tiempo recorriéndolo.

Otorgada su petición, púsose en camino, y un buen día llegó junto a un estanque, donde observó tres peces que habían quedado aprisionados entre las cañas y pugnaban, jadeantes, por volver al agua. Digan lo que digan de que los peces son mudos, lo cierto es que el hombre entendió muy bien las quejas de aquellos animales, que se lamentaban de verse condenados a una muerte tan miserable.

Siendo como era, de corazón compasivo, se apeó y devolvió los tres peces al agua. Coleteando de alegría y asomando las cabezas le dijeron:

—Nos acordaremos de que nos salvaste la vida, y ocasión tendremos de pagártelo.

Siguió el mozo cabalgando, y al cabo de un rato parecióle como si percibiera una voz procedente de la arena, a sus pies. Aguzando el oído, diose cuenta de que era un rey de las hormigas que se quejaba:

—¡Si al menos esos hombres, con sus torpes animales, nos dejaran tranquilas! Este caballo estúpido, con sus pesados cascos está aplastando sin compasión a mis gentes.

El jinete torció hacia un camino que seguía al lado, y el rey de las hormigas le gritó:

—¡Nos acordaremos y te lo pagaremos!

La ruta lo condujo a un bosque, y allí vio una pareja de cuervos que, al borde de su nido, arrojaban de él a sus hijos:

—¡Fuera de aquí, truhanes! —les gritaban—. No podemos seguir hartándoos; ya tenéis edad para buscaros pitanza.

Los pobres pequeñuelos estaban en el suelo, agitando sus débiles alitas y lloriqueando:

—¡Infelices de nosotros, desvalidos, que hemos de buscarnos la comida y todavía no sabemos volar! ¿Qué vamos a hacer, sino morirnos de hambre?

Apeóse el mozo, mató al caballo de un sablazo y dejó su cuerpo para pasto de los pequeños cuervos, los cuales lanzáronse a saltos sobre la presa y, una vez hartos, dijeron a su bienhechor:

—¡Nos acordaremos y te lo pagaremos!

El criado hubo de proseguir su ruta a pie y, al cabo de muchas horas, llegó a una gran ciudad. Las calles rebullían de gente, y se observaba una gran excitación; en esto apareció un pregonero montado a caballo, haciendo saber que la hija del rey buscaba esposo. Quien se atreviese a pretenderla debía, empero, realizar una difícil hazaña; si la cumplía, recibiría la mano de la princesa; pero si fracasaba, perdería la vida. Eran muchos los que lo habían intentado ya; mas perecieron en la empresa.

El joven vio a la princesa y quedó de tal modo deslumbrado por su hermosura que, desafiando todo peligro, presentóse ante el Rey a pedir la mano de su hija.

Lo condujeron mar adentro, y en su presencia arrojaron al fondo un anillo. El Rey le mandó que recuperase la joya, y añadió:

—Si vuelves sin ella, serás precipitado al mar hasta que mueras ahogado.

Todos los presentes se compadecían del apuesto mozo, a quien dejaron solo en la playa.

El joven se quedó allí, pensando en la manera de salir de su apuro. De pronto vio tres peces que se le acercaban juntos, y que no eran sino aquellos que él había salvado. El que venía en medio llevaba en la boca una concha, que depositó en la playa a los pies del joven. Éste la recogió para abrirla, y en su interior apareció el anillo de oro.

Saltando de contento, corrió a llevarlo al rey, con la esperanza de que se le concediese la prometida recompensa. Pero la soberbia princesa, al saber que su pretendiente era de linaje inferior, lo rechazó exigiéndole la realización de un nuevo trabajo.

Salió al jardín, y esparció entre la hierba diez sacos llenos de mijo.

—Mañana, antes de que salga el sol, debes haberlo recogido todo, sin que falte un grano.

Sentóse el doncel en el jardín y se puso a cavilar sobre el modo de cumplir aquel mandato. Pero no se le ocurría nada, y se puso muy triste al pensar que a la mañana siguiente sería conducido al patíbulo. Pero cuando los primeros rayos del sol iluminaron el jardín… ¡Qué era aquello que veía! Los diez sacos estaban completamente llenos y bien alineados, sin que faltase un grano de mijo.

Por la noche había acudido el rey de las hormigas con sus miles y miles de súbditos, y los agradecidos animalitos habían recogido el mijo con gran diligencia y lo habían depositado en los sacos.

Bajó la princesa en persona al jardín y pudo ver con asombro que el joven había salido con bien de la prueba. Pero su corazón orgulloso no estaba aplacado aún y dijo:

—Aunque haya realizado los dos trabajos, no será mi esposo hasta que me traiga una manzana del Árbol de la Vida.

El pretendiente ignoraba dónde crecía aquel árbol. Púsose en camino, dispuesto a no detenerse mientras lo sostuviesen las piernas, aunque no abrigaba esperanza alguna de encontrar lo que buscaba.

Cuando hubo recorrido ya tres reinos, un atardecer llegó a un bosque y se tendió a dormir debajo de un árbol; de súbito, oyó un rumor entre las ramas, al tiempo que una manzana de oro le caía en la mano. Un instante después bajaron volando tres cuervos que, posándose sobre sus rodillas, le dijeron:

—Somos aquellos cuervos pequeños que salvaste de morir de hambre. Cuando, ya crecidos, supimos que andabas en busca de la manzana de oro, cruzamos el mar volando y llegamos hasta el confín del mundo, donde crece el Árbol de la Vida, para traerte la fruta.

Loco de contento, reemprendió el mozo el camino de regreso para llevar la manzana de oro a la princesa, la cual no puso ya más dilaciones. Partiéronse la manzana de la vida y se la comieron juntos. Entonces encendióse en el corazón de la doncella un gran amor por su prometido, y vivieron felices hasta una edad muy avanzada.

La paja, la brasa y la alubia

VIVÍA en un pueblo una anciana que, habiendo recogido un plato de alubias, se disponía a cocerlas. Preparó fuego en el hogar y, para que ardiera más de prisa, lo encendió con un puñado de paja. Al echar las alubias en el puchero, se le cayó una sin que ella lo advirtiera, y fue a parar al suelo, junto a una brizna de paja. A poco, un ascua saltó del hogar y cayó al lado de otras dos.

Abrió entonces la conversación la paja:

—Amigos, ¿de dónde venís?

Y respondió la brasa:

—¡Suerte que he tenido de poder saltar del fuego! A no ser por mi arrojo, aquí se acababan mis días. Me habría consumido hasta convertirme en ceniza.

Dijo la alubia:

—También yo he salvado el pellejo; porque si la vieja consigue echarme en la olla, a estas horas estaría ya cocida y convertida en puré sin remisión, como mis compañeras.

—No habría salido mejor librada yo —terció la paja—. Todas mis hermanas han sido arrojadas al fuego por la vieja, y ahora ya no son más que humo. Sesenta cogió de una vez para quitarnos la vida. Por fortuna, yo pude deslizarme entre sus dedos.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó el carbón.

—Yo soy de parecer —propuso la alubia—, que puesto que tuvimos la buena fortuna de escapar de la muerte, sigamos reunidos los tres en amistosa compañía y, para evitar que nos ocurra aquí algún otro percance, nos marchemos juntos a otras tierras.

La proposición gustó a las otras dos, y todos se pusieron en camino. Al cabo de poco llegaron a la orilla de un arroyuelo y, como no había puente ni pasarela, no sabían como cruzarlo. Pero a la paja se le ocurrió una idea:

—Yo me echaré de través, y haré de puente para que paséis vosotras.

Tendióse la paja de orilla a orilla y el ascua, que por naturaleza era fogosa, apresuróse a aventurarse por la nueva pasarela. Pero cuando estuvo en la mitad, oyendo el murmullo del agua bajo sus pies, sintió miedo y se paró, sin atreverse a dar un paso más.

La paja comenzó a arder y, partiéndose en dos, cayó al arroyo, arrastrando al ascua que, con un chirrido, expiró al tocar el agua.

La alubia que, prudente, se había quedado en la orilla, no pudo contener la risa ante la escena, y tales fueron sus carcajadas, que reventó.

También ella habría acabado allí su existencia; pero quiso la suerte que un sastre que iba de viaje se detuviese a descansar a la margen del riachuelo. Como era hombre de corazón compasivo, sacó hilo y aguja y le cosió el desgarrón.

La alubia le dio las gracias del modo más efusivo; pero como el sastre había usado hilo negro, desde aquel día todas las alubias tienen una costura negra.

El pescador y su mujer

ERASE una vez un pescador que vivía con su mujer en una mísera choza, a poca distancia del mar. El hombre salía todos los días a pescar, y pesca que pescarás.

Un día estaba sentado, como de costumbre, sosteniendo la caña y contemplando el agua límpida, aguarda que te aguarda.

He aquí que se hundió el anzuelo, muy al fondo, muy al fondo, y cuando el hombre lo sacó, extrajo un hermoso rodaballo. Dijo entonces el pez al pescador:

—Oye pescador, déjame vivir, hazme el favor; en realidad, yo no soy un rodaballo, sino un príncipe encantado. ¿Qué sacarás con matarme? Mi carne poco vale; devuélveme al agua y deja que siga nadando.

—Bueno —dijo el hombre—, no tienes por qué gastar tantas palabras. ¡A un rodaballo que sabe hablar, vaya si lo soltaré! ¡No faltaba más!

Y así diciendo, restituyólo al agua diáfana; el rodaballo se apresuró a descender al fondo, dejando una larga estela de sangre, y el pescador se volvió a la cabaña, donde lo esperaba su mujer.

—Marido —dijo ella al verlo entrar—, ¿no has pescado nada?

—No —respondió el hombre—; cogí un rodaballo, pero como me dijo que era un príncipe encantado, lo he vuelto a soltar.

—¿Y no le pediste nada? —replicó ella.

—No —dijo el marido—; ¿qué iba a pedirle?

—¡Ay! —exclamó la mujer—. Tan pesado como es vivir siempre en este asco de choza; a lo menos podías haberle pedido una casita. Anda, vuelve al mar y llámalo; díle que nos gustaría tener una casita; seguro que nos la dará.

—¡Bah! —replicó el hombre—. ¿Y ahora he de volver allí?

—No seas así, hombre —insistió ella—. Puesto que lo pescaste y lo volviste a soltar, claro que lo hará. ¡Anda, no te hagas rogar!

Al hombre le hacía maldita la gracia, pero tampoco quería contrariar a su mujer, y volvió a la playa.

Al llegar a la orilla, el agua ya no estaba tan límpida como antes, sino verde y amarillenta.

El pescador se acercó al agua y dijo:

«Solín solar, solín solar,
pececito del mar.
Belita, la mi esposa,
quiere pedirte una cosa».

Acudió el rodaballo y dijo:

—Bien, ¿qué quiere?

—Pues mira —contestó el hombre—, puesto que te cogí hace un rato, dice mi mujer que debía haberte pedido algo. Está cansada de vivir en la choza y le gustaría tener una casita.

—Vuélvete a casa —dijo el pez—, que ya la tiene.

Marchóse el pescador y ya no encontró a su mujer en la mísera choza; en su lugar se levantaba una casita, frente a cuya puerta estaba ella sentada en un banco. Cogiendo al marido de la mano, le dijo:

—Entra. ¿Ves? Esto está mucho mejor.

Efectivamente, en la casita había un pequeño patio y una deliciosa sala, y dormitorios, cada uno con su cama, y cocina y despensa, todo muy bien provisto y dispuesto, con toda una batería de estaño y de latón, sin faltar nada. Y detrás había un corral, con gallinas y patos, y un huertecito plantado de hortalizas y árboles frutales.

—Míralo —dijo la mujer—, ¿verdad que es bonito?

—Cierto —asintió el marido—, y así lo dejaremos; ¡ahora sí que viviremos contentos!

—¡Será cosa de pensarlo! —replicó ella.

Y cenaron y se fueron a acostar.

Transcurrieron un par de semanas, y un día dijo la mujer:

—Oye, marido; bien mirado, esta casita nos viene un poco estrecha, y el corral y el jardín son demasiado pequeños; el rodaballo podía habernos regalado una casa mayor. Me gustaría vivir en un gran palacio, todo de piedra. Anda, ve a buscar al pez y pídele un palacio.

—¡Pero, mujer! —exclamó el pescador—. Ya es bastante buena esta casita. ¿Para qué queremos vivir en un palacio?

—No seas así —insistió ella—. Ve a ver al rodaballo; a él no le cuesta nada.

—¡Que no, mujer! —protestaba el hombre—; el pez nos ha dado ya la casita; no puedo volver ahora, que a lo mejor se enfada.

—Te digo que vayas —porfió ella—; puede hacerlo y lo hará gustoso; tú ve, no seas terco.

Al hombre le venía aquello muy cuesta arriba, y se resistía. «No es de razón», decíase; pero acabó por ir.

Al llegar al mar, el agua tenía un color violado y azul oscuro, sucio y espeso; no era ya verde y amarillenta como la vez anterior; de todos modos, su superficie estaba tranquila.

El pescador se acercó al agua y dijo:

«Solín solar, solín solar,
pececito del mar,
Belita, la mi esposa,
quiere pedirte otra cosa».

Asomó el rodaballo y preguntó:

—Bien, y ¿qué es lo que quieres?

—¡Ay! —suspiró el hombre—, quiere vivir en un gran palacio, todo de piedra.

—Vuélvete, te aguarda a la puerta —dijo el pez.

Marchóse el hombre, creyendo regresar a su casa, pero al llegar encontróse ante un gran palacio de piedra. Su mujer, en lo alto de la escalinata, se disponía a entrar en él. Cogiéndole de la mano, le dijo:

—Entra conmigo.

El hombre la siguió. El palacio tenía un grandioso vestíbulo, con todo el pavimento de mármol y una multitud de criados que se apresuraban a abrir las altas puertas; y todas las paredes eran relucientes y estaban cubiertas de bellísimos tapices, y en las salas había sillas y mesas de oro puro, con espléndidas arañas de cristal colgando del techo; y el piso de todos los dormitorios y aposentos estaba cubierto de ricas alfombras. Veíanse las mesas repletas de manjares y de vinos generosos, y en la parte posterior del edificio había también un gran patio con establos, cuadras y coches; todo, de lo mejor; tampoco faltaba un espaciosísimo y soberbio jardín, lleno de las más bellas flores y árboles frutales, y un grandioso parque, lo menos de media milla de longitud, poblado de corzos, ciervos, liebres y cuanto se pudiese desear.

—¡Qué! —exclamó la mujer—. ¿No lo encuentras hermoso?

—Sí —asintió el marido—, y así habrá de quedar. Viviremos en este bello palacio, contentos y satisfechos.

—Eso ya lo veremos —replicó la mujer—; lo consultaremos con la almohada.

Y se fueron a dormir.

A la mañana siguiente, la esposa se despertó la primera; acababa de nacer el día, y desde la cama se dominaba un panorama hermosísimo. Estiróse el hombre y desperezóse, y ella, dándole con el codo en un costado, le dijo:

—Levántate y asómate a la ventana. ¿Qué te parece? ¿No crees que podríamos ser reyes de todas esas tierras? ¡Anda, ve a tu rodaballo y dile que queremos ser reyes!

—¡Bah, mujer! ¿Para qué queremos ser reyes? A mí no me apetece.

—Bueno —replicó ella—, pues si tú no quieres, yo sí. Ve a buscar el rodaballo y dile que quiero ser rey.

—Pero, mujer mía, ¿por qué te ha dado ahora por ser rey? Yo esto no se lo puedo decir.

—¿Y por qué no? —enfurruñóse la antigua pescadora—. Vas a ir inmediatamente. ¡Quiero ser rey!

Marchóse el hombre cabizbajo, aturdido ante la pretensión de su esposa. «No es de razón», pensaba. Se resistía; pero, con todo, fue.

Al llegar ante el mar, éste era de un color gris negruzco, y el agua borboteaba y olía a podrido.

El hombre se acercó y dijo:

«Solín solar, solín solar,
pececito del mar,
Belita, la mi esposa,
quiere pedirte otra cosa».

—Bien, ¿qué quiere, pues? —preguntó el rodaballo.

—¡Ay! —respondió el hombre—, ahora quiere ser rey.

—Márchate, ya lo es —dijo el rodaballo.

Alejóse el hombre y, cuando llegó al palacio, éste se había vuelto mucho mayor, con una alta torre, magníficamente ornamentada. Ante la puerta había centinelas y muchos soldados con tambores y trompetas.

Entró en el edificio y vio que todo era de mármol y oro puro, con tapices de terciopelo adornados con grandes borlas de oro. Abriéronse las puertas de la sala. Toda la Corte estaba allí reunida, y su mujer, sentada en un elevado trono de oro y diamantes, con una gran corona de oro en la cabeza y sosteniendo en la mano un cetro de oro puro y piedras preciosas. A ambos lados del trono alineábanse seis damas de honor, cada una de ellas una cabeza más baja que la anterior.

El marido se adelantó y se quedó contemplando un rato a su esposa. Al cabo dijo:

—¡Vaya, pues no estás mal de rey! Ahora ya no querremos nada más.

—No, marido —replicó ella toda desazonada—. Ya se me hace largo el tiempo, y me aburro. ¡No lo puedo resistir! Ve al rodaballo y, puesto que soy rey, dile que quiero ser emperador.

—¡Pero, mujer! —protestó el hombre—. Y ¿por qué quieres ser emperador?

—Anda —ordenó ella—, te vas a llamar al rodaballo. Me ha dado por ser emperador.

—Mira, mujer —insistió el marido—, él no puede hacer emperadores; eso no se lo pido. Emperadores sólo hay uno. ¡Te digo que no puede, vamos, que no puede!

—¡Cómo! —exclamó la mujer—. Soy rey, y tú no eres más que mi marido. ¿Quieres ir o no? ¡Andando, y sin protestar! Si puede hacer reyes, lo mismo puede hacer emperadores, y yo quiero serlo. ¡Ve en seguida!

No hubo más remedio, y el pobre hombre tuvo que volver a la playa; pero en su corazón sentía una gran angustia y pensaba: «Esto no puede continuar así. ¡Emperador! Es demasiado atrevimiento; al fin, el rodaballo se cansará».

Y llegó al mar, el cual aparecía negro y espeso, y sus aguas empezaban a escupir espumas en la superficie y a burbujear; soplaba, además, un viento huracanado que lo agitaba terriblemente.

El hombre sintió un escalofrío, pero se acercó al agua y dijo:

«Solín solar, solín solar,
pececito del mar,
Belita, la mi esposa,
quiere pedirte otra cosa».

—Bien, ¿qué quiere, pues? —dijo el rodaballo.

—¡Ay, amigo pez! —respondió él—, mi mujer quiere ser emperador.

—Puedes marcharte —replicó el pez—, que ya lo es.

Volvióse el hombre y se encontró con un palacio de mármol bruñido, con estatuas de alabastro y adornos de oro. Ante la puerta, los soldados marchaban en formación, al son de tambores y trompetas. En el interior del alcázar iban y venían los barones, condes y duques como si fuesen criados, abriéndole las puertas, que eran de oro reluciente.

Al entrar vio a su mujer en un trono, todo él un ascua de oro y como media legua de alto. Llevaba una enorme corona, también de oro, de tres codos de altura, toda ella incrustada de brillantes. En una mano sostenía el cetro, y en la otra, el globo imperial, y a ambos lados formaban los alabarderos en dos filas y sus tallas disminuían progresivamente, desde un altísimo gigante que bien alcanzaría media legua, hasta un enano

pequeñísimo, apenas más grande que el dedo meñique. ¡Y príncipes y duques a montones!

Acercóse el marido y, colocándose entre todos aquellos personajes, dijo:

—Mujer, ya eres emperador.

—Sí —respondió ella—, soy emperador.

Él la examinó detenidamente durante largo rato y, al cabo, exclamó:

—¡Ah, mujer mía, qué bien te sienta el ser emperador!

—Marido —replicó ella—, ¿qué haces aquí parado? Soy emperador, pero ahora quiero ser Papa; conque ya estás yendo a ver a tu rodaballo.

—¡Pero mujer! —protestó el hombre—. ¿Es que quieres serlo todo? Papa es imposible. Papa sólo hay uno en toda la Cristiandad. No hay que pedir gallerías; eso no lo puede hacer el pez.

—Marido —dijo ella—, quiero ser papa; ve sin replicar, que quiero serlo hoy mismo.

—No, esposa mía —insistió el hombre—, esto no se lo puedo pedir, ya es demasiado; el rodaballo no puede hacerte Papa.

—¡No digas tonterías! —replicó la mujer—. Si puede hacer emperadores, bien podrá hacer papas. Anda, que yo soy emperador, y tú eres mi marido. ¿Te atreves a negarte?

El pobre marido, atemorizado, partió. Sentíase desfallecido; temblaba como un azogado, vacilábanle las piernas y se le doblaban las rodillas. Un viento huracanado azotaba el país; volaban las nubes en el cielo, y una oscuridad de noche lo invadía todo. Las hojas se escapaban, arrancadas de los árboles, y las olas del mar se encrespaban, con un estrépito de hervidero, estrellándose contra la orilla. En lontananza se veían barcos que disparaban cañonazos pidiendo socorro, saltando y brincando a merced de las olas. No obstante, en el centro del cielo aparecía aún una mancha azul rodeada de nubes rojas, como cuando se acerca una terrible borrasca.

Acercóse el hombre lleno de espanto y, con voz en que se revelaba su angustia, dijo:

«Solín solar, solín solar,
pececito del mar,
Belita, la mi esposa,

quiere pedirte otra cosa».

—Bien, ¿qué quiere, pues? —dijo el rodaballo.

—¡Ay! —respondió el hombre—. Quiere ser Papa.

—Vete, que ya lo es —replicó el pez.

Marchóse el pescador, y al llegar se encontró ante una gran iglesia rodeada de palacios. Abriéndose camino entre la multitud, vio que el interior estaba iluminado por millares y millares de cirios, y que su mujer estaba toda vestida de oro, sentada en un trono aún mucho más alto, con tres coronas de oro en la cabeza y rodeada de muchísimos obispos y cardenales. A ambos lados tenía dos hileras de cirios: el mayor, grueso y alto como la torre; el menor, como una velita de cocina. Y todos los emperadores y reyes, hincados de rodillas, le besaban la sandalia.

—Mujer —dijo el hombre después de contemplarla—, ¡ya eres Papa!

—Sí —dijo ella—, soy Papa.

Adelantóse él más y la miró detenidamente, y parecióle que estaba viendo el sol. Al cabo de un buen rato de contemplarla exclamó:

—¡Ay, mujer! ¡Qué bien te está el ser Papa!

Pero ella permanecía envarada, tiesa como un árbol. Sin hacer el menor movimiento. Dijo él entonces:

—Estarás satisfecha, puesto que eres Papa; ya no te queda más que desear.

—Esto me lo pensaré —replicó ella.

Y se fueron a la cama; pero la mujer no estaba aún contenta; la ambición no la dejaba dormir, y no hacía sino cavilar qué más podría ser aún. En cambio, el marido durmió como un tronco, cansado de tanto ir y venir.

Su esposa se pasó la noche revolviéndose en la cama sin pegar un ojo, siempre cavilando qué podría ser todavía, y sin encontrar nada.

Llegó el alba, y al ver las primeras luces de la aurora, la mujer se incorporó en el lecho y clavó la mirada en el horizonte. Y al ver cómo el sol despuntaba y ascendía en el firmamento: «¡Ah! —pensó súbitamente—, ¿no podría yo también hacer que saliesen el sol y la luna?»

—Marido —dijo, dándole con el codo en las costillas—, levántate y vete a ver al rodaballo; quiero ser como Dios Nuestro Señor.

El hombre, que dormía como un bendito, tuvo un susto tal que se cayó de la cama. Pensando que había oído mal, preguntó frotándose los ojos:

—¿Qué estás diciendo, mujer?

—Marido —contestó ella—, eso de que no pueda hacer salir el sol y la luna, no voy a resistirlo. Ya no tendré una hora de reposo: siempre pensaré que hay una cosa que no puedo hacer.

Y le dirigió una mirada tan colérica, que el hombre sintió que le recorría un escalofrío.

—Ve en seguida —le ordenó—; quiero ser como Dios Nuestro Señor.

—Pero mujer —suplicó él, cayendo de rodillas—, esto no puede hacerlo el rodaballo. Emperador y Papa, pase. Te lo ruego, ¡conténtate con ser Papa!

La ira se apoderó de ella; agitando salvajemente la cabellera, se puso a gritar:

—¡Yo no aguanto esto! No lo aguanto ni un momento más. ¿Quieres ir, o no?

El hombre se puso los pantalones y se precipitó a la calle como loco.

Afuera arreciaba la tempestad, de tal modo desencadenada que a duras penas el pescador lograba tenerse en pie. El viento derribaba las casas y arrancaba de cuajo los árboles; temblaban las montañas, y las rocas se precipitaban al mar; el cielo era negro como la pez; estallaban rayos y truenos, y elevábanse altas olas como campanarios, coronadas de blanca espuma.

El hombre se puso a gritar, sin que él mismo pudiera oír su voz:

«Solín solar, solín solar,
pececito del mar,
Belita, la mi esposa.
quiere pedirte otra cosa».

—Bien, ¿qué quiere, pues?

—¡Ay! —exclamó él—. ¡Quiere ser como Dios Nuestro Señor!

—Vete ya, la encontrarás en la choza.

Y allí siguen todavía.

El sastrecillo valiente

UNA mañana de verano estaba un sastrecito sentado sobre su mesa, junto a la ventana; contento y de buen humor, cosía y cosía con todo entusiasmo.

Acertó a pasar por la calle una aldeana, que voceaba su mercancía: «¡A la rica mermelada! ¡A la rica mermelada!».

Se le alegraron las pajarillas al sastrecillo al oír estas palabras y, asomando su cabecita por la ventana, gritó:

—¡Eh buena mujer, subid acá, que os libraremos de vuestra mercancía!

Subió la aldeana los tres tramos de escalera cargada con su pesada cesta, y tuvo que abrir todos sus botes. El sastrecillo los examinó uno por uno, sopesándolos y acercando las narices para olerlos, finalmente dijo:

—Me parece buena la mermelada. Pesadme cuatro medias onzas, buena mujer, hasta cinco si quiere; pero no más.

La campesina, que había esperado hacer mejor venta, le sirvió lo que pedía y se marchó malhumorada y refunfuñando.

—¡Vaya! —dijo el sastrecillo frotándose las manos—. ¡Que Dios me bendiga esta mermelada, y que me dé fuerza y ánimos!

Y sacando el pan del armario, cortóse una gran rebanada y se la untó bien.

—Parece que no sabrá mal —díjose—; pero antes de regalarme, terminaré el jubón.

Dejó el pan a un lado y reanudó la costura más alegre que unas castañuelas, de modo que las puntadas le salían cada vez más largas.

Mientras tanto, el dulce aroma de la mermelada subía pared arriba, la cual estaba llena de moscas que, atraídas por el olorcillo, no tardaron en acudir en tropel.

—¡Hola!, ¿quién os ha invitado? —dijo el sastrecito, intentando ahuyentar a los indeseables huéspedes.

Pero las moscas, que no atendían a razones, volvían a la golosina cada vez en mayor número. Subiósele al hombre la mosca a la nariz, como suele decirse, y cogiendo de entre los retales un trozo de paño:

—¡Aguardad, ya os daré yo! —exclamó, y descargó un golpe sobre las moscas.

Al levantar el paño, vio que lo menos siete habían estirado la pata.

—¡Qué valiente eres! —se dijo, admirado de su propio arrojo—. ¡Esto tiene que saberlo toda la ciudad!

Y apresuróse a cortarse un cinturón y a coserlo, y luego, con grandes letras, bordó en él el siguiente letrero: «Siete de un golpe».

—¡Qué digo la ciudad! —añadió—. ¡El mundo entero ha de saberlo!

Y, de puro gozo, el corazón le temblaba como al corderito el rabo.

Ciñóse el sastre el cinturón y se dispuso a salir al mundo, pensando que su taller era demasiado pequeño para su valentía. Antes de marcharse estuvo rebuscando en toda la casa, por si encontraba algo que pudiera servirle para el viaje; pero sólo descubrió un viejo queso y se lo embolsó. Frente a la puerta vio un pájaro que se había enredado en un matorral, y se lo metió también en el talego para que hiciera compañía al queso. Cogió luego animosamente el camino entre piernas y, como era ligero y ágil de cuerpo, no sentía ningún cansancio.

El camino lo condujo a una montaña, y cuando llegó a lo alto de la cima topóse con un enorme gigante que, sentado en el suelo, paseaba a su alrededor una mirada indolente. El sastrecillo se le acercó animoso y le dijo:

—¡Buenos días, compañero! ¿Qué, contemplando el ancho mundo? Por él voy yo, precisamente, a probar suerte. ¿Te apetece venir conmigo?

El gigante, después de echar al sastre una mirada despectiva, respondió:

—¡Quita allá, pelagatos! ¡Miserable patán!

—¡Poco a poco! —exclamó el sastrecillo, desabrochándose la chaqueta y exhibiendo el cinturón—. Ahí puedes leer qué clase de hombre soy.

El gigante leyó: «Siete de un golpe», y pensó que se trataría de hombres derribados por el sastre, por lo que le entró un cierto respeto hacia el hombrecillo. Queriendo probarlo, sin embargo, cogió una piedra y la oprimió con la mano hasta hacer gotear agua de ella.

—¡A ver si lo haces —dijo el gigante—, puesto que tienes tanta fuerza!

—¡Bah! ¿Sólo es eso? —replicó el sastrecillo—. ¡Es un juego de niños para gente como yo! —y metiendo la mano en el bolso, sacó el queso y lo apretó, haciéndole salir el jugo—. ¿Qué me dices? Un poquitín mejor, ¿eh?

El gigante no supo qué contestar; la fuerza de aquel hombrecillo lo dejó desconcertado. Cogiendo entonces otra piedra, disparó al aire, a tanta altura, que con dificultad podía seguirse con la mirada.

—¡Anda, matasiete, a ver si lo haces!

—¡Bien tirado! —dijo el sastre—, pero la piedra ha vuelto a caer al suelo.

Y, sacando el pájaro del bolso, lo arrojó al aire. El animal, contento al verse libre, emprendió rápido el vuelo y pronto se perdió de vista.

—¿Qué te parece el truco, camarada?

—Tirar, sabes —admitió el gigante—; pero ahora veremos si eres capaz de llevar una carga razonable.

Y conduciendo al sastrecillo hasta un corpulento roble que yacía derribado en el suelo, dijo:

—Ya que presumes de forzudo, ayúdame a sacar del bosque este árbol.

—Con mucho gusto —respondió el hombrecito—; tú cárgate el tronco al hombro; yo me encargo del ramaje, que es lo más osado.

Acomodóse el gigante el tronco sobre el hombro; pero el sastre se sentó sobre una rama, con lo que el gigante, que no podía volverse, hubo de transportar el árbol entero amén del sastrecillo montado en él. Éste, la mar de animado, iba silbando alegremente aquella canción: «Salieron tres

sastres a caballo», como si eso de llevar robles a cuestas fuese un juego de niños.

Así fueron durante un trecho y, al cabo, el gigante extenuado de transportar la pesada carga, gritó:

—¡Eh, tú! ¡Cuidado, que voy a soltar el árbol!

El sastre saltó al suelo con presteza y, cogiendo el roble con ambos brazos, como si hubiese estado sosteniéndolo todo el rato, dijo al gigante:

—¿Un grandullón como tú no es capaz ni siquiera de llevar un árbol?

Siguieron andando y, al pasar junto a un cerezo, el gigante, asiéndose a la copa en la que colgaban las cerezas más maduras, la inclinó hacia abajo y la dejó en manos del sastre, invitándolo a comer los ricos frutos. Pero el hombrecillo era demasiado enclenque para sujetar el árbol y, así, al soltarlo el gigante, volvió el árbol a su posición primitiva arrastrando consigo al sastrecito. Cayó éste de nuevo al suelo, sin haber sufrido daño y le dijo el gigante:

—¿Cómo? ¿No tienes fuerza para sostener este arbolillo?

—Fuerza, no me falta —replicó el sastrecillo—. ¿Vas a creer que eso significa algo, para uno que mató a siete de un solo golpe? Salté por encima de la copa del árbol, porque aquellos cazadores de allá abajo disparan contra los matorrales. ¡Salta tú, si eres capaz!

El gigante lo intentó, pero quedó colgado de las ramas, con lo que también esta vez el sastrecillo llevó la victoria. Dijo entonces el gigante:

—Puesto que eres tan valiente, vente a nuestra cueva a pasar la noche con nosotros.

El sastrecillo se declaró dispuesto y lo siguió. Al llegar a la cueva, otros varios gigantes se hallaban sentados alrededor del fuego; cada uno sostenía en la mano un carnero asado y se lo estaba comiendo. El sastrecillo dirigió una mirada en torno y pensó: «Esto es mucho más espacioso que mi taller». El gigante, indicándole una cama, lo invitó a acostarse y dormir; pero el hombrecito, encontrando el lecho demasiado grande, en vez de meterse en él se acurrucó en una esquina.

A media noche, creyendo el gigante que su compañero estaría sumido en profundo sueño, levantóse y, empuñando una enorme barra de hierro,

asestó con ella un formidable golpe a la cama y volvió a acostarse tranquilamente, creyendo haber reducido a papilla a aquel saltamontes.

A la madrugada, los gigantes, sin acordarse del sastrecillo, pusiéronse en marcha hacia el bosque cuando, de pronto, lo vieron que se acercaba con aire de satisfacción y osadía. Asustáronse y, temiendo que los matase a todos, pusieron pies en polvorosa cada cual por su lado.

El sastrecillo prosiguió su camino, siempre con la nariz por delante. Tras mucho andar llegó al jardín del palacio de un Rey y, como estaba algo cansado, tumbóse a dormir sobre la hierba. Mientras dormía, se acercaron unas cuantas personas, lo examinaron de todos lados, y leyeron la inscripción: «Siete de golpe».

—¡Dios nos valga! —exclamaron—. ¿Qué querrá de nosotros este poderoso guerrero, ahora que estamos en paz? Por las trazas, debe de ser un famoso caballero.

Y fueron a advertir al Rey, pensando que en caso de guerra sería un hombre de mucha importancia y utilidad; era cosa de no dejarlo escapar.

Al Rey le pareció bien el consejo, y envió a uno de sus cortesanos para que, cuando despertase el sastrecillo, lo contratara a su servicio. El mensajero permaneció junto al durmiente, y cuando vio que éste se estiraba y abría los ojos, transmitió el ofrecimiento del Rey.

—Justamente he venido para eso —respondió el sastrecillo—. Estoy dispuesto a entrar al servicio del Rey.

Así, fue recibido con todos los honores y le asignaron una vivienda particular.

Pero los hombres de armas del Rey miraban con malos ojos al sastrecito; mejor hubieran deseado tenerlo a mil leguas de distancia.

—¿Qué saldrá de todo esto? —decíanse entre sí—. Si le buscamos camorra y la emprende contra nosotros, de cada mandoble derribará siete. No podremos con él —por lo cual resolvieron presentarse todos juntos al Rey a pedirle que los licenciase—. No estamos preparados —le dijeron— para luchar al lado de un hombre capaz de matar a siete de un golpe.

Al Rey le entristecía tener que renunciar a todos sus leales servidores por culpa de uno solo; ya se arrepentía de haberlo contratado, y de muy

buena gana se habría deshecho de él. Pero no se atrevía a despedirlo por temor a que lo matara a él y a todos los suyos, y se apoderase del trono.

Estuvo cavilando horas y más horas y, al fin, dio con un expediente. Mandó decir al sastrecillo que siendo, como era, un guerrero tan valeroso, le hacía una oferta. En un bosque de su reino moraban dos gigantes que causaban grandísimos daños con sus robos, asesinatos, incendios y otras tropelías. Nadie podía acercarse a ellos sin correr peligro de muerte. Si él vencía y exterminaba a los dos monstruos, recibiría a la hija del Rey por esposa y la mitad del reino como dote. Además, lo acompañarían cien soldados de caballería para ayudarle en la empresa.

«No estaría mal para un hombre como tú —pensó el sastrecillo— eso de casarse con una hermosa princesa y ser señor de la mitad del reino; es una fortuna que no pasa todos los días». Por lo cual contestó:

—Acepto. Acabaré con los gigantes. Y los cien caballeros no me hacen maldita la falta. Quien derriba siete de un golpe, con dos no tiene ni para empezar.

Salió, pues, el sastrecillo, seguido de los cien jinetes, pero al llegar a la orilla del bosque les dijo:

—Quedaos aquí; yo solo me basto para acabar con los gigantes.

E internándose en la espesura, púsose a explorar en todas direcciones. Al cabo de poco rato descubrió a los dos gigantes que, tendidos bajo un árbol, dormían roncando con tanta fuerza que hacían balancear las ramas. El sastrecillo, sin perder tiempo, llenóse de piedras los bolsillos y trepó a la copa del árbol.

Ya en ella, deslizóse por una rama para situarse exactamente encima de los durmientes, y empezó a soltar piedras, una tras otra, sobre el pecho de uno de los gigantes. Éste tardó largo rato en notarlo; pero, despertándose al fin, pegó un empujón a su compañero diciéndole:

—¿Por qué me das golpes?

—Estás soñando —respondió el otro—; yo no te toco.

Echáronse a dormir de nuevo, y el sastrecillo volvió a soltar sus piedras, esta vez sobre el segundo.

—¿Qué significa esto? —gritó el gigante—. ¿Por qué me apedreas?

—Yo no te apedreo —refunfuñó el primero.

Disputaron un rato; pero como los dos estaban cansados, cesaron en la porfía y volvieron a quedarse dormidos. Reanudó el sastrecillo el juego y, escogiendo la más grande de sus piedras, arrojóla con toda su fuerza apuntando al pecho del primer gigante.

—¡Esto ya pasa de la raya! —gritó el gigante, y saltando como un loco, arremetió contra su compañero con furia tal que, al dar éste contra el árbol, lo hizo temblar hasta la cima.

Acudió el otro a pagarle en la misma moneda y, rabiosos ambos, arrancando sendos troncos de cuajo, embistiéronse mutuamente, librando una lucha que no terminó sino con la muerte de los dos.

Entonces el sastrecillo descendió del árbol.

—¡Suerte que no se les ocurrió arrancar éste en que estaba —dijo—, pues habría tenido que saltar a otro como una ardilla! ¡Menos mal que uno es ligero!

Y, desenvainando la espada, la hundió varias veces en el pecho de los adversarios caídos, hecho lo cual fue a la entrada del bosque donde esperaban sus caballeros, y les dijo:

—La faena está hecha; los he despachado a los dos. Lo mío me ha costado, de todos modos. Se han puesto a arrancar árboles para defenderse con los troncos. Pero no hay nada que hacer con un tío como yo, que de un golpe derriba siete.

—¿Y no estáis herido? —preguntáronle los soldados.

—En buenas manos estaba el pandero —replicó el sastre—. ¡Ni un cabello de la cabeza he perdido!

Los caballeros no querían dar crédito a sus oídos, y se adentraron con él en el bosque para ver la cosa con sus propios ojos; encontraron a los dos gigantes bañados en su sangre y, a su alrededor, los árboles arrancados de cuajo.

El sastrecillo se presentó al Rey para exigirle el cumplimiento de su promesa; pero el monarca se hizo el sueco y volvió a discurrir algún medio para quitarse de encima al héroe.

—Antes de que te dé mi hija y la mitad del reino —le dijo— tienes que realizar una nueva hazaña. Corre por el bosque un unicornio que comete grandes destrozos; es preciso que lo captures.

—Temo menos a un unicornio que a los gigantes. «Siete de un golpe», ésta es mi divisa.

Proveyóse de una cuerda y un hacha y se dirigió a la selva, dejando nuevamente a sus acompañantes a la entrada del bosque. No tuvo que buscar mucho; pronto se presentó el animal, que le embistió ferozmente dispuesto a ensartarlo con su cuerno.

—¡Un poco de calma! —dijo el sastrecillo—. ¡No corramos tanto!

Y, plantándose frente a un árbol, aguardó a que la fiera llegase muy cerca; entonces, de un brinco se situó detrás del árbol. El unicornio, que venía disparado con toda su furia, clavó el cuerno en el tronco tan fuertemente que no pudo desclavarse y quedó prisionero.

—¡Ya es mío el pajarillo! —exclamó el sastre saliendo de detrás del árbol.

Y, después de atar la cuerda al cuello de la fiera, de un hachazo soltó el cuerno del tronco y condujo la fiera al Rey.

Éste no se avino todavía a otorgarle la recompensa ofrecida y le impuso un tercer trabajo. Antes de que se celebrase la boda el sastre debería cazar un jabalí que andaba suelto por el bosque y producía cuantiosos daños. Los cazadores le prestarían asistencia.

—No faltaba más —asintió el sastre—. ¡Esto es una niñería!

Los cazadores lo acompañaron hasta el bosque; pero él no les permitió seguir adelante, con gran satisfacción de los hombres que, conociendo la fiera por experiencia, no sentían el menor deseo de enfrentarse con ella.

No bien el jabalí descubrió al sastre, precipitóse contra él con la espumeante boca armada de afilados colmillos, dispuesto a derribarlo; pero el ágil hombrecillo corrió a refugiarse en una capilla que se levantaba en aquellas cercanías y, subiéndose de un salto a una ventana abierta en la pared posterior, salió afuera de nuevo.

El jabalí, que lo seguía de cerca, penetró asimismo en la capilla, y entonces nuestro hombre, dando la vuelta al edificio, cerró la puerta desde fuera, quedando aprisionada la furiosa bestia pues era demasiado pesada y torpe para poder saltar por la ventana.

El sastrecillo se apresuró a llamar a los cazadores, quienes pudieron contemplar con sus propios ojos al prisionero.

El héroe volvió a presentarse al Rey el cual, quieras que no, hubo de cumplir su promesa y darle su hija y la mitad del reino. Más le habría dolido si supiera que no se trataba de un guerrero famoso, sino de un humilde sastrecillo.

Celebróse la boda con gran solemnidad y magnificencia, y ahí tenemos a un sastre convertido en rey.

Transcurrido algún tiempo, la joven reina oyó una noche que su marido hablaba en sueños: «¡Muchacho, acábame el jubón y cose los pantalones, si no quieres que te mida la espalda con esta vara!».

Comprendiendo la princesa que su esposo era de humilde condición, acudió al día siguiente a quejarse a su padre, pidiéndole la separase de un marido que no era sino un vulgar sastre. El Rey la consoló diciéndole:

—Esta noche deja abierta la puerta del dormitorio. Mis criados aguardarán fuera y, cuando él duerma, entrarán, lo atarán y lo conducirán a un barco, que se lo llevará muy lejos.

La hija quedó con esto apaciguada; pero el escudero del Rey, que había oído la conversación y era adicto a su joven amo, corrió a prevenirlo de lo que contra él maquinaban.

—Pues les pondremos palos en las ruedas —dijo el sastrecillo.

Al llegar la noche se acostó con su mujer, como de costumbre. Cuando ella lo creyó dormido, levantóse, fue a abrir la puerta y volvióse a la cama.

El sastrecillo, que sólo simulaba estar durmiendo, púsose entonces a gritar en voz clara y audible:

—¡Muchacho, acábame el jubón y cose los pantalones o te mediré la espalda con esta vara! He matado siete de un golpe, vencido a dos gigantes, cazado un unicornio y un jabalí, ¡y ahora iba a asustarme de los que están ante la puerta!

Al oír las palabras del sastre, los hombres echaron a correr más asustados que si los persiguiese un ejército de demonios; y ya nadie más se atrevió a habérselas con él. Y de esta manera el sastrecillo siguió siendo Rey hasta el fin de sus días.

Los dos hermanitos

EL hermanito cogió de la mano a su hermanita y le habló así:

—Desde que mamá murió no hemos tenido una hora de felicidad; la madrastra nos pega todos los días, y si nos acercamos a ella nos echa a puntapiés. Por comida sólo tenemos los mendrugos de pan duro que sobran, y hasta el perrito que está debajo de la mesa lo pasa mejor que nosotros, pues alguna que otra vez le echan un buen bocado. ¡Dios se apiade de nosotros! ¡Si lo viera nuestra madre! ¿Sabes qué? Ven conmigo a correr mundo.

Y estuvieron caminando todo el día por prados, campos y pedregales, y cuando empezaba a llover, decía la hermanita:

—¡Es Dios y nuestros corazones que lloran juntos!

Al atardecer llegaron a un gran bosque, tan fatigados a causa del dolor, del hambre y del largo camino recorrido que, sentándose en el hueco de un árbol, no tardaron en quedarse dormidos.

A la mañana siguiente, al despertar, el sol estaba ya muy alto en el cielo y sus rayos daban de pleno en el árbol. Dijo entonces el hermanito:

—Hermanita, tengo sed; si supiera de una fuentecilla iría a beber. Me parece que oigo el murmullo de una.

Y levantándose y cogiendo a la niña de la mano, salieron en busca de la fuente. Pero la malvada madrastra era bruja, y no le había pasado por alto la escapada de los niños. Deslizándose solapadamente detrás de ellos, como sólo una hechicera sabe hacerlo, había embrujado todas las fuentes del bosque.

Al llegar ellos al borde de una, cuyas aguas saltaban escurridizas entre las piedras, el hermanito se aprestó a beber. Pero la hermanita oyó una voz

queda que rumoreaba: «Quien beba de mí se convertirá en tigre; quien beba de mí se convertirá en tigre». Por lo que exclamó la hermanita:

—¡No bebas, hermanito, te lo ruego; si lo haces te convertirás en tigre y me despedazarás!

El hermanito se aguantó la sed y no bebió, diciendo:

—Esperaré a la próxima fuente.

Cuando llegaron a la segunda, oyó también la hermanita que murmuraba: «Quien beba de mí se transformará en lobo; quien beba de mí se transformará en lobo». Y exclamó la hermanita:

—¡No bebas, hermanito, te lo ruego; si lo haces te convertirás en lobo y me devorarás!

El niño renunció a beber, diciendo:

—Aguardaré hasta la próxima fuente; pero de ella beberé, digas tú lo que digas, pues tengo una sed irresistible.

Cuando llegaron a la tercera fuentecilla, la hermanita oyó que, rumoreando, decía: «Quien beba de mí se convertirá en corzo; quien beba de mí se convertirá en corzo». Y exclamó nuevamente la niña:

—¡Hermanito, te lo ruego, no bebas, pues si lo haces te convertirás en corzo y huirás de mi lado!

Pero el hermanito se había arrodillado ya junto a la fuente y empezaba a beber. Y he aquí que, en cuanto las primeras gotas tocaron sus labios, quedo convertido en un pequeño corzo.

La hermanita se echó a llorar a la vista de su embrujado hermanito y, por su parte, también el corzo lloraba, echado tristemente junto a la niña. Al fin dijo ésta:

—¡Tranquilízate, mi lindo corzo; nunca te abandonaré!

Y, desatándose una de sus ligas doradas, rodeó con ella el cuello del corzo; luego arrancó juncos y tejió una cuerda muy blanda y suave. Con ella ató al animalito y siguió su camino, cada vez más adentro del bosque.

Anduvieron horas y horas y, al fin, llegaron a una casita; la niña miró adentro, y al ver que estaba desierta, pensó: «Podríamos quedarnos a vivir aquí». Con hojas y musgo arregló un mullido lecho para el corzo, y todas las mañanas salía a recoger raíces, frutos y nueces; para el animalito traía

hierba tierna, que él acudía a comer de su mano jugando contento en torno a su hermanita.

Al anochecer, cuando la hermanita, cansada, había rezado sus oraciones, reclinaba la cabeza sobre el dorso del corzo; era su almohada, y allí se quedaba dormida dulcemente. Lástima que el hermanito no hubiese conservado su figura humana, pues habría sido aquélla una vida muy dichosa.

Algún tiempo hacía ya que moraban solos en la selva, cuando he aquí que un día el rey del país organizó una gran cacería. Sonaron en el bosque los cuernos de los monteros, los ladridos de las jaurías y los alegres gritos de los cazadores y, al oírlos el corzo, le entraron ganas de ir a verlo.

—¡Hermanita —dijo—, déjame ir a la cacería, no puedo contenerme más!

Y tanto porfió que, al fin, ella le dejó partir.

—Pero —le recomendó— vuelve en cuanto anochezca. Yo cerraré la puerta para que no entren esos cazadores tan rudos. Y para que pueda conocerte, tú llamarás y dirás: «¡Hermanita, déjame entrar!». Si no lo dices, no abriré.

Marchóse el corzo brincando. ¡Qué bien se encontraba en libertad!

El Rey y sus acompañantes descubrieron el hermoso animalito y se lanzaron en su persecución; pero no lograron darle alcance; por un momento creyeron que ya era suyo, pero el corzo se metió entre la maleza y desapareció.

Al oscurecer regresó a la casita y llamó a la puerta.

—¡Hermanita, déjame entrar!

Abrióse la puertecita, entró él de un salto y pasóse toda la noche durmiendo de un tirón en su mullido lecho.

A la mañana siguiente reanudóse la cacería, y no bien el corzo oyó el cuerno y el «¡ho, ho!» de los cazadores, entróle un gran desasosiego y dijo:

—¡Hermanita, ábreme, quiero volver a salir!

La hermanita le abrió la puerta, recordándole:

—Tienes que regresar al oscurecer y repetir las palabras que te enseñé.

Cuando el Rey y sus cazadores vieron de nuevo el corzo del collar dorado, pusiéronse a acosarlo todos en tropel, pero el animal era demasiado

veloz para ellos. La persecución se prolongó durante toda la jornada y, al fin, hacia el atardecer, lograron rodearlo, y uno de los monteros lo hirió levemente en una pata, por lo que él tuvo que escapar cojeando y sin apenas poder correr.

Un cazador lo siguió hasta la casita y lo oyó que gritaba:

—¡Hermanita, déjame entrar!

Vio entonces cómo se abría la puerta y volvía a cerrarse inmediatamente. El cazador tomó buena nota y corrió a contar al Rey lo que había oído y visto; a lo que el Rey respondió:

—¡Mañana volveremos a la caza!

Pero la hermanita tuvo un gran susto al ver que su cervatillo venía herido. Le restañó la sangre, le aplicó unas hierbas medicinales y le dijo:

—Acuéstate, corzo mío querido, hasta que estés curado.

Pero la herida era tan leve que a la mañana no quedaba ya rastro de ella; así que en cuanto volvió a resonar el estrépito de la cacería, dijo:

—No puedo resistirlo; es preciso que vaya. ¡No me cogerán tan fácilmente!

La hermanita, llorando, le reconvino:

—Te matarán, y yo me quedaré sola en el bosque, abandonada del mundo entero. ¡Vaya, que no te suelto!

—Entonces me moriré aquí de pesar —respondió el corzo—. Cuando oigo el cuerno de caza me parece como si las piernas se me fueran solas.

La hermanita, incapaz de resistir a sus ruegos, le abrió la puerta con el corazón oprimido, y el animalito se precipitó en el bosque completamente sano y contento.

Al verlo el Rey, dijo a sus cazadores:

—Acosadlo hasta la noche, pero que nadie le haga ningún daño.

Cuando ya el sol se hubo puesto, el Rey llamó al cazador y le dijo:

—Ahora vas a acompañarme a la casita del bosque.

Al llegar ante la puerta, llamó con estas palabras:

—¡Hermanita querida, déjame entrar!

Abrieron, y el Rey entró, encontrándose frente a frente con una niña tan hermosa como jamás viera otra igual. Asustóse la niña al ver que el visitante no era el corzo, sino un hombre que llevaba una corona de oro en

la cabeza. El Rey, empero, la miró cariñosamente y, tendiéndole la mano, dijo:

—¿Quieres venirte conmigo a palacio y ser mi esposa?

—¡Oh sí! —respondió la muchacha—. Pero el corzo debe venir conmigo; no quiero abandonarlo.

—Permanecerá a tu lado mientras vivas, y nada le faltará —asintió el Rey.

Entró en esto el corzo, y la hermanita volvió a atarle la cuerda de juncos y, cogiendo el cabo con la mano, se marcharon de la casita del bosque.

El Rey montó a la bella muchacha en su caballo y la llevó a palacio, donde a poco se celebraron las bodas con gran magnificencia. La hermanita pasó a ser Reina, y durante algún tiempo todos vivieron muy felices; el corzo, cuidado con todo esmero, retozaba alegremente por el jardín del palacio.

Entretanto, la malvada madrastra, que había sido causa de que los niños huyeran de su casa, estaba persuadida de que la hermanita había sido devorada por las fieras de la selva, y el hermanito, transformado en corzo, muerto por los cazadores. Al enterarse de que eran felices y lo pasaban tan bien, la envidia y el rencor volvieron a agitarse en su corazón sin dejarle un momento de sosiego, y no pensaba sino en el medio de volver a hacer desgraciados a los dos hermanitos.

La bruja tenía una hija tuerta y fea como la noche, que continuamente le hacía reproches y le decía:

—¡Ser reina! A mí debía haberme tocado esta suerte, y no a ella.

—Cálmate —le respondió la bruja y, para tranquilizarla, agregó—. Yo sé lo que tengo que hacer, cuando sea la hora.

Transcurrido un tiempo, la Reina dio a luz un hermoso niño.

Encontrándose el Rey de caza, la vieja bruja, adoptando la figura de la camarera, entró en la habitación donde estaba acostada la Reina y le dijo:

—Vamos, el baño está preparado; os aliviará y os dará fuerzas. ¡De prisa, antes de que se enfríe!

Su hija estaba con ella, y entre las dos llevaron a la débil Reina al cuarto de baño y la metieron en la bañera; cerraron la puerta y huyeron, después de

encender en el cuarto una hoguera infernal que en pocos momentos ahogó a la bella y joven Reina.

Realizada su fechoría, la vieja puso una cofia a su hija y la acostó en la cama de la Reina. Prestóle también la figura y aspecto de ella; lo único que no pudo devolverle fue el ojo perdido; así, para que el Rey no notase el defecto, le dijo que permaneciera echada sobre el costado de que era tuerta.

Al anochecer, al regresar el Soberano y enterarse de que le había nacido un hijo, alegróse de todo corazón y quiso acercarse al lecho de su esposa para ver cómo seguía. Pero la vieja se apresuró a decirle:

—¡Ni por pienso! ¡No descorráis las cortinas; la Reina no puede ver la luz y necesita descanso!

Y el Rey se retiró, ignorando que en su cama yacía una falsa reina.

Pero he aquí que a media noche, cuando ya todo el mundo dormía, la niñera, que velaba sola junto a la cuna en la habitación del niño, vio que se abría la puerta y entraba la reina verdadera que, sacando al recién nacido de la cunita, lo cogió en brazos y le dio de mamar. Mullóle luego la almohadita y, después de acostarlo nuevamente, lo arropó con la colcha. No se olvidó tampoco del corzo pues, yendo al rincón donde yacía, le acarició el lomo.

Hecho esto, volvió a salir de la habitación con todo sigilo y, a la mañana siguiente, la niñera preguntó a los centinelas si alguien había entrado en el palacio durante la noche; pero ellos contestaron:

—No, no hemos visto a nadie.

La escena se repitió durante muchas noches, sin que la Reina pronunciase jamás una sola palabra. Y si bien la niñera la veía cada vez, no se atrevía a contárselo a nadie.

Después de un tiempo, la Reina, rompiendo su mutismo, empezó a hablar en sus visitas nocturnas diciendo:

> «¿Qué hace mi hijo? ¿Qué hace mi corzo?
> Vendré otras dos noches, y ya nunca más».

La niñera no le respondió; pero en cuanto hubo desaparecido corrió a comunicar al Rey todo lo ocurrido.

El Rey exclamó:

—¿Dios mío, qué significa esto? La próxima noche me quedaré a velar junto al niño.

Y, al oscurecer, entró en la habitación del principito. Presentóse la Reina a media noche y dijo:

> «¿Qué hace mi hijo? ¿Qué hace mi corzo?
> Vendré otra noche, y ya nunca más».

Y después de atender al niño como solía, desapareció nuevamente. El Rey no se atrevió a dirigirle la palabra; pero acudió a velar también a la noche siguiente. Y dijo la Reina:

> «¿Qué hace mi hijo? ¿Qué hace mi corzo?
> Vendré otra noche, y ya nunca más».

El Rey, sin poder ya contenerse, exclamó:

—¡No puede ser más que mi esposa querida!

A lo que respondió ella:

—Sí, soy tu esposa querida.

Y en aquel mismo instante, por merced de Dios, recobró la vida, quedando fresca, sonrosada y sana como antes. Contó luego al Rey el crimen cometido en ella por la malvada bruja y su hija, y el Rey mandó que ambas compareciesen ante un tribunal.

Por sentencia de éste, la hija fue conducida al bosque, donde la destrozaron las fieras; mientras la bruja, condenada a la hoguera, expió sus crímenes con una muerte miserable y cruel. Y al quedar reducida a cenizas, el corzo, transformándose de nuevo, recuperó su figura humana, con lo cual el hermanito y la hermanita vivieron juntos y felices hasta el fin de sus días.

El acertijo

ERASE una vez el hijo de un rey, a quien entraron deseos de correr mundo, y se partió sin más compañía que la de un fiel criado.

Llegó un día a un extenso bosque y al anochecer, no encontrando ningún albergue, no sabía dónde pasar la noche. Vio entonces a una muchacha que se dirigía a una casita y, al acercarse, se dio cuenta de que era joven y hermosa.

Dirigióse a ella y le dijo:

—Mi buena niña, ¿no nos acogerías por una noche en la casita, a mí y al criado?

—De buen grado lo haría —respondió la muchacha con voz triste—; pero no os lo aconsejo. Mejor es que os busquéis otro alojamiento.

—¿Por qué? —preguntó el príncipe.

—Mi madrastra tiene malas tretas y odia a los forasteros —contestó la niña suspirando.

Bien se dio cuenta el príncipe de que aquella era la casa de una bruja; pero como no era posible seguir andando en la noche cerrada y, por otra parte, no era miedoso, entró.

La vieja, que estaba sentada en un sillón junto al fuego, miró a los viajeros con sus ojos rojizos:

—¡Buenas noches! —dijo con voz gangosa, que quería ser amable—. Sentaos a descansar.

Y sopló los carbones, en los que se cocía algo en un puchero.

La hija advirtió a los dos hombres que no comiesen ni bebiesen nada, pues la vieja estaba confeccionando brebajes nocivos.

Ellos durmieron apaciblemente hasta la madrugada y, cuando se dispusieron a reemprender la ruta, estando ya el príncipe montado en su

caballo, dijo la vieja:

—Aguarda un momento, que tomarás un trago como despedida.

Mientras entraba a buscar la bebida, el príncipe se alejó a toda prisa, y cuando volvió a salir la bruja con la bebida, sólo halló al criado que se había entretenido arreglando la silla.

—¡Lleva esto a tu señor! —le dijo.

Pero en el mismo momento se rompió la vasija, y el veneno salpicó al caballo; tan virulento era, que el animal se desplomó muerto, como herido por un rayo. El criado echó a correr para dar cuenta a su amo de lo sucedido; pero, no queriendo perder la silla, volvió a buscarla.

Al llegar junto al cadáver del caballo, encontró que un cuervo lo estaba devorando. «¿Quién sabe si cazaré hoy algo mejor?», se dijo el criado; mató, pues, el cuervo y se lo metió en el zurrón.

Durante toda la jornada estuvieron errando por el bosque, sin encontrar la salida. Al anochecer dieron con una hospedería y entraron en ella.

El criado dio el cuervo al posadero, a fin de que se lo guisara para cenar. Pero resultó que había ido a parar a una guarida de ladrones y, ya entrada la noche, presentáronse doce bandidos que concibieron el propósito de asesinar y robar a los forasteros. Sin embargo, antes de llevarlo a la práctica se sentaron a la mesa, junto con el posadero y la bruja, y se comieron una sopa hecha con la carne del cuervo. Pero apenas hubieron tomado un par de cucharadas, cayeron todos muertos, pues el cuervo estaba contaminado con el veneno del caballo.

Ya no quedó en la casa sino la hija del posadero, que era una buena muchacha, inocente por completo de los crímenes de aquellos hombres. Abrió a los forasteros todas las puertas y les mostró los tesoros acumulados. Pero el príncipe le dijo que podía quedarse con todo, pues él nada quería de aquello, y siguió su camino con su criado.

Después de vagar mucho tiempo sin rumbo fijo, llegaron a una ciudad donde residía una orgullosa princesa, hija del Rey, que había mandado pregonar su decisión de casarse con el hombre que fuera capaz de plantearle un acertijo que ella no supiera descifrar, con la condición de que, si lo adivinaba, el pretendiente sería decapitado. Tenía tres días de tiempo para

resolverlo; pero era tan inteligente, que siempre lo había resuelto antes de aquel plazo.

Eran ya nueve los pretendientes que habían sucumbido de aquel modo, cuando llegó el príncipe y, deslumbrado por su belleza, quiso poner en juego su vida. Se presentó a la doncella y le planteó su enigma:

—¿Qué es —le dijo— una cosa que no mató a ninguno y sin embargo, mató a doce?

En vano la princesa daba mil y mil vueltas a la cabeza; no acertaba a resolver el acertijo. Consultó su libro de enigmas pero no encontró nada; había terminado sus recursos. No sabiendo ya qué hacer, mandó a su doncella que se introdujese de escondidas en el dormitorio del príncipe y se pusiera al acecho pensando que tal vez hablaría en sueños y revelaría la respuesta del enigma. Pero el criado, que era muy listo, se metió en la cama en vez de su señor, y cuando se acercó la doncella, arrebatándole de un tirón el manto en que venía envuelta, la echó del aposento a palos.

A la segunda noche, la princesa envió a su camarera a ver si tenía mejor suerte. Pero el criado le quitó también el manto y la echó a palos.

Creyó entonces el príncipe que la tercera noche estaría seguro, y se acostó en el lecho. Pero fue la propia princesa la que acudió, envuelta en una capa de color gris, y se sentó a su lado. Cuando creyó que dormía y soñaba, púsose a hablarle en voz queda, con la esperanza de que respondería en sueños, como muchos hacen. Pero él estaba despierto y lo oía todo perfectamente.

Preguntó ella:

—Uno mató a ninguno, ¿qué es esto?

Respondió él:

—Un cuervo que comió de un caballo envenenado y murió a su vez.

Siguió ella preguntando:

—Y mató, sin embargo, a doce, ¿qué es esto?

—Son doce bandidos, que se comieron el cuervo y murieron envenenados.

Sabiendo ya lo que quería, la princesa trató de escabullirse, pero el príncipe la sujetó por la capa, que ella hubo de abandonar.

A la mañana, la hija del Rey anunció que había descifrado enigma y, mandando venir a los doce jueces, dio la solución ante ellos. Pero el joven solicitó ser escuchado y dijo:

—Durante la noche, la princesa se deslizó hasta mi lecho y me lo preguntó; sin esto, nunca habría acertado.

Dijeron los jueces:

—Danos una prueba.

Entonces el criado entró con los tres mantos, y cuando los jueces vieron el gris que solía llevar la princesa, fallaron la sentencia siguiente:

—Que este manto se borde en oro y plata; será el de vuestra boda.

El ratoncillo, el pajarito y la salchicha

UN ratoncillo, un pajarito y una salchicha hacían vida en común. Llevaban ya mucho tiempo juntos, en buena paz y compañía y congeniaban muy bien. La faena del pajarito era volar todos los días al bosque a buscar leña. El ratón cuidaba de traer agua y poner la mesa, y la salchicha tenía a su cargo la cocina.

Cuando las cosas van demasiado bien, uno se cansa pronto de ellas. Así, ocurrió que un día el pajarito se encontró con otro pájaro, a quien contó y encomió lo bien que vivía. Pero el otro lo trató de tonto, pues que cargaba con el trabajo más duro, mientras los demás se quedaban en casita muy descansados. Pues el ratón, en cuanto había encendido el fuego y traído el agua, podía irse a descansar en su cuartito hasta la hora de poner la mesa. Y la salchicha no se movía del lado del puchero, vigilando que la comida se cociese bien, y cuando estaba a punto, no tenía más que zambullirse un momento en las patatas o las verduras, y éstas quedaban adobadas, saladas y sazonadas. No bien llegaba el pajarillo con su carga de leña, sentábanse los tres a la mesa y, terminada la comida, dormían como unos benditos hasta la mañana siguiente. Era, en verdad, una vida regalada.

Al otro día el pajarillo, cediendo a las instigaciones de su amigo, declaró que no quería ir más a buscar leña; estaba cansado de hacer de criado de los demás y de portarse como un bobo. Era preciso volver las tornas y organizar de otro modo el gobierno de la casa. De nada sirvieron los ruegos del ratón y de la salchicha; el pájaro se mantuvo en sus trece. Hubo que hacerlo, pues, a suertes; a la salchicha le tocó la obligación de ir por leña, mientras el ratón cuidaría de la cocina, y el pájaro, del agua.

Veréis lo que sucedió. La salchichita se marchó a buscar leña; el pajarillo encendió fuego, y el ratón puso el puchero; luego los dos

aguardaron a que la salchicha volviera con la provisión de leña para el día siguiente. Pero tardaba tanto en regresar, que sus dos compañeros empezaron a inquietarse, y el pajarillo emprendió el vuelo en su busca.

No tardó en encontrar un perro que, considerando a la salchicha buena presa, la había capturado y asesinado. El pajarillo echó en cara al perro su mala acción, que calificó de robo descarado, pero el can le replicó que la salchicha llevaba documentos comprometedores, y había tenido que pagarlo con la vida.

El pajarillo cargó tristemente con la leña y, de vuelta a su casa, contó lo que acababa de ver y de oír. Los dos compañeros quedaron muy abatidos; pero convinieron en sacar el mejor partido posible de la situación y seguir haciendo vida en común.

Así, el pajarillo puso la mesa, mientras el ratón guisaba la comida. Queriendo imitar a la salchicha, metióse en el puchero de las verduras para agitarlas y reblandecerlas; pero aún no había llegado al fondo de la olla que se quedó cogido y sujeto y hubo de dejar allí la piel y la vida.

Al volver el pajarillo pidió la comida; pero se encontró sin cocinero. Malhumorado, dejó la leña en el suelo de cualquier manera, y se puso a llamar y a buscar, pero el cocinero no aparecía. Por su descuido, el fuego llegó a la leña y prendió en ella. El pájaro precipitóse a buscar agua, pero el cubo se le cayó en el pozo con él dentro y, no pudiendo salir, murió ahogado.

Los músicos de Brema

TENÍA un hombre un asno que durante largos años había transportado incansablemente los sacos al molino; pero al cabo vinieron a faltarle las fuerzas, y cada día se iba haciendo más inútil para el trabajo. El amo pensó en deshacerse de él; pero el burro, dándose cuenta de que soplaban malos vientos, escapó y tomó el camino de la ciudad de Brema, pensando que tal vez podría encontrar trabajo como músico municipal.

Después de andar un buen trecho, se encontró con un perro cazador que, echado en el camino, jadeaba al parecer cansado de una larga carrera.

—Pareces muy fatigado, amigo —le dijo el asno.

—¡Ay! —exclamó el perro—, como ya soy viejo y estoy más débil cada día que pasa y ya no sirvo para cazar, mi amo quiso matarme, y yo he puesto tierra por medio. Pero ¿cómo voy ganarme el pan?

—¿Sabes qué? —dijo el asno—. Yo voy a Brema, a ver si puedo encontrar trabajo como músico de la ciudad. Vente conmigo y entra también en la banda. Yo tocaré el laúd, y tú puedes tocar los timbales.

Parecióle bien al can la proposición, y prosiguieron juntos la ruta. No había transcurrido mucho rato cuando encontraron un gato con cara de tres días sin pan:

—Y, pues, ¿qué contratiempo has sufrido, bigotazos? —preguntóle el asno.

—No está uno para poner cara de Pascua cuando le va la piel —respondió el gato—. Porque me hago viejo, se me embotan los dientes y me siento más a gusto al lado del fuego que corriendo tras los ratones, mi ama ha tratado de ahogarme. Cierto que he logrado escapar, pero mi situación es apurada; ¿adónde iré ahora?

—Vente a Brema con nosotros. Eres un perito en música nocturna y podrás entrar también en la banda.

El gato estimó bueno el consejo y se agregó a los otros dos.

Más tarde llegaron los tres fugitivos a un cortijo donde, encaramado en lo alto del portal, un gallo gritaba con todos sus pulmones.

—Tu voz se nos mete en los sesos —dijo el asno—. ¿Qué te pasa?

—He estado profetizando buen tiempo —respondió el gallo—, porque es el día en que la Virgen María ha lavado la camisita del Niño Jesús y quiere ponerla a secar. Pero como resulta que mañana es domingo y vienen invitados, mi ama, que no tiene compasión, ha mandado a la cocinera que me eche al puchero; y así, esta noche va a cortarme el cuello. Por eso grito ahora con toda la fuerza de mis pulmones, mientras me quedan aún algunas horas.

—¡Bah, cresta roja! —dijo el asno—. Mejor harás viniéndote con nosotros. Mira, nos vamos a Brema; algo mejor que la muerte en cualquier parte lo encontrarás. Tienes buena voz, y si todos juntos armamos una banda, ya saldremos del apuro.

El gallo le pareció interesante la oferta, y los cuatro emprendieron el camino de Brema

Pero no pudieron llegar a la ciudad aquel mismo día, y al anochecer resolvieron pasar la noche en un bosque que encontraron. El asno y el perro se tendieron bajo un alto árbol; el gato y el gallo subiéronse a las ramas, aunque el gallo se encaramó de un vuelo hasta la cima, creyéndose allí más seguro.

Antes de dormirse, echó una mirada a los cuatro vientos, y en la lejanía divisó una chispa de luz, por lo que gritó a sus compañeros que no muy lejos debía de haber una casa.

Dijo entonces el asno:

—Mejor será que levantemos el campo y vayamos a verlo, pues aquí estamos muy mal alojados.

Pensó el perro que unos huesos y un poquitín de carne no vendrían mal, y así se pusieron todos en camino en dirección de la luz; ésta iba aumentando en claridad a medida que se acercaban, hasta que llegaron a una guarida de ladrones profusamente iluminada.

El asno, que era el mayor, acercóse a la ventana para echar un vistazo al interior.

—¿Qué ves, rucio? —preguntó el gallo.

—¿Qué veo? —replicó el asno—. Pues una mesa puesta con comida y bebida, y unos bandidos que se están dando el gran atracón.

—¡Tan bien como nos vendría a nosotros! —dijo el gallo.

—¡Y tú que lo digas! —añadió el asno—. ¡Quién pudiera estar allí!

Los animales deliberaron entonces acerca de la manera de expulsar a los bandoleros y, al fin, dieron con una solución. El asno se colocó con las patas delanteras sobre la ventana; el perro montó sobre la espalda del asno, el gato trepó sobre el perro y, finalmente, el gallo se subió de un vuelo sobre la cabeza del gato.

Colocados ya, a una señal convenida prorrumpieron a la una en su horrísona música: el asno, rebuznando; el perro, ladrando; el gato, maullando, y cantando el gallo. Y acto seguido se precipitaron por la ventana en el interior de la sala, con gran estrépito de cristales.

Levantáronse de un salto los bandidos ante aquel estruendo, pensando que tal vez se trataría de algún fantasma y, presa de espanto, tomaron las de Villadiego en dirección al bosque.

Los cuatro socios se sentaron a la mesa y, con las sobras de sus antecesores, se hartaron como si los esperasen cuatro semanas de ayuno.

Cuando los cuatro músicos hubieron terminado el banquete, apagaron la luz y se buscaron cada uno una yacija apropiada a su naturaleza y gusto. El asno se echó sobre el estiércol; el perro, detrás de la puerta; el gato, sobre las cenizas calientes del hogar, y el gallo se posó en una viga; y como todos estaban rendidos de su larga caminata, no tardaron en dormirse.

A media noche, observando desde lejos los ladrones que había luz en la casa y que todo parecía tranquilo, dijo el capitán:

—No debíamos habernos asustado tan fácilmente.

Y envió a uno de los de la cuadrilla a explorar el terreno.

El mensajero lo encontró todo quieto y silencioso, y entró en la cocina para encender la luz. Tomando los brillantes ojos del gato por brasas encendidas, aplicó a ellos un fósforo para que prendiese. Pero el gato no estaba para bromas y, saltándole al rostro, se puso a soplarle y arañarle.

Asustado el hombre, echó a correr hacia la puerta trasera; pero el perro, que dormía allí, se levantó de un brinco y le hincó los dientes en la pierna; y cuando el bandolero, en su huida, atravesó la era por encima del estercolero, el asno le propinó una recia coz, mientras el gallo se había despertado por todo aquel alboroto y, ya muy animado, gritaba desde su viga: «¡Kikirikí!».

El ladrón, corriendo como alma que lleva el diablo, llegó hasta donde estaba el capitán y le dijo:

—¡Uf!, en la casa hay una horrible bruja que me ha soplado y arañado la cara con sus largas uñas. Y en la puerta hay un hombre armado de un cuchillo y me lo ha clavado en la pierna. En la era, un monstruo negro me ha aporreado con un enorme mazo, y en la cima del tejado, el juez venga gritar: «¡Traedme el bribón aquí!». Menos mal que pude escapar.

Los bandoleros ya no se atrevieron a volver a la casa, y los músicos de Brema se encontraron en ella tan a gusto, que ya no la abandonaron. Y quien no quiera creerlo, que vaya a verlo.

El hueso cantor

HABÍA una vez gran alarma en un país por causa de un jabalí que asolaba los campos, destruía el ganado y despanzurraba a las personas a colmillazos. El Rey prometió una gran recompensa a quien librase al país de aquel azote; pero la fiera era tan corpulenta y forzuda, que nadie se atrevía a acercarse al bosque donde tenía su morada.

Finalmente, el Rey hizo salir a un pregonero diciendo que otorgaría por esposa a su única hija a aquel que capturase o diese muerte a la alimaña.

Vivían a la sazón dos hermanos en aquel reino, hijos de un hombre pobre, que se ofrecieron a intentar la empresa. El mayor, astuto y listo, lo hizo por soberbia; el menor, que era ingenuo y tonto, movido por su buen corazón.

Dijo el Rey:

—Para estar seguros de encontrar el animal, entraréis en el bosque por los extremos opuestos.

El mayor entró por el lado de Poniente, y el menor, por el de Levante. Al poco rato de avanzar éste, acercósele un hombrecillo que llevaba en la mano un pequeño venablo y le dijo:

—Te doy este venablo porque tu corazón es inocente y bondadoso. Con él puedes enfrentarte sin temor con el salvaje jabalí; no te hará daño alguno.

El mozo dio las gracias al hombrecillo y, echándose el arma al hombro, siguió su camino sin miedo.

Poco después avistó a la fiera, que corría furiosa contra él; pero el joven le presentó la jabalina y el animal, en su rabia loca, embistió ciegamente y se atravesó el corazón con el arma. El muchacho se cargó la fiera a la espalda y se volvió para presentarla al Rey.

Al salir del bosque por el lado opuesto, detúvose en la entrada de una casa donde había mucha gente que se divertía bailando y empinando el codo. Allí estaba también su hermano mayor; había pensado que el jabalí no iba a escapársele, y que primero podría tomarse unos traguitos.

Al ver a su hermano menor que salía del bosque con el jabalí a cuestas, su envidioso y perverso corazón no le dejó ya un instante en reposo.

—Ven, hermano —le dijo llamándolo—, descansarás un poco y te reanimarás con un vaso de vino.

El pequeño, que no pensaba mal, entró y le contó su encuentro con el hombrecillo que le había dado la jabalina para matar al jabalí. El mayor lo retuvo hasta el anochecer, y entonces partieron los dos juntos.

Al llegar, ya oscurecido, a un puente que cruzaba el río, el mayor hizo que el otro pasara delante, y cuando estuvo en la mitad, le asestó a traición un fuerte golpe y lo mató. Enterrólo bajo el puente y, cargando con el jabalí, lo llevó al Rey afirmando que lo había cazado y muerto, hazaña por la cual obtuvo la mano de la princesa.

Al extrañarse la gente de que no regresara el hermano dijo:

—Seguramente que el animal lo habrá despedazado.

Y todo el mundo lo creyó así.

Pero como a Dios nada le queda oculto, también aquella negra fechoría hubo de salir a la luz. Unos años más tarde, un pastor que conducía su rebaño por el puente vio abajo, entre la arena, un huesecillo blanco como la nieve, y pensó que con él podría fabricarse una boquilla para su cuerno.

Así lo hizo, y al probar el instrumento con la nueva pieza, el huesecillo se puso a cantar con gran asombro del pastor:

«Ay, amable pastorcillo
que tocas con mi huesecillo.
Mi hermano me ha matado
y bajo este puente enterrado.
El jabalí se llevaba
y la princesa me robaba».

«¡Vaya un cuerno prodigioso que canta solo!», se dijo el pastor. «Voy a llevarlo al Señor Rey».

No bien hubo llegado a presencia del Rey, el cuerno volvió a entonar su canción. El Rey, comprendiendo el sentido, mandó excavar la tierra debajo del puente y apareció el esqueleto entero del asesinado. El mal hermano no pudo negar el hecho. Lo cosieron en un saco y lo echaron al río para que muriera ahogado. Los huesos del muerto fueron depositados en el cementerio, en una hermosa sepultura, y allí reposan en santa paz.

Los tres pelos de oro del diablo

ERASE una vez una mujer muy pobre que dio a luz un niño. Como el pequeño vino al mundo envuelto en la tela de la suerte, predijéronle que al cumplir los catorce años se casaría con la hija del Rey.

Ocurrió que unos días después el Rey pasó por el pueblo, sin darse a conocer, y al preguntar qué novedades había, le respondieron:

—Uno de estos días ha nacido un niño con una tela de la suerte. A quien esto sucede, la fortuna lo protege. También le han pronosticado que a los catorce años se casará con la hija del Rey.

El Rey, que era hombre de corazón duro, se irritó al oír aquella profecía y, yendo a encontrar a los padres, les dijo con tono muy amable:

—Vosotros sois muy pobres; dejadme, pues, a vuestro hijo, que yo lo cuidaré.

Al principio, el matrimonio se negaba, pero al ofrecerles el forastero un buen bolso de oro, pensaron: «Ha nacido con buena estrella; será, pues, por su bien». Y, al fin, aceptaron y le entregaron el niño.

El Rey lo metió en una cajita y prosiguió con él su camino, hasta que llegó al borde de un profundo río. Arrojó al agua la caja, y pensó: «Así he librado a mi hija de un pretendiente bien inesperado». Pero la caja, en lugar de irse al fondo, se puso a flotar como un barquito, sin que entrara en ella ni una gota de agua. Y así continuó, corriente abajo, hasta cosa de dos millas de la capital del reino, donde quedó detenida en la presa de un molino.

Uno de los mozos, que por fortuna se encontraba presente y la vio, sacó la caja con un gancho, creyendo encontrar en ella algún tesoro. Al abrirla ofrecióse a su vista un hermoso chiquillo, alegre y vivaracho. Llevólo el mozo al molinero y su mujer que, como no tenían hijos, exclamaron:

—¡Es Dios que nos lo envía!

Y cuidaron con todo cariño al niño abandonado, el cual creció en edad, salud y buenas cualidades.

He aquí que un día el Rey, sorprendido por una tempestad, entró a guarecerse en el molino y preguntó a los molineros si aquel guapo muchacho era hijo suyo.

—No —respondieron ellos—, es un niño expósito; hace catorce años que lo encontramos en una caja, en la presa del molino.

Comprendió el Rey que no podía ser otro sino aquel niño de la suerte que había arrojado al río y dijo:

—Buena gente, ¿dejaríais que el chico llevara una carta mía a la Señora Reina? Le daré en pago dos monedas de oro.

—¡Cómo mande el Señor Rey! —respondieron los dos viejos, y mandaron al mozo que se preparase.

El Rey escribió entonces una carta a la Reina, en los siguientes términos: «En cuanto se presente el muchacho con esta carta, lo mandarás matar y enterrar, y esta orden debe cumplirse antes de mi regreso».

Púsose el muchacho en camino con la carta, pero se extravió, y al anochecer llegó a un gran bosque. Vio una lucecita en la oscuridad y se dirigió allí, resultando ser una casita muy pequeña.

Al entrar sólo había una anciana sentada junto al fuego, la cual asustóse al ver al mozo y le dijo:

—¿De dónde vienes y adónde vas?

—Vengo del molino —respondió él— y voy a llevar una carta a la Señora Reina. Pero como me extravié, me gustaría pasar aquí la noche.

—¡Pobre chico! —replicó la mujer—. Has venido a dar en una guarida de bandidos, y si vienen te matarán.

—Venga quien venga, no tengo miedo —contestó el muchacho—. Estoy tan cansado que no puedo dar un paso más.

Y tendiéndose sobre un banco, se quedó dormido en el acto.

A poco llegaron los bandidos y preguntaron, enfurecidos, quién era el forastero que allí dormía.

—¡Ay! —dijo la anciana—, es un chiquillo inocente que se extravió en el bosque; lo he acogido por compasión. Parece que lleva una carta para la Reina.

Los bandoleros abrieron el sobre y leyeron el contenido de la carta, es decir, la orden de que se diera muerte al mozo en cuanto llegara. A pesar de su endurecido corazón, los ladrones se apiadaron, y el capitán rompió la carta y la cambió por otra en la que ordenaba que al llegar el muchacho lo casasen con la hija del Rey. Dejáronlo luego descansar tranquilamente en su banco hasta la mañana y, cuando se despertó, le dieron la carta y le mostraron el camino.

La Reina, al recibir y leer la misiva, se apresuró a cumplir lo que en ella se le mandaba. Organizó una boda magnífica, y la princesa fue unida en matrimonio al favorito de la fortuna. Y como el muchacho era guapo y apuesto, su esposa vivía feliz y satisfecha con él.

Transcurrido algún tiempo, regresó el Rey a palacio y vio que se había cumplido el vaticinio: el niño de la suerte se había casado con su hija.

—¿Cómo pudo ser eso? —preguntó—. En mi carta daba yo una orden muy distinta.

Entonces la Reina le presentó el escrito, para que leyera él mismo lo que allí decía. Leyó el Rey la carta y se dio cuenta de que había sido cambiada por otra. Preguntó entonces al joven qué había sucedido con el mensaje que le confiara, y por qué lo había sustituido por otro.

—No sé nada —respondió el muchacho—. Debieron de cambiármela durante la noche, mientras dormía en la casa del bosque.

—Esto no puede quedar así —dijo el Rey encolerizado—. Quien quiera conseguir a mi hija debe ir antes al infierno y traerme tres pelos de oro de la cabeza del diablo. Si lo haces, conservarás a mi hija.

Esperaba el Rey librarse de él para siempre con aquel encargo; pero el afortunado muchacho respondió:

—Traeré los tres cabellos de oro. El diablo no me da miedo.

Se despidió de su esposa y emprendió su peregrinación.

Condújolo su camino a una gran ciudad; el centinela de la puerta le preguntó cuál era su oficio y qué cosas sabía.

—Yo lo sé todo —contestó el muchacho.

—En este caso podrás prestarnos un servicio —dijo el guarda—. Explícanos por qué la fuente de la plaza, de la que antes manaba vino, se ha secado y ni siquiera da agua.

—Lo sabréis —afirmó el mozo—; pero os lo diré cuando vuelva.

Siguió adelante y llegó a una segunda ciudad, donde el guarda de la muralla le preguntó, a su vez, cuál era su oficio y qué cosas sabía.

—Yo lo sé todo —repitió el muchacho.

—Entonces puedes hacernos un favor. Dinos por qué un árbol que tenemos en la ciudad, que antes daba manzanas de oro, ahora no tiene ni hojas siquiera.

—Lo sabréis —respondió él—, pero os lo diré cuando vuelva.

Prosiguiendo su ruta, llegó a la orilla de un ancho y profundo río, que había de cruzar. Preguntóle el barquero qué oficio tenía y cuáles eran sus conocimientos.

—Lo sé todo —respondió él.

—Siendo así, puedes hacerme un favor —prosiguió el barquero—. Dime por qué tengo que estar bogando eternamente de una a otra orilla, sin que nadie venga a relevarme.

—Lo sabrás —replicó el joven—, pero te lo diré cuando vuelva.

Cuando hubo cruzado el río, encontró la entrada del infierno. Todo estaba lleno de hollín; el diablo había salido, pero su ama se hallaba sentada en un ancho sillón.

—¿Qué quieres? —preguntó al mozo; y no parecía enfadada.

—Quisiera tres cabellos de oro de la cabeza del diablo —respondióle él—, pues sin ellos no podré conservar a mi esposa.

—Mucho pides —respondió la mujer—. Si viene el diablo y te encuentra aquí, mal lo vas a pasar. Pero me das lástima; veré de ayudarte.

Y, transformándolo en hormiga, le dijo:

—Disimúlate entre los pliegues de mi falda; aquí estarás seguro.

—Bueno —respondió él—, no está mal para empezar; pero es que, además, quisiera saber tres cosas: por qué una fuente que antes manaba vino se ha secado y no da ni siquiera agua; por qué un árbol que daba manzanas de oro no tiene ahora ni hojas, y por qué un barquero ha de estar bogando sin parar de una a otra orilla, sin que nunca lo releven.

—Son preguntas muy difíciles de contestar —dijo la vieja—, pero tú quédate aquí tranquilo y callado y presta atento oído a lo que diga el diablo cuando yo le arranque los tres cabellos de oro.

Al anochecer llegó el diablo a casa, y ya al entrar notó que el aire no era puro:

—¡Huelo, huelo a carne humana! —dijo—; aquí pasa algo extraño.

Y registró todos los rincones, buscando y rebuscando, pero no encontró nada.

El ama le increpó:

—Yo venga barrer y arreglar; pero apenas llegas tú, lo revuelves todo. Siempre tienes la carne humana pegada en las narices. ¡Siéntate y cena, vamos!

Comió y bebió y, como estaba cansado, puso la cabeza en el regazo del ama, pidiéndole que lo despiojara un poco.

A los pocos minutos dormía profundamente, resoplando y roncando. Entonces, la vieja le agarró un cabello de oro y, arrancándoselo, lo puso a un lado.

—¡Uy! —gritó el diablo—, ¿qué estás haciendo?

—He tenido un mal sueño —respondió la mujer— y te he tirado de los pelos.

—¿Y qué has soñado? —preguntó el diablo.

—He soñado que una fuente de una plaza de la que manaba vino, se había secado y ni siquiera salía agua de ella. ¿Quién tiene la culpa?

—¡Oh, si lo supiesen! —contestó el diablo—. Hay un sapo debajo de una piedra de la fuente; si lo matasen volvería a manar vino.

La vieja se puso a despiojar al diablo, hasta que lo vio nuevamente dormido, y roncando de un modo que hacía vibrar los cristales de las ventanas. Arrancóle entonces el segundo cabello.

—¡Uy!, ¿qué haces? —gritó el diablo, montando en cólera.

—No lo tomes a mal —excusóse la vieja—, es que estaba soñando.

—¿Y qué has soñado ahora?

—He soñado que en un cierto reino crecía un manzano que antes producía manzanas de oro y, en cambio, ahora ni hojas echa. ¿A qué se deberá esto?

—¡Ah, si lo supiesen! —respondió el diablo—. En la raíz vive una rata que lo roe; si la matasen, el árbol volvería a dar manzanas de oro; pero si no

la matan, el árbol se secará del todo. Mas déjame tranquilo con tus sueños; si vuelves a molestarme te daré un sopapo.

La mujer lo tranquilizó y siguió despiojándolo, hasta que lo vio otra vez dormido y lo oyó roncar. Cogiéndole el tercer cabello, se lo arrancó de un tirón.

El diablo se levantó de un salto, vociferando y dispuesto a arrearle a la vieja; pero ésta logró apaciguarlo por tercera vez, diciéndole:

—¿Y qué puedo hacerle, si tengo pesadillas?

—¿Qué has soñado, pues? —volvió a preguntar, lleno de curiosidad.

—He visto un barquero que se quejaba de tener que estar siempre bogando de una a otra orilla, sin que nadie vaya a relevarlo. ¿Quién tiene la culpa?

—¡Bah, el muy bobo! —respondió el diablo—. Si cuando le llegue alguien a pedirle que lo pase le pone el remo en la mano, el otro tendrá que bogar y él quedará libre.

Teniendo ya el ama los tres cabellos de oro y habiéndole sonsacado la respuesta a las tres preguntas, dejó descansar en paz al viejo ogro, que no se despertó hasta la madrugada.

Marchado que se hubo el diablo, la vieja sacó la hormiga del pliegue de su falda y devolvió al hijo de la suerte su figura humana.

—Ahí tienes los tres cabellos de oro —díjole—; y supongo que oirías lo que el diablo respondió a tus tres preguntas.

—Sí —replicó el mozo—, lo he oído y no lo olvidaré.

—Ya tienes, pues, lo que querías y puedes volverte.

Dando las gracias a la vieja por su ayuda, salió el muchacho del infierno, muy contento del éxito de su empresa. Al llegar al lugar donde estaba el barquero, pidióle éste la prometida respuesta.

—Primero pásame —dijo el muchacho—, y te diré de qué manera puedes librarte —cuando estuvieron en la orilla opuesta, le transmitió el consejo del diablo—. Al primero que venga a pedirte que lo pases, ponle el remo en la mano.

Siguió su camino y llegó a la ciudad del árbol estéril, donde salióle al encuentro el guarda a quien había prometido una respuesta. Repitióle las palabras del diablo:

—Matad la rata que roe la raíz y volverá a dar manzanas de oro.

Agradecióselo el guarda y le ofreció, en recompensa, dos asnos cargados de oro.

Finalmente, se presentó a las puertas de la otra ciudad, aquella en que se había secado la fuente, y dijo al guarda lo que oyera al diablo:

—Hay un sapo bajo una piedra de la fuente. Buscadlo y matadlo y volveréis a tener vino en abundancia.

Diole las gracias el guarda y, con ellas, otros dos asnos cargados de oro.

Al cabo, el afortunado mozo estuvo de regreso a palacio junto a su esposa, que sintió una gran alegría al verlo de nuevo, a la que contó sus aventuras.

Entregó al Rey los tres cabellos de oro del diablo, y al reparar el monarca en los cuatro asnos con sus cargas de oro, díjole muy contento:

—Ya que has cumplido todas las condiciones, puedes quedarte con mi hija. Pero, querido yerno, dime de dónde has sacado tanto oro. ¡Es un tesoro inmenso!

—He cruzado un río —respondióle el mozo— y lo he cogido en la orilla opuesta, donde hay oro en vez de arena.

—¿Y no podría yo ir a buscar un poco? —preguntó el Rey, que era muy codicioso.

—Todo el que queráis —dijo el joven—. En el río hay un barquero que os pasará, y en la otra margen podréis llenar los sacos.

El avaro rey se puso en camino sin perder tiempo, y al llegar al río hizo seña al barquero de que lo pasara. El barquero le hizo montar en la barca y, antes de llegar a la orilla opuesta, poniéndole en la mano la pértiga, saltó a tierra.

Desde aquel día, el Rey tiene que estar bogando; es el castigo por sus pecados.

—¿Y está bogando todavía?

—¡Claro que sí! Nadie ha ido a quitarle la pértiga de la mano.

El piojito y la pulguita

UN piojito y una pulguita hacían vida en común y cocían su cerveza en una cáscara de huevo. He aquí que el piojito se cayó dentro y murió abrasado. Ante aquella desgracia, la pulguita se puso a llorar a voz en grito.

Al oírla, preguntó la puerta de la habitación:

—¿Por qué lloras, Pulguita?

—Porque Piojito se ha quemado.

Entonces se puso la puerta a rechinar. Y dijo Escobita desde el rincón:

—¿Por qué rechinas, Puertecita?

—¿Cómo quieres que no rechine?

«Piojito se ha abrasado,
Pulguita llora».

Y la escobita se puso a barrer desesperadamente.

Llegó en esto un carrito y dijo:

—¿Por qué barres, Escobita?

—¿Cómo quieres que no barra?:

«Piojito se ha abrasado,
Pulguita llora,
Puertecita rechina».

Entonces exclamó Carrito:

—Pues voy a correr.

Y echó a correr desesperadamente. Y dijo Estercolillo, por delante del cual pasaba:

—¿Por qué corres, Carrito?

—¿Cómo quieres que no corra?:

«Piojito se ha abrasado,
Pulguita llora,
Puertecita rechina,
Escobita barre».

Y dijo entonces Estercolillo:

—Pues yo voy a arder desesperadamente.

Y se puso a arder en brillante llamarada.

Había junto a Estercolillo un arbolillo, que preguntó:

—¿Por qué ardes, Estercolillo?

—¿Cómo quieres que no arda?:

«Piojito se ha abrasado,
Pulguita llora,
Puertecita rechina,
Escobita barre,
Carrito corre».

Y dijo Arbolillo:

—Pues yo me sacudiré.

Y empezó a sacudirse tan vigorosamente, que las hojas le cayeron.

Violo una muchachita que acertaba a pasar con su jarrito de agua, y dijo:

—Arbolillo, ¿por qué te sacudes?

—¿Cómo quieres que no me sacuda?

«Piojito se ha abrasado,
Pulguita llora,
Puertecita rechina,

Escobita barre,
Carrito corre,
Estercolillo arde».

Dijo la muchachita:

—Pues yo romperé mi jarrito de agua.

Y rompió su jarrito. Y dijo entonces la fuentecita de la que manaba el agua:

—Muchachita, ¿por qué rompes tu jarrito?

—¿Cómo quieres que no lo rompa?:

«Piojito se ha abrasado,
Pulguita llora,
Puertecita rechina,
Escobita barre,
Carrito corre,
Estercolillo arde,
Arbolillo se sacude».

—¡Ay! —exclamó la fuentecita—, entonces voy a ponerme a manar.

Y empezó a manar desesperadamente. Y todo se ahogó en su agua: la muchachita, el arbolillo, el estercolillo, el carrito, la escobita, la puertecita, la pulguita y el piojito; todos a la vez.

La doncella sin manos

A un molinero le iban mal las cosas, y cada día era más pobre; al fin, ya no le quedaban sino el molino y un gran manzano que había detrás.

Un día se marchó al bosque a buscar leña, y he aquí que le salió al encuentro un hombre ya viejo, a quien jamás había visto, y le dijo:

—¿Por qué fatigarte partiendo leña? Yo te haré rico sólo con que me prometas lo que está detrás del molino.

«¿Qué otra cosa puede ser sino el manzano?», pensó el molinero, y aceptó la condición del desconocido. Éste le respondió con una risa burlona:

—Dentro de tres años volveré a buscar lo que es mío.

Y se marchó.

Al llegar el molinero a su casa, salió a recibirlo su mujer:

—Dime, ¿cómo es que tan de pronto nos hemos vuelto ricos? En un abrir y cerrar de ojos se han llenado todas las arcas y cajones, no sé cómo y sin que haya entrado nadie.

Respondió el molinero:

—He encontrado a un desconocido en el bosque, y me ha prometido grandes tesoros. En cambio, yo le he prometido lo que hay detrás del molino. ¡El manzano bien vale todo eso!

—¿Qué has hecho, marido? —exclamó la mujer horrorizada—. Era el diablo, y no se refería al manzano, sino a nuestra hija, que estaba detrás del molino barriendo la era.

La hija del molinero era una muchacha muy linda y piadosa; durante aquellos tres años siguió viviendo en el temor de Dios y libre de pecado. Transcurrido que hubo el plazo y llegado el día en que el maligno debía

llevársela, lavóse con todo cuidado y trazó con tiza un círculo a su alrededor.

Presentóse el diablo de madrugada, pero no pudo acercársele y dijo muy colérico al molinero:

—Quita toda el agua, para que no pueda lavarse, pues de otro modo no tengo poder sobre ella.

El molinero, asustado, hizo lo que se le mandaba. A la mañana siguiente volvió el diablo, pero la muchacha había estado llorando con las manos en los ojos, por lo que estaban limpísimas. Así tampoco pudo acercársele el demonio, que dijo furioso al molinero:

—Córtale las manos, pues de otro modo no puedo llevármela.

—¡Cómo puedo cortar las manos a mi propia hija! —contestó el hombre horrorizado.

Pero el otro le dijo con tono amenazador:

—Si no lo haces, eres mío, y te llevaré a ti.

El padre, espantado, prometió obedecer y dijo a su hija:

—Hija mía, si no te corto las dos manos, se me llevará el demonio; así se lo he prometido en mi desesperación. Ayúdame en mi desgracia, y perdóname el mal que te hago.

—Padre mío —respondió ella—, haced conmigo lo que os plazca; soy vuestra hija.

Y, tendiendo las manos, se las dejó cortar.

Vino el diablo por tercera vez, pero la doncella había estado llorando tantas horas con los muñones apretados contra los ojos, que los tenía limpísimos. Entonces el diablo tuvo que renunciar; había perdido todos sus derechos sobre ella.

Dijo el molinero a la muchacha:

—Por tu causa he recibido grandes beneficios; mientras viva, todos mis cuidados serán para ti.

Pero ella le respondió:

—No puedo seguir aquí; voy a marcharme. Personas compasivas habrá que me den lo que necesite.

Se hizo atar a la espalda los brazos amputados y, al salir el sol, se puso en camino.

Anduvo todo el día, hasta que cerró la noche. Llegó entonces frente al jardín del Rey y, a la luz de la luna, vio que sus árboles estaban llenos de hermosísimos frutos; pero no podía alcanzarlos, pues el jardín estaba rodeado de agua.

Como no había cesado de caminar en todo el día, sin comer ni un solo bocado, sufría mucho de hambre y pensó: «¡Ojalá pudiera entrar a comer algunos de esos frutos! Si no me moriré de hambre». Arrodillóse e invocó a Dios, y he aquí que de pronto apareció un ángel. Éste cerró una esclusa, de manera que el foso quedó seco, y ella pudo cruzarlo a pie enjuto.

Entró entonces la muchacha en el jardín, y el ángel con ella. Vio un peral cargado de hermosas peras, todas las cuales estaban contadas. Se acercó y comió una, cogiéndola del árbol directamente con la boca para acallar el hambre, pero no más.

El jardinero la estuvo observando; pero como el ángel seguía a su lado, no se atrevió a intervenir, pensando que la muchacha era un espíritu; y así se quedó callado, sin llamar ni dirigirle la palabra.

Comido que hubo la pera, la muchacha, sintiendo el hambre satisfecha, fue a ocultarse entre la maleza.

El Rey, a quien pertenecía el jardín, se presentó a la mañana siguiente y, al contar las peras y notar que faltaba una, preguntó al jardinero qué se había hecho de ella. Y respondió el jardinero:

—Anoche entró un espíritu, que no tenía manos, y se comió una directamente con la boca.

—¿Y cómo pudo el espíritu atravesar el agua? —dijo el Rey—. ¿Y adónde fue, después de comerse la pera?

—Bajó del cielo una figura, con un vestido blanco como la nieve, que cerró la esclusa y detuvo el agua, para que el espíritu pudiese cruzar el foso. Y como no podía ser sino un ángel, no me atreví a llamar ni a preguntar nada. Después de comerse la pera, el espíritu se retiró.

—Si las cosas han ocurrido como dices —declaró el Rey—, esta noche velaré contigo.

Cuando ya oscurecía, el Rey se dirigió al jardín, acompañado de un sacerdote para que hablara al espíritu. Sentáronse los tres debajo del árbol, atentos a lo que ocurriera.

A media noche se presentó la doncella, viniendo del boscaje y, acercándose al peral, comióse otra pera alcanzándola directamente con la boca; a su lado se hallaba el ángel vestido de blanco. Salió entonces el sacerdote y preguntó:

—¿Vienes del mundo o vienes de Dios? ¿Eres espíritu o un ser humano?

A lo que respondió la muchacha:

—No soy espíritu, sino una criatura humana, abandonada de todos menos de Dios.

Dijo entonces el Rey:

—Si te ha abandonado el mundo, yo no te dejaré.

Y se la llevó a su palacio y, como la viera tan hermosa y piadosa, se enamoró de ella, mandó hacerle unas manos de plata y la tomó por esposa.

Al cabo de un año, el Rey tuvo que partir para la guerra, y encomendó a su madre la joven Reina, diciéndole:

—Cuando sea la hora de dar a luz, atendedla y cuidadla bien, y enviadme en seguida una carta.

Sucedió que la Reina tuvo un hijo, y la abuela apresuróse a comunicar al Rey la buena noticia. Pero el mensajero se detuvo a descansar en el camino, junto a un arroyo y, extenuado de su larga marcha, se durmió.

Acudió entonces el diablo, siempre dispuesto a dañar a la virtuosa Reina, y trocó la carta por otra, en la que ponía que la Reina había traído al mundo un monstruo. Cuando el Rey leyó la carta, espantóse y se entristeció sobremanera; pero escribió en contestación que cuidasen de la Reina hasta su regreso.

Volvióse el mensajero con la respuesta, y se quedó a descansar en el mismo lugar, durmiéndose también como a la ida. Vino el diablo nuevamente, y otra vez le cambió la carta del bolsillo, sustituyéndola por otra que contenía la orden de matar a la Reina y a su hijo.

La abuela horrorizóse al recibir aquella misiva y, no pudiendo prestar crédito a lo que leía, volvió a escribir al Rey; pero recibió una respuesta idéntica, ya que todas las veces el diablo cambió la carta que llevaba el mensajero. En la última le ordenaba incluso que, en testimonio de que había cumplido el mandato, guardase la lengua y los ojos de la Reina.

Pero la anciana madre, desolada de que hubiese de ser vertida una sangre tan inocente, mandó que por la noche trajesen un ciervo, al que sacó los ojos y cortó la lengua. Luego dijo a la Reina:

—No puedo resignarme a matarte, como ordena el Rey; pero no puedes seguir aquí. Márchate con tu hijo por el mundo y no vuelvas jamás.

Atóle el niño a la espalda, y la desgraciada mujer se marchó con los ojos anegados en lágrimas.

Llegado que hubo a un bosque muy grande y salvaje, se hincó de rodillas e invocó a Dios. Se le apareció el ángel del Señor y la condujo a una casita, en la que podía leerse en un letrerito: «Aquí todo el mundo vive de balde». Salió de la casa una doncella, blanca como la nieve, que le dijo: «Bienvenida, Señora Reina». Y la acompañó al interior.

Desatándole de la espalda a su hijito, se lo puso al pecho para que pudiese darle de mamar, y después lo tendió en una camita bien mullida. Preguntóle entonces la pobre madre:

—¿Cómo sabes que soy reina?

Y la blanca doncella le respondió:

—Soy un ángel que Dios ha enviado a la tierra para que cuide de ti y de tu hijo.

La joven vivió en aquella casa por espacio de siete años, bien cuidada y atendida, y su piedad era tanta, que Dios compadecido hizo que volviesen a crecerle las manos.

Finalmente el Rey, terminada la campaña, regresó a palacio, y su primer deseo fue ver a su esposa e hijo. Entonces la anciana Reina prorrumpió a llorar exclamando:

—¡Hombre malvado! ¿No me enviaste la orden de matar a aquellas dos almas inocentes? —y mostróle las dos cartas falsificadas por el diablo, añadiendo—. Hice lo que me mandaste.

Y le enseñó la lengua y los ojos.

El Rey prorrumpió a llorar con gran amargura y desconsuelo, por el triste fin de su infeliz esposa y de su hijo, hasta que la abuela, apiadada, le dijo:

—Consuélate, que aún viven. De escondidas hice matar una cierva, y guardé estas partes como testimonio. En cuanto a tu esposa, le até el niño a

la espalda y la envié a vagar por el mundo, haciéndole prometer que jamás volvería aquí, ya que tan enojado estabas con ella.

Dijo entonces el Rey:

—No cesaré de caminar mientras vea cielo sobre mi cabeza, sin comer ni beber, hasta que haya encontrado a mi esposa y a mi hijo, si es que no han muerto de hambre o de frío.

Estuvo el Rey vagando durante todos aquellos siete años, buscando en todos los riscos y grutas, sin encontrarla en ninguna parte, y ya pensaba que habría muerto de hambre. En todo aquel tiempo no comió ni bebió, pero Dios lo sostuvo.

Por fin llegó a un gran bosque, y en él descubrió la casita con el letrerito: «Aquí todo el mundo vive de balde». Salió la blanca doncella y, cogiéndolo de la mano, lo llevó al interior y le dijo:

—Bienvenido, Señor Rey.

Y le preguntó luego de dónde venía.

—Pronto hará siete años —respondió él— que ando errante en busca de mi esposa y de mi hijo; pero no los encuentro en parte alguna.

El ángel le ofreció comida y bebida, pero él las rehusó, pidiendo sólo que lo dejasen descansar un poco. Tendióse a dormir, y se cubrió la cara con un pañuelo.

Entonces el ángel entró en el aposento en que se hallaba la Reina con su hijito, al que solía llamar Dolorido, y le dijo:

—Sal ahí fuera con el niño, que ha llegado tu esposo.

Salió ella a la habitación en que el Rey descansaba y el pañuelo se le cayó de la cara, por lo que dijo la Reina:

—Dolorido, recoge aquel pañuelo de tu padre y vuelve a cubrirle el rostro.

Obedeció el niño y le puso el lienzo sobre la cara; pero el Rey, que lo había oído en sueños, volvió a dejarlo caer adrede. El niño, impacientándose, exclamó:

—Madrecita, ¿cómo puedo tapar el rostro de mi padre, si no tengo padre ninguno en el mundo? En la oración he aprendido a decir: Padre nuestro que estás en los Cielos; y tú me has dicho que mi padre estaba en el

cielo, y era Dios Nuestro Señor. ¿Cómo quieres que conozca a este hombre tan salvaje? ¡No es mi padre!

Al oír el Rey estas palabras, se incorporó y le preguntó quién era. Respondióle ella entonces:

—Soy tu esposa, y éste es Dolorido, tu hijo.

Pero al ver el Rey sus manos de carne, replicó:

—Mi esposa tenía las manos de plata.

—Dios misericordioso me devolvió las mías naturales —dijo ella.

Y el ángel salió fuera y volvió en seguida con las manos de plata. Entonces tuvo el Rey la certeza de que se hallaba ante su esposa y su hijo y, besándolos a los dos, dijo fuera de sí de alegría.

—¡Qué terrible peso se me ha caído del corazón!

El ángel del Señor les dio de comer por última vez a todos juntos, y luego los tres emprendieron el camino de palacio para reunirse con la abuela. Hubo grandes fiestas y regocijos, y el Rey y la Reina celebraron una segunda boda y vivieron felices hasta el fin.

Juan el listo

PREGUNTA la madre a Juan:

—¿Adónde vas, Juan?

Responde Juan:

—A casa de Margarita.

—Que te vaya bien, Juan.

—Bien me irá. Adiós, madre.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

—Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan una aguja. Juan dice:

—Adiós, Margarita.

—Adiós Juan.

Juan coge la aguja, la pone en un carro de heno y se vuelve a casa tras el carro.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

—Con Margarita estuve.

—¿Qué le llevaste?

—Llevar, nada; ella me dio.

—¿Y qué te dio Margarita?

—Una aguja me dio.

—¿Y dónde tienes la aguja, Juan?

—En el carro de heno la metí.

—Hiciste una tontería, Juan; debías clavártela en la manga.

—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.
—¿Adónde vas, Juan?
—A casa de Margarita, madre.
—Que te vaya bien, Juan.
—Bien me irá. Adiós, madre.
—Adiós, Juan.
Juan llega a casa de Margarita.
—Buenos días, Margarita.
—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?
—Traer, nada; tú me darás.
Margarita regala a Juan un cuchillo.
—Adiós, Margarita.
—Adiós, Juan.
Juan coge el cuchillo, se lo clava en la manga y regresa a su casa.
—Buenas noches, madre.
—Buenas noches Juan. ¿Dónde estuviste?
—Con Margarita estuve.
—¿Qué le llevaste?
—Llevar, nada; ella me dio.
—¿Y qué te dio Margarita?
—Un cuchillo me dio.
—¿Dónde tienes el cuchillo, Juan?
—Lo clavé en la manga.
—Hiciste una tontería, Juan. Debiste meterlo en el bolsillo.
—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.
—¿Adónde vas, Juan?
—A casa de Margarita, madre.
—Que te vaya bien, Juan.
—Bien me irá. Adiós, madre.
—Adiós, Juan.
Juan llega a casa de Margarita.
—Buenos días, Margarita.
—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?
—Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan una cabrita.

—Adiós, Margarita.

—Adiós, Juan.

Juan coge la cabrita, le ata las patas y se la mete en el bolsillo. Al llegar a casa, está ahogada.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

—Con Margarita estuve.

—¿Qué le llevaste?

—Llevar, nada; ella me dio.

—¿Qué te dio Margarita?

—Una cabra me dio.

—¿Y dónde tienes la cabra, Juan?

—En el bolsillo la metí.

—Hiciste una tontería, Juan. Debiste atar la cabra de una cuerda.

—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

—¿Adónde vas, Juan?

—A casa de Margarita, madre.

—Que te vaya bien, Juan.

—Bien me irá. Adiós, madre.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días Juan. ¿Qué traes de bueno?

—Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan un trozo de tocino.

—Adiós, Margarita.

—Adiós, Juan.

Juan coge el tocino, lo ata de una cuerda y lo arrastra detrás de sí. Vienen los perros y se comen el tocino. Al llegar a casa tira aún de la cuerda, pero nada cuelga de ella.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

—Con Margarita estuve.

—¿Qué le llevaste?
—Llevar, nada; ella me dio.
—¿Qué te dio Margarita?
—Un trozo de tocino me dio.
—¿Dónde tienes el tocino, Juan?
—Lo até de una cuerda, lo traje a rastras, los perros se lo comieron.
—Hiciste una tontería, Juan. Debiste llevar el tocino sobre la cabeza.
—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.
—¿Adónde vas, Juan?
—A casa de Margarita, madre.
—Que te vaya bien, Juan.
—Bien me irá. Adiós, madre.
—Adiós, Juan.
Juan llega a casa de Margarita.
—Buenos días, Margarita.
—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?
—Traer, nada; tú me darás,
Margarita regala a Juan una ternera.
—Adiós, Margarita.
—Adiós, Juan.
Juan coge la ternera, se la pone sobre la cabeza, y el animal le pisotea y lastima la cara.
—Buenas noches, madre.
—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?
—Con Margarita estuve.
—¿Qué le llevaste?
—Llevar, nada; ella me dio.
—¿Qué te dio Margarita?
—Una ternera me dio.
—¿Dónde tienes la ternera, Juan?
—Sobre la cabeza la puse; me lastimó la cara.
—Hiciste una tontería, Juan. Debías traerla atada y ponerla en el pesebre.
—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

—¿Adónde vas, Juan?

—A casa de Margarita, madre.

—Que te vaya bien, Juan.

—Bien me irá. Adiós, madre.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

—Traer nada; tú me darás.

Margarita dice a Juan:

—Me voy contigo.

Juan coge a Margarita, la ata a una cuerda, la conduce hasta el pesebre y la amarra en él. Luego va a su madre.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

—Con Margarita estuve.

—¿Qué le llevaste?

—Llevar, nada.

—¿Qué te ha dado Margarita?

—Nada me dio; se vino conmigo.

—¿Y dónde has dejado a Margarita?

—La he llevado atada de una cuerda; la amarré al pesebre y le eché hierba.

—Hiciste una tontería, Juan; debías ponerle ojos tiernos.

—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

Juan va al establo, saca los ojos a todas las terneras y ovejas y los pone en la cara de Margarita. Margarita se enfada, se suelta y escapa, y Juan se queda sin novia.

Las tres lenguas

EN Suiza vivía una vez un viejo conde que tenía sólo un hijo, que era tonto de remate e incapaz de aprender nada.

Díjole el padre:

—Mira, hijo: por mucho que me esfuerzo, no logro meterte nada en la cabeza. Tendrás que marcharte de casa; te confiaré a un famoso maestro; a ver si él es más afortunado.

El muchacho fue enviado a una ciudad extranjera, y permaneció un año junto al maestro. Transcurrido dicho tiempo, regresó a casa y su padre le preguntó:

—¿Qué has aprendido, hijo mío?

—Padre, he aprendido el ladrar de los perros.

—¡Dios se apiade de nosotros! —exclamó el padre—; ¿es eso todo lo que aprendiste? Te enviaré a otra ciudad y a otro maestro.

El muchacho fue despachado allí, y estuvo otro año con otro maestro. Al volver le preguntó de nuevo el padre:

—Hijo mío, ¿qué aprendiste?

Respondió el chico:

—Padre, he aprendido lo que dicen los pájaros.

Enfadóse el conde y le dijo:

—¡Desgraciado! Has disipado un tiempo precioso sin aprender nada. ¿No te avergüenzas de comparecer a mi presencia? Te enviaré a un tercer maestro; pero si tampoco esta vez aprendes nada, renegaré de ti.

El hijo residió otro año entero al cuidado del tercer maestro, y cuando, al regresar a su casa, le preguntó su padre:

—Hijo mío, ¿qué has aprendido?

Contestó el muchacho:

—Padre, este año he aprendido el croar de las ranas.

Fuera de sí por la cólera, el padre llamó a toda la servidumbre y les dijo:

—Este hombre ha dejado de ser mi hijo; lo echo de mi casa. ¡Llevadle al bosque y dadle muerte!

Los criados se lo llevaron; pero cuando iban a cumplir la orden de matarle, sintieron compasión y lo soltaron. Cazaron un ciervo, le arrancaron la lengua y los ojos, y los presentaron al padre como prueba de obediencia.

El mozo anduvo algún tiempo errante, hasta que llegó a un castillo en el que pidió asilo por una noche.

—Bien —díjole el castellano—, si te avienes a pasar la noche en la vieja torre de allá abajo; pero te prevengo que hay peligro de vida, pues está llena de perros salvajes que ladran y aúllan continuamente, y a los que de cuando en cuando hay que arrojar un hombre para que lo devoren.

Por aquel motivo, toda la comarca vivía sumida en desolación y tristeza, sin que nadie pudiese remediarlo. Pero el muchacho no conocía el miedo y dijo:

—Iré adonde están los perros; dadme sólo algo para echarles. No me harán nada.

Como no quiso aceptar nada para sí, diéronle un poco de comida para las furiosas bestias y lo acompañaron hasta la torre.

Al entrar en ella, los perros, en vez de ladrarle, lo recibieron agitando amistosamente la cola y agrupándose a su alrededor; comieron lo que les echó y no le tocaron ni un pelo.

A la mañana siguiente, ante el asombro general, presentóse el joven sano e indemne al señor del castillo, y le dijo:

—Los perros me han revelado en su lenguaje el porqué residen allí y causan tantos daños al país. Están encantados, y han de guardar un gran tesoro oculto debajo de la torre. No tendrán paz hasta que este tesoro haya sido retirado; y también me han indicado el modo de hacerlo.

Alegráronse todos al oír aquellas palabras, y el castellano le ofreció adoptarlo por hijo si llevaba a feliz término la hazaña.

Volvió a bajar el mozo y, una vez enterado de cómo había de proceder, no le fue difícil sacar del sótano un arca llena de oro. Desde aquel instante

cesaron los ladridos de los perros, los cuales desaparecieron, quedando así el país libre del azote.

Al cabo de algún tiempo le dio al joven por ir a Roma en peregrinación. En el camino acertó a pasar junto a una charca pantanosa, donde las ranas croa que te croa. Prestó oídos y, al comprender lo que decían, entróle una gran tristeza y se quedó caviloso y preocupado.

Al llegar a Roma, el Papa acababa de fallecer y, entre los cardenales, había grandes dudas sobre quién habría de ser su sucesor. Al fin convinieron en elegir Papa a aquel en quien se manifestase alguna prodigiosa señal divina.

Acababan de adoptar este acuerdo cuando entró el mozo en la iglesia y, de repente, dos palomas blancas como la nieve emprendieron el vuelo y fueron a posarse sobre sus hombros. Los cardenales vieron en aquello un signo de Dios, y preguntaron al muchacho si quería ser Papa.

Él permanecía indeciso, no sabiendo si era digno de ello; pero las palomas lo persuadieron y, por fin, respondió afirmativamente.

Ungiéronlo y consagráronlo, cumpliéndose de este modo lo que oyera a las ranas en el camino y que tanto le había preocupado: que sería Papa. Hubo de celebrar entonces la misa, de la que no sabía ni media palabra; pero las dos palomas, que no se apartaban de sus hombros, se la dijeron toda al oído.

Elsa la Lista

ERASE un hombre que tenía una hija a la que llamaban Elsa la Lista. Cuando fue mayor, dijo el padre:

—Será cosa de casarla.

—Sí —asintió la madre—. ¡Con tal que encontremos quien la quiera por mujer!

Al fin presentóse un forastero, llamado Juan, que solicitó su mano, poniendo por condición que la chica fuese juiciosa.

—¡Ya lo creo! —exclamó el padre—. Tiene una cabeza como hay pocas.

Y la madre añadió:

—Es tan lista que ve el viento correr y oye toser las moscas.

—Así, bueno —dijo Juan—, porque si no es muy juiciosa, no quiero.

Estando todos de sobremesa, dijo la madre:

—Elsa, baja a la bodega y trae cerveza.

La lista Elsa cogió el jarro del estante y se fue a la bodega; mientras bajaba, hacía chasquear ruidosamente la tapadera para no aburrirse.

Al llegar abajo cogió una sillita y la situó delante del barril para no tener que agacharse, no fuera caso que le doliera la espalda y le cogiese algún mal extraño, ¡vaya usted a saber! Colocó luego el jarro en su sitio, abrió el grifo y, para no tener los ojos ociosos mientras salía la cerveza, los dirigió a lo alto de la pared y, tras pasearlos de un extremo a otro repetidas veces, descubrió, exactamente encima de su cabeza, una piqueta que los albañiles habían dejado allí por descuido.

Y he aquí que a la lista Elsa se echó a llorar, diciendo para sí: «Si me caso con Juan y tenemos un hijo y, cuando ya sea mayor, lo enviamos a la bodega a buscar cerveza, puede caérsele la piqueta sobre la cabeza y

matarlo». Y llora que te llora sin moverse de su asiento, pensaba con todo desconsuelo en aquella desgracia.

Mientras tanto, los de arriba esperaban la bebida. Viendo que Elsa no comparecía, la madre dijo a la criada:

—Vete a la bodega a ver qué hace Elsa.

Fue la muchacha, y encontró a Elsa sentada delante del barril hecha un mar de lágrimas.

—¿Por qué lloras, Elsa? —preguntóle la criada.

—¡Ay! —respondió ella—, ¡cómo no he de llorar! Si me caso con Juan, y tenemos un hijo, y llega a mayor, y lo enviamos a buscar cerveza a la bodega, puede caérsele la piqueta en la cabeza y matarlo.

Y dijo la criada:

—¡Vaya Elsa lista que tenemos!

Y, sentándose a su lado, púsose a hacer coro con ella, llorando también a grito pelado.

Transcurrió un rato, y como la criada no volviera y los comensales tuvieran sed, dijo el padre al mozo:

—Ve abajo a la bodega, a ver qué hacen Elsa y la muchacha.

Bajó el mozo, y Elsa y la muchacha seguían llorando, por lo que preguntó:

—¿Por qué lloráis?

—¡Ay! —exclamó Elsa—, ¡cómo no he de llorar! Si me caso con Juan, y tenemos un hijo, y llega a mayor, y lo enviamos a buscar cerveza a la bodega, quizá le caiga la piqueta sobre la cabeza y lo mate.

Y exclamó el mozo:

—¡Vaya Elsa lista que tenemos!

Y, sentándose junto a las dos, púsose a su vez a llorar a moco tendido.

Arriba aguardaban la vuelta del mozo; pero viendo que tampoco él venía, dijo el marido a su esposa:

—Llégate tú a la bodega, a ver qué hace Elsa.

Fue la madre, y se encontró a los tres llorando desconsoladamente; preguntó la causa y, al explicarle Elsa que su futuro hijo, si llegaba a tenerlo, a lo mejor moriría del golpe que le daría la piqueta, si acertaba a

caerle encima cuando, siendo ya mayor, lo enviasen por cerveza, la madre exclamó a su vez:

—¡Y qué Elsa más lista tenemos!

Y, sentándose también, se puso a hacer coro con los demás.

Arriba habían quedado los dos hombres solos y, transcurrido un tiempo sin que regresara su esposa, mientras apretaba la sed, dijo el marido:

—Tendré que bajar yo mismo a la bodega, a ver qué se ha hecho de Elsa.

Al entrar en la bodega y verlos a todos sentados llorando y, al oír el motivo de aquel desconsuelo, del que tenía la culpa el hijo de Elsa el cual, suponiendo que su madre lo trajese al mundo, podría morir víctima de la piqueta si un día caía la herramienta en el momento preciso de encontrarse él debajo llenando un jarro de cerveza, exclamó:

—¡Vaya Elsa lista que tenemos!

Y sentóse a llorar con los demás.

El novio siguió largo rato solo arriba hasta que, viendo que no volvía nadie, pensó:

—Me estarán aguardando abajo; tendré que ir a ver qué es lo que pasa.

Encontró a los cinco en la bodega, gritando y lamentándose a más y mejor.

—¿Qué desgracia ha ocurrido? —preguntó.

—¡Ay!, mi querido Juan —dijo Elsa—. Figúrate que nos casamos y tenemos un hijo y, cuando ya sea mayor, se nos ocurre enviarlo aquí por cerveza. Imagínate que cae aquella piqueta que dejaron allí colgada y le da en la cabeza, y se la abre y lo deja muerto; ¿no es para llorar?

—¡Caramba! —exclamó Juan—. ¡Ésa es la listeza que necesito en mi casa! Me casaré contigo, en vista del talento que tienes.

Y, cogiéndola de la mano, llevóla arriba y poco después se celebró la boda.

Cuando ya llevaban una temporadita casados, dijo el marido:

—Mujer, me marcho a trabajar, hay que ganar dinero para los dos. Ve tú al campo a segar el trigo para hacer pan.

—Sí, mi querido Juan, así lo haré.

Cuando Juan se hubo marchado. Elsa se guisó unas buenas gachas y se las llevó al campo. Al llegar a él, dijo para sí: «¿Qué hago primero: segar o comer? ¡Bah!, primero comeré». Se zampó su buen plato de gachas y, cuando ya estuvo harta, volvió a preguntarse: «¿Qué hago primero: segar o echar una siesta? ¡Bah!, primero dormiré». Y se tendió en medio del trigo y quedó dormida.

Juan hacía ya buen rato que estaba de vuelta, y viendo que Elsa no regresaba, se dijo: «¡Vaya mujer lista que tengo; y tan laboriosa, que ni siquiera piensa en volver a casa a comer!». Pero como pasaba el tiempo y ella siguiera sin presentarse, Juan se encaminó al campo para ver lo que había segado. Y he aquí que no había segado nada, sino que estaba allí tumbada, durmiendo a pierna suelta.

Entonces, Juan fue de nuevo a su casa y volvió en seguida, con una red para cazar pájaros de la que pendían pequeños cascabeles, y se la colgó en torno al cuerpo; pero ella siguió durmiendo. Regresó Juan a su casa, cerró la puerta y, sentándose en su silla, púsose a trabajar.

Por fin, ya oscurecido, despertóse la lista Elsa y, al incorporarse, notó un cascabeleo a su alrededor, pues las campanillas sonaban a cada paso que daba. Espantóse y desconcertóse, dudando de si era o no la lista Elsa, y acabó por preguntarse: «¿Soy yo o no soy yo?». Pero no sabía qué responder, y así permaneció un buen rato en aquella duda hasta que, por fin, pensó: «Iré a casa a preguntar si soy yo o no soy yo; ellos lo sabrán de seguro». Y echó a correr hasta la puerta de su casa; pero la encontró cerrada.

Llamó entonces a la ventana gritando:

—Juan, ¿está Elsa en casa?

—Sí —respondió Juan—, sí está.

Ella, asustada, exclamó:

—¡Dios mío, entonces no soy yo!

Y se fue a llamar a otra puerta; pero al oír las gentes aquel ruido de campanillas y cascabeles, todas se negaban a abrir, por lo que la cuitada no encontró acogimiento en ninguna parte. Huyó del pueblo y nadie ha vuelto a saber de ella.

El sastre en el cielo

UN día, en que el tiempo era muy hermoso, Dios Nuestro Señor quiso dar un paseo por los jardines celestiales y se hizo acompañar de todos los apóstoles y los santos, por lo que en el Cielo sólo quedó San Pedro. El Señor le había encomendado que no permitiese entrar a nadie durante su ausencia y, así, Pedro no se movió de la puerta, vigilando.

Al cabo de poco llamaron, y Pedro preguntó quién era y qué quería.

—Soy un pobre y honrado sastre —respondió una vocecita suave— que os ruega lo dejéis entrar.

—¡Sí —refunfuñó Pedro—, honrado como el ladrón que cuelga de la horca! ¡No habrás hecho tú correr los dedos, hurtando el paño a tus clientes! No entrarás en el Cielo; Nuestro Señor me ha prohibido que deje pasar a nadie mientras él esté fuera.

—¡Un poco de compasión! —suplicó el sastre—. ¡Por un retalito que cae de la mesa! Eso no es robar. Ni merece la pena hablar de esto. Mirad, soy cojo, y con esta caminata me han salido ampollas en los pies. No tengo ánimos para volverme atrás. Dejadme sólo entrar; cuidaré de todas las faenas pesadas: llevar los niños, lavar pañales, limpiar y secar los bancos en que juegan, remendaré sus ropitas…

San Pedro se compadeció del sastre cojo y entreabrió la puerta del Paraíso, lo justito para que su escuálido cuerpo pudiese deslizarse por el resquicio. Luego mandó al hombre que se sentase en un rincón, detrás de la puerta, y se estuviese allí bien quieto y callado, para que el Señor, al volver, no lo viera y se enojara. El sastre obedeció.

Al cabo de poco, San Pedro salió un momento; el sastre se levantó y, aprovechando la oportunidad se dedicó a curiosear por todos los rincones del Cielo.

Llegó, finalmente, a un lugar donde había unas sillas preciosísimas y, en el centro, un trono todo de oro adornado de reluciente pedrería, mucho más alto que las sillas, que tenía delante un escabel también de oro. Era el sillón donde se sienta Nuestro Señor cuando está en casa, y desde el cual puede ver cuanto ocurre en la Tierra. El sastre contempló atónito aquel sillón durante un buen rato, pues le gustaba mucho más que todo lo que había visto.

Al fin, impertinente como era, no pudo dominarse más: se subió al trono y se sentó. Entonces vio todo lo que estaba ocurriendo en la Tierra y, así, pudo observar cómo una vieja muy fea que lavaba en un arroyo, apartaba disimuladamente dos pañuelos.

El sastre, al verlo, se enfureció de tal modo que empuñó el escabel de oro y lo arrojó, cielo a través, contra la vieja ladrona. Pero luego se dio cuenta de que no podría recuperar el escabel, y se bajó con disimulo del trono y volvió a su sitio detrás de la puerta, con el aire de quien nunca ha roto un plato.

Al regresar Nuestro Señor con su séquito celestial, no reparó en el sastre sentado en la portería; pero al querer ocupar su asiento habitual, echó a faltar el escabel. Preguntó a San Pedro dónde lo había metido, mas el santo no le supo responder. Volvióle a preguntar entonces si había permitido entrar a alguien.

—No sé de nadie que haya estado aquí —contestó San Pedro—, excepto un sastre cojo que está sentado detrás de la puerta.

Nuestro Señor mandó comparecer al sastre, y le preguntó si se había llevado el escabel y qué había hecho con él.

—¡Oh, Señor! —respondió el sastre, alborozado—. Me he enfadado mucho, porque en la Tierra he visto a una vieja lavandera que robaba dos pañuelos, y le arrojé el escabel a la cabeza.

—¡Gran pícaro! —increpólo Nuestro Señor—. Si yo juzgase como tú haces, ¿qué sería de ti hace mucho tiempo? No tendría ni sillas, ni bancos, ni trono, ni siquiera atizador del horno, porque todo lo habría arrojado contra los pecadores. Desde este momento no seguirás en el Cielo, sino que te quedarás afuera, en la puerta. ¡Así que, mira adónde vas! Aquí nadie debe castigar sino yo, el Señor.

San Pedro hubo de echar del Cielo al sastre el cual, como tenía rotos los zapatos y los pies llenos de ampollas, empuñando un bastón se dirigió al limbo, donde residen los soldados piadosos y lo pasan lo mejor posible.

La mesa, el asno y el bastón maravillosos

ERASE una vez un sastre que tenía tres hijos y una sola cabra. Como la cabra alimentaba con su leche a toda la familia, necesitaba buen pienso, y todos los días había que llevarla a pacer. De esto se encargaban los hijos, por turno.

Un día, el mayor la condujo al cementerio, donde la hierba crecía muy lozana, y la dejó hartarse y saltar a sus anchas. Al anochecer, cuando fue la hora de volverse, le preguntó:

—Cabra, ¿estás satisfecha?

A lo que respondió el animal:

«Tan harta me encuentro,
que otra hoja no me cabe dentro.
¡Beee, beee!»

—Entonces vámonos a casita —dijo el muchacho y, cogiéndola por la soga, la llevó al establo donde la dejó bien amarrada.

—¿Qué —preguntó el viejo sastre—, ha comido bien la cabra?

—¡Ya lo creo! —respondió el chico—. Tan harta está, que no le cabe ni una hoja más.

Pero el padre, queriendo cerciorarse, bajó al establo y acariciando al animalito, le preguntó:

—Cabrita, ¿estás ahíta?

A lo que replicó la cabra:

«¿Cómo voy a estar ahíta?
Sólo estuve en la zanjita

sin encontrar ni una hojita.
«¡Beee, beee!»

—¡Qué me dices! —exclamó el sastre y, volviendo arriba precipitadamente, puso a su hijo de vuelta y media—. ¡Embustero! Me dijiste que la cabra estaba harta, cuando le has hecho pasar hambre.

Y, encolerizado, midióle la espalda con la vara, y a palos lo echó de casa.

Al día siguiente le tocó al hijo segundo, el cual buscó un buen lugarcito en un rincón del huerto, lleno de jugosa hierba, donde la cabra se hinchó de comer dejándolo todo pelado. Al anochecer, a la hora de regresar le preguntó:

—Cabrita, ¿estás harta?

«Tan harta me encuentro,
que otra hoja no me cabe dentro.
¡Beee, beee!»

—¡Vámonos, pues! —dijo el muchacho y, llegados a casa, la ató al establo.

—¿Qué —dijo el viejo sastre—, ha comido bien la cabra?

—¡Ya lo creo! —respondió el chico—. Tan harta está, que no le cabe una hoja más.

Pero el sastre, no fiándose de las palabras del mozo, bajó al establo y preguntó:

—Cabrita, ¿estás ahíta?

Y contestó la cabra:

«¿Cómo voy a estar ahíta?
Sólo estuve en la zanjita
sin encontrar ni una hojita.
¡Beee, beee!»

—¡Truhán! ¡Desalmado! —exclamó el sastre—. ¡Mira que hacer pasar hambre a un animal tan manso!

Y, subiendo las escaleras de dos en dos, echó a palos al segundo hijo.

Tocóle luego el turno al tercero el cual, queriendo hacer bien las cosas, buscó un sitio de maleza espesa y frondosa y dejó la cabra pacer a sus anchas. Al atardecer, a la hora de volverse, preguntó:

—Cabrita, ¿estás ahíta?

A lo que respondió la cabra:

«Tan harta me encuentro,
que otra hoja no me cabe dentro.
¡Beee, beee!»

—¡Pues andando, a casa! —dijo el mocito y, conduciéndola al establo, la ató sólidamente.

—¿Qué —dijo el viejo sastre—, ha comido bien la cabra?

—¡Ya lo creo! —respondió el muchacho—. Tan harta está que no le cabe una hoja.

Pero el hombre, desconfiado, bajó a preguntar:

—Cabrita, ¿estás ahíta?

Y el bellaco animal respondió:

«¿Cómo voy a estar ahíta?
Sólo estuve en la zanjita
sin encontrar ni una hojita.
¡Beee, beee!»

—¡Pandilla de embusteros! —gritó el sastre—. ¡Tan mala pieza y tan desagradecido es el uno como los otros! ¡Lo que es de mí, no volveréis a burlaros!

Y, fuera de sí por la ira, subió y le dio al pequeño una paliza tal, que el pobre chico escapó de casa como alma que lleva el diablo.

Y el viejo sastre se quedó solo con su cabra.

A la mañana siguiente bajó al establo y, acariciándola, le dijo:

—Vamos, animalito mío, yo te llevaré a pacer.

Y, cogiéndola de la cuerda, condújola a unos setos verdes donde abundaba el llantén y otras hierbas muy del gusto de las cabras.

—Aquí podrás llenarte la tripa hasta reventar —le dijo, y la dejó pacer hasta la puesta del sol.

Entonces le preguntó:

—Cabrita, ¿estás ahíta?

Y ella respondió:

«Tan harta me encuentro,
que otra hoja no me cabe dentro.
¡Beee, beee!»

—Pues vámonos a casa —dijo el sastre y, llevándola al establo, la dejó bien sujeta.

Pero, al marcharse, volvióse aún para preguntarle:

—¿Has quedado ahíta esta vez?

La cabra, empero, repitió incorregible:

«¿Cómo voy a estar ahíta?
Sólo estuve en la zanjita
sin encontrar ni una hojita.
¡Beee, beee!»

Al oír esto, el sastre quedóse turulato, dándose entonces cuenta de que había echado de casa a sus tres hijos sin motivo.

—¡Aguarda un poco —vociferó—, ingrata criatura! Echarte poco. ¡Voy a señalarte de modo que jamás puedas volver a presentarte en casa de un sastre honrado!

Y, subiendo al piso alto, cogió su navaja de afeitar y, después de enjabonar la cabeza a la cabra, se la afeitó hasta dejársela lisa como la palma de la mano. Y pensando que la vara de medir sería un instrumento demasiado honroso, acudió al látigo y le propinó tal vapuleo que, no bien pudo soltarse, la bestia echó a correr como alma que lleva el diablo.

El sastre, ya completamente solo en su casa, sintió una gran tristeza. Echaba de menos a sus hijos; pero nadie sabía su paradero.

El mayor había entrado de aprendiz en casa de un ebanista, y trabajó con tanta aplicación y diligencia que, al terminar el aprendizaje y sonar la hora de irse por el mundo, su maestro le regaló una mesita, de aspecto ordinario y de madera común, pero que poseía una propiedad muy singular y ventajosa. Cuando la ponían en el suelo y le decían: «¡Mesita, cúbrete!», inmediatamente quedaba cubierta con un mantel blanco y limpio y, sobre él, un plato, cuchillo y tenedor; además, con tantas fuentes como en ella cabían, llenas de manjares cocidos y asados, y con un gran vaso de vino tinto, que alegraba el corazón.

El joven oficial pensó: «Con esto me basta para comer bien durante toda mi vida», y emprendió su camino, muy animado y contento, sin inquietarse jamás por si las posadas estaban o no bien provistas. Si así se le antojaba, quedábase en un descampado, en un bosque o en un prado, donde mejor le parecía, descolgábase la mesita de la espalda y, colocándola delante de sí,

decía: «¡Mesita, cúbrete!», y en un momento tenía a su alcance cuanto pudiera apetecer.

Al fin, pensó en volver a casa de su padre; seguramente se le habría aplacado la cólera, y lo acogería de buen grado al presentarle él la prodigiosa mesita. Y he aquí que una noche, de camino hacia su pueblo, entró en una posada que estaba llena de huéspedes. Lo recibieron muy bien y lo invitaron a cenar con ellos, diciéndole que de otro modo sería difícil que el posadero le sirviese de comer.

—No —respondió el ebanista—, no quiero privaros de vuestra escasa cena; antes, al contrario, soy yo quien os invita.

Los demás se echaron a reír, pensando que quería gastarles una broma; pero él instaló su mesita de madera en el centro de la sala, y dijo: «¡Mesita, cúbrete!», e inmediatamente quedó llena de manjares, tan apetitosos, que jamás el fondista hubiera sido capaz de prepararlos, y despidiendo un olorcillo capaz de deleitar el olfato más reacio.

—¡A servirse, amigos! —exclamó el ebanista.

Y los invitados, al ver que la cosa iba en serio, sin hacérselo repetir, acercáronse y, armados de sus respectivos cuchillos, arremetieron a las viandas. Lo que más les admiraba era que, en cuanto se vaciaba una fuente, inmediatamente era sustituida por otra igual y repleta.

El posadero lo contemplaba todo desde un rincón, sin saber qué decir, aunque para sus adentros pensaba: «¡Un cocinero así te haría buen servicio en la posada!».

El carpintero y sus invitados prolongaron su jolgorio hasta muy avanzada la noche hasta que, al fin, se fueron a dormir, y el joven artesano se retiró también, dejando la mesa prodigiosa contra la pared. Pero el

posadero seguía en sus cavilaciones, que no le dejaban un momento de reposo, hasta que recordó que tenía en el desván una mesita vieja muy parecida a la mágica y así, bonitamente, fue callandito a buscarla y la trocó por la otra.

A la mañana siguiente, el carpintero pagó el importe del hospedaje y, cargándose a cuestas la mesita sin reparar en que no era la auténtica, reemprendió su camino.

A mediodía llegó a casa de su padre, quien lo recibió con los brazos abiertos.

—Y bien, hijo, ¿qué has aprendido? —preguntóle.

—Padre, me hice ebanista.

—Buen oficio —respondió el viejo—. ¿Y qué has traído de tus andanzas por el mundo?

—Padre, lo mejor que traigo es esta mesita.

El sastre la miró por todos lados, y luego dijo:

—Pues no parece ninguna cosa del otro jueves; es una vulgar mesita, vieja y mala.

—Pero es una mesita encantada —replicó el hijo—. Cuando la coloco en el suelo y le mando que se cubra, inmediatamente se llena de unos manjares tan sabrosos, con el correspondiente vino, que el corazón salta de gozo. Invitad a todos los parientes y amigos, que vengan a sacar el vientre de penas; veréis cuán satisfechos los dejará la mesa.

Reunida que estuvo la concurrencia, el mozo instaló la mesa en la habitación y dijo: «Mesita, cúbrete!». Pero la mesa no hizo caso y quedó tan vacía como una vulgar mesa de las que no atienden a razones. Entonces se dio cuenta el pobre muchacho de que le habían cambiado la mesa, y sintióse avergonzado de tener que pasar por embustero.

Los parientes se rieron en su cara, regresando tan hambrientos y sedientos como habían venido. El padre acudió de nuevo a sus retazos y a sus agujas, y el hijo colocóse como oficial en casa de un maestro ebanista.

El segundo hijo había ido a parar a un molino, donde aprendió la profesión de molinero. Terminado su aprendizaje, díjole su amo:

—Como te has portado bien, te regalo un asno muy especial, que ni tira de carros ni soporta cargas.

—¿Para qué sirve entonces? —preguntó el joven oficial.

—Escupe oro —respondióle el maestro—. No tienes más que extender un lienzo en el suelo y decir: «¡Briclebrit!». Y el animal empezará a echar piezas de oro por delante y por detrás.

—¡He aquí un animal maravilloso! —exclamó el joven.

Y, dando las gracias al molinero, se marchó a correr mundo. Cuando necesitaba dinero no tenía más que decir a su asno: «¡Briclebrit!», y en seguida llovían las monedas de oro, sin que él tuviese otra molestia que la de recogerlas del suelo. Dondequiera que fuese no se daba por satisfecho sino con lo mejor. ¡Qué importaba el precio, si tenía siempre el bolso lleno!

Cuando ya estuvo cansado de ver mundo, pensó: «Debo volver a casa de mi padre; cuando me presente con el asno de oro, se le pasará el enfado y me recibirá bien».

Sucedió que fue a parar a la misma hospedería donde su hermano había perdido la mesita encantada. Conducía él mismo el asno del cabestro; el posadero quiso cogerlo para ir a atarlo, pero no lo consintió el joven.

—No os molestéis, yo mismo llevaré mi rucio al establo y lo ataré, pues quiero saber dónde lo tengo.

Al posadero parecióle aquello algo raro, y pensó que un individuo que se cuidaba personalmente de su asno no sería un cliente muy rumboso; pero cuando vio que el forastero metía mano en el bolsillo y, sacando dos monedas de oro, le encaraba que le preparase lo mejor que hubiera, el hombre abrió unos ojos como naranjas y se apresuró a complacerlo.

Después de comer, al preguntar el joven cuánto debía, creyó el hostelero que podía cargar la mano y pidióle dos monedas más de oro. El viajero rebuscó en el bolsillo, pero estaba vacío.

—Aguardad un momento, señor fondista —dijo—, voy a buscar oro.

Y salió, llevándose el mantel. El otro, intrigado y curioso, escurrióse tras él, y como el forastero se encerrara en el establo y echara el cerrojo, miró por un agujero.

El forastero extendió el paño debajo del asno y exclamó: «¡Briclebrit!», e inmediatamente el animal se puso a soltar monedas de oro por delante y por detrás, que no parecía sino que lloviesen.

—¡Caramba! —dijo el posadero—. ¡Pronto se acuñan así los ducados! ¡No está mal un bolso como éste!

El huésped pagó la cuenta y se retiró a dormir, mientras el posadero bajaba al establo sigilosamente y se llevaba el asno monedero, para sustituirlo por otro.

A la madrugada siguiente partió el mozo con el jumento, creyendo que era el «del oro». Al llegar, a mediodía, a casa de su padre, recibiólo éste con gran alegría.

—¿Qué ha sido de ti, hijo mío?

—Pues que soy molinero, padre —respondió el muchacho.

—¿Y qué traes de tus andanzas por el mundo?

—Nada más que un asno.

—Asnos no faltan aquí; mejor hubiera sido una cabra —replicó el padre.

—Sí —observó el hijo—, pero es que mi asno no es como los demás, sino un «asno de oro»; basta con decirle: «¡Briclebrit!», y en seguida os suelta todo un talego de monedas de oro. Llamad a los parientes, voy a hacerlos ricos a todos.

—Esto ya me gusta más —dijo el sastre—; así no necesitaré seguir dándole a la aguja.

Y apresuróse a ir en busca de los parientes.

En cuanto se hallaron todos reunidos, el molinero los dispuso en círculo y, extendiendo un lienzo en el suelo, fue a buscar el asno.

—Ahora, atención —dijo primero.

Y luego: «¡Briclebrit!», pero lo que cayeron no eran precisamente ducados, con lo que quedó demostrado que el animal no sabía ni pizca en acuñar monedas, arte que no todos los asnos dominan.

El pobre molinero puso una cara de tres palmos; comprendió que le habían engañado y pidió perdón a los parientes, los cuales hubieron de marcharse tan pobres como habían venido. Al viejo no le quedó otro remedio que seguir manejando la aguja, y el muchacho se colocó de mozo en un molino.

El tercer hermano había entrado de aprendiz en el taller de un tornero y, como es oficio difícil, el aprendizaje fue mucho más largo. Sus hermanos le

dieron cuenta, en una carta, de lo que les había sucedido y de cómo el posadero les había robado sus mágicos tesoros la víspera de su llegada a casa.

Cuando el muchacho hubo aprendido el oficio el maestro, en recompensa por su buen comportamiento, le regaló un saco diciéndole:

—Ahí dentro hay una estaca.

—El saco puedo colgármelo al hombro y me servirá —dijo el mozo— pero ¿qué voy a hacer con el bastón? No es sino un peso más.

—Voy a explicártelo —respondióle el maestro—. Si alguien te maltrata o te busca camorra, no tienes más que decir: «¡Bastón, fuera del saco!». Y en seguida lo verás saltar y brincar sobre las espaldas de la gente, con tanto vigor y entusiasmo, que en ocho días no podrán moverse. Y no cesará el vapuleo hasta que le grites: «¡Bastón, al saco!».

Diole las gracias el joven y se marchó con el saco al hombro; y cada vez que alguien le buscaba el cuerpo, con decir él: «¡Bastón, fuera del saco!», ya estaba éste danzando y cascando las liendres al ofensor o a los ofensores, y no paraba hasta que no les quedaba casaca o jubón en la espalda, y con tal ligereza, que pasaba de uno a otro sin darles tiempo de apercibirse.

Un anochecer, el joven tornero entró en la hospedería donde sus hermanos habían sido víctimas del consabido engaño. Dejando el saco sobre la mesa, el joven se puso a explicar todas las maravillas que había visto en sus correrías.

—Sí —dijo—, ya sé que hay mesas encantadas, asnos de oro y otras cosas por el estilo, muy buenas todas ellas y que me guardaré muy bien de despreciar, pero nada son en comparación con el tesoro que yo me gané y que llevo en el saco.

El hostelero aguzó el oído. «¿Qué diablos podrá ser?», pensó. «De seguro que el saco estará lleno de piedras preciosas, tendré que pensar en la manera de hacerme con él, pues las cosas buenas van siempre de tres en tres».

Cuando le vino el sueño, el forastero se tendió sobre el banco, poniéndose el saco por almohada. El mesonero, en cuanto lo creyó dormido, se le acercó con sigilo y se puso a tirar cauta y suavemente del saco, con la idea de sacarlo y sustituirlo por otro. Pero aquello era lo que estaba esperando el tornero, y cuando el fondista tiró un poco más fuerte, gritó: «¡Bastón, fuera del saco!».

Inmediatamente salió la estaca y se puso a medir las costillas al posadero con tanto vigor que daba gusto verlo. El hombre pedía compasión, pero cuanto más gritaba, más recios y frecuentes caían los palos hasta que, al fin, dieron con él en tierra, extenuado.

Dijo entonces el tornero:

—Si no me entregas ahora la mesita mágica y el asno de oro, empezaremos de nuevo la danza.

—¡En seguida, en seguida! —exclamó el posadero con voz débil—; todo os lo daré, con tal de que encerréis este duende.

—Me portaré con clemencia —dijo el joven—; pero que te sirva de lección.

Y gritando: «¡Bastón, al saco!», lo dejó en paz.

El tornero se marchó a la mañana siguiente, en posesión de la mesita encantada y del asno de oro, y tomó la ruta de la casa paterna. Alegróse el sastre al verlo, y le preguntó qué había aprendido por el mundo.

—Padre —respondióle el muchacho—, he aprendido el oficio de tornero.

—Un oficio de mucho ingenio —declaró el padre—. Pero ¿qué traes de tus andanzas?

—Algo de gran valor, padre —respondió el mozo—; una estaca en un saco.

—¡Qué! —exclamó el viejo—. ¡Una estaca! ¡Pues sí que valía la pena! Aquí puedes cortar una en cada árbol.

—Pero no como ésta, padre. Si le digo: «¡Bastón, fuera del saco!», salta de él y arma con el malintencionado una danza tal, que lo pone como nuevo, y no cesa hasta que el otro pide misericordia. Mirad, con esta estaca he recuperado la mesa encantada y el asno de oro que aquel ladrón de posadero robó a mis hermanos. Llamadlos a los dos e invitad a todos los parientes; les daré de comer y beber y les llenaré los bolsillos de ducados.

El viejo sastre convocó a los parientes, aunque no sentía gran confianza. Entonces, el tornero tendió una tela en el suelo de la habitación y, trayendo el asno de oro, dijo a su hermano segundo:

—Anda, hermano, entiéndete con él.

Dijo el molinero: «¡Briclebrit!», e inmediatamente empezó a caer un verdadero chaparrón de ducados, y el asno no cesó de soltarlos hasta que

todos hubieron recogido tantos que ya no podían con ellos. (¡Ah, pillín, lo que te habría gustado estar allí!).

Después, el tornero instaló la mesa y dijo al carpintero:

—Hermano, ahora es tu turno.

Y no bien dijo el otro hermano: «¡Mesita, cúbrete!», cuando ésta viose llena de fuentes y platos magníficos. Celebraron entonces un banquete tal como el buen sastre jamás viera en su casa, y toda la parentela permaneció reunida hasta la noche, en plena fiesta y regocijo.

El sastre guardó en un armario agujas e hilos, varas y planchas, y vivió en adelante en compañía de sus hijos en paz y felicidad.

Pero, a todo esto, ¿qué se había hecho de la cabra que tuvo la culpa de que el sastre expulsara de casa a sus tres hijos? Pues voy a contároslo.

Avergonzada de su afeitada cabeza, fue a ocultarse en la madriguera de una zorra. Al regresar ésta a su casa vio que desde la oscuridad del cubil la miraban dos grandes ojos centelleantes, y huyó la mar de asustada.

Se topó con ella el oso que, al verla tan azorada, le preguntó:

—¿Qué te pasa, hermana zorra, que pones esta cara de susto?

—¡Ay! —respondió la zorra—, en mi madriguera se ha metido un monstruo y me ha asustado con sus ojos como ascuas.

—¡Bah!, pronto lo echaremos —dijo el oso.

Y acompañó a la zorra hasta su guarida; al llegar, miró al interior; pero al ver aquellos ojos de fuego, entróle a su vez el miedo y, no queriendo habérselas con el fiero animal, puso pies en polvorosa.

Topóse con la abeja la cual, observando que no las tenía todas consigo, dijo:

—Oso, pareces cariacontecido. ¿Dónde has dejado tu buen humor?

—Es muy fácil hablar —replicó el oso—. El caso es que en la cueva de la pelirroja hay un animal feroz, de ojos de fuego, y no sabemos cómo

echarlo.

Dijo la abeja:

—Me das lástima, oso. Yo soy un pobre ser débil al que ni consideráis digno de vuestras miradas y, sin embargo, creo que podré ayudaros.

Y, volando a la madriguera de la zorra, posóse en la cabeza pelada de la cabra, y le clavó el aguijón con tanta furia, que ésta salió de un brinco, gritando: «¡beee, beee!», y echando a correr como loca. Y ésta es la hora en que nadie ha oído hablar más de ella.

Verdezuela

HABÍA una vez un hombre y una mujer que vivían solos y desconsolados por no tener hijos; hasta que, por fin, la mujer concibió la esperanza de que Dios Nuestro Señor se disponía a satisfacer su anhelo.

La casa en que vivían tenía en la pared trasera una ventanita que daba a un magnífico jardín, en el que crecían espléndidas flores y plantas; pero estaba rodeado de un alto muro y nadie osaba entrar en él, ya que pertenecía a una bruja muy poderosa y temida de todo el mundo.

Un día asomóse la mujer a aquella ventana a contemplar el jardín, y vio un bancal plantado de hermosísimas verdezuelas, tan frescas y verdes, que despertaron en ella un violento antojo de comerlas.

El antojo fue en aumento cada día que pasaba, y como la mujer lo creía irrealizable, iba perdiendo la color y desmirriándose a ojos vistas. Viéndola tan desmejorada, le preguntó asustado su marido:

—¿Qué te ocurre, mujer?

—¡Ay! —exclamó ella—, me moriré si no puedo comer las verdezuelas del jardín que hay detrás de nuestra casa.

El hombre, que quería mucho a su esposa, pensó: «Antes que dejarla morir conseguiré las verdezuelas, cueste lo que cueste». Y, al anochecer, saltó el muro del jardín de la bruja, arrancó precipitadamente un puñado de verdezuelas y las llevó a su mujer.

Ésta se preparó en seguida una ensalada y se la comió muy a gusto; y tanto le gustaron que, al día siguiente, su afán era tres veces más intenso. Si quería gozar de paz, el marido debía saltar nuevamente al jardín.

Y así lo hizo, al anochecer. Pero apenas había puesto los pies en el suelo, tuvo un terrible sobresalto, pues vio surgir ante sí la bruja.

—¿Cómo te atreves —díjole ésta con mirada iracunda— a entrar cual un ladrón en mi jardín y robarme las verdezuelas? Lo pagarás muy caro.

—¡Ay! —respondió el hombre—, tened compasión de mí. Si lo he hecho, ha sido por una gran necesidad; mi esposa vio desde la ventana vuestras verdezuelas y sintió un antojo tan grande de comerlas, que si no las tuviera se moriría.

La hechicera se dejó ablandar y le dijo:

—Si es como dices, te dejaré coger cuantas verdezuelas quieras, con una sola condición: tienes que darme el hijo que os nazca. Estará bien y lo cuidaré como una madre.

Tan apurado estaba el hombre, que se avino a todo y, cuando nació el hijo, que era una niña, presentóse la bruja y, después de ponerle el nombre de Verdezuela, se la llevó.

Verdezuela era la niña más hermosa que viera el sol. Cuando cumplió los doce años, la hechicera la encerró en una torre que se alzaba en medio de un bosque y no tenía puertas ni escaleras; únicamente en lo alto había una diminuta ventana.

Cuando la bruja quería entrar, colocábase al pie y gritaba:

«¡Verdezuela, Verdezuela,
suéltame tu cabellera!»

Verdezuela tenía un cabello magnífico y larguísimo, fino como hebras de oro. Cuando oía la voz de la hechicera se soltaba las trenzas, las envolvía en torno a un gancho de la ventana y las dejaba colgantes; y como tenían veinte varas de longitud, la bruja trepaba por ellas.

Al cabo de algunos años, sucedió que el hijo del Rey, encontrándose en el bosque, acertó a pasar junto a la torre y oyó un canto tan melodioso, que hubo de detenerse a escucharlo. Era Verdezuela, que entretenía su soledad lanzando al aire su dulcísima voz.

El príncipe quiso subir hasta ella y buscó la puerta de la torre; pero, no encontrando ninguna, se volvió a palacio. No obstante, aquel canto lo había arrobado de tal modo, que todos los días iba al bosque a escucharlo.

Hallándose una vez oculto detrás de un árbol, vio que se acercaba la hechicera, y la oyó que gritaba dirigiéndose a lo alto:

«¡Verdezuela, Verdezuela,
suéltame tu cabellera!»

Verdezuela soltó sus trenzas, y la bruja se encaramó a lo alto de la torre.

—Si ésta es la escalera para subir hasta allí —se dijo el príncipe—, también yo probaré fortuna.

Y al día siguiente, cuando ya comenzaba a oscurecer, encaminóse al pie de la torre y dijo:

«¡Verdezuela, Verdezuela,
suéltame tu cabellera!»

En seguida descendió la trenza, y el príncipe subió.

En el primer momento, Verdezuela se asustó mucho al ver un hombre, pues jamás sus ojos habían visto ninguno. Pero el príncipe le dirigió la palabra con gran afabilidad y le explicó que su canto había impresionado de tal manera su corazón, que ya no había gozado de un momento de paz hasta hallar la manera de subir a verla.

Al escucharlo perdió Verdezuela el miedo, y raudo él le preguntó si lo quería por esposo; viendo la muchacha que era joven y apuesto, pensó: «Me querrá más que la vieja», y le respondió, poniendo la mano en la suya:

—Sí; mucho deseo irme contigo; pero no sé cómo bajar de aquí. Cada vez que vengas, tráete una madeja de seda; con ellas trenzaré una escalera y, cuando esté terminada, bajaré y tú me llevarás en tu caballo.

Convinieron en que hasta entonces el príncipe acudiría todas las noches, ya que de día iba la vieja.

La hechicera nada sospechaba, hasta que un día Verdezuela le preguntó:

—Decidme, tía Gothel, ¿cómo es que me cuesta mucho más subiros a vos que al príncipe, que está arriba en un santiamén?

—¡Ah, malvada! —exclamó la bruja—, ¿qué es lo que oigo? Pensé que te había aislado de todo el mundo y, sin embargo, me has engañado.

Y, furiosa, cogió las hermosas trenzas de Verdezuela, les dio unas vueltas alrededor de su mano izquierda y, empuñando unas tijeras con la derecha, zis, zas, en un abrir y cerrar de ojos se las cortó, y tiró al suelo la espléndida cabellera. Y fue tan despiadada, que condujo a la pobre Verdezuela a un lugar desierto, condenándola a una vida de desolación y miseria.

El mismo día en que se había llevado a la muchacha, la bruja ató las trenzas cortadas al gancho de la ventana, y cuando se presentó el príncipe y dijo:

«¡Verdezuela, Verdezuela,
suéltame tu cabellera!»

La bruja las soltó, y por ellas subió el hijo del Rey. Pero en vez de encontrar a su adorada Verdezuela hallóse cara a cara con la hechicera, que lo miraba con ojos malignos y perversos:

—¡Ajá! —exclamó en tono de burla—, querías llevarte a la niña bonita; pero el pajarillo ya no está en el nido ni volverá a cantar. El gato lo ha cazado, y también a ti te sacará los ojos. Verdezuela está perdida para ti; jamás volverás a verla.

El príncipe, fuera de sí de dolor y desesperación, se arrojó desde lo alto de la torre. Salvó la vida, pero los espinos sobre los que fue a caer se le clavaron en los ojos, y el infeliz hubo de vagar errante por el bosque, ciego, alimentándose de raíces y bayas, y llorando sin cesar la pérdida de su amada mujercita.

Y así anduvo sin rumbo por espacio de varios años, mísero y triste hasta que, al fin, llegó al desierto en que vivía Verdezuela con los dos hijitos gemelos, un niño y una niña, a los que había dado a luz.

Oyó el príncipe una voz que le pareció conocida y, al acercarse, reconociólo Verdezuela y se le echó al cuello llorando. Dos de sus lágrimas le humedecieron los ojos, y en el mismo momento se le aclararon, volviendo a ver como antes.

Llevóla a su reino, donde fue recibido con gran alegría, y vivieron muchos años contentos y felices.

Pulgarcito

ERASE un pobre campesino que estaba una noche junto al hogar atizando el fuego, mientras su mujer hilaba sentada a su lado.

Dijo el hombre:

—¡Qué triste es no tener hijos! ¡Qué silencio en esta casa, mientras en las otras todo es ruido y alegría!

—Sí —respondió la mujer, suspirando—. Aunque fuese uno sólo, y aunque fuese pequeño como el pulgar, me daría por satisfecha. Lo querríamos más que nuestra vida.

Sucedió que la mujer sintióse indispuesta, y al cabo de siete meses trajo al mundo un niño que, si bien perfectamente conformado en todos sus miembros, no era más largo que un dedo pulgar. Y dijeron los padres:

—Es tal como lo habíamos deseado, y lo querremos con toda el alma.

En consideración a su tamaño, le pusieron por nombre Pulgarcito. Lo alimentaban tan bien como podían, pero el niño no crecía, sino que seguía tan pequeño como al principio. De todos modos, su mirada era avispada y vivaracha, y pronto mostró ser listo como el que más, y muy capaz de salirse con la suya en cualquier cosa que emprendiera.

Un día en que el leñador se disponía a ir al bosque a buscar leña, dijo para sí hablando a media voz: «¡Si tuviese a alguien para llevarme el carro!».

—¡Padre! —exclamó Pulgarcito—, yo te llevaré el carro, puedes estar tranquilo; a la hora debida estará en el bosque.

Echóse el hombre a reír, diciendo:

—¿Cómo te las compondrás? ¿No ves que eres demasiado pequeño para manejar las riendas?

—No importa, padre. Sólo con que madre enganche, yo me instalaré en la oreja del caballo y lo conduciré adonde tú quieras.

«Bueno —pensó el hombre—, no se perderá nada con probarlo».

Cuando sonó la hora convenida, la madre enganchó el caballo y puso a Pulgarcito en su oreja; y así iba el pequeño dando órdenes al animal: «¡Arre! ¡Soo! ¡Tras!».

Todo marchó a pedir de boca, como si el pequeño hubiese sido un carretero consumado, y el carro tomó el camino del bosque. Pero he aquí que cuando, al doblar la esquina, el rapazuelo gritó: «¡Arre, arre!», acertaban a pasar dos forasteros.

—¡Toma! —exclamó uno—, ¿qué es esto? Ahí va un carro, el carretero le grita al caballo y, sin embargo, no se le ve por ninguna parte.

—¡Aquí hay algún misterio! —asintió el otro—. Sigamos el carro y veamos adónde va.

Pero el carro entró en el bosque, dirigiéndose en línea recta al sitio en que el padre estaba cortando leña. Al verlo, Pulgarcito gritóle:

—¡Padre, aquí estoy con el carro, bájame a tierra!

El hombre sujetó el caballo con la mano izquierda, mientras con la derecha sacaba de la oreja del rocín a su hijito, el cual se sentó sobre una brizna de hierba.

Al ver los dos forasteros a Pulgarcito quedáronse mudos de asombro hasta que, al fin, llevando uno aparte al otro, le dijo:

—Oye, esta menudencia podría hacer nuestra fortuna si lo exhibiésemos de ciudad en ciudad. Comprémoslo —y, dirigiéndose al leñador, dijéronle—. Vendednos este hombrecillo, lo pasará bien con nosotros.

—No —respondió el padre—, es la niña de mis ojos, y no lo daría por todo el oro del mundo.

Pero Pulgarcito, que había oído la proposición, agarrándose a un pliegue de los calzones de su padre, se encaramó hasta su hombro y le murmuró al oído:

—Padre, dejadme que vaya; ya volveré.

Entonces el leñador lo cedió a los hombres por una bonita pieza de oro.

—¿Dónde quieres sentarte? —le preguntaron.

—Ponedme en el ala de vuestro sombrero; podré pasearme por ella y contemplar el paisaje; ya tendré cuidado de no caerme.

Hicieron ellos lo que les pedía y, una vez Pulgarcito se hubo despedido de su padre, los forasteros partieron con él y anduvieron hasta el anochecer.

Entonces dijo el pequeño:

—Dejadme bajar, lo necesito.

—¡Bah!, no te muevas —le replicó el hombre en cuyo sombrero viajaba el enanillo—. No voy a enfadarme; también los pajaritos sueltan algo de vez en cuando.

—No, no —protestó Pulgarcito—, yo soy un chico bien educado; bajadme, ¡de prisa!

El hombre se quitó el sombrero y depositó al pequeñuelo en un campo que se extendía al borde del camino. Pegó él unos brincos entre unos terruños y, de pronto, escabullóse en una gazapera que había estado buscando.

—¡Buenas noches, señores, podéis seguir sin mí! —les gritó desde su refugio, en tono de burla.

Acudieron ellos al agujero y estuvieron hurgando en él con palos, pero en vano; Pulgarcito se metía cada vez más adentro; y como la noche no tardó en cerrar, hubieron de reemprender su camino enfurruñados y con las bolsas vacías.

Cuando Pulgarcito estuvo seguro de que se habían marchado, salió de su escondrijo. «Eso de andar por el campo a oscuras es peligroso —díjose —; al menor descuido te rompes la crisma». Por fortuna dio con una concha de caracol vacía; «¡Loado sea Dios! —exclamó—. Aquí puedo pasar la noche seguro». Y se metió en ella.

Al poco rato, a punto ya de dormirse, oyó que pasaban dos hombres y que uno de ellos decía.

—¿Cómo nos las compondremos para hacernos con el dinero, la plata del cura?

—Yo puedo decírtelo —gritó Pulgarcito.

—¿Qué es esto? —preguntó, asustado, uno de los ladrones—, he oído hablar a alguien.

Paráronse los dos a escuchar, y Pulgarcito prosiguió:

—Llevadme con vosotros, yo os ayudaré.

—¿Dónde estás?

—Buscad por el suelo, fijaos de dónde viene la voz —respondió.

Al fin lo descubrieron los ladrones y lo levantaron en el aire:

—¡Infeliz microbio! ¿Tú pretendes ayudarnos?

—Mirad —respondió él—. Me meteré entre los barrotes de la reja, en el cuarto del cura, y os pasaré todo lo que queráis llevaros.

—Está bien —dijeron los ladrones—. Veremos cómo te portas.

Al llegar a la casa del cura, Pulgarcito se deslizó en el interior del cuarto y, ya dentro, gritó con todas sus fuerzas:

—¿Queréis llevaros todo lo que hay aquí?

Los rateros, asustados, dijeron:

—¡Habla bajito, no vayas a despertar a alguien!

Mas Pulgarcito, como si no les hubiese oído, repitió a grito pelado:

—¿Qué queréis? ¿Vais a llevaros todo lo que hay?

Oyóle la cocinera, que dormía en una habitación contigua e, incorporándose en la cama, púsose a escuchar.

Los ladrones, asustados, habían echado a correr; pero al cabo de un trecho recobraron ánimos, y pensando que aquel diablillo sólo quería gastarles una broma, retrocedieron y le dijeron:

—Vamos, no juegues y pásanos algo.

Entonces Pulgarcito se puso a gritar por tercera vez con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Os lo daré todo en seguida; sólo tenéis que alargar las manos!

La criada, que seguía al acecho, oyó con toda claridad sus palabras y, saltando de la cama, precipitóse a la puerta, ante lo cual los ladrones tomaron las de Villadiego como alma que lleva el diablo.

La criada, al no ver nada sospechoso, salió a encender una vela, y Pulgarcito se aprovechó de su momentánea ausencia para irse al pajar sin ser visto por nadie. La doméstica, después de explorar todos los rincones, volvióse a la cama convencida de que había estado soñando despierta.

Pulgarcito trepó por los tallitos de heno y acabó por encontrar un lugar a propósito para dormir. Deseaba descansar hasta que amaneciese, y encaminarse luego a la casa de sus padres. Pero aún le quedaban por pasar

muchas otras aventuras. ¡Nunca se acaban las penas y tribulaciones en este bajo mundo!

Al rayar el alba, la criada saltó de la cama para ir a dar el pienso al ganado. Entró primero en el pajar y cogió un brazado de hierba, precisamente aquella en que el pobre Pulgarcito estaba durmiendo. Y es el caso que su sueño era tan profundo, que no se dio cuenta de nada ni se despertó hasta hallarse ya en la boca de la vaca, que lo había arrebañado junto con la hierba.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. ¿Cómo habré ido a parar a este molino?

Pero pronto comprendió dónde se había metido. Era cosa de prestar atención para no meterse entre los dientes y quedar reducido a papilla. Luego hubo de deslizarse con la hierba hasta el estómago.

—En este cuartito se han olvidado de las ventanas —dijo—. Aquí el sol no entra, ni encienden una lucecita siquiera.

El aposento no le gustaba ni pizca, y lo peor era que, como cada vez entraba más heno por la puerta, el espacio se reducía continuamente. Al fin, asustado de veras, púsose a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Basta de forraje, basta de forraje!

La criada, que estaba ordeñando la vaca, al oír hablar sin ver a nadie y observando que era la misma voz de la noche pasada, espantóse tanto que cayó de su taburete y vertió toda la leche.

Corrió hacia el señor cura y le dijo alborotada:

—¡Santo Dios, Señor párroco, la vaca ha hablado!

—¿Estás loca? —respondió el cura; pero, con todo, bajó al establo a ver qué ocurría.

Apenas puesto el pie en él, Pulgarcito volvió a gritar:

—¡Basta de forraje, basta de forraje!

Pasmóse el cura a su vez, pensando que algún mal espíritu se había introducido en la vaca, y dio orden de que la mataran. Así lo hicieron; pero el estómago, en el que se hallaba encerrado Pulgarcito, fue arrojado al estercolero.

Allí trató el pequeñín de abrirse paso hacia el exterior y, aunque le costó mucho, por fin pudo llegar a la entrada. Ya iba a asomar la cabeza cuando le

sobrevino una nueva desgracia, en forma de un lobo hambriento, que se tragó el estómago de un bocado. Pulgarcito no se desanimó. «Tal vez pueda entenderme con el lobo», pensó; y, desde su panza, le dijo;

—Amigo lobo, sé de un lugar donde podrás comer a gusto.

—¿Dónde está? —preguntó el lobo.

—En tal y tal casa. Tendrás que entrar por la alcantarilla y encontrarás bollos, tocino y embutidos para darte un hartazgo.

Y le dio las señas de la casa de sus padres.

El lobo no se lo hizo repetir; escurrióse por la alcantarilla y, entrando en la despensa, se hinchó hasta el gollete.

Ya harto, quiso marcharse; pero se había llenado de tal modo, que no podía salir por el mismo camino. Con esto había contado Pulgarcito el cual, dentro del vientre del lobo, se puso a gritar y alborotar con todo el vigor de sus pulmones.

—¡Cállate! —le decía el lobo—. Vas a despertar a la gente de la casa.

—¡Y qué! —replicó el pequeñuelo—. Tú bien te has atiborrado; ahora me toca a mí divertirme.

Y reanudó el griterío.

Despertáronse, por fin, su padre y su madre y corrieron a la despensa, mirando al interior por una rendija. Al ver que dentro había un lobo, volviéronse a buscar el hombre un hacha y la mujer una hoz.

—Quédate tú detrás —dijo el hombre al entrar en el cuarto—. Yo le pegaré un hachazo, y si no lo mato, entonces le abres tú la barriga con la hoz.

Oyó Pulgarcito la voz de su padre y gritó:

—Padre mío, estoy aquí, en la panza del lobo.

Y exclamó entonces el hombre gozoso:

—¡Loado sea Dios, ha aparecido nuestro hijo!

Y mandó a su mujer que dejase la hoz, para no herir a Pulgarcito. Levantando el brazo, asestó un golpe tal en la cabeza de la fiera, que ésta se desplomó muerta en el acto.

Subieron entonces a buscar cuchillo y tijeras y, abriendo la barriga del animal, sacaron de ella a su hijito.

—¡Ay! —exclamó el padre—. ¡Cuánta angustia nos has hecho pasar!

—Sí, padre, he corrido mucho mundo; a Dios gracias vuelvo a respirar el aire puro.

—¿Y dónde estuviste?

—¡Ay, padre! Estuve en una gazapera, en el estómago de una vaca y en la panza de un lobo. Pero desde hoy me quedaré con vosotros.

—Y no volveremos a venderte por todos los tesoros del mundo —dijeron los padres, acariciando y besando a su querido Pulgarcito.

Diéronle de comer y de beber y le encargaron vestidos nuevos, pues los que llevaba se habían estropeado durante sus correrías.

La boda de dama Raposa

Cuento primero

DRASE una vez un viejo zorro de nueve colas que, creyendo que su esposa le era infiel, quiso probarla. Tendióse debajo del banco y se quedó rígido, sin menear ningún miembro, como si hubiese muerto. Dama Zorra se encerró en su aposento y su criada, ama Gata, se instaló en su cocina a guisar.

Al correr la voz de que el viejo zorro había estirado la pata, empezaron a acudir pretendientes. Oyó la doncella que alguien llamaba a la puerta de la calle; salió a abrir y se encontró frente a frente con un zorro joven que le dijo:

«Dama Gata, ¿en qué pensáis?
¿Dormís o acaso veláis?»

Y respondió la gata:

«Velando estoy, no durmiendo.
¿Queréis saber qué estoy haciendo?
Pues buena cerveza, con manteca al lado.
¿No desea el señor ser mi invitado?»

—Muchas gracias, doncella —replicó el zorro—. ¿Y qué hace dama Raposa?

Y respondió la gata:

«Está en su aposento,
toda hecha un lamento.
Triste tiene el rostro, triste y lloroso
porque se ha muerto su querido esposo».

—Decidle, doncella, que hay aquí un zorro joven que quisiera hacerle la corte.

—Bien, mi joven señor.

«Y subió la Gata, trip-trap.
Y llamó a la puerta, clip-clap.
—Señora Raposa, ¿estáis ahí?
—Sí, Gatita, cierto que sí.
—Hay un pretendiente que os solicita.
—¿Es guapo o es feo? Dímelo, Gatita.
¿Tiene también nueve hermosas colas pinceladas,
como el señor Zorro, que en gloria esté?»

—¡Oh, no! —respondió la gata—, tiene sólo una.

—Entonces no lo quiero.

Volvióse la gata a la puerta y despidió al pretendiente.

No tardaron en volver a llamar; era otro galán, que venía a solicitar a dama Raposa. Tenía éste dos colas, pero no logró más éxito que el primero. Y así fueron acudiendo otros, cada cual con una cola más que el anterior, y todos fueron despedidos, hasta que llegó, finalmente, uno que poseía nueve rabos, como el viejo señor Zorro.

Al saberlo la viuda, dijo alegre a su doncella:

«¡Ábreme las puertas de par en par,
y el viejo zorro me vas a echar».

Pero en cuanto se iba a celebrar la boda, saliendo el zorro viejo de debajo del banco, propinó un buen vapuleo a toda aquella chusma y los arrojó a la calle junto con dama Raposa.

Cuento segundo

HABIENDO muerto el viejo señor Zorro, presentóse el Lobo en calidad de pretendiente. Llamó a la puerta y la Gata, doncella de dama Raposa, acudió a abrir.

Saludóla el Lobo y le dijo:

«Buenos días, señora Gatita.
¿Cómo estáis aquí tan solita?
¿Qué guisáis que tan bueno parece?»

Respondió la Gata:

«Sopitas de leche para merendar;
si os apetecen, os podéis quedar».

—Muchas gracias, señora Gata —respondió el Lobo—. ¿Está en casa dama Raposa?

Dijo la Gata:

«Está en su aposento,
hecha toda un lamento.
Triste tiene el rostro, triste y lloroso,
porque se ha muerto su querido esposo».

Replicó el Lobo:

«Si quiere volverse a casar,
no tiene más que bajar».

«La gata se sube al piso alto,
tres escalones de un salto,
llega a la puerta cerrada
y llama con la uña afilada.

—¿Estáis ahí, dama Raposa?
Si os queréis volver a casar,
no tenéis más que bajar».

Preguntó dama Raposa:

—¿Lleva el señor calzoncitos rojos y tiene el hocico puntiagudo?

—No —respondió la Gata.

—Entonces no me sirve.

Despedido el Lobo vino un perro, y luego, sucesivamente, un ciervo, una liebre, un oso, un león y todos los demás animales de la selva. Pero siempre carecían de alguna de las cualidades del viejo señor Zorro, y la Gata hubo de ir despachándolos uno tras otro.

Finalmente, se presentó un zorro joven, y a la pregunta de dama Raposa: «¿Lleva calzoncitos rojos y tiene el hocico puntiagudo?», «Sí —respondió la Gata—, sí que tiene todo eso».

—En tal caso, que suba —exclamó dama Raposa, y dio orden a la criada para que preparase la fiesta de la boda.

«Gata, barre el aposento
y echa por la ventana al zorro que está dentro.
Buenos y gordos ratones se traía,
pero él solo se los comía
y para mí nada había».

Celebróse la boda con el joven señor Zorro, y hubo baile y jolgorio, y si no han terminado es que siguen todavía.

Los duendecillos

Cuento primero

UN zapatero se había empobrecido de tal modo, y no por culpa suya, que al fin no le quedaba ya más cuero que para un solo par de zapatos. Cortólos una noche, con propósito de coserlos y terminarlos al día siguiente; y como tenía tranquila la conciencia, acostóse plácidamente y, después de encomendarse a Dios, quedó dormido.

A la mañana, rezadas ya sus oraciones y cuando iba a ponerse a trabajar, he aquí que encontró sobre la mesa los dos zapatos ya terminados. Pasmóse el hombre, sin saber qué decir ni qué pensar. Cogió los zapatos y los examinó bien de todos lados. Estaban confeccionados con tal pulcritud, que ni una puntada podía reprocharse; una verdadera obra maestra.

A poco entró un comprador, y tanto le gustó el par, que pagó por él más de lo acostumbrado, con lo que el zapatero pudo comprarse cuero para dos pares.

Los cortó al anochecer, dispuesto a trabajar en ellos al día siguiente; pero no le fue preciso pues, al levantarse, allí estaban terminados, y no faltaron tampoco parroquianos que le dieron por ellos el dinero suficiente con que comprar cuero para cuatro pares.

A la mañana siguiente otra vez estaban listos los cuatro pares y ya, en adelante, lo que dejaba cortado al irse a dormir, lo encontraba cosido al levantarse, con lo que pronto el hombre tuvo su buena renta y, finalmente, pudo considerarse casi rico.

Pero una noche, poco antes de Navidad, el zapatero, que ya había cortado los pares para el día siguiente, antes de ir a dormir dijo a su mujer:

—¿Qué te parece si esta noche nos quedásemos para averiguar quién es que nos ayuda de este modo?

A la mujer parecióle bien la idea; dejó una vela encendida, y luego los dos se ocultaron, al acecho en un rincón, detrás de unas ropas colgadas.

Al sonar las doce se presentaron dos minúsculos y graciosos hombrecillos desnudos que, sentándose a la mesa del zapatero y cogiendo todo el trabajo preparado se pusieron, con sus diminutos dedos, a punzar, coser y clavar con tal ligereza y soltura, que el zapatero no podía dar crédito a sus ojos. Los enanillos no cesaron hasta que todo estuvo listo; luego desaparecieron de un salto.

Por la mañana dijo la mujer:

—Esos hombrecitos nos han hecho ricos, y deberíamos mostrarles nuestro agradecimiento. Deben morirse de frío, yendo así desnudos por el mundo. ¿Sabes qué? Les coseré a cada uno una camisita, una chaqueta, un jubón y unos calzones y, además, les haré un par de medias, y tú les haces un par de zapatitos a cada uno.

A lo que respondió el hombre:

—Me parece muy bien.

Y al anochecer, ya terminadas todas las prendas, las pusieron sobre la mesa, en vez de las piezas de cuero cortadas, y se ocultaron para ver cómo los enanitos recibirían el obsequio.

A medianoche llegaron ellos saltando y se dispusieron a emprender su labor habitual; pero en vez del cuero cortado encontraron las primorosas prendas de vestir. Primero se asombraron, pero en seguida se pusieron muy contentos. Vistiéronse con presteza y, alisándose los vestidos, pusiéronse a cantar:

> «¿No somos ya dos mozos guapos y elegantes?
> ¿Por qué seguir de zapateros como antes?»

Y venga saltar y bailar, brincando por sobre mesas y bancos, hasta que al fin, siempre danzando, pasaron la puerta. Desde entonces no volvieron jamás, pero el zapatero lo pasó muy bien todo el resto de su vida, y le salió a pedir de boca cuanto emprendió.

Cuento segundo

ERASE una vez una pobre criada muy limpia y laboriosa; barría todos los días y echaba la basura en un gran montón, delante de la puerta.

Una mañana, al ponerse a trabajar, encontró una carta en el suelo; pero como no sabía leer, puso la escoba en el rincón para ir a enseñarla a su señora. Y resultó ser una invitación de los enanillos, que deseaban que la muchacha fuera madrina en el bautizo de un niño.

La muchacha estaba indecisa; pero, al fin, tras muchas dudas y puesto que le decían que no estaba bien rehusar un ofrecimiento como aquel, resolvió aceptar.

Presentáronse entonces tres enanitos y la condujeron a una montaña hueca, que era su residencia. Todo era allí pequeño, pero tan lindo y primoroso, que no hay palabras para describirlo. La madre yacía en una cama de negro ébano, incrustada de perlas; las mantas estaban bordadas en oro; la cuna del niño era de marfil, y la bañera, de oro.

La muchacha ofició de madrina y, terminado el bautismo, quiso volverse a su casa; pero los enanillos le rogaron con gran insistencia que se quedase tres días con ellos. Accedió ella, y pasó aquel tiempo en medio de gran alegría y solaz, desviviéndose los enanos por obsequiarla.

Al fin se dispuso a partir, y los hombrecitos le llenaron los bolsillos de oro y la acompañaron hasta la salida de la montaña.

Cuando llegó a su casa, queriendo reanudar su trabajo, cogió la escoba que seguía en su rincón y se puso a barrer. Salieron entonces de la casa unas personas desconocidas que le preguntaron quién era y qué hacía allí. Y es que no había pasado en compañía de los enanos tres días, como ella creyera, sino siete años y, entretanto, sus antiguos señores habían muerto.

Cuento tercero

LOS duendecillos habían quitado a una madre su hijito de la cuna, reemplazándolo por un monstruo de enorme cabeza y ojos inmóviles, que no quería sino comer y beber.

En su apuro, la mujer fue a pedir consejo a su vecina, la cual le dijo que llevase el monstruo a la cocina, lo sentase en el hogar y luego, encendiendo fuego, hirviese agua en dos cáscaras de huevo. Aquello haría reír al monstruo y, sólo con que riera una vez, se arreglaría todo.

Siguió la mujer las instrucciones de la vecina. Al poner al fuego las dos cáscaras de huevo llenas de agua, dijo el monstruo:

> «Muy viejo soy, pasé por mil situaciones;
> pero jamás vi que nadie hirviera agua en cascarones».

Y prorrumpió en una gran carcajada. A su risa comparecieron repentinamente muchos duendecillos que traían al otro niño. Lo depositaron en el hogar y se marcharon con el monstruo.

La novia del bandolero

ERASE una vez un molinero que tenía una hija muy linda, y cuando ya fue crecida, deseaba verla bien casada y colocada. Pensaba: «Si se presenta un pretendiente como Dios manda y la pide, se la daré».

Poco tiempo después, llegó uno que parecía muy rico, y como el molinero no sabía nada malo de él, le prometió a su hija. La muchacha, sin embargo, no sentía por él la inclinación que es natural que una prometida sienta por su novio, ni le inspiraba confianza el mozo. Cada vez que lo veía o pensaba en él, una extraña angustia le oprimía el corazón.

Un día le dijo él:

—Eres mi prometida, y nunca has venido a visitarme.

Respondió la doncella:

—Aún no sé dónde está tu casa.

—Mi casa está en medio del bosque oscuro —contestó el novio.

Ella todo era inventar pretextos, diciendo que no sabría hallar el camino; pero un día el novio le dijo muy decidido:

—El próximo domingo tienes que venir a casa. He invitado a mis amigos, y para que encuentres el camino en el bosque, esparciré cenizas.

Llegó el domingo, y la muchacha se puso en camino; sin saber por qué, sentía un extraño temor, y para asegurarse de que a la vuelta no se extraviaría, llenóse los bolsillos de guisantes y lentejas.

A la entrada del bosque vio el rastro de ceniza y lo siguió; pero a cada paso tiraba al suelo, a derecha e izquierda, unos guisantes. Tuvo que andar casi todo el día antes de llegar al centro del bosque, donde más oscuro era.

Allí había una casa solitaria, de aspecto tenebroso y lúgubre. Dominando su aprensión, entró en la casa; dentro reinaba un profundo silencio y no se veía nadie en parte alguna. De pronto se oyó una voz:

«Vuélvete, vuélvete, joven prometida.
Asesinos viven en esta guarida».

La muchacha levantó los ojos y vio que la voz era de un pájaro, encerrado en una jaula que colgaba de la pared. El cual repitió:

«Vuélvete, vuélvete, joven prometida.
Asesinos viven en esta guarida».

Siguió la muchacha recorriendo toda la casa, de una habitación a otra; pero estaba completamente desierta, sin un alma viviente. Llegó al fin a la bodega, donde había una mujer viejísima, que no cesaba de menear la cabeza.

—¿Podríais decirme —preguntó la muchacha— si vive aquí mi prometido?

—¡Ay, pobre niña! —exclamó la vieja—. ¡Dónde te has metido! Estás en una guarida de bandidos. Creíste ser una novia y celebrar pronto tu boda, pero es con la muerte con quien vas a desposarte. Mira lo que he tenido que preparar para ti: este gran caldero con agua. Cuando te tengan en su poder, te despedazarán sin piedad y, después de cocerte, se te comerán, pues se alimentan de carne humana. Si yo no me apiado de ti y te salvo, estás perdida.

Dichas estas palabras, la vieja la condujo detrás de un gran barril, donde no pudiese ser vista.

—Permanece callada como un ratoncito —le dijo—, sin mover ni un dedo. De lo contrario no hay salvación para ti. Por la noche, mientras los bandidos duerman, huiremos. Hace tiempo que estoy esperando la oportunidad.

Casi en el mismo momento se presentó la pandilla de desalmados. Traían raptada otra doncella, estaban borrachos y no hacían caso de sus lamentaciones y lágrimas. Diéronle a beber tres vasos de vino: uno, blanco; otro, tinto, y el tercero, amarillo. Después de beberlos, le estalló el corazón.

Arrancáronle entonces los hermosos vestidos y, extendiéndola sobre una mesa, cortaron su cuerpo a pedazos y lo salaron.

La infeliz novia, escondida detrás del barril, temblaba y se estremecía de horror, pues veía claramente la suerte que habría corrido en manos de aquellos malvados.

Uno de ellos observó que la joven asesinada llevaba un anillo de oro en el dedo meñique y, como no pudiera quitárselo, le cortó el dedo de un hachazo. El dedo saltó en el aire y, por encima del barril, fue a caer en el regazo de la novia. El bandido cogió una luz y se puso a buscarlo por todas partes. No encontrándolo, le dijo otro de los asesinos:

—¿Has mirado detrás del barril grande?

Pero la vieja exclamó presurosa:

—Venid a comer, ya lo buscaréis mañana. No se va a escapar el dedo.

—La vieja tiene razón —dijeron los bandidos.

Y, abandonando la búsqueda, sentáronse a la mesa. La mujer les echó un somnífero en el vino, y al poco rato todos dormían y roncaban, tendidos en la bodega.

Al oírlo la novia, salió de detrás del barril y hubo de pasar por encima de los durmientes, pues todos yacían en el suelo; y se moría de miedo, temiendo despertarlos. Pero Dios la ayudó, y pudo salir felizmente de aquel lugar y, con ella, la vieja, la cual abrió la puerta y escaparon las dos a toda prisa.

El viento había esparcido la ceniza, pero los guisantes y lentejas, que habían germinado y brotado, mostraban ahora el camino a la luz de la luna.

Las dos mujeres estuvieron andando toda la noche, y no llegaron al molino hasta la mañana siguiente. Entonces la muchacha contó a su padre todo lo que le había ocurrido.

Cuando llegó el día designado para celebrar la boda, presentóse el novio. El padre había invitado a todos sus parientes y conocidos y, sentados todos a la mesa, pidió a cada cual que narrase algo para entretener a la concurrencia.

La novia permanecía callada, y entonces le dijo su prometido:

—Anda, corazoncito, ¿no sabes nada? ¡Cuéntanos algo!

Respondió ella:

—Pues voy a contaros un sueño que he tenido. He aquí que soñé que caminaba a través de un bosque, sola, y llegué a una casa. No había en ella

alma viviente, pero de la pared colgaba una jaula, y un pájaro encerrado en ella me gritó:

> «Vuélvete, vuélvete, joven prometida.
> Asesinos viven en esta guarida».

»Lo gritó dos veces. Tesoro mío, sólo es un sueño. Entonces yo recorrí todas las habitaciones, y todas estaban desiertas; ¡pero daban un miedo! Finalmente, bajé a la bodega, donde había una mujer viejísima, que no cesaba de menear la cabeza. Le pregunté: “¿Vive mi novio en esta casa?”. Y ella me respondió: “¡Ay, hija mía, has caído en una cueva de asesinos! Tu novio vive aquí, pero te matará y despedazará, y luego de cocerte se te comerá”. Tesoro mío, sólo es un sueño. Pero la vieja me ocultó detrás de un gran barril y, estando allí disimulada, entraron los bandidos; con ellos traían a una doncella, a la que forzaron a beber de tres clases de vino: blanco, tinto y amarillo, por lo cual le estalló el corazón. Tesoro mío, sólo es un sueño. Quitáronle entonces sus primorosos vestidos, cortaron sobre una mesa su hermoso cuerpo a pedazos y le echaron sal. Tesoro mío, sólo es un sueño. Uno de los bandidos observó que conservaba aún un anillo en el dedo meñique y, como le costara sacarlo, cogiendo un hacha le cortó el dedo, el cual, saltando por encima del barril fue a caerme en el regazo. Y aquí está el dedo con el anillo.

Y, con estas palabras, sacó el dedo y lo mostró a los presentes.

El bandido, que en el curso del relato se había ido volviendo blanco como la cera, levantóse de un brinco y trató de huir; pero los invitados lo sujetaron, y lo entregaron a la autoridad, y fue ajusticiado con toda su banda en castigo de sus crímenes.

El señor Korbes

RANSE una vez una gallina y un gallito que decidieron salir juntos de viaje. El gallito construyó un hermoso coche de cuatro ruedas encarnadas y le enganchó cuatro ratoncitos. La gallinita y el gallito montaron en el carruaje y emprendieron la marcha.

Al poco rato se encontraron con un gato, que les dijo:

—¿Adónde vais?

Y respondió el gallito:

«Por esos mundos vamos;
la casa del señor Korbes es la que buscamos».

—Llevadme con vosotros —suplicó el gato.

—Con mucho gusto —respondió el gallito—. Siéntate detrás, no fuera que te cayeses por delante.

«Tened mucho cuidado,
no vayáis a ensuciar mi cochecito colorado.
Ruedecitas, rodad;
ratoncillos, silbad.
Por esos mundos vamos;
la casa del señor Korbes es la que buscamos».

Subió luego una piedra de molino; luego, un huevo; luego, un pato; luego, un alfiler y, finalmente, una aguja de coser; todos se instalaron en el coche y siguieron viaje.

Pero al llegar a la casa del señor Korbes, éste no estaba. Los ratoncitos metieron el coche en el granero; el gallito y la gallinita volaron a una percha; el gato se sentó en la chimenea; el pato fue a posarse en la barra del pozo; el huevo se envolvió en la toalla; el alfiler se clavó en el almohadón de la butaca; la aguja saltó a la almohada de la cama, y la piedra de molino situóse sobre la puerta.

En éstas llegó el señor Korbes y se dirigió a la chimenea para encender fuego; pero el gato le llenó la cara de ceniza. Corrió a la cocina para lavarse, y el pato le salpicó de agua todo el rostro. Al querer secarse con la toalla, rodó el huevo y, rompiéndose, se le pegó en los ojos. Deseando descansar, sentóse en la butaca, pero le pinchó el alfiler. Encolerizado, se echó en la cama; pero al apoyar la cabeza en la almohada, clavósele la aguja. Furioso ya, se lanzó a la calle; mas, al llegar a la puerta, cayóle encima la piedra de molino y lo mató. ¡Qué mala persona debía de ser ese señor Korbes!

El señor padrino

UN hombre pobre tenía tantos hijos, que ya no sabía a quién nombrar padrino cuando le nació otro; no le quedaban más conocidos a quienes dirigirse.

Con la cabeza llena de preocupaciones, se fue a acostar. Mientras dormía, soñó lo que debía hacer en su caso: salir a la puerta de su casa y pedir al primero que pasara aceptase ser padrino de su hijo.

Así lo hizo en cuanto despertó; y el primer desconocido que pasó, aceptó su ofrecimiento. El desconocido regaló a su ahijado un vasito con agua, diciéndole:

—Ésta es un agua milagrosa, con la cual podrás curar a los enfermos; sólo debes mirar dónde está la Muerte. Si está en la cabecera, darás agua al enfermo, y éste sanará; pero si está en los pies, nada hay que hacer: ha sonado su última hora.

En lo sucesivo, el hombre pudo predecir siempre si un enfermo tenía o no salvación; cobró grandísima fama por su arte y ganó mucho dinero.

Un día lo llamaron a la vera del hijo del Rey. Al entrar en la habitación, viendo a la Muerte a la cabecera, le administró el agua milagrosa, y el enfermo sanó; y lo mismo sucedió la segunda vez. Pero la tercera, la Muerte estaba a los pies de la cama, y el niño hubo de morir.

Un día le entraron al hombre deseos de visitar a su padrino, para contarle sus experiencias con el agua prodigiosa. Pero al llegar a su casa, encontróse con un cuadro verdaderamente extraño.

En el primer tramo de escalera estaban peleándose la pala y la escoba, aporreándose de lo lindo. Preguntóles:

—¿Dónde vive el señor padrino?

Y la escoba respondió:

—Un tramo más arriba.

Al llegar al segundo rellano vio en el suelo un gran número de dedos muertos. Preguntóles:

—¿Dónde vive el señor padrino?

Y contestó uno de los dedos:

—Un tramo más arriba.

En el tercer rellano había un montón de cabezas muertas, las cuales lo enviaron otro tramo más arriba. En el cuarto piso vio unos pescados friéndose en una sartén puesta sobre un fuego, y que le dijeron:

—Un tramo más arriba.

Y cuando estuvo en el quinto piso, encontróse ante una habitación cerrada y, al mirar por el ojo de la cerradura, descubrió al padrino, que llevaba dos largos cuernos.

Al abrir la puerta, el padrino se metió precipitadamente en la cama, tapándose cabeza y todo. Díjole entonces el hombre:

—Señor padrino, qué cosas más raras hay en vuestra casa. Cuando llegué al primer tramo de la escalera, estaban riñendo la pala y la escoba y se cascaban reciamente.

—¡Qué simple eres! —replicó el padrino—. Eran el mozo y la sirvienta que hablaban.

—Pero en el segundo rellano vi en el suelo muchos dedos muertos.

—¡Eres un necio! No eran sino escorzoneras.

—Pues en el tercero había un montón de calaveras.

—¡Imbécil! Eran repollos.

—En el cuarto, unos peces se freían en una sartén —al terminar de decir esto, comparecieron los peces, y se pusieron ellos mismos sobre la mesa—. Y cuando hube subido al piso quinto, miré por el ojo de la cerradura y os vi a vos, padrino, con unos cuernos largos, largos.

—¡Cuidado! ¡Esto no es verdad!

El hombre se asustó y echó a correr. ¡Quién sabe lo que el padrino habría hecho con él!

Dama Duende

VIVÍA una vez una muchachita muy testaruda e indiscreta que nunca obedecía a sus padres. ¿Cómo queréis que le fuesen bien las cosas?

Un día dijo a sus padres:

—Tanto he oído hablar de Dama Duende, que me han entrado ganas de ir a verla a su casa. Dice la gente que todo allí es maravilloso, y que ocurren cosas extraordinarias; me muero de curiosidad por verlo.

Los padres se lo prohibieron rigurosamente, añadiendo:

—Dama Duende es una mujer malvada que hace cosas impías; si vas, dejarás de ser nuestra hija.

Pero la muchacha hizo caso omiso de la prohibición de sus padres, y se encaminó a la casa de Dama Duende.

Al llegar, preguntóle ésta:

—¿Por qué estás tan pálida?

—¡Ay! —respondió la niña toda temblorosa—. ¡Lo que he visto me ha asustado tanto!

—¿Y qué has visto?

—En la escalera vi a un hombre negro.

—Era un carbonero.

—Luego vi a uno verde.

—Era un cazador.

—Luego vi a otro, rojo como sangre.

—Era un carnicero.

—¡Ay, Dama Duende! Después tuve un gran susto, pues al mirar por la ventana no os vi a vos, sino al diablo, echando fuego por la cabeza.

—¡Vaya! —exclamó ella—. ¡Así, viste a la bruja en su mejor atavío! Tiempo ha que te estaba esperando y deseando que vinieses. Ven, que me

alumbrarás.

Transformando a la muchacha en un tarugo de madera, la arrojó al fuego. Y cuando ya estuvo convertida en una brasa ardiente, sentóse a calentarse a su lado diciendo:

—¡Ésta sí que da luz!

La Muerte, madrina

UN pobre hombre tenía doce hijos, y aunque trabajaba de día y de noche, apenas ganaba para darles pan. Al venir al mundo el que hacía trece, no supo ya qué hacer, y salió al camino real dispuesto a rogar al primero que pasara, que fuese padrino del último hijo.

Encontróse, en primer lugar, con Dios Nuestro Señor, quien conociendo la cuita del pobre padre le dijo:

—Buen hombre, me das lástima; yo seré padrino de tu hijo, cuidaré de él y de su felicidad sobre la Tierra.

Preguntóle el hombre:

—¿Quién eres?

—Soy Dios Nuestro Señor.

—Pues no me convienes para padrino —replicó el hombre—. Tú das al rico y dejas que el pobre pase hambre.

Esto lo dijo el hombre porque no sabía cuán sabiamente distribuye Dios la riqueza y la pobreza y, dejando al Señor, siguió su camino.

Topóse luego con el diablo, el cual le preguntó:

—¿Qué buscas? Si me eliges para padrino de tu hijo, le daré oro en gran abundancia y haré que disfrute de todos los placeres del mundo.

Preguntóle el hombre:

—¿Quién eres?

—Soy el diablo.

—No me interesas para padrino —repuso el hombre—. Tú engañas y descarrías a los hombres.

Siguió adelante y le salió al paso la descarnada Muerte, diciéndole:

—Acéptame como madrina.

—¿Quién eres tú?

—Soy la Muerte, que os hace a todos iguales.

Y dijo el padre:

—Tú eres la que me conviene, pues tratas lo mismo a los ricos que a los pobres. Tú serás la madrina.

Y respondió la Muerte:

—Yo concederé a tu hijo fama y riquezas, pues quien me tiene por amiga no puede carecer de nada.

Dijo el hombre:

—El bautizo es el próximo domingo; sé puntual.

Acudió la Muerte el día y a la hora convenidos, tal como prometiera, y actuó de madrina con todas las de la ley.

Cuando el niño se hizo mayor, se le presentó un día su madrina y le dijo que la siguiera. Lo llevó al bosque, le mostró una planta que allí crecía, y le dijo:

—Voy a darte ahora mi regalo de madrina. Haré de ti un médico famosísimo. Cuando te llamen al lecho de un enfermo, siempre me verás allí. Si estoy a la cabecera del enfermo, puedes afirmar confiadamente que vas a curarlo; le das de esta hierba, y sanará. Pero si estoy a los pies de la cama, entonces es mío, y debes dictaminar que no tiene remedio y que ningún médico podría curarlo. Guárdate muy bien de usar la hierba contra mi voluntad, pues lo pagarás caro.

Al poco tiempo, el joven era ya el médico más renombrado del mundo entero. «No tiene más que echar una mirada al enfermo, y en seguida sabe cómo está, si se restablecerá o si debe morir», decían de él las gentes; y de todas las tierras acudían a buscarlo para llevarlo al lecho de los enfermos, pagándole tanto dinero, que muy pronto se hizo rico.

Un día, el Rey enfermó. Llamaron al médico y le preguntaron si podría salvarlo. Al entrar en la alcoba, vio que la Muerte estaba a los pies de la

cama; de nada servirían, pues, las hierbas. «¡Si pudiera jugarle una treta a la Muerte! —pensó el médico—. Cierto que se lo tomará a mal, pero soy su ahijado; mucho será que no haga la vista gorda. Voy a intentarlo».

Y, levantando al enfermo, lo colocó al revés, de modo que la Muerte quedó a su cabecera. Administróle entonces la hierba milagrosa, y el Rey se repuso y volvió a estar sano en poco tiempo.

Pero la Muerte se presentó al médico con cara de pocos amigos y, amenazándolo con el dedo, le dijo:

—Me has hecho una mala pasada. Por una vez te la perdono, porque eres mi ahijado; pero si te atreves a reincidir, lo pagarás con la cabeza; tú serás quien me llevaré.

Poco tiempo después cayó gravemente enferma la princesa, hija única del Rey. El Soberano lloraba día y noche, hasta el punto de que le cegaron los ojos, y mandó pregonar que quien salvase a su hija se casaría con ella y heredaría la corona.

Al entrar el médico en la habitación de la enferma, vio a la Muerte a los pies de la cama. Debiera haberse acordado de la advertencia de su madrina, pero la belleza de la princesa y la perspectiva de ganarla por esposa lo aturdieron de tal modo, que echó en olvido todas las recomendaciones.

Sin ver siquiera que la Muerte le dirigía miradas furibundas y que, alzando la mano, amenazaba con el puño cerrado, levantó a la enferma y la puso de manera que le quedase la cabeza donde antes tenía los pies. Diole luego la hierba, y al momento un rubor tiñó las mejillas de la princesita, y la vida volvió a palpitar en ella.

La Muerte, al verse defraudada por segunda vez y privada de lo que era suyo, dirigióse a grandes zancadas al encuentro del médico y le dijo:

—Estás perdido; te ha llegado la hora.

Y, sujetándolo con su gélida mano con fuerza tal que el mozo no pudo oponer resistencia, lo condujo a una caverna bajo tierra.

Vio allí miles y miles de luces en hileras infinitas; unas ardían con poderosa llama; otras, con llama mediana; y, por fin, otras con una pequeña llamita. Continuamente se apagaban algunas y se encendían otras, como en una danza de luces.

—Estas llamas que ves —dijo la Muerte— son las vidas de los humanos. Las grandes corresponden a los niños; las medianas, a los adultos que están en la plenitud de sus años; las débiles son de los ancianos. Pero también hay niños y jóvenes que sólo tienen una lucecita.

—Y la mía, ¿cuál es? —preguntó el médico, pensando que sería una muy grande.

Pero la Muerte le mostró una velilla a punto de apagarse:

—Ahí la tienes.

—¡Querida madrina! —exclamó el médico asustado—, ¡enciéndeme una nueva, hazlo por mí, para que pueda disfrutar de mi vida, para que pueda ser rey y casarme con la princesita!

—No está en mi poder el hacerlo —respondió la Muerte—; no puede empezar a arder una nueva sin que se haya extinguido otra antigua.

—Pues aplica la vieja a otra nueva, que prenda en el momento en que se apague aquélla —suplicó el médico.

La Muerte hizo como si quisiera satisfacer su deseo, y trajo una vela nueva y larga; pero como quería vengarse, descuidóse intencionadamente al cambiarla, y la velita débil cayó al suelo y se apagó. En el mismo momento desplomóse el médico, quedando en manos de la Muerte.

El viejo «Sultán»

UN campesino tenía un perro muy fiel llamado «Sultán», que se había hecho viejo en su servicio y ya no le quedaban dientes para sujetar su presa.

Un día, estando el labrador con su mujer en la puerta de la casa, dijo:

—Mañana mataré al viejo «Sultán»; ya no sirve para nada.

La mujer, compadecida del fiel animal, respondió:

—Nos ha servido durante tantos años, siempre con tanta lealtad, que bien podríamos darle ahora el pan de limosna.

—¡Qué dices, mujer! —replicó el campesino—. ¡Tú no estás en tus cabales! No le queda un colmillo en la boca, ningún ladrón le teme; ya ha terminado su misión. Si nos ha servido, tampoco le ha faltado su buena comida.

El pobre perro, que estaba tendido a poca distancia tomando el sol, oyó la conversación y entróle una gran tristeza al pensar que el día siguiente sería el último de su vida.

Tenía en el bosque un buen amigo, el lobo, y al caer la tarde se fue a verlo para contarle la suerte que le esperaba.

—Ánimo, compadre —le dijo el lobo—, yo te sacaré del apuro. Se me ha ocurrido una idea. Mañana, de madrugada, tu amo y su mujer saldrán a buscar hierba y tendrán que llevarse a su hijito, pues no quedará nadie en casa. Mientras trabajan, acostumbran dejar al niño a la sombra del vallado. Tú te pondrás a su lado, como para vigilarlo. Yo saldré del bosque y robaré la criatura, y tú simularás que sales en mi persecución. Entonces, yo soltaré al pequeño, y los padres, pensando que lo has salvado, no querrán causarte ya ningún daño, pues son gente agradecida; antes, al contrario, en adelante te tratarán a cuerpo de rey y no te faltará nada.

Parecióle bien al perro la combinación, y las cosas discurrieron tal como habían sido planeadas. El padre prorrumpió en grandes gritos al ver que el lobo escapaba con su hijo; pero cuando el viejo «Sultán» le trajo al pequeñuelo sano y salvo, acariciando contentísimo al animal, le dijo:

—Nadie tocará un pelo de tu piel, y no te faltará el sustento mientras vivas —luego se dirigió a su esposa—. Ve a casa en seguida y le cueces a «Sultán» unas sopas de pan, que ésas no necesita mascarlas, y le pones en su yacija la almohada de mi cama; se la regalo.

Y, desde aquel día, «Sultán» se dio una vida de príncipe.

Al poco tiempo acudió el lobo a visitarlo, felicitándolo por lo bien que había salido el ardid.

—Pero, compadre —añadió—, ahora será cosa de que hagas la vista gorda cuando se me presente oportunidad de llevarme una oveja de tu amo. Hoy en día resulta muy difícil ganarse la vida.

—Con eso no cuentes —respondióle el perro—; yo soy fiel a mi dueño, y en esto no puedo transigir.

El lobo pensó que no hablaba en serio y, al llegar la noche, presentóse callandito, con ánimo de robar una oveja; pero el campesino, a quien el leal «Sultán» había revelado los propósitos de la fiera, estaba al acecho armado del mayal, y le dio una paliza que no le dejó hueso sano.

El lobo escapó con el rabo entre las piernas; pero le gritó al perro:

—¡Espera, mal amigo, me la vas a pagar!

A la mañana siguiente, el lobo envió al jabalí en busca del perro, con el encargo de citarlo en el bosque para arreglar sus diferencias. El pobre «Sultán» no encontró más auxiliar que un gato que sólo tenía tres patas y, mientras se dirigían a la cita, el pobre minino tenía que andar a saltos, enderezando el rabo cada vez del dolor que aquel ejercicio le causaba.

El lobo y el jabalí estaban ya en el lugar convenido, aguardando al can; pero, al verlo de lejos, creyeron que blandía un sable, pues tal les pareció la cola enhiesta del gato.

En cuanto a éste, que avanzaba a saltos sobre sus tres patas, pensaron que cada vez cogía una piedra para arrojársela después. A los dos compinches les entró miedo; el jabalí se escurrió entre la maleza, y el lobo se encaramó a un árbol.

Al llegar el perro y el gato, extrañáronse de no ver a nadie. El jabalí, empero, no había podido ocultarse del todo entre las matas y le salían las orejas. El gato, al dirigir en torno una cautelosa mirada, vio algo que se movía y, pensando que era un ratón, pegó un brinco y le mordió con toda su fuerza. El jabalí echó a correr chillando desaforadamente y gritando:

—¡El culpable está en el árbol!

Gato y perro levantaron la mirada y descubrieron al lobo que, avergonzado de haberse comportado tan cobardemente, hizo las paces con «Sultán».

El morral, el sombrerillo y el cuerno

ERASE que se eran tres hermanos; las cosas les habían ido de mal en peor, y al final su miseria era tan grande, que ya nada les quedaba donde hincar el diente. Dijeron entonces:

—Así no podemos seguir; mejor será que nos vayamos por esos mundos a probar fortuna.

Pusiéronse, pues, en camino y recorrieron muchos lugares y pisaron mucha hierba, sin que por ninguna parte se les presentase la buena suerte.

De este modo llegaron un día a un dilatado bosque, en medio del cual se alzaba una montaña, y al acercarse vieron que toda ella era de plata.

Dijo entonces el mayor:

—Ya he encontrado la fortuna que deseaba, y no aspiro a otra mayor.

Cogió toda la plata con que pudo cargar y se volvió a casa. Pero los otros dos dijeron:

—A la fortuna le pedimos algo más que plata.

Y, sin tocar el metal, siguieron su ruta.

Al cabo de otras dos o tres jornadas de marcha llegaron a una montaña, que era de oro puro. El segundo hermano se detuvo y se puso a reflexionar; estaba indeciso: «¿Qué debo hacer? —preguntábase—. ¿Tomar todo el oro que necesito para el resto de mi vida, o seguir adelante?».

Decidióse al fin; se llenó los bolsillos del metal, se despidió de su hermano y regresó a su casa.

El tercero reflexionó así: «El oro y la plata no me dicen gran cosa. Seguiré buscando la fortuna; tal vez me reserve algo mejor».

Siguió caminando, y a los tres días llegó a un bosque, más vasto aún que el anterior; no se terminaba nunca, y como no encontrara nada de comer ni de beber, el mozo se vio en trance de morir de hambre.

Trepó entonces a un alto árbol para ver si descubría el límite de aquella selva; pero las copas de los árboles se extendían hasta el infinito. Se dispuso a bajar al suelo, mientras pensaba atormentado por el hambre: «¡Si por lo menos pudiese llenarme la tripa!».

Y he aquí que, al tocar el suelo, vio con asombro debajo del árbol una mesa magníficamente puesta, cubierta de abundantes viandas que despedían un agradable tufillo. «Por esta vez —pensó—, mis deseos se cumplen en el momento oportuno». Y, sin pararse a considerar quién había guisado y servido aquel banquete, acercóse a la mesa y comió hasta saciarse.

Cuando hubo terminado, ocurriósele una idea: «Sería lástima que este lindo mantel se perdiese y estropease el bosque». Y, después de doblarlo cuidadosamente, lo guardó en su morral.

Reemprendió luego el camino hasta el anochecer, en que volviendo a acuciarle el hambre, quiso poner el mantel a prueba. Lo extendió y dijo:

—Quisiera que volvieses a cubrirte de buenos manjares.

Y apenas hubo expresado su deseo, el lienzo quedó cubierto de platos llenos de sabrosísimas viandas. «Ahora veo —dijo— en qué cocina guisan para mí. Mejor es esto que el oro y la plata», pues se daba perfecta cuenta de que había encontrado una mesa prodigiosa.

Pero considerando que aquel mantel no era aún un tesoro suficiente para poder retirarse a vivir en su casa con tranquilidad y holgura, continuó sus andanzas siempre en pos de la fortuna.

Un anochecer se encontró, en un bosque solitario, con un carbonero todo tiznado y cubierto de polvo negro, que estaba haciendo carbón y tenía al fuego unas patatas destinadas a su cena.

—¡Buenas noches, mirlo negro! —le dijo saludándolo—. ¿Qué tal lo pasas tan solito?

—Pues todos los días igual, y cada noche patatas para cenar —respondió el carbonero—. Si te apetecen, te invito.

—¡Muchas gracias! —dijo el viajero—, no quiero privarte de tu comida; tú no esperabas invitados. Pero si te contentas con lo que yo pueda ofrecerte, serás tú mi huésped.

—¿Y quién te traerá las viandas? Pues, por lo que veo, no llevas nada, y en dos horas a la redonda no hay quien pueda venderte comida.

—Así y todo —respondió el otro—, te voy a ofrecer una cena como jamás viste igual.

Y, sacando el mantel de la mochila, lo extendió en el suelo y dijo: «¡Mantelito, cúbrete!». Y en el acto aparecieron cocinados y guisados, todo caliente como si saliese de la cocina.

El carbonero abrió unos ojos como naranjas, pero no se hizo rogar, sino que alargó la mano y se puso a embaular tasajos como el puño.

Cenado que hubieron, el carbonero dijo con aire satisfecho:

—Oye, me gusta tu mantelito; me iría de perlas aquí en el bosque, donde nadie cuida de cocerme nada que sea apetitoso. Te propongo un cambio. Mira aquella mochila de soldado, colgada allí en el rincón; es verdad que es vieja y no tiene buen aspecto; pero posee virtudes prodigiosas. Como yo no la necesito, te la cambiaría por tu mantel.

—Primero tengo que saber qué prodigiosas virtudes son esas que dices —respondió el viajero.

—Te lo voy a decir —explicó el carbonero—. Cada vez que la golpees con la mano, saldrán un cabo y seis soldados armados de punta en blanco, que obedecerán cualquier orden que les des.

—Bien, si no tienes otra cosa —dijo el otro—, acepto el trato.

Dio el mantel al carbonero, descolgó la mochila del gancho y, colgándosela al hombro, se despidió.

Después de haber andado un trecho, quiso probar las virtudes maravillosas de la mochila y le dio unos golpes. Inmediatamente aparecieron los siete guerreros, preguntando el cabo:

—¿Qué ordena Su Señoría?

—Volved al encuentro del carbonero, a marchas forzadas, y exigidle que os entregue el mantelito.

Los soldados dieron media vuelta a la izquierda, y al poco rato estaban de regreso con el mantel que, sin gastar cumplidos, habían quitado al carbonero. Mandóles entonces que se retirasen y prosiguió la ruta, confiando en que la fortuna se le mostraría aún más propicia.

A la puesta del sol llegó al campamento de otro carbonero, que estaba también cociendo su cena.

—Si quieres cenar conmigo patatas con sal, pero sin manteca, siéntate aquí —invitó el tiznado desconocido.

—No —rechazó él—. Por esta vez, tú serás mi invitado.

Y desplegó el mantel, que al instante quedó lleno de espléndidos manjares. Cenaron y bebieron juntos, con excelente humor, y luego dijo el carbonero:

—Allí, en aquel banco, hay un sombrerillo viejo y sobado, pero que tiene singulares propiedades. Cuando uno se lo pone y le da la vuelta en la cabeza, salen doce culebrinas puestas en hilera, que se ponen a disparar y derriban cuanto tienen por delante sin que nadie pueda resistir sus efectos. A mí, el sombrerillo de nada me sirve, y te lo cambiaría por el mantel.

—Sea en buena hora —respondió el mozo.

Y, cogiendo el sombrerillo, se lo encasquetó entregando al propio tiempo el mantel al carbonero.

Cuando había avanzado otro trecho, golpeó la mochila y mandó a los soldados que fuesen a recuperar el mantel. «Todo marcha a pedir de boca —pensó—. Y me parece que no estoy aún al cabo de mi fortuna».

Y no se equivocaba, pues al término de la jornada siguiente se encontró con un tercer carbonero quien, como los anteriores, lo invitó a cenar sus patatas sin adobar. Él le ofreció también una opípara cena a costa del mantel mágico, quedando el carbonero tan satisfecho, que le propuso trocar la tela por un cuerno dotado de virtudes mayores todavía que el sombrerillo.

Cuando lo tocaban, derrumbábanse murallas y baluartes y, al final, ciudades y pueblos quedaban reducidos a montones de escombros.

El joven aceptó el cambio, pero al poco rato envió a su tropa a reclamarlo, con lo que estuvo en posesión de la mochila, el sombrerillo y el cuerno. «Ahora —díjose— tengo hecha mi fortuna, y es hora de que vuelva a casa a ver qué tal les va a mis hermanos».

Al llegar a su pueblo, comprobó que sus hermanos, con la plata y el oro recogidos, se habían construido una hermosa casa y se daban la gran vida.

Presentóse a ellos, pero como iba con su mochila a la espalda, el tronado sombrerillo en la cabeza y una chaqueta medio desgarrada, se negaron a reconocerlo por hermano suyo. Decían, burlándose de él:

—Pretendes hacerte pasar por hermano nuestro, el que despreció el oro y la plata porque pedía algo mejor. No cabe duda de que él volverá con gran magnificencia, en una carroza como un verdadero rey, y no hecho un pordiosero.

Y le dieron con la puerta en las narices.

Él, indignado, púsose a golpear su mochila tantas veces que salieron de ella ciento cincuenta hombres perfectamente armados, los cuales formaron y se alinearon militarmente. Mandóles rodear la casa, mientras dos recibieron orden de proveerse de varas de avellano y zurrar la badana a los dos insolentes hasta que se aviniesen a reconocerlo.

Todo aquello originó un enorme alboroto; agrupáronse los habitantes para acudir en socorro de los atropellados; pero nada pudieron contra la tropa del mozo.

Al fin, llegó el hecho a oídos del Rey el cual, airado, envió al lugar del suceso a un capitán al frente de su compañía, con orden de arrojar de la ciudad a aquellos aguafiestas.

Pero el hombre de la mochila reunió en un santiamén una tropa mucho más numerosa y rechazó al capitán con todos sus hombres, que hubieron de retirarse con las narices ensangrentadas.

Dijo el Rey:

—Hay que parar los pies a ese aventurero, cueste lo que cueste.

Y al día siguiente envió contra él huestes más numerosas, pero no obtuvo mejor éxito que la víspera. El adversario le opuso más gente y, para terminar más pronto, dando un par de vueltas a su sombrerillo comenzó a entrar en juego la artillería, que derrotó al ejército del Rey y lo puso en vergonzosa fuga.

—Ahora no haré las paces —dijo— hasta que el Rey me conceda la mano de su hija y me nombre regente del reino.

Y, mandando comunicar su decisión al Rey, dijo éste a su hija:

—¡Dura cosa es la necesidad! ¿Qué remedio me queda, sino ceder a lo que exige? Si quiero tener paz y guardar la corona en mi cabeza, fuerza es que me rinda a sus demandas.

Celebróse, pues, la boda; pero la princesa sentía gran enojo por el hecho de que su marido fuese un hombre vulgar, que iba siempre con un sombrero

desastrado y una vieja mochila a la espalda. ¡Con qué gusto se habría deshecho de él!

Así, se pasaba día y noche dándole vueltas a la cabeza para poner en práctica su deseo. Pensó: «¿Estarán, tal vez, en la mochila sus prodigiosas fuerzas?». Y empezó a tratarlo con fingido cariño hasta que, viendo que se ablandaba su corazón, le dijo:

—¿Por qué no tiras esa vieja mochila? Te afea tanto que me da vergüenza de ti.

—Querida —respondióle—, esta mochila es mi mayor tesoro; mientras la posea, no temo a ningún poder del mundo.

Y le reveló la virtud mágica de que estaba dotada.

Ella le echó los brazos al cuello como para abrazarlo y besarlo; pero con un rápido movimiento le quitó el saco del hombro y escapó con él.

En cuanto estuvo sola, se puso a golpearlo y ordenó a los soldados que detuviesen a su antiguo señor y lo arrojasen de palacio. Obedecieron ellos, y la pérfida esposa envió aún otros más con orden de echarlo del país.

El hombre estaba perdido, de no haber contado con el sombrerillo. No bien tuvo las manos libres, le dio un par de vueltas, y en el acto empezó a tronar la artillería destruyéndolo todo, por lo que la princesa no tuvo más remedio que presentarse a pedirle perdón.

De momento se mostró cariñosa con su marido, simulando amarlo muchísimo, y supo trastornarlo de tal modo que él le confió que, aun en el caso de que alguien se apoderase de su mochila, nada podría contra él mientras no le quitase también el sombrerillo.

Conociendo, pues, su secreto, la mujer aguardó a que estuviese dormido; entonces le arrebató el sombrero y lo hizo arrojar a la calle.

Pero todavía le quedaba al hombre el cuerno y, en un acceso de cólera, se puso a tocarlo con todas sus fuerzas. Pronto se derrumbó todo: murallas, fortificaciones, ciudades y pueblos, matando al Rey y a su hija. Y si no hubiese cesado de soplar el cuerno, sólo con que hubiera seguido tocándolo un poquitín más, todo habría quedado convertido en un montón de ruinas, sin dejar piedra sobre piedra.

Ya nadie se atrevió a resistirlo, y se convirtió en rey de todo el país.

El amadísimo Rolando

HABÍA una vez una mujer que era una bruja hecha y derecha la cual tenía dos hijas: una, fea y mala, a la que quería por ser hija suya; y otra, hermosa y buena, a la que odiaba por ser su hijastra.

Tenía ésta un lindo delantal, que la otra le envidiaba mucho, por lo que dijo a su madre que de todos modos quería hacerse con la prenda.

—No te preocupes, hija mía —respondióle la vieja— lo tendrás. Tiempo ha que tu hermanastra se ha hecho merecedora de morir; esta noche, cuando duerma, entraré y le cortaré la cabeza. Tú cuida sólo de ponerte al otro lado de la cama, y que ella duerma del lado de acá.

Perdida habría estado la infeliz muchacha, de no haberlo oído todo desde un rincón. En todo el día no la dejaron asomarse a la puerta y, a la hora de acostarse, la otra subió la primera a la cama, colocándose arrimada a la pared; pero cuando ya se hubo dormido, su hermanastra, callandito, cambió de lugar pasando a ocupar el del fondo.

Ya avanzada la noche, entró la vieja de puntillas; empuñando con la mano derecha un hacha, tentó con la izquierda para comprobar si había alguien en primer término y luego, cogiendo el arma con ambas manos, la descargó… y cortó el cuello a su propia hija.

Cuando se hubo marchado, levantóse la muchacha y se fue a la casa de su amado, que se llamaba Rolando.

—Escúchame, amadísimo Rolando —dijo llamando a su puerta—, debemos huir en seguida. Mi madrastra quiso matarme, pero se equivocó y ha matado a su propia hija. Por la mañana se dará cuenta de lo que ha hecho, y estaremos perdidos.

—Huyamos, pues —díjole Rolando—; pero antes quítale la varita mágica; de otro modo no podremos salvarnos si nos persigue.

La muchacha volvió en busca de la varita mágica; luego, cogiendo la cabeza de la muerta, vertió tres gotas de sangre en el suelo: una, delante de la cama; otra, en la cocina, y otra, en la escalera. Hecho esto, volvió a toda prisa a la casa de su amado.

Al amanecer, la vieja bruja se levantó y fue a llamar a su hija para darle el delantal; pero ella no acudió a sus voces. Gritó entonces:

—¿Dónde estás?

—Aquí en la escalera, barriendo —respondió una de las gotas de sangre.

Salió la vieja pero, al no ver a nadie en la escalera, volvió a gritar:

—¿Dónde estás?

—En la cocina, calentándome —contestó la segunda gota de sangre.

Fue la vieja a la cocina, pero no había nadie, por lo que preguntó de nuevo en alta voz:

—¿Dónde estás?

—¡Ah!, en la cama, durmiendo —dijo la tercera gota.

Al entrar en el aposento y acercarse al lecho, ¿qué es lo que vio la bruja? A su propia hija bañada en sangre. ¡Ella misma le había cortado la cabeza!

Enfurecióse la hechicera y se asomó a la ventana; y como por sus artes podía ver hasta muy lejos, descubrió a su hijastra que huía junto con su novio amadísimo.

—¡De nada os servirá! —exclamó—. ¡No vais a escaparos, por muy lejos que estéis!

Y, calzándose sus botas mágicas, que con cada paso andaban el camino de una hora, salió en su persecución y les dio alcance en poco tiempo.

Pero la muchacha, al ver acercarse a su madrastra, valiéndose de la varita mágica transformó a su amadísimo Rolando en un lago, y ella misma se convirtió en un pato que nadaba en el agua.

La vieja se detuvo en la orilla y se puso a echar migas de pan y todo lo posible por atraer al animal; pero éste se guardó bien de acercarse, por lo que la vieja, al anochecer, hubo de volverse sin haber conseguido su propósito.

Entonces, la muchacha y su amadísimo Rolando recobraron su figura humana y siguieron andando durante toda la noche, hasta la madrugada. Transformóse entonces la doncella en una hermosa flor, en medio de un seto espinoso, y convirtió a su amadísimo Rolando en violinista.

Al poco rato llegó la bruja a grandes zancadas y dijo al músico:

—Mi buen músico, ¿me permites que arranque aquella hermosa flor?

—Ya lo creo —respondió él—; yo tocaré mientras tanto.

Metióse la vieja en el seto para arrancar la flor, pues sabía muy bien qué era; pero el violinista se puso a tocar y la mujer, quieras que no, empezó a bailar, pues era aquella una tonada mágica.

Y, tanto más vivamente tocaba él, más violentos saltos tenía que dar ella, por lo que las espinas le rasgaron todos los vestidos y le desgarraron la piel dejándola ensangrentada y maltrecha. Y como el músico no cesaba de tocar, la bruja tuvo que seguir bailando hasta caer muerta.

Al verse libres, dijo Rolando:

—Voy ahora a casa de mi padre a preparar nuestra boda.

—Yo me quedaré aquí entretanto —respondió la muchacha— aguardando tu vuelta; y para que nadie me reconozca, me transformaré en una roca encarnada.

Marchóse Rolando y la doncella, transformada en roca, se quedó en el campo esperando el retorno de su amado. Pero al llegar Rolando a su casa, cayó en los lazos de otra mujer, que consiguió hacerle olvidar a su prometida.

La infeliz muchacha permaneció largo tiempo aguardándolo, y al ver que no volvía, invadida de tristeza se transformó en flor pensando: «¡Alguien pasará y me pisoteará!».

Ocurrió, empero, que un pastor que apacentaba su rebaño en el campo, viendo aquella flor tan bella, la cortó y guardó en su cofre. Desde aquel día, todas las cosas marcharon a las maravillas en casa del pastor.

Cuando se levantaba por la mañana, se encontraba con todo el trabajo hecho: las habitaciones, barridas; limpios de polvo las mesas y los bancos; el fuego, encendido en el hogar, y las vasijas, llenas de agua. A mediodía, al llegar a casa, la mesa estaba puesta y servida una sabrosa comida.

El hombre no acertaba a comprender aquello, pues jamás veía a nadie en su vivienda, la cual era además tan pequeña que nadie podía ocultarse en ella. De momento estaba muy complacido con aquellas novedades; pero, al fin, se alarmó y fue a consultar a una adivina.

Díjole ésta:

—Eso es cosa de magia. Levántate un día temprano y fíjate si se mueve algo en la habitación; si ves algo que se mueve, sea lo que fuere, échale en seguida un paño encima, y el hechizo quedará aprisionado.

Así lo hizo el pastor, y a la mañana siguiente al apuntar el alba, vio cómo el arca se abría y de ella salía la flor. Pegando un brinco, echóle una tela encima e inmediatamente cesó el encanto, presentándosele una bellísima doncella que le confesó ser aquella flor, la cual había cuidado hasta entonces del orden de su casa.

Contóle su historia y, como al mozo le gustara la joven, le preguntó si quería casarse con él. Mas la muchacha respondió negativamente, pues seguía enamorada de su amadísimo Rolando; le permanecería fiel, aunque la hubiera abandonado. Prometióle, sin embargo, que no se marcharía, sino que seguiría cuidando de su casa.

Entretanto, llegó el día señalado para la boda de Rolando. Siguiendo una vieja costumbre del país, hízose un pregón invitando a todas las muchachas a asistir al acto y a cantar en honor de la pareja de novios. Al saberlo la fiel muchacha sintió una profunda tristeza, y pensó que el corazón iba a estallarle en el pecho. No quería ir a la fiesta, pero las otras doncellas fueron a buscarla y la obligaron a que las acompañara.

Procuró ir demorando el momento de cantar; pero al final, cuando ya todas hubieron cantado, no tuvo más remedio que hacerlo también. Mas al iniciar su canto y llegar su voz a oídos de Rolando, levantóse éste de un salto y exclamó:

—¡Conozco esta voz; es la de mi verdadera prometida y no quiero otra!

Todo lo que había olvidado, revivió en su memoria y en su corazón, y así fue cómo la fiel doncella se casó con su amadísimo Rolando y, terminada su pena, comenzó para ella una vida de dicha.

El pájaro de oro

EN tiempos remotos vivía un rey cuyo palacio estaba rodeado de un hermoso parque donde crecía un árbol que daba manzanas de oro. A medida que maduraban, las contaban; pero una mañana faltó una.

Diose parte del suceso al Rey, y él ordenó que todas las noches se montase guardia al pie del árbol. Tenía el Rey tres hijos, y al oscurecer envió al mayor de centinela al jardín.

A la medianoche, el príncipe no pudo resistir el sueño, y a la mañana siguiente faltaba otra manzana. A la otra noche hubo de velar el hijo segundo; pero el resultado fue el mismo: al dar las doce se quedó dormido, y por la mañana faltaba una manzana más.

Llegó el turno de guardia al hijo tercero; éste estaba dispuesto a ir, pero el Rey no confiaba mucho en él y pensaba que no tendría más éxito que sus hermanos; de todos modos, al fin se avino a que se encargara de la guardia.

Instalóse el jovenzuelo bajo el árbol, con los ojos bien abiertos, y decidido a que no lo venciese el sueño. Al dar las doce oyó un rumor en el aire y, al resplandor de la luna, vio acercarse volando un pájaro cuyo plumaje brillaba como un ascua de oro.

El ave se posó en el árbol, y tan pronto como cogió una manzana, el joven príncipe le disparó una flecha. El pájaro pudo aún escapar, pero la saeta lo había rozado y cayó al suelo una pluma de oro. Recogióla el mozo, y a la mañana la entregó al Rey, contándole lo ocurrido durante la noche.

Convocó el Rey su consejo, y los cortesanos declararon unánimemente que una pluma como aquella valía tanto como todo el reino.

—Si tan preciosa es esta pluma —dijo el Rey—, no me basta con ella; quiero tener el pájaro entero.

El hijo mayor se puso en camino; se tenía por listo y no dudaba que encontraría el pájaro de oro.

Había andado un cierto trecho, cuando vio en la linde de un bosque una zorra y, descolgándose la escopeta, dispúsose a disparar contra ella. Pero la zorra lo detuvo, exclamando:

—No me mates y, en cambio, te daré un buen consejo. Sé que vas en busca del pájaro de oro y que esta noche llegarás a un pueblo donde hay dos posadas frente a frente. Una de ellas está profusamente iluminada, y en su interior hay gran jolgorio; pero guárdate de entrar en ella; ve a la otra, aunque sea poco atrayente su aspecto.

«¡Cómo puede darme un consejo este necio animal!», pensó el príncipe oprimiendo el gatillo; pero erró la puntería, y la zorra se adentró rápidamente en el bosque con el rabo tieso.

Siguió el joven su camino, y al anochecer llegó al pueblo de las dos posadas, en una de las cuales todo era canto y baile, mientras la otra ofrecía un aspecto mísero y triste.

«Tonto sería —díjose— si me hospedase en ese tabernucho destartalado en vez de hacerlo en esta hermosa fonda». Así, entró en la posada alegre, y en ella se entregó al jolgorio olvidándose del pájaro, de su padre y de todas las buenas enseñanzas que había recibido.

Transcurrido un tiempo sin que regresara el hijo mayor, púsose el segundo en camino en busca del pájaro de oro. Como su hermano, también él topó con la zorra, la cual diole el mismo consejo, sin que tampoco él lo atendiera.

Llegó a las dos posadas y su hermano, que estaba asomado a la ventana de la alegre, lo llamó e invitó a entrar. No supo resistir el mozo y, pasando al interior, entregóse a los placeres y diversiones.

Al cabo de mucho tiempo, el hijo menor del Rey quiso salir, a su vez, a probar suerte; pero el padre se resistía.

—Es inútil —dijo—. Éste encontrará el pájaro de oro menos aún que sus hermanos; y si le ocurre una desgracia, no sabrá salir de apuros; es el menos despabilado de los tres.

No obstante, como el joven no lo dejaba en paz, dio al fin su consentimiento.

A la orilla del bosque encontróse también con la zorra, la cual le pidió que le perdonase la vida y le dio su buen consejo. El joven, que era de buen corazón, dijo:

—Nada temas, zorrita; no te haré ningún daño.

—No lo lamentarás —respondióle la zorra—. Y para que puedas avanzar más rápidamente, súbete en mi rabo.

No bien se hubo montado en él, echó la zorra a correr a campo traviesa, con tal rapidez que los cabellos silbaban al viento.

Al llegar al pueblo desmontó el muchacho y, siguiendo el buen consejo de la zorra, hospedóse sin titubeos en la posada humilde, donde pasó una noche tranquila.

A la mañana siguiente, en cuanto salió al campo, esperábalo ya la zorra que le dijo:

—Ahora te diré lo que debes hacer. Sigue siempre en línea recta; al fin, llegarás a un palacio, delante del cual habrá un gran número de soldados tumbados; pero no te preocupes, pues estarán durmiendo y roncando; pasa por en medio de ellos, entra en el palacio y recorre todos los aposentos, hasta que llegues a uno más pequeño en el que hay un pájaro de oro encerrado en una jaula de madera. Al lado verás otra jaula de oro, bellísima pero vacía, pues sólo está como adorno; guárdate muy mucho de cambiar el pájaro de la jaula ordinaria a la lujosa, pues lo pasarías mal.

Pronunciadas estas palabras, la zorra volvió a extender la cola y el príncipe montó en ella. Y otra vez empezó la carrera a campo traviesa, mientras los cabellos silbaban al viento.

Al bajar frente al palacio, lo encontró todo tal y como le predijera la zorra. Entró el príncipe en el aposento donde se hallaba el pájaro de oro en su jaula de madera, al lado de la cual había otra dorada; y en el suelo vio las tres manzanas de su jardín.

Pensó el joven que era lástima que un ave tan bella hubiese de alojarse en una jaula tan fea, por lo que abriendo la puerta cogió el animal y lo pasó a la otra. En aquel mismo momento el pájaro dejó oír un agudo grito; despertáronse los soldados y, prendiendo al muchacho, lo encerraron en un calabozo.

A la mañana siguiente lo llevaron ante un tribunal y, como confesó su intento, fue condenado a muerte. El Rey, empero, le ofreció perdonarle la vida a condición de que le trajese el caballo de oro, que era más veloz que el viento. Si lo hacía, le daría además, en premio, el pájaro de oro.

Púsose el príncipe en camino, suspirando tristemente; pues, ¿dónde iba a encontrar el caballo de oro? De pronto vio parada en el camino a su antigua amiga, la zorra.

—¡Ves! —le dijo—. Esto te ha ocurrido por no hacerme caso. Pero no te desanimes; yo me preocupo de ti y te diré cómo puedes llegar al caballo de oro. Marcha siempre de frente, y llegarás a un palacio en cuyas cuadras está el animal. Delante de las cuadras estarán tendidos los caballerizos, durmiendo y roncando y podrás sacar tranquilamente el caballo. Pero una cosa debo advertirte: ponle la silla mala de madera y cuero, y no la de oro que verás colgada a su lado; de otro modo, lo pasarás mal.

Y estirando la zorra el rabo, montó el príncipe en él y emprendieron la carrera a campo traviesa, con tanta velocidad que los cabellos silbaban al viento.

Todo ocurrió como la zorra había predicho; el muchacho llegó al establo donde se encontraba el caballo de oro. Pero al ir a ponerle la silla mala pensó: «Es una vergüenza para un caballo tan hermoso el no ponerle la silla que le corresponde». Mas apenas la de oro hubo tocado al animal, éste empezó a relinchar ruidosamente. Despertaron los mozos de cuadra, prendieron al joven príncipe y lo metieron en el calabozo.

A la mañana siguiente, un tribunal le condenó muerte; pero el Rey le prometió la vida y el caballo de oro si era capaz de traerle la bellísima princesa del Castillo de Oro.

Se puso en ruta el joven muy acongojado y, por fortuna suya, no tardó en salirle al paso la fiel zorra.

—Debería abandonarte a tu desgracia —le dijo el animal—, pero me das lástima y te ayudaré una vez más. Este claro lleva directamente al Castillo de Oro. Llegarás a él al atardecer, y por la noche, cuando todo esté tranquilo y silencioso, la hermosa princesa se dirigirá a la casa de los baños. Cuando entre, te lanzas sobre ella y le das un beso; ella te seguirá y podrás

llevártela; pero ¡guárdate de permitirle que se despida de sus padres, pues de otro modo lo pasarás mal!

Estiró la zorra el rabo, montóse el hijo del Rey y otra vez a todo correr a campo traviesa, mientras los cabellos silbaban al viento.

Al llegar al Castillo de Oro, todo ocurrió como predijera la zorra. Esperó el príncipe hasta medianoche, y cuando todo el mundo dormía y la bella princesa se dirigió a los baños, avanzando él de improviso, le dio un beso.

Díjole ella que se marcharía muy a gusto con él, pero le suplicó con lágrimas que le permitiese antes despedirse de sus padres. Al principio, el príncipe resistió a sus ruegos; pero al ver que la muchacha seguía llorando y se arrodillaba a sus pies, acabó por ceder.

Apenas hubo tocado la princesa el lecho de su padre, despertóse éste y todas las gentes del castillo; prendieron al doncel y lo encarcelaron.

A la mañana siguiente le dijo el Rey:

—Te has jugado la vida y la has perdido; sin embargo, te haré gracia de ella si arrasas la montaña que se levanta delante de mis ventanas y me quita la vista; y esto debes realizarlo en el espacio de ocho días. Si lo logras, recibirás en premio la mano de mi hija.

El príncipe se puso a manejar el pico y la pala sin descanso; pero cuando, transcurridos siete días, vio lo poco que había conseguido y que todo su esfuerzo ni siquiera se notaba, cayó en un gran abatimiento con toda la esperanza perdida.

Pero al anochecer del día séptimo se presentó la zorra y le dijo:

—No mereces que me preocupe de ti; pero vete a dormir; haré el trabajo en tu lugar.

A la mañana, al despertar el mozo y asomarse a la ventana, la montaña había desaparecido. Corrió rebosante de gozo a presencia del Rey, y le dio cuenta de que su condición quedaba satisfecha, por lo que el Monarca, quieras que no, hubo de cumplir su palabra y entregarle a su hija.

Marcháronse los dos, y al poco rato se les acercó la zorra:

—Tienes lo mejor, es cierto; pero a la doncella del Castillo de Oro le pertenece también el caballo de oro.

—¿Y cómo podré ganármelo? —preguntó el joven.

—Voy a decírtelo. Ante todo, lleva a la hermosa doncella al Rey que te envió al Castillo de Oro. Se pondrá loco de alegría y te dará gustoso el caballo de oro. Tú lo montas sin dilación, alargas la mano a cada uno para estrechársela en despedida, dejando para último lugar a la princesa. Entonces la subes de un tirón a la grupa y te lanzas al galope; nadie podrá alcanzarte, pues el caballo es más veloz que el viento.

Todo sucedió así puntual y felizmente, y el príncipe se alejó con la bella princesa, montados ambos en el caballo de oro.

La zorra no se quedó rezagada, y dijo al doncel:

—Ahora voy a ayudarte a conquistar el pájaro de oro. Cuando te encuentres en las cercanías del palacio donde mora el ave, haz que la princesa se apee; yo la guardaré. Tú te presentas en el patio del palacio con el caballo de oro; al verlo, habrá gran alegría y te entregarán el pájaro. Cuando tengas la jaula en la mano, galoparás hacia donde estamos nosotras para recoger a la princesa.

Conseguido también esto y disponiéndose el príncipe a regresar a casa con sus tesoros, díjole la zorra:

—Ahora debes recompensar mis servicios.

—¿Qué recompensa deseas? —preguntó el joven.

—Cuando lleguemos al bosque, mátame de un tiro y córtame la cabeza y las patas.

—¡Bonita prueba de gratitud sería ésta! —exclamó el mozo—; esto no puedo hacerlo.

A lo que replicó la zorra:

—Si te niegas, no tengo más remedio que dejarte; pero antes voy a darte aún otro buen consejo. Guárdate de dos cosas: de comprar carne de horca y de sentarte al borde de un pozo.

Y, dichas estas palabras, se adentró en el bosque.

Pensó el muchacho: «¡Qué raro es este animal, y vaya ocurrencias las suyas! ¡Quién comprará carne de horca! Y en cuanto al capricho de sentarme al borde de un pozo, jamás me ha pasado por las mientes».

Continuó su camino con la bella princesa y hubo de pasar por el pueblo donde se habían quedado sus hermanos. Notó en él gran revuelo y alboroto y, al preguntar la causa, contestáronle que iban a ahorcar a dos individuos.

Al acercarse vio que eran sus hermanos, los cuales habían cometido toda clase de tropelías y derrochado su hacienda. Preguntó él si no podría rescatarlos.

—Si queréis pagar por ellos —replicáronle—. Mas, ¿por qué emplear vuestro dinero en libertar a dos criminales?

Pero él, sin atender a razones, los rescató y todos juntos tomaron el camino de su casa.

Al llegar al bosque donde por primera vez se encontraran con la zorra, como quiera que en él era la temperatura fresca y agradable y fuera caía un sol achicharrante, dijeron los hermanos:

—Vamos a descansar un poco junto al pozo; comeremos un bocado y beberemos un trago.

Avínose el menor y, olvidándose con la animación de la charla de la recomendación de la zorra, sentóse al borde del pozo sin pensar nada malo.

Pero los dos hermanos le dieron un empujón y lo echaron al fondo; seguidamente se pusieron en camino, llevándose a la princesa, el caballo y el pájaro.

Al llegar a casa, dijeron al Rey, su padre:

—No solamente traemos el pájaro de oro, sino también el caballo de oro y la princesa del Castillo de Oro.

Hubo grandes fiestas y regocijos, y todo el mundo estaba muy contento, aparte del caballo, que se negaba a comer; el pájaro, que no quería cantar, y la princesa, que permanecía retraída y llorosa.

El hermano menor no había muerto, sin embargo. Afortunadamente el pozo estaba seco, y él fue a caer sobre un lecho de musgo, sin sufrir daño alguno; sólo que no podía salir de su prisión.

Tampoco en aquel apuro lo abandonó su fiel zorra la cual, acudiendo a toda prisa, le riñó por no haber seguido sus consejos.

—A pesar de todo, no puedo abandonarte a tu suerte —dijo—; te sacaré otra vez de este apuro —indicóle que se cogiese a su rabo, agarrándose fuertemente, y luego tiró hacia arriba—. Todavía no estás fuera de peligro —le dijo—, pues tus hermanos no están seguros de tu muerte, y han apostado guardianes en el bosque con orden de matarte si te dejas ver.

El joven trocó sus vestidos por los de un pobre viejo que encontró en el camino, y de esta manera pudo llegar al palacio del Rey, su padre. Nadie lo reconoció; pero el pájaro se puso a cantar y el caballo a comer, mientras se secaban las lágrimas de los ojos de la princesa.

Admirado, preguntó el Rey:

—¿Qué significa esto?

Y respondió la doncella:

—No lo sé, pero me sentía muy triste y ahora estoy alegre. Me parece como si hubiese llegado mi legítimo esposo.

Y le contó todo lo que le había sucedido, a pesar de las amenazas de muerte que le habían hecho los dos hermanos si los descubría.

El Rey convocó a todos los que se hallaban en el palacio y, así, compareció también su hijo menor, vestido de harapos como un pordiosero; pero la princesa lo reconoció en seguida y se le arrojó al cuello.

Los perversos hermanos fueron detenidos y ajusticiados, y él se casó con la princesa y fue el heredero del Rey.

Pero ¿y qué fue de la zorra? Lo vais a saber.

Algún tiempo después, el príncipe volvió al bosque y se encontró con la zorra; la cual le dijo:

—Tienes ya todo cuanto pudiste ambicionar; en cambio, mi desgracia no tiene fin, a pesar de que está en tus manos el salvarme.

Y nuevamente le suplicó que la matase de un tiro y le cortase la cabeza y las patas. Hízolo así el príncipe, y en el mismo instante se transformó la zorra en un hombre, que no era otro sino el hermano de la bella princesa el cual, de este modo, quedó libre del hechizo que sobre él pesaba. Y ya nada faltó a la felicidad de todos mientras vivieron.

Juanito y Margarita
(Hansel y Gretel)

JUNTO a un bosque muy grande vivía un pobre leñador con su mujer y dos hijos; el niño se llamaba Juanito, y la niña, Margarita. Apenas tenían qué comer, y en una época de carestía que sufrió el país, llegó un momento en que el hombre ni siquiera podía ganarse el pan de cada día.

Estaba el leñador una noche en la cama, cavilando y revolviéndose, sin que las preocupaciones le dejaran pegar el ojo; finalmente, dijo suspirando a su mujer:

—¿Qué va a ser de nosotros? ¿Cómo alimentar a los pobres pequeños, puesto que nada nos queda?

—Se me ocurre una cosa —respondió ella—. Mañana, de madrugada, nos llevaremos a los niños a lo más espeso del bosque, les encenderemos un fuego, les daremos un pedacito de pan y luego los dejaremos solos para ir a nuestro trabajo. Como no sabrán encontrar el camino de vuelta, nos libraremos de ellos.

—¡Por Dios, mujer! —replicó el hombre—. Eso no lo hago yo. ¡Cómo voy a cargar sobre mí el abandonar a mis hijos en el bosque! No tardarían en ser destrozados por las fieras.

—¡No seas necio! —exclamó ella—. ¿Quieres, pues, que nos muramos de hambre los cuatro? ¡Ya puedes ponerte a aserrar las tablas de los ataúdes!

Y no cesó de importunarlo hasta que el hombre accedió.

—Pero me dan mucha lástima —decía.

Los dos hermanitos, a quienes el hambre mantenía siempre desvelados, oyeron lo que su madrastra aconsejaba a su padre.

Margarita, entre amargas lágrimas, dijo a Juanito:

—¡Ahora sí que estamos perdidos!

—No llores, Margarita —la consoló el niño—, y no te aflijas, que yo me las arreglaré para salir del paso.

Y cuando los viejos estuvieron dormidos, levantóse, púsose la chaquetita y salió a la calle por la puerta trasera.

Brillaba una luna esplendorosa, y los blancos guijarros que estaban en el suelo delante de la casa relucían como plata pura. Juanito los fue recogiendo hasta que no le cupieron más en los bolsillos.

De vuelta a su cuarto, dijo a Margarita:

—Nada temas, hermanita, y duerme tranquila; Dios no nos abandonará.

Y se acostó de nuevo.

A las primeras luces del día, antes aún de que saliera el sol, la mujer fue a llamar a los niños:

—¡Vamos, holgazanes, levantaos! Hemos de ir al bosque por leña —y dando a cada uno un pedacito de pan, les advirtió—. Ahí tenéis esto para mediodía; pero no os lo comáis antes, pues no os daré más.

Margarita se puso el pan debajo del delantal, porque Juanito llevaba los bolsillos llenos de piedras, y emprendieron los cuatro el camino del bosque.

Al cabo de un ratito de andar, Juanito se detenía de cuando en cuando para volverse a mirar hacia la casa. Dijo el padre:

—Juanito, no te quedes rezagado mirando atrás; ¡atención, piernas vivas!

—Es que miro el gatito blanco, que desde el tejado me está diciendo adiós —respondió el niño.

Y replicó la mujer:

—Tonto, no es el gato, sino el sol de la mañana que se refleja en la chimenea.

Pero lo que estaba haciendo Juanito no era mirar el gato, sino ir echando blancas piedrecitas que sacaba del bolsillo a lo largo del camino.

Cuando estuvieron en medio del bosque dijo el padre:

—Recoged ahora leña, pequeños; os encenderé un fuego para que no tengáis frío.

Juanito y Margarita reunieron un buen montón de leña menuda. Prepararon una hoguera, y cuando ya ardió con viva llama, dijo la mujer:

—Poneos ahora al lado del fuego chiquillos, y descansad mientras nosotros nos vamos por el bosque a cortar leña. Cuando hayamos terminado, vendremos a recogeros.

Los dos hermanitos se sentaron junto al fuego, y al mediodía cada uno se comió su pedacito de pan. Y como oían el ruido de los hachazos, creían que su padre estaba cerca. Pero en realidad no era el hacha, sino una rama que él había atado a un árbol seco, y que el viento hacía chocar contra el tronco.

Al cabo de mucho rato de estar allí sentados, el cansancio les cerró los ojos y se quedaron profundamente dormidos.

Despertaron cuando ya era noche cerrada y Margarita se echó a llorar diciendo:

—¿Cómo saldremos del bosque?

Pero Juanito la consoló:

—Espera un poquitín a que brille la luna, que ya encontraremos el camino.

Y cuando la luna estuvo alta en el cielo el niño, cogiendo de la mano a su hermanita, guióse por las guijas que, brillando como plata batida, le indicaron la ruta.

Anduvieron toda la noche, y llegaron a la casa al despuntar el alba. Llamaron a la puerta y les abrió la madrastra que, al verlos, exclamó:

—¡Diablo de niños! ¿Qué es eso de quedarse tantas horas en el bosque? ¡Creíamos que no queríais volver!

El padre, en cambio, se alegró de que hubieran vuelto, pues le remordía la conciencia por haberlos abandonado.

Algún tiempo después hubo otra época de miseria en el país, y los niños oyeron una noche cómo la madrastra, estando en la cama, decía a su marido:

—Otra vez se ha terminado todo; sólo nos queda media hogaza de pan, y sanseacabó. Tenemos que deshacernos de los niños. Los llevaremos más adentro del bosque para que no puedan encontrar el camino; de otro modo, no hay salvación para nosotros.

Al padre le dolía mucho abandonar a los niños, y pensaba: «Mejor harías partiendo con tus hijos el último bocado». Pero la mujer no quiso escuchar sus razones, y lo llenó de reproches e improperios. Quien cede la primera vez, también ha de ceder la segunda; y, así, el hombre no tuvo valor

para negarse. Pero los niños estaban aún despiertos y oyeron la conversación.

Cuando los viejos se hubieron dormido, levantóse Juanito con intención de salir a proveerse de guijarros, como la vez anterior; pero no pudo hacerlo, pues la mujer había cerrado la puerta. Dijo, no obstante, a su hermanita para consolarla:

—No llores, Margarita, y duerme tranquila, que Dios Nuestro Señor nos ayudará.

A la madrugada siguiente se presentó la mujer a sacarlos de la cama y les dio su pedacito de pan, más pequeño aún que la vez anterior. Camino del bosque, Juanito iba desmigajando el pan en el bolsillo y, deteniéndose de trecho en trecho, dejaba caer miguitas en el suelo.

—Juanito, ¿por qué te paras a mirar atrás? —preguntóle el padre—. ¡Vamos, no te entretengas!

—Estoy mirando mi palomita, que desde el tejado me dice adiós.

—¡Bobo! —intervino la mujer—, no es tu palomita, sino el sol de la mañana que brilla en la chimenea.

Pero Juanito fue sembrando de migas todo el camino.

La madrastra condujo a los niños aún más adentro del bosque, a un lugar en el que nunca habían estado. Encendieron una gran hoguera, y la mujer les dijo:

—Quedaos aquí, pequeños, y si os cansáis, echad una siestecita. Nosotros vamos por leña; al atardecer, cuando hayamos terminado, volveremos a recogeros.

A mediodía, Margarita partió su pan con Juanito, ya que él había esparcido el suyo por el camino. Luego se quedaron dormidos, sin que nadie se presentara a buscar a los pobrecillos; se despertaron cuando era ya de noche oscura.

Juanito consoló a Margarita diciéndole:

—Espera un poco hermanita a que salga la luna; entonces veremos las migas de pan que yo he esparcido, y que nos mostrarán el camino de vuelta.

Cuando salió la luna, se dispusieron a regresar; pero no encontraron ni una sola miga; se las habían comido los mil pajarillos que volaban por el bosque. Dijo Juanito a Margarita:

—Ya daremos con el camino.

Pero no lo encontraron. Anduvieron toda la noche y todo el día siguiente, desde la madrugada hasta el atardecer, sin lograr salir del bosque; sufrían además de hambre, pues no habían comido más que unos pocos frutos silvestres, recogidos del suelo. Y como se sentían tan cansados que las piernas se negaban ya a sostenerlos, echáronse al pie de un árbol y se quedaron dormidos.

Y amaneció el día tercero desde que salieron de casa. Reanudaron la marcha, pero cada vez se extraviaban más en el bosque. Si alguien no

acudía pronto en su ayuda, estaban condenados a morir de hambre.

Pero he aquí que hacia mediodía vieron un hermoso pajarillo, blanco como la nieve, posado en la rama de un árbol; y cantaba tan dulcemente, que se detuvieron a escucharlo.

Cuando hubo terminado, abrió sus alas y emprendió el vuelo, y ellos lo siguieron hasta llegar a una casita, en cuyo tejado se posó; y al acercarse vieron que la casita estaba hecha de pan y cubierta de bizcocho, y las ventanas eran de puro azúcar.

—¡Mira qué bien! —exclamó Juanito—, aquí podremos sacar el vientre de mal año. Yo comeré un pedacito del tejado; tú, Margarita, puedes probar la ventana, verás cuán dulce es.

Se encaramó el niño al tejado y rompió un trocito para ver a qué sabía, mientras su hermanita mordisqueaba en los cristales.

Entonces oyeron una voz suave que procedía del interior:

«¿Será acaso la ratita
la que roe mi casita?»

Pero los niños respondieron:

«Es el viento, es el viento
que sopla violento».

Y siguieron comiendo sin desconcertarse. Juanito, que encontraba el tejado sabrosísimo, desgajó un buen pedazo, y Margarita sacó todo un cristal redondo y se sentó en el suelo, comiendo a dos carrillos.

Abrióse entonces la puerta bruscamente, y salió una mujer viejísima que se apoyaba en una muleta. Los niños se asustaron de tal modo, que soltaron lo que tenían en las manos; pero la vieja, meneando la cabeza, les dijo:

—Hola, pequeñines, ¿quién os ha traído? Entrad y quedaos conmigo, no os haré ningún daño.

Y, cogiéndolos de la mano, los introdujo en la casita, donde había servida una apetitosa comida: leche con bollos azucarados, manzanas y nueces.

Después los llevó a dos camitas con ropas blancas, y Juanito y Margarita se acostaron en ellas creyéndose en el cielo.

La vieja aparentaba ser muy buena y amable; pero, en realidad, era una bruja malvada que acechaba a los niños para cazarlos, y había construido la casita de pan con el único objeto de atraerlos. Cuando uno caía en su poder, lo mataba, lo guisaba y se lo comía; esto era para ella un gran banquete. Las brujas tienen los ojos rojizos y son muy cortas de vista; pero, en cambio, su olfato es muy fino, como el de los animales, por lo que desde muy lejos ventean la presencia de las personas. Cuando sintió que se acercaban Juanito y Margarita, dijo para sus adentros con una risotada maligna: «¡Míos son; éstos no se me escapan!».

Levantóse muy de mañana, antes de que los niños se despertasen y, al verlos descansar tan plácidamente, con aquellas mejillitas tan sonrosadas y coloreadas, murmuró entre dientes: «¡Serán un buen bocado!». Y, agarrando

a Juanito con su mano seca, llevólo a un pequeño establo y lo encerró detrás de una reja. Gritó y protestó el niño con todas sus fuerzas, pero todo fue inútil.

Dirigióse entonces a la cama de Margarita y despertó a la pequeña, sacudiéndola rudamente y gritándole:

—Levántate, holgazana, ve a buscar agua y guisa algo bueno para tu hermano; lo tengo en el establo y quiero que engorde. Cuando esté bien cebado, me lo comeré.

Margarita se echó a llorar amargamente, pero en vano; hubo de cumplir los mandatos de la bruja.

Desde entonces a Juanito le sirvieron comidas exquisitas, mientras Margarita no recibía sino cáscaras de cangrejo.

Todas las mañanas bajaba la vieja al establo y decía:

—Juanito, saca el dedo, que quiero saber si estás gordo.

Pero Juanito, en vez del dedo, sacaba un huesecito, y la vieja, que tenía la vista muy mala, pensaba que era realmente el dedo del niño y todo era extrañarse de que no engordara.

Cuando, al cabo de cuatro semanas, vio que Juanito continuaba tan flaco, perdió la paciencia y no quiso aguardar más tiempo:

—Anda, Margarita —dijo a la niña—, a buscar agua, ¡ligera! Esté gordo o flaco tu hermano, mañana me lo comeré.

¡Qué desconsuelo el de la hermanita cuando venía con el agua, y cómo le corrían las lágrimas por las mejillas! «¡Dios mío, ayúdanos! —rogaba—. ¡Ojalá nos hubiesen devorado las fieras del bosque; por lo menos habríamos muerto juntos!».

—¡Basta de lloriqueos! —gritó la vieja—; de nada han de servirte.

Por la madrugada, Margarita hubo de salir a llenar de agua el caldero y encender fuego.

—Primero coceremos pan —dijo la bruja—. Ya he calentado el horno y preparado la masa —y de un empujón llevó a la pobre niña hasta el horno, de cuya boca salían grandes llamas—. Entra a ver si está bastante caliente para meter el pan —mandó la vieja.

Su intención era cerrar la puerta del horno cuando la niña estuviese en su interior, asarla y comérsela también. Pero Margarita adivinó el

pensamiento y dijo:

—No sé cómo hay que hacerlo; ¿cómo lo haré para entrar?

—¡Habráse visto criatura más tonta! —replicó la bruja—. Bastante grande es la abertura; yo misma podría pasar por ella.

Y, para demostrárselo, se adelantó y metió la cabeza en la boca del horno. Entonces Margarita, de un empujón, la precipitó en el interior y, cerrando la puerta de hierro, corrió el cerrojo.

¡Allí era de oír la de chillidos que daba la bruja! ¡Qué gritos más espantosos! Pero la niña echó a correr, y la malvada hechicera hubo de morir quemada miserablemente.

Corrió Margarita al establo donde estaba encerrado Juanito y le abrió la puerta, exclamando:

—¡Juanito, estamos salvados; ya está muerta la bruja!

Saltó el niño afuera, como un pájaro al que se le abre la jaula. ¡Qué alegría sintieron los dos, y cómo se arrojaron al cuello del otro, y qué de abrazos y besos! Y como ya nada tenían que temer, recorrieron la casa de la bruja, y en todos los rincones encontraron cajas llenas de perlas y piedras preciosas.

—¡Más valen éstas que los guijarros! —exclamó Juanito, llenándose de ellas los bolsillos.

Y dijo Margarita:

—También yo quiero llevar algo a casa.

Y, a su vez, se llenó el delantal de pedrería.

—Vámonos ahora —dijo el niño—; debemos salir de este bosque embrujado.

A unas dos horas de andar llegaron a un gran río.

—No podremos pasarlo —observó Juanito—, no veo ni puente ni pasarela.

—Tampoco hay barquita alguna —añadió Margarita—; pero allí nada un pato blanco, y si se lo pido nos ayudará a pasar el río.

Y gritó:

«Patito, buen patito,
somos Margarita y Juanito.

No hay ningún puente por donde pasar;
¿sobre tu blanca espalda nos quieres llevar?»

Acercóse el patito y el niño se subió en él, invitando a su hermana a hacer lo mismo.

—No —replicó Margarita—, sería muy pesado para el patito; vale más que nos lleve uno tras otro.

Así lo hizo el buen pato, y cuando ya estuvieron en la orilla opuesta y hubieron caminado otro trecho, el bosque les fue siendo cada vez más familiar hasta que, al fin, descubrieron a lo lejos la casa de su padre.

Echaron entonces a correr, entraron como una tromba y se colgaron del cuello de su padre. El pobre hombre no había tenido una sola hora de reposo desde el día en que abandonara a sus hijos en el bosque; y en cuanto a la madrastra, había muerto.

Volcó Margarita su delantal, y todas las perlas y piedras preciosas saltaron por el suelo, mientras Juanito vaciaba también a puñados sus bolsillos. Se acabaron las penas, y en adelante vivieron los tres felices.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Los dos hermanos

RANSE una vez dos hermanos, rico uno, y el otro, pobre. El rico tenía el oficio de orfebre y era hombre de corazón duro. El pobre se ganaba la vida haciendo escobas, y era bueno y honrado.

Tenía éste dos hijos, gemelos y parecidos como dos gotas de agua. Los dos niños iban de cuando en cuando a la casa del rico donde, algunas veces, comían de las sobras de la mesa.

Sucedió que el hermano pobre, hallándose un día en el bosque donde había ido a coger ramas secas, vio un pájaro todo de oro, y tan hermoso como nunca viera otro semejante. Cogió una piedra y se la tiró; pero sólo cayó una pluma, y el animal escapó volando.

Recogió el hombre la pluma y la llevó a su hermano, quien dijo:

—Es oro puro.

Y le pagó su precio.

Al día siguiente encaramóse el hombre a un abedul para cortar unas ramas. Y he aquí que del árbol echó a volar el mismo pájaro, y al examinar el hombre el lugar desde donde había levantado el vuelo, encontró un nido y, en él, un huevo que era de oro.

Recogió el huevo y se lo llevó a su hermano, quien volvió a decir:

—Es oro puro —y le pagó su precio. Pero añadió—. Quisiera el pájaro entero.

Volvió el pobre al bosque, y vio de nuevo el ave posada en el árbol. La derribó de una pedrada y la llevó a su hermano, quien le pagó por ella un buen montón de oro.

—Ahora ya tengo para vivir —pensó el hombre, y se fue a su casa muy satisfecho.

El orfebre, que era inteligente y astuto, sabía muy bien qué clase de pájaro era aquél. Llamó a su esposa y le dijo:

—Ásame este pájaro de oro, y pon mucho cuidado en no tirar nada, pues quiero comérmelo entero yo solo.

El ave no era como las demás, sino de una especie muy maravillosa; quien comiera su corazón y su hígado encontraría todas las mañanas una moneda de oro debajo de la almohada.

La mujer aderezó el pájaro convenientemente y lo ensartó en el asador. Pero he aquí que, mientras estaba al fuego, un momento en que la mujer salió de la cocina para atender a otra faena, entraron los dos hijos del pobre escobero y, poniéndose junto al asador, le dieron unas cuantas vueltas. Y al ver que caían en la sartén dos trocitos del ave, dijo uno:

—Nos comeremos estos pedacitos, pues tengo mucha hambre; nadie lo notará.

Y se los comieron, uno cada uno. En aquel momento entró el ama, y al ver que mascaban algo, les preguntó:

—¿Qué coméis?

—Dos trocitos que cayeron del pájaro —respondieron.

—¡Son el corazón y el hígado! —exclamó espantada la mujer.

Y para que su marido no los echara de menos y se enfadase, mató a toda prisa un pollo, le arrancó el corazón y el hígado y los metió dentro del pájaro.

Cuando ya estuvo preparado el plato, sirviólo al orfebre, el cual se lo merendó entero sin dejar nada. Pero a la mañana siguiente, al levantar la almohada para buscar la moneda de oro, no apareció nada.

Los dos niños, por su parte, ignoraban la suerte que les había caído. Al levantarse por la mañana, oyeron el sonido metálico de algo que caía al suelo y, al recogerlo, vieron que eran dos monedas de oro. Lleváronlas a su padre, quien exclamó admirado:

—¿Cómo habrá sido eso?

Pero al ver que al día siguiente y todos los sucesivos se repetía el caso, fue a contárselo a su hermano. Inmediatamente comprendió éste lo ocurrido, y que los niños se habían comido el corazón y el hígado del ave; y

como era hombre envidioso y duro de corazón, queriendo vengarse dijo al padre:

—Tus hijos tienen algún pacto con el diablo. No aceptes el oro ni los dejes estar por más tiempo en tu casa, pues el maligno tiene poder sobre ellos y puede acarrear tu propia pérdida.

El padre temía al demonio y, aunque se le partía el corazón, llevó a los gemelos al bosque y los abandonó en él.

Los niños vagaban extraviados por el bosque, buscando el camino de su casa; pero no sólo no lo hallaron, sino que se perdieron cada vez más.

Finalmente, toparon con un cazador, el cual les preguntó:

—¿Quiénes sois, pequeños?

—Somos los hijos del pobre escobero —respondieron ellos.

Y le explicaron a continuación que su padre los había echado de su casa porque todas las mañanas había una moneda de oro debajo de las respectivas almohadas.

—¡Toma! —exclamó el cazador—, nada hay en ello de malo, con tal que sepáis conservaros buenos y no os deis a la pereza —el buen hombre, prendado de los niños y no teniendo ninguno propio, se los llevó a su casa diciéndoles—. Yo seré vuestro padre y os criaré.

Y los dos aprendieron el arte de la caza, en tanto que su padre adoptivo iba guardando las monedas de oro que cada uno encontraba al levantarse, por si pudieran necesitarlas algún día.

Cuando ya fueron mayores, llevólos un día al bosque y les dijo:

—Vais a hacer hoy vuestra prueba de tiro, para que pueda emanciparos y daros el título de cazadores.

Encamináronse juntos a la paranza, donde permanecieron largo tiempo al acecho; pero no se presentó ninguna pieza. El cazador levantó la vista al cielo y descubrió una bandada de patos salvajes que volaba en forma de triángulo; dijo, pues, a uno de los mozos:

—Haz caer uno de cada extremo.

Hízolo el muchacho, y así pasó su prueba de tiro.

Al poco rato acercóse una segunda bandada, que ofrecía la forma de un dos; el cazador mandó al otro que derribase también uno de cada extremo, lo que el chico hizo con igual éxito.

Dijo entonces el padre adoptivo:

—Os declaro emancipados; ya sois maestros cazadores.

Internáronse luego los dos hermanos en el bosque y, celebrando consejo, tomaron una resolución. Al sentarse a la mesa para cenar, dijeron a su protector:

—No tocaremos la comida ni nos llevaremos a la boca el menor bocado, hasta que nos otorguéis la gracia que queremos pediros.

—¿De qué se trata, pues? —preguntó él.

Y ellos respondieron:

—Hemos terminado nuestro aprendizaje; ahora tenemos que ver mundo; dadnos permiso para marcharnos.

Replicó el viejo, gozoso:

—Así hablan los bravos cazadores; lo que pedís era también mi deseo. Marchaos, tendréis suerte.

Y cenaron y bebieron alegremente.

Cuando llegó el día designado para la partida, el padre adoptivo dio a cada uno una buena escopeta y un perro, y todas cuantas monedas de oro quisieron llevarse. Acompañólos luego durante un trecho y, al despedirlos, les dio todavía un reluciente cuchillo diciéndoles:

—Si algún día os separáis, clavad este cuchillo en un árbol en el lugar donde vuestros caminos se separen. De este modo cada uno, cuando regrese, podrá saber cuál ha sido el destino del otro; pues el lado hacia el cual se dirigió, si está muerto, aparecerá lleno de herrumbre; pero mientras viva, la hoja seguirá brillante.

Siguieron andando los dos hermanos hasta que llegaron a un bosque, tan grande, que en todo un día no pudieron salir de él. Pasaron, pues, allí la noche, comiéndose luego las provisiones que llevaban en el morral; anduvieron sin dar tampoco con la salida y, como no les quedara nada que comer, dijo uno:

—Hemos de cazar algo si no queremos pasar hambre.

Y, cargando su escopeta, dirigió una mirada a su alrededor. Viendo que pasaba corriendo una vieja liebre, le apuntó con el arma, pero el animal gritó:

«Querido cazador, no acortes mis días,
y a cambio te daré dos de mis crías».

Y, saltando entre los matorrales, compareció en seguida con dos lebratos; pero los animalitos parecían tan contentos y eran tan juguetones, que los cazadores no pudieron resignarse a matarlos. Los guardaron, pues, con ellos, y los dos lebratos los siguieron dócilmente.

Pronto se presentó una zorra, y ellos se dispusieron a cazarla; pero el animal les gritó:

«Querido cazador, no acortes mis días,
y a cambio te daré dos de mis crías».

Y les trajo dos zorrillos que tampoco los cazadores tuvieron corazón para matar; dejáronlos en compañía de los lebratos, y todos juntos siguieron su camino.

Al poco rato salió un lobo de la maleza, y los cazadores le encararon la escopeta; pero el lobo les gritó:

«Querido cazador, no acortes mis días,
y a cambio te daré dos de mis crías».

Los cazadores reunieron los lobeznos con los demás animalitos y continuaron andando.

Hasta que descubrieron un oso que, no sintiendo tampoco deseos de morir, les gritó a su vez:

«Querido cazador, no acortes mis días,
y a cambio te daré dos de mis crías».

Los dos oseznos pasaron a aumentar el séquito, formado ya por ocho animales.

¿Quién diríais que vino, al fin? Pues nada menos que un león, agitando la melena. Pero los cazadores, sin intimidarse, le apuntaron con sus armas,

y entonces la fiera les dijo también:

> «Querido cazador, no acortes mis días,
> y a cambio te daré dos de mis crías».

Y cuando hubo dado sus cachorrillos, resultó que los cazadores tenían dos leones, dos osos, dos lobos, dos zorras y dos liebres, todos los cuales los seguían y servían. Pero, entretanto, el hambre arreciaba, por lo que dijeron a las zorras:

—Vamos a ver, vosotras que sois astutas, procuradnos algo de comer; de esto sabéis bien.

Y respondieron ellas:

—No lejos de aquí hay un pueblo del que hemos sacado más de un pollo; os enseñaremos el camino.

Llegaron al pueblo, compraron comida para ellos y para los animales y prosiguieron su ruta. Las zorras conocían al dedillo la región, pues en ella había muchos cortijos con averío, y pudieron guiar a los cazadores.

Después de haber errado un tiempo sin poder encontrar ninguna colocación para los dos juntos, dijeron:

—Esto no puede continuar; no hay más remedio que separarse.

Repartiéronse los animales, de modo que cada uno se quedase un león, un oso, un lobo, una zorra y una liebre, y luego se despidieron, prometiéndose cariño fraternal hasta la muerte, y clavaron en un árbol el cuchillo que les había dado su padre adoptivo. Hecho esto, el uno se encaminó hacia Levante, y el otro, hacia Poniente.

El menor llegó al cabo de poco a una ciudad, toda ella cubierta de crespones negros. Alojóse en una hospedería, y preguntó al dueño si podría admitir también a sus animales.

El hostelero los condujo a un establo que tenía un agujero en la pared, por el cual se escurrió la liebre para volver con una col, y luego la zorra, que se zampó una gallina y, a continuación, un gallo. Pero el lobo, el oso y el león, siendo mucho más corpulentos, no pudieron pasar, por lo que el hostelero los condujo a un prado donde una vaca se hallaba echada sobre la hierba, y de la que ellos dieron cuenta en un santiamén.

Ya hartos sus animales, el cazador preguntó al mesonero por qué estaba la ciudad tan enlutada. A lo que respondió el hombre:

—Porque mañana debe morir la única hija de nuestro Rey.

—¿Está, pues, enferma de muerte? —preguntó el cazador.

—No —explicó el hostelero—, está fresca y sana y, sin embargo, ha de morir.

—¿Cómo se entiende esto? —inquirió el forastero.

—En las afueras de la ciudad se levanta una alta montaña, en la que tiene su morada un dragón. El monstruo amenaza con devastar todo el país, si todos los años no se le entrega una doncella virgen. Ya han sido sacrificadas todas las de la nación, y solamente queda la hija del Rey por lo cual, irremisiblemente, ha de ser entregada, y ello se verificará mañana.

Dijo el joven:

—¿Y por qué no matan al dragón?

—¡Ay! —respondió el hostelero—, muchos caballeros lo intentaron, y todos perdieron la vida en la empresa. El Rey ha prometido dar a su hija por esposa y nombrar heredero del reino a quien acabe con el monstruo.

El cazador no dijo nada más; pero a la mañana siguiente, llamó a sus animales y emprendió con ellos el ascenso a la montaña del dragón.

En la cima se levantaba una pequeña iglesia, en cuyo altar había tres cálices llenos y la siguiente inscripción: quien se beba el contenido de los cálices, se convertirá en el hombre más fuerte de la Tierra y será capaz de manejar la espada que se halla enterrada en el umbral de la puerta. El cazador no bebió, pero salió al exterior y buscó la espada; mas no le fue posible moverla de su sitio. Entró de nuevo en la ermita y apuró el contenido de los vasos; al instante adquirió la fuerza necesaria para levantar el arma e incluso para blandirla con la mayor ligereza.

Llegada la hora en que la doncella debía ser entregada al dragón, tomaron el camino de la montaña para acompañarla el Rey, el mariscal y los cortesanos. La princesa vio desde lejos al cazador en la cumbre y, pensando que era el dragón que la aguardaba, se resistía a subir; pero, al fin, tuvo que resignarse, ya que de otro modo habría sido destruida la ciudad entera.

El Rey y su séquito regresaron a palacio sumidos en profunda tristeza; únicamente el mariscal hubo de quedarse para presenciar desde lejos lo que

ocurriera.

Cuando la princesa llegó a la cumbre de la montaña, en vez del dragón se encontró con el joven cazador, el cual le infundió ánimos diciéndole que estaba allí para salvarla, y la introdujo en la capilla encerrándola dentro.

Poco después llegaba, con gran estrépito, el dragón de siete cabezas. Al ver al cazador, díjole sorprendido:

—¿Qué tienes tú que hacer en esta montaña?

A lo cual respondió el mozo:

—He venido a combatir contigo.

—Muchos caballeros han dejado aquí la vida —replicó el monstruo—; no me será difícil acabar contigo.

Y púsose a despedir fuego por sus siete fauces. Aquel fuego hubiera prendido en la hierba seca y ahogado al joven, de no haber acudido corriendo sus animales que apagaron a pisotones el incendio.

Entonces el dragón se arrojó contra el cazador, pero éste, blandiendo su espada con tal fuerza que hacía silbar el aire, de un golpe le cercenó tres cabezas. ¡Con qué furor se irguió la fiera, escupiendo llamas contra su enemigo y aprestándose a aniquilarlo! Pero el otro, de un segundo mandoble, le cortó tres cabezas más. El monstruo, casi agotado, cayó al suelo; pero, reuniendo sus últimas fuerzas, embistióle aún por tercera vez; entonces el joven le cortó la cola.

Derribado ya el monstruo, llamó el cazador a sus animales, los cuales acabaron de despedazarlo. Terminada la batalla, el cazador abrió la puerta de la iglesia y encontró a la princesa tendida en el suelo sin sentido, debido a la angustia y el espanto que sufriera durante el combate.

Sacóla fuera y, cuando volvió en sí y abrió los ojos, mostróle el dragón descuartizado y le explicó que estaba libre y redimida. Alegróse ella sobremanera:

—Ahora serás mi amadísimo esposo —le dijo—, pues mi padre me prometió a aquel que matase al dragón.

Y, acto seguido, desatándose su collar de corales lo repartió entre sus animales para recompensarlos, dando al león el brochecillo de oro. El pañuelo en que estaba bordado su nombre lo entregó al cazador quien,

después de cortar las lenguas de las siete cabezas del monstruo, las envolvió en él y las puso a buen recaudo.

Luego, sintiéndose rendido por el fuego y por la lucha, dijo a la doncella:

—Los dos estamos cansados y agotados; vamos a dormir un rato.

Asintió ella, y los dos se tendieron en el suelo; y el cazador dijo al león:

—Tú velarás para que nadie nos sorprenda durante el sueño.

Y, al instante, se quedaron dormidos.

El león se echó junto a ellos para vigilar; pero como él estaba también fatigado de la pelea, llamando al oso le dijo:

—Échate a mi lado, que voy a dormir un rato; si viniere alguien, despiértame.

Tendióse el oso pero, fatigado a su vez, dijo al lobo:

—Échate a mi lado, que voy a dormir un rato; si viniere alguien, despiértame.

Echóse el lobo; pero como se sentía también cansado, llamó a la zorra y le dijo:

—Échate a mi lado, que voy a dormir un rato; si viniere alguien, despiértame.

Y la zorra se echó a su vez; pero, rendida igualmente, dijo a la liebre:

—Échate a mi lado, que voy a dormir un rato; si viniere alguien, despiértame.

Sentóse la liebre, que tampoco podía con su alma y no tenía quien pudiese sustituirla; el caso es que se durmió. Y ya los tenemos a todos dormidos: la princesa, el cazador, el león, el oso, el lobo, la zorra y la liebre; ¡y dormidos como troncos!

He aquí que el mariscal, encargado de observar lo que ocurriera desde lejos, al no ver al dragón marcharse con la princesa y notar que en la montaña reinaba una calma absoluta, haciendo de tripas corazón subió a la cumbre.

Allí yacía el dragón despedazado y, a poca distancia, la hija del Rey con el cazador y los animales, todos durmiendo a pierna suelta. Y como era un hombre malvado e impío, sacando su espada cortó la cabeza al cazador y, sujetando por el brazo a la princesa, la obligó a seguirlo al llano.

Al despertar ella se asustó al oír que le decía el mariscal:

—Estás en mi poder y tienes que decir que fui yo quien mató al dragón.

—No puedo hacer eso —respondió la doncella—, pues lo mataron el cazador y sus animales.

Desenvainando entonces la espada, el malvado la amenazó con matarla si no le obedecía, y le exigió que jurase hacerlo. Presentóse luego con ella ante el Rey, cuya alegría fue indescriptible al ver viva a su querida hija después de haberla creído destrozada por el monstruo.

Dijo el mariscal:

—He matado al dragón, he liberado a la princesa y todo el reino; y así, la reclamo por esposa, tal y como prometisteis.

Preguntó el Rey a la doncella:

—¿Es verdad lo que dice?

—¡Ay, sí! —respondió la muchacha—, bien debe de serlo, pero pido que no se celebre la boda hasta dentro de un año y un día.

Confiaba en que durante aquel tiempo recibiría alguna noticia de su cazador.

Mientras tanto, los animales seguían durmiendo junto a su amo muerto, hasta que llegó volando un gran abejorro que se posó en la nariz de la liebre; pero ésta lo ahuyentó con la pata sin despertarse. Vino el abejorro por segunda vez, y la liebre volvió a sacudírselo; pero a la tercera, el abejorro le clavó el aguijón en la nariz y la despertó.

No bien se hubo despertado la liebre, corrió a llamar a la zorra, ésta al lobo, el lobo al oso y el oso al león. Y al despertarse el león y ver que la princesa había desaparecido y que su señor estaba muerto, rugiendo pavorosamente gritó:

—¿Quién ha hecho esto? Oso, ¿por qué no me llamaste?

Y el oso al lobo:

—¿Por qué no me llamaste?

Y el lobo a la zorra:

—¿Por qué no me llamaste?

Y la zorra a la liebre:

—¿Por qué no me llamaste?

La pobre liebre fue la única que nada pudo responder, y hubo de cargar con la culpa. Todos arremetieron contra ella, pero el animalillo excusándose dijo:

—No me matéis; yo resucitaré a nuestro amo. Sé una montaña donde crece una hierba; quien la tenga en la boca, queda curado de todas sus enfermedades y heridas. Sólo que esta montaña está a doscientas horas de aquí.

Habló entonces el león:

—Debes estar de vuelta dentro de veinticuatro horas con la raíz que dices.

Salió la liebre corriendo, y en el plazo fijado compareció de nuevo con su planta milagrosa. El león ajustó la cabeza al tronco del cazador, la liebre le introdujo la raíz en la boca, e inmediatamente todo quedó unido, el corazón empezó a latir y volvió a la vida. Despertóse el cazador y se espantó al no ver a la princesa. «Se habrá escapado mientras yo dormía para librarse de mí», pensó.

Con las prisas, el león había encajado la cabeza de su señor al revés; pero éste ni siquiera se dio cuenta, absorto en sus tristes pensamientos acerca de la princesa. Sólo a mediodía, a la hora de comer, vio que tenía la cabeza vuelta hacia la espalda y preguntó a los animales qué había ocurrido durante su sueño.

Explicóle entonces el león que la fatiga los había rendido a todos, y que al despertar lo habían hallado decapitado; la liebre había ido en busca de la raíz salvadora; pero con las prisas, él le había colocado la cabeza al revés; de todos modos, en un momento repararía aquel descuido y, cortando de nuevo la cabeza al cazador, se la encajó debidamente, y la liebre terminó la operación con su planta prodigiosa.

El cazador empezó a errar tristemente por el mundo, haciendo bailar a sus animales ante las gentes. Sucedió que, exactamente al cabo de un año, llegó de nuevo a la misma ciudad donde había salvado a la princesa de las garras del dragón, encontrándose con que toda la población aparecía engalanada con colgaduras de color escarlata.

Preguntó al posadero:

—¿Qué significa esto? Hace un año todo estaba cubierto de negro; ¿por qué hoy estos colores tan vivos?

Y respondió el hombre:

—Hoy hace un año, la hija de nuestro Rey debía ser entregada al dragón; pero el mariscal luchó con él y lo mató, y mañana debe celebrarse su boda. Por eso visteis entonces la ciudad enlutada, y hoy la veis adornada con alegres colores, en señal de fiesta.

A mediodía del señalado para la boda, dijo el cazador al posadero:

—¿Me creeréis si os dijese, señor hostelero, que hoy comeré aquí con vos pan de la mesa del Rey?

—Pues apostaría cien monedas de oro a que no es verdad.

Aceptó el cazador la apuesta, y sacó una bolsa con la misma cantidad. Luego, llamando a la liebre, le dijo:

—Ve, mi querido saltarín, y tráeme pan del que come el Rey.

El lebrato, siendo el de menor categoría, no pudo pasar el encargo a ninguno de sus compañeros y no tuvo más remedio que encaminarse a palacio. «¡Caramba! —pensó—, si voy saltando así solito por las calles me darán caza los perros de los carniceros». Y así fue, efectivamente; los perros salieron en su persecución con propósito de hincarle los dientes en el pellejo. ¡Tendríais que haberlo visto brincar!

Fue a refugiarse en la garita de un centinela, pasando tan raudo que ni el soldado se dio cuenta. Llegaron los perros dispuestos a pescarlo, pero el centinela no estaba para bromas y empezó a culetazos, con lo que los canes hubieron de escapar aullando y gimiendo.

Cuando el lebrato vio que el campo estaba despejado, entró de un salto en el palacio. Fue directamente adonde estaba la princesa y, sentándose junto a su silla, con la pata le rascó el pie. Gritó ella:

—¡Fuera de aquí! —pensando que era su perro.

La liebre volvió a rascarle el pie, y ella repitió:

—¿Quieres marcharte?

Siempre creída que era el perro. Pero la liebre insistió, rascándole el pie por tercera vez.

La princesa bajó entonces la vista y reconoció al animal por su collar. Subiéndoselo al regazo, preguntóle:

—Mi querida liebre, ¿qué quieres?

Y respondió la liebre:

—Mi amo, el que mató al dragón, está aquí y me envía a pedir pan del que come el Rey.

Fuera de sí por la alegría, la princesa mandó llamar al panadero y le ordenó traer un pan de los que se servían en la mesa real. Y dijo el lebrato:

—Pero el panadero tendrá que venirse conmigo, para que no me persigan los perros.

El panadero llevó, pues, el pan hasta la puerta de la hospedería, donde la liebre, enderezándose sobre las patas traseras, cogiólo con las delanteras y fue a entregarlo a su amo. Dijo entonces el cazador:

—¿Veis, señor hostelero? Las cien monedas son mías —admiróse el buen hombre, y el otro continuó—. Sí, señor hostelero, ya tengo el pan; pero ahora quiero también asado de la mesa del Rey.

A lo que repuso el dueño de la posada:

—Ya me gustaría verlo.

Sin atreverse, empero, a renovar la apuesta.

El cazador, llamando a la zorra, le dijo:

—Zorrillo mío, ve a buscarme asado del que come el Rey.

La zorra conocía mejor los rodeos y, deslizándose por esquinas y rincones, logró llegar junto a la silla de la princesa sin ser vista de los perros, y le rascó el pie.

Miró ella al suelo y, reconociendo a la zorra por el collar, llevósela a su aposento y le preguntó:

—Mi querida zorra, ¿qué quieres?

Y respondió la zorra:

—Mi señor, que mató al dragón, está aquí y me envía a pedir asado del que come el Rey.

La princesa mandó presentarse al cocinero, el cual hubo de preparar un asado como el que servía a la mesa real, y acompañar con él a la zorra hasta la hospedería.

Una vez allí, la zorra se hizo cargo de la fuente y, después de ahuyentar con el rabo las moscas que se habían posado en el plato, fue a presentarlo a su amo.

—¿Veis, señor hostelero? Ya tenemos pan y carne; ahora es cuestión de procurarse las legumbres que han de acompañarla, tal como las sirven al Rey —y llamando al lobo, le dijo—. Querido lobo, ve a palacio y tráeme legumbres de las que come el Rey.

Y el lobo se encaminó en línea recta al palacio, pues él a nadie temía. Y al llegar a la habitación de la princesa, tiróle de la falda por detrás, obligándola a volverse.

Reconociólo ella por el collar, se lo llevó a su alcoba y le preguntó:

—¿Qué quieres, mi querido lobo?

Respondió el lobo:

—Mi señor, el que mató al dragón, está aquí y me manda a pedir de las legumbres que come el Rey.

Entonces la princesa mandó venir al cocinero, el cual tuvo que preparar un plato de legumbres de las que servía a la mesa real, y acompañar al lobo hasta la puerta de la hospedería, donde el animal cogió el plato y lo llevó a su amo.

—¿Veis, señor hostelero? —dijo el cazador—. Ya tengo pan, carne y verduras; pero quiero comer también dulces de los que el Rey come —y llamando al oso, díjole—. Querido osito tú, que te gusta el dulce, ve a buscarme pasteles de los que come el Rey.

El oso emprendió el trote camino de palacio, y todo el mundo le dejó vía libre; pero al llegar a la guardia quiso esta impedirle el paso, encarándole los fusiles. Irguióse el animal y las emprendió a mojicones, derribando a todos los soldados y, sin más preámbulos, no paró hasta llegar a la habitación de la princesa; se colocó a su espalda, dando un ligero gruñido.

Volvióse ella a mirar y, reconociendo al oso, lo condujo a su aposento privado y le dijo:

—Mi querido oso, ¿qué quieres?

Respondió el oso:

—Mi señor, el que mató al dragón, está aquí y me envía a pedir pasteles de los que come el Rey.

Entonces mandó la princesa que se presentase el pastelero, y le encargó que preparase dulces de los que el Rey comía y los llevase, acompañando al

oso, hasta la puerta de la hospedería.

Una vez allí el animal, tras haberse comido las grageas confitadas que habían caído, incorporándose sobre sus patas traseras, cogió la bandeja y fue a entregarla a su amo.

—¿Veis, señor hostelero? —dijo el cazador—. Ya tengo pan, carne, verduras y dulces; pero ahora se me antoja también beber vino del que bebe el Rey —y, llamando al león, le dijo—. Querido león, a ti no te viene mal un trago; anda, ve a buscarme vino del que bebe el Rey.

Salió el león a la calle; toda la gente echó a correr asustada y, si bien la guardia trató de cerrarle el paso, bastóle con pegar unos rugidos, y el camino le quedó expedito, pues todos huyeron a la desbandada. El león se encaminó a las habitaciones reales y llamó a la puerta golpeando con el rabo.

Acudió a abrir la princesa, y casi se cayó del susto; pero al reconocer al león por el broche de oro de su collar, hízole entrar en su aposento y le dijo:

—Querido león, ¿qué quieres?

A lo que él respondió:

—Mi señor, el que mató al dragón, está aquí y me envía a pedir vino del que bebe el Rey.

La princesa mandó recado al bodeguero y le dio orden de que entregase al león vino del que se servía en la mesa real, y dijo el león:

—Iré contigo; quiero asegurarme de que el vino que me das es el mejor.

Bajó con el hombre a la bodega y, ya en ella, el bodeguero trató de darle vino corriente, del que bebía la servidumbre; pero la fiera lo detuvo.

—Aguarda; antes quiero probarlo —y sirviéndose media medida, se la echó al coleto—. No —dijo—, no es de éste.

El bodeguero le dirigió una mirada de reojo pero, apartándose, se dispuso a darle de otro barril, destinado al mariscal del reino.

Dijo el león:

—Aguarda; antes quiero probarlo —y, sirviéndose otra media medida, se la bebió—. Éste es mejor, pero aún no es el que quiero.

Enfadóse el bodeguero, exclamando:

—¡Qué demonios entiende de vino este animalucho!

Pero el león le propinó un coscorrón que lo hizo rodar por el suelo. Levantándose, sin volver a chistar llevó al enviado a una pequeña bodega privada, donde se guardaba el vino del Rey, del que nadie bebía sino éste.

Sirvióse el león otra media medida y, catándola, exclamó:

—Éste sí puede que sea del bueno.

Y mandó al bodeguero que le llenase seis botellas. Volvieron al piso alto; pero el león al salir al aire libre, caminaba un tanto vacilante, pues el vino se le había subido a la cabeza, por lo cual el bodeguero tuvo que llevarle las botellas hasta la puerta de la posada. Allí, el león cogió con la boca la cesta y llevóla a su amo.

—¿Veis, señor hostelero? Aquí tengo pan, carne, verduras, dulces y vino de los que toma el Rey, y ahora voy a darme un banquete con mis animales.

Y, tomando asiento, comió y bebió, dando de todo a la liebre, la zorra, el lobo, el oso y el león; y estaba de muy buen humor, pues bien veía que la princesa lo recordaba y quería.

Terminada la comida, dijo:

—Señor hostelero, he comido y bebido como el mismo Rey; ahora me iré a palacio y me casaré con la princesa.

Preguntóle el posadero:

—¿Cómo es posible, si ya está prometida y hoy mismo se celebra la boda?

El cazador, sacando el pañuelo que le diera la hija del Rey en el monte del dragón y en el que había guardado las siete lenguas del monstruo, replicóle:

—Esto que tengo en la mano me ayudará a realizar mi propósito.

Mirando el posadero el pañuelo, dijo:

—Todo puedo creerlo, pero esto no, y os apuesto mi casa y ni hacienda.

El cazador puso encima de la mesa una bolsa que contenía mil monedas de oro:

—Ahí va mi postura —respondió.

En la mesa, el Rey había preguntado a su hija:

—¿Qué querían todos esos animales que vinieron a palacio y se pasearon en él como Perico por su casa?

Respondióle la princesa:

—No puedo decíroslo; pero enviad a buscar al dueño de todos ellos; no os arrepentiréis.

El Rey mandó a un criado a la posada, con orden de invitar a palacio al forastero; llegó allí cuando el hostelero acababa de apostar con el cazador, el cual le dijo:

—¿Veis, señor hostelero? El Rey envía a un criado invitarme y, sin embargo, no quiero ir todavía —y, dirigiéndose al mensajero, le dijo—. Pide en mi nombre al Señor que me envíe ropas de príncipe, una carroza tirada por seis caballos y servidores de escolta.

Cuando el Rey oyó esta respuesta, dijo a su hija:

—¿Qué debo hacer?

Y ella respondió:

—Enviadle lo que os pide; no os arrepentiréis.

Y el Rey le mandó ropajes reales, una carroza de seis caballos y gentes de escolta. Al verlos llegar, el cazador dijo:

—¿Veis, señor hostelero? Ahora vienen a buscarme tal como pedí.

Y, vistiéndose los reales ropajes y cogiendo el pañuelo con las lenguas del dragón, dirigióse a palacio.

Cuando el Rey lo vio acercarse, preguntó a la princesa:

—¿Cómo debo recibirlo?

Y contestó ella:

—Salid a su encuentro, no os arrepentiréis.

Salió el Rey a recibirlo y lo acompañó arriba, seguido de sus animales; luego le ofreció un sitio entre él y su hija, mientras el mariscal, en su calidad de novio, se sentaba al otro lado sin reconocerlo.

Trajeron entonces las siete cabezas del dragón para exhibirlas, y el Rey dijo:

—Estas siete cabezas las cortó el mariscal al dragón; por eso le doy por esposa a mi hija.

Levantándose el cazador y abriendo las siete fauces, dijo:

—¿Dónde están las siete lenguas del dragón?

Asustóse el mariscal y palideció como la cera, sin saber contestar. Al fin dijo, angustiado:

—Los dragones no tienen lengua.

—Los mentirosos no deberían tenerla —replicó el cazador—; pero las del dragón son el trofeo del vencedor.

Y, desenvolviendo el pañuelo donde guardaba las siete lenguas, púsolas una por una en la boca a que correspondían y todas encajaban perfectamente.

Levantando entonces el pañuelo que tenía bordado el nombre de la hija del Rey, mostrólo a ésta preguntándole a quién se lo había dado. Ella respondió:

—Al que mató al dragón.

A continuación llamó el cazador a sus animales y, quitándoles a todos el collar, y al león, además, el broche de oro, preguntó a la princesa a quién pertenecían. Respondió ella:

—El collar y el broche de oro eran míos, y los distribuí entre los animales que ayudaron a vencer al dragón.

Dijo entonces el cazador:

—Mientras yo dormía, fatigado del combate, vino el mariscal y me cortó la cabeza. Llevóse luego a la princesa y pretendió haber sido él el matador del monstruo; y que ha mentido, lo pruebo con las lenguas, el pañuelo y el collar.

Y explicó cómo sus animales lo habían resucitado por medio de una raíz milagrosa, y cómo durante un año había caminado errante hasta volver, al fin, a la ciudad en la que, por las palabras del hostelero, se había informado de la falacia del mariscal.

Preguntó entonces el Rey a su hija:

—¿Es cierto que fue éste quien mató al dragón?

—Sí, es cierto —respondió la princesa—, y ahora ya puedo revelar el crimen del mariscal, pues ha salido a la luz sin mi intervención; porque él me había obligado a jurar que guardaría silencio. Pero por eso pedí que la boda no se celebrara hasta transcurridos un año y un día.

Mandó el Rey convocar a doce consejeros para que juzgasen al mariscal, y lo condenaron a ser descuartizado por cuatro bueyes. De este modo se hizo justicia con el malvado, y el Rey otorgó la mano de su hija al cazador, al cual nombró lugarteniente del reino.

Celebróse la boda con gran regocijo, y el joven rey envió a buscar a su padre verdadero y a su padre adoptivo, y los colmó de riquezas. No se olvidó tampoco del hostelero; lo llamó a su presencia y le dijo:

—Ya veis, señor posadero, cómo me he casado con la princesa. En consecuencia, dueño soy de vuestra casa y hacienda.

—Sí, es de justicia —respondió el hombre.

Pero el joven monarca lo tranquilizó:

—Más que justicia quiero haceros merced; quedaos con vuestra casa y vuestra hacienda y, por añadidura, os regalo las mil monedas de oro.

El joven príncipe y la joven princesa vivían, pues, contentos y felices el uno con el otro. El marido salía a menudo de caza, pues ésta era su gran afición, y siempre lo acompañaban sus fieles animales.

Pero he aquí que en aquellos alrededores había un bosque que, a lo que decían, estaba embrujado y no era fácil salir de él una vez se había entrado. Pero el joven príncipe se moría de ganas de ir a cazar en sus espesuras, y no dejó en paz a su suegro hasta que éste lo autorizó para hacerlo.

Dirigióse, pues, al bosque seguido de un numeroso séquito de caballeros y, al llegar a la linde, viendo una cierva blanca como la nieve, dijo a sus hombres:

—Aguardad aquí mi vuelta; voy a cazar aquella hermosa pieza.

Sus seguidores lo esperaron hasta el anochecer, pero él no regresó. Volvieron entonces a palacio y dijeron a la joven reina:

—Vuestro esposo se ha adentrado en el bosque en persecución de una cierva blanca, y no ha regresado.

Lo cual dejó a la princesa presa de gran inquietud.

El príncipe había estado persiguiendo la hermosa cierva, sin poder alcanzarla; cuando pensaba tenerla a tiro, inmediatamente se le aparecía a gran distancia hasta que, al fin, desapareció del todo.

Dándose entonces cuenta de lo mucho que se había internado en la selva, tocó el cuerno sin recibir respuesta, pues sus seguidores no podían oírlo. Y como cerró la noche, comprendiendo que no podría volver a palacio aquel día, desmontó y encendió una hoguera junto a un árbol, dispuesto a pernoctar en aquel sitio.

Estando sentado junto a la hoguera, con sus animales echados a su lado, parecióle oír una voz humana; miró a su alrededor, pero nada vio. Al poco rato oyó, como viniendo de lo alto del árbol, una especie de gemido; levantó la vista y descubrió en la copa una mujer vieja que repetía continuamente la misma queja.

—¡Uh, uh, uh, qué frío tengo!

Díjole él:

—Baja a calentarte, si tienes frío.

Pero ella replicó:

—No, porque tus animales me morderían.

—No te harán ningún daño, viejecita —dijo él, intentando tranquilizarla —; ¡baja!

Pero la mujer, que era una bruja, dijo:

—Te echaré una rama del árbol; pégales con ella en la espalda, y entonces no me causarán daño alguno.

Y arrojó una ramita, pero al golpearlos el príncipe con ella, todos quedaron inmóviles convertidos en piedras.

Viéndose la bruja a salvo de los animales, saltó al suelo, tocó a su vez al príncipe con una vara y lo transformó, asimismo, en piedra. Echándose entonces a reír, los arrastró a todos hasta un foso, donde había otras muchas piedras semejantes.

Al ver que el joven príncipe no regresaba, la inquietud y preocupación de la princesa eran cada día mayores.

Sucedió que, por aquellas mismas fechas, el otro hermano que al separarse emprendiera el camino de Levante, llegó a aquel mismo reino. Había pasado mucho tiempo buscando un empleo, sin poder encontrarlo, y había ido de acá para allá exhibiendo sus animales.

Un día se le ocurrió ir a ver el cuchillo que, en el momento de separarse, habían clavado en el tronco de un árbol, deseoso de conocer el destino de su hermano. Al llegar a él, la parte del cuchillo correspondiente a su hermano se hallaba mitad brillante y mitad oxidada. Asustóse, y pensó: «A mi hermano debe de haberle ocurrido alguna gran desgracia; pero tal vez me sea posible salvarle aún, ya que la mitad de la hoja sigue brillante».

Encaminóse con sus animales hacia Poniente y, al llegar a la puerta de la ciudad, se le presentó el jefe de la guardia y le preguntó si quería que lo anunciase a su esposa; la joven princesa llevaba varios días angustiadísima por su ausencia, temiendo que hubiese muerto en el bosque embrujado. Los soldados lo tomaron por el príncipe, tan grande era su parecido; además, venía acompañado de los mismos animales.

El cazador comprendió que lo confundían con su hermano y pensó: «Lo mejor será que los deje en el engaño; de este modo me será más fácil salvarlo». Y se hizo acompañar por la guardia a palacio, donde fue recibido con grandísima alegría. También la joven princesa lo tomó por su esposo y, al preguntarle el motivo de su tardanza, respondióle el cazador:

—Me extravié en el bosque, y hasta hoy no he podido salir de él.

A la noche le condujeron al lecho real; pero él puso su espada de doble filo entre él y la joven reina; y aunque ella no comprendió el porqué lo hacía, no se atrevió a preguntárselo.

Después de permanecer en palacio dos o tres días, habiéndose informado de todo lo relativo al bosque encantado, dijo:

—Tengo que volver a cazar allí.

El rey padre y la joven reina trataron de disuadirlo; pero él insistió y, al fin, partió al frente de un numeroso séquito.

Al llegar al bosque sucedióle lo que a su hermano. Vio una hermosa cierva blanca y dijo a sus hombres:

—Quedaos aquí hasta que regrese; quiero capturar esta hermosa pieza.

Y se entró en el bosque, seguido de sus animales. Pero tampoco él pudo alcanzar a la cierva, y penetró tan adentro de la selva, que no tuvo más remedio que quedarse allí a pasar la noche.

Cuando hubo encendido la hoguera, oyó que sobre su cabeza alguien gemía:

—¡Uh, uh, uh, qué frío tengo!

Y, mirando a lo alto, descubrió en la copa a la misma bruja de antes. Díjole:

—Si sientes frío, baja viejecita a calentarte.

Respondió ella;

—No, tus animales me morderían.

Y él:

—No te harán ningún daño.

—Te echaré un bastón —contestó la bruja—; pégales con él, y no me harán nada.

Al oír el cazador estas palabras, entróle desconfianza de la vieja y le dijo:

—Yo no pego a mis animales. Baja tú, o subiré yo a buscarte.

—¿Qué te propones? —exclamó la bruja—. ¡Conmigo no podrás!

—Si no bajas, te derribo de un balazo —le replicó él.

—Dispara cuanto quieras; no les temo a tus balas.

Apuntóle el cazador y disparó; pero la bruja era inmune a las balas de plomo, y no hacía sino reírse y chillar:

—¡No me tocarás!

Pero el cazador sabía cómo habérselas con ella; arrancóse tres botones de plata de su chaqueta y cargó con ellos su arma; contra ellos no tenían poder los encantamientos de la bruja y, así, al primer disparo cayó al suelo con un gran grito.

El mozo le puso el pie encima y le dijo:

—¡Vieja bruja, si no me revelas inmediatamente dónde está mi hermano te cojo con las dos manos y te echo al fuego!

Espantóse ella y, pidiendo gracia, dijo;

—Él y sus animales están en un foso convertidos en piedra.

Entonces, él la forzó a acompañarlo y, amenazándola, le dijo:

—¡Viejo mico, o devuelves la vida a mi hermano y a todos los que aquí yacen, o te arrojo al fuego!

Cogió ella una vara y, al tocar las piedras, resucitaron su hermano con sus animales, además de numerosos mercaderes, artesanos y pastores, todos los cuales le dieron gracias por su liberación y se fueron a sus casas.

Los gemelos, al volverse a ver, se abrazaron con los corazones que rebosaban alegría. Agarrando luego a la bruja, la ataron y la echaron al fuego. Y he aquí que, cuando estuvo consumida, abrióse el bosque espontáneamente, quedando despejado y luminoso, y apareció el palacio a tres horas de distancia.

Encamináronse entonces los dos hermanos hacia la Corte, y por el camino se contaron mutuamente sus aventuras.

Al decir el menor que era regente del reino, le contestó el otro:

—Ya me di cuenta, pues cuando llegué a la ciudad y me confundieron contigo, me tributaron honores reales. También la joven reina me tomó por su esposo y me hizo comer a su lado en la mesa y dormir en su cama.

Al oír el joven rey estas palabras, en un súbito arrebato de cólera y celos, desenvainó la espada y, de un tajo, cercenó la cabeza de su hermano. Pero, al verlo muerto y bañado en sangre, sintió un fuerte arrepentimiento:

—¡Mi hermano me ha salvado —exclamó—, y yo en pago, le he quitado la vida!

Y se lamentaba a voz en grito. Acercósele entonces su liebre y se le ofreció para ir en busca de la raíz milagrosa; y, en efecto, pudo traerla aún a tiempo. El muerto volvió a la vida sin que quedasen señales de la herida.

Siguieron, pues, su camino, y dijo el menor:

—Tienes un parecido completo conmigo y vistes como yo ropas reales, y te siguen los mismos animales que a mí. Entraremos por dos puertas opuestas y nos presentaremos simultáneamente al Rey, viniendo de dos direcciones contrarias.

Separándose, pues, y a un mismo momento, la guardia de una y otra puerta comunicó al Rey que el joven príncipe acababa de llegar de la cacería con sus animales. Observó el monarca:

—Esto no es posible; entre una puerta y la otra hay una hora de distancia.

Pero he aquí que, procediendo de direcciones opuestas, entraron en el patio de palacio los dos hermanos y se apearon de sus monturas.

Dijo entonces el anciano Rey a su hija:

—Dime, ¿cuál de los dos es tu esposo? Son como dos gotas de agua, y yo no soy capaz de distinguirlos.

La princesa quedó de momento perpleja y angustiada, sin saber qué responder hasta que, acordándose del collar que diera a los animales, vio el broche de oro del león y exclamó con gran alegría:

—Aquel a quien sigue este león es mi verdadero esposo.

Echóse a reír el joven rey, diciendo:

—Sí, éste es el verdadero.

Y todos se sentaron a la mesa y comieron y bebieron, contentos y satisfechos.

A la noche, cuando el joven rey se fue a la cama, preguntóle su esposa:

—¿Por qué las noches anteriores pusiste en el lecho entre los dos tu espada de doble filo? Creí que querías matarme.

Entonces comprendió él hasta qué extremo le había sido leal su hermano.

El destripaterrones

ERASE una aldea cuyos habitantes eran todos labradores ricos, y sólo había uno que era pobre; por eso le llamaban el destripaterrones. No tenía ni una vaca siquiera y, menos aún, dinero para comprarla; y tanto él como su mujer se morían de ganas de tener una.

Dijo un día el marido:

—Oye, se me ha ocurrido una buena idea. Pediré a nuestro compadre, el carpintero, que nos fabrique una ternera de madera y la pinte de color pardo, de modo que sea igual que las otras. Así crecerá, y con el tiempo nos dará una vaca.

Gustóle a la mujer la idea, y el compadre carpintero cortó y acepilló convenientemente la ternera, la pintó primorosamente e incluso la hizo de modo que agachase la cabeza, como si estuviera paciendo.

Cuando, a la mañana siguiente, fueron sacadas las vacas, el destripaterrones llamó al pastor y le dijo:

—Mira, tengo una ternerita, pero es tan joven todavía que hay que llevarla a cuestas.

—Bueno —respondió el pastor y, echándosela a los hombros, la llevó al prado y la dejó en la hierba.

Quedóse la ternera inmóvil, como paciendo, y el pastor pensaba: «No tardará en correr sola, a juzgar por lo que come».

Al anochecer, a la hora de entrar el ganado, dijo el pastor a la ternera:

—Si puedes sostenerte sobre tus patas y hartarte como has hecho, también puedes ir andando como las demás. No esperes que cargue contigo.

El destripaterrones, de pie en la puerta de su casa, aguardaba el regreso de su ternerita, y al ver pasar al boyero conduciendo el ganado y que faltaba su animalejo, le preguntó por él. Respondió el pastor:

—Allí se ha quedado comiendo; no quiso seguir con los demás.

—¡Toma! —exclamó el labrador—, yo quiero mi ternera.

Volvieron entonces los dos al prado, pero la ternera no estaba; alguien la había robado.

—Se habrá extraviado —dijo el pastor.

Pero el destripaterrones le replicó:

—¡A mí no me vengas con ésas!

Y presentó querella ante el alcalde, el cual condenó al hombre, por negligencia, a indemnizar al demandante con una vaca.

Y he aquí cómo el destripaterrones y su mujer tuvieron, por fin, la tan suspirada vaca. Estaban contentísimos, pero como no tenían forraje, no podían darle de comer y, así, hubieron de sacrificarla muy pronto. Después de salar la carne, el hombre se marchó a la ciudad a vender la piel para comprar una ternerilla con lo que de ella sacara.

Durante la marcha, al pasar junto a un molino, encontró un cuervo que tenía las alas rotas; recogiólo por compasión, y lo envolvió en la piel. Como el tiempo se había puesto muy malo, con lluvia y viento, el hombre no tuvo más remedio que pedir alojamiento en el molino.

Sólo estaba en casa la moza del molino, la cual dijo al destripaterrones:

—¡Duerme en la paja!

Y por toda comida le ofreció pan y queso. Comióselo el hombre y echóse a dormir con el pellejo al lado, y la mujer pensó: «Está cansado y duerme ya».

En esto entró el sacristán, el cual fue muy bien recibido por la moza del molino, que le dijo:

—El amo está fuera; entra y vamos a darnos un banquete.

El destripaterrones no dormía aún, y al escuchar que se disponían a darse buena vida, enfadóse por haber tenido que contentarse él con pan y queso.

Puso la chica la mesa y sirvió asado, ensalada, pasteles y vino.

Cuando se disponían a sentarse a comer, llamaron a la puerta:

—¡Dios santo! —exclamó la chica—. ¡El amo!

Y, a toda prisa, escondió el asado en el horno, el vino debajo de la almohada, la ensalada entre las sábanas y los pasteles debajo de la cama; en

cuanto al sacristán, lo ocultó en el armario de la entrada.

Acudiendo luego a abrir al molinero, le dijo:

—¡Gracias a Dios que volvéis a estar en casa! ¡Vaya tiempo para ir por el mundo!

El molinero, al ver al labrador tendido en el heno, preguntó:

—¿Qué hace ahí ése?

—¡Ah! —dijo la muchacha—, es un pobre infeliz a quien cogió la lluvia y la tormenta y me pidió cobijo. Le he dado pan y queso, y lo he dejado dormir en el pajar.

Dijo el hombre:

—Nada tengo que decir a eso; mas prepárame pronto algo de comer.

A lo cual contestó la moza.

—Pues no tengo sino pan y queso.

—Me contentaré con lo que sea —respondió el hombre—; venga el pan y el queso —y, mirando al destripaterrones, lo llamó—. Ven, que comeremos juntos.

El otro no se lo hizo repetir y comieron en buena compañía. Viendo el molinero en el suelo la piel que envolvía al cuervo, preguntó a su invitado:

—¿Qué llevas ahí?

A lo que replicó el labrador:

—Ahí dentro llevo un adivino.

—¿También a mí podría adivinarme cosas? —inquirió el molinero.

—¿Por qué no? —repuso el labrador—. Pero solamente dice cuatro cosas; la quinta se la reserva.

—Es curioso —dijo el hombre—. ¡Haz que adivine algo!

El labrador apretó la cabeza del cuervo, y el animal soltó un graznido: «¡Crr, crr!»

Preguntó el molinero:

—¿Qué ha dicho?

Respondió el labriego:

—En primer lugar, ha dicho que hay vino debajo de la almohada.

—¡Ésta sí que sería buena! —exclamó el molinero y, yendo a comprobarlo, volvió con el vino—. Adelante —dijo.

Nuevamente hizo el destripaterrones graznar al cuervo:

—Dice ahora que hay asado en el horno.

—¡Ésta sí que sería buena! —repuso el otro y, saliendo, se trajo el asado.

El forastero siguió haciendo hablar al pajarraco:

—Esta vez dice que hay ensalada sobre la cama.

—¡Ésta sí que sería buena! —repitió el molinero y, en efecto, pronto volvió con ella.

Por última vez, apretó el destripaterrones la cabeza del cuervo e, interpretando su graznido, dijo:

—Pues resulta que hay pasteles debajo de la cama.

—¡Ésta sí que sería buena! —exclamó el molinero, y entrando en el dormitorio encontró, efectivamente, los pasteles.

Sentáronse entonces los dos a la mesa, mientras la moza del molino, asustadísima, se fue a meter en la cama guardándose las llaves.

Al molinero le hubiera gustado saber la quinta, pero el labrador le dijo:

—Primero nos comeremos tranquilamente éstas, pues la quinta no es tan buena.

Comieron, pues, discutiendo entretanto el precio que estaba dispuesto a pagar el molinero por la quinta predicción, y quedaron de acuerdo en trescientos ducados.

Volvió entonces el destripaterrones a apretar la cabeza del cuervo, haciéndolo graznar ruidosamente.

Preguntó el molinero:

—¿Qué ha dicho?

Y respondió el labriego:

—Ha dicho que en el armario del vestíbulo está escondido el diablo.

—¡Pues el diablo tendrá que salir! —gritó el dueño, corriendo a abrir de par en par la puerta de la casa.

Pidió luego la llave del armario a la moza, y ella no tuvo más remedio que entregársela; al abrir el mueble el destripaterrones, el sacristán echó a correr como alma que lleva el diablo, a lo cual dijo el molinero:

—¡He visto al negro con mis propios ojos; teníais razón!

A la mañana siguiente, el destripaterrones se marchaba de madrugada con trescientos ducados en el bolso.

De regreso a su casa, el hombre se hizo el rumboso, y empezó a construirse una linda casita, por lo cual los aldeanos se decían entre sí:

—De seguro que el destripaterrones habrá estado en el país donde nieva oro y la gente recoge el dinero a espuertas.

Citólo el alcalde para que diese cuenta de la procedencia de su riqueza, y él respondió:

—Vendí la piel de mi vaca en la ciudad por trescientos ducados.

Al oír esto los campesinos, deseosos de aprovecharse de tan espléndido negocio, apresuráronse a matar todas sus vacas y despellejarlas, con el propósito de venderlas en la ciudad e hincharse de ganar dinero.

El alcalde exigió que su criada fuese antes que los demás; pero cuando se presentó al peletero de la ciudad, éste no le dio sino tres ducados por una piel; y a los que llegaron a continuación no les ofreció ni tanto siquiera.

—¿Qué queréis que haga con tantos pellejos? —les dijo.

Indignáronse los campesinos al ver que habían sido chasqueados por el destripaterrones y, deseosos de vengarse, lo acusaron de engaño ante el alcalde. El destripaterrones fue condenado a muerte por unanimidad; sería metido en un barril agujereado y arrojado al río.

Lo condujeron a las afueras del pueblo y dijeron al sacristán que hiciera venir al cura para que le rezara la misa de difuntos. Todos los demás hubieron de alejarse, y al ver el destripaterrones al sacristán, reconoció al que había sorprendido en casa del molinero y le dijo:

—¡Yo te saqué del armario; sácame ahora tu del barril!

Acertó a pasar en aquel momento, guiando un rebaño ovejas, un pastor de quien sabía el destripaterrones que tenía muchas ganas de ser alcalde, y

se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¡No, no lo haré! ¡Aunque el mundo entero se empeñe, no lo haré!

Oyendo el pastor las voces, acercóse y preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que no quieres hacer?

Y respondió el condenado:

—Se empeñan en hacerme alcalde si consiento en meterme en el barril; pero yo me niego.

A lo cual replicó el pastor:

—Si para ser alcalde basta con meterse en el barril, yo estoy dispuesto a hacerlo en seguida.

—Si entras, serás alcalde —aseguróle el labrador.

El hombre se avino, y se metió en el tonel, mientras el otro aplicaba la cubierta y la clavaba. Luego se alejó con el rebaño del pastor.

El cura volvióse a la aldea y anunció que había rezado la misa por lo que, acudiendo todos al lugar de la ejecución, empujaron el barril, el cual comenzó a rodar por la ladera. Gritaba el pastor:

—¡Yo quisiera ser alcalde!

Pero los presentes, pensando que era el destripaterrones el que así gritaba, respondíanle:

—¡También nosotros lo quisiéramos, pero primero tendrás que dar un vistazo allá abajo!

Y el barril se precipitó en el río.

Regresaron los aldeanos a sus casas, y al entrar en el pueblo se toparon con el destripaterrones que, muy pimpante y satisfecho, llegaba también conduciendo su rebaño de ovejas. Asombrados, le preguntaron:

—Destripaterrones, ¿de dónde sales? ¿Vienes del río?

—Claro —respondió el hombre— me he hundido mucho, mucho, hasta que por fin toqué el fondo. Quité la tapa del barril y salí de él, y he aquí que me encontré en unos bellísimos prados donde pacían muchísimos corderos, y me he traído esta manada.

Preguntáronle los campesinos:

—¿Y quedan todavía?

—Ya lo creo —respondió él—; más de los que podríais llevaros.

Entonces los aldeanos convinieron en ir todos a buscar rebaños; y el alcalde dijo:

—Yo voy delante.

Llegaron al borde del río, y justamente flotaban en el cielo azul algunas de esas nubecillas que parecen guedejas, y las llaman borreguillas, las cuales se reflejaban en el agua:

—¡Mirad las ovejas, allá en el fondo! —exclamaron los campesinos.

El alcalde, acercándose, dijo:

—Yo bajaré el primero a ver cómo está la cosa; si está bien, os llamaré.

Y de un salto, ¡plum!, se zambulló en el agua. Creyeron los demás que les decía «¡Venid!», y todos se precipitaron tras él. Y he aquí que todo el pueblo se ahogó, y el destripaterrones, como era el único heredero, se convirtió, para su mal, en un hombre rico, pues las riquezas conseguidas con malas artes o patrañas sólo conducen al infierno.

La reina de las abejas

DOS príncipes, hijos de un rey, partieron un día en busca de aventuras y se entregaron a una vida disipada y licenciosa, por lo que no volvieron a aparecer por su casa. El hijo tercero, al que llamaban «El bobo», púsose en camino en busca de sus hermanos.

Cuando por fin los encontró, se burlaron de él. ¿Cómo pretendía, siendo tan simple, abrirse paso en el mundo cuando ellos, que eran mucho más inteligentes, no lo habían conseguido?

Partieron los tres juntos y llegaron a un nido de hormigas. Los dos mayores querían destruirlo para divertirse viendo cómo los animalitos corrían azorados para poner a salvo los huevos; pero el menor dijo:

—Dejad en paz a estos animalitos; no sufriré que los molestéis.

Siguieron andando hasta llegar a la orilla de un lago, en cuyas aguas nadaban muchísimos patos. Los dos hermanos querían cazar unos cuantos para asarlos; pero el menor se opuso:

—Dejad en paz a estos animales; no sufriré que los molestéis.

Al fin llegaron a una colmena silvestre, instalada en un árbol, tan repleta de miel que ésta fluía tronco abajo. Los dos mayores iban a encender fuego al pie del árbol para sofocar los insectos y poderse apoderar de la miel; pero «El bobo» los detuvo, repitiendo:

—Dejad a estos animales en paz; no sufriré que los queméis.

Al cabo llegaron los tres a un castillo en cuyas cuadras había unos caballos de piedra, pero ni un alma viviente; así, recorrieron todas las salas hasta que se encontraron frente a una puerta cerrada con tres cerrojos, pero que tenía en el centro una ventanilla por la que podía mirarse al interior.

Veíase dentro un hombrecillo de cabello gris, sentado a una mesa. Llamáronlo una y dos veces, pero no los oía; a la tercera se levantó,

descorrió los cerrojos y salió de la habitación. Sin pronunciar una sola palabra, condújolos a una mesa ricamente puesta, y después que hubieron comido y bebido, llevó a cada uno a un dormitorio separado.

A la mañana siguiente presentóse el hombrecillo a llamar al mayor y lo llevó a una mesa de piedra, en la cual había escritos los tres trabajos que había que cumplir para desencantar el castillo. El primero decía: «En el bosque, entre el musgo, se hallan las mil perlas de la hija del Rey. Hay que recogerlas antes de la puesta del sol, en el bien entendido que si falta una sola, el que hubiere emprendido la búsqueda quedará convertido en piedra».

Salió el mayor, y se pasó el día buscando; pero a la hora del ocaso no había reunido más allá de un centenar de perlas; y le sucedió lo que estaba escrito en la mesa: quedó convertido en piedra.

Al día siguiente intentó el segundo la aventura pero no tuvo mayor éxito que el mayor; encontró solamente doscientas perlas y, a su vez, fue transformado en piedra.

Finalmente, tocóle el turno a «El bobo», el cual salió a buscar entre el musgo. Pero ¡qué difícil se hacía la búsqueda, y con qué lentitud se reunían las perlas!

Sentóse sobre una piedra y se puso a llorar; de pronto se presentó la reina de las hormigas, a las que había salvado la vida, seguida de cinco mil de sus súbditos, y en un santiamén tuvieron los animalitos las perlas reunidas en un montón.

El segundo trabajo era pescar del fondo del lago la llave del dormitorio de la princesa. Al llegar «El bobo» a la orilla, los patos que había salvado acercáronsele nadando, se sumergieron y, al poco rato, volvieron a aparecer con la llave perdida.

El tercero de los trabajos era el más difícil. De las tres hijas del Rey, que estaban dormidas, había que descubrir cuál era la más joven y hermosa; pero era el caso que las tres se parecían como tres gotas de agua, sin que se advirtiera la menor diferencia; sabíase sólo que, antes de dormirse, habían comido diferentes golosinas. La mayor, un terrón de azúcar; la segunda, un poco de jarabe, y la menor, una cucharada de miel.

Compareció entonces le reina de las abejas, que «El bobo» había salvado del fuego, y exploró la boca de cada una, posándose en último lugar

en la boca de la que se había comido la miel, con lo cual el príncipe pudo reconocer a la verdadera.

Se desvaneció el hechizo; todos despertaron y los petrificados recuperaron su forma humana, y «El bobo» se casó con la princesita más joven y bella y heredó el trono a la muerte de su suegro. Sus dos hermanos recibieron por esposas a las otras dos princesas.

Las tres plumas

ERASE una vez un rey que tenía tres hijos, de los cuales dos eran listos y bien dispuestos, mientras el tercero hablaba poco y era algo simple, por lo que le llamaban «El lelo».

Sintiéndose el Rey viejo y débil, pensó que debía arreglar las cosas para después de su muerte, pero no sabía a cuál de sus hijos legar la corona. Díjoles entonces:

—Marchaos, y aquel de vosotros que me traiga el tapiz más hermoso, será rey a mi muerte —y para que no hubiera disputas, llevólos delante del palacio, echó tres plumas al aire, sopló sobre ellas y dijo—. Iréis adonde vayan las plumas.

Voló una hacia Levante; otra, hacia Poniente, y la tercera fue a caer al suelo, a poca distancia. Y así, un hermano partió hacia la izquierda; otro, hacia la derecha, riéndose ambos de «El lelo», que siguiendo la tercera de las plumas, hubo de quedarse en el lugar en que había caído.

Sentóse el mozo tristemente en el suelo, pero muy pronto observó que al lado de la pluma había una trampa. La levantó y apareció una escalera; descendió por ella y llegó ante una puerta. Llamó y oyó que alguien gritaba en el interior:

«Ama verde y tronada,
pata arrugada,
trasto de mujer
que no sirve para nada;
a quien hay ahí fuera, en el acto quiero ver».

Abrióse la puerta, y el príncipe se encontró con un grueso sapo gordo, rodeado de otros muchos más pequeños. Preguntó el gordo qué deseaba, a lo que respondió el joven:

—Voy en busca del tapiz más bello y primoroso del mundo.

El sapo, dirigiéndose a uno de los pequeños, le dijo:

«Ama verde y tronada,
pata arrugada,
trasto de mujer
que no sirve para nada;
aquella gran caja me vas a traer».

Fue el sapo joven a buscar la caja; el gordo la abrió, y sacó de ella un tapiz, tan hermoso y delicado como no se había tejido otro en toda la superficie de la Tierra. Lo entregó al príncipe. El mozo le dio las gracias y se volvió arriba.

Los otros dos hermanos consideraban tan tonto al pequeño, que estaban persuadidos de que jamás lograría encontrar nada de valor.

—No es necesario que nos molestemos mucho —dijeron, y a la primera pastora que encontraron le quitaron el tosco pañolón que llevaba a la espalda.

Luego volvieron a palacio para presentar sus hallazgos a su padre el Rey. En el mismo momento llegó también «El lelo» con su precioso tapiz y, al verlo, el Rey exclamó admirado:

—Si hay que proceder con justicia, el reino pertenece al menor.

Pero los dos mayores importunaron a su padre, diciéndole que aquel tonto de capirote era incapaz de comprender las cosas y no podía ser rey de ningún modo, y le rogaron que les propusiera otra prueba.

Dijo entonces el padre:

—Heredará el trono aquel de vosotros que me traiga el anillo más hermoso.

Y saliendo con los tres al exterior, sopló de nuevo tres plumas, destinadas a indicar los caminos. Otra vez partieron los dos mayores: uno,

hacia Levante; otro, hacia Poniente, y otra vez fue a caer la pluma del tercero junto a la trampa del suelo.

Descendió de nuevo la escalera subterránea y se presentó al sapo gordo, para decirle que necesitaba el anillo más hermoso del mundo. El sapo dispuso que le trajesen inmediatamente la gran caja y, sacándolo de ella, dio al príncipe un anillo refulgente de pedrería, tan hermoso, que ningún orfebre del mundo habría sido capaz de fabricarlo.

Los dos mayores se burlaron de «El lelo», que pretendía el objeto perdido; sin apurarse, quitaron los clavos de un viejo aro de coche y lo llevaron al Rey. Pero cuando el menor se presentó con su anillo de oro, el Rey hubo de repetir: «Suyo es el reino».

Pero los dos no cesaron de importunar a su padre, hasta que consiguieron que impusiese una tercera condición, según la cual heredaría el trono aquel que trajese la doncella más hermosa.

Volvió a echar al aire las tres plumas, que tomaron las mismas direcciones de antes.

Nuevamente bajó «El lelo» las escaleras, en busca del grueso sapo, y le dijo:

—Ahora tengo que llevar a palacio a la doncella más hermosa del mundo.

—¡Caramba! —replicó el sapo—. ¡La doncella más hermosa! No la tengo a mano, pero te la proporcionaré.

Y le dio una zanahoria vaciada de la que tiraban, como caballos, seis ratoncillos. Preguntóle «El lelo» con tristeza:

—¿Y qué hago yo con esto?

Y le respondió el sapo:

—Haz montar en ella a uno de mis sapos pequeños.

Cogiendo el mozo al azar uno de los del círculo, lo instaló en la amarilla zanahoria. Mas apenas estuvo en ella, transformóse en una bellísima doncella; la zanahoria, en carroza, y los ratoncitos, en caballos. Dio un beso a la muchacha, puso en marcha los corceles y dirigióse al encuentro del Rey.

Sus hermanos llegaron algo más tarde. No se habían tomado la menor molestia en buscar una mujer hermosa, sino que se llevaron las primeras

campesinas de buen parecer.

Al verlas el Rey, exclamó:

—El reino será, a mi muerte, para el más joven.

Pero los mayores volvieron a aturdir al anciano, gritando:

—¡No podemos permitir que «El lelo» sea rey!

Y exigieron que se diese la preferencia a aquel cuya mujer fuese capaz de saltar a través de un aro colgado en el centro de la sala. Pensaban: «Las campesinas lo harán fácilmente, pues son robustas; pero la delicada princesita se matará».

Accedió también el viejo rey. Y he aquí que saltaron las dos labradoras; pero eran tan pesadas y toscas, que se cayeron y se rompieron brazos y piernas. Saltó a continuación la bella damita que trajera «El lelo» y lo hizo con la ligereza de un corzo, por lo que ya toda resistencia fue inútil. Y «El lelo» heredó la corona y reinó por espacio de muchos años con prudencia y sabiduría.

La oca de oro

UN hombre tenía tres hijos, al tercero de los cuales llamaban «El zoquete», que era menospreciado y blanco de las burlas de todos.

Un día quiso el mayor ir al bosque a cortar leña; su madre le dio una torta de huevos muy buena y sabrosa y una botella de vino, para que no pasara hambre ni sed.

Al llegar al bosque encontróse con un hombrecillo de pelo gris y muy viejo, que lo saludó cortésmente y le dijo:

—Dame un pedacito de tu torta y un sorbo de tu vino. Tengo hambre y sed.

El listo mozo respondió:

—Si te doy de mi torta y de mi vino apenas me quedará para mí; sigue tu camino y déjame.

Y el viejo quedó plantado y siguió adelante. Se puso a cortar un árbol, y al poco rato pegó un hachazo en falso y el hacha se le clavó en el brazo, por lo que tuvo que regresar a su casa a que lo vendasen. Con esta herida pagó su conducta con el hombrecillo.

Partió luego el segundo para el bosque y, como al mayor, su madre lo proveyó de una torta y una botella de vino. También le salió al paso el viejecito gris, y le pidió un pedazo de torta y un trago de vino. Pero también el hijo segundo le replicó con displicencia:

—Lo que te diese me lo quitaría a mí; ¡sigue tu camino!

Y dejando plantado al anciano, se alejó. No se hizo esperar el castigo. Apenas había asestado un par de hachazos a un tronco cuando se hirió en una pierna, y hubo que conducirlo a su casa.

Dijo entonces «El zoquete»:

—Padre, déjame ir al bosque a buscar leña.

—Tus hermanos se han lastimado —contestóle el padre— no te metas tú en esto, pues no entiendes nada.

Pero el chico insistió tanto que, al fin, le dijo su padre:

—Vete, pues, si te empeñas; a fuerza de golpes ganarás experiencia.

Diole la madre una torta amasada con agua y cocida en las cenizas, y una botella de cerveza agria.

Cuando llegó al bosque se encontró igualmente con el hombrecillo gris, el cual lo saludó y dijo:

—Dame un poco de tu torta y un trago de lo que llevas en la botella, pues tengo hambre y sed.

—No llevo sino una torta cocida en la ceniza y cerveza agria —le respondió «El zoquete»—; si te conformas, sentémonos y comeremos.

Y se sentaron. Y he aquí que cuando el mozo sacó la torta, resultó ser un magnífico pastel de huevos, y la cerveza agria se había convertido en un vino excelente.

—Puesto que tienes buen corazón y eres generoso, te daré suerte. ¿Ves aquel viejo árbol de allí? Pues córtalo; encontrarás algo en la raíz.

Y, con estas palabras, el hombrecillo se despidió.

«El zoquete» se encaminó al árbol y lo derribó a hachazos; y al caer apareció en la raíz una oca de plumas de oro puro.

Se la llevó consigo y entró en una posada para pasar la noche. El dueño tenía tres hijas que, al ver la oca, sintieron por ella una gran curiosidad, y el deseo de poseer una de sus plumas de oro.

La mayor pensó: «Será mucho que no encuentre una oportunidad para arrancarle una pluma»; y, en un momento en que el muchacho salió de su cuarto, sujetó la oca por un ala; pero los dedos y la mano se le quedaron pegados a ella. Pronto acudió la segunda, con la idea de llevarse también una pluma de oro; pero no bien tocó a su hermana quedó pegada a ella. Finalmente, fue la tercera con idéntico propósito, y las otras le gritaron:

—¡Apártate, por Dios Santo, apártate!

Pero ella, no comprendiendo por qué debía apartarse y pensando que si sus hermanas estaban allí, también ella podía estar, se acercó y, apenas hubo tocado a la segunda, quedó asimismo aprisionada sin poder soltarse. Y así tuvieron que pasarse la noche pegadas a la oca.

A la mañana, «El zoquete», cogiendo el animal bajo el brazo, emprendió el camino de su casa sin preocuparse de las tres muchachas, que lo seguían quieras o no haciendo eses según le llevaban a él las piernas.

En medio del campo se encontraron con el señor cura quien, al ver la comitiva, dijo:

—¿No os da vergüenza, descaradas, correr de este modo tras este joven en despoblado? ¿Os parece decente?

Y sujetó a la menor por la mano con intención de separarla; pero no bien la tocó, quedó a su vez enganchado y hubo de participar también en la carrera.

Al poco rato acertó a pasar el sacristán y, al ver al señor cura que seguía a las muchachas, sorprendido dijo:

—¿Y pues, señor cura, adónde va tan de prisa? ¿Se ha olvidado de que hoy tenemos un bautizo?

Y corriendo hacia él, lo cogió de la manga, quedando asimismo sujeto. Trotando así los cinco, topáronse con dos labradores que, con sus azadones al hombro, regresaban del campo. Llamólos el cura, pidiéndoles que lo desenganchasen a él y al sacristán; pero no bien hubieron tocado los hombres a este último, ¡helos también aprisionados! Y ya eran siete los que corrían en pos de «El zoquete» y su oca.

Poco después llegaron a una ciudad, cuyo rey era padre de una hija tan seria y adusta, que nadie había logrado hacerla reír. Por eso el Rey había hecho pregonar que daría la mano de la princesa al hombre que fuese capaz de provocar su risa.

Al enterarse de ello «El zoquete», arrastrando todo su séquito, se presentó a la hija del Rey, y al ver ella aquella hilera de siete personas corriendo sin parar una tras otra, se echó a reír tan fuerte y tan a gusto, que no podía cesar en sus carcajadas.

Entonces «El zoquete» la pidió por esposa. Pero el Rey, al que no gustaba aquel yerno, opuso toda clase de objeciones y, al fin, le dijo que antes debía traerle a un hombre capaz de beberse todo el vino que cabía en la bodega de palacio.

Pensó el joven en su hombrecillo del bosque y fue a pedirle ayuda. Y he aquí que en el mismo lugar donde cortara el árbol vio sentado a un individuo en cuyo rostro se pintaba la aflicción. Preguntóle «El zoquete» el motivo de su pesar, y el otro le contestó:

—Sufro de una sed terrible, que no puedo calmar de ningún modo. No puedo con el agua fría, y aunque me he bebido todo un tonel de vino, ¿qué es una gota sobre una piedra ardiente?

—Yo puedo remediar esto —díjole el joven—. Vente conmigo te prometo que beberás hasta reventar.

Y así diciendo, lo condujo a la bodega real, donde el hombre la emprendió bebe que te bebe con las voluminosas cubas, hasta que ya le dolían las caderas, y antes de que se hubiese terminado el día había vaciado toda la bodega.

«El zoquete» acudió nuevamente a reclamar su novia; pero el Rey, irritado al pensar que un mozalbete que todo el mundo tenía por tonto se hubiese de llevar a su hija, púsole una nueva condición. Antes debía encontrar a un hombre capaz de comerse una montaña de pan.

No se lo pensó mucho el mozo, sino que se dirigió inmediatamente al bosque, y en el mismo lugar que antes encontró a un hombre ocupado en apretarse el cinturón y que, con cara compungida, le dijo:

—Me he comido toda una hornada de pan. Pero ¿qué es esto para un hambre como la que yo tengo? Mi estómago sigue vacío, y no me queda

más recurso que apretarme el cinturón para no morirme de hambre.

Díjole «El zoquete», muy contento:

—Vente conmigo y te vas a hartar.

Y lo llevó a la corte del Rey, el cual había mandado reunir toda la harina del reino y cocer con ella una enorme montaña de pan.

El hombre del bosque se situó enfrente de ella, empezó a comer y, al ponerse el sol, aquella enorme mole había desaparecido.

Por tercera vez reclamó «El zoquete» a la princesa; pero el Rey, buscando todavía dilaciones, le exigió que le trajera un barco capaz de ir por tierra y por agua.

—En cuanto llegues navegando en él —díjole—, mi hija será tu esposa.

Nuevamente se encaminó el muchacho al bosque, donde lo guardaba el viejo hombrecillo gris con quien repartiera su torta que le dijo:

—Para ti he comido y bebido, y ahora te daré el barco. Todo eso lo hago porque fuiste compasivo conmigo.

Y le dio el barco que iba por tierra y por agua; y cuando el Rey lo vio, ya no pudo seguir negándose a entregarle a su hija. Celebróse la boda; a la muerte del Rey, «El zoquete» heredó la corona, y durante largos años vivió feliz con su esposa.

La Cenicienta

ERASE una mujer casada con un hombre muy rico que enfermó y, presintiendo su próximo fin, llamó a su única hijita y le dijo:

—Hija mía, sigue siendo siempre buena y piadosa, y el buen Dios no te abandonará. Yo velaré por ti desde el cielo, y me tendrás siempre a tu lado.

Y, cerrando los ojos, murió.

La muchachita iba todos los días a la tumba de su madre a llorar, y siguió siendo buena y piadosa.

Al llegar el invierno, la nieve cubrió de un blanco manto la sepultura, y cuando el sol de primavera la hubo derretido, el padre de la niña contrajo de nuevo matrimonio.

La segunda mujer llevó a casa dos hijas, de rostro bello y blanca tez, pero negras y malvadas de corazón. Vinieron entonces días muy duros para la pobrecita huérfana.

—¿Esta estúpida tiene que estar en la sala con nosotras? —decían las recién llegadas—. Si quiere comer pan, que se lo gane. ¡Fuera, a la cocina! —quitáronle sus hermosos vestidos, pusiéronle una blusa vieja y le dieron un par de zuecos para calzado—. ¡Mirad la orgullosa princesa, qué compuesta!

Y, burlándose de ella, la llevaron a la cocina. Allí tenía que pasar el día entero ocupada en duros trabajos. Se levantaba de madrugada, iba por agua, encendía el fuego, preparaba la comida, lavaba la ropa… Y, por añadidura, sus hermanastras la sometían a todas las mortificaciones imaginables; se mofaban de ella, le esparcían entre la ceniza los guisantes y las lentejas para que tuviera que pasarse horas recogiéndolas…

A la noche, rendida como estaba de tanto trabajar, en vez de acostarse en la cama tenía que hacerlo en las cenizas del hogar. Y como por este motivo iba siempre polvorienta y sucia, la llamaban «Cenicienta».

Un día en que el padre se disponía a ir a la feria, preguntó a sus dos hijastras qué deseaban que les trajese.

—Hermosos vestidos —respondió una de ellas.

—Perlas y piedras preciosas —dijo la otra.

—¿Y tú, Cenicienta —preguntó—, qué quieres?

—Padre, cortad la primera ramita que os toque el sombrero cuando regreséis, y traédmela.

Compró el hombre para sus hijastras magníficos vestidos, perlas y piedras preciosas; de vuelta, al atravesar un bosquecillo, un brote de avellano le hizo caer el sombrero, y él lo cortó y se lo llevó consigo.

Llegado a casa, dio a sus hijastras lo que habían pedido, y a Cenicienta, el brote de avellano. La muchacha le dio las gracias, y se fue con la rama a la tumba de su madre; allí la plantó, regándola con sus lágrimas, y el brote creció, convirtiéndose en un hermoso árbol.

Cenicienta iba allí tres veces al día, a llorar y rezar, y siempre encontraba un pajarillo blanco posado en una rama; un pajarillo que, cuando la niña le pedía algo, se lo echaba desde arriba.

Sucedió que el Rey organizó unas fiestas, que debían durar tres días, y a las que fueron invitadas todas las doncellas bonitas del país, para que el príncipe heredero eligiese entre ellas una esposa.

Al enterarse las dos hermanastras que también ellas figuraban en la lista, pusiéronse muy contentas. Llamaron a Cenicienta, y le dijeron:

—Péinanos, cepíllanos bien los zapatos y abróchanos las hebillas; vamos a la fiesta de palacio.

Cenicienta obedeció, aunque llorando, pues también ella hubiera querido ir al baile; y, así, rogó a su madrastra que se lo permitiese.

—¿Tú, la Cenicienta, cubierta de polvo y porquería, pretendes ir a la fiesta? No tienes vestido ni zapatos, ¿y quieres bailar?

Pero al insistir la muchacha en sus súplicas, la mujer le dijo finalmente:

—Te he echado un plato de lentejas en la ceniza; si las recoges en dos horas, te dejaré ir.

La muchachita, saliendo por la puerta trasera, se fue al jardín y exclamó:

—Palomitas mansas, tortolillas y avecillas todas del cielo, venid a ayudarme a recoger lentejas:

«Las buenas, en el pucherito;
las malas, en el buchecito».

Y acudieron a la ventana de la cocina dos palomitas blancas, luego las tortolillas y, finalmente, comparecieron, bulliciosas y presurosas, todas las avecillas del cielo y se posaron en la ceniza. Y las palomitas, bajando las cabecitas, empezaron: pic, pic, pic, pic; y luego todas las demás las imitaron: pic, pic, pic, pic, y en un santiamén todos los granos buenos estuvieron en la fuente.

No había transcurrido ni una hora cuando, terminado el trabajo, echaron a volar y desaparecieron. La muchacha llevó la fuente a su madrastra, contenta porque creía que la permitirían ir a la fiesta; pero la vieja le dijo:

—No, Cenicienta, no tienes vestidos y no puedes bailar. Todos se burlarían de ti —y como la pobre rompiera a llorar—. Si en una hora eres capaz de limpiar dos fuentes llenas de lentejas que echaré en la ceniza, te permitiré que vayas.

Y pensaba: «Jamás podrá hacerlo». Pero cuando las lentejas estuvieron en la ceniza, la doncella salió al jardín por la puerta trasera y gritó:

—Palomitas mansas, tortolillas y avecillas todas del cielo, venid a ayudarme a limpiar lentejas:

«Las buenas, en el pucherito;
las malas, en el buchecito».

Y en seguida acudieron a la ventana de la cocina dos palomitas blancas y luego las tortolillas y, finalmente, comparecieron bulliciosas y presurosas, todas las avecillas del cielo y se posaron en la ceniza. Y las palomitas, bajando las cabecitas, empezaron: pic, pic, pic, pic; y luego todas las demás las imitaron: pic, pic, pic, pic, echando todos los granos buenos en las fuentes.

No había transcurrido aún media hora cuando, terminada ya su tarea, emprendieron todas el vuelo. La muchacha llevó las fuentes a su madrastra, pensando que aquella vez le permitiría ir a la fiesta. Pero la mujer le dijo:

—Todo es inútil; no vendrás, pues no tienes vestidos ni sabes bailar. Serías nuestra vergüenza.

Y, volviéndole la espalda, partió apresuradamente con sus dos orgullosas hijas.

No habiendo ya nadie en casa, Cenicienta se encaminó a la tumba de su madre bajo el avellano, y suplicó:

«¡Arbolito, sacude tus ramas frondosas,
y échame oro y plata y más cosas!»

Y he aquí que el pájaro le echó un vestido bordado en plata y oro, y unas zapatillas con adornos de seda y plata.

Se vistió a toda prisa y corrió a palacio, donde su madrastra y hermanastras no la reconocieron. Y, al verla tan ricamente ataviada, la tomaron por una princesa extranjera. Ni por un momento se les ocurrió pensar en Cenicienta, a quien creían en su cocina, sucia y buscando lentejas en la ceniza.

El príncipe salió a recibirla, y tomándola de la mano, bailó con ella. Y es el caso que no quiso bailar con ninguna otra ni la soltó de la mano, y cada vez que se acercaba otra muchacha a invitarlo, se negaba diciendo: «Ésta es mi pareja».

Al anochecer, Cenicienta quiso volver a su casa, y el príncipe le dijo:

—Te acompañaré —deseoso de saber de dónde era la bella muchacha.

Pero ella se le escapó, y se encaramó de un salto al palomar. El príncipe aguardó a que llegase su padre, y le dijo que la doncella forastera se había escondido en el palomar. Entonces pensó el viejo: «¿Será la Cenicienta?»; y, pidiendo que le trajesen un hacha y un pico, se puso a derribar el palomar.

Pero en su interior no había nadie. Y cuando todos llegaron a casa, encontraron a Cenicienta entre la ceniza, cubierta con sus sucias ropas, mientras un candil de aceite ardía en la chimenea; pues la muchacha se había dado buena maña en saltar por detrás del palomar y correr hasta el avellano; allí se quitó sus hermosos vestidos y los depositó sobre la tumba, donde el pajarillo se encargó de recogerlos. Y en seguida se volvió a la cocina, vestida con su sucia batita.

Al día siguiente, a la hora de volver a empezar la fiesta, cuando los padres y las hermanastras se hubieron marchado, la muchacha se dirigió al avellano y le dijo:

«¡Arbolito, sacude tus ramas frondosas,
y échame oro y plata y más cosas!»

El pajarillo le envió un vestido mucho más espléndido aún que el de la víspera; y al presentarse ella en palacio tan magníficamente ataviada, todos los presentes se pasmaron ante su belleza. El hijo del Rey, que la había estado aguardando, la tomó inmediatamente de la mano y sólo bailó con ella. A las demás que fueron a solicitarlo, les respondía: «Ésta es mi pareja».

Al anochecer, cuando la muchacha quiso retirarse, el príncipe la siguió, empeñado en ver a qué casa se dirigía; pero ella desapareció de un brinco en el jardín de detrás de la suya. Crecía en él un grande y hermoso peral, del que colgaban peras magníficas. Subióse ella a la copa con la ligereza de una ardilla, saltando entre las ramas, y el príncipe la perdió de vista.

El joven aguardó la llegada del padre, y le dijo:

—La joven forastera se me ha escapado; creo que se subió al peral.

Pensó el padre: «¿Será la Cenicienta?»; y, cogiendo un hacha, derribó el árbol, pero nadie apareció en la copa, y cuando entraron en la cocina allí estaba Cenicienta entre las cenizas, como tenía por costumbre, pues había saltado al suelo por el lado opuesto del árbol y, después de devolver los hermosos vestidos al pájaro del avellano, volvió a ponerse su batita gris.

El tercer día, en cuanto se hubieron marchado los demás, volvió Cenicienta a la tumba de su madre y suplicó al arbolillo:

«¡Arbolito, sacude tus ramas frondosas,
y échame oro y plata y más cosas!»

Y el pájaro le echó un vestido soberbio y brillante como jamás se viera otro en el mundo, con unos zapatitos de oro puro. Cuando se presentó a la fiesta, todos los concurrentes se quedaron boquiabiertos de admiración. El hijo del Rey bailó exclusivamente con ella, y a todas las que iban a solicitarlo les respondía: «Ésta es mi pareja».

Al anochecer se despidió Cenicienta. El hijo del Rey quiso acompañarla; pero ella se escapó con tanta rapidez, que su admirador no pudo darle alcance. Pero esta vez recurrió a un ardid; mandó embadurnar con pez las escaleras de palacio por lo cual, al saltar la muchacha los peldaños, quedósele la zapatilla izquierda adherida a uno de ellos. Recogióla el príncipe, y observó que era diminuta, graciosa, y toda ella de oro.

A la mañana siguiente presentóse en casa del hombre y le dijo:

—Mi esposa será aquella cuyo pie se ajuste a este zapato.

Las dos hermanastras se alegraron, pues ambas tenían los pies muy lindos.

La mayor fue a su cuarto para probarse la zapatilla, acompañada de su madre. Pero no había modo de introducir el dedo gordo; y al ver que la zapatilla era demasiado pequeña, la madre, alargándole un cuchillo, le dijo:

—¡Córtate el dedo! Cuando seas reina, no tendrás necesidad de andar a pie.

Hízolo así la muchacha; forzó el pie en el zapato y, reprimiendo el dolor, presentóse al príncipe.

Él la hizo montar en su caballo y se marchó con ella. Pero hubieron de pasar por delante de la tumba, y dos palomitas que estaban posadas en el avellano gritaron:

«Ruke di guk, ruke di guk;
sangre hay en el zapato.
El zapato no le va.
La novia verdadera en casa está».

Miróle el príncipe el pie y vio que de él fluía sangre. Hizo dar media vuelta al caballo y devolvió la muchacha a su madre, diciendo que no era aquella la que buscaba, y que la otra hermana tenía que probarse el zapato.

Subió ésta a su habitación, y aunque los dedos le entraron holgadamente, en cambio no había manera de meter el talón. Le dijo la madre alargándole un cuchillo:

—Córtate un pedazo del talón. Cuando seas reina no tendrás necesidad de andar a pie.

Cortóse la muchacha un trozo del talón, metió a la fuerza el pie en el zapato y, reprimiendo el dolor, presentóse al hijo del Rey.

Montóla éste en su caballo y se marchó con ella. Pero al pasar por delante del avellano, las dos palomitas posadas en una de sus ramas gritaron:

«Ruke di guk, ruke di guk;
sangre hay en el zapato.
El zapato no le va.
La novia verdadera en casa está».

Miró el príncipe el pie de la muchacha y vio que la sangre manaba del zapato y había enrojecido la blanca media. Volvió grupas y llevó a su casa a la falsa novia.

—Tampoco es ésta la verdadera —dijo—. ¿No tenéis otra hija?

—No —respondió el hombre—, sólo de mi esposa difunta queda una Cenicienta pringosa; pero es imposible que sea la novia.

Mandó el príncipe que la llamasen; pero la madrastra replicó:

—¡Oh, no! ¡Va demasiado sucia! No me atrevo a presentarla.

Pero como el hijo del Rey insistiera, no hubo más remedio que llamar a Cenicienta. Lavóse ella primero las manos y la cara y, entrando en la habitación, saludó al príncipe con una reverencia y él tendió el zapato de oro.

Sentóse la muchacha en un escabel, se quitó el pesado zueco y se calzó la chinela; le venía como pintada. Y cuando, al levantarse, el príncipe le miró el rostro, reconoció en el acto a la hermosa doncella que había bailado con él y exclamó:

—¡Ésta sí que es mi verdadera novia!

La madrastra y sus dos hijas palidecieron de rabia; pero el príncipe ayudó a Cenicienta a montar a caballo y marchó con ella. Y al pasar por delante del avellano, gritaron las dos palomitas blancas:

«Ruke di guk, ruke di guk;
no tiene sangre el zapato.
Y pequeño no le está.
Es la novia verdadera con la que va».

Y, dicho esto, bajaron volando las dos palomitas y se posaron una en cada hombro de Cenicienta.

Al llegar el día de la boda, presentáronse las traidoras hermanas, muy zalameras, deseosas de congraciarse con Cenicienta y participar de su dicha. Pero al encaminarse el cortejo a la iglesia, yendo la mayor a la derecha de la novia y la menor a su izquierda, las palomas, de sendos picotazos, les sacaron un ojo a cada una. Luego, al salir, yendo la mayor a la izquierda y la menor a la derecha, las mismas aves les sacaron el otro ojo, y de este modo quedaron castigadas por su maldad, condenadas a la ceguera para todos los días de su vida.

La novia del conejillo

ERASE una vez una mujer y su hija, las cuales vivían en un hermoso huerto plantado de coles.

Y he aquí que, en invierno, viene un conejillo y se pone a comer las coles. Dijo entonces la mujer a su hija:

—Ve al huerto y echa al conejillo.

Y dice la muchacha al conejillo:

—¡Chú! ¡Chú! ¡Conejillo, acaba de comerte las coles!

Y dice el conejillo:

—¡Ven, niña, súbete en mi colita y te llevaré a mi casita!

Pero la niña no quiere.

Al día siguiente vuelve el conejillo y se come las coles; y dice la mujer a su hija:

—¡Ve al huerto y echa al conejillo!

Y dice la muchacha al conejillo:

—¡Chú! ¡Chú! ¡Conejillo, acaba de comerte las coles!

Dice el conejillo:

—¡Ven, niña, súbete en mi colita y te llevaré a mi casita!

Pero la niña no quiere.

Al tercer día vuelve aún el conejillo y se come las coles. Dice la mujer a su hija:

—¡Ve al huerto y echa al conejillo!

Dice la muchacha:

—¡Chú! ¡Chú! ¡Conejillo, acaba de comerte las coles!

Dice el conejillo:

—¡Ven, niña, súbete en mi colita y te llevaré a mi casita!

La muchacha monta en la colita del conejillo, y el conejillo la lleva lejos, lejos, a su casita y le dice:

—Ahora cuece berzas y mijo; invitaré a los que han de asistir a la boda.

Y llegaron todos los invitados.

(¿Que quiénes eran los invitados? Tal como me lo dijeron, os lo diré: eran todos los conejos, y el grajo hacía de señor cura para casar a los novios, y la zorra hacía de sacristán, y el altar estaba debajo del arco iris.)

Pero la niña se sentía sola y estaba triste. Viene el conejillo y dice:

—¡Vivo, vivo! ¡Los invitados están alegres!

La novia se calla y se echa a llorar. Conejillo se marcha, Conejillo vuelve, y dice:

—¡Vivo, vivo! ¡Los invitados están hambrientos!

Y la novia calla que calla y llora que llora. Conejillo se va, Conejillo vuelve, y dice:

—¡Vivo, vivo! ¡Los invitados esperan!

La novia calla y Conejillo sale, pero ella confecciona una muñeca de paja con sus vestidos, le pone un cucharón y la coloca junto al caldero del mijo; luego se marcha a casa de su madre.

Vuelve nuevamente Conejillo y dice:

—¡Vivo, vivo!

Tira algo a la cabeza de la muñeca, le hace caer la cofia. Entonces ve Conejillo que no es su novia, y se marcha, y queda muy triste.

Los doce cazadores

VIVÍA en otro tiempo un príncipe que tenía una prometida de la que estaba muy enamorado.

Hallándose a su lado feliz y contento le llegó la noticia de que el Rey, su padre, se encontraba enfermo de muerte y quería verlo por última vez antes de rendir el alma. Dijo entonces el joven a su amada:

—Debo marcharme y dejarte; aquí te doy un anillo como recuerdo. Cuando sea rey, volveré a buscarte y te llevaré a palacio.

Montó a caballo y partió a ver a su padre; al llegar ante su lecho, el Rey estaba a las puertas de la muerte. Díjole así:

—Hijo mío amadísimo, he querido volverte a ver antes de morir. Prométeme que te casarás según mi voluntad.

Y le nombró a cierta princesa, que le destinaba por esposa. El joven estaba tan afligido que, sin acordarse de nada, exclamó:

—¡Sí, padre mío, lo haré según vos queréis!

Y el Rey cerró los ojos y murió.

Ya proclamado rey el hijo y terminado el período de luto, hubo de cumplir la promesa que hiciera a su padre. Envió, pues, a solicitar la mano de la princesa, la cual le fue otorgada.

Al saberlo su antigua prometida, pesóle de tal modo aquella infidelidad de su novio que estuvo en trance de morir.

Díjole entonces su padre:

—Hija mía querida, ¿por qué estás tan triste? Dime lo que deseas y lo tendrás.

Permaneció la muchacha un momento pensativa, y luego respondió:

—Padre mío, deseo tener once muchachas que sean exactamente iguales que yo de cara, de figura y de talla.

Y dijo el Rey:

—Si es posible, tu deseo será cumplido.

Y mandó que se hicieran pesquisas en todo el reino, hasta que se encontraron once doncellas idénticas a su hija en cara, figura y estatura.

Al llegar al palacio de la princesa, dispuso ésta que se confeccionasen doce vestidos de cazador, todos iguales, y ella y las once muchachas se los pusieron. Despidióse luego de su padre montando todas a caballo, dirigiéronse a la corte de su antiguo novio a quien tanto amaba.

Preguntó allí si necesitaban monteros, y pidió al Rey que los tomase a los doce a su servicio. Viola el Rey sin reconocerla; pero eran todas tan apuestas y bien parecidas que aceptó el ofrecimiento, y las doce doncellas pasaron a ser los doce monteros del Rey.

Pero éste tenía un león, animal prodigioso, que sabía todas las cosas ocultas y secretas; y una noche dijo al Rey:

—¿Crees tener doce monteros, verdad?

—Sí —respondió el Rey—, son doce monteros.

Prosiguió el león:

—Te equivocas; son doce doncellas.

Y replicó el Rey:

—No es verdad. ¿Cómo me lo pruebas?

—¡Oh! —respondió el animal—, no tienes más que hacer esparcir guisantes en su antecámara. Los hombres andan con paso firme, y cuando pisen los guisantes verás cómo no se mueve ni uno; en cambio, las mujeres andan a pasitos, dan saltitos y arrastran los pies, por lo que harán rodar todos los guisantes.

Parecióle bien el consejo al Rey, y mandó esparcir guisantes por el suelo.

Pero un criado del Rey, que era adicto a los monteros y oyó la prueba a que se les iba a someter, fue a ellos y les contó lo que ocurría.

—El león quiere demostrar al Rey que sois muchachas —les dijo.

Diole las gracias la princesa y dijo a sus compañeras:

—Haceos fuerza y pisad firme sobre los guisantes.

Cuando, a la mañana siguiente, el Rey mandó llamar a su presencia a los doce monteros, al atravesar éstos la antesala donde se hallaban

esparcidos los guisantes lo hicieron con paso tan firme que ni uno solo se movió de su sitio ni rodó por el suelo.

Una vez se hubieron retirado, dijo el Rey al león:

—Me has mentido; caminan como hombres.

Y replicó el león:

—Supieron que iban a ser sometidas a prueba y se hicieron fuerza. Manda traer a la antesala doce tornos de hilar; verás cómo se alegran al verlos, cosa que no haría un hombre.

Parecióle bien al Rey el consejo, y mandó poner los tornos de hilar en el vestíbulo.

Pero el criado amigo de los monteros apresuróse a revelarles la trampa que se les tendía, y la princesa dijo a sus compañeras al quedarse a solas con ellas:

—Haceos fuerza y no os volváis a mirar los tornos.

A la mañana, cuando el Rey mandó llamar a los doce monteros, cruzaron todos la antesala sin hacer el menor caso de los tornos de hilar.

Y el Rey repitió al león:

—Me has mentido; son hombres, pues ni siquiera han mirado los tornos.

A lo que replicó el león:

—Supieron que ibas a probarlas y se han hecho fuerza.

Pero el Rey se negó a seguir dando crédito al león.

Los doce monteros acompañaban constantemente al Rey en sus cacerías, y el Monarca cada día se aficionaba más a ellos.

Sucedió que, hallándose un día de caza, llegó la noticia de que la prometida del Rey estaba a punto de llegar. Al oírlo la novia verdadera sintió tal pena que, dándole un vuelco el corazón, cayó al suelo sin sentido.

Pensando el Rey que había ocurrido un accidente a su montero preferido, corrió en su auxilio y le quitó el guante. Al ver en el dedo la sortija que un día diera a su prometida, miró su rostro y la reconoció. Emocionado le dio un beso y, al abrir ella los ojos, le dijo:

—Tú eres mía y yo soy tuyo, y nadie en el mundo puede cambiar este hecho.

Y, acto seguido, despachó un emisario con encargo de rogar a la otra princesa que se volviera a su país, puesto que él tenía ya esposa y quien ha

encontrado la llave antigua no necesita una nueva.

Celebróse la boda, y el león recuperó el favor del Rey, puesto que a fin de cuentas había dicho la verdad.

El ladrón, el fullero y su maestro

JUAN quería que su hijo aprendiera un oficio; fue a la iglesia y rogó a Dios Nuestro Señor que le inspirase lo que fuera más conveniente.

El sacristán, que se encontraba detrás del altar, le dijo: «¡Ladrón fullero, ladrón fullero!».

Volvió Juan junto a su hijo y le comunicó que había de aprender de ladrón fullero, pues así lo había dicho Dios Nuestro Señor.

Se puso en camino con el muchacho en busca de alguien que supiera aquel oficio.

Después de mucho andar, llegaron a un gran bosque, y allí encontraron una casita en la que vivía una vieja. Preguntóle Juan:

—¿No sabría de algún hombre que entienda el oficio de ladrón fullero?

—Aquí mismo, y muy bien lo podrás aprender —dijo la mujer—; mi hijo es maestro en el arte.

Y Juan habló con el hijo de la vieja:

—¿No podría enseñar a mi hijo el oficio de ladrón fullero?

A lo que respondió el maestro:

—Enseñaré a vuestro hijo como se debe. Volved dentro de un año; si entonces lo conocéis, renuncio a cobrar nada por mis enseñanzas; pero si no lo conocéis, tendréis que pagarme doscientos ducados.

Volvió el padre a su casa, y el hijo aprendió con gran aplicación el arte de la brujería y el oficio de ladrón.

Transcurrido el año fue el padre a buscarlo, pensando tristemente durante el camino cómo se las compondría para reconocer a su hijo.

Mientras avanzaba sumido en sus cavilaciones, fijó la mirada ante sí y vio que le salía al paso un hombrecillo, el cual le preguntó:

—¿Qué te pasa, buen hombre? Pareces muy preocupado.

—¡Ay! —exclamó Juan—, hace un año coloqué a mi hijo en casa de un maestro en fullería, el cual me dijo que volviese al cabo de este tiempo, y si no reconocía a mi hijo, tendría que pagarle doscientos ducados; pero si lo reconocía, no debería abonarle nada. Y ahora siento gran miedo de no reconocerlo, pues no sé de dónde voy a sacar el dinero.

Díjole entonces el hombrecillo que se llevase una corteza de pan y se colocara con ella debajo de la campana de la chimenea. Sobre la percha de que pendían las cremalleras había un cestito del que asomaba un pajarillo; aquél era su hijo.

Entró Juan y cortó una corteza de pan moreno delante de la cesta. Inmediatamente salió de ella un pajarillo y se lo quedó mirando.

—Hola, hijo mío, ¿estás aquí? —dijo el padre.

Alegróse el hijo al ver a su padre, mientras el maestro refunfuñó:

—El diablo te lo ha dicho. ¿Cómo, si no, habrías podido reconocer a tu hijo?

—Padre, vámonos —dijo el muchacho.

El padre emprendió, con su hijo, el regreso a casa; durante el camino se cruzaron con un coche. Dijo entonces el muchacho:

—Voy a transformarme en un gran lebrel, y así podréis ganar mucho dinero conmigo.

Y gritó el señor del coche:

—Buen hombre, ¿queréis venderme ese perro?

—Sí —respondió el padre.

—¿Cuánto pedís?

—Treinta ducados.

—Mucho dinero es, buen hombre; pero en fin, el lebrel me gusta y me quedo con él.

El señor lo subió al coche; pero apenas hubo corrido un breve trecho cuando el perro, saltando del carruaje por la ventanilla a través del cristal, desapareció y fue a reunirse con su padre.

Llegaron los dos juntos a casa. Al día siguiente había mercado en la aldea vecina, y dijo el mozo a su padre:

—Ahora me transformaré en un magnífico caballo, y vos me venderéis. Pero después de cerrar el trato debéis quitarme la brida, pues de otro modo

no podría volver a mi condición de persona.

Encaminóse el hombre al mercado con su caballo, y se le presentó el maestro de fullerías y le compró el animal por cien ducados; mas el padre, distraído, se olvidó de quitarle la brida.

El comprador se llevó el caballo a su casa y lo metió en el establo. Al pasar la criada por el zaguán, dijo el caballo:

—¡Quítame la brida, quítame la brida!

La muchacha se quedó parada, el oído atento:

—¡Cómo! ¿Sabes hablar?

Fue y le quitó la brida, y el caballo, transformándose en gorrión, huyó volando sobre la puerta. Pero el maestro convirtióse también en gorrión y salió detrás de él. Al alcanzar al otro empezó la pelea; pero el maestro, que llevaba las de perder, se transformó en pez y se sumergió en el agua. Entonces el joven se volvió también pez y se reanudó la lucha; el maestro lo pasaba mal, y hubo de transformarse nuevamente. Tomó la figura de un pollo, y el mozo, la de una zorra y, lanzándose sobre su maestro, le cortó la cabeza de una dentellada. Y ahí tenéis al maestro muerto; y muerto sigue hasta el día de hoy.

Los tres favoritos de la fortuna

UN padre llamó un día a sus tres hijos y les regaló: al primero, un gallo; al segundo, una guadaña, y al tercero, un gato.

—Ya soy viejo —les dijo—, se acerca mi muerte, y antes de dejaros he querido asegurar vuestro porvenir. Dineros no tengo, y lo que os doy ahora quizás os parezca de poco valor; todo depende de cómo sepáis emplearlo. Que cada uno busque un país en el que estas cosas sean desconocidas, y vuestra fortuna estará hecha.

Muerto el padre, el hijo mayor se marchó con su gallo; pero dondequiera que llegaba, el animal era conocido; en las ciudades lo veía ya desde lejos en lo alto de los campanarios, girando a merced del viento; y en los pueblos lo oía cantar. Su gallo no causaba la menor sensación, y no parecía que hubiese de traerle mucha suerte.

Llegó, por fin, a una isla cuyos habitantes jamás habían visto un gallo, y que además no sabían distribuir el tiempo. Distinguían, sí, la mañana de la tarde; mas por la noche, en cuanto dormían, nunca sabían qué hora era.

—Mirad —les dijo él— este apuesto animal que lleva en la cabeza una corona escarlata, y en los pies espolones como un caballero. Por la noche os cantará tres veces a una hora fija, y cuando lo haga por última vez, querrá decir que está ya para salir el sol. Y cuando cante durante el día, preparaos, pues sin duda habrá un cambio de tiempo.

A aquellas personas les gustaron las cualidades del gallo, y se pasaron una noche sin dormir comprobando con gran satisfacción que anunciaba la hora a las dos, las cuatro y las seis. Preguntaron entonces al joven si estaba dispuesto a venderles el ave, y cuánto pedía por ella.

—El oro que pueda transportar un asno —respondióles.

—Es una bagatela por un animal tan precioso —declararon unánimemente los isleños y, gustosos, le dieron por el gallo lo que pedía.

Cuando el mozo regresó a su casa con su fortuna sus dos hermanos se quedaron admirados, y el segundo dijo:

—Pues ahora me marcho yo, a ver si logro sacar tan buen partido de mi guadaña.

No parecía probable, ya que por doquier encontraba campesinos que iban con el instrumento al hombro como él.

Finalmente, llegó también a una isla cuyos moradores desconocían la guadaña. Cuando el grano estaba maduro llevaban a los campos cañones de artillería y los arrasaban a cañonazos. Pero era un procedimiento muy impreciso, pues unas bombas pasaban demasiado altas; otras, daban contra las espigas en vez de hacerlo contra los tallos, con lo que se perdía buena parte de la cosecha; y nada digamos del ensordecedor estruendo que metían con todo aquello.

Adelantándose el joven forastero, se puso a segar silenciosamente y con tanta rapidez que a las gentes les caía la baba de verlo. Se declararon dispuestos a comprarle la herramienta por el precio que pidiese; y, así, recibió un caballo cargado con todo el oro que pudo transportar.

Tocóle la vez al tercer hermano, que partió con el propósito de sacar el mejor partido posible de su gato. Le sucedió como a los otros dos; mientras estuvo en el continente no pudo conseguir nada, pues en todas partes había gatos, tantos que a la mayoría de cachorros los ahogaban al nacer.

Pero al fin se embarcó y llegó a una isla en la que, felizmente para él, nadie había visto jamás ninguno, y los ratones andaban en ella como Perico por su casa bailando por encima de mesas y bancos, lo mismo si el dueño estaba como si no. Los isleños hallábanse de aquella plaga hasta la coronilla, y ni el propio rey sabía cómo librarse de ella en su palacio. En todas las esquinas se veían ratones silbando y royendo lo que llegaba al alcance de sus dientes.

Pero he aquí que entró el gato en escena, y en un abrir y cerrar de ojos limpió de ratones varias salas, por lo que los habitantes suplicaron al Rey que comprase tan maravilloso animal para bien del país. El Rey pagó

gustoso lo que le pidió el dueño, que fue un mulo cargado de oro; y, así, el tercer hermano regresó a su pueblo más rico aún que los otros dos.

En palacio, el gato se daba la gran vida con los ratones, matando tantos que nadie podía contarlos. Finalmente, le entró sed, acalorado como estaba por su mucho trabajo y, quedándose un momento parado, levantó la cabeza y gritó: «¡Miau, miau!». Al oír aquel extraño rugido, el Rey y todos sus cortesanos quedaron aterrorizados y, presa de pánico, huyeron del palacio.

En la plaza celebró consejo el Rey para estudiar el proceder más adecuado en aquel trance. Decidióse, al fin, enviar un heraldo al gato para que lo conminara a abandonar el palacio; advirtiéndole que, de no hacerlo, se recurriría a la fuerza.

Dijeron los consejeros:

—Preferimos la plaga de los ratones, que es un mal conocido, a dejar nuestras vidas a merced de un monstruo semejante.

Envióse a un paje a pedir al gato que abandonase el palacio de buen grado; pero el animal, cuya sed iba en aumento, se limitó a contestar: «¡Miau, miau!», entendiendo el paje: «¡No, no!»; y corrió a transmitir la respuesta al Rey.

—En este caso —dijeron los consejeros— tendrá que ceder ante la fuerza.

Trajeron la artillería y dispararon contra el castillo con bombas incendiarias. Cuando el fuego llegó a la sala donde se hallaba el gato, salvóse éste saltando por una ventana; pero los sitiadores no dejaron de disparar hasta que todo el castillo quedó convertido en un montón de escombros.

Seis que salen de todo

HABÍA una vez un hombre muy hábil en toda clase de artes y oficios. Sirvió en el ejército, mostrándose valiente y animoso; pero al terminar la guerra lo licenciaron sin darle más que tres reales como ayuda de costas.

—Aguardad un poco —dijo—, que de mí no se burla nadie. En cuanto encuentre los hombres que necesito, no le van a bastar al Rey para pagarme todos los tesoros del país.

Partió muy irritado, y al cruzar un bosque vio a un individuo que acababa de arrancar de cuajo seis árboles con la misma facilidad que si fuesen juncos. Díjole:

—¿Quieres ser mi criado y venirte conmigo?

—Sí —respondió el hombre—, pero antes déjame que lleve a mi madre este hacecillo de leña.

Asió uno de los troncos, lo hizo servir de cuerda para atar los cinco restantes y, cargándose el haz al hombro, se lo llevó.

Al poco rato estaba de vuelta, y él y su nuevo amo se pusieron en camino. Díjole el amo:

—Vamos a salirnos de todo, nosotros dos.

Habían andado un rato cuando encontraron un cazador que ponía rodilla en tierra y apuntaba con la escopeta. Preguntóle el amo:

—¿A qué apuntas, cazador?

A lo cual respondió el cazador:

—A dos millas de aquí hay una mosca posada en la rama de un roble, y quiero acertarla en el ojo izquierdo.

—¡Vente conmigo! —dijo el amo—, que los tres juntos vamos a salirnos de todo.

Avínose el cazador y se unió a ellos.

Pronto llegaron a un lugar donde se levantaban siete molinos de viento, cuyas aspas giraban a toda velocidad a pesar de que no se sentía la más ligera brisa y de que no se movía una sola hojita de árbol.

Dijo el hombre:

—No sé qué es lo que mueve estos molinos, pues no sopla un hálito de viento.

Y siguió su camino con sus compañeros.

Habían recorrido otras dos millas, cuando vieron a un individuo subido a un árbol que, tapándose con un dedo una de las ventanillas de la nariz, soplaba con la otra.

—¡Oye!, ¿qué estás haciendo ahí arriba? —preguntó el hombre.

A lo cual respondió el otro:

—A dos millas de aquí hay siete molinos de viento, y estoy soplando para hacerlos girar.

—Ven conmigo —le dijo el otro—, que yendo los cuatro vamos a salirnos de todo.

Bajó del árbol el soplador y se unió a los otros.

Al cabo de un buen trecho se toparon con un personaje que se sostenía sobre una sola pierna; se había quitado la otra y la tenía a su lado.

Díjole el amo:

—¡Pues no te has ingeniado mal para descansar!

—Soy andarín —replicó el hombre—, y me he desmontado una pierna para no ir tan de prisa; cuando corro con las dos piernas, ni los pájaros pueden seguirme.

—Ven conmigo, que yendo los cinco juntos vamos a salirnos de todo.

Marchóse con ellos, y poco rato después les salió al paso otro que llevaba el sombrero puesto sobre la oreja.

—¡Vaya finura! —exclamó el soldado—. ¡Quítate el sombrero de la oreja y póntelo en la cabeza! Diríase que te falta un tornillo.

—Me guardaré muy bien de hacerlo —replicó el otro—, pues si me lo pongo en la cabeza empezará a hacer un frío tan terrible que las aves del cielo se helarán y caerán muertas.

—Vente conmigo —dijo el jefe—, que yendo los seis juntos vamos a salirnos de todo.

Y el grupo llegó a la ciudad cuyo rey había mandado pregonar que la mano de su hija sería para el hombre que se aviniese a competir con ella en la carrera y la venciese; entendiéndose que si fracasaba, perdería también la cabeza.

Presentóse el jefe al Rey y le dijo:

—Haré que uno de mis criados corra por mí.

A lo cual contestó el Rey:

—Bien, pero a condición de que pongas tú también tu cabeza en prenda, de manera que si pierde, moriréis los dos.

Aceptada la condición, el hombre mandó al corredor que se pusiera la otra pierna y le dijo:

—Y ahora, listo, y procura que ganemos.

Habíase convenido que el vencedor sería aquel que volviera primero de una fuente muy alejada, trayendo un jarro de agua.

Dieron sendos jarros a la princesa y a su competidor, y los dos partieron simultáneamente. Pero en un momento, cuando la princesa no había recorrido sino un breve espacio, ya el andarín se había perdido de vista como si se lo hubiera llevado el viento.

Llegó a la fuente y, después de llenar el jarro de agua, emprendió el regreso. A mitad del camino, empero, sintióse fatigado y, echándose en el suelo con el jarro a su lado, se quedó dormido. Tuvo, empero, la precaución de usar como almohada un duro cráneo de caballo que encontró por allí, para que lo duro del cojín no le dejara dormir mucho.

Entretanto la princesa, que era muy buena corredora, tanto como cabe en una persona normal, había llegado a su vez a la fuente y, llenando el jarro, había emprendido la vuelta.

Al ver a su rival dormido en el suelo, alegróse diciendo:

—¡El enemigo está en mis manos!

Y, vaciándole la vasija, siguió su camino.

Todo se habría perdido de no ser por el cazador de los ojos de lince, que había visto la escena desde la azotea del palacio. Díjose para sus adentros:

—Pues la hija del Rey no se saldrá con la suya.

Y, cargando la escopeta, disparó con tal puntería que acertó el cráneo que servía de almohada al durmiente sin tocar a éste.

Despertó sobresaltado el andarín y se dio cuenta de que su jarro estaba vacío y la princesa le llevaba la delantera. No se desanimó el hombre por tan poca cosa; volvió a la fuente, llenó el jarro de nuevo, y todavía llegó al palacio diez minutos antes que su competidora.

—¡Ahora sí que he hecho servir las piernas! —dijo—; lo que he hecho a la ida no puede llamarse correr.

Pero al Rey, y más aún a su hija, les dolía aquel casamiento con un vulgar soldado, por lo que deliberaron sobre la manera de deshacerse de él y sus hombres.

Dijo el Rey:

—He ideado un medio, no te preocupes; verás cómo nos deshacemos de ellos —y, dirigiéndose a los seis, les habló así—. Ahora tenéis que celebrar vuestra victoria con un buen banquete —y los condujo a una sala que tenía el suelo y las puertas de hierro; en cuanto a las ventanas, estaban aseguradas por gruesos barrotes de hierro también. En la habitación habían puesto una mesa con suculentas viandas, y el Rey prosiguió—. ¡Entrad ahí y regalaos!

Y cuando ya estuvieron dentro mandó cerrar las puertas y echarles los cerrojos. Llamando luego al cocinero, le ordenó que encendiese fuego debajo de la habitación y lo mantuviese todo el tiempo necesario para que el hierro se pusiera candente. Obedeció el cocinero, y al cabo de poco los seis comensales encerrados en la habitación empezaron a sentir un intenso calor.

Al principio creyeron que era por lo bien que habían comido; pero al ir en aumento la temperatura trataron de salir, encontrándose con que puertas y ventanas estaban cerradas. Entonces comprendieron el malvado designio del Rey.

—¡Pues no va a salirse con la suya! —exclamó el del sombrero—; voy a provocar una helada tal, que el fuego se retirará avergonzado.

Y, colocándose el sombrero sobre la cabeza, a los pocos momentos comenzó a sentirse un frío rigurosísimo, hasta el punto de que la comida se helaba en los platos.

Transcurridas un par de horas, creyendo el Rey que todos estarían ya achicharrados, mandó abrir la puerta y fue personalmente a ver el resultado

de su estratagema. Y he aquí que no bien se abrió la puerta salieron los seis, frescos y sanos, diciendo que ya estaban deseando salir para calentarse un poco, pues en aquella habitación hacía tanto frío que se helaban hasta los manjares.

El Rey, fuera de sí, fue a reñir al cocinero por no haber cumplido sus órdenes, y respondió el hombre:

—Pues hay un buen fuego, véalo Vuestra Majestad.

Entonces el Rey pudo comprobar que bajo el piso de hierro de la habitación ardía un fuego enorme, y comprendió que nada podría con aquella gente.

Tras nuevas cavilaciones, siempre buscando el medio de deshacerse de tan molestos huéspedes, mandó llamar al jefe de los seis y le dijo:

—¿Quieres oro a cambio de la mano de mi hija? Te daré cuanto quieras.

—De acuerdo, Señor Rey —respondió el jefe—; con que me deis el que pueda llevar uno de mis criados, renunciaré a vuestra hija.

Púsose el Rey la mar de contento, y el otro prosiguió:

—Dentro de dos semanas volveré a buscarlo.

Y, acto seguido, reunió a todos los sastres del país, los cuales se pasaron catorce días cosiendo un saco.

Cuando estuvo terminado, el forzudo de los seis, aquel que arrancaba los árboles de cuajo, se lo cargó a la espalda y se presentó al Rey. Exclamó éste:

—¡Vaya hombre fornido, que lleva sobre sus hombros una bala de tela como una casa!

Y pensó, asustado: «¡Cuánto oro podrá llevar!».

Ordenó que trajeran una tonelada, para lo cual se necesitaron dieciséis de sus hombres más robustos; pero el forzudo lo levantó con una sola mano y, metiéndolo en el saco, dijo:

—¿Por qué no traéis más? ¡Esto apenas llena el fondo del saco!

Y, así, el Rey tuvo que entregar poco a poco todo su tesoro, que el forzudo fue metiendo en el saco, y aún éste no se llenó más que hasta la mitad.

—¡Qué traigan más! —decía el hombre—. ¡Qué hago con estos puñaditos!

Hubo que enviar carros a todo el reino, y se cargaron siete mil carretas, que el forzudo metió en el saco junto con los bueyes que las arrastraban:

—No seré exigente —dijo—, y meteré lo que venga con tal de llenar el saco.

Cuando ya no quedaba nada por cargar, dijo:

—Terminemos de una vez; bien puede atarse un saco aunque no esté lleno del todo.

Y, echándoselo a cuestas, fue reunirse con sus compañeros.

Al ver el Rey que aquel hombre solo se marchaba con las riquezas de todo el país ordenó, fuera de sí, que saliese la caballería en persecución de los seis, con orden de quitar el saco al forzudo.

Dos regimientos no tardaron en alcanzarlos y les gritaron:

—¡Daos presos! ¡Dejad el saco del oro, si no queréis que os hagamos polvo!

—¿Qué dice? —exclamó el soplador—, ¿que nos demos presos? ¡Antes vais a volar todos por el aire!

Y, tapándose una ventanilla de la nariz, púsose a soplar con la otra en dirección de los dos regimientos, los cuales en un abrir y cerrar de ojos quedaron dispersos, con los hombres y caballos volando por los aires, precipitados más allá de las montañas.

Un sargento mayor pidió clemencia, diciendo que tenía nueve heridas, y era hombre valiente que no se merecía aquella afrenta.

El soplador aflojó entonces un poco para dejarlo aterrizar sin daño, y luego le dijo:

—Ve al Rey y dile que mande más caballería, pues tengo grandes deseos de hacérsela volar toda.

Cuando el Rey oyó el mensaje, exclamó:

—Dejadlos marchar; no hay quien pueda con ellos.

Y los seis se llevaron el tesoro a su país, donde se lo repartieron y vivieron felices el resto de su vida.

El lobo y el hombre

UN día la zorra ponderaba al lobo la fuerza del hombre; no había animal que le resistiera, y todos habían de valerse astucia para guardarse de él.

Respondióle el lobo:

—Como tenga ocasión de encontrarme con un hombre, ¡vaya si arremeteré contra él!

—Puedo ayudarte a encontrarlo —dijo la zorra—; ven mañana de madrugada, y te mostraré uno.

Presentóse el lobo temprano y la zorra lo condujo al camino que todos los días seguía el cazador. Primeramente pasó un soldado licenciado, ya muy viejo.

—¿Es eso un hombre? —preguntó el lobo.

—No —respondió la zorra—, lo ha sido.

Acercóse después un muchacho, que iba a la escuela.

—¿Es eso un hombre?

—No, lo será un día.

Finalmente, llegó el cazador, la escopeta de dos cañones al hombro y el cuchillo de monte al cinto.

Dijo la zorra al lobo:

—¿Ves? ¡Eso es un hombre! Tú, atácalo si quieres, pero lo que es yo voy a ocultarme en mi madriguera.

Precipitóse el lobo contra el hombre. El cazador, al verlo, dijo:

—¡Lástima que no lleve la escopeta cargada con balas!

Y, apuntándole, disparóle una perdigonada en la cara. El lobo arrugó intensamente el hocico, pero sin asustarse siguió derecho al adversario, el cual le disparó la segunda carga.

Reprimiendo su dolor, el animal se arrojó contra el hombre, y entonces éste, desenvainando su reluciente cuchillo de monte, le asestó tres o cuatro cuchilladas, tales que el lobo salió a escape sangrando y aullando y fue a encontrar a la zorra.

—Bien, hermano lobo —le dijo ésta—, ¿qué tal ha ido con el hombre?

—¡Ay! —respondió el lobo—, ¡yo no me imaginaba así la fuerza del hombre! Primero cogió un palo que llevaba al hombro, sopló en él y me echó algo en la cara que me produjo un terrible escozor; luego volvió a soplar en el mismo bastón, y me pareció recibir en el hocico una descarga de rayos y granizo; y cuando ya estaba junto a él, se sacó del cuerpo una brillante costilla, y me produjo con ella tantas heridas que por poco me quedo muerto sobre el terreno.

—¡Ya estás viendo lo jactancioso que eres! —díjole la zorra—. Echas el hacha tan lejos, que luego no puedes ir a buscarla.

El lobo y la zorra

EL lobo vivía con la zorra, y ésta debía hacer lo que él le mandaba porque era la más débil; con mucho gusto se hubiera librado de su amo.

Un día en que los dos vagaban por el bosque, dijo el lobo:

—Pelirroja, tengo hambre; búscame algo de comer o te devoraré a ti.

Respondió la zorra:

—Sé de una granja donde hay unos cuantos corderos; si quieres, iremos por uno.

Asintió el lobo, se encaminaron a la granja, robó la zorra el cordero, lo llevó a su amo y echó a correr.

El lobo se comió el cordero; pero no habiendo quedado satisfecho, quiso también los restantes y fue en su busca. Pero tan torpemente lo hizo, que la oveja madre lo sintió y se puso a balar tan fuerte y a meter tanto ruido, que los campesinos acudieron corriendo y pillaron al lobo, propinándole tal paliza que la fiera llegó a la guarida de la zorra aullando y cojeando.

—¡A buen sitio me llevaste! —lamentóse—. Cuando quise apoderarme de otro cordero, los campesinos me atraparon y me pusieron como nuevo.

—¿Por qué has de ser tan glotón? —replicóle la zorra.

Al día siguiente volvieron a salir a la campiña, y el glotón del lobo repitió lo de la víspera:

—Pelirroja, tráeme algo de comer o te devoraré a ti.

Y respondió la zorra:

—Conozco una alquería, donde hoy la mujer fríe buñuelos; vamos a buscar unos cuantos.

Dirigiéronse a la alquería, y la zorra se deslizó por los alrededores espiando y olfateando hasta que, habiendo descubierto la fuente de los buñuelos, cogió media docena y se los llevó al lobo:

—Ahí tienes merienda —le dijo, y se marchó.

El lobo se zampó los buñuelos de un bocado y dijo:

—Saben a más.

Entró en la despensa y se lanzó sobre la fuente, con tan mala pata que ésta se cayó al suelo y se hizo añicos con gran estrépito.

Acudió la mujer y, al ver al lobo, llamó a la gente. Vinieron todos corriendo y zurraron al animal de tal modo que hubo de huir cojo de dos patas. En lamentable estado llegó a la madriguera de la zorra.

—¡Maldito lugar a que me llevaste! —gritóle—. Los hombres me pescaron y me molieron a palos.

Pero la zorra le respondió:

—¿Por qué has de ser tan glotón?

Al tercer día de salir juntos, el lobo que andaba con dificultad y cojeando, volvió a las andadas:

—Pelirroja, tráeme algo de comer o te devoraré a ti.

Dijo la zorra:

—Sé de un hombre que ha hecho la matanza y guarda la carne salada en un barril, en la bodega; vamos por ella.

—Pero te vendrás conmigo —dijo el lobo—, para ayudarme en el caso de que no pueda huir.

—Por mí, no hay inconveniente —contestó la zorra.

Y le enseñó los rodeos y caminos por donde, al fin, llegaron a la bodega.

Había en ella carne en abundancia, y el lobo se puso en seguida a la tarea. «¡Hay para rato, antes no termine!», pensó.

Tampoco la zorra se quedó corta, pero mientras comía miraba en todas direcciones, y con frecuencia corría al agujero por el que habían entrado para vigilar que su cuerpo no se hinchase demasiado y le impidiera salir.

Díjole el lobo:

—Amiga zorra, ¿a qué vienen estas constantes idas y venidas, y este saltar de fuera adentro y de dentro afuera?

—Vigilo que no venga alguien —respondióle la astuta—. ¡Tú no comas demasiado!

Pero el lobo replicó:

—¡Lo que es yo, no me marcho hasta dejar el barril vacío!

En éstas llegó el campesino a la bodega, pues había oído el ruido de los saltos de la zorra. Ésta, al verlo, de un brinco escapó por el agujero; el lobo quiso seguirla, pero a fuerza de comer se había llenado de tal modo que no pudo pasar por el agujero y se quedó en él aprisionado.

Armóse el dueño de un buen garrote, y mató al lobo a garrotazos mientras la zorra saltaba por el bosque, contenta de haberse librado del viejo glotón.

El zorro y su comadre

LA loba dio a luz un lobezno e invitó al zorro a ser padrino.

—Es próximo pariente nuestro —dijo—, tiene buen entendimiento y habilidad, podrá enseñar muchas cosas a mi hijito y ayudarle a medrar en el mundo.

El zorro se estimó muy honrado y dijo a su vez:

—Mi respetable señora comadre, le doy las gracias por el honor que me hace. Procuraré corresponder de modo que esté siempre contenta de mí.

En la fiesta se dio un buen atracón, se puso alegre y, al terminar, habló de este modo:

—Estimada señora comadre: es deber nuestro cuidar del pequeño. Debe usted procurarse buena comida para que vaya adquiriendo muchas fuerzas. Sé de un corral de ovejas del que podríamos sacar un sabroso bocado.

Gustóle a la loba la canción y salió en compañía del zorro en dirección al cortijo.

Al llegar cerca, el zorro le enseñó la casa diciendo:

—Podrá entrar sin ser vista de nadie, mientras yo doy la vuelta por el otro lado; tal vez pueda hacerme con una gallinita.

Pero en lugar de ir a la granja, tumbóse en la entrada del bosque y, estirando las patas, se puso a dormir.

La loba entró en el corral con todo sigilo; pero en él había un perro que se puso a ladrar; acudieron los campesinos y, sorprendiendo a la señora comadre con las manos en la masa, le dieron tal vapuleo que no le dejaron un hueso sano.

Al fin logró escapar y fue al encuentro del zorro, el cual adoptando una actitud lastimera, exclamó:

—¡Ay, mi estimada señora comadre! ¡Y qué mal lo he pasado! Los labriegos me pillaron, y me han zurrado de lo lindo. Si no quiere que estire la pata aquí, tendrá que llevarme a cuestas.

La loba apenas podía con su alma; pero el zorro le daba tanto cuidado, que lo cargó sobre su espalda y llevó hasta su casa a su compadre, que estaba sano y bueno.

Al despedirse, díjole el zorro:

—¡Adiós, estimada señora comadre, y que os haga buen provecho el asado!

Y soltando la gran carcajada, echó a correr.

La zorra y el gato

OCURRIÓ una vez que el gato se encontró en un bosque con la señora zorra, y pensando: «Es lista, experimentada y muy considerada en el mundo», dirigiósele amablemente en estos términos:

—Buenos días, mi estimada señora zorra. ¿Qué tal está su señoría? ¿Cómo le va en estos tiempos difíciles?

La zorra, henchida de orgullo, miró al gato despectivamente de pies a cabeza, y estuvo un buen rato meditando si valía la pena contestarle; pero, al fin, dijo:

—¡Oh!, mísero lamebigotes, necio abigarrado, muerto de hambre, cazarratones, ¿qué te ha pasado por la cabeza? ¿Cómo te atreves a preguntarme si lo paso bien o mal? ¿Qué has aprendido tú, vamos a ver? ¿Cuántas artes conoces?

—No conozco más que una —respondió el gato modestamente.

—¿Y cuál es esta arte tuya? —inquirió la zorra.

—Cuando los perros me persiguen, sé subirme de un brinco a un árbol y, de este modo, me salvo de ellos.

—¿Y es eso todo lo que sabes? —dijo la zorra—. Pues yo domino más de cien tretas, y aún me queda un saco lleno de ellas. Me das lástima; vente conmigo y te enseñaré la manera de escapar de los perros.

En aquel momento se presentó un cazador con cuatro lebreles. El gato, veloz, saltó a un árbol y sentóse en la copa, bien oculto por las ramas y el follaje.

—¡Abrid el saco, señora zorra, abrid el saco! —gritó desde arriba; pero los canes habían hecho ya presa en la zorra y no la soltaban.

—¡Ay!, señora zorra —prosiguió el gato—, con vuestras cien tretas os han cogido. ¡Si hubieseis sabido trepar como yo, habríais salvado la vida!

El clavel

ERASE una reina a quien Dios Nuestro Señor no había concedido la gracia de tener hijos. Todas las mañanas salía al jardín a rogar al cielo le otorgase la merced de la maternidad.

Un día bajó un ángel del cielo y le dijo:

—Alégrate, pues vas a tener un hijo dotado del don de ver cumplidos sus deseos, pues verá satisfechos cuantos sienta en este mundo.

La reina fue a transmitir a su esposo la fausta noticia y, cuando llegó la hora, dio a luz un hijo, con gran alegría del Rey.

Cada mañana iba la Reina al parque con el niño, y se lavaba allí en una límpida fuente.

Sucedió un día, siendo el niño ya crecidito, que teniéndolo en el regazo la madre se quedó dormida. Acercóse entonces el viejo cocinero, que conocía aquel don particular del pequeño, y lo raptó; luego mató un pollo y vertió la sangre sobre el delantal y el vestido de la Reina.

Después de llevarse al niño a un lugar apartado, donde una nodriza se encargaba de amamantarlo, presentóse al Rey para acusar a su esposa de haber dejado que las fieras le robaran a su hijo, y cuando el Rey vio la sangre que manchaba el delantal prestó crédito a la acusación, y le entró una furia tal que hizo construir una profunda mazmorra donde no penetrase la luz del sol ni de la luna, y en ella mandó enmurallar a la Reina, condenándola a permanecer allí durante siete años sin comer ni beber, para que muriese de hambre y sed.

Pero Dios Nuestro Señor envió a dos ángeles del cielo en figura de palomas blancas, los cuales bajaban volando todos los días y le llevaban la comida; y esto duró hasta que hubieron transcurrido los siete años.

Mientras tanto, el cocinero había pensado: «Puesto que el niño está dotado del don de ver satisfechos sus deseos, estando yo aquí podría provocar mi desgracia». Salió, pues, del palacio y se fue a la residencia del muchacho, que ya era lo bastante crecido para saber hablar, y le dijo:

—Deseo tener un hermoso palacio, con jardín y todo lo que le corresponda.

Y apenas habían salido las palabras de los labios del niño, apareció todo lo deseado.

Al cabo de algún tiempo, le dijo el cocinero:

—No está bien que vivas solo; desea una hermosa muchacha para compañera.

Expresó el niño este deseo, y en el acto presentósele una doncella hermosísima, como ningún pintor hubiera sido capaz de pintar. En adelante jugaron juntos, y se querían tiernamente, mientras el viejo cocinero se dedicaba a la caza, como un gentilhombre.

Pero un día se le ocurrió que el príncipe podía sentir deseos de estar al lado de su padre, cosa que tal vez lo colocase a él en situación difícil. Salió, pues, y llevándose a la niña aparte, le dijo:

—Esta noche, cuando el niño esté dormido, te acercarás a su cama y, después de clavarle el cuchillo en el corazón, me traerás su corazón y su lengua. Si no lo haces, lo pagarás con la vida.

Marchóse, y al volver al día siguiente, la niña no había ejecutado su mandato y le dijo:

—¿Por qué tengo que derramar sangre inocente que no ha hecho mal a nadie?

—¡Si no lo haces, te costará la vida! —replicóle el cocinero.

Cuando se hubo marchado, la muchacha se hizo traer una cierva joven y la hizo matar; luego le sacó el corazón y la lengua, y los puso en un plato.

Al ver que se acercaba el viejo, dijo a su compañero:

—¡Métete en seguida en la cama y tápate con la manta!

Entró el malvado y preguntó:

—¿Dónde están el corazón y la lengua del niño?

Tendióle la niña el plato, y en el mismo momento el príncipe destapándose exclamó:

—Viejo maldito, ¿por qué quisiste matarme? Ahora oye, en sentencia vas a transformarte en perro de aguas; llevarás una cadena dorada al cuello y comerás carbones ardientes, de modo que el fuego te abrase la garganta.

Y al tiempo que pronunciaba estas palabras, el viejo quedo metamorfoseado en perro de aguas, con una cadena dorada atada al cuello; y los cocineros le daban para comer carbones ardientes, que le abrasaban la garganta.

El hijo del Rey siguió viviendo aún algún tiempo allí, siempre pensando en su madre, y en si vivía o estaba muerta. Dijo, al fin, a la muchacha:

—Quiero irme a mi patria; si te apetece acompañarme, yo cuidaré de ti.

—¡Ay! —exclamó ella—. ¡Está tan lejos! Además, ¿qué haré en un país donde nadie me conoce?

Al verla el príncipe indecisa, y como a los dos les dolía la separación, transformóla en un clavel y la prendió en su ojal.

Púsose entonces en camino de su tierra, y el perro no tuvo más remedio que seguirlo. Dirigióse a la torre que servía de prisión a su madre y, como era muy alta, expresó el deseo de que apareciese una escalera capaz de llegar hasta la mazmorra y, bajando por ella, preguntó en alta voz:

—Madrecita de mi alma, Señora Reina, ¿vivís aún o estáis muerta?

Y respondió ella:

—Acabo de comer y no tengo hambre —pensando que eran los ángeles.

Pero él dijo:

—Soy vuestro hijo querido, al que dijeron falsamente que las fieras os habían arrebatado del regazo; pero estoy vivo, y muy pronto os libertaré.

Y, volviendo a salir de la torre, se encaminó al palacio del Rey, su padre, donde se hizo anunciar como un cazador forastero que solicitaba ser empleado en la corte.

El Rey aceptó sus servicios, a condición de que fuera un hábil montero y supiera encontrar caza mayor, pues en todo el reino no la había habido buena. Prometióle el cazador proporcionársela en cantidad suficiente para proveer la real mesa.

Reuniendo luego a todos los cazadores, ordenóles que se dispusiesen a salir con él al monte. Partió con ellos y, una vez llegados al terreno, los dispuso en un gran círculo abierto en un punto; situándose él en el centro

empezó a desear, y en un momento entraron en el círculo lo menos un centenar de magníficas piezas, y los cazadores no tuvieron más trabajo que derribarlas a tiros.

Fueron luego cargadas en sesenta carretas y llevadas al Rey, el cual vio, al fin, colmada de caza su mesa, después de muchos años de verse privado de ella.

Muy satisfecho el Rey, al día siguiente invitó a comer a toda a Corte, para lo cual hizo preparar un espléndido banquete.

Una vez estuvieron todos reunidos, dijo dirigiéndose al joven cazador:

—Puesto que has mostrado tanta habilidad, te sentarás a mi lado.

—Señor Rey, Vuestra Majestad me hace demasiado honor —respondió el joven—; no soy más que un sencillo cazador.

Pero el Rey insistió, diciendo:

—Quiero que te sientes a mi lado.

Y el joven hubo de obedecer. Durante todo el tiempo estaba pensando en su querida madre y, al fin, formuló el deseo de que uno de los cortesanos más altos hablara de ella y preguntara qué tal lo pasaba en la torre la Señora Reina; si vivía aún o había muerto.

Apenas había formulado en su mente este deseo, cuando el mariscal se dirigió al Monarca en estos términos:

—Serenísima Majestad, ya que nos hallamos todos aquí contentos y disfrutando, ¿cómo lo pasa la Señora Reina? ¿Vive o ya murió?

A lo cual respondió el Rey:

—Dejó que las fieras devorasen a mi hijo amadísimo; no quiero que se hable más de ella.

Levantándose entonces el cazador, dijo:

—Mi venerado Señor y Padre; la Reina vive aún, y yo soy su hijo, y no fueron las fieras las que me robaron, sino aquel malvado cocinero viejo que, mientras mi madre dormía, me arrebató de su regazo manchando su delantal con la sangre de un pollo —y, agarrando al perro por el collar de oro, añadió—. ¡Éste es el criminal!

Y mandó traer carbones encendidos, que el animal hubo de comerse en presencia de todos abrasándose la garganta. Preguntó luego al Rey si quería verlo en su figura humana y, ante su respuesta afirmativa, volvióla a su

primitiva condición de cocinero, con su blanco mandil y el cuchillo al costado.

Al verlo el Rey ordenó, enfurecido, que lo arrojasen en el calabozo más profundo. Luego siguió diciendo el cazador:

—Padre mío, ¿queréis ver también a la doncella que ha cuidado de mí, y a la que ordenaron me quitase la vida bajo pena de la suya, a pesar de lo cual no lo hizo?

—¡Oh sí, con mucho gusto! —respondió el Rey.

—Padre y Señor mío, os la mostraré en figura de una bella flor —dijo el príncipe.

Y, sacándose del bolsillo el clavel, lo puso sobre la mesa real; y era hermoso como jamás el Rey viera otro semejante.

Prosiguió el hijo:

—Ahora os la voy a presentar en su verdadera figura humana.

Y deseó que se transformase en doncella, y el cambio se produjo en el acto, apareciendo ante los presentes una joven tan bella como ningún pintor habría sabido pintar.

El Rey envió a la torre a dos camareras y dos criados a buscar a la Señora Reina, con orden de acompañarla a la mesa real.

Al llegar a ella, negóse a comer y dijo:

—Dios misericordioso y compasivo, que me sostuvo en la torre, me llamará muy pronto.

Vivió aún tres días, y murió como una santa. Y al ser sepultada, la siguieron las dos palomas blancas que la habían alimentado durante su cautiverio y que eran ángeles del cielo, y se posaron sobre su tumba.

El anciano rey mandó que el cocinero fuese descuartizado; pero la pesadumbre se había apoderado de su corazón, y no tardó tampoco en morir. Su hijo se casó con la hermosa doncella que se había llevado en figura de flor, y Dios sabe si todavía viven.

La pícara cocinera

ERASE una cocinera llamada Margarita que calzaba zapatos de tacón colorado; y cuando salía con ellos se contoneaba muy satisfecha y presumida, y pensaba: «¡Eres una guapa moza!».

Y cuando llegaba a casa, de puro contenta, se bebía un trago de vino, y como el vino le abría el apetito, empezaba a probar los guisados que tenía en el fuego hasta quedarse harta, al tiempo que decía: «La cocinera ha de vigilar cómo sabe el guisado».

Un día le dijo su señor:

—Margarita, esta noche vendrá un invitado; prepáreme un par de pollas que estén bien asadas.

—¡Descuide el señor! —respondió Margarita.

Degolló las dos pollas, las escaldó, las desplumó, las ensartó en el asador y, al anochecer, las puso al fuego para que se asaran.

Las pollas comenzaron a dorarse y el huésped no comparecía, por lo que dijo Margarita a su amo:

—Si no viene el invitado tendré que sacar las pollas del fuego, y será lástima no poder comerlas pronto pues ahora es cuando están más jugosas y en su punto.

—Me llegaré yo a buscar al invitado —respondió el dueño.

No bien hubo vuelto el amo la espalda, Margarita puso de lado el asador con las pollas, diciéndose: «El estar junto al fuego hace sudar y da sed. ¡Sabe Dios cuándo volverán! Mientras tanto, bajaré a la bodega a echar un traguito».

Bajó muy ligera, llenóse un jarro y diciendo: «Que Dios te lo bendiga, Margarita», se echó al coleto un buen trago. «Eso del vino se pega —añadió —, y no es bueno cortarlo», y volvió a empinar el codo.

Volvió luego a la cocina, puso otra vez las pollas al fuego, bien untadas con mantequilla, y empezó a dar vueltas alegremente al asador. El asado desprendía un tufillo de lo más delicioso, y pensó Margarita: «Tengo que probarlo, no fuera caso que le faltara algo», y les pasó un dedo y se lo chupó. «¡Caramba —exclamó—, y qué buenas son las pollas! Es un pecado y una vergüenza no comérselas cuando están a punto».

Corrió a la ventana para ver si llegaban el dueño y su invitado; y como no venía nadie, se volvió a sus pollas y pensó: «Esta ala se quemará; mejor es que me la coma». Cortóla pues, se la zampó, ¡y lo bien que le supo!

Una vez terminada, se dijo: «Hay que quitar también la otra, para que el señor no note que falta algo». Zampado que se hubo las dos alas, volvió a la ventana; pero el amo no aparecía por ninguna parte. «¡Quién sabe! —se le ocurrió—; a lo mejor no vienen; se habrán metido en alguna parte», y al cabo de un ratito: «Vamos, Margarita, anímate; una está ya empezada; otro traguito y te la comes entera; verás qué tranquila te quedas. ¿Por qué desperdiciar este don que te hace Dios?».

Bajó, pues, a la bodega, echó un buen trago y se comió la polla en buena paz y alegría.

Desaparecida ya la primera, y como quiera que aún no comparecía el señor, mirándose la otra pensó Margarita: «Donde está la una debe estar la otra, pues forman pareja; hay que medir a todos con el mismo rasero. Creo que otro traguito no me haría ningún daño». Y otra vez alzó el codo, e hizo seguir a la segunda polla el camino de la primera. Y he aquí que, hallándose en plenas delicias, llega el señor y le grita:

—Date prisa, Margarita, que en seguida estará aquí el invitado.

—Sí, señor, voy a servir inmediatamente —respondió Margarita.

Mientras tanto, el dueño fue a comprobar si la mesa estaba bien puesta, y cogiendo el gran cuchillo con el que pensaba cortar las pollas, lo afiló en el borde de un plato.

En esto llegó el invitado y llamó modosa y delicadamente a la puerta. Margarita corrió a abrir y ver quién era, y al encontrarse con el invitado poniéndose el dedo en los labios le dijo:

—¡Chiss, chiss! Volveos de prisa, pues si mi señor os atrapa lo pasaréis mal. Os ha invitado a cenar, pero su verdadera intención es cortaros las dos

orejas. Escuchad, sino, como está afilando el cuchillo.

Oyó el forastero el ruido y echó a correr escaleras abajo. Margarita no se durmió, sino que corriendo al comedor, exclamó:

—¡Valiente personaje habéis invitado!

—¿Por qué, Margarita? ¿Qué quieres decir?

—Pues —respondió ella— que estaba yo trayendo las dos pollas y me las ha quitado de la fuente y ha escapado con ellas.

—¡Vaya modales! —dijo el dueño, sintiendo en el alma la pérdida de las pollas—. Si al menos nos hubiese dejado una, nos habría quedado algo de cena.

Y salió a la calle, gritándole que volviese; pero el otro se hizo el sordo. Echó entonces a correr tras él, cuchillo en mano gritándole:

—¡Sólo una, sólo una!

Para que, al menos, no se llevase toda la cena. Pero el invitado, entendiendo que quería decir que se conformaría con una sola oreja, apresuró la carrera con todo el vigor de sus piernas, deseoso de salvar las dos.

El abuelo y el nieto

ERASE un hombre muy viejo; sus ojos se habían enturbiado, estaba sordo y le temblaban las rodillas. Cuando se sentaba a la mesa, como apenas podía sostener la cuchara, derramaba la sopa sobre el mantel y se le caía por la barba.

A su hijo y a la mujer de éste les repugnaba verlo, y acabaron haciendo sentar al abuelo en un rincón detrás de la estufa, donde tomaba su mísera comida en una escudilla de barro. El pobre viejo miraba tristemente la mesa, y los ojos se le humedecían.

Un día, sus manos temblorosas, incapaces de sostener la escudilla, la dejaron caer al suelo y se rompió. Riñóle la nuera, pero él se limitó a suspirar, sin contestar una palabra. Entonces la mujer le compró, por unos céntimos, una escudilla de madera, y desde entonces se sirvió la comida en ella.

Estando una vez sentados a la mesa, observaron que el nietecito, que era un niño de cuatro años, se entretenía reuniendo y acoplando trocitos de madera.

—¿Qué haces? —le preguntó el padre.

—Hago un cuenco de madera —respondió el pequeño— para dar de comer a papá y a mamá cuando yo sea mayor.

Marido y mujer se miraron un momento sin decir nada y, echándose a llorar, restituyeron al abuelo en su puesto a la mesa. Y en lo sucesivo lo hicieron siempre comer con ellos, sin refunfuñar cuando vertía algo del plato.

La ondina

UN hermanito jugaba con su hermanita al borde de un manantial, y he aquí que jugando se cayeron los dos adentro.

En el fondo vivía una ondina, que les dijo:

—¡Ya os he cogido! Ahora vais a trabajar para mí, y de firme.

A la niña diole a hilar un lino sucio y enredado, y luego la obligó a echar agua en un barril sin fondo; el niño hubo de cortar un árbol con un hacha mellada. Y para comer no les daba más que unas albóndigas, duras como una piedra.

Finalmente, los niños perdieron la paciencia y, esperando un domingo a que la bruja estuviese en la iglesia, huyeron.

Terminada la función, al darse cuenta la ondina de que sus pájaros habían volado, salió en su persecución a grandes saltos.

Viéronla los niños desde lejos, y la hermanita soltó detrás de sí un cepillo que se convirtió en una montaña erizada de miles y miles de púas, sobre las cuales hubo de trepar la ondina con grandes trabajos; pero al final pudo pasarla.

Entonces el muchachito dejó caer un peine, que se convirtió en una enorme sierra con innumerables picachos; pero también se las compuso la ondina para cruzarla.

Como último recurso, la niña arrojó hacia atrás un espejo, el cual produjo una montaña llana, tan lisa y bruñida, que su perseguidora no pudo ya pasar por ella.

Pensó entonces: «Volveré a casa corriendo, y cogeré un hacha para romper el cristal». Pero a tiempo que iba y volvía y se entretenía partiendo el cristal a hachazos, los niños habían tomado una enorme delantera, y la ondina no tuvo más remedio que volverse, pasito a paso, a su manantial.

Hermano alegre

HUBO una vez una gran guerra, terminada la cual, fueron licenciados muchos soldados. Entre ellos estaba el Hermano Alegre que, con su licencia, no recibió más ayuda de costa que un panecillo de munición y cuatro reales. Y con todo esto se marchó.

Pero San Pedro se había apostado en el camino disfrazado de mendigo y, al pasar Hermano Alegre, le pidió limosna. Respondióle éste:

—¿Qué puedo darte, buen mendigo? Fui soldado, me licenciaron y no tengo sino un pan de munición y cuatro reales en dinero. Cuando lo haya terminado, tendré que mendigar como tú. Algo voy a darte de todos modos.

Partió el pan en cuatro pedazos y dio al mendigo uno y un real. Agradecióselo San Pedro y volvió a situarse más lejos, tomando la figura de otro mendigo; cuando pasó el soldado, pidióle nuevamente limosna. Hermano Alegre repitió lo que la vez anterior, y le dio otra cuarta parte del pan y otra moneda de un real. San Pedro le dio las gracias y, adoptando de nuevo figura de mendigo, lo aguardó más adelante para solicitar otra vez su limosna. Hermano Alegre le dio la tercera porción del pan y el tercer real. San Pedro le dio las gracias, y el hombre continuó su ruta sin más que la última cuarta parte del pan y la última moneda.

Entrando con ello en un mesón, se comió el pan y se gastó el real en cerveza. Luego reemprendió la marcha.

Salióle entonces al encuentro San Pedro, en forma de soldado licenciado, y le dijo:

—Buenos días, compañero, ¿no podrías darme un trocito de pan y un cuarto para echar un trago?

—¿De dónde quieres que lo saque? —le replicó Hermano Alegre—. Me han licenciado sin darme otra cosa que un pan de munición y cuatro reales

en dinero. Me topé en la carretera con tres pobres; a cada uno le di la cuarta parte del pan y una moneda. La última cuarta parte me la he comido en el mesón, y con el último real he comprado cerveza. Ahora soy pobre como una rata y, puesto que tú tampoco tienes nada, podríamos ir a mendigar juntos.

—No —respondió San Pedro—, no será necesario. Yo entiendo algo de Medicina y espero ganarme lo suficiente para vivir.

—Así, me tocará mendigar solo —respondió Hermano Alegre—, pues yo no entiendo pizca en este arte.

—Vente conmigo —le dijo San Pedro—, nos partiremos lo que yo gane.

—Por mí, de perlas —exclamó Hermano Alegre; y emprendieron juntos el camino.

No tardaron en llegar a una casa de campo, de cuyo interior salían agudos gritos y lamentaciones. Al entrar se encontraron con que el marido se hallaba a punto de morir, por lo que la mujer lloraba a voz en grito.

—Basta de llorar y gritar —le dijo San Pedro—, yo curaré a vuestro marido.

Y sacándose una pomada del bolsillo, en un santiamén hubo curado al hombre, el cual se levantó completamente sano.

El hombre y la mujer, fuera de sí de alegría, le dijeron:

—¿Cómo podremos pagaros? ¿Qué podríamos daros?

Pero San Pedro se negó a aceptar nada, y cuanto más insistían los labriegos, tanto más se resistía él.

Hermano Alegre, dando un codazo a San Pedro, le susurró:

—¡Acepta algo hombre, bien lo necesitamos!

Por fin, la campesina trajo un cordero y dijo a San Pedro que debía aceptarlo; pero él no lo quería.

Hermano Alegre, dándole otro codazo, insistió a su vez:

—¡Tómalo zoquete, bien sabes que lo necesitamos!

Al cabo, respondió San Pedro:

—Bueno, me quedaré con el cordero; pero no quiero llevarlo; si tú quieres, carga con él.

—¡Si sólo es eso! —exclamó el otro—. ¡Claro que lo llevaré!

Y se lo echó a cuestas.

Siguieron caminando hasta llegar a un bosque; el cordero le pesaba a Hermano Alegre, y además tenía hambre, por lo que dijo a San Pedro:

—Mira, éste es un buen lugar; podríamos degollar el cordero, asarlo y comérnoslo.

—No tengo inconveniente —respondió su compañero—; pero como yo no entiendo nada de cocina, lo habrás de hacer tú, ahí tienes un caldero; yo, mientras tanto, daré unas vueltas por aquí hasta que esté asado. Pero no empieces a comer hasta que venga yo. Volveré a tiempo.

—Márchate tranquilo —respondió el soldado—. Yo entiendo de cocina y sabré arreglarme.

Marchóse San Pedro y Hermano Alegre sacrificó el cordero, encendió fuego, echó la carne en el caldero y la puso a cocer.

El guiso estaba ya a punto, y San Pedro no volvía; entonces Hermano Alegre lo sacó del caldero lo cortó en pedazos y encontró el corazón; «Esto debe ser lo mejor», se dijo; probó un pedacito y, a continuación, se lo comió entero.

Llegó, al fin, San Pedro y le dijo:

—Puedes comerte todo el cordero; déjame sólo el corazón.

Hermano Alegre cogió cuchillo y tenedor y se puso a hurgar entre la carne, como si buscara el corazón y no lo hallara hasta que, al fin, dijo:

—Pues no está.

—¡Cómo! —replicó su compañero—. ¿Pues dónde quieres que esté?

—No sé —respondió Hermano Alegre—. Pero ¡seremos tontos los dos! ¡Estamos buscando el corazón del cordero, y a ninguno se le ha ocurrido que los corderos no tienen corazón!

—¡Con qué me sales ahora! —exclamó San Pedro—. Todos los animales tienen corazón, ¿por qué no habría de tenerlo el cordero?

—No, hermano, puedes creerlo; los corderos no tienen corazón. Piénsalo un poco y comprenderás que no lo pueden tener.

—En fin, dejémoslo —dijo San Pedro—. Puesto que no hay corazón, yo no quiero nada. Puedes comértelo todo.

—Lo que me sobre lo guardaré en la mochila —dijo Hermano Alegre.

Y, después de comerse la mitad, metió el resto en su morral.

Siguieron andando y San Pedro hizo que un gran río se atravesara en su camino, de modo que no tenían más remedio que cruzarlo.

Dijo San Pedro:

—Pasa tú delante.

—No —respondió Hermano Alegre—, tú primero.

Pensando: «Si el río es demasiado profundo, yo me quedo atrás».

Pasó San Pedro, y el agua sólo le llegó hasta la rodilla. Entró entonces en él Hermano Alegre; pero se hundía cada vez más, hasta que el agua le llegó al cuello. Gritó entonces:

—¡Hermano, ayúdame!

Y dijo San Pedro:

—¿Quieres confesar que te has comido el corazón del cordero?

—¡No —respondió el otro—, no me lo he comido!

El agua continuaba subiendo y le llegaba ya hasta la boca.

Volvió a preguntarle San Pedro:

—¿Quieres confesar que te comiste el corazón del cordero?

—¡No —repitió el soldado—, no me lo he comido!

Pero el santo, no queriendo que se ahogase, hizo bajar el agua y lo ayudó a llegar a la orilla.

Continuaron adelante y llegaron a un reino, donde les dijeron que la hija del Rey se hallaba en trance de muerte.

—Anda, hermano —dijo el soldado a San Pedro—, esto nos viene al pelo. Si la curamos, se nos habrán acabado las preocupaciones.

Pero San Pedro no se daba gran prisa.

—¡Vamos, aligera las piernas, hermanito! —decíale—. ¡Tenemos que llegar a tiempo!

Pero el santo avanzaba cada vez con mayor lentitud, a pesar de la insistencia y las recriminaciones de Hermano Alegre; y, así, les llegó la noticia de que la princesa había muerto.

—¡Ahí tienes! —refunfuñó el soldado—. ¡Todo por tu cachaza!

—No te preocupes —replicóle San Pedro—; puedo hacer algo más que curar enfermos; puedo también resucitar muertos.

—¡Anda! —exclamó Hermano Alegre—. Si es así, ¡no te digo nada! Por lo menos has de pedir la mitad del reino.

Y se presentaron en palacio donde todo era tristeza y aflicción. Pero San Pedro dijo al Rey que resucitaría a su hija.

Conducido a presencia de la difunta dijo:

—Que me traigan un caldero con agua.

Luego hizo salir a todo el mundo; y se quedó sólo su compañero. Seguidamente cortó todos los miembros de la difunta, los echó en el agua y, después de encender fuego debajo del caldero, los puso a cocer.

Cuando ya toda la carne se hubo separado de los huesos, sacó el blanco esqueleto y lo colocó sobre una mesa, disponiendo los huesos en su orden natural. Cuando lo tuvo hecho, avanzó y dijo por tres veces:

—¡En el nombre de la Santísima Trinidad, muerta, levántate!

Y, a la tercera, la princesa recobró la vida quedando sana y hermosa.

Alegróse el Rey sobremanera y dijo a San Pedro:

—Señala tú mismo la recompensa que quieras; te la daré, aunque me pidas la mitad del reino.

Pero San Pedro le contestó:

—¡No pido nada!

«¡Valiente tonto!», pensó Hermano Alegre, y dando un codazo a su compañero, le dijo:

—¡No seas bobo! Si tú no quieres nada yo, por lo menos, necesito algo.

Pero el santo se empeñó en no aceptar nada. Sin embargo, observando el Rey que el otro quedaba descontento, mandó a su tesorero que le llenase de oro el morral.

Marcháronse los dos y, al llegar a un bosque, dijo San Pedro a Hermano Alegre:

—Ahora nos repartiremos el oro.

—Muy bien —asintió el otro—. Manos a la obra.

Y San Pedro lo distribuyó en tres partes, mientras su compañero pensaba: «¡A éste le falta algún tornillo! Hace tres partes cuando sólo somos dos». Pero dijo San Pedro:

—He hecho tres partes exactamente iguales: una para mí, otra para ti, y la tercera para el que se comió el corazón del cordero.

—¡Oh, fui yo quien se lo comió! —exclamó Hermano Alegre, arramblando con el oro—. Puedes creerme.

—¡Cómo puede ser esto! —replicó San Pedro—. Si los corderos no tienen corazón.

—¡Vamos, hermano! ¡Tonterías! Los corderos tienen corazón como todos los animales. ¿Por qué no iban a tenerlo?

—Está bien —cedió San Pedro—, guárdate el oro; pero no quiero seguir contigo; seguiré solo mi camino.

—Como quieras, hermanito —respondióle el soldado—. ¡Adiós!

Tomó el santo por otro sendero, mientras Hermano Alegre pensaba: «Mejor que se marche pues, bien mirado, es un hombre bien extraño».

Tenía ahora mucho dinero; pero como era un manirroto y no sabía administrarlo, lo derrochó en poco tiempo, y pronto volvió a estar sin blanca.

En esto llegó a un país donde le dijeron que la hija del Rey acababa de morir.

—¡Hola! —pensó—. Ésta es la mía. La resucitaré y me haré pagar bien. ¡Así da gusto!

Y, presentándose al Rey, le ofreció devolver la vida a la princesa.

Es el caso que había llegado a oídos del Rey que un soldado licenciado andaba errante por el mundo resucitando muertos, y pensó que bien podía tratarse de Hermano Alegre; sin embargo, no fiándose del todo, consultó primero a sus consejeros, los cuales opinaron que merecía la pena realizar la prueba, dado que la princesa de todos modos estaba muerta.

Mandó entonces Hermano Alegre que le trajese un caldero con agua y, haciendo salir a todos, cortó los miembros del cadáver, echólos en el agua y encendió fuego, tal como lo viera hacer a San Pedro.

Comenzó el agua a hervir, y la carne se desprendió; sacando entonces los huesos, los puso sobre la mesa; pero como no sabía en qué orden debía colocarlos, los juntó de cualquier modo.

Luego se adelantó y exclamó por tres veces:

—¡En nombre de la Santísima Trinidad, muerta, levanta!

Pero los huesos no se movieron. Repitió la invocación, pero en vano.

—¡Diablo de mujer! —gritó entonces—. ¡Levántate, o lo pasaras mal!

Apenas había pronunciado estas palabras se presentó de pronto, entrando por la ventana, San Pedro en su anterior figura de soldado

licenciado y dijo:

—Hombre impío, ¿qué estás haciendo? ¿Cómo quieres que resucite a la difunta, si le has puesto los huesos de cualquier modo?

—Hermanito, lo hice lo mejor que supe —respondióle Hermano Alegre.

—Por esta vez te sacaré de apuros; pero, tenlo bien entendido: si otra vez te metes en estas cosas, te costará caro. Además, no pedirás nada al Rey ni aceptarás la más mínima recompensa por lo de hoy.

Y, diciendo esto, San Pedro dispuso los huesos en el orden debido y pronunció por tres veces su fórmula:

—¡En nombre de la Santísima Trinidad, muerta, levántate!

A lo cual la princesa se incorporó, sana y hermosa como antes, mientras el santo salía de la habitación por la ventana.

Hermano Alegre, aunque satisfecho de haber salido tan bien parado de la aventura, estaba, con todo, colérico por no poder cobrarse el servicio.

—Me gustaría saber —pensaba— qué diablos tiene en la cabeza, que lo que me da con una mano me lo quita con la otra. ¡Esto no tiene sentido!

El Rey ofreció al Hermano Alegre lo que quisiera. Éste, aunque no podía aceptar nada, arreglóselas con indirectas y astucias para que el Monarca le llenase de oro el morral y, bien cargado con él, se marchó.

Al salir, lo aguardaba en la puerta San Pedro y le dijo:

—¿Qué clase de hombre eres tú? ¿No te prohibí que aceptases nada? Y ahora te llevas el morral lleno de oro.

—¡Qué otra cosa podía hacer! —replicó Hermano Alegre—. ¡Si me lo han metido a la fuerza!

—Pues atiende a lo que te digo: no vuelvas a hacer estas cosas o lo vas a pasar mal.

—¡No te preocupes, hermano! Ahora que tengo dinero, no necesitaré ocuparme en lavar huesos.

—Sí —replicó San Pedro—. ¡Con lo que te va a durar este oro! Mas para que no vuelvas a meterte en lo que no debes, daré a tu morral la virtud de que vaya a parar a él todo lo que desees. Adiós, pues ya no volverás a verme.

—¡Adiós! —le respondió el otro, pensando: «Me alegro de perderte de vista, tío extravagante; no hay peligro de que te siga».

Y ni por un momento se acordó del don maravilloso adjudicado a su morral.

Hermano Alegre anduvo con su oro de la Ceca a la Meca, derrochándolo y gastándolo en francachelas como la vez anterior.

Cuando ya no le quedaban sino cuatro cuartos, pasando por delante de una hospedería pensó: «Voy a gastar lo que me queda», y entró y pidió tres cuartos de vino y un cuarto de pan.

Mientras comía y bebía, llegó a sus narices el agradable tufillo de unos patos que se estaban asando. Mirando a uno y otro lado, vio que el mesonero tenía un par de patos en el hornillo de la estufa y, viniéndole entonces a la memoria lo que le dijera su antiguo compañero respecto a la virtud de su morral, díjose: «¡Hola! Vamos a probarlo con los patos».

Salió a la puerta y dijo:

—Deseo que los dos patos asados pasen del horno a mi mochila.

Pronunciadas estas palabras, abrió la mochila para mirar su interior y, efectivamente, allí estaban los dos patos. «¡Entonces es verdad!», pensó. «¡Se acabaron, pues, las penas!».

Llegado a un prado, sacó los patos para comérselos. En éstas pasaron dos mozos artesanos y se quedaron mirando con ojos hambrientos una de las aves, todavía intacta.

Hermano Alegre pensó: «Yo tengo bastante con una», y llamando a los dos mozos, les dijo:

—Quedaos con este pato, y os lo coméis a mi salud.

Diéronle ellos las gracias, cogieron el pato y se fueron al mesón. Allí pidieron media jarra de vino y un pan y, poniendo sobre la mesa el pato que les acababan de regalar, comenzaron a comer.

Al verlos la posadera dijo a su marido:

—Esos dos se están comiendo un pato; ve a ver que no sea uno de los que están asándose en el horno.

Fue el ventero, y el horno estaba vacío.

—¡Cómo, bribonazos! ¡Pues sí que os saldría barato el asado! ¡Pagadme en el acto, si no queréis que os friegue las espaldas con jarabe de palo!

—Nosotros no somos ladrones —respondieron los dos muchachos—; este pato nos lo ha dado un soldado licenciado que estaba comiendo en

aquel prado.

—¡A mí no me tomáis el pelo! El soldado estuvo aquí, y salió por la puerta como una persona honrada; yo no lo perdí de vista. ¡Vosotros sois los ladrones y vais a pagarme!

Pero como los mozos no tenían dinero, agarrando el dueño un bastón los echó a la calle a garrotazos.

Siguió Hermano Alegre su camino y llegó a un lugar donde se levantaba un magnífico palacio, a poca distancia de una misérrima hospedería. Entró en ella y pidió cama para la noche; pero el hostelero lo rechazó diciendo:

—No hay sitio, tengo la casa llena de viajeros distinguidos.

—¡Me extraña que se hospeden en vuestra casa! —respondió Hermano Alegre—. ¿Por qué no se alojan en aquel magnífico palacio?

—¡Cualquiera pasa allí la noche! —replicó el hostelero—. Aún no lo ha probado nadie que haya salido con vida.

—Si otros lo han probado, también lo haré yo —dijo Hermano Alegre.

—No lo intentéis —aconsejóle el hostelero—; os jugáis la cabeza con ello.

—¡No será tanto! —dijo el soldado—. Dadme la llave y algo bueno de comer y beber.

Diole el ventero la llave, comida y bebida y, con todo ello, se dirigió Hermano Alegre al castillo. Se dio allí un buen banquete y cuando al fin le entró sueño, tendióse en el suelo puesto que no había cama, y no tardó en dormirse.

Avanzada ya la noche, lo despertó un fuerte ruido y, al despabilarse, vio que en la habitación había nueve demonios de fea catadura bailando en círculo a su alrededor.

Díjoles Hermano Alegre:

—¡Bailad cuanto queráis, pero no os acerquéis a mí!

Los diablos, sin embargo, se aproximaban cada vez más, hasta que casi le pisotearon la cara con sus repugnantes pezuñas.

—¡Quietos, fantasmas endiablados! —les gritó.

Pero los otros dale que dale, con creciente impertinencia. Al fin, enfurecido el soldado, les gritó:

—¡Vais a ver cómo pongo paz en un momento!

Y, agarrando una pata de silla, arremetió contra toda aquella caterva. Pero nueve diablos eran muchos diablos para un solo soldado y, a pesar de que el hombre zurraba de lo lindo a los que tenía delante, los otros le tiraban de los cabellos por detrás y lo dejaban hecho una lástima.

—¡Gentuza del diablo! —exclamó al fin—. Esto pasa ya de la medida. ¡Ahora vais a ver! ¡Todos a mi mochila!

¡Pataplúm! ¡Ya los tienes todos adentro! Él ató la mochila y la echó en un rincón. Instantáneamente quedó todo en silencio y Hermano Alegre, echándose de nuevo, pudo dormir tranquilo hasta bien entrada la mañana.

Acudieron entonces el hostelero y el noble propietario del palacio, deseosos de ver qué tal le había ido la prueba y, al encontrarlo sano y satisfecho, le preguntaron admirados:

—¿No os han hecho nada los espíritus?

—¡Cómo no! —respondióles Hermano Alegre—. Ahí los tengo a los nueve en la mochila. Podéis instalaros sin temor en vuestro palacio; desde hoy, ninguno volverá a meterse en él.

Diole las gracias el dueño, recompensándolo ricamente y le propuso que se quedase a su servicio, asegurándole que nada le faltaría durante el resto de su vida.

—No —repuso el soldado—, estoy acostumbrado a la vida de trotamundos y quiero seguirla.

Y se marchó.

Al pasar por una herrería entró y, poniendo la mochila que contenía los nueve diablos sobre el yunque, pidióle al herrero y sus oficiales que empezasen a martillazos con ella.

Los hombres se armaron de grandes martillos y se pusieron a golpear con todas sus fuerzas, mientras los diablos armaban un estrepitoso griterío.

Cuando al fin abrió la mochila, ocho estaban muertos, pero uno que había logrado refugiarse en un pliegue de la tela y seguía vivo, saltó afuera y corrió a refugiarse al infierno.

Hermano Alegre continuó vagando por el mundo durante mucho tiempo todavía, y quien supiera de sus aventuras podría contar de él y no acabar. Pero, viejo al fin, comenzó a pensar en la muerte.

Se dirigió a la gruta de un ermitaño, que tenía fama de hombre piadoso, y le dijo:

—Estoy cansado de mi vida errante y ahora quisiera tomar el camino que lleva al cielo.

—Hay dos caminos —respondióle el ermitaño—: uno, ancho y agradable, conduce al infierno; otro, estrecho y duro, va al cielo.

—¡Tonto sería —pensó Hermano Alegre— si eligiese el duro y estrecho!

Y, así, tomó el holgado y agradable, que lo condujo ante un gran portal negro que era el del infierno. Llamó, y el portero acudió a la mirilla a ver quién llegaba; al ver a Hermano Alegre tuvo un gran sobresalto, pues era nada menos que el noveno de aquellos diablos que habían quedado aprisionados en la mochila, el único que escapó con vida aunque con un ojo a la funerala.

Corriendo rápidamente el cerrojo, acudió el diablillo ante el jefe de los demonios y le dijo:

—Ahí fuera está uno con una mochila que quiere entrar. Pero no lo permitáis, pues se metería el infierno entero en el morral. Una vez estuve yo dentro, y por poco me mata a martillazos.

Hermano Alegre fue, pues, despedido del infierno; dijéronle que se volviese, pues allí no entraría.

—Puesto que aquí no me quieren —pensó—, vamos a probar si me admiten en el cielo. ¡En uno u otro sitio tengo que quedarme!

Y retrocedió para tomar el camino del paraíso. Cuando llamó a la puerta, San Pedro se encontraba justamente en la portería; reconociólo en seguida Hermano Alegre y pensó: «Éste es un viejo amigo; aquí tendrás más suerte». Pero San Pedro le dijo:

—Diríase que quieres entrar en el cielo.

—Déjame entrar, hermano; en un lugar u otro tengo que refugiarme. Si me hubiesen admitido en el infierno, no habría venido hasta aquí.

—No —replicóle San Pedro—, aquí no entras.

—Está bien; pero si no quieres dejarme pasar, quédate también con la mochila; no quiero guardar nada que venga de ti —dijo Hermano Alegre.

—Dámela —respondió San Pedro.

El soldado le alargó la mochila a través de la reja y el santo, entrándola en el cielo, la colgó al lado de su asiento.

Dijo entonces Hermano Alegre:

—¡Ahora deseo estar dentro de la mochila!

Y, ¡cataplúm!, en un santiamén estuvo en ella y, por tanto, en el cielo. Y San Pedro no tuvo más remedio que admitirlo.

El jugador

ERASE una vez un hombre que en toda su vida no hizo sino jugar; por eso lo llamaba la gente Juan «el jugador» y, como nunca dejó de hacerlo, perdió en el juego su casa y toda su hacienda.

He aquí que el último día, cuando ya sus acreedores se disponían a embargarle la casa, se le presentaron Dios Nuestro Señor y San Pedro, y le pidieron refugio por una noche. Respondióles el hombre:

—Por mí, podéis quedaros; pero no puedo ofreceros ni cama ni cena.

Díjole entonces Nuestro Señor que con el alojamiento les bastaba y que ellos mismos comprarían algo de comer, y el jugador se declaró conforme. San Pedro le dio tres cuartos para que se fuera a la panadería a comprar un pan.

Salió el hombre, pero al pasar por delante de la casa donde se hallaban todavía los tahúres que lo habían desplumado, llamáronlo éstos gritando:

—¡Juan, entra!

—Sí —replicó él—, ¡para que me ganéis también estas tres perras gordas!

Pero los otros insistieron, el hombre acabó por entrar y, a los pocos momentos, perdió los pocos cuartos.

Mientras tanto, Dios Nuestro Señor y San Pedro esperaban su vuelta. Y, al ver que tardaba tanto, salieron a su encuentro.

El jugador, al verlos, simuló que las tres monedas se le habían caído en un charco y se puso a revolver entre el barro; pero Nuestro Señor sabía perfectamente que se las había jugado.

San Pedro le dio otros tres cuartos y el hombre, no dejándose ya tentar de nuevo, volvió a casa con el pan.

Preguntóle entonces Nuestro Señor si tenía acaso vino y él contestó:

—Señor, los barriles están vacíos.

Instóle Dios Nuestro Señor a que bajase a la bodega, donde seguro que encontraría vino del mejor. El otro se resistía a creerlo; pero, ante tanta insistencia, dijo:

—Bajaré, aunque tengo la certeza de que no hay.

Y he aquí que, al espitar un barril, salió un vino exquisito. Llevóselo a los dos forasteros, los cuales pasaron la noche en su casa y, por la mañana, Dios Nuestro Señor dijo al jugador que podía pedirles tres gracias, pensando que solicitaría, en primer lugar, la de ir al cielo.

Pero no fue así, pues el hombre pidió unos naipes que ganasen siempre, unos dados que tuviesen igual propiedad, y un árbol que diera toda clase de fruta y que quien se subiera en él no pudiese bajar hasta que él se lo mandase.

Concedióle Nuestro Señor los tres dones y se marchó en compañía de San Pedro.

Entonces sí que el jugador se puso a jugar de veras y, al poco tiempo, era dueño de medio mundo. Y dijo San Pedro a nuestro Señor:

—Señor, la cosa no marcha, pues acabará ganando el mundo entero. Debemos enviarle la Muerte.

Y le enviaron la Muerte. Al presentarse ésta el jugador se hallaba, como ya es de suponer, arrimado a la mesa con sus compinches.

Díjole la descarnada:

—¡Juan, sal un momento!

Pero el hombre le replicó:

—Espera un poco a que haya terminado la partida; entretanto puedes subirte a aquel árbol de allá fuera y coges una poca fruta; así tendremos algo que mascar durante el camino.

La Muerte se subió al árbol, y cuando quiso volver a bajar, no pudo; allí la tuvo Juan por espacio de siete años, durante los cuales no murió ningún ser humano.

Dijo entonces San Pedro a Dios Nuestro Señor:

—Señor, la cosa no marcha, pues no muere nadie; tendremos que ir a arreglarlo nosotros mismos.

Y bajaron los dos a la Tierra, donde Nuestro Señor mandó al jugador que dejase descender a la Muerte del árbol.

Dirigiéndose él a la Muerte, le ordenó:

—¡Baja!

Y ella, al llegar al suelo, lo primero que hizo fue agarrarlo y ahogarlo. Pusiéronse los dos en camino y llegaron al otro mundo.

El jugador se presentó ante la puerta del cielo y llamó:

—¿Quién va?

—Juan «el jugador».

—¡No te necesitamos! ¡Márchate!

Fuese entonces al Purgatorio y llamó nuevamente:

—¿Quién va?

—Juan «el jugador».

—¡Ay!, bastantes penas y tribulaciones sufrimos ya aquí; no estamos para juegos. ¡Márchate!

Y hubo de encaminarse a la puerta del infierno, donde fue admitido. Pero dentro no había nadie, aparte del viejo Lucifer y unos cuantos demonios contrahechos —los que estaban bien tenían trabajo en la Tierra—. Sentándose en seguida, púsose a jugar nuevamente. Pero Lucifer no poseía más que sus diablos deformes, a los cuales le ganó Juan en un abrir y cerrar de ojos gracias a sus cartas milagrosas.

Marchóse entonces con sus diablos contrahechos a Hohenfuert y, arrancando las perchas del lúpulo, treparon al cielo y se pusieron a aporrear el piso hasta hacerlo crujir. Ante lo cual, San Pedro exclamó:

—Señor, la cosa no marcha; es preciso que lo dejemos entrar, pues de lo contrario, derribará el cielo.

Y lo dejaron entrar, aunque a regañadientes. Pero el jugador en seguida empezó a jugar de nuevo, y armó tal griterío y alboroto, que nadie oía sus propias palabras.

San Pedro volvió a hablar con Nuestro Señor:

—Señor, la cosa no marcha; debemos echarlo; si no lo hacemos, nos va a amotinar todo el cielo.

Arremetieron contra él y lo arrojaron del Paraíso, y su alma se rompió en innúmeros pedazos, que fueron a alojarse en los tahúres que todavía

viven en nuestro mundo.

Madre Nieve
«Frau Holle»

CIERTA viuda tenía dos hijas, una de ellas hermosa y diligente; la otra, fea y perezosa. Sin embargo, quería mucho más a esta segunda, porque era verdadera hija suya, y cargaba a la otra todas las faenas del hogar haciendo de ella la cenicienta de la casa. La pobre muchacha tenía que sentarse todos los días junto a un pozo, al borde de la carretera, y estarse hilando hasta que le sangraban los dedos.

Tan manchado de sangre se le puso un día el huso, que la muchacha quiso lavarlo en el pozo, y he aquí que se le escapó de la mano y le cayó al fondo.

Llorando se fue a contar lo ocurrido a su madrastra y ésta, que era muy dura de corazón, la riñó ásperamente y le dijo:

—¡Puesto que has dejado caer el huso al pozo, irás a sacarlo!

Volvió la muchacha al pozo sin saber qué hacer y, en su angustia, se arrojó al agua en busca del huso. Perdió el sentido y al despertarse y volver en sí, encontróse en un bellísimo prado bañado de sol y cubierto de millares de florecillas.

Caminando por él, llegó a un horno lleno de pan, el cual le gritó:

—¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí, que me quemo! Ya estoy bastante cocido.

Acercóse ella y, con la pala, fue sacando las hogazas.

Prosiguiendo su camino, vio un manzano cargado de manzanas que le gritó a su vez:

—¡Sacúdeme, sacúdeme! Todas las manzanas estamos ya maduras.

Sacudiendo ella el árbol comenzó a caer una lluvia de manzanas, hasta no quedar ninguna, y después que las hubo reunido en un montón, siguió adelante.

Finalmente, llegó a una casita en una de cuyas ventanas estaba asomada una vieja, pero como tenía los dientes muy grandes, la niña echó a correr asustada.

La vieja la llamó:

—¿De qué tienes miedo, hijita? Quédate conmigo. Si quieres cuidar de mi casa, lo pasarás muy bien. Sólo tienes que poner cuidado en sacudir bien mi cama para que vuelen las plumas, pues entonces nieva en la Tierra. Yo soy la Madre Nieve[1].

Al oír a la vieja hablarle en tono tan cariñoso, la muchacha cobró ánimos y, aceptando el ofrecimiento, entró a su servicio.

Hacía todas las cosas a plena satisfacción de su ama, sacudiéndole vigorosamente la cama de modo que las plumas volaban cual copos de nieve. En recompensa, disfrutaba de buena vida, no tenía que escuchar ni una palabra dura y todos los días comía cocido y asado.

Cuando ya llevaba una temporada en casa de Madre Nieve, entróle una extraña tristeza que ni ella misma sabía explicarse, hasta que al fin se dio cuenta de que era nostalgia de su tierra. Aunque estuviera allí mil veces mejor que en su casa, añoraba a los suyos y, así, un día dijo a su ama:

—Siento nostalgia de casa, y aunque estoy muy bien aquí, no me siento con fuerzas para continuar; tengo que volverme a los míos.

Respondió Madre Nieve:

—Me place que sientas deseos de regresar a tu casa y, puesto que me has servido tan fielmente, yo misma te acompañaré.

Y, tomándola de la mano, la condujo hasta un gran portal.

El portal estaba abierto y, en el momento de traspasarlo la muchacha, cayóle encima una copiosísima lluvia de oro; y el oro se le quedó adherido a los vestidos, por lo que todo su cuerpo estaba cubierto del precioso metal.

—Esto es para ti, en premio de la diligencia con que me has servido —díjole Madre Nieve, al tiempo que le devolvía el huso que le había caído al pozo.

Cerróse entonces el portal, y la doncella se encontró de nuevo en el mundo no lejos de la casa de su madre. Y cuando llegó al patio, el gallo, que estaba encaramado en el pretil del pozo, gritó:

«¡Quiquiriquí,
nuestra doncella de oro vuelve a estar aquí!»

Entró la muchacha, y tanto su madrastra como la hija de ésta la recibieron muy bien al ver que venía cubierta de oro.

Contóles la muchacha todo lo que le había ocurrido, y al enterarse la madrastra de cómo había adquirido tanta riqueza, quiso procurar la misma fortuna a su hija, la fea y perezosa.

Mandóla pues a hilar junto al pozo, y para que el huso se manchase de sangre, la hizo que se pinchase en un dedo y pusiera la mano en un espino. Luego arrojó el huso al pozo, y a continuación saltó ella.

Llegó como su hermanastra al delicioso prado, y echó a andar por el mismo sendero. Al pasar junto al horno, volvió el pan a exclamar:

—¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí, que me quemo! Ya estoy bastante cocido.

Pero le replicó la holgazana:

—¿Crees que tengo ganas de ensuciarme?

Y pasó de largo. No tardó en encontrar el manzano, el cual le gritó:

—¡Sacúdeme, sacúdeme! Todas las manzanas estamos ya maduras.

Replicóle ella:

—¡Me guardaré muy bien! ¿Y si me cayese una en la cabeza?

Y siguió adelante. Al llegar frente a la casa de Madre Nieve no se asustó de sus dientes, porque ya tenía noticia de ellos, y se quedó a su servicio.

El primer día se dominó y trabajó con aplicación, obedeciendo puntualmente a su ama, pues pensaba en el oro que iba a regalarle. Pero al segundo día empezó ya a haraganear; el tercero se hizo la remolona al levantarse por la mañana y, así, cada día peor. Tampoco hacía la cama según las indicaciones de Madre Nieve, ni la sacudía de manera que volasen las plumas.

Al fin, la señora se cansó y la despidió, con gran satisfacción de la holgazana pues creía llegada la hora de la lluvia de oro.

Madre Nieve la condujo también al portal pero en vez de oro vertieron sobre ella un gran caldero de pez.

—Esto es el pago de tus servicios —le dijo su ama cerrando el portal.

Y así se presentó la perezosa en su casa, con todo el cuerpo cubierto de pez, y el gallo del pozo, al verla, se puso a gritar:

«¡Quiquiriquí,
nuestra sucia doncella vuelve a estar aquí!»

La pez le quedó adherida, y en todo el resto de su vida no se la pudo quitar del cuerpo.

El pájaro brujo

ERASE una vez un brujo que, adoptando la figura de anciano, iba a mendigar de puerta en puerta y robaba a las muchachas hermosas. Nadie sabía adónde las llevaba, pues desaparecían para siempre.

Un día se presentó en la casa de un hombre rico, que tenía tres hijas muy bellas; iba, como de costumbre, en figura de achacoso mendigo con una cesta a la espalda, como para meter en ella las limosnas que le hicieran.

Pidió algo de comer, y al salir la mayor a darle un pedazo de pan, tocóla él con un dedo y la muchacha se encontró en un instante dentro de la cesta.

Alejóse entonces el brujo a largos pasos, y se llevó a la chica a su casa que estaba en medio de un tenebroso bosque.

Todo era magnífico en la casa; el viejo dio a la joven cuanto ella pudiera apetecer y le dijo:

—Tesoro mío, aquí lo pasarás muy bien; tendrás todo lo que tu corazón pueda apetecer.

Así pasaron unos días, al cabo de los cuales dijo él:

—Debo marcharme y dejarte sola por breve tiempo. Ahí tienes las llaves de la casa; puedes recorrerla toda y ver cuanto hay en ella. Sólo no entrarás en la habitación correspondiente a esta llavecita. Te lo prohíbo bajo pena de muerte —diole también un huevo diciéndole—. Guárdame este huevo cuidadosamente, y llévalo siempre contigo, pues si se perdiese ocurriría una gran desgracia.

Cogió la muchacha las llaves y el huevo, prometiendo cumplirlo todo al pie de la letra. Cuando se hubo marchado el brujo, visitó ella toda la casa, de arriba abajo, y vio que todos los aposentos relucían de oro y plata, como jamás soñara tal magnificencia.

Llegó, por fin, ante la puerta prohibida, y su primera intención fue pasar de largo; pero la curiosidad no la dejaba en paz. Miró la llave y vio que era igual a las otras; la metió en la cerradura y, casi sin hacer ninguna fuerza, la puerta se abrió.

Pero ¿qué es lo que vieron sus ojos? En el centro de la pieza había una gran pila ensangrentada, llena de miembros humanos y, junto a ella, un tajo y un hacha reluciente.

Fue tal su espanto, que se le cayó en la pila el huevo que sostenía en la mano y, aunque se apresuró a recogerlo y secar la sangre, todo fue inútil; no hubo medio de borrar la mancha por mucho que la lavó y frotó.

A poco regresaba de su viaje el hombre, y lo primero que hizo fue pedirle las llaves y el huevo. Dioselo todo ella, pero las manos le temblaban y el brujo comprendió por la mancha roja que la muchacha había entrado en la cámara sangrienta.

—Puesto que has entrado en el aposento, contraviniendo mi voluntad —le dijo—, volverás a entrar ahora en contra de la tuya. Tu vida ha terminado.

La derribó al suelo, la arrastró por los cabellos, púsole la cabeza sobre el tajo y se la cortó de un hachazo, haciendo fluir su sangre por el suelo. Luego echó el cuerpo en la pila con los demás.

—Iré ahora por la segunda —se dijo el brujo y, adoptando nuevamente la figura de un pordiosero, volvió a llamar a la puerta de aquel hombre para pedir limosna.

Diole la segunda hermana un pedazo de pan, y el hechicero se apoderó de ella con sólo tocarla, como hiciera con la otra, y se la llevó.

La muchacha no tuvo mejor suerte que su hermana; cediendo a la curiosidad, abrió la cámara sangrienta y, al regreso de su raptor, hubo de pagar también con la cabeza.

El brujo raptó luego la tercera, que era lista y astuta. Una vez hubo recibido las llaves y el huevo, lo primero que hizo en cuanto el hombre partió fue poner el huevo a buen recaudo; luego registró toda la casa y, en último lugar, abrió el aposento vedado.

¡Dios del cielo, qué espectáculo! Sus dos hermanas queridas, lastimosamente despedazadas, yacían en la pila.

La muchacha no perdió tiempo en lamentaciones, sino que se puso en seguida a recoger sus miembros y acoplarlos debidamente; cabeza, tronco, brazos y piernas. Y cuando ya no faltó nada, todos los miembros empezaron a moverse y soldarse, y las dos doncellas abrieron los ojos y recobraron la vida. Con gran alegría, se besaron y abrazaron cariñosamente.

El hombre, a su regreso, pidió en seguida las llaves y el huevo; y al no descubrir en éste ninguna huella de sangre, dijo:

—¡Tú has pasado la prueba, tú serás mi novia!

Pero desde aquel momento había perdido todo poder sobre ella, y tenía que hacer a la fuerza lo que ella le exigía.

—Pues bien —le dijo la muchacha—, ante todo llevarás a mi padre y a mi madre un cesto lleno de oro, transportándolo sobre tu espalda; entretanto, yo prepararé la boda.

Y, corriendo a ver a sus hermanas que había ocultado en otro aposento, les dijo:

—Éste es el momento en que puedo salvaros; el malvado os llevará a casa él mismo; pero en cuanto estéis allí, enviadme socorro —metió a las dos en una gran cesta, las cubrió de oro y, llamando al brujo, le dijo—. Ahora llevarás este cesto a mi casa, y no se te ocurra detenerte en el camino a descansar, que yo te estaré mirando desde mi ventanita.

Cargóse el brujo la cesta a la espalda y emprendió su ruta; mas pesaba tanto, que pronto el sudor empezó a manarle por el rostro.

Sentóse para descansar unos minutos; pero, inmediatamente, salió del cesto una voz:

—Estoy mirando por mi ventanita y veo que te paras. ¡Andando, en seguida!

Creyó él que era la voz de su novia y púsose a caminar de nuevo. Quiso repetir la parada al cabo de un rato; pero en seguida se dejó oír la misma voz:

—Estoy mirando por mi ventanita y veo que te paras. ¡Andando, en seguida!

Y así cada vez que intentaba detenerse, hasta que finalmente llegó a la casa de las muchachas, gimiendo y jadeante, y dejó en ella el cesto que contenía las dos doncellas y el oro.

Mientras tanto, la novia disponía en casa la fiesta de la boda, a la que invitó a todos los amigos del brujo. Cogió luego una calavera que regañaba los dientes, púsole un adorno y una corona de flores y, llevándola arriba, la colocó en un tragaluz como si mirase afuera.

Cuando ya lo tuvo todo dispuesto, metióse ella en un barril de miel y luego se revolcó entre las plumas de un colchón que partió en dos, con lo que las plumas se le pegaron en todo el cuerpo y tomó el aspecto de un ave rarísima; nadie habría sido capaz de reconocerla.

Encaminóse entonces a su casa, y durante el camino se cruzó con algunos de los invitados a la boda, los cuales le preguntaron:

«—¿De dónde vienes, pájaro embrujado?
—De la casa del brujo me han soltado.
—¿Qué hace, pues, la joven prometida?
—La casa tiene ya toda barrida,
y ella, compuesta y aseada,
mirando está por el tragaluz de la entrada».

Finalmente, encontróse con el novio, que volvía caminando pesadamente y que, como los demás, le preguntó:

«—¿De dónde vienes, pájaro embrujado?
—De la casa del brujo me han soltado.
—¿Qué hace, pues, mi joven prometida?
—La casa tiene ya toda barrida,
y ella, compuesta y aseada,
mirando está por el tragaluz de la entrada».

Levantó el novio la vista y, viendo la compuesta calavera, creyó que era su prometida y le dirigió un amable saludo con un gesto de la cabeza. Pero en cuanto hubo entrado en la casa junto con sus invitados, presentáronse los hermanos y parientes de la novia que habían acudido a socorrerla. Cerraron todas las puertas para que nadie pudiese escapar y prendieron fuego a la casa, haciendo morir abrasado al brujo y a toda aquella chusma.

El enebro

HACE ya muchísimo tiempo, como unos dos mil años, vivía un hombre acaudalado que tenía una mujer tan bella como piadosa. Queríanse tiernamente, pero no tenían hijos, a pesar de lo mucho que los deseaban; la esposa los pedía al cielo día y noche; pero no venía ninguno.

Frente a su casa, en un patio, crecía un enebro, y un día de invierno en que la mujer se hallaba debajo de él mondando una manzana, cortóse en un dedo y la sangre cayó en la nieve.

—¡Ay! —exclamó con un profundo suspiro.

Y, al mirar la sangre, le entró una gran melancolía: «¡Si tuviese un hijo rojo como la sangre y blanco como la nieve!»; y, al decir estas palabras, sintió de pronto en su interior una extraña alegría; tuvo el presentimiento de que iba a ocurrir algo inesperado.

Entró en su casa, transcurrió un mes y se fundió la nieve; a los dos meses, todo estaba verde, y las flores brotaron del suelo; a los cuatro, todos los árboles eran un revoltijo de nuevas ramas verdes. Cantaban los pajarillos, y sus trinos resonaban en todo el bosque, y las flores habían caído de los árboles al terminar el quinto mes; y la mujer no se cansaba de pasarse horas y horas bajo el enebro, que tan bien olía. Saltábale de gozo el corazón, cayó de rodillas y no cabía en sí de alborozo. Y cuando ya hubo transcurrido el sexto mes, y los frutos estaban ya abultados y jugosos, sintió en su alma una gran placidez y quietud. Al llegar el séptimo mes comió muchas bayas de enebro, y enfermó y sintió una profunda tristeza. Pasó luego el octavo mes, llamó a su marido y llorando le dijo:

—Si muero, entiérrame bajo el enebro.

Y, de repente, se sintió consolada y contenta, y de este modo transcurrió el mes noveno. Dio entonces a luz un niño blanco como la nieve y colorado

como la sangre y, al verlo, fue tal su alegría, que murió.

Enterróla su esposo bajo el enebro, y no cesaba de llorar; al cabo de algún tiempo, sus lágrimas empezaron a manar menos copiosamente, secáronse al fin, y el hombre tomó otra mujer.

Con su segunda esposa tuvo una hija, y ya dijimos que del primer matrimonio le había quedado un niño rojo como la sangre y blanco como la nieve. Al ver la mujer a su hija, quedó prendada de ella; pero cuando miraba al pequeño, los celos le atravesaban el corazón; parecíale que era un estorbo continuo, y no pensaba sino en procurar que toda la fortuna quedase para su hija.

El demonio le inspiró un odio profundo hacia el niño; empezó a mandarlo de un rincón a otro, tratándolo a empellones y codazos, por lo que el pobre pequeñuelo vivía en constante sobresalto. Cuando volvía de la escuela, no había un momento de reposo para él.

Un día en que la mujer se hallaba en el piso de arriba, acudió su hijita y le dijo:

—¡Mamá, dame una manzana!

—Sí, hija mía —asintió la madre, y le ofreció una muy hermosa que sacó del arca.

Pero aquel arca tenía una tapa muy grande y pesada, con una cerradura de hierro ancha y cortante.

—Mamá —prosiguió la niña—, ¿no podrías darle también una al hermanito?

La mujer hizo un gesto de mal humor, pero respondió:

—Sí, cuando vuelva de la escuela.

Y he aquí que cuando lo vio venir desde la ventana, como si en aquel mismo momento hubiese entrado en su alma el demonio, quitando a la niña

la manzana que le diera le dijo:

—¡No vas a tenerla tú antes que tu hermano!

Y volviendo el fruto al arca, la cerró.

Al llegar el niño a la puerta, el maligno inspiróle que lo acogiese cariñosamente:

—Hijo mío, ¿te apetecería una manzana? —preguntó al pequeño mirándolo con ojos coléricos.

—Mamá —respondió el niño—, ¡pones una cara que me asusta! ¡Sí, quiero una manzana!

Y la voz interior del demonio le hizo decir:

—Ven conmigo —y, levantando la tapa de la caja—; cógela tú mismo.

Y al inclinarse el pequeño, volvió a tentarla el diablo. De un golpe brusco cerró el arca con tanta violencia, que cortó en redondo la cabeza del niño, la cual cayó entre las manzanas.

En el mismo instante sintió la mujer una gran angustia y pensó: «¡Ojalá no lo hubiese hecho!». Bajó a su habitación y sacó de la cómoda un paño blanco; colocó nuevamente la cabeza sobre el cuello, atóle el paño a modo de bufanda, de manera que no se notara la herida, y sentó al niño muerto en una silla delante de la puerta con una manzana en la mano.

Mas tarde, Marlenita entró en la cocina en busca de su madre. Ésta se hallaba junto al fuego y agitaba el agua hirviendo que tenía en un puchero.

—Mamá —dijo la niña—, el hermanito está sentado delante de la puerta; está todo blanco y tiene una manzana en la mano. Le he pedido que me la dé, pero no me responde. ¡Me ha dado mucho miedo!

—Vuelve —díjole la madre—, y si tampoco te contesta, le pegas un coscorrón.

Y salió Marlenita y dijo:

—¡Hermano, dame la manzana!

Pero al seguir él callado, la niña le pegó un golpe en la cabeza la cual, desprendiéndose, cayó al suelo.

La chiquilla se asustó terriblemente y rompió a llorar y gritar. Corrió al lado de su madre y exclamó:

—¡Ay, mamá! ¡He cortado la cabeza a mi hermano!

Y lloraba desconsoladamente.

—¡Marlenita! —exclamó la madre—, ¿qué has hecho? Pero cállate, que nadie lo sepa. Como esto ya no tiene remedio, lo coceremos en estofado.

Y, cogiendo el cuerpo del niño, lo cortó a pedazos, lo echó en la olla y lo coció. Mientras, Marlenita no hacía sino llorar y más llorar, y tantas lágrimas cayeron al puchero, que no hubo necesidad de echarle sal.

Al llegar el padre a casa, sentóse a la mesa y preguntó:

—¿Dónde está mi hijo?

Sirvióle su mujer una gran fuente, muy grande, de carne con salsa negra, mientras Marlenita seguía llorando sin poder contenerse.

Repitió el hombre:

—¿Dónde está mi hijo?

—¡Ay! —dijo la mujer—, se ha marchado a casa de los parientes de su madre; quiere pasar una temporada con ellos.

—¿Y qué va a hacer allí? Por lo menos podría haberse despedido de mí.

—¡Estaba tan impaciente! Me pidió que lo dejase quedarse allí seis semanas. Lo cuidarán bien; está en buenas manos.

—¡Ay! —exclamó el padre—. Esto me disgusta mucho. Ha obrado mal; siquiera podía haberme dicho adiós.

Y empezó a comer; dirigiéndose a la niña, díjole:

—Marlenita, ¿por qué lloras? Ya volverá tu hermano. ¡Mujer! —prosiguió—, ¡qué buena está hoy la comida! Sírveme más.

Y cuanto más comía, más apetitosa la encontraba.

—Ponedme más —insistía—, no quiero que quede nada; me parece como si todo esto fuese mío.

Y seguía comiendo, tirando los huesos debajo de la mesa, hasta que ya no quedó ni pizca.

Pero Marlenita, yendo a su cómoda, sacó del cajón inferior su pañuelo de seda más bonito, envolvió en él los huesos que recogió de debajo de la mesa y se los llevó fuera, llorando lágrimas de sangre.

Depositólos allí entre la hierba, debajo del enebro, y cuando lo hubo hecho sintió de pronto un gran alivio y dejó de llorar.

Entonces el enebro empezó a moverse, y sus ramas a juntarse y separarse como cuando una persona, sintiéndose contenta de corazón, junta las manos dando palmadas.

Formóse una especie de niebla que rodeó el arbolillo, y en el seno de la niebla apareció de súbito una llama, de la cual salió volando un hermoso pajarillo que se remontó en el aire a gran altura cantando melodiosamente. Y cuando hubo desaparecido, el enebro volvió a quedarse como antes; pero el paño con los huesos se había esfumado.

Marlenita sintió en su alma una paz y alegría grandes, como si su hermanito viviese aún. Entró nuevamente en la casa, se sentó a la mesa y comió su comida.

Pero el pájaro siguió volando hasta llegar a la casa de un platero, donde se detuvo y se puso a cantar:

«Mi madre me mató,
mi padre me comió,
y mi buena hermanita
mis huesecillos guardó.
Los guardó en un pañito
de seda, ¡muy bonito!,
y al pie del enebro los enterró.
Kivit, kivit, ¡qué lindo pajarillo soy yo!»

El platero estaba en su taller haciendo una cadena de oro, y al oír el canto del pájaro que se había posado en su tejado, parecióle que nunca había oído

nada tan hermoso.

Levantóse, y al pasar el dintel de la puerta, se le salió una zapatilla y, así, hubo de avanzar hasta el centro de la calle descalzo de un pie, puesto el mandil, en una mano la cadena de oro, y la tenaza en la otra, y el sol inundaba la calle con sus brillantes rayos.

Levantando la cabeza, el platero miró al pajarillo:

—¡Qué bien cantas! —le dijo—. ¡Repite tu canción!

—No —respondió el pájaro—, si no me pagan, no la vuelvo a cantar. Dame tu cadena y volveré a cantar.

—Ahí tienes la cadena —asintió el platero—. Repite la canción.

Bajó volando el pájaro, cogió con la patita derecha la cadena y, posándose enfrente del platero, cantó:

«Mi madre me mató,
mi padre me comió,
y mi buena hermanita
mis huesecillos guardó.
Los guardó en un pañito
de seda, ¡muy bonito!,
y al pie del enebro los enterró.
Kivit, kivit, ¡qué lindo pajarillo soy yo!»

Voló el avecilla a la tienda del zapatero y, posándose en el tejado, volvió a cantar:

«Mi madre me mató,
mi padre me comió,
y mi buena hermanita
mis huesecillos guardó.
Los guardó en un pañito
de seda, ¡muy bonito!,
y al pie del enebro los enterró.
Kivit, kivit, ¡qué lindo pajarillo soy yo!»

El zapatero, al oírlo, salió a la puerta en mangas de camisa, y levantó la mirada al tejado, teniendo que llevarse la mano a la frente como si fuese una visera, pues el sol lo deslumbraba.

—Pajarillo —gritóle—, ¡qué bien cantas! —y, entrando de nuevo en la tienda—. Mujer —dijo llamando a su esposa—, ven a ver este pájaro que tan bien sabe cantar.

Y luego llamó también a su hija, a los niños y a sus trabajadores, aprendices y criadas, para que saliesen todos a la calle a ver aquel ave tan hermosa, que tenía bellísimas plumas rojas y verdes, y un cuello que brillaba como oro, y cuyos ojos parecían en su cabeza dos verdaderas estrellas.

—¡Pajarillo! —llamólo el zapatero—. ¡Cántanos otra vez tu canción!

—No —replicó el ave—. Si no me pagan, no la vuelvo a cantar. Tienes que darme algo.

—Mujer —dijo el zapatero—, ve abajo; en el primer estante encontrarás un par de botas coloradas; tráelas.

Y la mujer fue a buscar las botas.

—¡Toma, pajarillo! —dijo el hombre—. Repítenos ahora tu canción.

Bajó el ave, cogió las botas con su pequeña garra izquierda y, subiéndose de nuevo al tejado, cantó:

«Mi madre me mató,
mi padre me comió,
y mi buena hermanita
mis huesecillos guardó.
Los guardó en un pañito
de seda, ¡muy bonito!,
y al pie del enebro los enterró.
Kivit, kivit, ¡qué lindo pajarillo soy yo!».

Terminada su canción, reemprendió el vuelo, la cadena en el pie derecho, y las botas en el izquierdo, y no se detuvo hasta el molino, y el molino venga a girar: clip-clap, clip-clap, clip-clap. Y había veinte mozos molineros golpeando una piedra, dale que dale: pim-pam, pim-pam, pim-pam; y,

mientras tanto, el molino: clip-clap, clip-clap, clip-clap. La avecilla se posó en un tilo que crecía enfrente, y se puso a cantar:

«Mi madre me mató,
(y uno dejó de golpear)

mi padre me comió,
(y se interrumpieron otros dos, escuchando)

y mi buena hermanita
(y otros cuatro cesaron en su trabajo)

mis huesecillos guardó.
Los guardó en un pañito
(ya eran sólo ocho los que golpeaban)

de seda, ¡muy bonito!,
(y sólo quedaban cinco trabajando)

y al pie del enebro los enterró.
(y ya quedaba uno solo)

Kivit, kivit, ¡qué lindo pajarillo soy yo!»

Dejó de golpear el último, justo a tiempo de oír el final.

—¡Pájaro —exclamó—, y qué bien cantas! Quisiera oírte cantar otra vez.

—No —respondió el pájaro—. Si no me pagan, no vuelvo a cantar. Dame la muela y repetiré mi canción.

—¡Oh! —respondió el mozo—, si fuese el amo, te la daría.

—Sí —dijeron los demás—; si vuelve a cantar se la daremos.

Aproximóse el pájaro, y los veinte molineros, todos a la una, sirviéndose de troncos, ¡up!, ¡up!, ¡arriba!, levantaron la piedra del molino.

El avecilla pasó el cuello por el agujero, poniéndose la muela como un collar y, volando nuevamente al árbol cantó otra vez:

«Mi madre me mató,
mi padre me comió,
y mi buena hermanita
mis huesecillos guardó.
Los guardó en un pañito
de seda, ¡muy bonito!,
y al pie del enebro los enterró.
Kivit, kivit, ¡qué lindo pajarillo soy yo!»

Terminada la canción, la cadena en la patita derecha, las botas en la izquierda y la muela alrededor del cuello, desplegó las alas y emprendió el vuelo en dirección a la casa de su padre.

En el comedor hallábanse sentados a la mesa su padre, madrastra y Marlenita. Dijo el padre:

—No sé por qué, siento como un alivio interior, un gran contentamiento.

—Pues yo, en cambio —replicó la mujer—, siento una angustia terrible, algo así como si se acercase una tempestad.

Marlenita, por su parte, no hacía más que llorar.

Llegó el pájaro volando y se posó en el tejado, y entonces dijo el padre:

—¡Ah, qué alegría me ha entrado! ¡Y este sol tan brillante! Tengo la impresión de que he de volver a ver a un antiguo conocido.

—No —respondió la mujer—, yo tengo miedo, me castañetean los dientes y me parece como si tuviese fuego en las venas.

Y, para no ahogarse, se rasgó el vestido. Pero la niña, sentada en un rincón, llora que llora, tanto que tenía el delantal empapado de lágrimas.

Posóse el pajarillo en el enebro y rompió a cantar:

«Mi madre me mató…

La madrastra se tapó los oídos y cerró fuertemente los ojos para no ver ni oír; pero en su cabeza resonaba un estrépito de tempestad desenfrenada, y los ojos le ardían y, a pesar de tenerlos cerrados, la deslumbraba como un zigzaguear de relámpagos.

… mi padre me comió…

—¡Ay, mujer! —exclamó el hombre—. ¡Qué bien canta ese pájaro! ¡Qué maravilla! ¡Y con este sol tan confortador y este aroma a canela!

… y mi buena hermanita…

Marlenita, inclinando la cabeza hasta las rodillas, lloraba cada vez con mayor desconsuelo.

Dijo el padre:

—Salgo, quiero ver de cerca el pajarillo.

—¡No vayas! —exclamó la mujer—, siento como si toda la casa temblara y se incendiara.

Pero el hombre salió a ver al ave.

… mis huesecillos guardó.
Los guardó en un pañito
de seda, ¡muy bonito!,
y al pie del enebro los enterró.
Kivit, kivit, ¡qué lindo pajarillo soy yo!»

Y al terminar el último verso, el pájaro soltó la cadena de oro, que fue a caer justamente en torno al cuello del hombre; y se le ajustaba maravillosamente.

Entrando él en la casa, dijo:

—¡Fijaos, qué pájaro más maravilloso! Me acaba de regalar esta hermosa cadena de oro, ¡y es lindísimo!

La mujer, en cambio, experimentaba un miedo tan atroz que se desplomó en el suelo cuan larga como era, y se le cayó la cofia de la cabeza.

Y repitió el pajarillo:

Mi madre me mató…

—¡Ay! ¡Por qué no estoy mil brazas bajo tierra, que no tuviese que oír esto!

… mi padre me comió…

Y la mujer quedó como muerta.

… y mi buena hermanita…

—Voy a salir yo también —dijo la niña—, a ver si me regala algo el pajarillo.

Y salió.

… mis huesecillos guardó.
Los guardó en un pañito…

Y dejó caer las botas.

… de seda, ¡muy bonito!,
y al pie del enebro los enterró.
Kivit, kivit, ¡qué lindo pajarillo soy yo!»

La tristeza de la niña se desvaneció como por encanto. Se calzó los nuevos zapatos colorados y entró en su casa, saltando y bailando.

—¡Tan triste como estaba cuando salí —dijo—, y ahora me he quedado tan consolada! ¡Es un pájaro prodigioso, me ha regalado unos zapatos!

—¡No! —replicó la mujer, incorporándose; y los cabellos se le erizaron, de tal forma que parecían llamas de fuego—. Yo siento como si el mundo se hundiera. Voy a salir, para que me dé el aire.

Y al llegar a la puerta, ¡cataplúm!, el pájaro le soltó la muela sobre la cabeza y la aplastó.

Al oír el ruido, el padre y Marlenita se precipitaron afuera y vieron elevarse un gran vapor, con fuego y llamas, y al dispersarse apareció el hermanito, que cogió de la mano a su padre y a Marlenita, y los tres, contentísimos, entraron en la casa y sentáronse a comer a la mesa.

Juan de casa

HABÍA una vez un joven campesino llamado Juan, a quien un primo suyo se empeñó en buscarle una mujer rica.

Hizo poner a Juan detrás del horno bien caliente. Trajo luego un tarro con leche y una buena cantidad de pan blanco y, poniéndole en la mano una reluciente perra gorda recién acuñada, le dijo:

—Juan, no sueltes la perra gorda y, en cuanto al pan, desmigájalo en la leche. Permanece sentado aquí sin moverte hasta que yo vuelva.

—Muy bien —respondió Juan—; todo lo haré como dices.

El casamentero se puso unos pantalones remendados, llenos de piezas, se fue al pueblo vecino, a casa de un rico labrador que tenía una hija, y dijo a la muchacha:

—¿No te gustaría casarte con mi primo Juan? Tendrías un marido bueno y diligente. Quedarías satisfecha.

Preguntó entonces el padre, que era muy avaro:

—¿Y cómo anda de dinero? ¿Tiene su pan que desmigajar?

—Amigo —respondióle el otro—, mi joven primo está bien calentito, tiene en la mano su buen dinerillo, y pan no le falta. Y tampoco cuenta menos piezas —así llamaban a los campos y tierras parcelados— que yo —y, al decir esto, diose un golpe en los remendados calzones—. Y si queréis tomaros la molestia de venir conmigo, en un momento podréis convenceros de que todo es tal como os digo.

El viejo avaro no quiso perderse tan buena oportunidad, y dijo:

—Siendo así, nada tengo en contra del matrimonio.

Celebróse la boda el día señalado, y cuando la desposada quiso salir a ver las propiedades de su marido, empezó Juan quitándose el traje dominguero y poniéndose la blusa remendada, pues dijo:

—Podría estropearme el vestido nuevo.

Y se fueron los dos a la campiña, y cada vez que en el camino se veía dibujarse una viña o parcelarse campos o prados, Juan los señalaba con el dedo, mientras con la otra mano se daba un golpe en una de las piezas, grande o pequeña, con que estaba remendada su blusa, y decía:

—Esta pieza es mía, tesoro, mírala —significando que la mujer debía mirar no al campo, sino a su vestido, que era suyo.

* * *

—¿Estuviste tú también en la boda?

—Sí que estuve, y vestido con todas mis galas. Mi sombrero era de nieve, pero salió el sol y lo fundió; mi traje era de telaraña, pero pasé entre unos espinos, que me lo rompieron; mis zapatos eran de cristal, pero al dar contra una piedra hicieron ¡clinc!, y se partieron en dos.

Los niños de oro

RANSE un hombre y una mujer muy pobres; no tenían más que una pequeña choza, y sólo comían lo que el hombre pescaba el mismo día.

Sucedió que el pescador, al sacar una vez la red del agua, encontró en ella un pez de oro, y mientras lo contemplaba admirado, púsose el animal a hablar y dijo:

—Óyeme, pescador; si me devuelves al agua, convertiré tu pobre choza en un magnífico palacio.

Respondióle el pescador:

—¿De qué me servirá un palacio, si no tengo qué comer?

Y contestó el pez:

—También remediaré esto, pues habrá en el palacio un armario que, cada vez que lo abras, aparecerá lleno de platos con los manjares más selectos y apetitosos que puedas desear.

—Si es así —respondió el hombre—, bien puedo hacerte el favor que me pides.

—Sí —dijo el pez—, pero hay una condición: no debes descubrir a nadie en el mundo, sea quien fuere, de dónde te ha venido la fortuna. Una sola palabra que digas, y todo desaparecerá.

El hombre volvió a echar al agua el pez milagroso y se fue a su casa. Pero donde antes se levantaba su choza, había ahora un gran palacio. Abriendo unos ojos como naranjas, entró y se encontró a su mujer en una espléndida sala, ataviada con hermosos vestidos.

Contentísima, le preguntó:

—Marido mío, ¿cómo ha sido esto? ¡La verdad es que me gusta!

—Sí —respondióle el hombre—, a mí también; pero vengo con gran apetito, dame algo de comer.

—No tengo nada —respondió ella— ni encuentro nada en la nueva casa.

—No hay que apurarse —dijo el hombre—; veo allí un gran armario; ábrelo.

Y al abrir el armario aparecieron pasteles, carne, fruta y vino, que daba gloria verlos. Exclamó entonces la mujer, no cabiendo en sí de gozo:

—Corazón, ¿qué puedes ambicionar aún?

Y se sentaron, y comieron y bebieron en buena paz y compañía.

Cuando hubieron terminado, preguntó la mujer:

—Pero, marido, ¿de dónde nos viene toda esta riqueza?

—No me lo preguntes —respondió él—, no me está permitido decirlo. Si lo revelara, perderíamos toda esta fortuna.

—Como quieras —dijo la mujer—. Si es que no debo saberlo, no pensaré más en ello.

Pero su idea era muy distinta, y no dejó en paz a su marido de día ni de noche, fastidiándolo y pinchándole con tanta insistencia que, perdida ya la paciencia, el hombre acabó por revelarle que todo les venía de un prodigioso pez de oro que había pescado y vuelto a poner en libertad a cambio de aquellos favores.

Apenas había terminado de hablar, desapareció el hermoso palacio con su armario, y hételos de nuevo en su mísera choza.

El hombre no tuvo más recurso que reanudar su vida de trabajo y salir a pescar; pero quiso la suerte que el mismo pez volviese a caer en sus redes.

—Óyeme —le dijo—; si otra vez me echas al agua, te devolveré el palacio con el armario lleno de guisos y asados; pero mantente firme y no descubras a nadie quién te lo ha dado, o volverás a perderlo.

—Me guardaré muy bien —respondió el pescador soltando nuevamente al pez en el agua.

Y al llegar a su casa, la encontró otra vez en gran esplendor, y a su mujer, encantada con su suerte.

Pero la curiosidad no la dejaba vivir, y a los dos días ya estaba preguntando otra vez cómo había ocurrido aquello y a qué se debía. El

hombre se mantuvo firme una temporada; pero, al fin, exasperado por la importunidad de su esposa, reventó y descubrió el secreto; y en el mismo instante desapareció el palacio, y el matrimonio se encontró en su vieja cabaña.

—Estarás satisfecha —le regañó el marido—. Otra vez nos tocará pasar hambre.

—¡Ay! —replicó ella—. Prefiero no tener riquezas, si no puedo saber de dónde me vienen; la curiosidad no me deja vivir.

Volvió el hombre a la pesca y, al cabo de un tiempo —el destino lo tenía dispuesto—, capturó por vez tercera al pez de oro.

—Escúchame —dijo éste—, bien veo que habré de caer siempre en tus manos. Llévame a tu casa y córtame en seis pedazos: dos, los darás a comer a tu esposa; otros dos, a tu caballo, y los dos restantes, los entierras; de todos obtendrás bendiciones.

Hizo el hombre tal como el pez le había indicado, y sucedió que de los dos pedazos que plantara en tierra brotaron dos lirios de oro; la yegua tuvo dos potritos de oro; y la mujer dio a luz dos niños de oro también.

Crecieron los hijos, altos y hermosos, y con ellos crecieron los lirios y los caballos.

Cuando ya fueron mayores, dijeron un día:

—Padre, vamos a montar los caballos de oro y a correr mundo.

Pero él les respondió con tristeza:

—¿Qué será de mí, si os marcháis y no tengo noticias de vosotros?

Y dijeron los niños:

—Os quedan los dos lirios de oro. Por ellos sabréis cómo nos van las cosas; mientras se mantengan frescos y lozanos gozaremos de buena salud; si se marchitan, es que estaremos enfermos; si mueren, es que también nosotros habremos muerto.

Pusiéronse en camino y llegaron a una hospedería llena de gente que, al ver a los dos niños de oro, empezó a reírse y burlarse de ellos.

Al oír uno de los dos hermanos aquellas burlas se avergonzó y, renunciando a irse por el mundo, regresó a la casa paterna, mientras el otro seguía adelante y llegaba a un gran bosque.

Al disponerse a entrar en él, le dijo la gente del lugar:

—No te aventures a atravesarlo, pues está lleno de bandidos y lo pasarás mal; y si ven que eres de oro y tu caballo también, te quitarán la vida.

Pero el mozo, sin arredrarse, exclamó:

—¡Pues pasaré!

Procuróse pieles de oso, con las cuales se cubrió a sí mismo y al caballo de modo que no se viese nada del oro, y entró en el bosque muy confiado.

Al poco tiempo oyó un rumor entre las matas, y unas voces de hombres que hablaban entre sí. Dijo una:

—¡Ahí viene un hombre!

Y respondía otra:

—Déjalo pasar, es un cazador de osos, más pobre y pelado que una rata de sacristía. ¡Qué podríamos sacar de él!

Y de este modo el niño de oro atravesó el bosque sin sufrir ningún daño.

Al llegar un día a un pueblo, vio a una muchacha tan hermosa que pensó que no podía haber otra igual. Prendado de ella fue a su encuentro y le dijo:

—Te amo con todo mi corazón, ¿quieres ser mi esposa?

A la muchacha le gustó también tanto el mozo que, aceptando su ofrecimiento, le respondió:

—Sí, quiero ser tu esposa, y te guardaré fidelidad toda la vida.

Casáronse y estando en plena alegría y regocijo, llegó a casa el padre de la novia, y al ver aquella boda, admirado preguntó:

—¿Dónde está el novio?

Le enseñaron el niño de oro, que seguía cubierto con las pieles de oso; el hombre se enfadó mucho:

—¡Jamás un cazador de osos se casará con mi hija! —exclamó tratando de matarlo.

Su hija se deshizo en súplicas y le dijo:

—Es mi marido y lo quiero de corazón.

Y al fin, logró apaciguarlo. Sin embargo, el hombre no lograba quitarse aquella preocupación de la cabeza, y a la mañana siguiente se levantó de madrugada dispuesto a saber si su yerno era un mendigo andrajoso y vulgar.

Al entrar en el dormitorio vio en la cama a un apuesto joven, todo él de oro, las pieles de oso esparcidas por el suelo. Retirándose pensó: «¡Qué suerte tuve al reprimir mi cólera; habría cometido un gran disparate!».

Mientras tanto el muchacho soñaba que estaba de cacería, persiguiendo un hermoso ciervo, y al despertarse dijo a su esposa:

—Me voy de caza.

Sintió ella angustia, y le rogó que se quedase a su lado:

—Puede ocurrirte una desgracia —le dijo.

Pero él insistió:

—Debo ir, e iré.

Se fue pues al bosque, y al poco rato descubrió a cierta distancia un altivo ciervo, igual al que viera en sueños. Apuntóle para disparar, pero el animal pegó un brinco y escapó. El mozo se lanzó en su persecución, saltando fosos y atravesando matorrales, sin detenerse en toda la jornada; pero, al anochecer, el ciervo desapareció.

Al mirar el joven a su alrededor, vio que se hallaba frente a una casita, en la que vivía una bruja.

La vieja salió a abrir al llamar él a la puerta, y le preguntó:

—¿Qué buscas tan tarde, en medio de este inmenso bosque?

Dijo él:

—¿Habéis visto un ciervo?

—Sí —respondió la mujer—, bien conozco al ciervo.

Y mientras ella hablaba, un perrillo que había salido también de la casa ladraba furiosamente al forastero.

—¡Vas a callarte, maldito perro! —gritó el cazador—. ¡Si no te callas, te pego un tiro!

A lo cual replicó la vieja colérica:

—¡Cómo!, ¿a mi perrito te atreverías a matar?

Y, en el acto, lo dejó transformado en una piedra.

Su esposa estuvo aguardándolo inútilmente, y pensando: «De seguro le ha sucedido lo que me temía; ¡me lo daba el corazón!».

En la casa paterna, el otro hermano no perdía de vista los lirios de oro, y se dio cuenta de que uno se marchitaba bruscamente. «¡Dios mío! —pensó—, a mi hermano le debe haber ocurrido alguna gran desgracia. Tengo que ir en su busca, quizá llegue a tiempo de salvarlo».

Su padre le dijo:

—Quédate aquí, pues si también a ti te pierdo, ¿qué podré hacer ya?

Pero el muchacho respondió:

—Es preciso que me marche, es mi deber.

Y, montando en su caballo de oro, púsose en camino y llegó al gran bosque donde su hermano estaba transformado en piedra.

La bruja salió de su casa y lo llamó, con intención de encantarlo también a él. Pero el mozo le gritó desde lejos:

—¡Si no devuelves la vida a mi hermano, te mato de un tiro!

La vieja, a regañadientes, tocó la piedra con el dedo e inmediatamente el hermano recobró su ser natural. Los dos muchachos sintieron una gran alegría al verse y, después de besarse y abrazarse, se alejaron juntos del bosque, dirigiéndose uno a casa de su esposa y el otro a la de su padre.

Dijo éste al verle llegar:

—Ya sabía que habías salvado a tu hermano, pues el lirio de oro se enderezó y vuelve a estar lozano.

Y, desde entonces, vivieron todos contentos y felices hasta el fin de sus días.

La zorra y los gansos

LEGÓ un día una zorra a un prado donde había una manada de gansos gordos y hermosos y, echándose a reír, dijo:

—Llego a punto, pues os encuentro a todos reunidos tal lindamente para merendarme uno tras otro.

Los gansos, asustadísimos, pusieron el grito en el cielo, se alborotaron y se deshicieron en lamentaciones y súplicas. Pero la zorra, cerrando los oídos a sus voces y quejas, dijo:

—¡No hay piedad, moriréis todos!

Al fin, una de las aves cobró ánimos y suplicó:

—Puesto que, infelices de nosotros, hemos de renunciar a la vida a pesar de nuestra juventud, concédenos siquiera la gracia de rezar una oración para que no muramos en pecado. Después nos colocaremos en fila para que puedas elegir a los más gordos.

—Bueno —admitió la zorra—, esto es de razón y, además, es una petición piadosa. Orad y aguardaré.

Entonces comenzó el primero a entonar una larga plegaria repitiendo «¡guac! ¡guac! ¡guac!» y, como nunca terminaba, el segundo, sin aguardar su turno, empezó a su vez: «¡guac! ¡guac! ¡guac!», y siguieron luego el tercero y el cuarto, hasta que se pusieron todos a graznar a la vez. (Y cuando hayan terminado su oración, proseguiremos el cuento, porque hasta ahora siguen rezando.)

La alondra cantarina y saltarina

ERASE una vez un hombre que, antes de salir para un largo viaje, preguntó a sus tres hijas qué querían que les trajese. La mayor le pidió perlas; la segunda, diamantes; pero la tercera dijo:

—Padre querido, yo deseo una alondrita que cante y salte.

Respondióle el padre:

—Si puedo encontrarla, la tendrás.

Y, besando a las tres, se marchó.

Cuando fue la hora de regresar a su casa, tenía ya comprados los diamantes y las perlas para las dos hijas mayores, pero en cuanto a la alondra cantarina y saltarina que le pidiera la menor no había logrado encontrarla en ningún sitio, y le pesaba, porque aquella hija era su preferida.

He aquí que su camino pasaba por un bosque, en medio del cual levantábase un magnífico palacio, y cerca de él había un árbol. Sucedió que en lo más alto de aquel árbol descubrió nuestro hombre una alondra que estaba cantando y saltando:

—¡Vienes como llovida del cielo! —exclamó alegre.

Y, llamando a un criado suyo, mandóle que subiese a la copa del árbol para coger al pajarillo. Pero al acercarse al árbol, saltó de repente un fiero león sacudiendo la melena y rugiendo de tal modo, que todo el follaje de los árboles circundantes se puso a temblar.

—¡Devoraré a quien pretenda robarme mi alondra saltarina y cantarina!

Excusóse entonces el hombre:

—Ignoraba que el pájaro fuese tuyo; repararé mi falta y te pagaré un buen rescate en dinero; mas perdóname la vida.

Dijo el león:

—Nada puede salvarte, excepto la promesa de entregarme lo primero que salga a tu encuentro cuando llegues a tu casa. Si te avienes a esta condición, te perdonaré la vida y encima te daré el pájaro para tu hija.

Pero el hombre se negó, diciendo:

—Podría ser mi hija menor, que es la que más me quiere y sale siempre a recibirme cuando vuelvo a casa.

El criado, asustado, le dijo:

—No ha de ser precisamente vuestra hija la que salga a vuestro encuentro; a lo mejor será un gato o un perro.

El hombre se dejó persuadir y, cogiendo la alondra, prometió dar al león lo primero que encontrase al llegar a casa.

Y he aquí que al entrar en su morada, ¿quién había de ser la primera en salir a recibirlo, sino su querida hijita menor? Acudió corriendo a besarlo y abrazarlo y, al ver que le traía su alondra saltarina y cantarina, no cabía en sí de contento.

El padre, empero, en vez de alegrarse, rompió a llorar diciendo:

—Hijita mía, cara he pagado esta avecilla, pues por ella he debido prometer entregarte a un león salvaje que, cuando te tenga en su poder, te destrozará y devorará.

Y le contó lo que le había sucedido, pidiéndole que no fuese pasara lo que pasara.

Pero ella lo consoló y le dijo:

—Padre mío, debéis cumplir lo que prometisteis; iré, y estoy segura de que sabré amansar al león y regresaré a vuestro lado sana y salva.

A la mañana siguiente pidió que le indicasen el camino y, después de despedirse de todos, entró confiada en el bosque. Pero resultó que el león era un príncipe encantado que durante el día estaba convertido en aquel animal, así como todos sus servidores, y al llegar la noche recobraban su figura humana.

Al llegar, la muchachita fue acogida amistosamente y conducida al palacio, y cuando se hizo de noche viose ante un gallardo y hermoso joven, con el cual se casó con gran solemnidad.

Vivieron juntos muy a gusto, velando de noche y durmiendo de día.

Al volver a palacio en cierta ocasión, dijo el príncipe:

—Mañana se da una gran fiesta en casa de tu padre, porque se casa tu hermana mayor; si te apetece ir, mis leones te acompañarán.

Respondió ella afirmativamente diciendo que le agradaría mucho volver a ver a su padre, por lo que emprendió el camino acompañada de los leones.

Fue recibida con grandísimo regocijo, pues todos creían que el león la había destrozado y que estaba muerta desde hacía mucho tiempo. Pero ella les explicó cuán apuesto marido tenía y lo bien que lo pasaba, y se quedó con los suyos hasta el fin de la boda; luego se volvió al bosque.

Al casarse la hija segunda y habiendo sido también invitada la princesa, dijo ésta al león:

—Esta vez no quiero ir sola; tú debes venir conmigo.

Pero su marido le explicó que el hacerlo era en extremo peligroso para él, pues sólo con que le tocase un rayo de luz procedente de un fuego cualquiera, se transformaría en paloma y habría de permanecer siete años volando con estas aves.

—¡No temas! —exclamó ella—. Ven conmigo. Ya procuraré yo guardarte de todo rayo de luz.

Marcháronse pues los dos, llevándose a su hijo de poca edad. La princesa, al llegar a la casa, mandó que enmurallasen una sala de manera que no pudiese penetrar en ella ni un solo rayo de luz; allí permanecería su esposo mientras estuviesen encendidas las luces de la fiesta. Pero la puerta, que era de madera verde, se rajó produciéndose una pequeñísima grieta de la que nadie se dio cuenta.

Celebróse la ceremonia con toda pompa y magnificencia y, de regreso a la casa la comitiva, al pasar por delante de la sala con todos sus hachones y velas encendidos, un rayo luminoso fino como un cabello fue a dar en el príncipe quien, en el acto, quedó transformado.

Cuando su esposa entró en la estancia a buscarlo no lo vio en ninguna parte, y sí en cambio una blanca paloma.

Díjole ésta:

—Por espacio de siete años tengo que estar volando errante por el mundo; pero cada siete pasos dejaré caer una roja gota de sangre y una pluma blanca; ellas te mostrarán el camino y, si sigues las huellas, podrás redimirme.

Echó la paloma a volar saliendo por la puerta y la princesa la siguió, y cada siete pasos caían una gotita de sangre roja y una blanca plumita, que le indicaban el camino.

Siguió ella andando por el vasto mundo, sin volverse a mirar atrás ni descansar jamás, y así transcurrieron casi los siete años, con gran alegría suya, pensando que ya no faltaba mucho para su desencanto.

Un día, al disponerse a proseguir su camino, de pronto dejaron de caer las gotitas de sangre y las plumas y, cuando levantó la vista, la paloma había desaparecido. Y pensando: «Los humanos no pueden ayudarme en este trance», subió al encuentro del Sol y le dijo:

—Tú que envías tus rayos a todas las grietas y todas las cúspides, ¿no has visto una paloma blanca?

—No —respondióle el Sol—, no he visto ninguna, pero aquí te regalo una cajita; ábrela cuando te halles en gran necesidad.

Después de dar las gracias al Sol, siguió caminando hasta la noche, y cuando salió la Luna se dirigió a ella y le dijo:

—Tú que brillas durante toda la noche e iluminas campo y bosques, ¿no has visto volar una paloma blanca?

—No —replicó la Luna—, no la he visto, pero te hago obsequio de un huevo; rómpelo cuando te encuentres en gran necesidad.

Dio las gracias a la Luna y continuó su camino hasta que empezó a soplar la brisa nocturna, a la cual se dirigió también diciéndole:

—Tú que soplas sobre todos los árboles y sobre todas la hojas, ¿no has visto volar una paloma blanca?

—No —respondióle la brisa—, no he visto ninguna, pero preguntaré a los otros tres vientos, tal vez ellos la hayan visto.

Vinieron el de Levante y el de Poniente, pero ninguno había visto nada; y acudió luego el de Mediodía y dijo:

—Yo he visto la paloma blanca, que ha volado hasta el Mar Rojo donde se ha vuelto a transformar en león, pues han transcurrido los siete años; y allí el león está librando combate con un dragón, pero este dragón es una princesa encantada.

Y luego díjole la brisa nocturna:

—Voy a darte un consejo. Vete al Mar Rojo; en su orilla derecha hay unas grandes varas; cuéntalas y corta la undécima, y con ella golpeas al dragón; entonces el león lo vencerá y ambos recobrarán su forma humana. Mira después a tu alrededor y descubrirás el ave llamada grifo, que habita los parajes del Mar Rojo; tú y tu amado os montáis en ella, y el animal os conducirá a vuestra casa volando por encima del mar. Aquí os doy también una nuez. Cuando te encuentres en medio del mar suéltala; brotará en seguida y saldrá del agua un gran nogal donde el ave podrá descansar; pues, si no pudiese hacerlo, no tendría la fuerza necesaria para transportaros hasta la orilla opuesta. Si te olvidas de soltar la nuez, el grifo os echará al mar.

Partió la joven princesa y le sucedió todo tal como le dijera la brisa nocturna. Contó las varas del borde del mar, cortó la undécima y, golpeando con ella al dragón, fue éste vencido por el león, y en el acto recuperaron uno y otro sus respectivas figuras humanas.

Pero no bien la otra princesa, la que había estado encantada en forma de dragón, quedó libre del hechizo, cogió al joven del brazo, montó con él en el grifo y emprendió el vuelo, quedando la desventurada esposa abandonada nuevamente en un país remoto.

En el primer momento se sintió muy abatida y se echó a llorar; pero, al fin, cobró nuevos ánimos y dijo:

—Seguiré caminando, mientras el viento sople y el gallo cante, hasta encontrarlo.

Y recorrió largos, largos caminos y llegó, por fin, al palacio donde los dos moraban y se enteró de que se preparaban las fiestas de su boda. Díjose ella: «Dios no me abandonará» y, abriendo la cajita que le diera el Sol, vio que había dentro un vestido brillante como el propio Astro.

Se lo puso y entró en el palacio donde todos los presentes, e incluso la misma novia, se quedaron mirándola con asombro y pasmo. El vestido gustó tanto a la prometida, que pensó adquirirlo para su boda y preguntó a la forastera si lo tenía en venta:

—No por dinero —respondió ella—, sino por carne y sangre.

Preguntóle la novia qué quería significar con aquellas palabras, y ella le respondió:

—Dejadme dormir una noche en el mismo aposento en que duerme el novio.

La princesa se negó al principio, pero deseaba tan ávidamente el vestido que al fin se avino, aunque ordenó secretamente al ayuda de cámara que administrase un somnífero al príncipe.

Llegada la noche, y cuando ya el joven dormía, introdujeron en la habitación a su esposa quien, sentándose a la vera de la cama, dijo:

—Te estuve siguiendo por espacio de siete años; fui a las mansiones del Sol, de la Luna y de los cuatro vientos a preguntar por ti, y te presté ayuda contra el dragón. ¿Y vas a olvidarme ahora?

Pero el príncipe dormía tan profundamente, que sólo percibió un ligero rumor, como el del viento murmurando entre los abetos del bosque.

A la mañana, la joven fue despedida después de haber entregado el vestido. Y al ver que tampoco aquello le había servido se dirigió a un prado y, llena de tristeza y amargura, se tumbó en el suelo y prorrumpió en amargo llanto.

Pero entonces le vino a la memoria el huevo que le había dado la Luna. Lo rompió y apareció una gallina clueca con doce polluelos, todos de oro, que corrían ligeros piando y picoteando y volvían a refugiarse bajo las alas de la madre. Y era un espectáculo como no pudiera imaginarse otro más delicioso en el mundo entero.

Levantóse y los dejó correr por el prado, hasta que la novia los vio desde su ventana y, prendándose de los polluelos, bajó a preguntar si los tenía en venta.

—No por dinero —respondió la joven—, sino por carne y sangre; déjame pasar otra noche en el aposento donde duerme el novio.

—De acuerdo —asintió la prometida, pensando que la engañaría como la vez anterior.

Pero el príncipe, al ir a acostarse, preguntó a su ayuda de cámara qué rumores y murmullos eran aquellos que habían agitado su sueño la otra noche, y entonces el criado le contó todo lo ocurrido. Cómo le habían mandado darle un soporífero porque una pobre muchacha iba a pasar la noche en su aposento, y cómo debía repetir la operación.

Díjole el príncipe:

—Vierte el narcótico al lado de la cama.

Fue introducida nuevamente su esposa, y cuando se puso a darle cuenta de su triste suerte reconociéndola él por la voz se incorporó y exclamó:

—¡Ahora sí que estoy desencantado! Todo esto ha sido como un sueño, pues la princesa forastera me hechizó y me obligó a olvidarte, pero Dios viene a librarme a tiempo de mi ofuscación.

Y los dos esposos se marcharon en secreto del palacio al amparo de la oscuridad, pues temían la intervención del padre de la princesa que era brujo, y montaron en el ave grifo que los llevó a través del Mar Rojo; y, al llegar a la mitad, la esposa soltó la nuez. En seguida salió del seno de las olas un poderoso nogal en cuya copa se posó el ave a descansar, y luego los llevó a su casa donde encontraron a su hijo, crecido y hermoso, y vivieron ya felices hasta el día de su muerte.

El joven gigante

UN campesino tenía un hijo que no abultaba más que el dedo pulgar; no había manera de hacerlo crecer y, al cabo de varios años, su talla no había aumentado ni el grueso de un cabello.

Un día en que el campesino se disponía a marcharse al campo para la labranza, díjole el pequeñuelo:

—Padre, déjame ir contigo.

—¿Tú, ir al campo? —replicó el padre—. Quédate en casa; allí no me servirías de nada y aún correría el riesgo de perderte.

Echóse el pequeño a llorar y, al fin, el campesino, para que lo dejara en paz, metióselo en el bolsillo y se lo llevó.

Al llegar al campo, lo dejó sentado en un surco recién abierto. Mientras estaba allí, acercóse un enorme gigante que venía de allende los montes.

—¿Ves aquel gigantón de allí? —dijo el padre al niño para asustarlo—. Pues vendrá y se te llevará.

En dos o tres zancadas de sus larguísimas piernas, el gigante llegó ante el surco. Levantó cuidadosamente al pequeño con dos dedos, lo contempló un momento y se alejó con él sin pronunciar una palabra.

El padre, paralizado de espanto, no pudo ni emitir un grito y consideró perdido a su hijo, sin esperanza de volverlo a ver en su vida.

El gigante se llevó al pequeñuelo a su mansión y le dio de mamar de su pecho con lo que el chiquitín creció, tanto en estatura como en fuerzas, cual es propio de los gigantes.

Transcurridos dos años, el viejo gigante lo llevó al bosque y, para probarlo, le dijo:

—Arranca una vara.

El niño era ya tan robusto, que arrancó de raíz un arbolillo como quien no hace nada. Pero el gigante pensó: «Ha de hacerse más fuerte», y volvió a llevarlo a su casa y continuó amamantándolo durante otros dos años.

Al someterlo nuevamente a prueba, la fuerza del mozo había aumentado tanto que ya fue capaz de arrancar de raíz un viejo árbol. Sin embargo, no se dio por satisfecho todavía el gigante y lo amamantó aún por espacio de otros dos años, al cabo de los cuales volvió al bosque y le ordenó:

—Arráncame ahora una vara de verdad.

Y el joven extrajo del suelo el más fornido de los robles, con una ligereza tal que no parecía sino que bromeaba.

—Ahora está bien —dijole el gigante—; has terminado el aprendizaje.

Y lo devolvió al campo en que lo encontrara.

En él estaba su padre guiando el arado, y el joven gigante fue a él y le dijo:

—¡Mirad, padre, qué hombrón se ha vuelto vuestro hijo!

El labrador, volviéndose, exclamó asustado:

—¡No, tú no eres mi hijo! ¡Nada quiero de ti! ¡Márchate!

—¡Claro que soy vuestro hijo; dejadme trabajar; sé arar tan bien como vos o mejor!

—¡No, no! Tú no eres mi hijo, ni sabes arar. ¡Anda, márchate de aquí!

Pero como aquel gigante le daba miedo, dejóle el arado y fue a sentarse al borde del campo.

Empuñó el hijo el arado con una sola mano, y lo hincó con tal fuerza que la reja se hundió profundamente en el suelo. El campesino, que no pudo contenerse, le gritó:

—No hay que apretar tan fuerte para arar; es una mal labor la que estás haciendo.

Pero el joven, desunciendo los caballos y poniéndose a tirar él mismo del arado, dijo:

—Vete a casa, padre, y di a mi madre que prepare una buena comida; yo, mientras tanto, terminaré la faena.

Fuese el campesino y encargó a su mujer que preparase la comida y, entretanto, el mozo aró todo el campo, que medía dos yugadas, sin ayuda de nadie, tras lo cual lo rastrilló por entero manejando dos rastras a la vez.

Cuando hubo terminado, arrancó dos robles del bosque, se los echó al hombro y puso aún encima una rastra y un caballo delante, y otra rastra y otro caballo detrás; y como si todo junto no fuese más que un haz de paja llevólo a la casa paterna.

Al entrar en la era, su madre, no reconociéndolo, preguntó:

—¿Quién es ese hombrón tan terrible?

Y respondióle su marido:

—Es nuestro hijo.

—No, no es posible que sea nuestro hijo; jamás tuvimos uno así; el nuestro era muy chiquitín —y gritóle—. ¡Márchate de aquí, no te queremos!

El mozo, sin chistar, llevó los caballos al establo, echóles heno y avena y los arregló como es debido. Cuando estuvo listo entró en la casa y, sentándose en el banco, dijo:

—Madre, tengo mucho apetito; ¿estará pronto la comida?

—Sí —respondió ella.

Y sirvióle dos grandes fuentes repletas, con las que ella y su marido se habrían hartado para ocho días. Pero el joven se lo zampó todo y preguntó si podía darle algo más.

—No —respondióle la madre—, te di todo lo que había en la casa.

—Esto sólo me sirve para abrirme el apetito; necesito más.

Ella, no atreviéndose a contradecirlo, salió a poner al fuego una gran artesa llena de comida y, cuando ya estuvo cocida, entró al mozo.

—Bueno, aquí hay por lo menos un par de bocados —dijo éste, y se lo comió todo sin dejar miga; pero tampoco bastaba para aplacarle el hambre y dijo entonces—. Padre, bien veo que en vuestra casa nunca me hartaré. Si me traéis una barra de hierro bastante gruesa para que no pueda romperla con la rodilla, me marcharé a correr mundo.

Alegróse el campesino, enganchó los dos caballos al carro y fuese a casa del herrero en busca de una barra tan grande y gruesa como pudieran transportar los animales.

El joven se la aplicó contra la rodilla y ¡crac!, la quebró en dos como si fuese una estaca y tiró los trozos a un lado.

Enganchó entonces el padre los cuatro caballos y volvió con otra barra tan grande y gruesa como los animales pudieron acarrear; pero el hijo la dobló también y, arrojando los fragmentos, dijo:

—No sirve, padre; tenéis que poner más caballos y traer una barra más fuerte.

Enganchó entonces el campesino ocho caballos y trajo a casa una tercera barra, tan grande y gruesa como los animales pudieron transportar.

El hijo la cogió en la mano, rompió un pedazo de un extremo, y dijo:

—Padre, bien veo que no podéis darme el bastón que necesito. No quiero continuar aquí.

Marchóse con intención de colocarse como oficial herrero y llegó a un pueblo donde habitaba un herrero muy avaro, que todo lo quería para sí y nada para los demás. Presentósele el mozo y le preguntó si necesitaba un oficial.

—Sí —respondió el herrero.

Y, considerándolo de pies a cabeza, pensó: «Es un mozo fornido; manejará bien el martillo y se ganará su pan».

—¿Cuánto pides de salario? —le preguntó.

—Nada —respondió el mozo—; sólo cada quince días, cuando le pagues a los demás trabajadores, yo te daré dos puñetazos y tú los aguantarás.

El herrero se declaró conforme, pensando en el mucho dinero que se ahorraría.

A la mañana siguiente, el nuevo oficial se puso a la faena; cuando el maestro le trajo la barra al rojo, del primer martillazo partióse el hierro en dos pedazos, volando por los aires, y el yunque se clavó en el suelo tan profundamente que no hubo medio de volver a sacarlo.

Enfadóse el avaro, y exclamó:

—Tú no me sirves; golpeas con demasiada rudeza. ¿Qué te debo por este solo golpe?

—Sólo quiero darte un golpecito, nada más —respondió el muchacho, y alzando un pie, de una patada lo envió volando al otro lado de cuatro carretas de heno.

Eligiendo después la más recia de las barras de hierro que había en la herrería, cogióla como bastón y se marchó.

Algo más lejos, llegó a una alquería y preguntó al patrón si necesitaba un mozo.

—Sí —dijo el granjero—, necesito uno. Pareces hombre capaz y despabilado; ¿cuánto quieres ganar al año?

Él le respondió lo que al otro. Que no quería salario alguno; solamente le propinaría tres trompazos cada año, que tendría que aguantar. Declaróse conforme el granjero, pues era también un avaro.

A la mañana siguiente, los mozos debían ir por leña y todos estaban ya levantados; únicamente el nuevo seguía en la cama, por lo que uno fue a llamarlo:

—¡Levántate, es hora! Tenemos que ir por leña y has de acompañarnos.

—¡Bah! —respondió él con rudeza y arrogancia—. Pasad delante, estaré de vuelta antes que todos vosotros.

Los demás fueron a dar cuenta al patrón de que el nuevo mozo se estaba en la cama y se negaba a ir por leña. El hombre les indicó que volviesen a llamarlo y le mandasen enganchar los caballos; pero el mozo les repitió:

—Pasad delante, estaré de vuelta antes que todos vosotros.

Y se estuvo echado un par de horas más al cabo de las cuales se decidió, finalmente, a despegarse de las sábanas.

Empezó cogiendo del granero cosa de dos fanegas de guisantes, los coció para prepararse una sopa y se la comió con toda tranquilidad. Terminado que hubo, enganchó los caballos y se fue al bosque a buscar leña.

Para llegar al bosque había que cruzar un barranco; transportó el carro al otro lado y, haciendo detener los caballos, volvióse él atrás y levantó un gran parapeto de árboles y leña que cerraba el paso.

Cuando llegó al sitio convenido, los demás volvían ya con sus carros cargados; pero él les dijo:

—Aunque os marchéis, estaré en casa antes que vosotros.

No se entretuvo mucho tiempo con la leña, limitándose a arrancar de raíz dos de los árboles más corpulentos y cargarlos en la carreta.

De regreso, al llegar ante el parapeto, encontró a todos sus compañeros detenidos sin poder cruzar el barranco.

—¿Veis? —les dijo—. Si os hubieseis quedado conmigo habríais llegado a casa a la misma hora, y habríais dormido un buen rato más.

Y como sus animales no podían pasar los desunció, los cargó en el carro, cogióse él a la lanza del vehículo y… ¡huf!, de un tirón se lo llevó todo como si fuera un puñado de plumas.

Desde el borde opuesto gritó a los demás:

—¿Veis? He pasado antes que vosotros.

Y siguió su camino mientras los otros continuaban atascados.

Ya en la era, levantando con la mano uno de los árboles, lo mostró al granjero diciéndole:

—¿No os parece que es un buen palo?

Y el dueño dijo a su mujer:

—Éste sí que es un buen mozo; se ha levantado más tarde que los demás, y es el primero en volver.

Sirvió en la alquería por espacio de un año. Transcurrido éste, y cuando los demás mozos cobraron sus soldadas, él dijo que quería recibir también la suya. Pero el granjero estaba asustado de los porrazos que le esperaban y le rogó insistentemente que se los perdonase; prefería dejarle el puesto de patrón y pasar él a ser mozo.

—No —replicó el gigante—, no quiero ser patrón; soy mozo y seguiré siéndolo; pero quiero que se cumpla lo estipulado.

El granjero le ofreció pagarle lo que quisiera, pero el otro se mantuvo en sus trece, respondiendo a todo con un «¡no!» rotundo.

El dueño, no sabiendo ya qué pensar, pidióle un plazo de quince días, pensando que tal vez se le ocurriría algo entretanto. Concedióle el mozo las dos semanas y entonces el campesino, convocando a todos sus empleados, exhortólos a idear algún recurso y aconsejarlo.

Los empleados, tras largas horas de cavilar, se dijeron que con aquel hombrón nadie tenía la vida segura, pues un golpe suyo mataría a un hombre como si fuese un mosquito. Aconsejaron, pues, al amo que lo mandase bajar al pozo para limpiarlo; cuando estuviese en el fondo le

arrojarían una piedra de molino a la cabeza, con lo cual no había peligro de que volviese a ver la luz del día.

Gustó la idea al patrón, y el mozo se dispuso a bajar al pozo. Al llegar al fondo los otros, reuniendo sus fuerzas, echaron abajo la mayor de las ruedas que había en el patio; daban por supuesto que le habían aplastado la cabeza; pero él gritó desde el fondo:

—Apartad las gallinas del pozo, pues están escarbando en la arena y me tiran los granitos a los ojos y no me dejan ver.

Dijo entonces el granjero: «¡Huf, huf!», como si espantase las gallinas.

Cuando ya el mozo hubo terminado su trabajo, subió a la superficie y dijo:

—¡Mirad qué bonito collar! —refiriéndose a la muela que se había puesto en torno al cuello.

Quiso entonces cobrarse su salario, pero el granjero le pidió otros quince días de plazo y los empleados, otra vez reunidos, le aconsejaron que enviase a aquel hombre terrible al molino encantado a moler trigo durante la noche, pues nadie había salido vivo de él.

Este consejo agradó al granjero, quien aquella misma tarde llamó al mozo y le mandó llevar al molino ochenta fanegas de trigo y molerlas durante la noche, pues las necesitaba con urgencia.

El joven gigante subió al granero, metióse dos sacos en el bolsillo derecho, dos en el izquierdo y los cuatro restantes los repartió entre el pecho y la espalda y, así cargado, encaminóse al molino embrujado.

Advirtióle el molinero que de día bien podría moler, pero no de noche, pues el molino estaba encantado y todos los que habían entrado en él habían sido encontrados muertos a la mañana siguiente.

Pero él replicó:

—Ya saldré de ello; dejadme e id a acostaros.

Y, así diciendo, entró en el molino y vertió el trigo.

Hacia las once, pasó al cuarto del molinero y se sentó en un banco. Al cabo de un rato abrióse la puerta y entró por ella una mesa muy grande, puesta con asado y vino y otras apetitosas viandas; entró sola, sin nadie que la transportase o empujase. Luego acercáronse las sillas, sin que tampoco se viera a nadie; al fin, advirtió el mozo unos dedos que manejaban cuchillos y

tenedores y servían manjares en los platos; mas, aparte de esto, no veía nada más.

Como estaba hambriento, sentóse también a la mesa y se puso a comer con excelente apetito. Una vez harto, y cuando los invisibles comensales hubieron a su vez vaciado sus platos, oyóse claramente cómo alguien soplaba las luces; de repente se apagaron todas, y la estancia quedó sumida en tinieblas.

Al propio tiempo, el gigante percibió en su mejilla algo así como una bofetada:

—¡Si lo repetís empezaré a mi vez a repartir! —gritó.

Y como le dieran una segunda, respondió con la misma moneda; y así transcurrió toda la noche, recibiendo bofetones y devolviéndolos con creces, pues no era manco, sin ver a quien daba.

Pero a las primeras luces del alba cesó todo, y al levantarse el molinero y bajar al molino, admiróse de encontrarle vivo.

Díjole él:

—He comido a dos carrillos, y si es cierto que he recibido algunas bofetadas, también las he repartido.

Alegróse el molinero y le dijo que el molino quedaba desencantado, por lo que le daría mucho dinero en recompensa. Pero el otro le respondió:

—¿Dinero? Tengo más del que necesito.

Y cargándose la harina a la espalda, volvióse a la granja.

Presentóse al patrón y le dijo que, habiendo cumplido el encargo, quería cobrar su salario. Al oírlo el hombre, entróle un miedo atroz; no sabía qué hacer, y todo era pasearse frenéticamente de arriba abajo de la habitación mientras gruesas gotas de sudor le bañaban la frente.

Abrió la ventana, para que le diera el aire; pero antes de que tuviera tiempo de apercibirse, el mozo le había propinado una patada que lo hizo salir volando por los aires, tan alto que se perdió de vista.

Entonces, el gigante dijo a la mujer del granjero:

—Si no vuelve, vos habréis de recibir la segunda patada.

—¡No, no!; ¡no la resistiría! —protestó ella, y abrió la otra ventana pues se sentía también sofocada y el sudor le corría por las mejillas.

El gigante le dio entonces una patada y, como la mujer era más liviana que su marido, voló a mucha mayor altura que él.

—¡Ven conmigo! —gritóle éste.

Pero ella le respondió:

—¡Ven tú aquí, que yo no puedo!

Y quedaron los dos flotando en el aire; y como ninguno podía ir al encuentro del otro, a lo mejor siguen allí todavía.

En cuanto al joven gigante, empuñó su barra de hierro y prosiguió su camino.

El gnomo

VIVÍA una vez un rey muy opulento que tenía tres hijas, las cuales salían todos los días a pasear al jardín.

El Rey, gran aficionado a toda clase de árboles hermosos, sentía una especial preferencia por uno, y a quien cogía una de sus manzanas lo encantaba hundiéndolo a cien brazas bajo tierra.

Al llegar el otoño, los frutos colgaban del manzano, rojos como la sangre. Las princesas iban todos los días a verlos, con la esperanza de que el viento los hiciera caer; pero jamás encontraron ninguno, aunque las ramas se inclinaban hasta el suelo como si fueran a quebrarse por la carga.

He aquí que a la menor de las hermanas le entró un antojo de catar la fruta y dijo a las otras:

—Nuestro padre nos quiere demasiado para encantarnos; esto sólo debe de hacerlo con los extraños.

Cogió una gruesa manzana, le hincó el diente y exclamó dirigiéndose a sus hermanas:

—¡Oh! ¡Probadla, queridas mías! En mi vida comí nada tan sabroso.

Las otras mordieron, a su vez, el fruto, y en el mismo momento se hundieron las tres en tierra y ya nadie supo más de ellas.

Al mediodía, cuando el padre las llamó a la mesa, nadie pudo encontrarlas por parte alguna, aunque las buscaron por todos los rincones de palacio y del jardín. El Rey, acongojadísimo, mandó pregonar por todo el país que quien le devolviese a sus hijas se casaría con una de ellas.

Fueron muchos los jóvenes que salieron en su busca, pues todo el mundo quería bien a las doncellas por lo cariñosas que siempre se habían mostrado y, además, porque las tres eran muy hermosas.

Partieron también tres cazadores los cuales, al cabo de ocho días de marcha, llegaron a un gran palacio con magníficos aposentos.

En uno de ellos encontraron una mesa puesta con apetitosas viandas, tan calientes que aún despedían vapor pese a que en todo el palacio no aparecía un alma viviente.

Estuvieron ellos aguardando por espacio de medio día y las viandas seguían sin enfriarse, hasta que al fin, hambrientos los cazadores, sentáronse a la mesa y comieron de lo que había en ella.

Convinieron luego en quedarse a vivir en el castillo y a echar suertes con objeto de que, quedándose uno en él, salieran los otros dos en busca de las princesas. Hiciéronlo así, y tocóle al mayor quedarse; por tanto, los dos menores se pusieron en camino al día siguiente.

A mediodía presentóse un hombrecillo diminuto que pidió un pedacito de pan. El cazador cortó una rebanada del que había encontrado y la ofreció al hombrecillo; pero éste la dejó caer al suelo y rogó al otro que la recogiera y se la diese; el mozo, complaciente, se inclinó, y entonces el enano, cogiendo un palo y agarrándolo por los cabellos, le propinó unos recios garrotazos.

Al día siguiente le tocó el turno de quedarse en casa al segundo, y le ocurrió lo mismo.

Cuando, al anochecer, llegaron al palacio los otros dos, dijo el mayor:

—¿Qué tal lo has pasado?

—Pues muy mal —respondió el otro.

Y se contaron mutuamente su percance; sin embargo, nada dijeron al menor, a quien no querían y lo llamaban tonto porque era un alma bendita.

Al tercer día quedóse el menor en el castillo y, presentándose también el hombrecillo, pidióle un pedazo de pan. Al alargárselo el mozo, lo dejó caer como de costumbre y le rogó se lo recogiese. Pero el muchacho le replicó:

—¡Cómo! ¿No puedes recogerlo tú mismo? Si tan poco trabajo quieres darte para ganarte la comida, no mereces que te la proporcionen.

Enojado el hombrecillo, lo conminó a obedecerle; pero el otro, ni corto ni perezoso, agarró al enano y le zurró de lo lindo.

El hombrecillo se puso a gritar:

—¡Basta, basta, suéltame! Te diré dónde están las tres princesas.

Al oír esto, el mozo interrumpió el vapuleo, y el enano le contó que era un gnomo, un espíritu de la Tierra, y como él había más de mil. Díjole que fuese con él, y le indicaría dónde se encontraban las hijas del Rey.

Llevándolo ante un profundo pozo sin agua, le dijo que sabía que sus compañeros lo querían mal y que, si deseaba redimir a las princesas, debía hacerlo él solo. Sus dos hermanos también lo pretendían, pero sin someterse a fatiga ni peligro alguno.

Para desencantarlas era preciso que se proveyese de una gran cesta, su cuchillo de monte y una campanilla y, así pertrechado, se hiciese bajar al fondo del pozo. Allí encontraría tres habitaciones, en cada una de las cuales vivía una princesa ocupada en rascar las cabezas de un dragón que tenía muchas. Él debería cortarle las cabezas. Cuando el hombrecillo le hubo revelado todo esto, desapareció.

Al anochecer regresaron los dos hermanos y le preguntaron cómo había pasado el día.

—¡Muy bien! —respondió él—. No he visto un alma, excepto a mediodía, en que se me presentó un hombrecillo y me pidió un pedazo de pan. Al dárselo, él lo dejó caer y me pidió que se lo recogiese. Yo me negué; él me amenazó; yo, no consintiéndoselo, le sacudí de lo lindo. Entonces, el enano me reveló dónde se encontraban las princesas.

Al oír el relato, los hermanos se pusieron furiosos, pálidos y verdes de cólera.

A la mañana siguiente fueron los tres al pozo y echaron suertes sobre quién se metería el primero en la cesta. Tocóle al mayor el cual, cogiendo la campanilla, dijo:

—Cuando la haga sonar, subidme rápidamente.

Apenas había descendido unas pocas brazas oyóse arriba el son de la campanilla, por lo que los dos se apresuraron a remontar al mayor. Con el segundo ocurrió lo mismo y, tocándole luego la vez al tercero, se hizo bajar hasta el fondo.

Saliendo entonces de la cesta y empuñando su cuchillo de monte, acercóse a la primera puerta y aplicó el oído a ella, oyendo cómo el dragón roncaba ruidosamente. Abrió con cautela la puerta y vio a una de las

princesas ocupada en acariciar las nueve cabezas de un dragón, apoyadas en su regazo.

Blandiendo el cuchillo, las cortó todas de una sola cuchillada, y la princesa, poniéndose de pie de un salto, se arrojó a su cuello y lo besó con todo su corazón; luego, quitándose un dije de oro viejo que llevaba sobre el pecho, lo colgó del cuello de su libertador.

Pasó entonces el doncel al recinto de la segunda princesa y la desencantó también, después de matar a un dragón de siete cabezas y, finalmente, redimió a la tercera princesa, condenada a acariciar un dragón de cuatro cabezas. Y ahí tenéis a las tres hijas del Rey preguntándose mil cosas, abrazándose y besándose mil y mil veces.

Mientras tanto, el mozo suena la campanilla hasta que, por fin, lo oyeron los de arriba. Hizo subir entonces a las tres princesas, una tras otra; pero cuando le tocó el turno a él, le vinieron a las mientes las palabras del gnomo, o sea, que sus hermanos querían jugarle una mala treta.

Cogió una gruesa piedra y la cargó en la cesta; y, en efecto, al llegar ésta a la mitad del pozo, cortaron los hermanos la cuerda y cesta y piedra cayeron al fondo.

Creyendo los malvados que ya el menor estaba muerto, se marcharon con las tres hijas del Rey, obligándolas antes a jurar que dirían a su padre que los dos hermanos mayores las habían salvado. Y así, presentándose ante el Soberano, pidió cada uno de ellos la mano de una princesa.

Entretanto, el más joven de los hermanos cazadores vagaba tristemente por los tres aposentos, temiendo que habría de morir allí.

Vio una flauta que colgaba de una pared y se preguntó:

—¿Por qué estará aquí? ¿Quién puede sentirse alegre en estos lugares?

Y, mirando las cabezas de los dragones, dijo:

—Tampoco vosotras podéis servirme para nada.

Y, así, siguió paseando de arriba abajo, tantísimas veces, que el pavimento quedó completamente liso.

Cambiando al fin de ideas, descolgó la flauta de la pared y se puso a tocar una melodía, y he aquí que de repente se le presentaron un número incontable de gnomos; y a cada nueva tonada llegaban más. Y así siguió tocando, hasta que la habitación estuvo atestada de ellos.

Preguntáronle qué deseaba, y él respondió que su deseo era volver a la superficie, a la luz del día. Entonces, cogiéndole cada uno por un cabello, remontaron el vuelo y lo subieron a la tierra.

Ya en ella, corrió el mozo al palacio, donde se estaban preparando las fiestas de la boda de una princesa, y entró en la sala en que el Rey se hallaba reunido con sus hijas.

Al verlo las doncellas cayeron sin sentido y el Rey, furioso, mandó que se le encerrase en una prisión, creyendo que había causado algún daño a sus hijas.

Pero, al volver éstas en sí, rogaron a su padre que lo pusiera en libertad; al preguntarles el Rey el motivo de su petición, ellas respondieron que les estaba vedado revelarlo. Díjoles entonces el padre que lo contasen a la chimenea; él salió de la cámara, aplicó el oído a la puerta y de este modo se enteró de lo sucedido.

Hizo ahorcar a los dos perversos hermanos y concedió al menor la mano de una de las princesas. Y yo me puse un par de zapatos de cristal, di contra una piedra, oí «¡clinc!» y se partieron en dos.

Los tres pajarillos

HARÁ cosa de mil años, o tal vez más, que en estas tierras había muchos reyezuelos. Uno de ellos vivía en Teuteberg y era aficionado a la caza.

Un día en que como muchos salió del castillo con sus cazadores, tres muchachas guardaban sus vacas al pie del monte y, al ver al Rey con tantos cortesanos, exclamó la mayor señalándole y dirigiéndose a sus hermanas:

—¡Hola, hola! ¡Si no es aquél, no quiero ninguno!

Respondióle la segunda, que estaba del otro lado de la montaña, señalando al que iba a la derecha del Rey:

—¡Hola, hola! ¡Si no es aquél, no quiero ninguno!

Y la tercera, señalando al que se hallaba a la izquierda:

—¡Hola, hola! ¡Si no es aquél, no quiero ninguno!

Los dos últimos eran los dos ministros.

Oyólo todo el Rey y, de vuelta a palacio, mandó llamar a las tres hermanas y preguntóles qué habían dicho la víspera en la montaña. Las doncellas se negaron a repetirlo, y entonces el Rey preguntó a la mayor si lo quería por marido. Ella respondió afirmativamente, y los ministros preguntaron lo mismo a las otras dos, pues las tres eran hermosas y de lindo rostro, sobre todo la Reina, que tenía cabellos como de lino.

Las dos hermanas menores no tuvieron hijos, y un día en que el Rey hubo de ausentarse, mandólas que se quedasen a hacer compañía a la Reina para animarla, pues esperaba ser pronto madre.

Dio a luz un niño, que vino al mundo con una estrella completamente roja, y entonces las dos hermanas se concertaron para arrojar al agua a la linda criatura.

Cuando ya hubieron cometido el crimen —creo que lo echaron al río Weser— un pajarillo se remontó a las alturas cantando:

«La muerte ha venido
porque Dios lo quiere.
Mas florece un lirio;
buen niño, ¿tú lo eres?»

Al oírlo, las dos hermanas asustáronse en extremo y se alejaron a toda prisa.

Al regresar el Rey, dijéronle que la Reina había dado a luz un perro. Respondió el Rey:

—Lo que hace Dios, bien hecho está.

Pero a orillas del río vivía un pescador, que sacó del agua al niño vivo todavía, y como su mujer no tenía hijos, lo adoptaron.

Al cabo de un año, el Rey se hallaba nuevamente de viaje, y la Reina tuvo otro hijo que, como la vez anterior, fue arrojado al río por las malvadas hermanas.

Volvió a remontarse la avecilla, cantando nuevamente:

«La muerte ha venido
porque Dios lo quiere.
Mas florece un lirio;
buen niño, ¿tú lo eres?»

Y al regresar el Rey, dijéronle que la Reina había traído al mundo otro perro, a lo que él respondió como la primera vez:

—Lo que hace Dios, bien hecho está.

Pero también el pescador salvó al segundo niño y se lo llevó a su casa.

Volvió a marcharse el Rey, y la Reina tuvo una niña, que también fue arrojada al río por las perversas hermanas.

Y otra vez voló el pajarillo, cantando:

«La muerte ha venido
porque Dios lo quiere.

Mas florece un lirio;
buen niño, ¿tú lo eres?»

Al Rey le dijeron, a su vuelta a palacio, que la Reina había tenido un gato, y el monarca encolerizado mandó encerrar a su esposa en una cárcel, donde se pasó largos años.

Mientras tanto, los niños habían crecido, y un día el mayor salió de pesca con otros muchachos de la localidad. Éstos no lo querían, sin embargo, y para librarse de él le dijeron:

—¡Anda, cunero, sigue tu camino!

El niño, afligido, fue a preguntar al viejo pescador si era verdad aquello, y entonces su padre adoptivo le explicó que un día, hallándose de pesca, lo había sacado del agua.

Respondióle el mocito que quería marcharse en busca de su padre, y aunque el pescador le rogó que se quedase, fue tal la insistencia del muchacho que, al fin, hubo de ceder.

Púsose el chico en camino y estuvo andando muchos días seguidos; al fin, llegó a un río muy grande y caudaloso, en cuya orilla pescaba una mujer muy vieja.

—Buenos días, abuelita —dijo el muchacho.

—Gracias —respondióle la vieja.

—Tendrás que estar pescando muchas horas, antes de coger un pez —le dijo él.

—Y tú tendrás que buscar mucho tiempo, antes de encontrar a tu padre —replicóle la anciana—. ¿Cómo pasarás el río?

—¡Ay, sólo Dios lo sabe! —exclamó el mozo.

Entonces la vieja se lo cargó en hombros y lo trasladó a la otra orilla; y él siguió buscando durante largo tiempo sin obtener noticias de su padre.

Transcurrido un año, su hermano salió en su busca. Llegó al borde del río, y le sucedió lo que al otro.

Y ya sólo quedaba en casa la niña, la cual echaba tanto de menos a sus hermanos que, al fin, se decidió a rogar al pescador la permitiese salir también a buscarlos.

Al llegar al río, dijo a la vieja:

—¡Buenos días, madrecita!

—Muchas gracias —respondióle la mujer.

—¡Qué Dios os ayude en vuestra pesca! —prosiguió la niña.

Al oír estas palabras, la anciana, cariñosa, la pasó a la orilla opuesta y, dándole una vara, le dijo:

—Sigue siempre por este camino, hija mía, y cuando veas un gran perro negro, pasa por delante de él sin chistar y sin manifestar temor, pero sin reírte ni mirarlo. Llegarás luego a un vasto palacio abierto; en el dintel dejas caer la vara, atraviesas el edificio de punta a punta y sales por el lado opuesto. Hay allí un antiguo manantial, en el que ha crecido un alto árbol; de una de sus ramas cuelga una jaula con un pájaro; llévatela. Llenas entonces un vaso de agua de la fuente, y emprendes el camino de regreso con las dos cosas. Al atravesar el dintel recoges la vara que dejaste caer y, cuando vuelvas a pasar junto al perro, golpéale en la cara asegurándote de que lo aciertas; luego te vienes de nuevo a encontrarme.

Todo sucedió como predijera la vieja y, ya de vuelta, se encontró con sus hermanos que habían explorado medio mundo.

Siguieron los tres juntos hasta el lugar en que estaba el perro negro, y la niña lo golpeó en la cara. Inmediatamente quedó transformado en un hermoso príncipe que se sumó a ellos y, así, llegaron al río.

Alegróse la vieja al verlos a todos y los llevó a la orilla opuesta, desapareciendo después ya que también ella había quedado desencantada.

Los demás se encaminaron a la morada del viejo pescador, todos contentísimos de estar nuevamente reunidos. La jaula con el pájaro la colgaron de la pared.

Pero el segundo hijo no permaneció en casa; armándose de un arco, se marchó a la caza. Cuando se sintió cansado, sacó su flauta y se puso a entonar una melodía.

El Rey, que se hallaba también cazando, se le acercó al oírla:

—¿Quién te ha autorizado para cazar aquí? —preguntóle.

—Nadie —respondió el joven.

—¿De quién eres? —siguió preguntando el Rey.

Y replicó el muchacho:

—Soy hijo del pescador.

—¡Pero si el pescador no tiene hijos! —respondió el Rey.

—Si no quieres creerlo, ven conmigo.

Hízolo así el Rey y fue a interrogar al pescador, el cual le contó toda la historia; y, en cuanto hubo terminado, el pájaro enjaulado prorrumpió a cantar:

«Solita está la madre
en la negra prisión.
¡Oh, rey! Ahí están tus hijos,
sangre de tu corazón.
Las hermanas impías
causaron tu dolor.
Al agua los echaron,
los salvó el pescador».

Asustáronse todos; el Rey se llevó a palacio al pájaro, al pescador y a los tres hijos, y mandó abrir la prisión y libertar su esposa, la cual se hallaba enferma y en miserable estado. Pero su hija le dio a beber agua de la fuente y, en el acto, quedo fresca y sana.

Las dos malvadas hermanas fueron condenadas a morir en la hoguera, y la hija se casó con el príncipe.

Los siete cuervos

UN hombre tenía siete hijos, todos varones, y ninguna hija a pesar de lo mucho que la deseaba.

Al fin, su mujer volvió a darle buenas esperanzas y, efectivamente, al llegar la hora dio a luz una niña.

La alegría de los padres fue grande; pero la criatura era enclenque y pequeñita, por lo que viéndola tan débil, sus padres decidieron bautizarla en seguida por miedo de que se les muriera.

El padre envió a uno de los hijos a la fuente a buscar agua para el bautismo; los otros seis quisieron acompañarlo y, rivalizando todos en ser el primero en llenar de agua el jarro, éste cayó al fondo del manantial.

Helos allí, sin saber qué hacer y no atreviéndose a volver a casa. Ante su tardanza, el padre se impacientó y dijo:

—De seguro que esos diablos estarán jugando sin acordarse del agua.

Y, cada vez más angustiado, temiendo que la niña muriese sin bautismo, en un arrebato de cólera gritó:

—¡Ojalá se volviesen cuervos!

Apenas habían salido estas palabras de sus labios cuando oyó un zumbido en el aire y, al levantar la mirada, vio que siete cuervos negros como la noche revoloteaban en el cielo.

Los padres no pudieron ya reparar los efectos de la maldición y quedaron apenadísimos por la pérdida de sus siete hijos. Algo los consolaba, sin embargo: la compañía de su hijita la cual, vencido el peligro, fue adquiriendo fuerzas y haciéndose cada día más hermosa.

Durante muchos años no supo que había tenido hermanos, pues los padres se guardaron bien de mencionarlos. Hasta que un día oyó por azar

cómo unas personas decían de ella que era muy bonita, realmente, pero que tenía la culpa de la desgracia de sus siete hermanos.

Profundamente afligida, la niña fue a preguntar a sus padres si había tenido hermanos y qué había sido de ellos. Los padres no pudieron ya seguir guardando el secreto, pero le aseguraron que todo había sido un designio del cielo, y su nacimiento no había sido sino la ocasión de que se cumpliera el destino.

Sin embargo, la muchachita, desde aquel día se creyó culpable y consideró que era un deber redimir a sus hermanos. Y ya no tuvo un momento de reposo ni tranquilidad hasta que un buen día, sin decir nada a nadie, se lanzó al mundo en busca de sus hermanos dispuesta a libertarlos, costase lo que costase.

Sólo se llevó una sortija de sus padres como recuerdo, una hogaza de pan para matar el hambre, un jarrito de agua para apagar la sed y una sillita para sentarse cuando se cansara.

Y anduvo, anduvo lejos, muy lejos, hasta el fin del mundo, y llegó al Sol; pero era terrible y ardoroso, y se comía a los niños pequeños.

Echó a correr y llegó a la Luna, que era terriblemente fría y, además, cruel y malvada; y cuando descubrió a la niña, dijo:

—¡Huele a carne humana!

Escapó ella a toda prisa y se fue a las estrellas las cuales, muy cariñosas, la acogieron amablemente, sentada cada una en su sillita.

El lucero del alba se levantó y, dándole una patita de pollo, le dijo:

—Sin esto no podrías abrir la montaña de cristal, y en la montaña de cristal están tus hermanos.

Cogió la niña la patita, envolviéndola en un pañuelo y reemprendió su camino, andando, andando, hasta que llegó a la montaña de cristal.

Como la puerta estaba cerrada, se dispuso a sacar la patita; pero, al desenvolver el pañuelo, lo encontró vacío. ¡Había perdido el regalo de la estrella! ¿Qué hacer ahora? Quería salvar a sus hermanos, pero no tenía la llave que abría la puerta de la montaña de cristal.

Entonces la buena hermanita, cogiendo una navaja, se cortó el dedo meñique e, introduciéndolo en la cerradura, en seguida se le abrió la puerta.

Una vez dentro, presentósele un enanillo que le preguntó:

—Hija mía, ¿qué vienes a buscar aquí?

—Busco a mis hermanitos, los siete cuervos —respondió ella.

Dijo el enano:

—Los señores cuervos no están en casa; pero si quieres aguardar a que regresen, entra.

Sirvió entonces el enanito la comida de los cuervos, en siete platitos y otras tantas copitas, y de cada platito comió la hermanita un pequeño bocado, y de cada copita bebió un sorbo, y en la última dejó caer la sortija que se había llevado de su casa.

De pronto percibió en el aire un rumor y un aleteo, y el enanito le dijo:

—Ahora llegan los señores cuervos.

Y, efectivamente, entraron hambrientos y sedientos, buscando sus respectivos platitos y vasitos. Y exclamaron uno tras otro:

—¿Quién ha comido de mi platito? ¿Quién ha bebido de mi copita? Ha sido una boca humana.

Y cuando el séptimo llegó al fondo de su copa, apareció la sortija. Mirándola, reconocióla como la de sus padres y dijo:

—¡Ojalá fuese nuestra hermanita la que ha venido, pues quedaríamos desencantados!

Cuando la niña que escuchaba detrás de la puerta oyó este deseo, entró en la sala y al momento todos recuperaron su figura humana. Y después de abrazarse y besarse unos a otros regresaron muy felices a su casa.

Piñoncito

UN guardabosque salió un día de caza y, hallándose en el espesor de la selva, oyó de pronto unos gritos como de niño pequeño.

Dirigiéndose hacia la parte de la que venían las voces, llegó al pie de un alto árbol en cuya copa se veía una criatura de poca edad. Su madre se había quedado dormida, sentada en el suelo con el pequeño en brazos, y un ave de rapiña, al descubrir el bebé en su regazo, había bajado volando y, cogiendo al niño con el pico, lo había depositado en la copa del árbol.

Trepó a ella el guardabosque y, recogiendo a la criatura, pensó: «Me lo llevaré a casa y lo criaré junto con Lenita». Y, dicho y hecho, los dos niños crecieron juntos.

Al que había sido encontrado en el árbol, por haberlo llevado allí un ave, le pusieron por nombre Piñoncito. Él y Lenita se querían tanto, tantísimo, que en cuanto el uno no veía al otro se sentía triste.

Tenía el guardabosque una vieja cocinera la cual, un atardecer, cogió dos cubos y fue al pozo por agua; tantas veces repitió la operación, que Lenita intrigada hubo de preguntarle:

—¿Para qué traes tanta agua, viejecita?

—Si no se lo cuentas a nadie, te lo diré —respondióle la cocinera.

Aseguróle Lenita que no, que no se lo diría a nadie, y entonces le reveló la vieja su propósito:

—Mañana temprano, en cuanto el guardabosque se haya marchado de caza, herviré esta agua y, cuando ya esté hirviendo en el caldero, echaré en él a Piñoncito y lo coceré.

Por la mañana, de madrugada, levantóse el hombre y se fue al bosque, mientras los niños seguían aún en la cama. Entonces dijo Lenita a Piñoncito:

—Si tú no me abandonas, tampoco yo te abandonaré.

Respondióle Piñoncito:

—¡Jamás de los jamases!

Y díjole Lenita:

—Pues voy a descubrirte una cosa a ti solo. Anoche, al ver que la vieja traía tantos cubos de agua del pozo, le pregunté por qué lo hacía y me dijo que me lo diría si no se lo contaba a nadie. Yo se lo prometí, y entonces me dijo ella que esta mañana, cuando padre estuviese de caza, herviría el agua en el caldero, te echaría en él y te cocería. Así que levantémonos en seguida, vistámonos y nos escaparemos.

Levantáronse los dos niños, vistiéronse rápidamente y huyeron.

Cuando el agua hirvió en el caldero, la cocinera se dirigió a la habitación en busca de Piñoncito, con el propósito de echarlo a cocer; pero al acercarse a la cama se encontró con que los dos pequeños se habían marchado.

Entróle a la vieja un gran miedo, y pensó: «¿Qué diré cuando vuelva el guardabosque y vea que no están los niños? Hay que correr y traerlos de nuevo».

Envió a tres mozos, con el encargo de alcanzar a los niños y traerlos a casa. Los pequeños se habían sentado a la orilla del bosque y, al ver de lejos a los tres criados que se dirigían hacia ellos, dijo Lenita a Piñoncito:

—Si tú no me abandonas, tampoco yo te abandonaré.

—¡Jamás de los jamases! —respondió Piñoncito.

Y Lenita:

—Transfórmate en rosal, y yo seré una rosa.

Al llegar los tres criados al bosque no vieron más que un rosal con una sola rosa; pero de los niños, ni rastro. Dijéronse entonces:

—Aquí no hay nada.

Y regresando a la casa, dijeron a la cocinera que sólo habían visto un rosal con una rosa.

Riñólos la vieja:

—¡Bobalicones! Debisteis cortar el rosal y traer a casa la rosa. ¡Id a buscarla corriendo!

Y tuvieron que encaminarse nuevamente al bosque. Pero los niños los vieron venir de lejos y dijo Lenita:

—Piñoncito, si tú no me abandonas, tampoco yo te abandonaré.

Respondió Piñoncito:

—¡Jamás de los jamases!

Y Lenita:

—Transfórmate en una iglesia, y yo seré una corona dentro de ella.

Al llegar los mozos vieron la iglesia con la corona en su interior, por lo que se dijeron:

—¡Qué vamos a hacer aquí! Volvámonos a casa.

Ya en ella, preguntóles la cocinera si habían encontrado algo.

Ellos respondieron que no, aparte de una iglesia con una corona dentro.

—¡Zoquetes! —increpólos la vieja—. ¿Por qué no derribasteis la iglesia y trajisteis la corona?

Entonces se puso en camino la propia cocinera, acompañada de los tres criados, en busca de los niños. Pero éstos vieron acercarse a los tres hombres y, detrás de ellos, renqueando a la vieja, y dijo Lenita:

—Piñoncito, si tú no me abandonas, yo jamás te abandonaré.

Y dijo Piñoncito:

—¡Jamás de los jamases!

—Pues transfórmate en un estanque, y yo seré un pato que nada en él —dijo Lenita.

Llegó la cocinera y, al ver el estanque, se tendió en la orilla para sorberlo. Pero el pato acudió nadando a toda prisa y, cogiéndola por la cabeza con el pico, se la hundió en el agua, y de este modo se ahogó la bruja.

Los niños regresaron a casa, alegres y contentos; y si no han muerto, todavía deben de estar vivos.

El Rey «Pico de tordo»

TENÍA un rey una hija que era hermosa por encima de toda ponderación; pero tan orgullosa y soberbia, que no encontraba ningún pretendiente de su gusto. Uno tras otro, los rechazaba a todos y, encima, se burlaba de ellos.

Un día, el Rey dispuso una gran fiesta e invitó a todos los mozos casaderos de varias leguas a la redonda. Fueron colocados en fila, por orden de rango: en primer lugar, los reyes; después, los duques, los príncipes, los condes y barones y, finalmente, los caballeros.

Pasóles revista la princesa, pero a cada uno tuvo algo que objetar. Éste era demasiado gordo: «Vaya tonel», exclamaba. El segundo, demasiado larguirucho: «Flaco y largo no tiene garbo». El tercero, demasiado bajo: «Gordo y bajo, un estropajo». El cuarto, demasiado pálido: «¡Parece la muerte!». El quinto, demasiado rojo: «¡Vaya gallo!». El sexto no era bastante derecho: «Leña verde, secada detrás de la estufa». Y, así sucesivamente, en todos descubría algún defecto.

Pero de quien más se burló fue de un bondadoso rey, que figuraba entre los primeros y cuya barbilla era un poco saliente:

—¡Ja, ja! —exclamó la princesa soltando la carcajada—, éste tiene una barbilla que parece el pico de un tordo.

Por lo que, en adelante, le dieron el sobrenombre de «Pico de tordo».

El viejo rey, empero, viendo que su hija no hacía sino mofarse de todos los pretendientes y humillarlos, irritóse de tal manera que juró casar a su hija con el primer mendigo que llegase a su puerta.

Al cabo de pocos días presentóse un organillero que, después de cantar al pie de las ventanas, pidió limosna.

Al enterarse el Rey, dijo:

—¡Traedme a ese hombre!

Compareció ante él el pordiosero, todo sucio y harapiento, cantó ante el Rey y la princesa y, cuando hubo terminado, pidió una recompensa.

Díjole el Rey:

—Me ha gustado tanto tu canción, que voy a darte a mi hija por esposa.

Asustóse la princesa, pero el Rey le dijo:

—Juré casarte con el primer mendigo que se presentara, y voy a cumplir mi juramento.

No valieron súplicas; fue llamado el cura, y la doncella hubo de contraer matrimonio, quieras que no, con el organillero.

Terminada la ceremonia, dijo el Rey:

—No es propio que, siendo la mujer de un mendigo, sigas viviendo en mi palacio. Vete, pues, con tu marido.

Marcháronse los recién casados, llevándola el mendigo de la mano y caminando los dos a pie.

Al pasar frente a un bosque, preguntó ella:

«—¿De quién es este bosque tan hermoso?
—Del rey «Pico de tordo», que quiso ser tu esposo.
Si lo hubieses querido, ahora tuyo sería.
—¡Ay, desdichada de mí!
¿Por qué a «Pico de tordo» no le dije que sí?»

Pasaron luego por un prado, y ella volvió a preguntar:

«—¿De quién es este grande y verde prado?
—Del rey «Pico de tordo», a quien has despreciado.
Si lo hubieses querido, ahora tuyo sería.
—¡Ay, desdichada de mí!
¿Por qué a «Pico de tordo» no le dije que sí?»

Y al llegar a una gran ciudad, preguntó ella de nuevo:

«—¿De quién es esta ciudad tan bella y populosa?

—Del rey «Pico de tordo», que te pidió por esposa.
Si lo hubieses querido, ahora tuya sería.
—¡Ay, desdichada de mí!
¿Por qué a «Pico de tordo» no le dije que sí?»

—¡Basta! —dijo en esto el mendigo—. No me gusta que estés siempre deseando a otro hombre. ¿No soy yo bastante para ti?

Al fin, llegaron a una casa pequeñísima. Y ella preguntó:

«¡Santo Dios, vaya casita extraña!
¿De quién puede ser esta cabaña?»

Respondió el músico:

—Es mi casa y la tuya, donde viviremos.

La princesa hubo de inclinarse para franquear la puerta, tan baja era.

—¿Dónde están los criados? —preguntó ella.

—¿Criados? —replicóle el mendigo—. Tendrás que hacer tú lo que quisieras que te hiciesen. Enciende fuego en seguida, pon agua a calentar y prepara la comida. Yo estoy cansado.

Pero la hija del Rey no entendía de cocina, ni sabía cómo encender fuego, y el mendigo no tuvo más remedio que intervenir para que las cosas saliesen medio bien.

Después de su parca comida fuéronse a dormir y, por la mañana, él la obligó a levantarse muy temprano, pues debía atender a los quehaceres de la casa.

Así vivieron unos días, consumiendo todas sus provisiones y, entonces, dijo el hombre:

—Mujer, gastar y no ganar nada, no puede ser. Tendrás que trenzar cestas.

Salió el hombre a cortar mimbres y los trajo a casa. La joven empezó a trenzarlos, pero eran duros y le lastimaban las delicadas manos.

—Bien veo que no sirves para esto —dijo el marido—. Mejor será que hiles, tal vez lo hagas mejor.

Instalóse ella y se esforzó en hilar; pero la recia hebra no tardó en herirle los dedos, haciendo brotar la sangre.

—Ya lo ves —díjole el hombre—. No sirves para ningún trabajo. ¡Mal negocio he hecho contigo! Probaremos a montar un comercio de alfarería. Irás al mercado a vender ollas y pucheros.

—¡Dios mío! —pensó ella—. Si aciertan a pasar por el mercado gentes del reino de mi padre y me ven allí sentada vendiendo cacharros, ¡cómo se burlarán de mí!

Pero no hubo más remedio; o resignarse, o morirse de hambre.

La primera vez, la cosa fue bastante bien, pues la hermosura de la joven atraía a la gente que pagaba lo que ella pedía, e incluso algunos le dieron el dinero sin llevarse la mercancía.

El matrimonio vivió un tiempo de lo ganado y, al terminarse el dinero, el hombre se procuró otra partida de ollas y cazuelas. Situóse la princesa en un ángulo de la plaza y expuso los objetos a su alrededor.

De pronto acercóse a caballo un húsar borracho; iba al trote y, metiéndose en medio de los cacharros, en un momento los redujo todos a pedazos.

Echóse la joven a llorar y, angustiada, no sabía que hacer.

—¡Ay, qué será de mí! —exclamó—. ¡Qué va a decir mi marido!

Corrió a su casa y le explicó el percance.

—¿A quién se le ocurre ponerse en el ángulo de la plaza con vasijas de barro? —increpóla el marido—. Bueno, déjate de llorar, bien veo que no sirves para ningún trabajo serio. He estado en el palacio de nuestro rey a preguntar si necesitaban una asistenta de cocina, y me han prometido ocuparte. Así te ganarás la comida.

Y ahí tenemos a la princesa convertida en asistenta de cocina, ayudando al cocinero y encargándose de los trabajos más rudos.

Se metió unos pucheritos en los bolsillos, y en ellos guardaba lo que le daban de las sobras; lo llevaba a su casa y de aquello comían los dos.

Ocurrió que debía celebrarse la boda del hijo mayor del Rey y la pobre mujer, deseosa de presenciar la fiesta, se colocó en la puerta de la sala.

Cuando ya encendidas las luces empezaron a entrar los invitados —si uno bellamente ataviado, el otro más— ella, al ver tanta pompa y

magnificencia, acordóse con amargura de su suerte, y maldijo su orgullo y soberbia culpables de su humillación y miseria.

De los manjares tan apetitosos que eran traídos y llevados por los camareros, y cuyos aromas llegaban hasta ella, los criados le arrojaban de vez en cuando unos bocados que la mujer guardaba en sus pucheritos para llevarlos a casa.

Entró el príncipe, vestido de terciopelo y seda con cadenas de oro alrededor del cuello y, al ver a aquella hermosa mujer de pie junto a la puerta, tomóla de la mano para bailar con ella.

Pero la princesa se resistió, asustada, pues reconoció en el doncel al rey «Pico de tordo», su ex-pretendiente al que rechazara y ofendiera con sus burlas.

De nada le sirvió su resistencia, pues él la obligó a entrar en la sala. Rompiósele la cinta con que ataba sus pucheros, y éstos cayeron al suelo desparramándose la sopa y demás viandas.

Todos los presentes prorrumpieron en carcajadas y burlas, quedando ella avergonzada y deseando que la tierra se abriese bajo sus pies.

Corrió a la puerta para huir pero, en la escalera, un hombre la alcanzó y la obligó a retroceder.

Al mirarlo ella, encontróse de nuevo con el rey «Pico de tordo», el cual le dijo afectuosamente:

—Nada temas; yo y el músico con quien has estado viviendo en la cabaña somos el mismo hombre. Por tu amor me disfracé así, y el húsar que te rompió la mercancía fui también yo. Todo lo hice para humillar tu orgullo y castigarte por tu soberbia, que te incitó a burlarte de mí.

La princesa, llorando amargamente, dijo:

—Fui muy injusta y no merezco ser tu esposa.

Pero él le replicó:

—Tranquilízate. Todo pasó, y ahora celebraremos nuestra boda.

Y las camareras entraron y le pusieron preciosos vestidos; vino su padre y toda la Corte acudió a felicitarla por su casamiento con el rey «Pico de tordo», y entonces sí que todo fueron fiestas y alegría. ¡Ojalá hubiésemos estado tú y yo!

El perro y el gorrión

A un perro de pastor le había tocado en suerte un mal amo, que le hacía pasar hambre. No queriendo aguantarlo por más tiempo, el animal se marchó triste y pesaroso.

Encontróse en la calle con un gorrión, el cual le preguntó:

—Hermano perro, ¿por qué estás tan triste?

Y respondióle el perro:

—Tengo hambre y nada que comer.

Aconsejóle el pájaro:

—Hermano, vente conmigo a la ciudad; yo haré que te hartes.

Encamináronse juntos a la ciudad y, al llegar frente a una carnicería, dijo el gorrión al perro:

—No te muevas de aquí; a picotazos te haré caer un pedazo de carne.

Y, situándose sobre el mostrador y vigilando que nadie lo viera, se puso a picotear y a tirar de un trozo que se hallaba al borde, hasta que lo hizo caer al suelo.

Cogiólo el perro, llevóselo a una esquina y se lo zampó. Entonces le dijo el gorrión:

—Vamos ahora a otra tienda; te haré caer otro pedazo para que te hartes.

Una vez el perro se hubo comido el segundo trozo, preguntóle el pájaro:

—Hermano perro, ¿estás ya harto?

—De carne, sí —respondió el perro—, pero me falta un poco de pan.

Dijo el gorrión:

—Ven conmigo, lo tendrás también.

Y, llevándolo a una panadería, a picotazos hizo caer unos panecillos; y como el perro quisiera todavía más, condújolo a otra panadería y le proporcionó otra ración.

Cuando el perro se la hubo comido, preguntóle el gorrión:

—Hermano perro, ¿estás ahora harto?

—Sí —respondió su compañero—. Vamos ahora a dar una vuelta por las afueras.

Salieron los dos a la carretera; pero como el tiempo era caluroso, al cabo de poco trecho dijo el perro:

—Estoy cansado, y de buena gana echaría una siestecita.

—Duerme, pues —asintió el gorrión—, mientras tanto, yo me posaré en una rama.

Y el perro se tendió en la carretera y pronto se quedó dormido.

En éstas, acercóse un carro tirado por tres caballos y cargado con tres cubas de vino.

Viendo el pájaro que el carretero no llevaba intención de apartarse para no atropellar al perro, gritóle:

—¡Carretero, no lo hagas o te arruino!

Pero el hombre refunfuñó entre dientes:

—No serás tú quien me arruine.

Restalló el látigo y las ruedas del vehículo pasaron por encima del perro, matándolo.

Gritó entonces el gorrión:

—Has matado a mi hermano el perro, pero te costará el carro y los caballos.

—¡Bah, el carro y los caballos! —se mofó el conductor—. ¡Me río del daño que tú puedes causarme!

Y prosiguió su camino.

El gorrión se deslizó debajo de la lona y se puso a picotear una espita hasta que hizo soltar el tapón, por lo que empezó a salirse el vino sin que el carretero lo notase y se vació todo el barril.

Al cabo de un buen rato, volvióse el hombre y, al ver que goteaba vino, bajó a examinar los barriles encontrando que uno de ellos estaba vacío.

—¡Pobre de mí! —exclamó.

—Aún no lo eres bastante —dijo el gorrión y, volando a la cabeza de uno de los caballos, de un picotazo le sacó un ojo.

Al darse cuenta el carretero, empuñó un azadón y lo descargó contra el pájaro con ánimo de matarlo; pero el avecilla escapó, y el caballo recibió en la cabeza un golpe tan fuerte que cayó muerto.

—¡Ay, pobre de mí! —repitió el hombre.

—¡Aún no lo eres bastante! —gritóle el gorrión.

Y cuando el carretero reemprendió su ruta con los dos caballos restantes, volvió el pájaro a meterse por debajo de la lona y no paró hasta haber sacado el segundo tapón, vaciándose a su vez el segundo barril.

Diose cuenta el carretero demasiado tarde, y volvió a exclamar:

—¡Ay, pobre de mí!

A lo que replicó su enemigo:

—¡Aún no lo eres bastante!

Y, posándose en la cabeza del segundo caballo, saltóle igualmente los ojos. Otra vez acudió el hombre con su azadón, y otra vez hirió de muerte al caballo, mientras el pájaro escapaba volando.

—¡Ay, pobre de mí!

—Aún no lo eres bastante —repitió el gorrión, al tiempo que sacaba los ojos al tercer caballo.

Enfurecido, el carretero asestó un nuevo azadonazo contra el pájaro y, errando otra vez la puntería, mató al tercer animal.

—¡Ay, pobre de mí! —exclamó.

—¡Aún no lo eres bastante! —repitió una vez más el gorrión—. Ahora voy a arruinar tu casa.

Y se alejó volando.

El carretero no tuvo más remedio que dejar el carro en el camino y marcharse a su casa, furioso y desesperado:

—¡Ay! —dijo a su mujer—, ¡qué día más desgraciado he tenido! He perdido el vino, y los tres caballos están muertos.

—¡Ay, marido mío! —respondióle su mujer—. ¡Qué diablo de pájaro es éste que se ha metido en casa! Ha traído a todos los pájaros del mundo, y ahora se están comiendo nuestro trigo.

Subió el hombre al granero y encontró millares de pájaros en el suelo acabando de devorar todo el grano y, en medio de ellos, estaba el gorrión.

Y volvió a exclamar el hombre:

—¡Ay, pobre de mí!

—Aún no lo eres bastante —repitió el pájaro—. Carretero, aún pagarás con la vida.

Y echó a volar.

El carretero, perdidos todos sus bienes, bajó a la sala y sentóse junto a la estufa mohíno y colérico. Pero el gorrión le gritó desde la ventana:

—¡Carretero, pagarás con la vida!

Cogiendo el hombre el azadón, arrojólo contra el pájaro, mas sólo consiguió romper los cristales sin tocar a su perseguidor.

Éste saltó al interior de la estancia y, posándose sobre el horno, repitió:

—¡Carretero, pagarás con la vida!

Loco y ciego de rabia, el carretero arremetió contra todas las cosas, queriendo matar al pájaro, y así destruyó el horno y todos los enseres domésticos: espejos, bancos, la mesa e incluso las paredes de la casa, sin conseguir su objetivo.

Por fin logró cogerlo con la mano, y entonces dijo la mujer:

—¿Quieres que lo mate de un golpe?

—¡No! —gritó él—. Sería una muerte demasiado dulce. Ha de sufrir mucho más. ¡Me lo voy a tragar!

Y se lo tragó de un bocado. Pero el animal empezó a agitarse y aletear dentro de su cuerpo, y se le subió de nuevo a la boca; y, asomando la cabeza:

—¡Carretero, pagarás con la vida! —le repitió por última vez.

Entonces el carretero, tendiendo el azadón a su mujer, le dijo:

—¡Dale al pájaro en la boca!

La mujer descargó el golpe pero, errando la puntería, partió la cabeza a su marido, el cual se desplomó muerto mientras el gorrión escapaba volando.

Federico y Catalinita

HABÍA una vez un hombre llamado Federico y una mujer llamada Catalinita, que acababan de contraer matrimonio y empezaban su vida de casados.

Un día dijo el marido:

—Catalinita, me voy al campo; cuando vuelva, me tendrás en la mesa un poco de asado para calmar el hambre, y un trago fresco para apagar la sed.

—Márchate tranquilo, que cuidaré de todo.

Al acercarse la hora de comer, descolgó la mujer una salchicha de la chimenea, la echó en una sartén, la cubrió de mantequilla y la puso al fuego. La salchicha comenzó a dorarse y hacer ¡chup, chup!, mientras Catalina, sosteniendo el mango de la sartén, dejaba volar sus pensamientos.

De pronto se le ocurrió: «Mientras se acaba de dorar la salchicha, bajaré a la bodega a preparar la bebida». Dejando, pues, afianzada la sartén, cogió una jarra, bajó a la bodega y abrió la espita de la cerveza; y mientras ésta fluía a la jarra, ella lo miraba.

De repente pensó: «¡Caramba! El perro no está atado; si se le ocurre robar la salchicha de la sartén, me habré lucido». Y, en un santiamén, se plantó arriba. Pero ya el chucho tenía la salchicha en la boca y se escapaba con ella, arrastrándola por el suelo.

Catalinita, ni corta ni perezosa, se lanzó en su persecución y estuvo corriendo buen rato tras él por el campo; pero el perro, más ligero que Catalinita, sin soltar su presa pronto estuvo fuera de su alcance.

—¡Lo perdido, perdido está! —exclamó Catalinita, renunciando a la morcilla; y como se había sofocado y cansado con la carrera, volvióse despacito para refrescarse.

Mientras tanto seguía manando la cerveza del barril, pues la mujer se había olvidado de cerrar la espita, y cuando ya la jarra estuvo llena, el líquido empezó a correr por la bodega hasta que el barril quedó vacío.

Catalinita vio el desastre desde lo alto de la escalera:

—¡Diablos! —exclamó—, ¿qué hago yo ahora para que Federico no se dé cuenta?

Después de reflexionar unos momentos, recordó que de la última feria había quedado en el granero un saco de buena harina de trigo; lo mejor sería bajarla y echarla sobre la cerveza.

—Quien ahorra a su tiempo, día viene en que se alegra —se dijo.

Subió al granero, cargó con el saco y lo vació en la bodega, con tan mala suerte que fue a dar precisamente sobre la jarra llena de cerveza, la cual se volcó perdiéndose incluso la bebida destinada a Federico.

—¡Eso es! —exclamó Catalinita—; donde va el uno, que vaya el otro.

Y esparció la harina por el suelo de la bodega.

Cuando hubo terminado, sintióse muy satisfecha de su trabajo y dijo:

—¡Qué aseado y limpio queda ahora!

A mediodía llegó Federico.

—Bien, mujercita, ¿qué me has preparado?

—¡Ay, Federiquito! —respondió ella—, quise freírte una salchicha, pero mientras bajé por cerveza el perro me la robó de la sartén, y cuando salí detrás de él, la cerveza se vertió, y al querer secar la cerveza con harina, volqué la jarra. Pero no te preocupes, que la bodega está bien seca.

Replicó Federico:

—¡Catalinita, no debiste hacer eso! ¡Dejas que te roben la salchicha, que la cerveza se pierda, y aun echas a perder nuestra harina!

—¡Tienes razón, Federiquito, pero yo no lo sabía! Debiste avisármelo.

Pensó el hombre: «Con una mujer así, habrá que ser más previsor».

Tenía ahorrada una bonita suma de ducados; los cambió en oro y dijo a Catalinita:

—Mira, eso son chapitas amarillas; las meteré en una olla y las enterraré en el establo, bajo el pesebre de las vacas. Guárdate muy bien de tocarlas, pues de lo contrario lo vas a pasar mal.

Respondió ella:

—No, Federiquito, puedes estar seguro de que no las tocaré.

Mas he aquí que cuando Federico se hubo marchado, se presentaron unos buhoneros que vendían escudillas y cacharros de barro, y preguntaron a la joven si necesitaba algunas de sus mercancías.

—¡Oh, buena gente! —dijo Catalinita—, no tengo dinero y nada puedo comprar; pero si quisieseis cobrar en chapitas amarillas, sí que os compraría algo.

—Chapitas amarillas, ¿por qué no? Deja que las veamos.

—Bajad al establo y buscad debajo del pesebre de las vacas; las encontraréis allí; yo no puedo tocarlas.

Los bribones fueron al establo y, removiendo la tierra, encontraron el oro puro. Cargaron con él y pusieron pies en polvorosa, dejando en la casa su carga de cacharros.

Catalinita pensó que debía utilizar aquella alfarería nueva para algo; pero como en la cocina no hacía ninguna falta, rompió el fondo de cada una de las piezas y las colocó todas como adorno en los extremos de las estacas del vallado que rodeaba la casa.

Al llegar Federico, sorprendido por aquella nueva ornamentación, dijo:

—Catalinita, ¿qué has hecho?

—Lo he comprado, Federiquito, con las chapitas amarillas que guardaste bajo el pesebre de las vacas. Yo no fui a buscarlas; tuvieron que bajar los mismos buhoneros.

—¡Dios mío! —exclamó Federico—, ¡buena la has hecho, mujer! Si no eran chapitas, sino piezas de oro puro; ¡toda nuestra fortuna! ¿Cómo hiciste semejante disparate?

—Yo no lo sabía, Federiquito. ¿Por qué no me advertiste?

Catalinita se quedó un rato pensativa y luego dijo:

—Oye, Federiquito, recuperaremos el oro; salgamos detrás de los ladrones.

—Bueno —respondió Federico—, lo intentaremos; llévate pan y queso para que tengamos algo para comer en el camino.

—Sí, Federiquito, lo llevaré.

Partieron y, como Federico era más ligero de piernas, Catalinita iba rezagada.

—Mejor —pensó—, así cuando regresemos tendré menos que andar.

Llegaron a una montaña en la que, a ambos lados del camino, discurrían unas profundas roderas.

—¡Hay que ver —dijo Catalinita— cómo han desgarrado, roto y hundido esta pobre tierra! ¡Jamás se repondrá de esto!

Llena de compasión, sacó la mantequilla y se puso a untar las roderas, a derecha e izquierda, para que las ruedas no las oprimiesen tanto. Y, al inclinarse para poner en práctica su caritativa intención, cayóle uno de los quesos y echó a rodar monte abajo.

Dijo Catalinita:

—Yo no vuelvo a recorrer este camino; soltaré otro que vaya a buscarlo.

Y, cogiendo otro queso, lo soltó en pos del primero. Pero como ninguno de los dos volviese, echó un tercero pensando: «Tal vez quieran compañía, y no les guste subir solos».

Al no reaparecer ninguno de los tres, dijo ella:

—¿Qué querrá decir esto? A lo mejor, el tercero se ha extraviado; echaré el cuarto que lo busque.

Pero el cuarto no se portó mejor que el tercero y Catalinita, irritada, arrojó el quinto y el sexto que eran los últimos.

Quedóse un rato parada, el oído atento, en espera de que volviesen; pero al cabo, impacientándose, exclamó:

—Para ir a buscar a la muerte serviríais. ¡Tanto tiempo, para nada! ¿Pensáis que voy a seguir aguardándoos? Me marcho y ya me alcanzaréis, pues corréis más que yo.

Y, prosiguiendo su camino, encontróse luego con Federico que se había detenido a esperarla, pues tenía hambre.

—Dame ya de lo que traes, mujer —ella le alargó pan solo—. ¿Dónde están la mantequilla y el queso?

—¡Ay, Federiquito! —exclamó Catalinita—. Con la mantequilla unté los carriles, y los quesos no deberán tardar en volver. Se me escapó uno y solté a los otros en su busca.

Y dijo Federico:

—No debiste hacerlo, Catalinita.

—Sí, Federiquito, pero ¿por qué no me avisaste?

Comieron juntos el pan seco, y luego Federico dijo:

—Catalinita, ¿aseguraste la casa antes de salir?

—No, Federiquito; como no me lo dijiste.

—Pues vuelve a casa y ciérrala bien antes de seguir adelante; y, además, trae alguna otra cosa para comer; te aguardaré aquí.

Catalinita reemprendió el camino de vuelta, pensando: «Federiquito quiere comer alguna otra cosa; por lo visto no le gustan el queso y la mantequilla. Le traeré unos orejones en un pañuelo, y un jarro de vinagre para beber».

Al llegar a su casa cerró con cerrojo la puerta superior y desmontó la inferior y se la cargó a la espalda, creyendo que llevándose la puerta quedaría la casa asegurada.

Con toda calma recorrió de nuevo el camino pensando: «Así, Federiquito podrá descansar más rato».

Cuando llegó adonde él la aguardaba, le dijo:

—Toma, Federiquito, aquí tienes la puerta; así podrás guardar la casa mejor.

—¡Santo Dios —exclamó él—, y qué mujer más inteligente me habéis dado! Quitas la puerta de abajo para que todo el mundo pueda entrar, y cierras con cerrojo la de arriba. Ahora es demasiado tarde para volver; mas, ya que has traído la puerta, tú la llevarás.

—Llevaré la puerta, Federiquito, pero los orejones y el jarro de vinagre me pesan mucho. ¿Sabes qué? Los colgaré de la puerta, ¡que los lleve ella!

Llegaron al bosque y empezaron a buscar a los ladrones, pero no los encontraron. Al fin, como había oscurecido, subiéronse a un árbol dispuestos a pasar allí la noche.

Apenas se habían instalado en la copa, llegaron algunos de esos bribones que se dedican a llevarse por la fuerza lo que no quiere seguir de buen grado, y a encontrar las cosas antes de que se hayan perdido.

Sentáronse al pie del árbol que servía de refugio a Federico y Catalinita y, encendiendo una hoguera, se dispusieron a repartirse el botín.

Federico bajó al suelo por el lado opuesto, recogió piedras y volvió a trepar para ver de matar a pedradas a los ladrones. Pero las piedras no daban en el blanco, y los ladrones observaron:

—Pronto será de día, el viento hace caer las piñas.

Catalinita seguía sosteniendo la puerta en la espalda y, como le pesara más de lo debido, pensando que la culpa era de los orejones dijo:

—Federiquito, tengo que soltar los orejones.

—No, Catalinita, ahora no —respondió él—. Podrían descubrirnos.

—¡Ay, Federiquito!, no tengo más remedio; pesan demasiado.

—¡Pues suéltalos, en nombre del diablo!

Abajo rodaron los orejones por entre las ramas, y los bribones exclamaron:

—¡Los pájaros hacen sus necesidades!

Al cabo de otro rato, como la puerta siguiera pesando, dijo Catalinita:

—¡Ay, Federiquito!, tengo que verter el vinagre.

—No, Catalinita, no lo hagas, podría delatarnos.

—¡Ay, Federiquito!, es preciso, no puedo con el peso.

—¡Pues tíralo, en nombre del diablo!

Y vertió el vinagre rociando a los ladrones, los cuales se dijeron:

—Ya está goteando el rocío.

Finalmente, pensó Catalinita: «¿No será la puerta lo que pesa tanto?», y dijo:

—Federiquito, tengo que soltar la puerta.

—¡No, Catalinita, ahora no, podrían descubrirnos!

—¡Ay, Federiquito!, no tengo más remedio, me pesa demasiado.

—¡No, Catalinita, sostenla firme!

—¡Ay, Federiquito, la suelto!

—¡Pues suéltala, en nombre del diablo!

Y allá la echó, con un ruido infernal, y los ladrones exclamaron:

—¡El diablo baja por el árbol!

Y tomaron las de Villadiego abandonándolo todo.

A la mañana siguiente, al descender los dos del árbol, encontraron todo su oro y se lo llevaron a casa.

Cuando volvieron ya a estar aposentados, dijo Federico:

—Catalinita, ahora debes ser muy diligente y trabajar de firme.

—Sí, Federiquito, sí lo haré. Voy al campo a cortar hierba.

Cuando llegó al campo, se dijo: «¿Qué haré primero: cortar, comer o dormir? Empecemos por comer».

Y Catalinita comió, y después entróle sueño, por lo que cortando medio dormida se rompió todos los vestidos: el delantal, la falda y la camisa, y cuando se despabiló, al cabo de mucho rato, viéndose medio desnuda preguntóse: «¿Soy yo o no soy yo? ¡Ay, pues no soy yo!».

Mientras tanto, había oscurecido; Catalinita se fue al pueblo y, llamando a la ventana de su marido, gritó:

—¡Federiquito!

—¿Qué pasa?

—¿Está Catalinita en casa?

—Sí, sí —respondió Federico—, debe de estar acostada durmiendo.

Y dijo ella:

—Entonces es seguro que estoy en casa.

Y echó a correr.

En despoblado encontróse con unos ladrones que se preparaban para robar. Acercándose a ellos, les dijo:

—Yo os ayudaré.

Los bribones pensaron que conocía las oportunidades del lugar y se declararon conformes. Catalinita pasaba por delante de las casas gritando:

—¡Eh, gente!, ¿tenéis algo? ¡Queremos robar!

—¡Buena la hemos hecho! —dijeron los ladrones, mientras pensaban cómo podrían deshacerse de Catalinita.

Al fin le dijeron:

—A la salida del pueblo, el cura tiene un campo de remolachas; ve a recogernos un montón.

Catalinita se fue al campo a coger remolachas; pero lo hacía con tanto brío que no se levantaba del suelo.

Acertó a pasar un hombre que, deteniéndose a mirarla, pensó que el diablo estaba revolviendo el campo.

Corrió, pues, a la casa del cura y le dijo:

—Señor cura, en vuestro campo está el diablo arrancando remolachas.

—¡Dios mío —exclamó el párroco—, tengo una pierna coja, no puedo salir a echarlo!

Respondióle el hombre:

—Yo os ayudaré.

Y lo sostuvo hasta llegar al campo, en el preciso momento en que Catalinita se enderezaba.

—¡Es el diablo! —exclamó el cura.

Y los dos echaron a correr; y el santo varón tenía tanto miedo que, olvidándose de su pierna coja, dejó atrás al hombre que lo había sostenido.

Bestia peluda

ERASE una vez un rey que tenía una esposa cuyos cabellos parecían de oro, y tan hermosa que en toda la redondez de la Tierra no se habría encontrado otra igual.

Cayó enferma y, presintiendo su próximo fin, llamó a su marido y le dijo:

—Si cuando yo haya muerto quieres casarte de nuevo, no escojas a ninguna mujer que sea menos hermosa que yo y que no tenga el cabello de oro. ¡Prométemelo!

Prometióselo el Rey y ella, cerrando los ojos, murió.

El Rey estuvo largo tiempo inconsolable, sin pensar ni por un momento en volverse a casar, hasta que, al fin, dijeron sus consejeros:

—No hay más solución sino que el Rey vuelva a casarse para que tengamos Reina.

Fueron entonces enviados mensajeros a todas las partes del país, en busca de una novia equiparable en belleza a la reina fallecida. Pero en el mundo entero no había otra y, aunque se hubiese encontrado una, tampoco habría tenido los cabellos de oro. Por eso, los emisarios tuvieron que regresar a la Corte con las manos vacías.

Pero he aquí que el Rey tenía una sobrina que era el vivo retrato de su esposa muerta, tan hermosa como ella y con la misma cabellera de oro. Contemplóla un día el Rey, y viéndola en todo igual a su difunta esposa, de repente se sintió enamorado de ella.

Dijo entonces a sus consejeros:

—Me casaré con mi sobrina, pues es el retrato de mi esposa muerta; de otro modo, no encontraría una novia que se le pareciese.

Horrorizóse la joven al conocer el propósito de su tío, pues estaba locamente enamorada de un noble joven. Así es que pensó en la manera de hacerlo desistir de su desatinada resolución y le dijo:

—Antes de satisfacer vuestro deseo, es preciso que me regaléis tres vestidos: uno, dorado como el sol; otro, plateado como la luna, y el tercero, brillante como las estrellas. Además quiero un abrigo hecho de mil pieles distintas; y ha de tener un pedacito de la piel de cada uno de los animales de vuestro reino.

Al decir esto pensaba: «Es absolutamente imposible procurarse todo esto y así, conseguiré que mi tío renuncie a su idea».

Pero el Rey se mantuvo obstinado, y las doncellas más habilidosas del país hubieron de tejer las tres telas y confeccionar un vestido dorado como el sol, otro plateado como la luna y otro brillante como las estrellas; y los cazadores tuvieron que capturar los animales de todo el reino y quitarles un pedazo de piel, y con los trocitos fue cosido un abrigo de mil pieles distintas.

Cuando ya todo estuvo dispuesto, el Rey mandó llamar a su sobrina y, presentándole los objetos por ella exigidos, le dijo:

—Mañana será nuestra boda.

Al comprender la doncella que no había ninguna esperanza de hacer mudar de propósito a su tío, resolvió huir.

Por la noche, cuando ya todo el mundo dormía, levantóse y cogió las siguientes cosas: un anillo de oro, una diminuta rueca del mismo metal y una devanadera, asimismo de oro; los tres vestidos, comparables al sol, la luna y las estrellas, los metió en una cáscara de nuez, y se puso el tosco abrigo de pieles tiznándose, además, de hollín la cara y las manos.

Encomendóse luego a Dios y se fugó, y estuvo andando toda la noche hasta que llegó a un gran bosque. Como se sintiera muy cansada, sentóse en el hueco de un árbol y se quedó dormida.

Salió el sol, pero ella continuó dormida sin despertarse a pesar de lo muy avanzado del día.

Aconteció que el Rey a quien pertenecía el bosque había salido a cazar en él. Cuando sus perros llegaron al árbol pusiéronse a husmear, dar vueltas en derredor y ladrar; por lo que el Rey dijo a los cazadores:

—Id a ver qué clase de animal se ha escondido allí.

Cumplieron los hombres la orden y, a la vuelta, dijeron:

—En el árbol hueco hay un animal prodigioso, como jamás viéramos otro igual; su pellejo es de mil pieles distintas. Está echado, durmiendo.

Ordenó el Rey:

—Ved si es posible cogerlo vivo; en este caso lo atáis y lo cargáis en el coche.

Cuando los cazadores sujetaron a la doncella ésta, despertándose sobresaltada, les gritó:

—Soy una pobre muchacha desvalida, abandonada de padre y madre. Apiadaos de mí y llevadme con vosotros.

Dijéronle ellos:

—«Bestia Peluda», servirás para la cocina; vente con nosotros, podrás ocuparte en barrer las cenizas.

Y, subiéndola al coche, la condujeron al palacio real. Allí le asignaron una pequeña cuadra al pie de la escalera, donde no penetraba ni un rayo de luz, y le dijeron:

—«Bestia Peluda», habitarás y dormirás aquí.

Luego la enviaron a la cocina, donde tuvo que ocuparse en traer leña y agua, avivar el fuego, desplumar aves, seleccionar legumbres, barrer la ceniza y otras labores rudas como éstas.

Así vivió «Bestia Peluda» largo tiempo, llevando una existencia miserable. ¡Ah, bella jovencita! ¿Qué va a ser de ti?

Pero sucedió un día que hubo fiesta en palacio, y ella dijo al cocinero:

—¿No me dejarías subir un ratito a verlo? Me quedaré a mirarlo junto a la puerta.

Respondióle el cocinero:

—Puedes ir si quieres, pero debes estar de vuelta dentro de media hora para recoger la ceniza.

Cogió ella el candil, bajó a la cuadrita, quitóse el abrigo de piel y se lavó el hollín de la cara y las manos, con lo que reapareció su belleza en todo su esplendor. Abriendo luego la nuez, sacó el vestido reluciente como el sol y se lo puso y, así ataviada, subió a la sala donde se celebraba la fiesta.

Todos le dejaron libre paso, pues nadie la conocía y la tomaron por una princesa. El Rey salió a recibirla y, ofreciéndole la mano, la invitó a bailar con él mientras pensaba en su corazón: «Jamás mis ojos vieron una mujer tan bella».

Terminado el baile, inclinóse la doncella y, al buscarla el Rey, había desaparecido sin que nadie supiera su paradero. Los centinelas de las puertas de palacio declararon, al ser preguntados, que no la habían visto entrar ni salir.

Ella había corrido a la cuadra, en la que después de quitarse rápidamente el vestido, se ennegreció cara y manos y se puso el tosco abrigo convirtiéndose de nuevo en la «Bestia Peluda».

Cuando volvió a la cocina a su trabajo, disponiéndose a recoger la ceniza, díjole el cocinero:

—Deja esto para mañana y prepara la sopa del Rey; también quiero yo subir un momento a echar una mirada. Pero procura que no te caiga ni un pelo; de lo contrario no te daremos nada de comer en adelante.

Marchóse el hombre, y «Bestia Peluda» condimentó la sopa del rey haciendo un caldo lo mejor que supo y, cuando ya la tuvo lista, bajó a la cuadra a buscar el anillo de oro y lo echó en la sopera.

Terminada la fiesta, mandó el Rey que le sirviesen la cena y encontró la sopa tan sabrosa como jamás la hubiera comido, y en el fondo del plato encontró el anillo de oro no acertando a comprender cómo había podido ir a parar allí.

Mandó entonces que se presentase el cocinero, el cual tuvo un gran susto al recibir el recado y dijo a «Bestia Peluda»:

—Seguro que se te ha caído un cabello en la sopa. Si es así te costará una paliza.

Al llegar ante el Rey preguntóle éste quién había preparado la sopa, a lo que respondió el hombre:

—Yo la preparé.

Pero el Rey le replicó:

—No es verdad, pues estaba guisada de modo distinto y era mucho mejor que de costumbre.

Entonces dijo el cocinero:

—He de confesar que no la guisé yo, sino aquel animalito tosco.

—Márchate y dile que suba —ordenó el Rey.

Al presentarse «Bestia Peluda» preguntóle el Rey:

—¿Quién eres?

—Soy una pobre muchacha sin padre ni madre.

—¿Qué haces en mi palacio? —siguió preguntando el Soberano.

—No sirvo sino para que me tiren las botas a la cabeza —respondió ella.

—¿De dónde sacaste el anillo que había en la sopa?

—No sé nada del anillo.

El Rey tuvo que despedirla sin sacar nada en claro.

Al cabo de algún tiempo celebróse otra fiesta y, como la vez anterior, «Bestia Peluda» pidió al cocinero que le permitiese subir a verla. Díjole él:

—Sí, pero vuelve dentro de media hora a preparar aquella sopa que tanto gusta al Rey.

Corrió la muchacha a la cuadra, lavóse rápidamente, saco de la nuez el vestido plateado como la luna, y se lo puso.

Dirigióse luego a la sala de fiestas, con el aspecto de verdadera princesa, y el Rey salió nuevamente a su encuentro muy contento de verla, y como en aquel preciso momento empezaba el baile bailaron juntos.

Terminada la danza, volvió ella a desaparecer con tanta rapidez que el Rey no logró descubrir tampoco qué dirección había seguido. La muchacha corrió a la cuadrita, vistióse de nuevo de «Bestia Peluda» y se fue a la cocina a guisar la sopa.

Mientras el cocinero estaba arriba, ella fue a buscar su rueca de oro y la echó en la sopera vertiendo encima la sopa, que fue servida al rey. Encontróla éste tan sabrosa como la otra vez e hizo venir al cocinero, el cual no tuvo más remedio que admitir que «Bestia Peluda» había preparado la sopa.

Llamada nuevamente la muchacha ante el Rey, volvió a contestar a éste que sólo servía para que le arrojasen las botas a la cabeza y que nada sabía de la rueca de oro.

En la tercera fiesta organizada por el Rey, las cosas discurrieron como las dos veces anteriores. El cocinero le dijo:

—Eres una bruja, «Bestia Peluda», y siempre le echas a la sopa algo para hacerla mejor y para que guste al Rey más que lo que yo le guiso.

Sin embargo, ante su insistencia, permitióle ausentarse por breve tiempo.

Esta vez se puso el tercer vestido, el que relucía como las estrellas, y con él se presentó en la sala.

El Rey volvió a bailar con la bellísima doncella, pensando que jamás había visto otra tan hermosa. Y, mientras bailaban, sin que ella lo advirtiese le pasó una sortija de oro por el dedo; además, había dado orden de que el baile se prolongase mucho rato.

Al terminar, trató de sujetarla por las manos, pero ella se escurrió huyendo tan ligera entre los invitados que en un instante desapareció de la vista de todos. Precipitóse a toda velocidad a la cuadra del pie de la escalera, porque su ausencia había durado mucho más de media hora, y no tuvo tiempo para cambiarse de vestido por lo cual echóse encima su abrigo de piel. Además, con las prisas no se tiznó del todo, pues un dedo le quedó blanco. Fuese luego a la cocina, preparó la sopa del Rey y, al salir el cocinero, echó en la sopera la devanadera de oro.

El Rey, al encontrar el objeto en el fondo de la fuente, mandó llamar a «Bestia Peluda», y entonces se dio cuenta del blanquísimo dedo y de la sortija que le había puesto durante el baile.

Cogióla firmemente de la mano, y con los esfuerzos de la muchacha por soltarse, se le abrió un poco el abrigo asomando por debajo el vestido brillante como las estrellas. El Rey le quitó de un tirón el abrigo y aparecieron los dorados cabellos, sin que la muchacha pudiese ya seguir ocultando su hermosura. Y, una vez se hubo lavado el hollín que le ennegrecía el rostro, apareció la criatura más bella que jamás hubiese existido sobre la Tierra.

Dijo el Rey:

—¡Tú eres mi amadísima prometida, y nunca más nos separaremos!

Pronto se celebró la boda, y el matrimonio vivió contento y feliz hasta la hora de la muerte.

Yorinda y Yoringuel

ERASE una vez un viejo castillo que se levantaba en lo más fragoso de un vasto y espeso bosque. Lo habitaba una vieja bruja que vivía completamente sola. De día tomaba la figura de un gato o de una lechuza, y al llegar la noche recuperaba de nuevo su forma humana.

Poseía la virtud de atraer a toda clase de aves y animales silvestres, de los que se alimentaba. Todo aquel que se acercaba a cien pasos del castillo quedaba detenido, sin poder moverse del lugar hasta que ella se lo permitía; y siempre que entraba en aquel estrecho círculo una doncella, la vieja la transformaba en pájaro y, metiéndola en una cesta, la guardaba en un aposento del castillo. Tendría quizá unas siete mil cestas de esta clase.

Vivía también por aquel entonces una doncella llamada Yorinda, más hermosa que ninguna. Era la prometida de un doncel, muy apuesto también, que tenía por nombre Yoringuel. Hallábanse en lo mejor de su noviazgo, y nada les gustaba tanto como estar juntos. Para poder hablar a solas, se fueron un día a pasear por el bosque.

—¡Guárdate bien —dijo Yoringuel— de acercarte demasiado al castillo!

Era un bello atardecer; el sol brillaba entre las ramas de los árboles bañando con su luz el verde de la selva, y una tórtola cantaba su lamento desde lo alto de la vieja haya.

De pronto, a Yorinda se le saltaron las lágrimas; sentóse al sol y se echó a llorar; y también lloraba Yoringuel. Ambos se sentían presa de una extraña angustia, como si presintieran la proximidad de la muerte. Miraban a su alrededor, desconcertados, y no sabían cómo volver a casa.

El sol se ocultaba; sólo la mitad de su disco sobresalía de la cima de la montaña cuando Yoringuel, al dirigir la mirada a través de la maleza, descubrió a muy poca distancia el viejo muro del castillo.

Aterrorizado sintió una angustia de muerte mientras Yorinda cantaba:

«Mi pajarillo del rojo anillo
canta tristeza, tristeza, tristeza,
canta la muerte a su pichoncillo,
canta tristeza, ¡tirit, tirit, tirit!»

Yoringuel se volvió a mirar a Yorinda. La doncella se había transformado en un ruiseñor y cantaba: «¡Tirit, tirit!». Una lechuza de ojos ardientes pasó tres veces volando sobre sus cabezas gritando cada vez: «¡Chu, chu, ju, ju!». Yoringuel no podía moverse; se sentía como petrificado sin poder llorar, ni hablar ni mover manos ni pies.

El sol acabó de desaparecer, la lechuza voló a un arbusto e inmediatamente salió del follaje una vieja encorvada, flaca y macilenta, de grandes ojos encarnados y corva nariz que casi tocaba con la puntiaguda barbilla.

Refunfuñando, cogió al ruiseñor y se lo llevó. Yoringuel no podía pronunciar una palabra ni moverse del lugar; el ruiseñor había desaparecido. Finalmente, volvió la bruja y, con voz sorda, dijo:

—¡Hola, Zaquiel! Cuando brille la lunita en su cestita, desata, Zaquiel, en buena hora.

Y Yoringuel quedó desencantado. Postrándose a los pies de la vieja, suplicóle que le devolviese a su Yorinda. Pero ella le respondió que jamás volvería a verla, y desapareció.

El mozo lloró, clamó, se lamentó, pero todo en vano. «¿Qué será de mí?», se decía.

Anduvo a la ventura y, al fin, llegó a un pueblo desconocido en el que residió durante largo tiempo, trabajando como pastor de ovejas. Con frecuencia iba a rodar por los parajes del castillo, pero sin aventurarse nunca a acercarse demasiado.

Soñó una noche que encontraba una flor roja como la sangre, en cuyo centro había una hermosa perla de gran tamaño. Arrancó la flor y se dirigió con ella al castillo; todo lo que tocaba con la flor, quedaba al momento desencantado; al fin recuperaba también a su Yorinda.

Al levantarse por la mañana se puso a buscar por montes y valles la flor soñada hasta que, al llegar la madrugada del día noveno, la encontró. Tenía en el centro una gota de rocío, grande y hermosa como una perla.

Cortóla y la llevó hasta el castillo; cuando llegó a cien pasos de él no se quedó petrificado, sino que pudo continuar hasta la puerta. Contentísimo, tocó con la flor el portal y éste se abrió bruscamente. Atravesó el patio, agudizando el oído para localizar el aposento de las aves y, al fin, las oyó.

Al entrar en él encontróse con la bruja, que estaba dando de comer a los pájaros encerrados en las siete mil cestas.

Al ver la vieja a Yoringuel, encolerizóse terriblemente y se puso a increparle y a escupirle bilis y veneno; pero no podía acercársele a más de dos pasos. Él, sin hacerle caso, se dirigió a las cestas que contenían los pájaros; pero, entre tantos centenares de ruiseñores, ¿cómo iba a reconocer a su Yorinda?

Mientras seguía buscando, observó que la vieja se llevaba disimuladamente una cesta y con ella se encaminaba hacia la puerta.

Precipitándose sobre la bruja, con la flor tocó la cesta y, al mismo tiempo, a la mujer, la cual perdió en el acto todo su poder de brujería mientras reaparecía Yorinda, tan hermosa como antes, y se arrojaba en sus brazos.

Redimió él entonces a todas las demás doncellas transformadas en aves y, con Yorinda, regresaron a su casa donde ya vivieron muchos años con toda felicidad.

La muerte de la Gallinita

EN cierta ocasión, Gallinita y Gallito fueron al monte de los nogales y convinieron en que el que encontrase una nuez la partiría con el otro.

He aquí que Gallinita encontró una muy grande pero no dijo nada, pues quería comérsela ella sola. Pero tanto abultaba la nuez, que no pudo tragársela y se le quedó atragantada.

Estaba ella en gran apuro, pues temía ahogarse, y gritó:

—¡Gallito, por favor, corre cuanto puedas y tráeme agua, pues me ahogo!

Gallito echó a correr tan rápidamente como pudo hacia la fuente y, al llegar a ella, le dijo:

—Fuente, dame agua; Gallinita está en la nogaleda, se le ha atragantado una nuez muy gorda y se está ahogando.

Respondióle la fuente:

—Corre antes en busca de la novia, y dile que te dé seda colorada.

Corrió Gallito a la novia.

—Novia, dame seda colorada, que la llevaré a la fuente, y ella me dará agua para llevar a Gallinita, la cual está en la nogaleda con una nuez atragantada y a punto de asfixiarse.

Respondióle la novia:

—Corre primero a buscarme una guirnaldita que se me quedó colgada del sauce.

Y corrió Gallito al sauce y, descolgando la guirnalda de una rama, llevóla a la novia; y la novia le dio seda colorada y, al entregarle la seda colorada, diole agua la fuente.

Gallito llevó entonces el agua a Gallinita, pero ya era tarde; cuando llegó, Gallinita, asfixiada, estaba tendida en el suelo inmóvil.

Quedó Gallito tan triste que prorrumpió en amargo llanto y, al oírlo, todos los animales acudieron a compartir su dolor. Y seis ratones construyeron un cochecito para conducir a Gallinita a su última morada; y cuando el cochecito estuvo listo se engancharon a él, y Gallito se puso de cochero.

Pero en el camino se les presentó la zorra:

—¿Adónde vas, Gallito?

—A enterrar a Gallinita.

—¿Me dejas que te acompañe en el coche?

«Sí, pero detrás tendrás que sentarte,
o mis caballitos no podrán llevarte».

Sentóse la zorra detrás y, sucesivamente, subieron el lobo, el oso, el ciervo, el león y todos los animales del bosque. Y así continuó la comitiva hasta llegar a un arroyo.

—¿Cómo lo cruzaremos? —preguntó Gallito.

He aquí que había allí una paja la cual dijo:

—Me echaré de través y podréis pasar por encima de mí.

Pero no bien los seis ratones hubieron llegado al centro del puente, hundióse la paja cayéndose al río y, con ella, los seis ratones que se ahogaron.

Ante el apuro, acercóse una brasa de carbón y dijo:

—Yo soy lo bastante larga para llegar de una orilla a la otra; pasaréis sobre mí.

Y se atravesó encima del agua; pero, habiendo tenido la desgracia de tocarla un poco, dejó oír un siseo y quedó muerta.

Al verlo una piedra, sintió compasión y, deseosa de ayudar a Gallito, púsose a su vez sobre el agua. Uncióse el propio Gallito al coche, y cuando ya casi tenía a Gallinita en suelo firme, al disponerse a arrastrar a los que iban detrás, como era excesivo el peso de todos, desplomóse el coche y todos cayeron al agua y se ahogaron.

Gallito se quedó solo con Gallinita; cavóle una sepultura, la enterró en ella y erigióle un túmulo encima. Posándose luego en su cumbre, estuvo

llorándola hasta que se murió, y helos aquí muertos a todos.

Juan con suerte

JUAN había servido siete años a su amo y le dijo:

—Mi amo, he terminado mi tiempo y quisiera volverme a casa con mi madre. Pagadme mi soldada.

Respondióle el amo:

—Me has servido fiel y honradamente; el premio estará a la altura del servicio.

Y le dio un pedazo de oro tan grande como la cabeza de Juan. Sacó éste su pañuelo del bolsillo, envolvió en él el oro y, cargándoselo al hombro, emprendió el camino de su casa.

Mientras andaba, vio a un hombre montado a caballo que avanzaba alegremente a un trote ligero.

—¡Ay! —exclamó Juan en alta voz—, ¡qué cosa más hermosa es ir a caballo! Va uno como sentado en una silla, no tropieza contra las piedras ni se estropea las botas, y adelanta sin darse cuenta.

Oyólo el jinete y, deteniendo el caballo, le dijo:

—Oye, Juan, ¿por qué vas a pie?

—¡Qué remedio me queda! —respondió el mozo—. He de llevar este terrón a casa; cierto que es de oro, pero no me deja ir con la cabeza derecha y me pesa en el hombro.

—¿Sabes qué? —díjole el caballero—. Vamos a cambiar; yo te doy el caballo, y tú me das tu terrón.

—¡De mil amores! —exclamó Juan—. Pero tendréis que llevarlo a cuestas, os lo advierto.

Apeóse el jinete, cogió el oro y, ayudando a Juan a montar, púsole las riendas en la mano y le dijo:

—Si quieres que corra, no tienes sino que chasquear la lengua y gritar «¡hop, hop!».

Juan no cabía en sí de contento al verse encaramado en su caballo, trotando tan libre y holgadamente.

Al cabo de un ratito ocurriósele que podía acelerar la marcha, y se puso a chasquear la lengua y gritar «¡hop, hop!». El caballo empezó a trotar, y antes de que Juan pudiera darse cuenta, había sido despedido de la montura y se encontraba tendido en la zanja que separaba los campos de la carretera.

El caballo se habría escapado, de no haberlo detenido un campesino que acertaba a pasar por allí conduciendo una vaca.

Juan se incorporó como pudo, se sacudió y, muy mohíno, dijo al labrador:

—Esto del montar tiene bromas muy pesadas, sobre todo con un jamelgo como éste que te echa por la borda con peligro de romperte la crisma. Por nada del mundo volveré a montarlo. Vuestra vaca sí que es buen animal; uno puede caminar tranquilamente detrás de ella y, además, te da leche, mantequilla y queso cada día. ¡Qué no daría yo por tener una vaca así!

—Pues bien —respondió el campesino—; si tanto te gusta, estoy dispuesto a cambiártela por el caballo.

Juan aceptó encantado el trato y el labriego, subiendo a su montura, se alejó a toda prisa.

Entretanto, Juan guiando su vaca ponderaba el buen negocio que acababa de realizar: «Si tengo un pedazo de pan, y mucho será que llegue a faltarme, podré siempre acompañarlo de mantequilla y queso; y cuando tenga sed, ordeñaré la vaca y beberé leche. ¿Qué más puedes apetecer, corazón mío?».

Hizo alto en la primera hospedería que encontró, y se comió alegremente las provisiones que le quedaban rociándolas con medio vaso de cerveza, que pagó con los pocos cuartos que llevaba en el bolsillo.

Luego prosiguió su ruta, conduciendo la vaca hacia el pueblo de su madre. Se acercaba el mediodía; el calor hacíase sofocante y Juan se encontró en un erial que no se podía pasar en menos de una hora. Tan intenso era el bochorno, que de sed se le pegaba la lengua al paladar. «Esto tiene remedio —pensó Juan—; ordeñaré la vaca y la leche me refrescará».

Atóla al tronco seco de un árbol y, como no tenía ningún cubo, puso su gorra de cuero para recoger la leche; pero por más que se esforzó no pudo hacer salir ni una gota. Y como lo hacía con tanta torpeza el animal, impacientándose al fin, pególe en la cabeza una patada tal que lo tiró rodando por el suelo y lo dejó un rato sin sentido.

Por fortuna acertó a pasar por allí un carnicero, que transportaba un cerdo joven en un carretón.

—¡Vaya bromitas! —exclamó ayudando a Juan a levantarse.

Explicóle éste su percance y el otro, alargándole su bota, le dijo:

—Bebe un trago para reponerte. Esta vaca seguramente no dará leche, pues es vieja; a lo sumo servirá para tirar de una carreta o para ir al matadero.

—¡Ésa sí que es buena! —exclamó Juan tirándose de los pelos—. ¿Quién iba a pensarlo? Para uno que estuviera en su casa, no vendría mal matar un animal así, con la cantidad de carne que tiene. Pero a mí no me dice gran cosa la carne de vaca; la encuentro insípida. Un buen cerdo como el vuestro es otra cosa. ¡Esto sí que sabe bien y, además, las salchichas!

—Oye, Juan —dijo el carnicero—; estoy dispuesto, para hacerte un favor, a cambiarte el cerdo por la vaca.

—Dios os premie vuestra bondad —respondió Juan.

Y, entregándole la vaca, el otro descargó del carretón el cochino y le puso en la mano la cuerda que lo ataba.

Siguió Juan andando, contentísimo por lo bien que se iban colmando sus deseos; apenas le salía torcida una cosa, en un santiamén le quedaba enderezada.

Más adelante se le juntó un muchacho que llevaba bajo el brazo una hermosa oca blanca.

Después de darse los buenos días, Juan se puso a contar al otro la suerte que había tenido y lo afortunado que había estado en sus cambios sucesivos. El chico le dio cuenta, a su vez, de que llevaba la oca para una comida de bautizo.

—Sopésala —prosiguió sosteniéndola por las alas—; mira lo hermosa que está; la estuvimos cebando durante ocho semanas. Al que coma de este asado le chorreará la grasa por ambos lados de la boca.

—Sí —dijo Juan sopesando el animal con una mano—, tiene su peso; pero tampoco mi cerdo es grano de anís.

Entretanto, el muchacho que no cesaba de mirar a todas partes con aire preocupado, dijo:

—Óyeme, mucho me temo de que con tu cerdo las cosas no estén como Dios manda. En el último pueblo por el que he pasado acababan de robar un cerdo del establo del alcalde; y no me extrañaría que fuese el que tú llevas. Han despachado gente en su busca, y mal negocio harías si te atrapasen con él; por contento podrías darte si te saliese una temporada a la sombra.

El buenazo de Juan sintió miedo:

—¡Dios mío! —exclamó y, dirigiéndose al muchacho, le dijo—. Sácame de este apuro; tú sabes más que yo de todo esto. Quédate con el cerdo, y dame en cambio la oca.

—Mucho es el riesgo que corro —respondió el mozo—, pero no puedo permitir que te ocurra una desgracia por mi culpa.

Y, asiendo de la cuerda, alejóse rápidamente con el cerdo por un estrecho camino mientras Juan, libre ya de angustia, seguía hacia su pueblo con la oca debajo del brazo. «Si bien lo pienso —iba diciéndose—, salgo ganando en el cambio. En primer lugar, el rico asado; luego, con la cantidad de grasa que saldrá, tendremos manteca para tres meses; y, finalmente, con esta hermosa pluma blanca me haré rellenar una almohada en la que dormiré como un príncipe. ¡No se pondrá poco contenta mi madre!».

Al pasar por el último pueblo topóse con un afilador que iba con su torno y, haciendo rechinar la rueda, cantaba:

«Afilo tijeras con gran ligereza;
donde sopla el viento, allá voy sin pereza».

Quedóse Juan parado contemplándolo; al cabo, se le acercó y le dijo:

—Os deben de ir muy bien las cosas, pues estáis muy contento mientras le dais a la rueda.

—Sí —respondióle el afilador—, este oficio tiene un fondo de oro. Un buen afilador, siempre que se mete la mano en el bolsillo la saca con dinero. Pero ¿dónde has comprado esa hermosa oca?

—No la compré, sino que la cambié por un cerdo.

—¿Y el cerdo?

—Di una vaca por él.

—¿Y la vaca?

—Me la dieron a cambio de un caballo.

—¿Y el caballo?

—¡Oh!, el caballo lo compré por un trozo de oro tan grande como mi cabeza.

—¿Y el oro?

—Pues era mi salario de siete años.

—Pues ya te digo yo que has salido ganando con cada cambio —dijo el afilador—. Ya sólo te falta hallar la manera de que cada día, al levantarte, oigas sonar el dinero en el bolsillo, y tu fortuna será completa.

—¿Y cómo se logra eso? —preguntó Juan.

—Pues haciéndote afilador, como yo; para lo cual, en realidad, no se necesita más que tener un mollejón; lo otro viene por sí mismo. Yo tengo uno que, a la verdad, está algo averiado, pero vaya, me avendría a cedértelo a cambio de la oca. ¿Qué dices a esto?

—¿Y me lo preguntáis? —respondió Juan—. Haríais de mí el hombre más feliz de la tierra. Teniendo dinero cada vez que meta la mano en el bolsillo, ¿de qué habré de preocuparme ya?

Y, tendiéndole la oca, se quedó con el mollejón. El afilador, cogiendo del suelo un guijarro muy pesado, le dijo:

—Además, te doy esta buena piedra; podrás golpear sobre ella para enderezar los clavos viejos y torcidos. Llévatela y guárdala cuidadosamente.

Cargó Juan con la piedra, y reemprendió su camino con el corazón rebosante de alegría: «¡Bien se ve que he nacido con buena estrella! —exclamó—, pues veo colmados todos mis deseos, como si tuviese el don de la adivinación».

Entretanto, empezó a sentirse fatigado, pues venía andando desde la madrugada; además, lo acuciaba el hambre, ya que en su momento de optimismo, cuando el negocio de la vaca, había liquidado todas sus provisiones.

Finalmente, ya no pudo avanzar sino con enorme esfuerzo, deteniéndose a cada momento; sin contar que las piedras le pesaban lo suyo. No podía

alejar de sí el pensamiento de lo agradable que habría sido para él no tener que llevarlas.

Avanzando como un caracol, arrastróse hasta una fuente, con la idea de descansar junto a ella y beber un buen trago de agua fresca. Para no estropear las piedras al sentarse, las puso cuidadosamente sobre el borde; luego, al agacharse para beber, hizo un falso movimiento y, ¡plum!, las dos piedras se cayeron al fondo.

Juan, al ver que se hundían en el agua, pegó un brinco de alegría y, arrodillándose, dio gracias a Dios con lágrimas en los ojos por haberle concedido aquella última gracia, y haberlo librado de un modo tan sencillo, sin remordimiento para él, de las dos pesadísimas piedras que tanto le estorbaban.

—¡En el mundo entero no hay un hombre mas afortunado que yo! —exclamó entusiasmado.

Y con el corazón ligero, y libre de toda carga, reemprendió la ruta no parando ya hasta llegar a casa de su madre.

El pobre y el rico

HACE ya muchísimo tiempo, cuando Dios Nuestro Señor andaba aún por la Tierra entre los mortales, un atardecer se sintió cansado y le sorprendió la oscuridad antes de encontrar albergue.

He aquí que encontró en su camino dos casas, una frente a la otra, grande y hermosa la primera, pequeña y de pobre aspecto la segunda. Pertenecía la primera a un rico, y la segunda, a un pobre. Pensó Nuestro Señor: «Para el rico no resultaré gravoso; pasaré, pues, la noche en su casa».

Cuando el hombre oyó que llamaban a su puerta, abrió la ventana y preguntó al forastero qué deseaba. Respondióle Nuestro Señor:

—Quisiera que me dierais albergue por una noche.

El rico miró al forastero de pies a cabeza y, viendo que vestía muy sencillamente y no tenía aspecto de persona acaudalada, sacudiendo la cabeza le dijo:

—No puedo alojaros; todas mis habitaciones están llenas de plantas y semillas; y si tuviese que albergar a cuantos llaman a mi puerta, pronto habría de coger yo mismo un bastón y salir a mendigar. Tendréis que buscar acomodo en otra parte.

Y, cerrando la ventana, dejó plantado a Nuestro Señor el cual, volviendo la espalda a la casa, se dirigió a la mísera de enfrente.

Apenas hubo llamado, abrió la puerta el pobre dueño e invitó al viandante a entrar:

—Quedaos aquí esta noche —le dijo—; ha oscurecido ya, y hoy no podríais seguir adelante.

Complacióle esta acogida a Nuestro Señor, y se quedó. La mujer del pobre le estrechó la mano, le dio la bienvenida y le dijo que se considerase

en su casa; poco tenían, pero de buen grado se lo ofrecieron.

La mujer puso a cocer unas patatas y, entretanto, ordeñó la cabra para poder acompañarlas con un poco de leche. Cuando la mesa estuvo puesta, sentóse a ella Nuestro Señor y cenaron juntos, y le agradó aquella vianda tan sencilla pues se reflejaba el contento en los rostros que lo acompañaban.

Terminada la cena, y siendo hora de acostarse, la mujer llamó aparte a su marido y le dijo:

—Escucha, marido; por esta noche dormiremos en la paja, para que el pobre forastero pueda descansar en nuestra cama. Ha caminado durante todo el día y debe de estar rendido.

—Muy bien pensado —respondió el marido—. Voy a decírselo.

Y, acercándose a Nuestro Señor, ofrecióle la cama en la que podría descansar cómodamente. Nuestro Señor se resistió, pero ellos insistieron tanto que, al fin, hubo de aceptar y se acostó en ella mientras el matrimonio lo hacía sobre un lecho de paja.

Levantáronse de madrugada y prepararon para el forastero el desayuno mejor que pudieron. Y cuando el sol asomó por la ventana y Nuestro Señor se hubo levantado, desayunaron los tres juntos y Nuestro Señor se dispuso a seguir su camino.

Hallándose ya en la puerta, volvióse y dijo:

—Puesto que sois piadosos y compasivos, voy a concederos las tres gracias que me pidáis.

Respondió el pobre:

—¡Qué otra cosa podríamos desear sino la salvación eterna y que, mientras vivamos, no nos falte a los dos salud y un pedazo de pan! ¡Ya no sabría qué más pedir!

Dijo Nuestro Señor:

—¿No te gustaría tener una casa nueva, en lugar de esta vieja?

—¡Claro que sí! —contestó el hombre—. Si también esto fuese posible, de veras me gustaría.

Nuestro Señor satisfizo aquellos deseos, transformó la vieja casa en una nueva y se marchó después de darles su bendición.

Ya muy entrado el día se levantó el rico y, al salir a la ventana vio enfrente, en el lugar que ocupara antes la mísera choza, una casa nueva y

pulcra cubierta de tejas rojas.

Abriendo unos ojos como naranjas, llamó a su esposa y le dijo:

—¿Sabes tú lo que ha sucedido? Anoche aún había aquella vieja y mísera barraca, y hoy, ¡fíjate qué casa tan bonita, completamente nueva! A ver si te enteras de lo que ha pasado.

La mujer salió a preguntar al pobre, el cual le dijo:

—Anoche llegó un caminante que nos pidió albergue y esta mañana, al despedirse, nos ha concedido tres gracias: la salvación eterna, la salud y el pan cotidiano en esta vida y, además, ha transformado nuestra choza en esta hermosa casa.

Apresuróse la mujer del rico a contar a su marido lo ocurrido y éste, al oírlo, exclamó:

—¡Es para arrancarse los pelos y darse de bofetadas! ¡Si lo hubiese sabido! El forastero vino antes aquí, pidiéndome que le dejase pasar la noche en casa, y yo lo despedí.

—Pues no pierdas tiempo —díjole la mujer—; monta a caballo y aún lo alcanzarás; debes pedirle también tres gracias.

Siguiendo el consejo de su esposa, partió el hombre a caballo y no tardó en alcanzar a Nuestro Señor. Dirigiéndose a él con toda finura y cortesía, rogóle que no tuviera en cuenta el no haberlo admitido en casa; mientras entró a buscar la llave, él se había marchado; pero si quería rehacer el camino, lo acogería en su casa.

—Bien —díjole Nuestro Señor—. Si algún día vuelvo por estas tierras, lo haré.

Preguntóle entonces el rico si no le quería conceder también tres gracias, como a su vecino. Nuestro Señor le dijo que podía hacerlo; pero valía más que no le pidiera nada, pues sería por su mal. Replicó el rico que él se veía capaz de pensar algo que le conviniese, con tal de saber que le sería concedido, y dijo Nuestro Señor:

—Vuelve a tu casa y verás realizados tus tres primeros deseos.

El rico, logrado lo que se proponía, emprendió el retorno cavilando acerca de lo que podría pedir. Ensimismado en sus cavilaciones soltó las riendas, y el caballo se puso a saltar, cosa que le hacía perder a cada momento el hilo de sus pensamientos.

—¡Estate quieta, Lisa! —decía golpeando el cuello del animal; pero éste seguía con sus travesuras.

Hasta que el hombre, en un arrebato de mal humor, exclamó:

—¡Ojalá te rompieses el pescuezo!

Apenas habían salido tales palabras de sus labios, cuando se encontró en el suelo, con el caballo inmóvil y muerto a su lado. Quedaba cumplido su primer deseo.

Avaro de natural, el rico no quiso abandonar y perder también la silla y el correaje, y se los cargó a la espalda para proseguir su camino a pie. «Aún me quedan dos deseos», pensaba, consolándose con estas ideas.

Como debía avanzar por un terreno arenoso y el sol caía a plomo, pues era mediodía, el calor empezó a hacérsele insoportable y andaba de muy mal talante. Le pesaba la silla y, por otra parte, no acertaba con lo que le sería más conveniente pedir: «Aunque desease todos los tesoros y riquezas de la Tierra —decía para sus adentros—, sé que después se me antojarían otras mil cosas. Así, pues, debo arreglármelas de manera que, al colmarme mi deseo, no pueda ya ambicionar nada más». Y, suspirando, añadió: «Si fuese como el campesino bávaro, que pudiendo también pedir tres gracias deseó, primero, mucha cerveza; después, tanta cerveza como fuese capaz de beber y, finalmente, otro barril de cerveza».

Varias veces creía haber dado en el clavo pero, inmediatamente, aquello le parecía ya muy poco hasta que, de pronto, se le ocurrió pensar que mientras él estaba pasando todas aquellas fatigas su mujer, bien arrellanada en su casa en una sala fresca, se daba la gran vida.

La idea lo enfureció tanto que, sin darse cuenta, dijo:

—¡Ojalá estuviese sentada en esta silla y no pudiese desmontar de ella, en vez de tener que arrastrarla yo tanto rato!

Acabar de pronunciar estas palabras y desaparecer la silla de su espalda fue todo uno; entonces el hombre comprendió que acababa de realizar su segundo deseo. Acalorado y excitado echó a correr, suspirando por llegar a su casa e instalarse cómodamente en ella para pensar con calma hasta que diese con algo digno de su tercera petición.

Pero al llegar a su morada y abrir la puerta, lo primero que vio fue a su mujer sentada en la silla de montar, gritando y llorando porque no podía

bajar de ella.

Díjole el hombre entonces:

—Cálmate y tranquilízate; aunque tengas que seguir sentada ahí, te proporcionaré todas las riquezas del mundo.

Pero la mujer tratólo de imbécil y le dijo:

—¡De qué me servirán todas las riquezas del mundo, si no puedo moverme de la silla! ¡Ya que tú me pusiste en ella, sácame ahora!

Y él, quieras que no, hubo de formular por tercer deseo que su esposa pudiese apearse de la silla y, al instante, quedó cumplida la petición.

Como resultado de todo ello no había sacado más que malos humores, fatigas, insultos y un caballo perdido. Los pobres, en cambio, vivieron contentos y tranquilos hasta su fin, que fue santo y ejemplar.

El rey de la montaña de oro

UN comerciante tenía dos hijos, un niño y una niña, tan pequeños que todavía no andaban.

Dos barcos suyos, ricamente cargados, se hicieron a la mar; contenían toda su fortuna, y cuando él pensaba realizar con aquel cargamento un gran beneficio, llególe la noticia de que habían naufragado, con lo cual en vez de un hombre opulento, convirtióse en un pobre, sin más bienes que un campo en las afueras de la ciudad.

Con la idea de distraerse en lo posible de sus penas, salió un día a su terruño y, mientras paseaba de un extremo a otro, acercósele un hombrecillo negro y le preguntó el motivo de su tristeza, que no parecía sino que le iba el alma en ella.

Respondióle el mercader:

—Te lo contaría si pudieses ayudarme a reparar la desgracia.

—¡Quién sabe! —exclamó el enano negro—. Tal vez me sea posible ayudarte.

Entonces el mercader le dijo que toda su fortuna se había perdido en el mar, y que ya no le quedaba sino aquel campo.

—No te apures —díjole el hombrecillo—. Si me prometes que dentro de doce años me traerás aquí lo primero que te toque la pierna cuando regreses ahora a tu casa, tendrás todo el dinero que quieras.

Pensó el comerciante: «¿Qué otra cosa puede ser, sino mi perro?», sin acordarse ni por un instante de su hijito, por lo cual aceptó la condición del enano suscribiéndola y sellándola.

Al entrar en su casa, su pequeño sintióse tan contento de verlo que, apoyándose en los bancos, consiguió llegar hasta él y se le agarró a la pierna. Espantóse el padre pues, recordando su promesa, diose ahora cuenta

del compromiso contraído. Pero al no encontrar dinero en ningún cajón ni caja, pensó que todo habría sido una broma del hombrecillo negro.

Al cabo de un mes, al bajar a la bodega en busca de metal viejo para venderlo, encontró un gran montón de dinero. Púsose el hombre de buen humor, empezó a comprar convirtiéndose en un comerciante más acaudalado que antes y se olvidó de todas sus preocupaciones.

Mientras tanto, el niño había crecido y se mostraba muy inteligente y bien dispuesto. A medida que transcurrían los años crecía la angustia del padre, hasta el extremo de que se le reflejaba en el rostro.

Un día le preguntó el niño la causa de su desazón, y aunque el padre se resistió a confesarla, insistió tanto el hijo que, finalmente, le dijo que sin saber lo que hacía lo había prometido a un hombrecillo negro a cambio de una cantidad de dinero; y cuando cumpliese los doce años vencía el plazo y tendría que entregárselo, pues así lo había firmado y sellado.

Respondióle el niño:

—No os aflijáis por esto, padre; todo se arreglará. El negro no tiene ningún poder sobre mí.

El hijo pidió al señor cura le diese su bendición y, cuando sonó la hora, se encaminaron juntos al campo donde el muchachito, describiendo un círculo en el suelo, situóse en su interior con su padre.

Presentóse a poco el hombrecillo y dijo al viejo:

—¿Me has traído lo que prometiste?

El hombre no respondió, mientras el hijo preguntaba:

—¿Qué buscas tú aquí?

A lo que replicó el negro:

—Es con tu padre con quien hablo, no contigo.

Pero el muchacho replicó:

—Engañaste y sedujiste a mi padre; dame el contrato.

—No —respondió el enano—, yo no renuncio a mi derecho.

Tras una larga discusión convinieron, finalmente, en que el hijo, puesto que ya no pertenecía a su padre sino al diablo, embarcaría en un barquito anclado en un río que corría hacia el mar; el padre empujaría la embarcación hacia el centro de la corriente y abandonaría al niño a su merced.

Despidióse el niño de su padre y subió al barquichuelo, y su propio padre tuvo que impulsarlo con el pie. Volcó el barco, quedando con la quilla para arriba y la cubierta en el agua. El padre, creyendo que su hijo se había ahogado, regresó tristemente a su casa y lo lloró durante largo tiempo.

Pero el barquito no se había hundido, sino que siguió flotando suavemente con el mocito a bordo hasta que, al fin, quedó varado en una orilla desconocida.

Desembarcó el muchacho y, viendo un hermoso palacio, encaminóse a él sin vacilar. Pero al pasar la puerta vio que era un castillo encantado. Recorrió todas las salas, mas todas estaban desiertas excepto la última, donde había una serpiente enroscada.

La serpiente era, a su vez, una doncella encantada que al verlo dio señales de gran alegría y le dijo:

—¿Has llegado, libertador mío? Durante doce años te he estado esperando; este reino está hechizado y tú debes redimirlo.

—¿Y cómo puedo hacerlo? —preguntó él.

—Esta noche comparecerán doce hombres negros que llevan cadenas colgando, y te preguntarán el motivo de tu presencia aquí; tú debes mantenerte callado, sin responderles, dejando que hagan contigo lo que quieran. Te atormentarán, golpearán y pincharán; tú, aguanta, pero no hables; a las doce se marcharán. La segunda noche vendrán otros doce, y la tercera, veinticuatro, y te cortarán la cabeza; pero a las doce su poder se habrá terminado, y si para entonces tú has resistido y no has pronunciado una sola palabra, yo quedaré desencantada. Vendré con un frasco de agua de vida, te rociaré con ella y quedarás vivo y sano como antes.

—Te rescataré gustoso —respondió él.

Y todo sucedió tal y como se le había predicho. Los hombres negros no pudieron arrancarle una sola palabra, y la tercera noche la serpiente se transformó en una hermosa princesa que, provista del agua de vida, acudió a resucitarlo.

Luego, arrojándose a su cuello, lo besó y el júbilo y la alegría se esparcieron por todo el palacio. Casáronse, y el muchacho convirtióse en rey de la montaña de oro.

Al cabo de un tiempo de vida feliz, la reina dio a luz un hermoso niño. Cuando habían transcurrido ya ocho años, el joven se acordó de su padre y le entró el deseo de ir a verlo a su casa.

La Reina no quería dejarlo partir diciendo:

—Sé que será mi desgracia.

Pero él no la dejó en paz hasta haber conseguido su asentimiento. Al despedirlo, ella le dio un anillo mágico y le dijo:

—Llévate esta sortija y póntela en el dedo; con ella podrás trasladarte adonde quieras; únicamente has de prometerme que no la utilizarás para hacer que yo vaya a la casa de tu padre.

Prometióselo él y, poniéndose el anillo en el dedo, pidió encontrarse en las afueras de la ciudad donde su padre residía. En el mismo momento estuvo allí y se dispuso a entrar en la población; pero al llegar a la puerta, detuviéronle los centinelas por verle ataviado con vestidos extraños, aunque ricos y magníficos.

Subió entonces a la cima de un monte, en la que un pastor guardaba su rebaño; cambió con él sus ropas y, vistiendo la zamarra del pastor, pudo entrar en la ciudad sin ser molestado.

Presentóse en la casa de su padre y se dio a conocer; pero el hombre se negó a prestarle crédito diciéndole que, si bien en verdad que había tenido un hijo, había muerto muchos años atrás; con todo, como veía que se trataba de un pobre pastor le ofreció un plato de comida.

Entonces, el mozo dijo a sus padres:

—Es verdad que soy vuestro hijo. ¿No sabéis de alguna seña en mi cuerpo por la que pudierais reconocerme?

—Sí —respondió la madre—, nuestro hijo tenía un lunar en forma de frambuesa debajo del brazo derecho.

Apartóse él la camisa, y al ver el lunar en el sitio indicado dejaron ya de dudar de que tenían consigo a su hijo.

Contóle él entonces que era rey de la montaña de oro, que su esposa era una princesa y que tenían un hermoso hijito de siete años.

Dijo entonces la madre:

—¡Esto sí que no lo creo! ¡Vaya un rey, que se presenta vestido de pastor!

Irritado el hijo, sin acordarse de su promesa, dio la vuelta al anillo conjurando a su esposa y a su hijo a que compareciesen, y en el mismo momento se presentaron los dos; la Reina llorando y lamentándose y acusándolo de haber quebrantado su palabra y haberla hecho a ella desgraciada.

Respondióle él:

—Lo hice impremeditadamente y sin mala intención.

Y trató de disculparse y persuadirla. Ella simuló ceder a sus excusas, pero ya el rencor anidaba en su alma.

Condujo a su esposa a las afueras de la ciudad y le mostró el río en el que había sido lanzado el barquito; luego le dijo:

—Estoy cansado; siéntate, quiero dormir un poco sobre tu regazo.

Apoyó en él la cabeza, y la Reina lo estuvo acariciando hasta que se durmió. Quitóle entonces el anillo del dedo y, retirando el pie de debajo de él, descalzóse y dejó la chinela; luego cogió en brazos a su hijito y pidió volver a su reino.

Al despertar, el Rey encontróse completamente abandonado; su esposa e hijo habían desaparecido, así como el anillo de su dedo, no quedándole más que la chinela como prenda.

«A la casa de mis padres no puedo volver —pensó—; dirían que soy brujo; no tengo más solución que ponerme en camino y seguir hasta que llegue a mis dominios».

Partió pues, y al fin se encontró en una montaña donde había tres gigantes que disputaban acaloradamente porque no lograban ponerse de acuerdo sobre la manera de repartirse la herencia de su padre.

Al verlo pasar de largo, lo llamaron y, diciendo que los hombres pequeños eran de inteligencia avispada, lo invitaron a actuar de árbitro en el reparto.

La herencia se componía de una espada que, cuando uno la blandía y gritaba: «¡Todas las cabezas al suelo, menos la mía!», en un abrir y cerrar de ojos, decapitaba a todo bicho viviente; en segundo lugar, de una túnica que hacía invisible a quien la llevaba; y, en tercero, de un par de botas que llevaban en un instante, a quien se las ponía, al lugar que deseaba.

Dijo el Rey:

—Dadme los tres objetos, pues he de examinarlos para ver si se hallan en buen estado.

Alargáronle la túnica y, no bien se la hubo puesto, desapareció convertido en una mosca. Recuperando su figura propia, dijo:

—La túnica está bien; venga ahora la espada.

Pero los otros replicaron:

—¡Ah, no! No te la damos. Sólo con que dijeses: «¡Todas las cabezas al suelo, menos la mía!», quedaríamos decapitados, y sólo tú quedarías con vida.

No obstante, al fin se avinieron a entregársela a condición de que la probase en un árbol. Hízolo así, y la espada cortó el tronco a cercén como si fuese una paja. Quiso entonces examinar las botas, pero los gigantes se opusieron:

—No, no te las damos. Si, cuando las tengas puestas, te da por trasladarte a la cima de la montaña, nosotros nos quedaríamos sin nada.

—No —les dijo—, no lo haré.

Y le dejaron las botas. Ya en posesión de las tres piezas, y no pensando más que en su esposa y su hijo, díjose para sus adentros: «¡Ah, si pudiese encontrarme en la montaña de oro!» e, inmediatamente, desapareció de la vista de los tres gigantes, con lo cual quedó resuelto el pleito del reparto de la herencia.

Al llegar el Rey al palacio notó que había en él gran alborozo; sonaban violines y flautas, y la gente le dijo que la Reina se disponía a celebrar su boda con un segundo marido.

Encolerizado, exclamó:

—¡Pérfida! ¡Me ha engañado; me abandonó mientras dormía!

Y, poniéndose la túnica, penetró en el palacio sin ser visto de nadie.

Al entrar en la gran sala vio una enorme mesa servida con deliciosas viandas; los invitados comían y bebían entre risas y bromas, mientras la Reina, sentada en el lugar de honor en un trono real, aparecía magníficamente ataviada con la corona en la cabeza.

Él fue a colocarse detrás de su esposa sin que nadie lo viese y, cuando le pusieron en el plato un pedazo de carne, se lo quitó y se lo comió, y cuando le llenaron la copa de vino, cogióla también y se la bebió; y a pesar de que

la servían una y otra vez, se quedaba siempre sin nada, pues platos y copas desaparecían instantáneamente.

Apenada y avergonzada levantóse y, retirándose a su aposento, se echó a llorar, pero él la siguió. Dijo entonces la mujer:

—¿Es que me domina el diablo, y jamás vendrá mi salvador?

Él, pegándole entonces en la cara, replicó:

—¿Acaso no vino tu salvador? ¡Está aquí, mujer falaz! ¿Merecía yo este trato?

Y, haciéndose visible, entró en la sala gritando:

—¡No hay boda; el rey legítimo ha regresado!

Los reyes, príncipes y consejeros allí reunidos empezaron a escarnecerlo y burlarse de él; pero el muchacho, sin gastar muchas palabras, gritó:

—¿Queréis marcharos o no?

Y, viendo que se aprestaban a sujetarlo y acometerle, desenvainando la espada dijo:

—¡Todas las cabezas al suelo, menos la mía!

Y todas las cabezas rodaron por tierra y entonces él, dueño de la situación, volvió a ser el rey de la montaña de oro.

El cuervo

ERASE una vez una reina que tenía una hijita de poca edad, a la que había que llevar aún en brazos.

Un día la niña estaba muy impertinente, y su madre no lograba aquietarla de ningún modo hasta que, perdiendo la paciencia, al ver unos cuervos que volaban en torno al palacio, abrió la ventana y dijo:

—¡Ojalá te volvieses cuervo y echases a volar; por lo menos tendría paz!

Pronunciadas apenas estas palabras, la niña quedó transformada en cuervo y, desprendiéndose del brazo materno, huyó volando por la ventana.

Fue a parar a un bosque tenebroso, en el que permaneció largo tiempo, y sus padres perdieron todo rastro de ella.

Cierto día, un hombre que pasaba por el bosque percibió el graznido de un cuervo; al acercarse al lugar de donde procedía, oyó que decía el ave:

—Soy princesa de nacimiento y quedé encantada; pero tú puedes redimirme.

—¿Qué debo hacer? —preguntó él.

Y respondióle el cuervo:

—Sigue bosque adentro, hasta que encuentres una casa en la que vive una vieja. Te ofrecerá comida y bebida; pero no aceptes nada, pues por poco que comas o bebas quedarás sumido en un profundo sueño, y ya no te será posible rescatarme. En el jardín de detrás de la casa hay un gran montón de cortezas; aguárdame allí. Durante tres días seguidos vendré a las dos de la tarde, en un coche tirado, la primera vez, por cuatro caballos blancos; por cuatro rojos, la segunda, y por cuatro negros, la tercera; pero si en vez de estar despierto te hallas dormido, no me podrás desencantar.

Prometió el hombre cumplirlo todo al pie de la letra, mas el cuervo suspiró:

—¡Ay!, bien sé que no me redimirás, porque aceptarás algo de la vieja.

Repitióle el hombre su promesa de que no tocaría nada de comer ni de beber.

Al hallarse delante de la casa, salió la mujer a recibirlo.

—¡Pobre, y qué cansado pareces! Entra a reposar; comerás y beberás algo.

—No —respondióle el hombre—, no quiero tomar nada.

Pero ella insistió vivamente:

—Si no quieres comer, siquiera bebe un trago; una vez no cuenta.

Y el forastero, cediendo a la tentación, bebió un poco.

Por la tarde, hacia las dos, salió al jardín y, sentándose en el montón de corteza, se dispuso a aguardar la llegada del cuervo. Pero no pudiendo resistir él su cansancio, echóse un rato con la firme intención de no dormirse. Sin embargo, apenas se hubo tendido se le cerraron los ojos y se quedó tan profundamente dormido que nada en el mundo habría podido despertarlo.

A las dos se presentó el cuervo en su carroza tirada por cuatro caballos blancos; pero el ave venía triste diciendo:

—Estoy segura de que duerme.

Y, en efecto, cuando llegó al lugar de la cita violo tumbado en el suelo, dormido. Apeóse del coche, fue a él, y lo sacudió y llamó, pero en vano.

Al mediodía siguiente, la vieja fue de nuevo a ofrecerle comida y bebida. El hombre negóse a aceptar nada; no obstante, ante su insistencia, volvió a beber otro sorbo de la copa.

Poco antes de las dos dirigióse de nuevo al jardín, al lugar convenido, a esperar la llegada del cuervo; pero, de repente, le acometió una fatiga tan intensa que las piernas no lo sostenían; incapaz de dominarse, tendióse en el suelo y volvió a quedar dormido como un tronco.

Al pasar el cuervo en su carroza de cuatro caballos rojos, dijo tristemente:

—¡Seguro que duerme!

Y se acercó a él; pero tampoco hubo modo de despertarle.

Al tercer día le preguntó la vieja:

—¿Qué es eso? No comes ni bebes. ¿Acaso quieres morirte?

Pero él replicó:

—No quiero ni debo comer ni beber nada.

Ella dejó a su lado la fuente con la vianda y un vaso de vino y, cuando el olor le subió a la nariz, no pudiendo resistir bebió un buen trago.

A la hora fijada salió al jardín y, subiéndose al montón de corteza, quiso aguardar la venida de la princesa encantada. Pero sintiéndose más fatigado aún que la víspera, tumbóse y se quedó tan profundamente dormido como si fuera de piedra.

A las dos se presentó de nuevo el cuervo en su coche, arrastrado ahora por cuatro corceles negros; el carruaje era también negro. El ave, que venía de riguroso luto, exclamó:

—¡Bien sé que duerme y que no puede desencantarme!

Al llegar hasta él, lo encontró profundamente dormido y, por más que lo sacudió y llamó, no hubo medio de despertarlo.

Entonces puso a su lado un pan, un pedazo de carne y una botella de vino; de todas estas viandas podía comer y beber lo que quisiera sin que jamás se acabaran. Púsole también en el dedo un anillo de oro, que se quitó del suyo y que tenía grabado su nombre.

Por último, le dejó una carta en la que le comunicaba lo que le había dado y, además: «Bien veo que aquí no puedes desencantarme; pero si quieres hacerlo, ve a buscarme al palacio de oro de Stromberg; puedes hacerlo, estoy segura de ello».

Y, después de depositar todas las cosas junto a él, subió nuevamente a su carroza y se marchó al palacio de oro de Stromberg.

Cuando el hombre despertó, dándose cuenta de que se había dormido, sintió una gran tristeza en su corazón y dijo:

—No cabe duda de que ha pasado de largo sin yo redimirla.

Mas reparando en los objetos depositados junto a él, leyó la carta y se informó de cómo había sucedido todo.

Se levantó y se puso inmediatamente en camino en busca del castillo de oro de Stromberg; pero no tenía la menor idea de su paradero.

Después de recorrer buena parte del mundo, llegó a una oscura selva, por la que anduvo durante dos semanas sin encontrar salida.

Un anochecer se sintió tan fatigado que, tendiéndose entre unas matas, quedóse dormido. A la mañana siguiente prosiguió su ruta y al atardecer, cuando se disponía a acomodarse en unos matorrales para pasar la noche, hirieron sus oídos unas lamentaciones y gemidos que no le dejaron conciliar el sueño; y al llegar la hora en que la gente enciende las luces, vio brillar una en la lejanía y se dirigió hacia ella; llegó ante una casa que le pareció muy pequeña, pues ante ella se hallaba un enorme gigantazo. Pensó: «Si intento entrar y me ve el gigante, me costará la vida».

Al fin, sobreponiéndose al miedo, se acercó. Cuando lo vio el gigante, le dijo:

—Me place que vengas, pues hace muchas horas que no he comido nada. Vas a servirme de cena.

—No hagas tal cosa —respondióle el hombre—; yo no soy fácil de tragar. Pero si lo que quieres es comer, tengo lo bastante para hartarte.

—Siendo así —dijo el gigante—, puedes estar tranquilo. Si quería devorarte era a falta de otra cosa.

Sentáronse los dos a la mesa, y el hombre sacó su pan, vino y carne inagotables.

—Esto me gusta —observó el gigante, comiendo a dos carrillos.

Cuando hubieron terminado, preguntóle el hombre:

—¿Podrías acaso indicarme dónde se levanta el castillo de oro de Stromberg?

—Consultaré el mapa —dijo el gigante—; en él están registrados todas las ciudades, pueblos y casas.

Fue a buscar el mapa que guardaba en su dormitorio y se puso a buscar el castillo, pero éste no aparecía por ninguna parte.

—No importa —dijo—; arriba, en el armario, tengo otros mapas mayores; lo buscaremos en ellos.

Mas todo fue inútil. Disponíase el hombre a marcharse, pero el gigante le rogó que esperase aún dos o tres días a que regresara su hermano, el cual había partido en busca de vituallas.

Cuando llegó el hermano, le preguntaron por el castillo de oro de Stromberg. Él les respondió:

—Cuando haya comido y esté satisfecho, consultaré el mapa.

Subieron luego a su habitación y pusiéronse a buscar y rebuscar en su mapa; pero tampoco encontraron el dichoso castillo; el gigante sacó nuevos mapas, y no pararon hasta que, por fin, dieron con él; se hallaba, empero, a muchos millares de millas de allí.

—¿Cómo podré jamás llegar hasta allí? —preguntó el hombre.

Y respondióle el gigante:

—Dispongo de dos horas. Te llevaré hasta las cercanías, pero luego tendré que volverme a dar de mamar a nuestro hijo.

Transportólo el gigante hasta cosa de un centenar de horas de distancia del castillo y le dijo:

—El resto del camino puedes recorrerlo por tus propios medios.

Y regresó.

El hombre siguió avanzando día y noche hasta que, al fin, llegó al castillo de oro de Stromberg. Éste se hallaba edificado en la cima de una montaña de cristal; la princesa encantada daba vueltas alrededor del castillo en su coche, hasta que entró en el edificio.

Alegróse el hombre al verla e intentó trepar hasta la cima; pero cada vez que lo intentaba, como el cristal era resbaladizo, volvía a caer.

Viendo que no podría subir jamás, entristecióse y se dijo: «Me quedaré abajo y la aguardaré». Y se construyó una cabaña en la que vivió un año entero; y todos los días veía pasar a la princesa en su carroza, sin poder nunca llegar hasta ella.

Un día, desde su cabaña, vio a tres bandidos que reñían y les gritó:

—¡Dios sea con vosotros!

Ellos interrumpieron la pelea; pero como no vieron a nadie, la reanudaron con mayor furia que antes; la cosa se puso realmente peligrosa.

Volvió él a gritarles:

—¡Dios sea con vosotros!

Suspendieron ellos de nuevo la batalla; mas como tampoco vieran a nadie, pronto la reanudaron y él les repitió por tercera vez:

—¡Dios sea con vosotros!

Y pensó: «He de averiguar lo que les pasa». Dirigióse, pues, a los combatientes y les preguntó por qué se peleaban.

Respondió uno de ellos que había encontrado un bastón, un golpe del cual bastaba para abrir cualquier puerta; el otro dijo que había encontrado una capa que volvía invisible al que se cubría con ella; en cuanto al tercero, había capturado un caballo capaz de andar por todos los terrenos, e incluso de trepar a la montaña de cristal. El desacuerdo consistía en que no sabían si guardar las tres cosas en comunidad o quedarse con una cada uno.

Dijo entonces el hombre:

—Yo os cambiaré las tres cosas. Dinero no tengo; pero sí otros objetos que valen más. Pero antes tengo que probarlas, para saber si me habéis dicho la verdad.

Los otros le dejaron montar el caballo, le colgaron la capa de los hombros y le pusieron en la mano el bastón; y, una vez lo tuvo todo, desapareció de su vista. Empezó entonces a repartir bastonazos, gritando:

—¡Haraganes, ahí tenéis vuestro merecido! ¿Estáis satisfechos?

Subió luego a la cima de la montaña de cristal y, al llegar a la puerta del castillo, encontróla cerrada. Golpeóla con el bastón, y la puerta se abrió inmediatamente. Entró y subió las escaleras hasta lo alto; en el salón estaba la princesa, con una copa de oro llena de vino ante ella. Pero no podía verlo, pues él llevaba la capa puesta.

Al estar delante de la doncella, quitóse la sortija que ella le pusiera en el dedo y la dejó caer en la copa; al chocar con el fondo, produjo un sonido argentino.

Exclamó la princesa entonces:

—Éste es mi anillo; por tanto, el hombre que ha de redimirme debe de estar aquí.

Buscáronlo por todo el castillo, mas no dieron con él. Había vuelto a salir, montado en su caballo, y se había quitado la capa.

Cuando las gentes del palacio llegaron a la puerta, lo vieron y prorrumpieron en gritos de alegría.

El hombre se apeó y cogió del brazo a la princesa, la cual lo besó diciéndole:

—¡Ahora sí que me has desencantado! ¡Mañana celebraremos nuestra boda!

Caperucita Roja

ERASE una vez una niña tan dulce y cariñosa que robaba los corazones de cuantos la veían; pero quien más la quería era su abuelita, a la que todo le parecía poco cuando se trataba de obsequiarla.

Un día le regaló una caperucita de terciopelo colorado, y como le sentaba tan bien y la pequeña no quería llevar otra cosa, todo el mundo dio en llamarla «Caperucita Roja».

Díjole un día su madre:

—Mira, Caperucita: ahí tienes un pedazo de pastel y una botella de vino; los llevarás a la abuelita, que está enferma y delicada; le sentarán bien. Ponte en camino antes de que apriete el calor, y ve muy formalita sin apartarte del sendero, no fueras a caerte y romper la botella y entonces la abuelita se quedaría sin nada. Y cuando entres en su cuarto no te olvides de decir «Buenos días», y no te entretengas en curiosear por los rincones.

—Lo haré todo como dices —contestó Caperucita dando la mano a su madre.

Pero es el caso que la abuelita vivía lejos, a media hora del pueblo en medio del bosque, y cuando la niña entró en él encontróse con el lobo. Caperucita no se asustó al verlo, pues no sabía lo malo que era aquel animal.

—¡Buenos días, Caperucita Roja!

—¡Buenos días, lobo!

—¿Adónde vas tan temprano, Caperucita?

—A casa de mi abuelita.

—¿Y qué llevas en el delantal?

—Pastel y vino. Ayer amasamos, y le llevo a mi abuelita algo para que se reponga, pues está enferma y delicada.

—¿Dónde vive tu abuelita?

—Bosque adentro, a un buen cuarto de hora todavía; su casa está junto a tres grandes robles, más arriba del seto de avellanos; de seguro que la conoces —explicóle Caperucita.

Pensó el lobo: «Esta rapazuela está gordita, es tierna y delicada y será un bocado sabroso, mejor que la vieja. Tendré que ingeniármelas para pescarlas a las dos». Y, después de continuar un rato al lado de la niña, le dijo:

—Caperucita, fíjate en las lindas flores que hay por aquí. ¿No te paras a mirarlas? ¿Y tampoco oyes cómo cantan los pajarillos? Andas distraída, como si fueses a la escuela, cuando es tan divertido pasearse por el bosque.

Levantó Caperucita Roja los ojos y, al ver bailotear los rayos del sol entre los árboles y todo el suelo cubierto de bellísimas flores, pensó: «Si le llevo a la abuelita un buen ramillete, le daré una alegría; es muy temprano aún, y tendré tiempo de llegar a la hora».

Se apartó del camino para adentrarse en el bosque y se puso a coger flores. Y en cuanto cortaba una, ya le parecía que un poco más lejos asomaba otra más bonita aún y, de esta manera penetraba cada vez más en la espesura, corriendo de un lado a otro.

Mientras tanto, el lobo se encaminó directamente a casa de la abuelita y, al llegar, llamó a la puerta.

—¿Quién va?

—Soy Caperucita Roja, que te trae pastel y vino. ¡Abre!

—¡Descorre el cerrojo! —gritó la abuelita—; estoy muy débil y no puedo levantarme.

Descorrió el lobo el cerrojo, abrióse la puerta y la fiera, sin pronunciar una palabra, encaminóse al lecho de la abuela y la devoró de un bocado. Púsose luego sus vestidos, se tocó con su cofia, se metió en la cama y corrió las cortinas.

Mientras tanto, Caperucita había estado cogiendo flores, y cuando tuvo un ramillete tan grande que ya no podía añadir una flor más, acordóse de su abuelita y reemprendió presurosa el camino de su casa.

Extrañóle ver la puerta abierta; cuando entró en la habitación experimentó una sensación rara, y pensó: «¡Dios mío, qué angustia siento! Y con lo bien que me encuentro siempre en casa de mi abuelita».

Gritó:

—¡Buenos días!

Pero no obtuvo respuesta. Se acercó a la cama, descorrió las cortinas y vio a la abuela, hundida la cofia de modo que le tapaba casi toda la cara y con un aspecto muy extraño.

—¡Ay, abuelita! ¡Qué orejas más grandes tienes!

—Así te oigo mejor.

—¡Ay, abuelita, vaya manos tan grandes que tienes!

—Así puedo cogerte mejor.

—¡Pero, abuelita! ¡Qué boca más terriblemente grande!

—¡Es para tragarte mejor!

Y, diciendo esto, el lobo saltó de la cama y se tragó a la pobre Caperucita Roja.

Cuando el mal bicho estuvo harto, se metió nuevamente en la cama y se quedó dormido roncando ruidosamente.

He aquí que acertó a pasar por allí el cazador, el cual pensó: «¡Caramba, cómo ronca la anciana! Voy a entrar, no fuera que le ocurriese algo!». Entró en el cuarto y, al acercarse a la cama, vio al lobo que dormía en ella.

—¡Ajá! ¡Por fin te encuentro, viejo bribón! —exclamó—. ¡No llevo poco tiempo buscándote!

Y se disponía ya a dispararle un tiro, cuando se le ocurrió que tal vez la fiera habría devorado a la abuelita y que quizás estuviese aún a tiempo de salvarla.

Dejó pues la escopeta y, con unas tijeras, se puso a abrir la barriga de la fiera dormida.

A los primeros tijeretazos, vio brillar la caperucita roja, y poco después saltó fuera la niña exclamando:

—¡Ay, qué susto he pasado! ¡Y qué oscuridad en el vientre del lobo!

A continuación salió también la abuelita, viva aún, aunque casi ahogada. Caperucita Roja corrió a buscar gruesas piedras, y con ellas llenaron la barriga del lobo. Éste, al despertarse, trató de escapar; pero las piedras pesaban tanto, que cayó al suelo muerto.

Los tres estaban la mar de contentos. El cazador despellejó al lobo y se marchó con la piel; la abuelita se comió el pastel, se bebió el vino que Caperucita le había traído y se sintió muy restablecida. Y, entretanto, la niña pensaba: «Nunca más, cuando vaya sola, me apartaré del camino desobedeciendo a mi madre».

Y cuentan también que otro día que Caperucita llevó un asado a su anciana abuelita, un lobo intentó de nuevo desviarla de su camino. Mas la niña se guardó muy bien de hacerlo y siguió derechita, y luego contó a la abuela que se había encontrado con el lobo, el cual le había dado los buenos días pero mirándola con unos ojos muy aviesos.

—A buen seguro que si no llegamos a estar en pleno camino me devora.

—Ven —dijo la abuelita—, cerraremos la puerta bien para que no pueda entrar.

No tardó mucho tiempo en presentarse el muy bribonazo gritando:

—Ábreme, abuelita; soy Caperucita Roja, que te traigo asado.

Pero las dos se estuvieron calladas, sin abrir. El lobo dio varias vueltas a la casa y, al fin, se subió de un brinco al tejado, dispuesto a aguardar a que la niña saliese al anochecer para volver a casa; entonces la seguiría disimuladamente y la devoraría en la oscuridad.

Pero la abuelita le adivinó las intenciones. He aquí que delante de la casa había una gran artesa de piedra, y la anciana dijo a la pequeña:

—Coge el cubo, Caperucita; ayer cocí salchichas; ve a verter el agua en que las cocí.

Hízolo así Caperucita, y repitió el viaje hasta que la artesa estuvo llena. El olor de las salchichas subió hasta el olfato del lobo, que se puso a husmear y a mirar abajo; al fin, alargó tanto el cuello que perdió el equilibrio, resbaló del tejado, cayó de lleno en la gran artesa y se ahogó.

Caperucita se volvió tranquilamente a casita sin que nadie le tocase ni un pelo.

La campesina prudente

ERASE una vez un pobre campesino que sólo tenía una casita, en la que vivía con su única hija.

Díjole ésta:

—Deberíamos pedir al Señor Rey un trocito de tierra baldía.

Al conocer el Rey su mísera situación, les regaló un trozo de prado que padre e hija labraron con la idea de plantar en él un poco de grano.

Cuando ya casi lo tenían todo arado, encontraron en la tierra un almirez de oro puro.

—Oye —dijo el padre a la muchacha—, puesto que el Señor Rey ha sido tan bondadoso al regalarnos este campo, nuestro deber es entregarle este almirez.

Pero la hija se opuso, diciendo:

—Padre, tenemos el almirez, pero no la mano, y querrán que entreguemos también ésta; por consiguiente, más vale callar.

Pero el hombre no quiso escuchar su consejo y, cogiendo el almirez, lo llevó al Señor Rey diciéndole que lo habían encontrado en su terruño y que se lo entregaba como muestra de respeto.

Tomó el Rey el almirez y preguntó al campesino si no había encontrado nada más.

—No —respondió el buen hombre; y entonces le replicó el Rey que debía traerle la mano del almirez.

Contestó el labrador que no la habían hallado, pero de nada le sirvió; era como si el viento se llevase sus palabras.

Fue encerrado en la cárcel, en la que estaría hasta entregar la mano de almirez. Cada vez que los carceleros le llevaban el pan y el agua, que constituían el sustento de los presos, oían gritar al campesino:

—¡Ay! ¡Por qué no escuché a mi hija! ¡Por qué no escuché a mi hija!

Hasta que fueron al Rey y le contaron lo que el hombre decía sin parar, y que se negaba a comer y beber.

Entonces el Rey ordenó que condujesen al detenido a su presencia, y preguntóle por qué gritaba continuamente: «¡Ay, si hubiese escuchado a mi hija!».

—¿Qué es lo que dijo ella?

—Me aconsejó que no os trajese el almirez, ya que si lo hacía me exigiríais también la mano.

—Puesto que tienes una hija tan inteligente, quiero conocerla.

Y la muchacha hubo de comparecer ante el Rey, el cual le dijo que ya que era tan lista le plantearía un acertijo, y si lo descifraba se casaría con ella. Avínose la moza, diciendo que lo acertaría.

El Rey se expresó del siguiente modo:

—Preséntate ante mí ni vestida ni desnuda, ni a caballo ni en coche, ni por el camino ni por fuera del camino. Si eres capaz de hacerlo, me casaré contigo.

Retiróse ella y se desnudó completamente, con lo cual no estaba vestida; cogió luego una gran red de pesca y, metiéndose en ella, se envolvió bien, por lo que no estaba ya desnuda. Alquiló a continuación un asno, le ató a la cola la red y obligó al animal a arrastrarla, con lo cual avanzó ella ni a caballo ni en coche. Además, el asno hubo de caminar por dentro de la rodera, por lo que ella no tocaba el suelo sino con el dedo gordo del pie, y no iba ni por el camino ni fuera de él.

Al llegar a palacio, confesó el Rey que había acertado el enigma, y que la condición quedaba cumplida. Dio la libertad a su padre y, tomándola a ella por esposa, hízola dueña y señora de todo el patrimonio real.

Transcurrieron varios años, y un día el Señor Rey salió a pasar revista. Varios campesinos con sus carros se estacionaron frente al palacio, donde habían vendido sus cargas de leña; algunas de las carretas iban tiradas por bueyes; otras, por caballos.

Uno de los campesinos venía con tres yeguas, y una de ellas tuvo un potrito que se escapó y fue a meterse entre dos bueyes que tiraban de un carro. Los labriegos empezaron entonces a reñir, pelearse y alborotar,

porque el dueño de los bueyes sostenía que éstos habían tenido el potrillo y, por tanto, quería quedarse con él, mientras el otro afirmaba que el potrito era hijo de su yegua y, en consecuencia, le pertenecía.

El alboroto llegó a oídos del Rey, el cual sentenció que el potrito se quedase donde lo habían encontrado, con lo cual pasó a ser propiedad del dueño de los bueyes contra toda razón.

Marchóse el otro llorando y lamentándose por la pérdida de su caballito; pero, enterado de que la Señora Reina era compasiva y procedía del pueblo, presentóse a ella y le rogó que le ayudase a recuperar su potrito.

—Te ayudaré, si me prometéis no descubrirme. Mañana por la mañana, cuando el Rey salga a pasar revista, te pones en medio de la carretera por la que él ha de pasar provisto de una red de pesca y haces como si pescaras, sacudiéndola y vertiéndola cual si estuviese llena de peces.

A continuación díjole lo que debía responder al Rey cuando éste le preguntase.

Y he aquí que al otro día nuestro campesino se fue a «pescar» en aquel lugar seco. Al pasar el Rey y verlo, envió a uno de sus seguidores a averiguar qué estaba haciendo allí aquel loco. El cual respondió:

—Estoy pescando.

Preguntóle el mensajero cómo podía pescar en un sitio donde no había agua, y le replicó el campesino:

—Del mismo modo que dos bueyes pueden tener un potro, yo puedo pescar en un lugar seco.

El criado fue a transmitir la respuesta al Rey. Éste hizo venir al labrador y le dijo que aquella respuesta no era suya; ¿de quién era pues? ¡Y cuidado con lo que respondía! Pero el hombre juró y porfió que era suya.

Tendiéronle entonces sobre un haz de paja y lo azotaron y atormentaron hasta que se decidió a confesar que la respuesta era de la Reina.

Al llegar el Rey a palacio, dijo a su esposa:

—Ya que has sido falsa, no te quiero más por mujer. Conmigo has terminado; vuélvete al lugar de donde viniste, a tu choza del campo.

Sin embargo, autorizóla a llevarse lo mejor y lo que más quisiera; sería su despedida.

Dijo ella:

—Sí, querido esposo, haré lo que me mandas.

Y, arrojándose sobre él y besándolo, le dijo que quería despedirse. Mandó luego qué trajesen un fuerte somnífero, para brindar con él por la despedida. El Rey se bebió un copioso trago, pero ella apenas lo probó.

Así, el marido no tardó en quedar sumido en un sueño profundo, y entonces la Reina ordenó a un criado que envolviese al Señor Rey en un precioso lienzo blanco y que entre varios lo llevasen al coche que aguardaba en la puerta; y de este modo se trasladó a su pobre casita.

Allí lo puso en su cama, donde siguió durmiendo muchas horas hasta que, al fin, despertó y, mirando a su alrededor, dijo:

—¡Dios santo! ¿Dónde estoy?

Y llamó a sus criados; pero no compareció ninguno.

Al cabo de un rato acercóse su esposa y le dijo:

—Mi querido Señor Rey, me mandasteis que me llevase lo mejor y lo que yo más quisiera de palacio; y como para mí, lo mejor y lo que más quiero sois vos, os llevé conmigo.

Llenáronsele al Rey los ojos de lágrimas y exclamó:

—¡Querida esposa, tú debes ser mía y yo tuyo!

Y la condujo nuevamente a palacio y se volvió a casar con ella; y seguramente viven todavía.

El doctor Sabelotodo

ERASE una vez un pobre labrador, llamado Cangrejo. Un día fue a la ciudad, guiando una carreta de bueyes cargada de leña, y la vendió a un doctor por dos ducados. Éste le pagó mientras estaba sentado a la mesa; y, viendo el leñador lo bien que comía y bebía, entróle envidia y pensó que también él quisiera ser doctor.

Permaneció unos momentos indeciso y, al cabo, preguntó si no podría ser él doctor.

—¡Ya lo creo! —respondióle el otro—. Nada más fácil.

—¿Qué debo hacer, pues? —inquirió el campesino.

—Ante todo, te compras una cartilla de esas que tienen pintado un gallo; en segundo lugar, vendes tu carreta y los bueyes y, con lo que saques, te compras vestidos y las demás cosas propias del oficio de doctor; y, finalmente, te mandas pintar un rótulo que diga: «Soy el doctor Sabelotodo», y lo clavas en la puerta de tu casa.

El campesino lo hizo todo al pie de la letra. Y he aquí que cuando ya llevaba ejerciendo una temporadita, no muy larga, a un gran señor le robaron una cantidad de dinero. Como alguien le hablara de un cierto doctor Sabelotodo, que vivía en tal y cual pueblo, y que seguramente sabría dónde estaba el dinero robado, mandó enganchar el coche, se fue a aquel pueblo, presentóse en su casa y le preguntó si era el doctor Sabelotodo.

Así era, en efecto. Entonces le rogó que se fuese con él para recuperar el dinero sustraído.

—Muy bien, pero a condición de que me acompañe Margarita, mi mujer.

Accedió el señor y, subiendo el matrimonio al coche, se pusieron en camino.

Al llegar al palacio señorial estaba la mesa puesta, y el señor lo invitó, ante todo, a comer.

—Muy bien, pero con Margarita, mi mujer —dijo él, y se sentaron los tres a la mesa.

Al entrar el primer criado con una fuente llena de suculentas viandas, el campesino dio con el codo a su mujer y le dijo:

—Margarita, éste es el primero —significando que era el que servía el primer plato.

Pero el criado entendió: «Éste es el primer ladrón», y como en realidad lo era entróle miedo, y al salir dijo a sus compañeros:

—Este doctor lo sabe todo; mal lo pasaremos. Ha dicho que yo soy el primero.

El segundo se resistía a entrar; pero no tuvo otro remedio, y al comparecer con su fuente el campesino, dando otro codazo a su mujer, dijo:

—Margarita, éste es el segundo.

El camarero, atemorizado, procuró escurrirse lo antes posible. No le fue mejor al tercero, pues al verlo, repitió el campesino:

—Margarita, ahí va el tercero.

El cuarto criado traía una fuente tapada, y el señor de la casa dijo al doctor que debía demostrar su ciencia acertando lo que contenía aquella fuente.

El hombre miró el plato y, no sabiendo qué responder, exclamó:

—¡Pobre Cangrejo!

Y como resultó que en efecto eran cangrejos, al oírlo el dueño dijo maravillado:

—¡Lo sabe! Entonces sabrá también quién tiene el dinero.

Al doméstico entróle un pánico enorme y guiñó el ojo al doctor, haciéndole señal de que saliera.

Cuando estuvo fuera del comedor, los cuatro le confesaron que habían robado el dinero, pero que estaban dispuestos a restituirlo y, encima, a pagarle una cuantiosa suma si se comprometía a no descubrirlos, pues les iba la cabeza en el asunto.

Lo condujeron también al lugar donde habían escondido la cantidad robada y el doctor, declarándose conforme, volvió al comedor y sentándose

a la mesa dijo:

—Señor, ahora consultaré mi libro para saber dónde se halla el dinero.

Pero el quinto criado se ocultó en la chimenea para oír lo que decía, por si acaso supiera más cosas aún.

El hombre se sentó, abrió su cartilla y la estuvo hojeando en busca del gallo; pero tardaba en encontrarlo, y exclamó:

—Estás ahí dentro y no tendrás más remedio que salir.

Creyó el de la chimenea que se refería a él y, saliendo asustadísimo, gritó:

—¡Este hombre lo sabe todo!

Indicó entonces el doctor al dueño el lugar donde se encontraba la suma sustraída, sin decirle quién era el autor del robo y, así, recibió una buena remuneración por ambas partes ganando con ello fama de hombre de gran saber.

El reyezuelo y el oso

UN día de verano salieron de paseo el lobo y el oso. Éste, oyendo el canto melodioso de un pajarillo, dijo:

—Hermano lobo, ¿qué pájaro es éste que tan bien canta?

—Es el rey de los pájaros —respondió el lobo—. Hemos de inclinarnos ante él.

Era, en efecto, el reyezuelo.

—En este caso —respondió el oso— me gustaría ver su palacio real. Enséñamelo.

—No es tan fácil como crees —dijo el lobo—; debes aguardar a que venga la Señora Reina.

Al poco rato se presentó la Reina llevando comida en el pico, y llegó también el Rey para dar de comer a sus crías.

El oso quería seguirlos sin más ceremonias; pero el lobo lo sujetó por la manga, diciéndole:

—No, debes aguardar a que los reyes padres se hayan vuelto a marchar.

Tomaron nota del agujero donde estaba el nido, y se retiraron. Pero el oso no podía dominar su impaciencia; a toda costa quería ver el real palacio y, al poco rato, volvió al lugar.

El Rey y la Reina se habían ausentado y el oso, echando una mirada al nido, vio en él cinco o seis polluelos.

—¿Esto es un palacio real? —exclamó—. ¡Vaya un palacio miserable! Ni vosotros sois hijos de reyes, sino unos pícaros.

Al oír esto los jóvenes reyezuelos, montando en cólera se pusieron a gritar:

—¡No es verdad! Nuestros padres son gente noble. Nos pagarás caro este insulto, oso.

El oso y el lobo, inquietos, se volvieron a sus respectivas madrigueras, mientras los pajarillos continuaban gritando y alborotando.

Cuando sus padres regresaron con más comida, los hijos les dijeron:

—No tocaremos una pata de mosca, aunque tengamos que morirnos de hambre, antes de que dejéis bien sentado si somos o no hijos legítimos. El oso estuvo aquí y nos insultó.

Dijo entonces el padre Rey:

—Estad tranquilos, que nosotros arreglaremos este asunto.

Y, emprendiendo el vuelo junto con la Señora Reina, llegaron a la entrada de la cueva del oso y gritó el Rey:

—Oso gruñón, ¿por qué has insultado a nuestros hijos? Lo pagarás caro, pues vamos a hacerte una guerra sin cuartel.

Con esto declararon la guerra al oso, el cual llamó en su auxilio a todos los cuadrúpedos: el buey, el asno, el ciervo, el corzo y todos los demás que habitan la superficie de la tierra. Por su parte, el reyezuelo convocó a todos los que viven en el aire, no sólo a las aves, grandes y chicas, sino también a los mosquitos, avispones, abejas y moscas; todos hubieron de acudir.

Cuando sonó la hora de comenzar las hostilidades, el reyezuelo envió espías al lugar donde había instalado su cuartel general el jefe del ejército enemigo.

El mosquito, que era el más astuto, recorrió el bosque en el que se concentraban las fuerzas adversarias y se posó, finalmente, bajo una hoja del árbol a cuyo pie se daban las consignas.

El oso llamó a la zorra y le dijo:

—Zorra, tú eres el más sagaz de todos los animales; serás el general, y nos acaudillarás.

—De buen grado —respondió la zorra—; pero ¿qué señal adoptaremos?

Nadie dijo una palabra.

—Pues bien —prosiguió la zorra—, yo tengo un hermoso rabo, largo y poblado, como un penacho rojo; mientras lo mantenga enhiesto es señal de que la cosa marcha bien, y vosotros debéis avanzar; pero si lo bajo, echad a correr con todas vuestras fuerzas.

Al oír esta consigna, el mosquito emprendió el vuelo a su campo y lo comunicó al reyezuelo con todo detalle.

Al amanecer el día en que debía librarse la batalla, viose desde lejos venir todo el ejército de cuadrúpedos a un trote furioso y armando un estruendo que hacía retemblar la tierra.

El reyezuelo avanzó, por su parte, al frente de sus aladas huestes, hendiendo el aire con una pavorosa algarabía de chillidos, zumbidos y aleteos. Y los dos ejércitos se embistieron con furor.

El reyezuelo envió al avispón con orden de situarse bajo el rabo de la zorra y picarle con todas sus fuerzas. A la primera punzada, la raposa dio un respingo y levantó la pata; resistió, sin embargo, manteniendo la cola enhiesta; la segunda picadura la obligó a bajarla un momento; y a la tercera, no pudiendo ya aguantar, lanzó un grito y puso el rabo entre piernas.

Al verlo, los animales creyeron que todo estaba perdido y emprendieron la fuga, buscando cada uno refugio en su madriguera; así, las aves ganaron la batalla.

Volaron entonces los reyes padres hasta el nido y dijeron a sus crías:

—¡Alegraos, pequeños, comed y bebed cuanto os apetezca; hemos ganado la guerra!

Pero los polluelos replicaron:

—No comeremos hasta que el oso venga ante nuestro nido a presentar excusas y reconozca nuestra alcurnia.

Voló el reyezuelo a la cueva del oso, y gritó:

—Gruñón, tienes que presentarte ante el nido de mis hijos a pedirles perdón y decirles que son personas de alcurnia; de otro modo, te vamos a romper las costillas.

El oso, asustado, apresuróse a ir para presentar sus excusas, y sólo entonces se declararon satisfechos los jóvenes reyezuelos que comieron, bebieron y armaron gran jolgorio hasta muy avanzada la noche.

Gente lista

UN buen día sacó un campesino del rincón su vara de ojaranzo y dijo a su mujer:

—Lina, me marcho de viaje y no regresaré antes de tres días. Si, entretanto, viene el ganadero y quiere comprar nuestras tres vacas, se las puedes vender por doscientos ducados. Ni uno menos, ¿entiendes?

—Márchate en el nombre de Dios —respondióle su esposa—; lo haré como dices.

—Mira —advirtióle el hombre— que desde niña eres dura de meollo y siempre lo serás. Pero atiende bien a lo que te digo. No hagas tonterías, o te pondré la espalda morada y no con pintura, sino con este palo que tengo en la mano, y que te costará un año volver a tu color natural, te lo garantizo.

Y, con ello, el hombre se puso en camino.

A la mañana siguiente se presentó el tratante, y la mujer no tuvo necesidad de gastar muchas palabras. Cuando el mercader hubo examinado el ganado y supo el precio, dijo:

—Estoy dispuesto a pagarlo; estos animalitos lo valen. Me los llevo.

Y, soltándolos de la cadena, los sacó del establo. Pero cuando se dirigía con ellos a la puerta de la granja la mujer, cogiéndole de la manga, le dijo:

—Antes tenéis que entregarme los doscientos ducados; de lo contrario no os los llevaréis.

—Tenéis razón —respondió el ganadero—. Me olvidé de coger el bolso. Pero no os preocupéis, que os daré una buena garantía de pago. Me llevaré dos vacas y os dejaré la tercera en prenda; no está mal la fianza.

Así lo creyó la mujer, y dejó que el tratante se marchase con las dos reses pensando: «¡Qué contento va a ponerse Juan cuando sepa lo lista que he sido!».

A los tres días regresó el campesino, tal como había anunciado, y su primera pregunta fue si estaban vendidas las vacas.

—Sí, marido mío —respondió la mujer—, y por doscientos ducados, como me dijiste. Apenas los valían, pero el hombre se las quedó sin regatear.

—¿Dónde está el dinero?

—No lo tengo todavía, pues el tratante se había olvidado el bolso; pero no tardará en traerlo; me ha dejado una buena fianza.

—¿Qué fianza?

—Una de las tres vacas; no se la llevará hasta que haya pagado las otras. No dirás que no he sido lista; fíjate, me he quedado con la más pequeña, que es la que menos come.

El hombre montó en cólera y, levantando el palo, se dispuso a propinarle la paliza prometida. Pero de pronto, bajándolo, dijo:

—Eres la criatura más necia que Dios echó jamás sobre la Tierra; pero me das lástima. Saldré al camino y esperaré tres días a ver si encuentro a alguien que sea aún más tonto que tú. Si lo encuentro, te ahorrarás los palos; pero si no, prepárate a recibir la paga que te prometí, pues no pienso dejar nada por saldar

Salió al camino y se puso a esperar los acontecimientos sentado en una piedra.

En esto vio acercarse una carreta guiada por una mujer que iba de pie en el centro, en vez de ir sentada en el montón de paja puesto al lado, o de andar a pie conduciendo los bueyes. Pensó el hombre: «De seguro que esa mujer es una de las personas que ando buscando».

Se levantó, pues, y se puso a correr de un lado a otro delante de la carreta, como si no estuviera en sus cabales.

—¿Qué os pasa, compadre? —preguntó la mujer—. ¿De dónde venís, que no os conozco?

—He caído del cielo —respondió el hombre— y no sé cómo volver allí. ¿No podríais llevarme?

—No —contestó la mujer—, no sé el camino. Pero si venís del cielo seguramente podréis decirme qué tal lo pasa mi marido, que murió hace tres años. Sin duda lo habréis visto.

—Cierto que lo he visto; pero no todo el mundo lo pasa bien allí. Vuestro marido guarda ovejas, y las benditas reses le dan mucha fatiga, pues trepan a las montañas y se extravían por el bosque y él no para de correr tras ellas para reunirlas. Además, va muy roto; las ropas se le caen a pedazos. Allí no hay sastres; San Pedro no deja entrar a ninguno; ya debéis saberlo por los cuentos.

—¡Quién lo hubiera pensado! —exclamó la mujer—. ¿Sabéis qué? Iré a buscar su traje de los domingos, que aún está colgado en el armario, y que él podrá llevar allí con mucha honra. Me vais a hacer el favor de llevárselo.

—¡Ni pensarlo! —replicó el campesino—; en el cielo nadie lleva traje; se lo quitan a uno al pasar la puerta.

—¡Oidme! —dijo la mujer—. Ayer vendí el trigo, y por una bonita suma; se la enviaré. Si os metéis el dinero en el bolsillo, nadie lo notará.

—Si no hay otro remedio —respondió el labrador—, estoy dispuesto a haceros este favor.

—Pues aguardadme aquí —dijo ella—; vuelvo a casa por la bolsa y no tardaré en volver. Voy de pie en la carreta, en lugar de sentarme sobre la paja, para que los bueyes no tengan que llevar tanto peso.

Y puso en marcha a los animales mientras el campesino pensaba: «Esta mujer es tonta de capirote; si de verdad me trae el dinero, la mía podrá considerarse afortunada, pues se habrá ahorrado los palos».

Al cabo de poco rato volvió la campesina corriendo con el dinero, y lo metió ella misma en el bolso del hombre. Al despedirse, diole las gracias mil y mil veces por su complacencia.

Cuando la mujer llegó nuevamente a su casa, su hijo acababa de regresar del campo. Contóle las extrañas cosas que había oído y añadió:

—Me alegro mucho de haber encontrado esta oportunidad de poder enviar algo a mi pobre marido. ¿Quién habría pensado jamás que en el cielo pudiese faltarle algo?

El hijo se quedó profundamente admirado.

—Madre —dijo—, eso de que uno baje del cielo no ocurre todos los días. Salgo a buscar a ese hombre; me gustaría saber cómo andan de trabajo por allí.

Y ensilló el caballo y partió a buen trote. Encontró al campesino bajo un árbol cuando se disponía a contar el dinero de la bolsa.

—¿No habéis visto a un hombre que venía del cielo? —preguntóle el mozo.

—Sí —respondió el labrador—; pero se ha vuelto ya, tomando un atajo que pasa por aquella montaña. Al galope, todavía podréis alcanzarlo.

—¡Ay! —exclamó el mozo—. Estoy rendido de trabajar todo el día, y el venir hasta aquí ha acabado con mis fuerzas. Vos, que conocéis al hombre, ¿queréis montar en mi caballo, ir en su busca y persuadirlo de que vuelva aquí?

«¡Ajá! —pensó el campesino—, ¡he aquí otro que tiene flojos los tornillos!». Y, dirigiéndose al mozo, le dijo:

—¡Pues no faltaba más!

Montó en el animal y emprendió un trote ligero. El muchacho se quedó aguardándolo hasta la noche, pero el campesino no volvió. «Seguramente —pensó el joven—, el hombre del cielo llevaría mucha prisa y no quiso volver, y el campesino le habrá dado el caballo para que lo entregue a mi padre».

Y regresó a su casa y contó a su madre lo ocurrido: que había enviado el caballo a su padre para que no tuviese que correr a pie de un lado para otro.

—Has hecho muy bien —respondióle la madre—. Tú aún tienes buenas piernas y puedes andar a pie.

Cuando el campesino estuvo en su casa, puso el caballo en la cuadra junto a la tercera vaca, subió adonde estaba su mujer, y le dijo:

—Lina, has tenido suerte, pues he dado con dos que son aún más bobos que tú. Por esta vez te ahorrarás la paliza; pero te la guardo para la próxima ocasión —y, encendiendo la pipa y arrellanándose en el sillón, prosiguió—. Ha sido un buen negocio; por dos vacas flacas he obtenido un buen caballo y un buen bolso de dinero. Si la tontería fuese siempre tan productiva, habría que tenerla en alta estima.

Tal fue el pensamiento del campesino. Pero estoy seguro de que tú prefieres a los listos.

Cuentos del sapo

I

RASE una vez un rapazuelo a quien su madre le daba, cada tarde, una taza de leche y un bollo de pan, y con ellos se iba el niño a la era.

En cuanto empezaba a merendar acudía un sapo que salía de una rendija de la pared y, metiendo la cabecita en la taza, merendaba con él.

El pequeño se gozaba mucho con su compañía y, una vez sentado con su tacita, si el sapo no acudía en seguida, le llamaba:

«Sapo, sapo, ven ligero;
ven y serás el primero.
Te daré migajitas
en leche empapaditas».

Entonces acudía corriendo el sapo, merendaba de buena gana y mostraba su agradecimiento trayendo al niño de su secreto tesoro toda clase de bellas cosas, como piedras brillantes, perlas y juguetes de oro.

Se limitaba a beberse la leche y dejaba el pan, por lo que un día el pequeño, dándole un ligero golpecito en la cabeza con la cucharilla, le dijo:

—¡Cómete también el pan!

La madre, que estaba en la cocina, al ver que su hijo hablaba con alguien y viendo que golpeaba al sapo con la cucharilla, corrió al patio con un tarugo de leña y mató al pobre animalito.

A partir de entonces empezó a producirse en el niño un gran cambio. Mientras el sapo había comido con él, el muchacho creció sano y robusto;

pero desde la muerte del sapo, sus mejillas perdieron su color rosado y empezó a adelgazar a ojos vistas.

Poco después comenzó a dejar oír su grito por la noche el ave que anuncia la muerte; el petirrojo se puso a recoger ramillas y hojas para una corona fúnebre, y al cabo de unos días el niño yacía en un ataúd.

II

UNA niña huerfanita se hallaba un día sentada junto a la muralla de la ciudad, cuando vio que un sapo salía de una rendija que había al pie del muro.

Apresuróse a extender a su lado un pañuelo de seda azul, que llevaba alrededor del cuello, sabiendo que a los sapos les gustan mucho esta clase de pañuelos y que sólo a ellos acuden.

No bien lo descubrió el animal volvióse y, al poco rato, apareció de nuevo con una coronita de oro y, depositándola sobre la tela, retiróse otra vez. La niña levantó la centelleante corona, que estaba hecha de una delicada trama de oro.

Poco después asomó nuevamente el sapo y, al no ver la corona, fue tal su pesadumbre que, arrastrándose hasta la pared, empezó a darse cabezazos contra ella hasta que cayó muerto.

Si la niña no hubiese tocado la corona, seguramente el sapo le habría traído muchos más tesoros de los que guardaba en su agujero.

III

GRITA el sapo:

—¡Hu-hu, hu-hu!

Dice el niño:

—¡Ven acá!

Sale el sapo y el niño le pregunta por su hermanita:

—¿No has visto a Medias coloraditas?

Dice el sapo:

—No, yo no, ¿y tú? ¡Hu-hu, hu-hu, hu-hu!

El pobre mozo molinero y la gatita

VIVÍA en un molino un viejo molinero que no tenía mujer ni hijos, sino sólo tres mozos a su servicio. Cuando ya llevaban muchos años trabajando con él, un día les dijo:

—Soy viejo y quiero retirarme a descansar. Salid a recorrer el mundo, y a aquel de vosotros que me traiga el mejor caballo, le cederé el molino; pero con la condición de que me cuide hasta mi muerte.

El más joven de los mozos, que era el aprendiz, se llamaba Juan, y los otros lo tenían por necio y no querían que llegase a ser dueño del molino.

Marcháronse los tres juntos y, al llegar a las afueras del pueblo, dijeron los dos a Juan el tonto:

—Mejor será que te quedes aquí; en toda tu vida no podrás procurarte un jamelgo.

Sin embargo, Juan insistió en ir con ellos, y al anochecer llegaron a una cueva, en la que se refugiaron para dormir. Los dos mayores, que se creían muy listos, aguardaron a que Juan estuviese dormido, y luego se marcharon abandonando a su compañero.

Cuando al salir el sol se despertó Juan, encontróse en una profunda caverna y, mirando en torno suyo, exclamó:

—¡Dios mío!, ¿dónde estoy?

Subió al borde de la cueva y salió al bosque, pensando: «Solo y abandonado, ¿cómo me procuraré el caballo?».

Mientras andaba sumido en sus pensamientos, salióle al encuentro una gatita de piel abigarrada que le dijo en tono amistoso:

—¿Adónde vas, Juan?

—¡Bah! ¿Qué puedes hacer tú por mí?

—Sé muy bien qué es lo que buscas —respondióle la gata—, un buen caballo. Vente conmigo; si me sirves durante siete años, te daré uno tan hermoso como jamás lo viste en tu vida.

«¡Vaya una gata maravillosa! —pensó Juan—; voy a probar si es cierto lo que me dice».

Condújolo la gata a un pequeño palacio encantado en el que todos los servidores eran gatitos que saltaban con gran agilidad por las escaleras, arriba y abajo, y parecían de muy buen humor.

Al anochecer, cuando se sentaron a la mesa, tres de ellos se encargaron de amenizar la comida con música: tocaba uno el contrabajo; otro, el violín, y el tercero, la trompeta, soplando con toda la fuerza de sus pulmones.

Después de cenar, y levantados los manteles, dijo la gatita:

—¡Anda, Juan, vamos a bailar!

—No —respondió él—, yo no sé bailar con una gata; jamás lo hice.

—Entonces, llevadlo a la cama —mandó la gata a los gatitos.

Acompañáronlo con una vela a su dormitorio; uno le quitó los zapatos; otro, las medias y, finalmente, apagaron la luz.

Por la mañana se presentaron de nuevo y le ayudaron a vestirse. Púsole uno las medias; otro le ató las ligas; un tercero le trajo los zapatos; el cuarto le lavó la cara y, finalmente, otro se la secó con el rabo.

—¡Qué suavidad! —dijo Juan.

Pero él tenía que servir a la gata y ocuparse en partir leña todos los días, para lo cual le habían dado un hacha de plata, cuñas y sierras de plata también, y el tajo, que era de cobre. Y he aquí que, por cortar la leña, estaba en aquella casa donde no le faltaba buena comida ni bebida y no veía a nadie, aparte de la gata y su servidumbre.

Un día le dijo la dueña:

—Ve a segar el prado y haz secar la hierba.

Y le dio una guadaña de plata y un mollejón de oro, recomendándole que lo devolviese todo en buen estado.

Salió Juan a cumplir lo mandado y, una vez listo el trabajo, volvió a casa con la guadaña, la piedra afiladora y el heno, y preguntó al ama si quería darle ya su prometida recompensa.

—No —respondióle la gata—; antes has de hacerme otra cosa. Allí tienes tablas de plata, un hacha, una escuadra y demás instrumentos necesarios, todos de plata; con ello vas a construirme una casita.

Juan levantó una casita y luego le recordó que seguía aún sin el caballo, a pesar de haber cumplido cuanto le ordenara; pues sin darse cuenta apenas, habían transcurrido ya los siete años.

Preguntóle entonces la gata si quería ver los caballos que tenía, a lo que Juan respondió afirmativamente. Abrió ella la puerta de la casita, y lo primero que se ofreció a su vista fueron doce caballos soberbios, pulidos y relucientes, que le hicieron saltar el corazón de gozo. Dioles la gata de comer y de beber, y luego dijo a Juan:

—Vuélvete a tu casa; ahora no te daré el caballo. Pero dentro de tres días iré yo a llevártelo.

Y le indicó el camino del molino.

Durante todo aquel tiempo no le había dado ningún traje nuevo; seguía llevando su vieja blusa andrajosa que, en el curso de los siete años, se le había quedado pequeña por todas partes.

Al llegar a casa encontró que los otros dos mozos estaban ya en ella, y cada uno había traído un caballo, aunque el uno era ciego, y el otro, cojo.

—¿Dónde está tu caballo, Juan? —le preguntaron.

—Llegará dentro de tres días.

Echáronse los otros a reír, diciendo:

—¡Mira el bobo! ¡De dónde vas a sacar tú un caballo que no sea un saldo!

Al entrar Juan en la sala, el molinero no lo dejó sentarse a la mesa porque iba demasiado roto y harapiento. ¡Sería una vergüenza que alguien lo viese!

Sacáronle a la era una pizca de comida, y cuando fue la hora de acostarse los otros se negaron a darle una cama, por lo que tuvo que acomodarse en el corral sobre un lecho de dura paja.

A la mañana siguiente habían transcurrido ya los tres días, y he aquí que se presentó una carroza tirada por seis caballos relucientes que daba gloria verlos; venía, además, otro que un criado llevaba de la brida, destinado al pobre mozo molinero.

Del coche se apeó una bellísima princesa, que entró en el molino; no era otra sino la gatita, a la que el pobre Juan sirviera durante siete años.

Preguntó al molinero por el más pequeño de los mozos, y el hombre respondió:

—No lo queremos en el molino, porque va demasiado roto; está en el corral de los gansos.

Dijo entonces la princesa que fuesen a buscarlo. El muchacho se presentó sujetándose la blusa, que a duras penas alcanzaba a cubrirle el cuerpo. El criado sacó magníficos vestidos y, después que lo hubo lavado y vestido, quedó tan bello y elegante que ni un rey podía comparársele.

Quiso la princesa ver los caballos que habían traído los otros dos y resultó que, como ya hemos dicho, eran uno ciego y el otro cojo.

Mandó entonces al criado que trajese el séptimo, que no venía enganchado a la carroza y, al verlo, el molinero hubo de confesar que jamás había entrado en el molino un animal como aquél.

—Éste es el caballo de Juan —dijo la princesa.

—Suyo será, pues, el molino —contestó el molinero.

Pero la princesa le dijo que podía quedarse con el caballo y el molino y, llevándose a su fiel Juan, lo hizo subir al coche y se marchó con él.

Fueron primero a la casita que él había construido con las herramientas de plata y que, a la sazón, se había transformado en un gran palacio, todo de plata y oro.

Allí se casó con él, y Juan fue rico, tan rico, que ya no le faltó nada en toda su vida. Nadie diga, pues, que un tonto no puede hacer nada a derechas.

El judío en el espino

ERASE una vez un hombre muy rico que tenía un criado, el cual lo servía con diligencia y honradez; todas las mañanas era el primero en levantarse, y por la noche, el último en acostarse; cuando se presentaba algún trabajo pesado del que todos huían, allí acudía él de buena gana. Jamás se quejaba, sino que siempre se le veía alegre y contento.

Terminado su año de servicio, su amo no le pagó soldada alguna, pensando: «Es lo mejor que puedo hacer; de este modo ahorraré algo, y él no se marchará, sino que continuará sirviéndome».

El mozo no reclamó nada, trabajó un segundo año con la misma asiduidad que el primero y cuando, al término del plazo, vio que tampoco le pagaban, resignóse y siguió trabajando.

Transcurrido el tercer año, el amo reflexionó unos momentos y se metió la mano en el bolsillo; pero volvió a sacarla vacía. Entonces el criado, decidiéndose al fin, le dijo:

—Señor, os he estado sirviendo lealmente durante tres años; espero, pues, que sepáis pagarme lo que en derecho me corresponde. Deseo ir a correr mundo.

—Sí, mi buen criado —respondióle el avaro—, me has servido asiduamente y te recompensaré con equidad.

Y, metiendo de nuevo mano en el bolsillo, dio tres cuartos al criado.

—Ahí tienes, a razón de cuarto por año; es una buena paga, y generosa; pocos amos te lo darían.

El buen mozo, que entendía poco de dinero, embolsó su capital pensando: «Tengo buenas monedas en el bolsillo; no habré de preocuparme ni hacer trabajos pesados».

Y marchóse, monte arriba y monte abajo, cantando y brincando alegremente.

Al pasar por unas malezas, salió de entre ellas un enano y le dijo:

—¿Adónde vas, hermano Alegre? Por lo que veo, no te pesan mucho las preocupaciones.

—¿Y por qué he de estar triste? —respondió el mozo—. Llevo el bolso bien provisto, con el salario de tres años.

—¿Y a cuánto asciende tu riqueza? —inquirió el hombrecillo.

—¿A cuánto? A tres cuartos, contantes y sonantes.

—Oye —dijo el enano—, yo soy pobre y estoy necesitado; regálame tus tres cuartos. No puedo trabajar, mientras que tú eres joven y te será fácil ganarte el pan.

El mozo tenía buen corazón; se compadeció del hombrecillo y le alargó las tres monedas diciéndole:

—Sea en nombre de Dios. De un modo u otro saldré de apuros.

Y entonces le dijo el enanito:

—Puesto que tienes buen corazón, te concedo tres gracias, una por cada cuarto; pide, y te serán otorgadas.

—¡Vaya! —exclamó el mozo—; ¡conque tú eres de esos que entienden en hechizos! Pues bien, lo primero que deseo es una cerbatana que nunca falle la puntería; luego un violín que, mientras lo toque, haga bailar a cuantos lo oigan; y en tercer lugar deseo que, cuando dirija un ruego a alguien, no pueda éste dejar de satisfacerlo.

—Todo eso tendrás —dijo el hombrecillo.

Y, metiendo mano en la maleza, ¡quién lo hubiera pensado!, sacó el violín y la cerbatana, como si los tuviese preparados de antemano.

Dando los objetos al mozo, le dijo:

—Cualquier cosa que pidas, ningún ser humano podrá negártela.

«¿Qué más ambicionas corazón?», pensó el mozo mientras reemprendía su camino.

Al poco rato encontróse con un judío, de larga barba de chivo; se había parado a escuchar el canto de un pájaro posado en la rama más alta de un árbol.

—¡Es un milagro de Dios —exclamó— que un animalito tan pequeño tenga una voz tan poderosa! ¡Ah, si fuese mío! ¡Quién pudiera echarle sal en el rabo!

—Si no es más que esto —dijo el mozo—, pronto habré hecho bajar al pájaro.

Y, apuntándole con la cerbatana, al instante cayó el animalito en medio de los espinos.

—¡Anda bribón! —dijo al judío—; ¡saca el pájaro de ahí!

—A fe mía que lo haré —replicó éste—. ¡Quién no cuida de su hacienda, se la lleva el diablo! Recogeré el pájaro, puesto que lo has acertado.

Y, tendiéndose en el suelo, introdújose a rastras por entre los zarzales.

Cuando estaba ya en medio de los espinos, ocurriósele al buen mozo la idea de jugarle una mala pasada y, descolgándose el violín, se puso a tocar.

Inmediatamente el judío, levantando las piernas, se puso a bailar, y cuanto más rascaba el músico, más se animaba la danza. Pero los espinos le rompían sus deshilachadas ropas, le peinaban la barba de chivo y le desgarraban la piel de todo el cuerpo.

—¡Eh! —exclamó el judío—, ¡a qué sales ahora con tu música! Deja ya el violín, que no tengo ganas de bailar.

Pero el mozo siguió rasca que te rasca, pensando: «¡Bastante has desollado tú a la gente; verás cómo el espino te desuella ahora a ti!». Y continuó tocando con mayores bríos. Redoblaron los saltos y brincos del judío, cuyos vestidos desgarrados por las espinas, se quedaban colgando en pingajos de la zarza.

—¡Basta, basta! —gritaba el hombre—. Te daré lo que quieras con tal que dejes de tocar. ¡Una bolsa llena de oro!

—Si tan generoso eres —replicó el mozo—, dejaré de tocar; una cosa he de reconocer, sin embargo, y es que bailas que es un primor.

Y, cogiendo la bolsa, prosiguió su camino.

El judío se quedó parado, siguiéndolo con la vista y sin chistar hasta que el mozo hubo desaparecido en la lejanía. Entonces se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Músico miserable, violinista de taberna, espera a que te atrape! ¡Te juro que correrás hasta que te quedes sin suelas! ¡Pelagatos, muerto de hambre, que no vales dos ochavos!

Y siguió escupiendo todos los improperios que le vinieron a la boca. Una vez se hubo desahogado un poco, corrió a la ciudad y se presentó al juez:

—¡Señor juez, justicia pido! Un desalmado me ha robado en mitad del camino y me ha dejado como veis. ¡Hasta las piedras se compadecerían! Los vestidos rotos, todo el cuerpo arañado y maltrecho. ¡Mi pobre dinero robado, con bolsa y todo! Ducados de oro eran, si uno hermoso, el otro más. Por amor de Dios, mandad que prendan al ladrón.

—¿Fue acaso un soldado que la emprendió contigo a sablazos? —preguntóle el juez.

—¡Dios nos guarde! —respondió el judío—; ni siquiera llevaba una mala espada; sólo una cerbatana y un violín colgado del cuello; el muy bribón es fácil de reconocer.

El juez envió a sus hombres en persecución del culpable.

No tardaron en alcanzar al muchacho, que caminaba sin prisa, y le encontraron la bolsa con el dinero.

Llevado ante el tribunal, dijo:

—Yo no he tocado al judío ni le he quitado el dinero; fue él quien me lo ofreció voluntariamente para que dejase de tocar el violín, pues parece que mi música no le gustaba.

—¡Dios nos guarde! —exclamó el judío—. Éste caza las mentiras como moscas en la pared.

Tampoco el juez quiso creerlo, y dijo:

—Muy mala es esta excusa; ningún judío haría tal cosa.

Y, considerando que se trataba de un delito de asalto y robo en la vía pública, condenó al mozo a la horca.

Cuando ya lo conducían al suplicio, el judío no cesaba de gritarle:

—¡Haragán, músico de pega! ¡Ahora recibirás tu merecido!

El condenado subió tranquilamente las escaleras del cadalso junto con el verdugo; pero, al llegar arriba, volvióse para decir al juez:

—Concededme una gracia antes de morir.

—De acuerdo —respondió el juez—, con tal de que no sea la vida.

—No pediré la vida —replicó el mozo—, sino sólo que me permitáis tocar el violín por última vez.

El judío puso el grito en el cielo:

—¡Por amor de Dios, no se lo permitáis, no se lo permitáis!

Pero el juez dijo:

—¿Y por qué no he concederle este breve placer? Tiene derecho a ello, y no hay porque privárselo.

Por otra parte no se podía negar, si recordamos el don que había sido otorgado al mozo. Gritó entonces el judío:

—¡Ay de mí! ¡Atadme, atadme fuerte!

Entretanto, el buen mozo se descolgó el violín y se puso a tocar. A la primera nota, todo el mundo empezó a menearse y oscilar: el juez, el escribano y los alguaciles; y la cuerda se cayó de la mano del que se disponía a amarrar al judío. A la segunda nota, levantaron todos las piernas, y el verdugo, soltando al reo, inició también la danza; a la tercera, todo el mundo estaba ya saltando: el juez y el judío en primer término, y con el mayor entusiasmo.

A los pocos momentos bailaba toda la gente que la curiosidad había congregado en la plaza: viejos y jóvenes, gordos y flacos, en enorme confusión. Hasta los perros que habían acudido saltaban sobre las patas traseras, y cuanto más tocaba, tanto mayores eran los brincos de los bailadores que, dándose unos a otros de cabezadas, empezaron a gritar lamentablemente.

Al fin el juez, jadeante, levantó la voz:

—¡Te perdono la vida si dejas de tocar!

El buen mozo, compadecido, interrumpió la música y, colgándose el violín del cuello, descendió las escaleras del patíbulo.

Acercándose al judío que tendido en tierra trataba de recobrar el aliento, le dijo:

—¡Bribón, confiesa ahora de dónde sacaste este dinero o vuelvo a coger el violín!

—¡Lo he robado, lo he robado —exclamó el judío—, mientras que tú lo ganaste honradamente!

Y el juez mandó que ahorcasen al judío por ladrón.

El sastrecillo listo

ERASE una vez una princesa muy orgullosa; a cada pretendiente que se le presentaba planteábale un acertijo, y si no lo acertaba, le despedía con mofas y burlas. Mandó pregonar que se casaría con quien descifrase el enigma, fuese quien fuese.

Un día llegaron tres sastres, que iban juntos; los dos mayores pensaron que, después de haber acertado tantas puntadas, mucho sería que fallaran en aquella ocasión. El tercero, en cambio, era un cabeza de chorlito que no servía para nada, ni siquiera para su oficio; confiaba, empero, en la suerte; pues, ¿en qué cosa podía confiar?

Los otros dos le habían dicho:

—Mejor será que te quedes en casa. No llegarás muy lejos con tu poco talento.

Pero el sastrecillo no atendía a razones y, diciendo que se le había metido en la cabeza intentar la aventura y que de un modo u otro se las arreglaría, marchó con ellos como si tuviera el mundo en la mano.

Presentáronse los tres a la princesa y le rogaron que les plantease su acertijo; ellos eran los hombres indicados, de agudo ingenio, que sabían cómo se enhebra una aguja.

Díjoles entonces la princesa:

—Tengo en la cabeza un cabello de dos colores: ¿qué colores son éstos?

—Si no es más que eso —respondió el primero—; es negro y blanco, como el de ese paño que llaman sal y pimienta.

—No acertaste —respondió la princesa—. Que lo diga el segundo.

—Si no es negro y blanco —dijo el otro—, será castaño y rojo, como el traje de fiesta de mi padre.

—Tampoco es eso —exclamó la princesa—. Que conteste el tercero; éste sí que me parece que lo sabrá.

Adelantándose audazmente el sastrecillo, dijo:

—La princesa tiene en la cabeza un cabello plateado y dorado, y estos son los dos colores.

Al oír la joven sus palabras, palideció y casi se cayó del susto pues el sastrecillo había adivinado el acertijo, y ella estaba casi segura de que ningún ser humano sería capaz de hacerlo.

Cuando se hubo recobrado, dijo:

—No me has ganado con esto, pues aún tienes que hacer otra cosa. Abajo, en el establo, tengo un oso; pasarás la noche con él, y si mañana cuando me levante vives todavía, me casaré contigo.

De este modo pensaba librarse del sastrecillo, pues hasta entonces nadie de cuantos habían caído en sus garras había salido de ellas con vida.

Pero el sastrecillo no se inmutó y, simulando gran alegría, dijo:

—Cosa empezada, medio acabada.

Al anochecer, el hombre fue conducido a la cuadra del oso, el cual trató en seguida de saltar encima de él para darle la bienvenida a zarpazos.

—¡Poco a poco! —dijo el sastrecillo—. ¡Ya te enseñaré yo a recibir a la gente!

Y con mucha tranquilidad, como si nada ocurriese, sacó del bolsillo unas cuantas nueces y, cascándolas con los dientes, empezó a comérselas.

Al verlo el oso le entraron ganas de comer nueces y el sastre, volviendo a meter mano en el bolsillo, le ofreció un puñado; sólo que no eran nueces, sino guijas.

El oso se las introdujo en la boca; pero por mucho que mascó, no pudo romperlas. «¡Caramba! —pensaba—; ¡qué inútil soy, que ni siquiera puedo romper las nueces!» y, dirigiéndose al sastrecillo, le dijo:

—Rómpeme las nueces.

—¡Ya ves si eres infelizote! —respondióle el sastre—. ¡Con una boca tan enorme y ni siquiera eres capaz de partir una nuez!

Cogió las piedras y, escamoteándolas con agilidad, metióse una nuez en la boca y ¡crac!, de un mordisco la tuvo en dos mitades.

—Volveré a probarlo —dijo el oso—. Viéndote hacerlo me parece que también yo he de poder.

Pero el sastrecillo volvió a darle guijas, y el oso muerde que muerde con todas sus fuerzas. Pero no creas que se salió con la suya.

Dejaron aquello, y el sastrecillo sacó un violín de debajo de su chaqueta y se puso a tocar una melodía.

Al oír el oso la música, le entraron unas ganas irresistibles de bailar, y al cabo de un rato la cosa le resultaba tan divertida, que preguntó al sastrecillo:

—Oye, ¿es difícil tocar el violín?

—¡Bah! Un niño puede hacerlo. Mira, pongo aquí los dedos de la mano izquierda, y con la derecha paso el arco por las cuerdas y, fíjate qué alegre: ¡Tralalá! ¡Liraliralerá!

—Pues no me gustaría poco saber tocar así el violín para poder bailar cuando tuviese ganas. ¿Qué dices a eso? ¿Quieres enseñarme?

—De mil amores —dijo el sastrecillo—; suponiendo que tengas aptitud. Pero trae esas zarpas. Son demasiado largas; tendré que recortarte las uñas.

Trajeron un torno de carpintero, y el oso puso en él las zarpas; el sastrecillo las atornilló sólidamente y luego dijo:

—Espera ahora a que vuelva con las tijeras.

Y, dejando al oso que gruñese cuanto le viniera en gana, tumbóse en un rincón sobre un haz de paja y se quedó dormido.

Cuando, al anochecer, la princesa oyó los fuertes bramidos del oso, no se le ocurrió pensar otra cosa sino que había hecho picadillo del sastre, y que gritaba de alegría.

A la mañana siguiente se levantó tranquila y contenta; pero al ir a echar una mirada al establo, se encontró con que el hombre estaba tan fresco y sano como el pez en el agua.

Ya no pudo seguir negándose, porque había hecho su promesa públicamente, y el Rey mandó preparar una carroza en la que el sastrecillo fue conducido a la iglesia para la celebración de la boda.

Mientras tanto, los otros dos sastres, hombres de corazón ruin, envidiosos al ver la suerte de su compañero, bajaron al establo y pusieron en libertad al oso el cual, enfurecido, lanzóse en persecución del coche.

Oyéndolo la princesa gruñir y bramar, tuvo miedo y exclamó:

—¡Ay, el oso nos persigue y quiere cogerte!

Pero el sastrecillo, con gran agilidad, sacó las piernas por la ventanilla y gritó:

—¿Ves este torno? ¡Si no te marchas, te amarraré a él!

El oso, al ver aquello, dio media vuelta y echó a correr.

El sastrecillo entró tranquilamente en la iglesia, fue unido en matrimonio a la princesa y, en adelante, vivió en su compañía alegre como una alondra. Y quien no lo crea pagará un ducado.

Los dos caminantes

LOS valles y montañas no topan nunca, pero sí los hombres, sobre todo los buenos con los malos. Así sucedió una vez con un sastre y un zapatero que habían salido a correr mundo.

El sastre era un mozo pequeñito y simpático, siempre alegre y de buen humor. Vio que se acercaba el zapatero, el cual venía de una dirección contraria y, coligiendo su oficio por el paquete que llevaba, lo acogió con una coplilla burlona:

«Cose la costura,
tira del bramante;
dale recio a la suela dura,
ponle pez por detrás y por delante».

Pero el zapatero era hombre que no aguantaba bromas y, arrugando la cara como si se hubiese tragado vinagre, hizo ademán de coger al otro por el cuello.

El sastre se echó a reír y, alargándole su bota de vino, le dijo:

—No ha sido para molestarte. Anda, bebe, que el vino disuelve la bilis.

El zapatero empinó el codo, y la tormenta de su rostro empezó a amainar. Devolviendo la bota al sastre, le dijo:

—Le he echado un buen discurso a tu bota. Se habla del mucho beber, pero poco de la mucha sed. ¿Qué te parece si seguimos juntos?

—Por mí no hay inconveniente —respondióle el sastre—. Con tal que vayamos a alguna gran ciudad, donde no nos falte trabajo.

—Precisamente era ésa mi intención —replicó el zapatero—. En un nido no hay nada que ganar y, en el campo, la gente prefiere ir descalza.

Y, así, prosiguieron juntos su camino poniendo siempre un pie delante del otro, como la comadreja por la nieve.

Tiempo les sobraba, pero lo que es cosa para mascar, eso sí que andaba mal. Cada vez que llegaban a una ciudad, se iban cada uno por su lado a saludar a los maestros de sus respectivos gremios.

Al sastrecillo, por su temple alegre y por sus mejillas sonrosadas, todos lo acogían favorablemente y lo obsequiaban, y aun a veces tenía la suerte de pescar un beso de la hija del patrón por detrás de la puerta.

Al volver a reunirse con el zapatero, su morral era siempre el más repleto. El otro lo recibía con su cara de Jeremías, y decíale torciendo el gesto:

—¡Sólo los pícaros tienen suerte!

Pero el sastre se echaba a reír y cantar, y partía con su compañero cuanto había recogido. En cuanto oía sonar dos perras gordas en su bolsillo, faltábale tiempo para gastarlas en la taberna; de puro contento, los dedos le tamborileaban en la mesa haciendo tintinear las copas. De él podía decirse aquello de «fácil de ganar, fácil de gastar».

Llevaban ya bastante tiempo viajando juntos, cuando llegaron un buen día a un enorme bosque por el que pasaba el camino de la capital del reino. Había que elegir entre dos caminos: uno que se recorría en siete días, y el otro, en sólo dos; pero ellos ignoraban cuál era el más corto.

Se sentaron bajo un roble para discutir la situación y considerar para cuántos días debían llevarse pan.

Dijo el zapatero:

—Siempre es mejor pecar por más que por menos; yo me llevaré pan para siete días.

—¿Cómo? —replicó el sastre—. ¿Ir cargado como un burro con pan para siete días, y que ni siquiera puedas volverte a echar una ojeada? Yo confío en Dios y no me preocupo. El dinero que llevo en el bolsillo, tan bueno es en invierno como en verano; pero el pan se secará con este calor y se enmohecerá; además, ¿por qué hacer la manga más larga que el brazo? ¿Por qué no hemos de dar con el camino corto? Pan para dos días, y ya está bien.

Y, así, cada cual compró el pan que le pareció, y se metieron en el bosque a la buena de Dios.

La selva estaba silenciosa como una iglesia; no corría ni un soplo de viento; no se oía ni el rumor de un arroyuelo, ni el gorjeo de un pájaro; y entre la maraña del espeso follaje no entraba ni un rayo de sol.

El zapatero caminaba sin decir palabra, agobiado bajo el peso del pan que llevaba a la espalda; el sudor le caía a raudales por el rostro malhumorado y sombrío. En cambio, el sastre avanzaba alegre, saltando y brincando, silbando a través de una hoja arrollada a modo de flauta, o cantando tonadillas; y, entretanto pensaba: «Dios Nuestro Señor debe estar contento de verme tan alegre».

Así siguieron las cosas durante dos días; pero cuando, al tercero, vio el sastre que no llegaban al término del bosque y que se había comido toda su provisión de pan, cayósele el alma a los pies. No perdió el ánimo, sin embargo, confiando en Dios y en su buena suerte.

Aquella noche se acostó hambriento al pie de un árbol y, a la mañana siguiente, se despertó con más hambre todavía. Así transcurrió la cuarta jornada; y cuando el zapatero, sentándose sobre un tronco caído, se puso a comer de sus reservas, el otro hubo de contentarse con mirarlo.

Al pedirle un pedacito de pan, su compañero se echó a reír burlonamente y le dijo:

—Siempre has estado alegre; también es conveniente que sepas lo que es estar triste. A los pájaros que cantan de madrugada, se los come el milano por la noche.

En una palabra, se mostró más duro que una roca.

A la mañana del quinto día, el pobre sastre ya no tuvo fuerzas para levantarse, y era tal su desfallecimiento, que apenas podía pronunciar una palabra; tenía pálidas las mejillas, y los ojos enrojecidos.

Díjole entonces el zapatero:

—Te daré hoy un pedazo de pan; pero, en cambio, te sacaré el ojo derecho.

El desdichado sastre, deseoso de salvar la vida, no tuvo más remedio que avenirse; lloró por última vez con los dos ojos, y ofrecióse luego al

zapatero de corazón de piedra quien, con un afilado cuchillo, le sacó el ojo derecho.

Vínole entonces al sastre a la memoria lo que solía decirle su madre cuando lo encontraba comiendo golosinas en la despensa: «Hay que comer lo que se pueda, y hay que sufrir lo que se deba».

Una vez terminado aquel pan que tan caro acababa de pagar, levantóse de nuevo y, olvidándose de su desgracia, procuró consolarse con la idea de que con un solo ojo también se arreglaría.

Pero al sexto día volvió a atormentarle el hambre y sintióse desfallecer. Al anochecer se desplomó al pie de un árbol y, a la madrugada del séptimo día, no pudo ya incorporarse y sintió que la muerte le oprimía la garganta.

Díjole entonces el zapatero:

—Voy a mostrarme compasivo y darte otro pedazo de pan, pero no gratis; a cambio del pan te sacaré el ojo que te queda.

Reconoció entonces el sastre la ligereza de su conducta y, pidiendo perdón a Dios, dijo a su compañero:

—Haz lo que quieras. Yo sufriré lo que sea menester. Pero considera que Dios Nuestro Señor juzga cuando uno menos lo piensa, y que llegará la hora en que habrás de responder de la mala acción que cometes conmigo sin haberla yo merecido. En los días prósperos repartí contigo cuanto tuve. Para ejercer mi oficio es necesario que una puntada siga a la otra; una vez haya perdido la vista y no pueda coser, no me quedará otro recurso que mendigar mi pan. Sólo te pido que, cuando esté ciego, no me abandones en este lugar, donde moriría de hambre.

El zapatero, que había desterrado a Dios de su corazón, sacó el cuchillo y le vació el ojo izquierdo. Luego le dio un pedazo de pan y, poniéndole un bastón en la mano, dejó que el sastre le siguiera.

Al ponerse el sol, salieron del bosque. En un campo de enfrente se levantaba la horca. El zapatero guió hasta ella al sastre ciego y lo abandonó allí, siguiendo él su camino.

Agotado por la fatiga, el dolor y el hambre, el infeliz se quedó dormido y no se despertó en toda la noche. Al despuntar el día, despertóse sin saber dónde se encontraba. Del patíbulo colgaban los cuerpos de dos pobres pecadores, y sobre la cabeza de cada uno se había posado un grajo.

Y he aquí que los dos ajusticiados entablaron el siguiente diálogo:

—¿Velas, hermano? —preguntó uno.

—Sí —respondió el otro.

—Pues en este caso voy a decirte una cosa —prosiguió el primero—; y es que el rocío que esta noche nos ha caído encima desde las horcas, devuelve la vista a quiénes se lavan con él. Si lo supiesen los ciegos, recobrarían la vista muchos que ahora lo creen imposible.

Al oír esto el sastre, sacó el pañuelo y lo apretó sobre la hierba que estaba empapada de rocío; y se lavó con él las cuencas vacías. Al instante se cumplió lo que acababa de decir el ahorcado: un nuevo par de ojos frescos y sanos brotó en las cuencas vacías del vagabundo. Al poco rato veía éste el sol saliendo de detrás de las montañas, y en la llanura, la gran ciudad se levantaba con sus magníficas puertas y sus cien torres, rematadas por cruces de oro, que brillaban a gran distancia.

Podía distinguir cada una de las hojas de los árboles, y los pájaros que pasaban en raudo vuelo, y los mosquitos danzando en el aire. Sacóse del bolsillo una aguja de coser y, al comprobar que podía enhebrarla con la misma seguridad de antes, su corazón saltó de gozo en el pecho.

Hincándose de rodillas, dio gracias a Dios por tan gran merced y rezó su oración matutina, sin olvidarse de encomendar a Nuestro Señor las almas de los pobres pecadores allí colgados, que el viento hacía chocar entre sí cual badajos de campana.

Cargándose luego el hato a la espalda y olvidándose de las penalidades sufridas, reemprendió la ruta cantando y silbando.

Lo primero con que se topó fue con un potro pardo que saltaba libremente por el campo. Agarrándolo por la melena, quiso montarlo para entrar a caballo en la ciudad. Pero el animal le rogó que no lo privase de su libertad:

—Soy todavía demasiado joven —le dijo—. Hasta un sastre tan ligero como tú me quebraría el espinazo. Déjame que corra hasta que esté más crecido. Tal vez llegue un día en que pueda pagártelo.

—Pues corre cuanto quieras —le dijo el sastre—. Bien veo que tú eres también un cabeza loca.

Y le dio con la vara un golpecito en el lomo, por lo que el animalito pegó un par de brincos de alegría con las patas traseras y se alejó a un trote vivo, saltando vallas y fosos.

Pero el sastre no había comido nada desde la víspera. «Cierto que el sol me llena los ojos —se dijo—, mas ahora necesito que el pan me llene la boca. Lo primero que encuentre y sea sólo medianamente comestible, se la cargará».

A poco vio una cigüeña, que andaba muy seriamente por un prado.

—¡Alto! —gritó el sastre agarrándola por una pata—. No sé si eres buena para comer, pero mi hambre no me permite escoger. No tengo más remedio que cortarte la cabeza y asarte.

—No lo hagas —respondió la cigüeña—, pues soy un ave sagrada a quien nadie daña y que proporciona grandes beneficios a los humanos. Si respetas mi vida, tal vez algún día pueda recompensártelo.

—¡Pues anda, márchate patilarga! —exclamó el sastre.

Y la cigüeña, elevándose con las patas colgantes, emprendió apaciblemente el vuelo.

«¿Qué voy a hacer ahora? —preguntóse el sastre—; mi hambre aumenta por momentos, y tengo el estómago cada vez más vacío. Lo primero que se cruce en mi camino está perdido». Y, casi en el mismo momento, vio una pareja de patitos que estaban nadando en una charca.

—Venís como caídos del cielo —dijo.

Y, agarrando uno de ellos, se dispuso a retorcerle el pescuezo; y he aquí que un pato viejo, que estaba metido entre los juncos, se puso a graznar ruidosamente y, acercándose a nado con el pico abierto de par en par, le rogó y suplicó que se apiadase de sus hijos.

—¿No piensas —le dijo— en la pena que tendría tu madre si viese que alguien se te llevaba para comerte?

—Tranquilízate —respondió el bondadoso sastre—; quédate con tus hijos.

Y volvió a echar al agua al que había cogido.

Al volverse se encontró frente a un viejo árbol medio hueco y vio muchas abejas silvestres que entraban en el tronco y salían de él.

—Al fin recibo el premio de mi buena acción —dijo—; esta miel me reconfortará.

Pero salió la reina, amenazadora, y le dijo:

—Si tocas a mi gente y nos destruyes el nido, nuestros aguijones se clavarán en tu cuerpo como diez mil agujas al rojo. En cambio, si nos dejas en paz y sigues tu camino, el día menos pensado te prestaremos un buen servicio.

Vio el sastrecillo que tampoco por aquel lado podría solucionar su hambre. «Tres platos vacíos —díjose—, y el cuarto, sin nada; mala comida es ésta».

Arrastróse hasta la ciudad con el estómago vacío, y como llegó justamente a la hora de mediodía, pronto le prepararon un cubierto en la posada y pudo sentarse a la mesa en seguida.

Ya satisfecha su hambre, dijo: «Ahora, a trabajar». Se fue a recorrer la ciudad en busca de un patrón, y no tardó en encontrar un buen empleo. Como era muy hábil en su oficio, en poco tiempo adquirió gran reputación; todo el mundo quería llevar trajes confeccionados por el sastre forastero. Su prestigio crecía por momentos. «Ya no puedo llegar más allá en mi arte —decía— y, sin embargo, cada día me van mejor las cosas». Al fin, el Rey le nombró sastre de la Corte.

Pero ved cómo van las cosas del mundo. El mismo día era nombrado zapatero de palacio su antiguo compañero de viaje. Al ver éste al sastre y comprobar que había recuperado los ojos, y con ellos la vista, su rostro se ensombreció. «Tengo que prepararle una trampa antes de que pueda vengarse», pensó. Pero quien cava un foso a otro, suele caer en él.

Un anochecer, terminado el trabajo del día, presentóse al Rey y le dijo:

—Señor Rey, el sastre es un insolente; se ha jactado de que sería capaz de recuperar la corona de oro que se perdió hace tantísimo tiempo.

—Mucho me gustaría —respondió el Rey.

Y, mandando que el sastre compareciese ante él a la mañana siguiente, le dijo que había de traerle la corona o abandonar la ciudad para siempre. «¡Válgame Dios! —pensó el sastre—; sólo un bribón promete más de lo que tiene. Ya que el Rey se ha empeñado en exigirme lo que nadie es capaz

de hacer, mejor será no aguardar hasta mañana, sino marcharme de la ciudad esta misma noche».

Hizo, pues, su hato y se puso en camino. Pero cuando llegó a la puerta sintió pesadumbre ante el pensamiento de que había de renunciar a su fortuna y abandonar aquella ciudad en la que tan bien lo había pasado.

Al llegar junto al estanque donde había trabado amistad con los patos, encontróse con el viejo a cuyos hijos perdonara la vida que estaba en la orilla acicalándose con el pico. Reconocióle el ave y le preguntó por que andaba tan cabizbajo.

—No te extrañarás cuando sepas el motivo —respondióle el sastre; y le contó lo sucedido.

—Si no es más que eso —le dijo—, podemos arreglarlo. La corona cayó al agua y yace en el fondo; en un santiamén la sacaremos; tú, entretanto, extiende tu pañuelo en la orilla.

Y junto con sus doce patitos se sumergió para reaparecer a los cinco minutos en la superficie con la corona sobre las alas, rodeado de los doce pequeños que, nadando a su alrededor, le ayudaban a sostenerla con los picos. Así se acercaron a tierra y depositaron la corona en el pañuelo.

No puedes imaginar lo espléndido de aquella joya que, bajo los rayos del sol, centelleaba como cien mil rubíes. Ató el sastre el pañuelo por los cuatro cabos y la llevó al Rey quien contentísimo, en premio colgó una cadena de oro al cuello del sastre.

Al ver el zapatero que su estratagema había fracasado, ideó otra y dijo al Rey:

—Señor, el sastre ha vuelto a insolentarse. Se vanagloria de que podría reproducir en cera todo el palacio real, el exterior y el interior, junto con todas las cosas que encierra.

Llamó el Rey al sastre y le ordenó que reprodujese en cera el palacio real con todo cuanto encerraba, exactamente, tanto en lo interior como en lo exterior; advirtiéndole que, de no hacerlo, o si faltaba sólo un clavo de la pared, sería encerrado para el resto de su vida en un calabozo subterráneo.

Pensó el sastre: «La cosa se pone cada vez más difícil; esto no lo aguanta nadie»; y, echándose el hato a la espalda, marchóse por segunda vez.

Llegado que hubo al árbol hueco, se sentó a descansar, triste y mohíno. Salieron volando las abejas, y la reina le preguntó si se le había entumecido el cuello, pues lo veía con la cabeza tan torcida.

—¡Oh, no! —respondióle el sastre—, es otra cosa lo que me duele.

Y le contó lo que el Rey le había exigido. Pusiéronse las abejas a zumbar entre sí y luego dijo la reina:

—Vuélvete a casa, y mañana a esta misma hora vuelve con un pañuelo grande; todo saldrá bien.

Mientras regresaba a la ciudad, las abejas volaron al palacio real y, entrando por las ventanas, estuvieron huroneando por todos los rincones y tomando nota de todos los pormenores. Luego, de vuelta a la colmena, construyeron una reproducción en cera del edificio, con una rapidez que no puede uno imaginarse.

A la noche quedaba listo, y cuando el sastre se presentó a la mañana siguiente, vio como se levantaba allí el soberbio alcázar, sin que le faltase un clavo de la pared ni una teja del tejado; era, además, muy primoroso, blanco como la nieve y oliendo a miel.

Envolvióla el sastre cuidadosamente en el pañuelo y lo llevó al Rey, el cual no supo cómo expresar su admiración. Colocó aquella maravilla en la sala más espaciosa del palacio, y regaló al sastre una gran casa de piedra.

Pero el zapatero, terco que terco, fue al Rey por tercera vez y le dijo:

—Señor, ha llegado a oídos del sastre que en el patio de palacio no hay modo de hacer brotar agua; él dice que es capaz de hacer salir un surtidor en el mismo centro del patio, tan alto como un hombre y de agua límpida como el cristal.

Mandó el Rey que se presentara el sastre, y le dijo:

—Si, como has prometido, mañana no brota en mi patio un gran chorro de agua, mandaré al verdugo que allí mismo te corten la cabeza.

El pobre sastre no lo pensó mucho rato, y apresuróse a salir de la ciudad; y como esta vez se trataba de salvar la vida, las lágrimas le rodaban por las mejillas.

Caminando así, vencido por la tristeza, acercósele saltando el potro al que antaño dejara en libertad y que, ya crecido, era a la sazón un hermoso corcel bayo.

—Ha llegado la hora —le dijo— en que puedo pagarte tu buena acción. Ya sé lo que te ocurre, y pronto le pondremos remedio. Móntame; ahora puedo llevar dos como tú.

Recobró el sastre los ánimos y, subiendo de un salto sobre el lomo del animal, emprendió éste el galope en dirección de la ciudad y, entrando en ella, no paró hasta el patio del palacio.

Una vez en él, dio tres vueltas completas a su alrededor con la velocidad del rayo y, a la tercera, cayó desplomado. Al mismo tiempo oyóse un terrible crujido y, volando por el aire un trozo de tierra del centro del patio, elevóse un chorro de agua hasta la altura de un hombre montado a caballo; y el agua era límpida como el cristal, y los rayos del sol danzaban en sus gotas.

Al verlo el Rey no pudo reprimir un grito de admiración y, saliendo al patio, abrazó al sastrecillo en presencia de toda la Corte.

Pero la felicidad no duró mucho. El Rey tenía varias hijas a cual más hermosas, pero ningún varón. Acudiendo el ruin zapatero por cuarta vez al Soberano, le dijo:

—Señor, el sastre no se apea de su arrogancia. Hoy se ha jactado de que si se le antojase, haría que le trajeran al Rey un hijo volando por los aires.

Otra vez mandó llamar el Monarca al sastre, y le habló así:

—Si en el término de nueve días eres capaz de proporcionarme un hijo, te casarás con mi hija mayor.

«Realmente, la recompensa es grande —pensó el hombre—, y vale la pena intentar obtenerla; pero las cerezas cuelgan muy altas, y si me subo a cogerlas corro el riesgo de que se rompa una rama y me caiga de cabeza».

Se fue a su casa, instalóse con las piernas cruzadas en su mesa de trabajo y púsose a reflexionar sobre el caso. «¡Para esto sí que no hay solución! —exclamó al fin—. Me marcharé, pues aquí no se puede vivir en paz».

Lio nuevamente su hatillo y salió de la ciudad. Pero al llegar a un prado, he aquí que vio a su vieja amiga la cigüeña que paseaba filosóficamente; de vez en cuando se detenía a mirar una rana, que acababa tragándose. Acercósele la zancuda a saludarlo.

—Ya veo —le dijo— que llevas el morral a la espalda. ¿Por qué abandonas la ciudad?

Contóle el sastre lo que el Rey le había exigido, cosa que él no podía cumplir, y se lamentó de su mala suerte.

—¡Bah!, no te apures por eso —dijo la cigüeña—. Yo te sacaré del apuro. Hace ya muchos siglos que llevo a la ciudad a los niños recién nacidos; no me costará gran cosa sacar de la fuente a un principito. Vuélvete a casa y duerme tranquilo. Dentro de ocho días te presentas en el palacio real. Yo acudiré.

El sastrecillo se volvió a casa y el día convenido presentóse en palacio. Al poco rato llegó volando la cigüeña y llamó a la ventana; abrióla el sastre, y la amiga patilarga entró cautelosamente, avanzando con paso majestuoso por el pulimentado pavimento de mármol.

Llevaba en el pico un niño hermoso como un ángel, que alargaba las manitas a la Reina. Depositólo en su regazo, y la Reina lo besó y acarició fuera de sí de gozo.

Antes de reemprender el vuelo la cigüeña, descolgándose el bolso de viaje, lo entregó también a la Soberana. Contenía cucuruchos de grageas y peladillas, que fueron repartidas entre las princesitas. A la mayor no le dieron nada; pero, en cambio, recibió por marido al alegre sastrecillo.

—Me hace el mismo efecto —dijo éste— que si me hubiese caído el premio gordo de la lotería. Razón tenía mi madre al decir como de costumbre: «Con la confianza en Dios y la suerte, todo puede conseguirse».

El zapatero confeccionó los zapatos con los cuales el sastre bailó el día de la boda, y luego recibió orden de salir de la ciudad. El camino del bosque lo condujo al patíbulo, donde se tumbó a descansar agotado por la rabia, el enojo y el calor del día.

Al disponerse a dormir, bajaron los dos grajos posados en las cabezas de los ajusticiados y le sacaron los ojos. Entró en el bosque corriendo como un loco, y seguramente murió de hambre y sed, puesto que nadie volvió a saber jamás de su paradero.

Juan Erizo

ERASE una vez un labrador que poseía buena cantidad de tierras y de dinero; más por rico que fuese, le faltaba algo para ser feliz: no tenía hijos. Con frecuencia, cuando iba a la ciudad con los demás campesinos, burlábanse éstos de él y le preguntaban por qué no tenía hijos.

Enfadóse el hombre al cabo y, al llegar a su casa, exclamó:

—¡Quiero un hijo, aunque haya de ser un erizo!

Y he aquí que su mujer tuvo uno el cual era, por la parte superior, un erizo, y por la inferior, un ser humano; y, al verlo, la madre exclamó asustada:

—¡Ay, nos han embrujado!

Dijo el hombre:

—Esto ya no tiene remedio. De todos modos hay que bautizar al niño; pero ¿quién será el padrino?

—No podemos ponerle más nombre que «Juan Erizo» —observó la mujer.

Una vez estuvo bautizado, dijo el cura:

—Con las púas que tiene no puede dormir en una cama corriente.

Por lo cual le pusieron un montón de paja detrás del horno, y éste fue el lecho de Juan Erizo. Pero su madre tampoco podía amamantarlo, pues con sus púas la habría pinchado.

Se pasó ocho años allí tendido, y su padre estaba cansado de él y todo era pensar: «¡Ojalá se muriese!». Pero no se murió, sino que siguió viviendo.

Sucedió que, un día de mercado en la ciudad, el labrador quiso ir y preguntó a su mujer qué deseaba que le trajese.

—Algo de carne y unos panecillos —respondió ella.

Luego preguntó a la criada, la cual pidióle unas zapatillas y medias. Finalmente, dirigiéndose a Juan Erizo, díjole:

—¿Y tú qué quieres?

—Padrecito —respondió él—, tráeme una gaita.

De regreso, el campesino dio a su mujer lo que había comprado para ella: carne y pan; a la criada, las medias y las zapatillas, y a Juan Erizo, la gaita.

Cuando éste tuvo el instrumento, dijo a su padre:

—Padrecito, ve a la herrería y haz herrar mi gallo; montaré en él y me marcharé, y nunca más volveré.

Alegróse el padre al pensar que se libraría de aquel hijo; mandó poner herraduras al gallo y, cuando ya estuvo listo, montó en él Juan Erizo y partió, llevándose también cerdos y asnos con el propósito de criarlos en el bosque.

Ya en él, subió con el gallo a un alto árbol, y desde allí estuvo muchos años guardando sus cerdos y sus borricos, hasta que los rebaños aumentaron extraordinariamente; y durante todo aquel tiempo su padre no supo nada de él.

Mientras estaba en el árbol, sacaba su gaita y tocaba bonitas tonadas; pero he aquí que un buen día, acertó a pasar por aquellos lugares un rey que se había extraviado. Sorprendido al oír aquella música, envió a uno de sus criados a averiguar de dónde procedía. Miró el hombre a todas partes, mas sólo pudo descubrir un extraño animalito en la copa de un árbol; era una especie de gallo con un erizo encima, y éste era el músico.

Mandó el Rey al criado que le preguntase por qué estaba allí y si conocía el camino que llevaba a su reino. Juan Erizo bajó entonces de su árbol y dijo que estaba dispuesto a indicar el camino al Rey, a condición de que éste le prometiese, por escrito, darle lo primero que encontrase al llegar a la Corte.

Pensó el Rey: «Puedo muy bien suscribir la promesa; Juan Erizo no lo entenderá, y yo escribiré lo que me parezca». Y, cogiendo pluma y tinta, el Rey anotó unas palabras, con lo cual Juan Erizo le indicó el camino y el Monarca pudo llegar felizmente a su palacio.

Al verlo venir su hija desde lejos, corrió a recibirlo y abrazarlo llena de alegría; entonces se acordó el Rey de Juan Erizo y contó a la muchacha lo que le había ocurrido: que había prometido a un animal muy raro, mediante firma, entregarle lo primero que encontrase al llegar a su casa; y cómo aquel animal montaba en un gallo a guisa de corcel, y que tocaba muy bien la gaita. Él, empero, había escrito que no lo tendría, pues Juan Erizo no sabía leer.

La princesita se puso muy contenta y dijo que había obrado muy bien, pues de ninguna manera se habría avenido a ser entregada al animal.

Juan Erizo seguía guardando sus cerdos y asnos y, siempre alegre, se pasaba las horas encaramado en su árbol y tocaba la gaita.

Y he aquí que acertó a pasar otro rey, con sus criados y peones; también él se había extraviado y no sabía cómo salir de aquel bosque inmenso. Oyendo, a su vez, la melodiosa música, envió a uno de sus servidores a informarse y el criado, al llegar al pie del árbol, vio en la copa al gallo con Juan Erizo montado en él. Preguntóle el hombre qué hacía allí.

—Guardo mis cerdos y asnos —respondióle Juan—. Y vos, ¿qué queréis?

Díjole el criado que se habían extraviado, y el Rey no sabía cómo volver a su reino, por lo que le pedía que le mostrase el camino.

Bajó Juan Erizo del árbol con el gallo y manifestó al anciano rey que le indicaría el camino, a condición de que le diese lo primero que encontrase al llegar a su real mansión.

Conformóse el Rey y suscribió el compromiso. Y cuando Juan Erizo tuvo en su poder el documento, montado en su gallo guió hasta el camino a los extraviados, y el Rey pudo llegar sano y salvo a su Corte.

Al entrar en palacio hubo general regocijo, y su única hija, una princesa hermosísima, corrió a abrazarlo y besarlo contentísima de su regreso.

Al inquirir la causa de su larga ausencia, contóle el Rey que se había extraviado en el bosque, en el que habría muerto de no haber sido por un extraño ser, mitad erizo mitad hombre (que, montado en un gallo tocaba la gaita en la copa de un árbol), el cual lo había sacado de apuros mostrándole el camino, si bien a condición de que él le entregaría lo primero que

encontrase al llegar a casa; y ahora resultaba que era ella lo primero que había encontrado, y le dolía mucho que así fuese.

La princesa, empero, se mostró presta a entregarse cuando viniese a buscarla, por amor a su anciano padre.

Juan Erizo continuó guardando sus cerdos, los cuales criaron y se multiplicaron de tal modo que llenaban todo el bosque. Por lo cual el mozo creyó conveniente no seguir viviendo allí y envió recado a su padre de que vaciase todas las pocilgas de pueblo, ya que él llegaba con una piara tan numerosa que todo el mundo podría matar un cerdo.

La noticia afligió al padre, el cual creía a su hijo muerto desde hacía muchos años. Pero Juan Erizo montó en su gallo, condujo los cerdos al pueblo y empezó la matanza. Tal fue la carnicería, que los berridos podían oírse a dos leguas a la redonda.

Dijo luego Juan Erizo:

—Padrecito, llevad otra vez el gallo a la herrería a que le cambien las herraduras, y me marcharé para no volver más.

El padre cumplió gustoso el encargo, satisfecho de que su hijo no compareciese más por el pueblo.

Entonces marchó Juan a ver al primero de los reyes a los que enseñó el camino cuando se hallaban extraviados en el bosque.

El Soberano había dado orden de que si se presentaba un sujeto montado en un gallo y llevando una gaita, se le recibiese a tiros, estocadas y palos, y no se le dejara llegar a palacio.

Al acercarse, pues, Juan Erizo, salieron todos los soldados con bayoneta calada para cortarle el paso, pero él espoleó al gallo el cual, levantando el vuelo y pasando por encima de la puerta, plantóse en la ventana del Rey y, a voz en grito, le reclamó lo prometido; en caso de negarse, les costaría la vida a él y a su hija.

El Rey, con buenas palabras, persuadió a su hija de que marchase con él, para salvar la vida de los dos. Vistióse la princesa de blanco, y su padre le dio una carroza tirada por seis caballos, amén de apuestos servidores, tierras y dineros.

Instalóse la joven en el coche y, a su lado, Juan Erizo con el gallo y la gaita. Despidiéronse y se alejaron, pensando el Rey que no volvería a verlos

jamás. Pero las cosas no sucedieron según sus cálculos, pues, apenas habían salido de la ciudad, Juan Erizo, despojando a la princesa de sus hermosos vestidos, le pinchó con su erizada piel hasta hacerle brotar la sangre, y luego le dijo:

—Ésta es tu recompensa por tu falacia. Ahora vete, no te quiero.

Y enviándola a su casa, quedó ella afrentada para toda su vida.

Entonces, Juan Erizo montó nuevamente en su gallo y, armado de la gaita, fue a ver al otro rey. Este monarca había dado orden de que si llegaba un individuo del aspecto de Juan Erizo, se le presentasen armas, se le acogiese con aclamaciones y se le introdujese en el palacio.

Al verlo, la hija del Rey quedó asustada, porque realmente era extraño el aspecto del forastero; sin embargo, pensó que el único remedio era cumplir lo prometido a su padre.

Recibió, pues, a Juan Erizo con toda cortesía; casáronlos, y el novio se sentó a la real mesa, y ella a su lado, comiendo y bebiendo juntos.

Al llegar la hora de acostarse, la princesa sentía mucho miedo de sus púas; pero él la tranquilizó, asegurándole que nada había de temer; ningún daño le ocurriría.

Dijo luego al anciano rey que enviase cuatro hombres a guardar la puerta de la habitación, con orden de encender un gran fuego; cuando él entrase en la alcoba para acostarse, se quitaría la piel de erizo y la dejaría al lado de la cama. Entonces los hombres debían acudir rápidamente, cogerla y arrojarla al fuego, no perdiéndola de vista hasta que se hubiese consumido por completo.

Al sonar las campanadas de las once, el nuevo príncipe entró en su aposento y, despojándose de la erizada piel, dejóla al lado del lecho. Acudieron los hombres, lleváronsela rápidamente y la arrojaron al fuego; y, una vez se hubo consumido del todo, Juan quedó desencantado y en su natural figura humana. Sólo que el cuerpo le quedó negro como el carbón como si estuviera chamuscado.

El Rey mandó llamar a su médico, el cual le aplicó pomadas y bálsamos, y Juan quedó transformado en un gallardo y hermoso joven de blanca piel. Mucho se alegró la princesa al verlo, y por la mañana hubo un

banquete. La boda se celebró con toda esplendidez, y Juan Erizo recibió del anciano monarca la corona del reino.

Transcurridos algunos años, él y su esposa hicieron un viaje a la casa de su padre, a quien se presentó el Rey como su hijo. Pero el viejo replicó que no tenía ninguno; cierto que había tenido uno, pero su cuerpo estaba cubierto de púas como un erizo, y se había marchado a correr mundo. No obstante, el príncipe insistió hasta convencerlo y el viejo, contento, se marchó con él a su reino.

«Y, colorín colorado,
este cuento se ha acabado».

La camisa del muerto

UNA madre tenía un hijito de siete años, tan lindo y cariñoso que cuantos lo veían quedaban prendados de él; y ella lo quería más que nada en el mundo.

Mas he aquí que enfermó de pronto y Dios Nuestro Señor se lo llevó a la gloria, quedando la madre desconsolada y sin cesar de llorar día y noche.

Al poco tiempo de haberlo enterrado, el niño empezó a aparecerse por las noches en los lugares donde en vida solía comer y jugar; y si la madre lloraba, lloraba él también; pero al despuntar él desaparecía.

Como la pobre mujer siguiera inconsolable, una noche el pequeño se le apareció vestido con la camisita blanca con que lo habían enterrado y la corona fúnebre que le habían puesto en la cabeza y, sentándose en la cama sobre los pies de su madre, le dijo:

—Mamita, no llores más; no me dejas dormir en mi caja; pues todas tus lágrimas caen sobre mi camisita, y ya la tengo empapada.

Asustóse la madre al oír aquellas palabras y ya no lloró más. Y a la noche siguiente volvió el niño, llevando una lucecita en la mano, y dijo:

—Ves, mi camisita está seca, y ahora tengo paz en mi tumba.

La madre encomendó su aflicción a Dios Nuestro Señor, y la soportó con resignación y paciencia, y el niño ya no volvió más, sino que quedó reposando en su camita bajo tierra.

Las correrías de Pulgarcito

UN sastre tenía un hijo que había salido muy pequeño, no mayor que el dedo pulgar, y por eso lo llamaban Pulgarcito. Era, empero, muy animoso y dijo un día a su padre:

—Padre, tengo ganas de correr mundo, y voy a hacerlo.

—Bien, hijo mío —respondióle el hombre.

Y, cogiendo una aguja de zurcir bien larga, hízole en el ojo un nudo con lacre derretido.

—Ahí tienes una espada para el camino —le dijo.

El muchacho quiso comer por última vez en la casa y fue a la cocina, dando saltitos, para ver lo que guisaba su madre como despedida. Pero el plato aún se estaba cociendo en el fuego.

Preguntó el pequeño:

—Madre, ¿qué tenemos hoy para comer?

—Míralo tú mismo —dijo la mujer.

Pulgarcito saltó sobre los fogones para echar una mirada al puchero; pero estiró tanto el cuello, que el vapor que salía del cacharro lo arrastró y se lo llevó chimenea arriba.

Después de volar un rato suspendido en el aire, al fin volvió a caer al suelo. Pulgarcito encontróse así solo en el ancho mundo, y encontró empleo con un sastre; pero la comida no le satisfacía.

—Señora patrona —dijo Pulgarcito—, como no me deis mejor de comer me marcharé, y mañana escribiré con yeso en la puerta de esta casa: «Patatas, muchas; carne, poca. Adiós, rey de las patatas».

—¿Y qué quieres tú, saltamontes? —replicóle la patrona enfadada.

Y, agarrando un trapo, se dispuso a zurrarle; pero nuestro sastrecillo corrió a esconderse bajo el dedal y, asomando la cabeza, sacó la lengua a la

mujer.

Levantó ésta el dedal para cogerlo; mas el hombrecillo se escabulló entre los retales y, al sacudirlos ella tratando de descubrirlo, él se escondió en la juntura de la mesa.

—¡Je, je, patrona! —gritó desde su refugio sacando la cabeza.

Y viendo que ella hacía ademán de pegarle, saltó al cajón. Al fin, la mujer logró pescarlo y lo echó a la calle.

El sastrecillo se puso en camino y llegó a un gran bosque.

Allí se topó con una pandilla de bandoleros que se proponían robar el tesoro del Rey. Al ver a aquel enanillo, pensaron: «Una criatura tan pequeña podría pasar por el ojo de la cerradura y servirnos de ganzúa».

—¡Hola! —gritóle uno—. Gigante Goliat, ¿quieres venirte con nosotros a la cámara del tesoro real? Te será fácil introducirte en ella y echarnos el dinero.

Pulgarcito lo estuvo pensando un rato; al cabo, se avino a irse con la cuadrilla.

Examinó la puerta por arriba y por abajo, buscando una grieta y, por fin, descubrió una lo bastante grande para filtrarse por ella.

Se disponía a hacerlo cuando lo vio uno de los centinelas que montaba guardia ante la puerta, y le dijo a su compañero:

—Mira qué araña tan fea. Voy a aplastarla.

—¡Deja al pobre animalito! —dijo el otro—. Ningún mal te ha hecho.

Con lo cual, Pulgarcito pudo entrar sin contratiempo en la cámara del tesoro y, abriendo la ventana bajo la cual aguardaban los bandidos, empezó a echarles doblones uno tras otro.

Estado así ocupado, oyó venir al Rey, que quería inspeccionar su cámara, y se escondió ágilmente. Diose cuenta el Rey de que faltaban bastantes monedas de oro, pero no acertaba a comprender cómo se las habían robado ya que las cerraduras y cerrojos estaban intactos, y todo parecía hallarse en perfecto orden.

Al salir, dijo a los guardias:

—¡Cuidado! Hay alguien que va detrás de mi dinero.

Y cuando Pulgarcito reanudó su trabajo, ellos oyeron el sonar de las piezas de oro: clip-clap, clip-clap. Al punto se precipitaron en la cámara,

seguros de echar el guante al ladrón. Pero el sastrecillo, que los oyó entrar, más ligero que ellos saltó a una esquina, tapándose con una moneda y quedando perfectamente disimulado; y desde su escondrijo se burlaba de los guardias gritando:

—¡Estoy aquí!

Los centinelas corrieron a él; pero antes de que llegasen, nuestro hombrecillo había cambiado ya de sitio, siempre debajo de una moneda, y no cesaba de gritar:

—¡Estoy aquí!

Y cuando los hombres se lanzaban para cogerlo, Pulgarcito los llamaba ya desde otra esquina:

—¡Estoy aquí!

Y de este modo se estuvo burlando de ellos, corriendo de un extremo a otro de la cámara, hasta que sus perseguidores, rendidos de fatiga, renunciaron a la caza y se marcharon.

Entonces él acabó de echar todas las monedas por la ventana, tirando las últimas con todas sus fuerzas; y cuando se hubieron terminado, saltó él también por el mismo camino.

Los ladrones lo acogieron con grandes elogios:

—¡Eres un gran héroe! —le dijeron—. ¿Quieres ser nuestro capitán?

Mas Pulgarcito, tras unos momentos de reflexión, les contestó que antes deseaba correr mundo. Al repartir el botín pidió sólo un cuarto, pues no podía cargar con más.

Ciñéndose nuevamente su espada, despidióse de los bandidos y echó camino adelante. Trabajó con varios maestros de su oficio, pero con ninguno se sentía a gusto y, al fin, entró de criado en una hospedería.

Las sirvientas le tenían ojeriza, pues, sin ellas verlo, él sabía todo lo que hacían a hurtadillas, y descubría al dueño lo que robaban de los platos y de la bodega.

Dijéronse las criadas:

—Vamos a jugarle una mala pasada.

Y se concertaron para hacerle una trastada.

Un día en que una de las mozas estaba cortando hierba en el huerto, viendo a Pulgarcito que saltaba por entre las plantas, lo recogió con la

guadaña junto con la hierba y, atándolo en un gran pañuelo, a la chita callando fue a echarlo a las vacas, una de las cuales, negra y grandota, se lo tragó sin hacerle ningún daño.

No obstante, a Pulgarcito no le gustaba aquella nueva morada, pues estaba muy oscura y no encendían ninguna luz.

Cuando ordeñaron al animal, gritó él:

«Bueno, bueno, bueno;
¿estará pronto el cubo lleno?»

Pero con el ruido de la leche que caía no lo oyeron. Luego entró el amo en el establo y dijo:

—Mañana mataremos esta vaca.

Entonces sí que tuvo miedo Pulgarcito, y se puso a gritar:

—¡Sacadme, estoy aquí dentro!

El amo oyó la voz, pero no sabía de dónde procedía.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—A oscuras —respondió el prisionero; pero el otro no comprendió lo que quería significar y se marchó.

A la mañana siguiente sacrificaron la vaca. Por fortuna, al cortarla y descuartizarla, Pulgarcito no recibió golpe ni corte alguno, aunque fue a parar entre la carne destinada a embutidos.

Al llegar el carnicero y poner mano a la obra, gritóle el enanillo con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Cuidado al trinchar, cuidado al trinchar, que estoy aquí dentro!

Pero con el estrépito de los trinchantes, nadie lo oyó. ¡Qué apuros hubo de pasar el pobre Pulgarcito! Pero como la necesidad tiene piernas, el cuitado empezó a saltar entre los cuchillos con tal ligereza, que salió de la prueba sin un rasguño.

Lo único que no pudo hacer fue escabullirse y, quieras o no, hubo de resignarse a pasar entre los pedazos de carne al seno de una morcilla. La prisión resultaba algo estrecha y, para postres, lo colgaron en la chimenea para que se ahumara.

El tiempo se le hacía larguísimo y se aburría soberanamente. Al fin, al llegar el invierno, descolgaron el embutido para obsequiar con él a un forastero. Cuando la patrona cortó la morcilla en rodajas, él tuvo buen cuidado de encogerse y no sacar la cabeza, atento a que no le cercenasen el cuello. Finalmente, vio una oportunidad y, tomando impulso, saltó al exterior.

No queriendo seguir en aquella casa donde tan malos tragos hubo de pasar, Pulgarcito reanudó su vida de trotamundos. Sin embargo, la libertad fue de corta duración. Hallándose en despoblado, una zorra con quien se topó casualmente lo engulló en un santiamén.

—¡Eh, señora Zorra! —gritóle Pulgarcito—, que estoy atascado en vuestro gaznate. ¡Soltadme, por favor!

—Tienes razón —respondióle la zorra—; tú no eres sino una miga para mí; si me prometes las gallinas del corral de tu padre, te soltaré.

—¡De mil amores! —replicó Pulgarcito—; te las garantizo todas.

La zorra lo dejó en libertad, y ella misma lo llevó a su casa.

Cuando su padre volvió a ver a su querido pequeñuelo, gustoso dio a la zorra todas las gallinas del corral.

—En compensación te traigo una moneda —díjole Pulgarcito, ofreciéndole el cuarto que había ganado en el curso de sus correrías.

* * *

—¿Por qué dejaron que la zorra se merendase las pobres gallinas?

—¡Va, tontuelo! ¿No crees que tu padre daría todas las gallinas del corral por conservar a su hijito?

El hábil cazador

ERASE una vez un muchacho que había aprendido el oficio de cerrajero. Un día dijo a su padre que deseaba correr mundo y buscar fortuna.

—Muy bien —respondióle el padre—; no tengo inconveniente.

Y le dio un poco de dinero para el viaje. Y el chico se marchó a buscar trabajo.

Al cabo de un tiempo se cansó de su profesión, y la abandonó para hacerse cazador. En el curso de sus andanzas encontróse con un cazador, vestido de verde, que le preguntó de dónde venía y adónde se dirigía. El mozo le contó que era cerrajero, pero que no le gustaba el oficio y sí, en cambio, el de cazador, por lo cual le rogaba que lo tomase de aprendiz.

—De mil amores, con tal que te vengas conmigo —dijo el hombre.

Y el muchacho se pasó varios años a su lado aprendiendo el arte de la montería. Luego quiso seguir por su cuenta, y su maestro, por todo salario, le dio una escopeta la cual, empero, tenía la virtud de no errar nunca la puntería.

Marchóse, pues, el mozo y llegó a un bosque inmenso, que no podía recorrerse en un día. Al anochecer encaramóse a un alto árbol para ponerse a resguardo de las fieras; hacia medianoche parecióle ver brillar a lo lejos una lucecita a través de las ramas, y se fijó bien en ella para no desorientarse. Para asegurarse, se quitó el sombrero y lo lanzó en dirección del lugar donde aparecía la luz, con objeto de que le sirviese de señal cuando hubiese bajado del árbol. Ya en tierra, encaminóse hacia el sombrero y siguió avanzando en línea recta.

A medida que caminaba, la luz era más fuerte, y al estar cerca de ella vio que se trataba de una gran hoguera, y que tres gigantes sentados junto a

ella se ocupaban en asar un buey que tenían sobre un asador.

Decía uno:

—Voy a probar cómo está.

Arrancó un trozo, y ya se disponía a llevárselo a la boca cuando, de un disparo, el cazador se lo hizo volar de la mano.

—¡Caramba! —exclamó el gigante—, el viento se me lo ha llevado.

Y cogió otro pedazo; pero al ir a morderlo, otra vez se lo quitó el cazador de la boca.

Entonces el gigante, propinando un bofetón al que estaba junto a él, le dijo airado:

—¿Por qué me quitas la carne?

—Yo no te la he quitado —replicó el otro—; habrá sido algún buen tirador.

El gigante cogió un tercer pedazo; pero tan pronto como lo tuvo en la mano, el cazador lo hizo volar también.

Dijeron entonces los gigantes:

—Muy buen tirador ha de ser el que es capaz de quitar el bocado de la boca. ¡Cuánto favor nos haría un tipo así! —y gritaron—. Acércate, tirador; ven a sentarte junto al fuego con nosotros y hártate, que no te haremos daño. Pero si no vienes y te pescamos, estás perdido.

Acercóse el cazador y les explicó que era del oficio, y que dondequiera que disparase con su escopeta estaba seguro de acertar el blanco.

Propusiéronle que se uniese a ellos, diciéndole que saldría ganando, y luego le explicaron que a la salida del bosque había un gran río, y en su orilla opuesta se levantaba una torre donde moraba una bella princesa que ellos proyectaban raptar.

—De acuerdo —respondió él—. No será empresa difícil.

Pero los gigantes agregaron:

—Hay una circunstancia que debe ser tenida en cuenta: vigila allí un perrillo que, en cuanto alguien se acerca, se pone a ladrar y despierta a toda la Corte; por culpa de él no podemos aproximarnos. ¿Te las arreglarías para matar el perro?

—Sí —replicó el cazador—; para mí, esto es un juego de niños.

Subióse a un barco y, navegando por el río, pronto llegó a la margen opuesta. En cuanto desembarcó, salióle el perrito al encuentro; pero antes de que pudiera ladrar, lo derribó de un tiro. Al verlo los gigantes se alegraron, dando ya por suya la princesa. Pero el cazador quería antes ver cómo estaban las cosas, y les dijo que se quedaran fuera hasta que él los llamase.

Entró en el palacio, donde reinaba un silencio absoluto pues todo el mundo dormía. Al abrir la puerta de la primera sala vio, colgando en la pared, un sable de plata maciza que tenía grabados una estrella de oro y el nombre del Rey; a su lado, sobre una mesa, había una carta lacrada.

Abrióla y leyó en ella que quien dispusiera de aquel sable podría quitar la vida a todo el que se pusiese a su alcance. Descolgando el arma, se la ciñó y prosiguió avanzando.

Llegó luego a la habitación donde dormía la princesa, la cual era tan hermosa que él se quedó contemplándola, como petrificado. Pensó entonces: «¡Cómo voy a permitir que esta inocente doncella caiga en manos de unos desalmados gigantes, que tan malas intenciones llevan!».

Mirando a su alrededor, descubrió al pie de la cama un par de zapatillas; la derecha tenía bordado el nombre del Rey y una estrella; y la izquierda, el de la princesa, asimismo con una estrella. También llevaba la doncella una gran bufanda de seda y, bordados en oro, los nombres del Rey y el suyo, a derecha e izquierda respectivamente.

Tomando el cazador unas tijeras, cortó el borde derecho y se lo metió en el morral, y luego guardóse en él la zapatilla derecha, la que llevaba el nombre del Rey. La princesa seguía durmiendo, envuelta en su camisa; el hombre cortó también un trocito de ella y lo puso con los otros objetos; y todo lo hizo sin tocar a la muchacha.

Salió luego cuidando de no despertarla y, al llegar a la puerta, encontró a los gigantes que lo aguardaban seguros de que traería a la princesa. Gritóles él que entrasen, que la princesa se hallaba ya en su poder. Pero como no podía abrir la puerta, debían introducirse por un agujero.

Al asomar el primero, lo agarró el cazador por el cabello, le cortó la cabeza de un sablazo y luego tiró del cuerpo hasta que lo tuvo en el interior. Llamó luego al segundo y repitió la operación. Hizo lo mismo con el

tercero, y quedó contentísimo de haber podido salvar a la princesa de sus enemigos.

Finalmente, cortó las lenguas de las tres cabezas y se las guardó en el morral. «Volveré a casa y enseñaré a mi padre lo que he hecho —pensó—. Luego reanudaré mis correrías. No me faltará la protección de Dios».

Al despertarse el Rey en el palacio, vio los cuerpos de los tres gigantes decapitados. Entró luego en la habitación de su hija, la despertó y le preguntó quién podía haber dado muerte a aquellos monstruos.

—No lo sé, padre mío —respondió ella—. He dormido toda la noche.

Saltó de la cama y, al ir a calzarse las zapatillas, notó que había desaparecido la del pie derecho; y entonces se dio cuenta también de que le habían cortado el extremo derecho de la bufanda y un trocito de la camisa.

Mandó el Rey que se reuniese toda la Corte, con todos los soldados de palacio, y preguntó quién había salvado a su hija y dado muerte a los gigantes; y adelantándose un capitán, hombre muy feo y, además, tuerto, afirmó que él era el autor de la hazaña. Díjole entonces el anciano rey que, en pago de su heroicidad, se casaría con la princesa; pero ésta dijo:

—Padre mío, antes que casarme con este hombre prefiero marcharme a vagar por el mundo hasta donde puedan llevarme las piernas.

A lo cual respondió el Rey que si se negaba a aceptar al capitán por marido, se despojase de los vestidos de princesa, se vistiera de campesina y abandonase el palacio. Iría a un alfarero y abriría un comercio de cacharrería.

Quitóse la doncella sus lujosos vestidos, se fue a casa de un alfarero y le pidió a crédito un surtido de objetos de barro, prometiéndole pagárselos aquella misma noche si había logrado venderlos.

Dispuso el Rey que instalase su puesto en una esquina, y luego mandó a unos campesinos que pasasen con sus carros por encima de su mercancía y la redujesen a pedazos. Y, así, cuando la princesa tuvo expuesto su género en la calle, llegaron los carros e hicieron trizas de todo.

Prorrumpió a llorar la muchacha, exclamando:

—¡Dios mío, cómo pagaré ahora al alfarero!

El Rey había hecho aquello para obligar a su hija a aceptar al capitán. Mas ella se fue a ver al propietario de la mercancía y le pidió que le fiase

otra partida. El hombre se negó; antes tenía que pagarle la primera.

Acudió la princesa a su padre y, entre lágrimas y gemidos, le dijo que quería irse por el mundo. Contestó el Rey:

—Mandaré construirte una casita en el bosque, y en ella te pasarás la vida cocinando para todos los viandantes, pero sin aceptar dinero de nadie.

Cuando ya la casita estuvo terminada, colgaron en la puerta un rótulo que decía: «Hoy, gratis; mañana, pagando». Y allí se pasó la princesa largo tiempo, y pronto corrió la voz de que habitaba allí una doncella que cocinaba gratis, según anunciaba un rótulo colgado de la puerta.

Llegó la noticia a oídos de nuestro cazador, el cual pensó: «Esto me convendría, pues soy pobre y no tengo blanca»; y, cargando con su escopeta y su mochila, donde seguía guardando lo que se había llevado del palacio, fuese al bosque.

No tardó en descubrir la casita con el letrero: «Hoy, gratis; mañana, pagando». Llevaba al cinto el sable con que cortara la cabeza a los gigantes, y así entró en la casa y pidió de comer.

Encantóle el aspecto de la muchacha, pues era bellísima, y al preguntarle ella de dónde venía y adónde se dirigía, díjole el cazador:

—Voy errante por el mundo.

Preguntóle ella a continuación de dónde había sacado aquel sable que llevaba grabado el nombre de su padre, y el cazador, a su vez, quiso saber si era la hija del Rey.

—Sí —contestó la princesa.

—Pues con este sable —dijo entonces el cazador— corté la cabeza de los tres gigantes.

Y en prueba de su afirmación, sacó de la mochila las tres lenguas, mostrándole a continuación la zapatilla, el borde del pañuelo y el trocito de la camisa. Ella, loca de alegría, comprendió que se hallaba en presencia de su salvador.

Dirigiéndose juntos a palacio y, llamando la princesa al anciano rey, llevólo a su aposento donde le dijo que el cazador era el hombre que la había salvado de los gigantes.

Al ver el Rey las pruebas, no pudiendo ya dudar por más tiempo, quiso saber cómo había ocurrido el hecho, y le dijo que le otorgaba la mano de su

hija, por lo cual se puso muy contenta la muchacha.

Vistiéronlo como si fuese un noble extranjero, y el Rey organizó un banquete. En la mesa colocóse el capitán a la izquierda de la princesa y el cazador a la derecha, suponiendo aquél que se trataba de algún príncipe forastero.

Cuando hubieron comido y bebido, dijo el anciano rey al capitán que quería plantearle un enigma: Si un individuo que afirmaba haber dado muerte a tres gigantes hubiese de declarar dónde estaban las lenguas de sus víctimas, ¿qué diría, al comprobar que no estaban en las respectivas bocas?

Respondió el capitán:

—Pues que no tenían lengua.

—No es posible esto —replicó el Rey—, ya que todos los animales tienen lengua.

A continuación le preguntó qué merecía el que tratase de engañarlo. A lo que respondió el capitán:

—Merece ser descuartizado.

Replicóle entonces el Rey que acababa de pronunciar él mismo su sentencia y, así, el hombre fue detenido y luego descuartizado, mientras la princesa se casaba con el cazador.

Éste mandó a buscar a sus padres, los cuales vivieron felices al lado de su hijo y, a la muerte del Rey, el joven heredó la corona.

El mayal del cielo

CIERTO día salió un campesino a arar, conduciendo una yunta de bueyes.

Cuando llegó al campo, los cuernos de los animales empezaron crece que te crece tanto que, al volver a casa, no podían pasar por la puerta.

Por fortuna acertó a encontrarse allí con un carnicero, el cual se los compró concertando el trato de la siguiente manera: Él daría al carnicero un celemín de semillas de nabos, y el otro le pagaría a razón de un escudo de Brabante por grano de semilla. ¡A esto llamo yo una buena venta!

El campesino entró en su casa y regresó al poco rato llevando a la espalda el celemín de semillas de nabos; por cierto que en el camino se le cayó un grano del saco.

Pagóle el carnicero según lo pactado, con toda escrupulosidad; y si el labrador no hubiese perdido una semilla, habría cobrado un escudo más. Pero al volverse para entrar en casa, resultó que de aquella semilla había brotado un árbol que llegaba hasta el cielo.

Pensó el campesino: «Puesto que se me ofrece esta ocasión, me gustaría saber qué es lo que hacen los ángeles allá arriba. Voy a echar una ojeada». Y trepó a la cima del árbol.

Es el caso que los ángeles estaban trillando avena, y él se quedó mirándolos. Y estando absorto con el espectáculo, de pronto se dio cuenta de que el árbol empezaba a tambalearse y oscilar.

Miró abajo y vio que un individuo se aprestaba a cortarlo a hachazos. «¡Si me caigo de esta altura la haremos buena!», pensó; y, en su apuro, no encontró mejor expediente que coger las granzas de la avena, que estaban allí amontonadas, y trenzarse una cuerda con ellas.

Luego, echó también mano de una azada y un mayal que había por allí y se escurrió por la cuerda. Al llegar al suelo, fue a parar al fondo de un agujero profundo, y suerte aún que cogió la azada, con la cual se cortó unos peldaños que le permitieron volver a la superficie.

Y como traía el mayal del cielo como prueba, nadie pudo dudar de la veracidad de su relato.

Los dos príncipes

ERASE una vez un rey que tenía un hijo, todavía niño. Una profecía había anunciado que al niño lo mataría un ciervo cuando cumpliese los dieciséis años.

Habiendo ya llegado a esta edad, salió un día de caza con los monteros y, una vez en el bosque, quedó un momento separado de los demás. De pronto se le presentó un enorme ciervo; él quiso derribarlo, pero erró la puntería. El animal echó a correr perseguido por el mozo hasta que salieron del bosque.

De repente, el príncipe vio ante sí, en vez del ciervo, un hombre de talla descomunal que le dijo:

—Ya era hora de que fueses mío. He roto seis pares de patines de cristal persiguiéndote, sin lograr alcanzarte.

Y, así diciendo, se lo llevó.

Después de cruzar un caudaloso río, lo condujo a un gran castillo real, donde lo obligó a sentarse a una mesa y comer.

Comido que hubieron, le dijo el Rey:

—Tengo tres hijas. Velarás una noche junto a la mayor desde las nueve hasta las seis de la madrugada. Yo vendré cada vez que el reloj dé las horas, y te llamaré. Si no me respondes, mañana morirás; pero si me respondes, te daré a la princesa por esposa.

Los dos jóvenes entraron, pues, en el dormitorio, y en él había un San Cristóbal de piedra.

La muchacha dijo a San Cristóbal:

—A partir de las nueve vendrá mi padre cada hora, hasta que den las tres. Cuando pregunte, contestadle vos en lugar del príncipe.

El Santo bajó la cabeza asintiendo, con un movimiento que empezó muy rápido y luego fue haciéndose más lento, hasta quedarse de nuevo inmóvil.

A la mañana siguiente díjole el Rey:

—Has hecho bien las cosas; pero antes de darte a mi hija mayor, deberás pasar otra noche con la segunda, y entonces decidiré si te caso con aquélla. Pero voy a presentarme cada hora, y cuando te llame, contéstame. Si no lo haces, tu sangre correrá.

Entraron los dos en el dormitorio, donde se levantaba un San Cristóbal todavía mayor, al que dijo, asimismo, la princesa:

—Cuando mi padre pregunte, respóndele tú.

Y el gran Santo de piedra bajó también la cabeza varias veces, rápidamente las primeras, y con más lentitud las sucesivas, hasta volver a quedar inmóvil. El príncipe se echó en el umbral de la puerta y, poniéndose la mano debajo de la cabeza, se durmió.

Dijo el Rey a la mañana siguiente:

—Lo has hecho bien, pero no puedo darte a mi hija. Antes debes pasar una tercera noche en vela, esta vez, con la más pequeña. Luego decidiré si te concedo la mano de la segunda. Pero volveré todas las horas y, cuando llame, responde; de lo contrario, correrá tu sangre.

Entraron los dos jóvenes en el dormitorio de la doncella, y en él había una estatua de San Cristóbal, mucho más alta que los dos anteriores. Díjole la princesa:

—Cuando llame mi padre, contesta.

El gran Santo de piedra estuvo lo menos media hora diciendo que sí con la cabeza, antes de volverse a quedar inmóvil. El hijo del Rey se tendió en el umbral y durmió tranquilamente.

A la mañana siguiente le dijo el Rey:

—Aunque has cumplido puntualmente mis órdenes, todavía no puedo otorgarte a mi hija. Tengo ahí fuera un extenso bosque; si eres capaz de talarlo todo desde las seis de esta mañana hasta las seis de la tarde, veré lo que puedo hacer por ti.

Y le dio un hacha, una cuña y un pico, todo de cristal.

Al llegar el mozo al bosque, púsose a trabajar; pero al primer hachazo se le partió la herramienta; probó entonces con la cuña y el pico; más también al primer golpe se le deshicieron como si fuesen de arena. Afligióse mucho y pensó que había sonado su última hora; sentóse en el suelo y se echó a llorar.

A mediodía dijo el Rey:

—Que vaya una de las muchachas a llevarle algo de comer.

—No —contestaron las dos mayores—, no le llevaremos nada. Que lo haga la que pasó con él la última noche.

Y la menor hubo de ir a llevarle la comida.

Al llegar al bosque preguntóle qué tal le iba, y él contestó que muy mal. Díjole la doncella que comiese algo; pero el príncipe se negó. ¿Para qué comer, si tenía que morir? Ella lo animó con buenas palabras y, al fin, pudo persuadirlo de que comiera.

Cuando hubo tomado algún alimento, le dijo:

—Te acariciaré un poquitín, y así te vendrán pensamientos más agradables.

Y bajo sus caricias, sintiendo el muchacho un gran cansancio, se quedó dormido.

Entonces la princesa, sacando el pañuelo y haciéndole un nudo, golpeó con él por tres veces la tierra exclamando:

—¡Trabajadores, aquí!

E inmediatamente aparecieron muchísimos enanos y le preguntaron qué les mandaba.

—En tres horas debe quedar talado todo el bosque y estibados todos los troncos.

Los hombrecillos llamaron en su ayuda a toda su parentela, pusiéronse a la faena y, a las tres horas, todo estaba listo.

Presentáronse a la princesa a comunicárselo y ella, sacando de nuevo el pañuelo blanco, gritó:

—¡Trabajadores, a casa!

Y, en un abrir y cerrar de ojos, todos se esfumaron.

Al despertarse el hijo del Rey tuvo gran alegría, y la princesa le dijo:

—En cuanto den las seis, te vienes a casa.

Así lo hizo, y le preguntó el Rey:

—¿Has talado el bosque?

—Sí —respondió él.

Estando en la mesa, díjole el Monarca:

—Todavía no puedo darte a mi hija por esposa. Quiero que hagas aún otra cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó el muchacho.

—Tengo un gran estanque. Mañana irás allí y le quitarás todo el barro, de manera que quede límpido y terso como un espejo y, además, habrá de contener toda clase de peces.

Por la mañana le dio una pala de cristal y le dijo:

—A las seis debe quedar listo el trabajo.

Marchóse el mozo y, llegado al estanque, al clavar la pala en el cieno se le rompió. Probó luego con el azadón, pero se le partió igualmente; y otra vez sintióse invadido por la tristeza.

A mediodía, la princesita volvió a llevarle comida, y le preguntó qué tal le iba el trabajo. El muchacho hubo de responderle que muy mal, y que le costaría la cabeza.

—Se me ha roto de nuevo la herramienta —añadió.

—Lo mejor es que comas algo. Así te vendrán otras ideas.

Resistióse él a comer, diciendo que estaba demasiado triste, pero ella insistió hasta persuadirlo. Luego volvió a acariciarlo, y él se quedó dormido.

Sacó la doncella el pañuelo, le hizo un nudo y, golpeando el suelo con él por tres veces, gritó:

—¡Trabajadores, aquí!

Y volvieron a comparecer muchísimos enanitos, los cuales le preguntaron qué deseaba. En el espacio de tres horas deberían limpiar completamente el estanque, dejándolo tan terso que uno pudiese mirarse en él y, además, debían poblarlo de todo género de peces. Pidieron los enanos la ayuda de sus congéneres, y a las dos horas quedaba todo terminado.

Después se presentaron a la princesa, diciéndole:

—Hemos hecho lo que nos ordenaste.

Y la princesa, sacando el pañuelo y dando con él otros tres golpes en la tierra, dijo:

—¡Trabajadores, a casa!

Al despertar el hijo del Rey, el estanque estaba limpio, y la princesa le dijo que a las seis regresara a palacio.

Preguntóle el Rey al llegar:

—¿Has limpiado bien el estanque?

—Sí —respondió el príncipe.

—A pesar de ello, todavía no puedo otorgarte la mano de mi hija. Debes hacer otra cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó el mozo.

—Tengo una gran montaña —dijo el Rey—, toda ella invadida de matorrales y espinos. Tendrás que cortarlos y edificar en la cumbre un gran palacio, magnífico como nadie haya visto jamás otro semejante. Y dentro le pondrás todos los muebles y enseres domésticos.

Cuando se levantó a la mañana siguiente, el Rey diole un hacha y una barrena, las dos de cristal, y lo despachó advirtiéndole que a las seis debería estar todo terminado.

Al primer golpe que asestó a un espino, el hacha le voló en mil pedazos, y tampoco hubo modo de utilizar la barrena. Afligido, aguardó el muchacho

la llegada de su princesa, esperando que volviera a sacarlo de su difícil situación.

Y, en efecto, presentóse a mediodía con la comida. Salióle él al encuentro y, después de comer un poquito, durmióse otra vez bajo sus caricias.

La princesa sacó de nuevo el pañuelo y repitió la llamada:

—¡Trabajadores, aquí!

Y nuevamente aparecieron los enanitos y pidieron órdenes.

Díjoles ella:

—En el término de tres horas debéis tener cortado toda la maleza y los espinos, y construido en lo alto de la montaña el palacio más bonito que un hombre pueda imaginar, y provisto de todos los muebles y enseres necesarios.

Salieron los hombrecillos en busca de sus parientes y, a la hora señalada, la labor había quedado lista.

Acudieron a comunicarlo a la princesa y ella, golpeando la tierra por tres veces con su pañuelo, exclamó:

—¡Trabajadores, a casa!

Desaparecieron todos en el acto. Al despertarse el hijo del Rey y ver todo aquello, sintióse feliz como el pájaro en el aire, y a las seis se encaminaron los dos a palacio.

—¿Está terminado el trabajo? —preguntó el Rey.

—Sí —respondió el príncipe.

Ya en la mesa, dijo el Monarca:

—No puedo darte a mi hija menor antes de que haya casado a las dos mayores.

Estas palabras entristecieron profundamente a los dos jóvenes; pero no se veía la manera de solucionar el caso.

Llegada la noche, los dos príncipes huyeron. Cuando ya se habían alejado un buen trecho, al volverse ella a mirar atrás vio a su padre que los perseguía.

—¡Ay! —exclamó—. ¿Qué hacemos ahora? Mi padre viene en nuestra busca y nos alcanzará. Mira, te transformaré en espino, y yo me convertiré en rosa. En el centro de la zarza seguramente estaré a salvo.

Y, al llegar el Rey al lugar, sólo vio una zarza espinosa y una rosa en medio. Intentó cortar la flor, pero se le clavó una espina en el dedo, obligándolo a desistir y a regresar a palacio.

Preguntóle su esposa por qué no había capturado a los fugitivos, y el Rey le explicó que, cuando ya casi los había alcanzado, de repente desaparecieron de su vista, y sólo vio un rosal con una rosa en medio.

Dijo la Reina:

—Pues debiste cortar la rosa. El rosal habría seguido por sí mismo.

Marchóse de nuevo el Rey en busca de la rosa; pero, entretanto, los fugitivos habían avanzado mucho, y su perseguidor fue tras ellos sin descanso.

Volvió la princesa nuevamente la cabeza y vio a su padre. Y dijo:

—¡Ay! ¿Qué hacemos? Te transformaré en una iglesia, y yo seré el cura y predicaré desde el púlpito.

Al llegar el Rey se encontró frente a un templo, en cuyo púlpito un cura estaba predicando. Escuchó el hombre el sermón y regresó a palacio; entonces su mujer volvió a preguntarle por qué no traía a la pareja.

Respondió el Rey:

—Corrí largo trecho tras ellos, y cuando ya creía darles alcance, me encontré con una iglesia, y en el púlpito, un cura predicando.

—Debiste traerte al cura —riñóle la mujer—. La iglesia habría seguido por sí sola. Ya veo que de nada sirve mandarte a ti. No hay más remedio; tengo que ir yo misma.

Cuando la Reina vio desde lejos a los que huían, su hija, que también había visto a su madre, exclamó:

—¡Ay de nosotros! ¡Qué desgracia! Ahora viene mi madre en persona. Te transformaré en estanque, y yo seré un pez.

Al llegar la Reina al lugar, extendióse ante ella un gran estanque, en cuyo centro saltaba un pececito, el cual asomó alegremente la cabecita por encima de la superficie.

La mujer intentó cogerlo, pero en vano. Airada y colérica, bebióse toda el estanque, con la esperanza de capturar al pez. Mas le vino un mareo tan terrible, que tuvo que vomitar todo el agua que se había tragado.

Dijo entonces:

—Bien veo que esto no tiene remedio.

Y, dirigiéndose a los príncipes, los invitó a acercarse a ella y hacer las paces.

Al despedirse dio tres nueces a su hija, diciéndole:

—Te serán de gran utilidad cuando te encuentres en un apuro.

Y los jóvenes prosiguieron su camino.

Habrían andado cosa de diez horas, cuando llegaron al palacio del que había salido el príncipe. Junto al palacio había una aldea. Y dijo el príncipe:

—Aguárdame aquí, querida; yo iré a casa de mi padre y volveré a buscarte con un coche y criados.

Cuando se presentó en el castillo, todo el mundo sintió una gran alegría por tener entre ellos al hijo del Rey. Contóles él que su novia lo esperaba en el pueblo y dispuso que saliesen a buscarla con una carroza. Engancháronla, pues, y subieron en ella numerosos criados; y cuando se disponía a subir el príncipe, su madre le dio un beso y, al instante, se borró de su memoria todo lo que le había sucedido y cuanto había de hacer. Ordenó la madre que desenganchasen y regresó la comitiva a casa.

Mientras tanto, la doncella estaba en el pueblo, consumiéndose de impaciencia. Mas nadie acudía. Al fin, la princesa hubo de colocarse como sirvienta en un molino, propiedad del Rey. Allí había de pasarse las tardes al borde del río, fregando platos.

Hasta que un día la Reina, que había salido a pasear por aquellos lugares, viendo a la diligente muchacha exclamó:

—¡Qué jovencita tan hacendosa! De veras que me gusta.

Todas la miraron, pero nadie la reconoció.

Transcurrió largo tiempo, y la muchacha continuaba sirviendo en casa del molinero con toda lealtad y honradez.

Entretanto, la Reina había buscado una nueva novia para su hijo una joven de lejanas tierras, y la boda debía celebrarse en cuanto llegase. Congregóse un gran gentío deseoso de presenciar la fiesta, y la princesa pidió permiso al molinero para ir a verla también.

Díjole el amo:

—Vete, pues, si quieres.

Ella, antes de marcharse, abrió una de las tres nueces, que contenía un vestido maravilloso. Se lo puso, se fue a la iglesia y se colocó junto al altar. Entraron los novios y se sentaron en primer término.

El cura se disponía a echarles la bendición cuando he aquí que los ojos de la novia acertaron a posar sobre la hermosa muchacha que estaba de pie cerca de ella. Levantóse en seguida y declaró que no se casaría mientras no tuviera un vestido tan primoroso como el de aquella dama.

Regresaron todos a palacio y, mandando llamar a la joven, le preguntaron si quería vender su vestido.

—No, venderlo no —respondió ella—; pero la novia podría ganárselo.

¿Cómo? ¿Qué quería decir con estas palabras? Entonces ella les ofreció la prenda a cambio de que le permitiesen dormir aquella noche ante la puerta del príncipe. La novia no vio en ello inconveniente alguno y asintió y, sentándose en el umbral, la muchacha prorrumpió a llorar y recordó a su amado cuanto por él había hecho. Cómo gracias a su ayuda había sido talado el bosque, limpiado el estanque y construido el castillo; cómo lo había transformado en rosal, luego en templo y, finalmente, en lago. ¡Y ahora lo había olvidado todo! Pero el hijo del Rey no pudo oírla, pues los criados habían recibido orden de administrarle un somnífero; sin embargo, como estaban despiertos, lo habían oído todo y quedaron perplejos.

Al levantarse, a la mañana siguiente, la novia púsose el vestido y se dirigió a la iglesia con su prometido, mientras la muchacha abría la segunda nuez y sacaba de ella otro vestido más precioso aún que el de la víspera.

Y ocurrió como la víspera. Otra vez fue autorizada a pasar la noche junto a la puerta que daba acceso al dormitorio del príncipe, y otra vez recibieron los criados la orden de administrar un somnífero al príncipe. Pero diéronle uno que lo mantuvo despierto. Y la moza molinera volvió a su llanto y a la enumeración de todas las cosas que por él había hecho.

Oyóla el príncipe y sintió en su corazón una gran tristeza. Mas, de repente, se iluminó su memoria y recordó con claridad todo lo pasado. Quiso salir en busca de la doncella, pero su madre había cerrado la puerta con llave, por lo cual hubo de esperar a que apuntase el día.

Entonces fue al encuentro de su amada, contóle lo ocurrido y le pidió que no le guardase rencor por haberla tenido tanto tiempo olvidada. La

princesa abrió entonces la tercera nuez y vio que contenía un vestido más bello aún que los anteriores. Se lo puso y se encaminó a la iglesia con su novio. Y acudieron muchísimos niños, que les ofrecieron flores y les cubrieron el camino de cintas multicolores. Luego bendijo el cura su unión y se celebró una fiesta brillantísima y llena de alegría. La falsa madre y su hija hubieron de marcharse. Y quien lo ha contado últimamente, tiene aún la boca caliente.

El agua de la vida

ENFERMÓ una vez un rey tan gravemente, que nadie creía que pudiera curarse. Tenía tres hijos los cuales, apesadumbrados por la dolencia de su padre, salieron un día a llorar al jardín de palacio.

Encontráronse allí con un anciano, que les preguntó por el motivo de su aflicción. Ellos le explicaron que su padre estaba muy enfermo y no tardaría en morir, pues no se encontraba ningún remedio a su mal.

Díjoles el viejo:

—Pues yo conozco uno: el agua de vida. Quien bebe de ella, sana. Sólo que es difícil encontrarla.

Al oír esto, exclamó el mayor:

—¡Yo la encontraré!

Y, presentándose al doliente Rey, le pidió autorización para partir en busca de aquella agua de vida, única capaz de curarlo.

—No —respondió el Rey—. Es demasiado peligroso. Prefiero morir.

Pero el hijo insistió con tanta vehemencia que, al fin, el Rey cedió. Pensaba el príncipe en su corazón: «Si vuelvo con el agua, pasaré a ser el favorito de mi padre y heredaré el trono».

Púsose pues en camino y, al cabo de algunas horas de cabalgar, salióle al paso un enano que lo llamó y le dijo:

—¿Adónde vas tan de prisa?

—¡Renacuajo estúpido —respondióle el príncipe con altivez—, eso es cosa que no te importa!

Y siguió su ruta.

El enano se enojó ante esta respuesta y le lanzó una maldición. Poco después, el mozo entró en una garganta, y cuanto más se adentraba en ella, más se estrechaban las montañas a ambos lados hasta que, al cabo, el

camino se hizo tan angosto, que el príncipe no pudo dar un paso más; y no siéndole tampoco posible hacer dar la vuelta al caballo y desmontar, quedó aprisionado en aquella estrechura.

El rey enfermo estuvo aguardando largo tiempo su vuelta, sin que el mozo apareciera. Entonces pidió el hijo segundo:

—Padre, déjame ir a mí en busca del agua de vida.

Mientras pensaba: «Si mi hermano ha muerto, para mí será la corona». Al principio, el Rey no quería dejarlo partir, pero acabó accediendo.

Siguió el príncipe el mismo camino que su hermano, y se encontró también con el enanito que lo detuvo y le preguntó adónde iba con tanta prisa.

—¡Figurilla! —respondióle el príncipe—, ¿qué te importa?

Y prosiguió adelante sin preocuparse más del hombrecillo. Pero éste lo maldijo también, enviándolo como al otro a una estrecha garganta de la cual no pudo salir. Eso les pasa a los soberbios.

Ante la tardanza del hijo segundo, ofrecióse el tercero a partir en busca del agua, y el Rey hubo de ceder también a sus instancias.

Al encontrarse con el enano, y ante su pregunta sobre el objeto de su viaje, detúvose el mozo y le contestó con buenas palabras:

—Voy en busca del agua de vida, pues mi padre se halla gravemente enfermo.

—¿Y ya sabes dónde encontrarla?

—No —respondió el príncipe.

—Ya que te has portado cortésmente y no con insolencia, como tus desleales hermanos, te informaré sobre el modo de obtener el agua de vida. Fluye de una fuente en el patio de un castillo encantado, en el cual no podrás penetrar si antes yo no te doy una varilla de hierro y dos panes. Con la vara golpearás por tres veces la puerta del castillo. La puerta se te abrirá en seguida; dentro hay dos leones, que te recibirán con abiertas fauces; pero si les arrojas los panes, se apaciguarán. Corre entonces a buscar el agua milagrosa antes de que den las doce, pues a aquella hora se cerrará la puerta y quedarías prisionero.

Diole el príncipe las gracias y, tomando la varilla y los panes, púsose en camino.

Todo sucedió tal como le anunciara el enano. Abrióse la puerta al tercer golpe y, una vez hubo amansado a los leones echándoles el pan, adentróse en el castillo y llegó a una espaciosa y magnífica sala donde yacían príncipes encantados, a los que quitó las sortijas de los dedos llevándose, asimismo, una espada y un pan que estaban en la habitación.

Pasó luego a otro aposento, ocupado por una hermosa doncella que mostró gran alegría al verlo y que, besándolo, le dijo que la había desencantado, por lo cual le daría todo su reino; si volvía a buscarla dentro un año celebrarían su boda. Díjole también dónde estaba la fuente del agua de vida, advirtiéndole de la necesidad de retirarse antes de las doce.

Prosiguió el príncipe y llegó, finalmente, a una habitación que contenía una magnífica cama, acabada de hacer. Sentíase fatigado y pensó en descansar un ratito; pero en cuanto se echó, se quedó dormido, y cuando despertó estaban dando las doce menos cuarto.

Levantándose de un brinco, asustado, precipitóse a la fuente, llenó de agua un frasco que había al lado y se retiró a toda prisa. En el mismo momento en que sonaban las campanadas de las doce cruzaba el dintel y la puerta, cerrándose bruscamente, le arrancó un pedazo de tacón.

Contento de tener el agua de vida, reemprendió el camino de su casa y volvió a pasar por donde estaba el enano. Al ver éste la espada y el pan, le dijo:

—Con estos dos objetos has adquirido grandes tesoros: La espada te servirá para vencer a ejércitos enteros y, en cuanto al pan, es inagotable.

El príncipe, no queriendo regresar sin sus hermanos, le dijo al enanito:

—Mi querido enano, ¿no me dirías dónde se hallan mis hermanos? Partieron antes que yo en busca del agua de vida, y no volvieron.

—Están encerrados entre dos montañas —le respondió el hombrecillo —. Les encanté como castigo por su insolencia.

Rogóle el príncipe tan insistentemente que, al fin, el enano se avino a libertarlos; pero le advirtió:

—¡Guárdate de ellos, que tienen mal corazón!

Al llegar sus hermanos, él se alegró mucho y les contó cuanto le había sucedido: que había encontrado el agua de vida, de la cual traía un frasco

lleno, y que había desencantado a una bella princesa, a la cual debía ir a buscar dentro de un año para casarse con ella y recibir un gran reino.

Partieron luego los tres juntos y llegaron a un país asolado por el hambre y la guerra, cuyo rey lo daba ya todo por perdido; tan apurada era la situación.

Presentósele el príncipe y le dio el pan, con el cual pudo alimentar y aun saciar a todo su pueblo. Luego le prestó la espada; y, gracias a ella, fueron derrotados los ejércitos enemigos, y el país pudo vivir en paz y tranquilidad.

Recogiendo el príncipe el pan y la espada, prosiguió el camino con sus hermanos, encontrando a su paso otros dos países, azotados también por el hambre y la guerra, a cuyas plagas pusieron nuevamente remedio el pan y la espada. De este modo, el joven príncipe había salvado a tres reinos.

Después se embarcaron y se hicieron a la mar. Durante la travesía, los dos mayores se dijeron:

—El pequeño ha encontrado el agua de vida, y nosotros, no; en pago, nuestro padre le dará el reino que nos pertenece, y él se quedará con nuestra fortuna.

Y, sedientos de venganza, se conjuraron para perderlo.

Aguardando a que estuviese dormido, le cambiaron el agua de vida del frasco por agua de mar, y ellos se quedaron la milagrosa.

Al llegar a su casa, el menor llevó al rey enfermo la copa para que, bebiendo de ella, se curase; pero no bien el viejo hubo probado la amarga agua de mar, púsose más enfermo que antes. Y, al oír que se lamentaba, entrando los dos hijos mayores, acusaron a su hermano de haber tratado de envenenarlo y le sirvieron el agua verdaderamente eficaz.

Apenas la hubo tragado, sintió que su dolencia desaparecía y que recuperaba la salud, quedando fuerte y vigoroso como en su juventud.

Saliendo los dos mayores al encuentro del menor burláronse de él, diciéndole:

—Cierto que fuiste tú quien encontró el agua de vida; pero has cargado con el trabajo, y nosotros, con el premio. Tenías que ser más listo y mantener los ojos abiertos; te la quitamos en el barco, mientras dormías y, dentro de un año, uno de nosotros te quitará también la bella princesa. Pero

guárdate muy bien de descubrirnos. Nuestro padre no te creerá, y si dices una sola palabra, te costará la vida; pero si callas, te la respetaremos.

El anciano rey guardaba rencor a su hijo tercero, creyendo que había tratado de atentar contra su vida. Mandó reunir la Corte y fue dictada sentencia por la que el príncipe debía ser muerto secretamente.

Hallándose éste un día de caza sin sospechar nada malo, lo acompañó uno de los monteros del Rey. Al llegar al bosque, solos los dos, notó el príncipe que el hombre estaba triste y le preguntó:

—¿Qué te ocurre, montero amigo?

Replicó el cazador:

—No puedo decirlo y, sin embargo, debería hacerlo.

Insistió el príncipe:

—Dime lo que sea; te perdonaré.

—¡Ay! —exclamó el montero—, el Rey me ha dado orden de mataros de un tiro.

Asustóse el mozo y dijo al hombre:

—Mi buen montero, no me quites la vida. Te cambiaré mi real vestido por el pobre tuyo.

—Lo haré gustoso —dijo el otro—; de ningún modo habría podido disparar contra vos.

Cambiaron de vestidos, y el cazador se marchó a su casa, mientras el príncipe se internaba en el bosque.

Transcurrido algún tiempo, llegaron a la Corte del anciano rey tres coches cargados de oro y piedras preciosas destinados al príncipe menor. Enviábanlos los tres soberanos que, con la espada y el pan que él les prestara, habían derrotado a los enemigos y dado de comer a sus respectivos pueblos.

Pensó entonces el viejo Monarca: «¿Y si mi hijo fuera inocente?», y dijo a los que le rodeaban:

—¡Ojalá viviera! ¡Cómo lamento el haber ordenado darle muerte!

—¡Vive aún! —exclamó el montero—. Yo no tuve valor para cumplir vuestra orden.

Y explicó al Rey cómo habían ocurrido las cosas. El Rey sintióse muy aliviado, y dio orden de pregonar por todo el reino que su hijo podía volver

a palacio, donde sería recibido con todo afecto.

Por su parte, la princesa mandó construir una carretera que partía de su palacio toda de oro, brillantísima, y dijo a sus cortesanos que quien llegase por ella directamente, sería su verdadero prometido: debían dejarle el paso libre. Pero el que viniese por caminos laterales, sería un impostor y debían cerrarle el acceso al alcázar.

Al acercarse el tiempo fijado, pensó el mayor que debía darse prisa en dirigirse a la mansión de la princesa y presentarse como su libertador; se casaría con ella y subiría al trono.

Emprendió pues el viaje y, al acercarse al palacio, viendo la hermosa carretera de oro, pensó: «¡Sería una lástima cabalgar por ella!»; y, desviándose, tomó por un camino lateral. Mas al llegar frente a la puerta dijéronle los guardas que, no siendo el príncipe elegido, debía volverse.

Poco después partió el segundo, y al llegar a la carretera de oro, y cuando ya el caballo había puesto el pie en ella, pensó: «¡Sería lástima, podría desgastarla!». Y tomó por la izquierda. En la puerta rechazáronlo los guardas, diciéndole que no era el elegido, y que se volviese.

Y cuando ya hubo transcurrido el año, el hermano tercero se dispuso, a su vez, a abandonar el bosque y trasladarse al palacio de su amada, donde sus penas encontrarían término. Púsose pues en camino y, tan absorto iba pensando en su prometida, que ni siquiera reparó en que la carretera era de oro, y su caballo siguió por el centro de la calzada.

Al llegar a la puerta le abrieron en seguida; la princesa lo recibió con grandes muestras de alegría, diciendo que era su libertador y señor del reino, y celebróse la boda con extraordinario regocijo.

Cuando estuvieron casados, contóle la princesa que su padre había enviado mensajeros para comunicarle su perdón.

Trasladóse él entonces a su palacio y contó al anciano rey el engaño de que lo habían hecho víctima sus hermanos, y que él no había revelado. El Soberano quiso castigarlos, pero ellos se habían fugado en un barco y jamás volvieron a su patria.

Juan el listo

¡DICHOSO el amo y feliz la casa en la que hay un criado inteligente que, si bien escucha las palabras de su señor hace, sin embargo, las cosas a su talante, siguiendo los dictados de su propia sabiduría!

Un servidor de esta clase, llamado Juan, fue enviado un día por su dueño en busca de una vaca extraviada. Como tardara mucho tiempo en regresar, pensó el amo: «¡Qué bueno es este Juan! Cuando está trabajando, no hay dificultad ni fatiga que lo arredre». Pero al ver que iban pasando las horas y el hombre no aparecía, temiendo que le hubiese ocurrido algún percance, salió personalmente en su busca.

Al cabo de mucho rato de andar, violo que corría de un extremo al otro de un gran campo.

—Bien, amigo Juan —dijo el amo al llegar cerca de él—. ¿Encontraste la vaca que te mandé a buscar?

—No, mi amo —respondió el mozo—, no la he encontrado, y tampoco la he buscado.

—¿Qué buscaste entonces, Juan?

—Algo mejor, y he tenido la suerte de encontrarlo.

—¿Y qué es ello, Juan?

—Tres mirlos —respondió el criado.

—¿Dónde están? —preguntó el amo.

—Al uno, lo veo; al otro, lo oigo, y corro tras el tercero —respondió el listo Juan.

Que esta historia os sirva de ejemplo. No hagáis caso del amo ni de sus órdenes, sino obrad siempre a vuestro gusto y capricho, y así os portaréis con tanta cordura como el listo Juan.

El féretro de cristal

NADIE diga que un pobre sastre no puede llegar lejos ni alcanzar altos honores. Basta para ello que acierte con la oportunidad y, esto es lo principal, que tenga suerte.

Un oficialillo gentil e ingenioso de esta clase, se marchó un día a correr mundo. Llegó a un gran bosque, para él desconocido, y se extravió en su espesura.

Cerró la noche y no tuvo más remedio que buscarse un cobijo en aquella espantosa soledad. Cierto que habría podido encontrar un mullido lecho en el blando musgo; pero el miedo a las fieras no lo dejaba tranquilo y, al fin, se decidió a trepar a un árbol para pasar en él la noche.

Escogió un alto roble y subió hasta la copa, dando gracias a Dios por llevar encima su plancha ya que, de otro modo, el viento que soplaba entre las copas de los árboles se lo habría llevado volando.

Pasó varias horas en completa oscuridad, entre temblores y zozobras hasta que, al fin, vio a poca distancia el brillo de una luz. Suponiendo que se trataba de una casa, que le ofrecería un refugio mejor que el de las ramas de un árbol, bajó cautelosamente y se encaminó hacia el lugar de donde venía la luz.

Encontróse con una cabaña, construida de cañas y juncos trenzados. Llamó animosamente, abrióse la puerta y, al resplandor de la lámpara, vio a un viejecito de canos cabellos que llevaba un vestido hecho de retales de diversos colores.

—¿Quién sois y qué queréis? —preguntóle el vejete con voz estridente.

—Soy un pobre sastre —respondió él— a quien ha sorprendido la noche en el bosque. Os ruego encarecidamente que me deis alojamiento en vuestra choza hasta mañana.

—¡Sigue tu camino! —replicó el viejo de mal talante—. No quiero tratos con vagabundos. Búscate acomodo en otra parte.

Y se disponía a cerrar la puerta; pero el sastre lo agarró por el borde del vestido y le suplicó con tanta vehemencia que, al fin, el hombrecillo que en el fondo no era tan malo como parecía, se ablandó y lo acogió en la choza; le dio de comer y le preparó un buen lecho en un rincón.

No necesitó el cansado sastre que lo mecieran y durmió con un dulce sueño hasta muy entrada la mañana; y sabe Dios a qué hora se habría despertado de no haber sido por un gran alboroto de gritos y mugidos que resonó de repente a través de las endebles paredes de la choza.

Sintiendo nacer en su alma un inesperado valor, levantóse de un salto, se vistió a toda prisa y salió fuera. Allí vio, muy cerca de la cabaña, que un enorme toro negro y un magnífico ciervo se hallaban enzarzados en furiosa pelea. Acometíanse mutuamente con tal fiereza, que el suelo retemblaba con su pataleo, y vibraba el aire con sus gritos.

Durante largo rato estuvo indecisa la victoria hasta que, al fin, el ciervo hundió la cornamenta en el cuerpo de su adversario, éste se desplomó con un horrible rugido, y fue rematado por el ciervo a cornadas.

El sastre, que había asistido asombrado a la batalla, permanecía aún inmóvil cuando el ciervo corriendo a grandes saltos hacia él, sin darle tiempo de huir, lo ahorquilló con su poderosa cornamenta.

No pudo el hombre entregarse a largas reflexiones, pues el animal, en desenfrenada carrera, lo llevaba campo a través por montes y valles, prados y bosques. Agarrándose firmemente a los extremos de la cuerna abandonóse al destino. Tenía la impresión de estar volando.

Al fin se detuvo el ciervo ante un muro de roca, y depositó suavemente al sastre en el suelo. Éste, más muerto que vivo, recobró sus sentidos al cabo de mucho rato. Cuando estaba ya, hasta cierto punto, en sus cabales, vio que el ciervo embestía con gran furia contra una puerta que había en la roca y que se abrió bruscamente.

Por el hueco salieron grandes llamaradas, seguidas de un denso vapor que ocultó el ciervo a sus ojos. No sabía el hombre qué hacer ni adónde dirigirse para escapar de aquellas soledades y hallarse de nuevo entre los

hombres. Estaba indeciso y atemorizado cuando oyó una voz que salía de la roca y que le decía:

—Entra sin temor, no sufrirás daño alguno.

El sastre vaciló unos momentos hasta que, impulsado por una fuerza misteriosa, avanzó obedeciendo el dictado de la voz.

A través de una puerta de hierro llegó a una espaciosa sala cuyo techo, paredes y suelo eran de sillares brillantemente pulimentados, en cada uno de los cuales estaba grabado un signo indescifrable. Lo contempló todo con muda admiración, y ya se disponía a salir cuando dejóse oír nuevamente la voz misteriosa:

—Ponte sobre la piedra que hay en el centro de la sala; te espera una gran dicha.

Tanto se había envalentonado nuestro hombre, que ya no vaciló en seguir las instrucciones de la voz. La piedra empezó a ceder bajo sus pies y fue hundiéndose lentamente tierra adentro.

Cuando se detuvo, el sastre miró a su alrededor y vio que se encontraba en otra sala, de dimensiones iguales a la primera; pero en ella había más cosas dignas de ser consideradas y admiradas. En las paredes había huecos a modo de nichos que contenían vasijas de transparente cristal, llenas de esencias de color o de un humo azulado. En el suelo, colocadas frente a frente, veíanse dos grandes urnas de cristal que en seguida atrajeron su atención.

Al acercarse a una de ellas pudo contemplar en su interior un hermoso edificio, semejante a un palacio, rodeado de cuadras, graneros y otras dependencias. Todo era en miniatura, pero sutil y delicadamente labrado, como obra de un hábil artífice.

Seguramente habría continuado sumido en la contemplación de aquella magnificencia, de no haberse dejado oír de nuevo la voz invitándole a volverse y mirar la otra urna de cristal.

¡Cuál sería su asombro al ver en ella a una muchacha de divina belleza! Parecía dormida, y su larguísima cabellera rubia la envolvía como un precioso manto. Tenía cerrados los ojos, pero el color sonrosado de su rostro y una cinta que se movía al compás de su respiración no permitía dudar de que vivía.

Contemplaba el sastre a la hermosa doncella de palpitante corazón, cuando de pronto abrió ella los ojos y, al distinguir al mozo, prorrumpió en un grito de alegría:

—¡Santo cielo! ¡Ha llegado la hora de mi liberación! ¡De prisa, de prisa, ayúdame a salir de esta cárcel! Si descorres el cerrojo de este féretro de cristal, quedaré desencantada.

Obedeció el sastre sin titubear; levantó ella la tapa de cristal, salió del féretro y corrió a un ángulo de la sala, donde se cubrió con un amplio manto.

Sentándose luego sobre una piedra, llamó a su lado al joven y, después de besarlo en señal de amistad, le dijo:

—¡Libertador mío, por quien tanto tiempo estuve suspirando! El bondadoso cielo te ha enviado para poner término a mis sufrimientos. El mismo día en que ellos terminan, empieza tu dicha. Tú eres el esposo que me ha destinado el cielo. Querido de mí y rebosante de todos los terrenales bienes, vivirás colmado de alegrías hasta que suene la hora de tu muerte. Siéntate, y escucha el relato de mis desventuras:

»Soy hija de un opulento conde. Mis padres murieron siendo yo aún muy niña, y en su testamento me confiaron a la tutela de mi hermano mayor, quien cuidó de mi educación. Nos queríamos tiernamente, y marchábamos tan acordes en todos nuestros pensamientos e inclinaciones, que tomamos la resolución de no casarnos jamás y vivir juntos hasta el término de nuestros días. Nunca faltaban visitantes en nuestra casa: vecinos y forasteros acudían a menudo y a todos les dábamos espléndida hospitalidad.

»Un anochecer llegó a caballo a nuestro castillo un extranjero que nos pidió alojamiento para la noche, pues no podía ya seguir hasta el próximo pueblo. Atendimos su ruego con la cortesía del caso, y durante la cena nos entretuvo con su charla y sus relatos. Mi hermano se sintió tan a gusto en su compañía, que le rogó se quedase con nosotros un par de días, a lo cual accedió él después de oponer algunos reparos. Nos levantamos de la mesa ya muy avanzada la noche, asignamos una habitación al forastero, y yo, sintiéndome cansada, me fui a pedir descanso a las blandas plumas. Empezaba a adormecerme cuando me desvelaron los acordes de una música

delicada y melodiosa. No sabiendo de dónde venía, quise llamar a mi doncella, que dormía en una habitación contigua. Pero con gran asombro me di cuenta de que, como si oprimiera mi pecho una horrible pesadilla, estaba privada de la voz y no conseguía emitir el menor sonido. Al mismo tiempo, a la luz de la lámpara, vi entrar al extranjero en mi aposento, pese a estar cerrado sólidamente con doble puerta. Acercándoseme me dijo que, valiéndose de la virtud mágica de que estaba dotado, había producido aquella hermosa música para mantenerme despierta, y ahora venía, sin que fuesen obstáculo las cerraduras, a ofrecerme su corazón y su mano.

»Pero mi repugnancia por sus artes diabólicas era tan grande, que ni me digné contestarle. Permaneció él un rato inmóvil, de pie, sin duda esperando una respuesta favorable; pero al ver que yo persistía en mi silencio, me declaró airado que hallaría el medio de vengarse y castigar mi soberbia, después de lo cual volvió a salir de la estancia.

»Pasé la noche agitadísima, sin poder conciliar el sueño hasta la madrugada. Al despertarme, corrí en busca de mi hermano para contarle lo sucedido; pero no lo encontré en su habitación. Su criado me dijo que, al apuntar el día había salido de caza con el forastero.

»Agitada por sombríos presentimientos me vestí a toda prisa, mandé ensillar mi jaca y, seguida de un criado, me dirigí al galope hacia el bosque. El caballo de mi criado tropezó y se rompió una pata, por lo que el hombre no pudo acompañarme mientras yo proseguía mi ruta sin detenerme. A los pocos minutos vi al forastero, que se dirigía hacia mí conduciendo un hermoso ciervo atado de una cuerda. Sintiendo en mi pecho una ira irrefrenable, saqué una pistola y la disparé contra el monstruo; pero la bala rebotó en su pecho y fue a herir la cabeza de mi jaca. Caí al suelo, y el extranjero murmuró unas palabras que me dejaron sin sentido.

»Al volver en mí, encontréme en esta fosa subterránea, encerrada en este ataúd de cristal. Volvió a presentarse el brujo y me comunicó que mi hermano estaba transformado en ciervo; mi palacio, reducido a miniatura con todas sus dependencias, recluido en esta arca de cristal, y mis gentes, convertidas en humo, aprisionadas en frascos de vidrio. Si yo accedía a sus pretensiones, le sería facilísimo volverlo todo a su estado primitivo. No tenía más que abrir los frascos y las urnas, y todo recobraría su condición y

forma naturales. Yo no le respondí, como la vez anterior, y entonces él desapareció dejándome en mi prisión donde quedé sumida en profundo sueño. Entre las visiones que pasaron por mi alma hubo una consoladora: la de un joven que venía a rescatarme. Y hoy, al abrir los ojos, te he visto y, así, se ha trocado el sueño en realidad. Ayúdame ahora a efectuar las demás cosas que sucedieron en mi sueño; lo primero es colocar sobre aquella gran losa el arca de cristal que contiene mi palacio».

No bien gravitó sobre la piedra el peso del arca, empezó a elevarse, arrastrando a la doncella y al mozo y, por la abertura del techo, llegó a la sala superior desde la cual les fue fácil salir al aire libre.

Allí, la muchacha abrió la tapa y fue maravilloso presenciar cómo se agrandaban rápidamente el palacio, las casas y las dependencias, hasta alcanzar sus dimensiones naturales.

Volviendo luego a la bóveda subterránea, cargaron sobre la piedra los frascos llenos de esencias y vapores y, en cuanto la doncella los hubo destapado, salieron de ellos el humo azul, transformándose en personas vivientes, en quienes la condesita reconoció a sus criados y servidores.

Y su alegría llegó al colmo cuando el hermano que, siendo ciervo había dado muerte al brujo en figura de toro, se les presentó viniendo del bosque. Aquel mismo día la doncella, cumpliendo su promesa, dio al venturoso sastre su mano ante el altar.

El espíritu embotellado

ERASE una vez un pobre leñador que trabajaba desde la madrugada hasta bien entrada la noche. Habiendo conseguido al fin reunir un poco de dinero, manifestó a su hijo:

—Tú eres mi hijo único; el dinero que he logrado ahorrar con mis sudores, voy a gastarlo en tu instrucción. Aprende un oficio que sea útil y honrado, y podrás mantenerme cuando yo sea viejo y mis miembros estén tan débiles que haya de quedarme en casa sentado.

Se fue el muchacho a la universidad y estudió con aplicación y diligencia durante un tiempo, mereciendo los encomios de sus maestros.

Después de estudiar dos o tres cursos, se agotó el poco dinero recogido por el padre, y el mancebo hubo de volver al pueblo.

—¡Ay —díjole tristemente el viejo—, nada más puedo darte! Son tiempos muy duros, y apenas llego a ganar lo bastante para el pan de cada día.

—Padre —respondió el muchacho—, no os inquietéis por esto. Cuando Dios lo ha dispuesto así, es que será por mi bien. Ya me las arreglaré.

Como el padre se preparaba a marcharse al bosque para ganarse unas monedas con su oficio de leñador, díjole su hijo:

—Dejadme ir con vos a ayudaros.

—No, hijo —respondióle el leñador—. Te resultaría muy penoso, ya que no estás acostumbrado a esta clase de trabajo; no lo resistirías. Además, sólo tengo un hacha, y no hay dinero para comprar otra.

—Pedid una al vecino —dijo el mozo—. Os prestará su hacha hasta que yo haya ganado lo suficiente para comprarme una.

Fue el hombre a pedir prestada el hacha a su vecino, y al despertar el día se dirigieron juntos al bosque, donde el hijo se puso a ayudar a su padre

trabajando con todo ardor y alegría.

A mediodía, cuando el sol caía sobre sus cabezas, dijo el viejo:

—Ahora descansaremos y comeremos; luego reanudaremos el trabajo.

Cogiendo el muchacho su pan, dijo:

—Descansad vos, padre. Yo no estoy fatigado; voy a pasear un poco en busca de nidos.

—No seas tonto —exclamó el viejo—. Si te vas a correr por ahí, luego estarás rendido y no podrás ni levantar el brazo; mejor es que te quedes conmigo.

Pero el hijo se metió en el bosque comiendo pan y mirando alegremente las ramas en busca de nidos.

Así, andando sin rumbo fijo, llegó al pie de un alto y corpulento roble que parecía varias veces centenario y cuyo tronco apenas abrazarían cinco hombres con los brazos extendidos. Se detuvo y pensó: «Muchos serán los pájaros que habrán hecho aquí su nido».

De pronto parecióle oír una voz; aguzando el oído, percibió unas palabras en tono apagado: «¡Déjame salir, déjame salir!». Miró en torno suyo, pero no descubrió nada. La voz parecía salir del interior de la tierra.

Gritó entonces:

—¿Dónde estás?

Respondió la voz:

—¡Estoy aquí, entre las raíces del roble! ¡Déjame salir, déjame salir!

El estudiante se puso a desbrozar el pie del árbol y ahondar en la tierra entre las raíces hasta que, al fin, descubrió una botella de cristal metida en un pequeño hueco.

Al levantarla y examinarla a la luz vio una forma, parecida a una rana, que saltaba en el interior del frasco. «¡Déjame salir, déjame salir!», volvió a oír, y el mozo, sin pensar nada malo, quitó el tapón de la botella.

Inmediatamente salió de ella un espíritu, que empezó a crecer tan rápidamente que a los pocos instantes se había convertido en un tipo horrible, grande y corpulento como la mitad del roble.

—¿Sabes —dijo el monstruo con voz espantosa— cuál será tu recompensa por haberme libertado?

—No —respondióle el muchacho, sin sentir miedo—. ¿Cómo voy a saberlo?

—¡Pues te lo diré —gritó el espíritu—; en premio, voy a retorcerte el pescuezo!

—¡Pudiste decírmelo antes —replicó el muchacho— y te habría dejado donde estabas! Por el momento, deja mi cabeza en su sitio, pues hay que consultar a otras personas.

—¡Otras personas, otras personas! Digan lo que quieran, recibirás el premio que te mereces. ¿Crees, que me han tenido encerrado tanto tiempo en este frasco para hacerme un favor? No, fue para castigo. Soy el poderoso Mercurio. A cualquiera que me ponga en libertad, tengo que romperle el cuello.

—¡Poco a poco! —replicó el estudiante—. No nos precipitemos. Antes he de saber si realmente eres tú quien estaba aprisionado en la botella y si se trata, en realidad, de un auténtico espíritu. Si eres capaz de volver a introducirte en ella, te creeré; y entonces podrás hacer conmigo lo que te venga en gana.

—Esto es facilísimo —respondió el espíritu lleno de arrogancia.

Y contrayéndose hasta quedar tan pequeño y sutil como antes, se deslizó por el cuello de la botella y se metió dentro. Apenas se hubo metido, el estudiante aplicó rápidamente el tapón y volvió a poner la botella en el lugar de donde la sacara, entre las raíces del roble, dejando así burlado al espíritu.

Disponíase el mozo a volver junto a su padre, cuando el espíritu exclamó con voz lastimera: «¡Déjame salir, déjame salir!».

—¡No —replicóle el muchacho—, no me cogerás por segunda vez! No vuelvo a soltar a quién quiso quitarme la vida, ahora que lo tengo reducido a la impotencia.

—Si me dejas en libertad —exclamó el espíritu—, te daré riquezas bastantes para toda la vida.

—No. Me engañarías como antes.

—Estás jugándote tu felicidad —insistió el espíritu—. No te causaré ningún daño, sino que te recompensaré con largueza.

Pensó el estudiante: «Voy a aventurarme; tal vez cumpla su palabra. De todos modos, no me pescará». Quitó el tapón, salió el espíritu y, dilatándose como la vez primera, pronto quedó transformado en un gigante.

—Ahora te daré la recompensa prometida —dijo y, alargando al muchacho un trapito parecido a un parche, prosiguió—. Frotando una herida con un extremo de este paño, quedará curada en el acto; y si con el otro extremo frotas un objeto de hierro o acero, al momento se convertirá en plata.

—Antes he de probarlo —respondió el estudiante.

Acercóse a un árbol y arrancó con su hacha un poco de corteza; frotó luego el tronco con el extremo del parche, y en seguida se cubrió de corteza.

—Muy bien, no me has engañado —dijo al espíritu—; ahora podemos separarnos.

El espíritu le dio las gracias por haberlo libertado, y el estudiante se las dio, a su vez, por el regalo y regresó junto a su padre.

—¿Dónde estuviste? —preguntóle el viejo—. Por lo visto te has olvidado del trabajo. Siempre pensé que no harías nada bueno.

—No os apuréis, padre. Recuperaré el tiempo perdido.

—¡Ya lo veo! —refunfuñó el viejo—. No es ésa la manera de portarse.

—Fijaos, padre, cómo corto aquel árbol. Oíd cómo cruje —frotó el hacha con su parche y pegó un fuerte golpe; pero como el hierro se había transformado en plata, el filo se le torció—. Padre, ¡qué hacha más mala me habéis dado! ¡Ved cómo se ha torcido!

Asustóse el viejo y exclamó:

—¡Dios Santo, qué has hecho! Ahora habré de pagar el hacha y no tengo con qué. Éste es el beneficio que he sacado de tu ayuda.

—No os apuréis —respondió el hijo—; yo pagaré la herramienta.

—¡Mentecato! —exclamó el leñador—. ¿Con qué piensas pagarla? No tienes más que lo que yo te doy. Tretas de estudiante no te faltan, pero del oficio de leñador no entiendes una palabra.

Al cabo de un rato dijo el estudiante:

—Padre, ya que no puedo seguir trabajando; mejor será que lo dejemos.

—¡Cómo! —replicó el viejo—. ¿Piensas que voy a estar mano sobre mano como tú? Márchate si quieres, que yo tengo todavía que hacer.

—Padre, es la primera vez que he ido al bosque y no sé el camino. Veníos conmigo.

Al viejo se le aplacó el enojo y se dejó convencer al fin. Emprendieron, pues, el regreso, y durante el camino dijo el anciano al muchacho:

—Ve a vender el hacha estropeada. Saca cuanto puedas por ella; el resto tendré que ganarlo yo para pagar al vecino.

El mozo se fue con la herramienta a la ciudad y, entrando en la tienda de un orfebre, se la ofreció en venta.

Examinóla el platero y, después de pesada, dijo:

—Vale cuatrocientos escudos; pero ahora no tengo tanto dinero aquí.

—Dadme lo que tengáis; el resto me lo pagaréis más adelante —propuso el muchacho.

Pagóle el orfebre trescientos escudos, y le quedó deudor de otros cien. El mozo regresó a su casa:

—Padre —dijo—, ya tengo dinero. Id a preguntar al vecino lo que le debéis por el hacha.

—No tengo que preguntárselo —respondió el leñador—. Vale un escudo y seis cuartos.

—Pues dadle tres escudos; es el doble y quedará contento. Mirad: me sobra dinero —y, entregando a su padre cien escudos, le dijo—. Ya nada os faltará. Podéis vivir tranquilamente.

—¡Dios mío! —exclamó el hombre—; ¿y cómo has adquirido toda esta riqueza?

Entonces le explicó el hijo lo que le había ocurrido y cómo, fiando en la suerte, había realizado aquella rica adquisición.

Con el resto del dinero se marchó a seguir sus estudios en la universidad; y como, gracias a su parche, curaba todas las heridas, pronto convirtióse en el doctor más famoso del mundo entero.

Los siete suabos

ERANSE una vez siete suabos que salieron juntos. El primero se llamaba maese Schulz; el segundo, Yackli; el tercero, Marli; el cuarto, Yergli; el quinto, Micael; el sexto, Juan, y el séptimo, Veitli.

Se habían concertado para correr mundo en busca de aventuras y realizar grandes hazañas. Como deseaban ir armados y seguros encargaron una lanza, una sola, pero muy larga y recia. Empuñábanla los siete a la vez, yendo delante el más gallardo y osado, que debía ser maese Schulz, y los demás seguirían por orden, con Veitli en el último lugar.

Un buen día del mes de julio, en que habían recorrido un largo trecho y les faltaba todavía bastante para llegar al pueblo donde querían pasar la noche, ocurrió que al cruzar un prado pasó volando a poca distancia un gran abejorro o, tal vez, un avispón, que fue a ocultarse detrás de una mata zumbando fieramente.

Asustóse maese Schulz, y por poco suelta la lanza al tiempo que un sudor frío le bañaba todo el cuerpo.

—¡Escuchad, escuchad! —gritó a sus compañeros—. ¡Dios Santo, oigo un tambor!

Yackli, que seguía detrás de él sosteniendo también el arma, sintió en las narices no sé qué olor, y dijo:

—Sin duda ocurre algo, pues huelo a pólvora y a mecha quemada.

A estas palabras, maese Schulz puso pies en polvorosa y saltó sobre un vallado. Pero como cayó sobre las púas de un rastrillo que había quedado en el campo cuando la siega, dio impulso al mango el cual, a su vez, le propinó en la cara un palo de padre y muy señor mío.

—¡Ay, ay! —se puso a gritar maese Schulz—. ¡Soy vuestro prisionero! ¡Me rindo, me rindo!

Los otros seis, saltando también en desorden y cayendo unos sobre otros, gritaron a su vez:

—¡Si tú te rindes, también nos rendimos nosotros!

Al fin, como no apareciese ningún enemigo dispuesto a atarlos y llevárselos, comprendieron que todo había sido una falsa alarma; y para que la historia no se divulgase y no se convirtiesen en la chacota de la gente, decidieron callar hasta que alguno de ellos la revelase impensadamente.

Tras la deliberación, prosiguieron su ruta. Pero el segundo peligro que corrieron no puede compararse con el primero.

Al cabo de varios días, el camino los llevó a un barbecho en el que una liebre dormía al sol, con las orejas levantadas y los grandes ojos vidriados mirando fijamente.

Asustáronse todos a la vista de aquel animal salvaje y fiero, y celebraron consejo para acordar lo más conveniente ya que, si huían, el monstruo podía lanzarse en su persecución y engullirlos a todos con piel y pelo.

Así, dijeron:

—Es preciso librar una fiera y descomunal batalla; acometer con valor es ya media victoria.

Y empuñaron los siete la lanza, yendo maese Schulz en primer término, y Veitli, en último.

Maese Schulz vacilaba en avanzar; pero Veitli, que desde la cola se sentía muy valiente, deseoso de atacar gritó:

«¡Adelante en nombre de los suabos,
o es que no tenéis nada de bravos!»

Pero Juan le salió al paso diciendo:

«Por mi vida que le es fácil jactarse
a quien el último procura siempre hallarse».

Y gritó Micael:

«Ese bribón no perderá un cabello,
que buen cuidado lleva el diablo dello».

Tocóle el turno a Yergli, que dijo:

«Si no es el diablo, entonces es su madre,
o su primo, o tal vez algún compadre».

Ocurriósele a Marli una buena idea y dijo a Veitli:

«Anda, Veitli, pasa tú delante,
que yo te seguiré de buen talante».

Pero Veitli se hizo el sordo, y Yackli dijo entonces:

«Debe ser Schulz quien marche a la cabeza
y se lleve el honor de la proeza».

Y maese Schulz, haciendo de tripas corazón, dijo con voz grave:

«¡Pues adelante todos valerosos,
a dar ejemplo de pechos animosos!»

Y arremetieron en tropel contra la fiera. Maese Schulz, persignándose, invocó la ayuda de Dios; pero viendo que de nada le valía y que el enemigo se hallaba cada vez más cerca, en un acceso de terror prorrumpió a gritar:

—¡Hau, hurlehau, han, hau, hau!

A sus gritos despertó asustada la liebre, y echó a correr a grandes saltos.

Al ver maese Schulz que emprendía la fuga, exclamó lleno de alborozo:

«Caramba, Veitli, ¿qué es lo que ha pasado?
¡El monstruo fiero en liebre se ha quedado!»

La hueste suaba continuó en busca de nuevas aventuras. Así llegó a orillas del Mosela, río musgoso, apacible y profundo. Como hay escasos puentes que lo crucen, en muchos lugares la travesía debe hacerse en barcas. Mas esto lo ignoraban los siete suabos, y llamaron a un hombre que estaba trabajando en la orilla opuesta para preguntarle cómo había que pasar el río.

Siendo la distancia considerable, y extraño el lenguaje de los aventureros, el hombre no los entendió y preguntó a su vez en su dialecto:

—¿Qué, qué?

Creyó maese Scbulz que decía: «¡A pie, a pie!» y, como iba el primero según costumbre, metióse en el río para abrirse camino.

Al poco rato se hundía en el lodo y las profundas aguas; pero el viento arrastró su sombrero hacia la otra orilla, y una rana, situándose encima, se puso a croar: «¡Cuec! ¡Cuec!».

Los seis restantes al oírlo dijéronse:

—Nuestro compañero Schulz nos llama. Si él puede pasar a pie, ¿por qué no hemos de poder nosotros?

Y saltaron todos juntos al agua y se ahogaron, con lo que bien puede decirse que murieron víctimas de una rana.

Los cuatro hermanos ingeniosos

ERASE un pobre hombre que tenía cuatro hijos. Cuando fueron mayores, los llamó y les dijo:

—Hijos míos, es cuestión de que os marchéis por esos mundos, pues yo no tengo nada para daros. Id a otros países, aprended un oficio y procurad abriros camino.

Dispusiéronse los cuatro a marcharse y, tras despedirse de su padre, partieron juntos.

Al cabo de algún tiempo de caminar a la ventura llegaron a una encrucijada de la que partían caminos en cuatro direcciones. Y dijo el mayor:

—Aquí hemos de separarnos. Dentro de cuatro años, en este mismo día y lugar, volveremos a reunirnos. Entretanto, que cada cual busque fortuna por su lado.

Marcharon cada uno en una dirección.

El primero se encontró con un hombre, que le preguntó dónde iba y cuál era su propósito.

—Quiero aprender un oficio —respondióle el muchacho.

—Vente conmigo. Aprenderás a ser ladrón —le contestó el desconocido.

—No —respondió el mozo—, éste no es un oficio honorable. Se acaba siempre en badajo de horca.

—¡Oh, no temas por eso! Sólo te enseñaré a apropiarte lo que nadie más podría obtener, y de modo que no quede rastro.

El muchacho se dejó convencer, y al lado de aquel hombre aprendió a ser un ladrón perfecto, tan hábil que cuando se había prendado de un objeto caía irremediablemente en sus manos.

El segundo hermano halló a otro sujeto que le hizo la misma pregunta: qué quería aprender.

—Todavía no lo sé —respondió.

—En este caso, vente conmigo y serás astrólogo. No hay oficio mejor, pues nada habrá que se te oculte.

Gustóle la idea al joven, y llegó a ser un astrólogo consumado.

Al terminar su aprendizaje, se despidió de su maestro y éste le dio un anteojo diciéndole:

—Con esto podrás ver cuanto ocurre en la tierra y en el cielo. Nada se ocultará a tu mirada.

Al tercer hermano adiestrólo un cazador, enseñándole todas las mañas y recursos de su arte, con tanto aprovechamiento por parte del discípulo, que salió hecho un consumado montero.

Al despedirse, el maestro lo obsequió con una escopeta y le dijo:

—Donde pongas el ojo, allá irá la bala; jamás errarás la puntería.

Finalmente, el menor de los hermanos se encontró también con un viandante que le preguntó por sus propósitos.

—¿No te gustaría ser sastre? —le dijo.

—No sé —contestó el mozo—. Eso de pasarse las horas con las piernas cruzadas, desde la mañana a la noche, y estar manejando continuamente la aguja y la plancha no me seduce ni mucho menos.

—¡No lo digas! —exclamó el hombre—. Tú hablas por lo que has visto; pero conmigo aprenderás un arte muy distinto, decente, productivo, y muy honroso incluso.

Dejóse persuadir el muchacho, se fue con el sastre y aprendió a fondo su profesión.

Cuando se despidió, ya terminado el aprendizaje, diole su patrón una aguja diciéndole:

—Con ella puedes coser cuanto te venga a la mano, aunque sea tan duro como el acero; y quedará tan bien juntado, que no se verá la costura.

Cuando ya hubieron transcurrido los cuatro años convenidos, los hermanos volvieron a encontrarse en el mismo lugar en que se habían separado y, después de abrazarse y besarse, regresaron a la casa paterna.

—¡Muy bien! —exclamó el padre satisfecho—. ¿Otra vez os trae el viento a mi lado?

Contáronle ellos sus andanzas y lo que cada uno había aprendido. Sentados todos juntos bajo un árbol que se levantaba delante de la casa, dijo el padre:

—Voy a poneros a prueba. Quiero ver de lo que sois capaces —y, mirando hacia arriba, manifestó al hijo segundo—. En la cumbre de este árbol, entre dos ramas, hay un nido de pinzones. Dime cuántos huevos contiene.

Cogió el astrólogo su anteojo y dirigiéndolo al nido, respondió:

—Cinco.

Entonces se volvió el padre al mayor:

—Ve a buscar los huevos sin que lo note el pájaro que los está incubando.

El hábil ladrón subió al árbol y, sin que el avecilla notase nada ni se moviese del nido, le quitó de debajo del cuerpo los cinco huevos y los bajó a su padre.

Tomándolos el viejo colocó uno en cada canto de la mesa, y el quinto, en el centro, y dijo al cazador:

—De un solo disparo has de partir en dos los cinco huevos.

El mozo se echó la escopeta a la cara, disparó y partió por la mitad los cinco huevos de un solo tiro. Por lo visto usaba una pólvora capaz de dar la vuelta a la esquina.

—Ahora te toca a ti —dijo el padre al hijo menor—. Vas a coser los huevos, y hasta los polluelos que hay dentro, de tal forma que no se vean los efectos del disparo.

Sacó el sastre su aguja y procedió a coser tal como su padre le pedía. Cuando hubo terminado, el ladrón volvió los huevos al nido, colocándolos debajo del ave que los empollaba sin que ésta lo notase. Y a los pocos días nacieron los pequeños con una tirita roja alrededor del cuello, por donde los cosiera el sastre.

—Está bien —dijo el viejo a sus hijos—. Tengo que felicitaros por vuestro éxito. Habéis empleado bien el tiempo aprendiendo cosas

provechosas, y no sabría a cuál de los cuatro dar la preferencia. Esto se verá en cuanto se presente una ocasión de aplicar vuestras artes.

Poco tiempo después se produjo gran revuelo en el país, pues un dragón había raptado a la hija del Rey. Éste se pasaba cavilando día y noche y, al fin, mandó pregonar que quien la rescatase se casaría con ella.

Dijeron entonces los hermanos:

—He aquí una oportunidad de distinguirnos.

Y se propusieron partir juntos a liberar a la princesa.

—Pronto sabré dónde se halla —dijo el astrólogo y, mirando por su telescopio, declaró—. Ya lo veo; está muy lejos de aquí, en una roca en medio del mar. A su lado hay un dragón que la guarda.

Presentóse al Rey, pidióle un barco para él y sus hermanos y los cuatro se hicieron a la mar con rumbo a la roca.

Al llegar a ella vieron a la hija del Rey, con el dragón dormido en el regazo.

Dijo el cazador:

—No puedo disparar, pues mataría también a la princesa.

—Voy a intervenir yo —anunció el ladrón.

Y, deslizándose hasta el lugar, llevóse a la doncella con tanta ligereza y agilidad, que el monstruo no se dio cuenta de nada y siguió roncando.

Contentísimos, corrieron a embarcar de nuevo y zarparon sin pérdida de tiempo. Pero el dragón, que al despertar no había encontrado a la princesa, salió furioso en su persecución surcando los aires con terrorífico resoplido.

Cuando se cernía ya sobre el barco y se disponía a precipitarse sobre él, apuntándole el cazador con la escopeta, disparó una bala que le atravesó el corazón. Cayó muerto el monstruo; pero era tan enorme que, al desplomarse sobre el navío, lo destrozó completamente.

Los náufragos pudieron aferrarse a unas tablas y quedaron flotando en la superficie de las olas, en situación apuradísima. Mas el sastre, ni corto ni perezoso, sacando su aguja maravillosa hilvanó las tablas a toda prisa con unas puntadas y, desde ellas, pescó todas las piezas del barco, cosiéndolas con tanta perfección que, al poco rato, la nave volvía a hallarse en condiciones de navegar y los hermanos pudieron arribar felizmente a su patria.

El Rey sintió una inmensa alegría al volver a ver a su hija, y dijo a los cuatro hermanos:

—Uno de vosotros ha de recibirla por esposa. Decidid quién ha de ser.

Suscitóse entonces una viva disputa entre ellos, pues cada uno alegaba sus derechos.

Decía el astrólogo:

—Si yo no hubiese descubierto a la princesa, de nada habrían servido vuestras artes. Por tanto, me pertenece a mí.

El ladrón observaba:

—¿De qué habría servido descubrirla, si yo no la hubiese sacado de entre las garras del dragón? Mía es, pues.

Y el cazador:

—La princesa y todos vosotros hubierais sido destrozados por el monstruo. Mi bala os libró de sus garras. En consecuencia, es a mí a quien corresponde.

Y el sastre, a su vez:

—Y si yo, con mi arte, no hubiese recompuesto el barco, todos habríamos muerto ahogados. Por tanto, es mía.

Intervino entonces el Rey:

—Todos tenéis igual derecho; pero como la princesa no puede ser de todos, no será de ninguno. En cambio, daré a cada cual una parte del reino en compensación.

Satisfizo el ofrecimiento a los hermanos, los cuales dijeron:

—Es mejor esto que el que nazcan disputas entre nosotros.

Y cada cual recibió una cuarta parte del reino, y todos vivieron felices en compañía de su viejo padre durante todo el tiempo que plugo a Dios.

Piel de oso

ERASE una vez un mozo que se alistó como soldado; portóse valientemente y siempre fue en primera línea cuando llovían las balas.

Todo marchó bien mientras duró la guerra. Pero al llegar la paz lo licenciaron, y su capitán le dijo que podía marcharse adonde le apeteciera.

Sus padres habían muerto, y él no tenía ya hogar. Se dirigió, pues, a casa de sus hermanos, rogándoles lo acogiesen hasta que hubiera una nueva guerra. Pero sus hermanos eran gente dura de corazón y le dijeron:

—¿Y qué haremos contigo? No te necesitamos para nada. Arréglate como puedas.

No le quedaba al soldado más que su fusil; se lo echó al hombro y se marchó a correr mundo.

En esto llegó a un gran erial, en el que no se veía sino un círculo de árboles. Sentóse a su sombra y se puso a meditar tristemente sobre su situación. «No tengo dinero —pensó—; no he aprendido más oficio que el de las armas, y en tiempo de paz no sirvo para nada. Por lo visto he de morirme de hambre».

Oyó en esto un fuerte rumor y, al volverse, vio ante él un hombre vestido completamente de verde. Su aspecto era gallardo, aunque con un repugnante pie de caballo.

—Ya sé lo que te pasa —le dijo el hombre—. Tendrás tanto dinero y riquezas como seas capaz de transportar. Pero antes debo saber si conoces el miedo, pues yo no doy nada a los cobardes.

—¿Cómo puede ser cobarde un soldado? —respondió el mozo—. Puedes someterme a prueba.

—Pues bien —asintió el hombre—. Mira detrás de ti.

El soldado se volvió y vio un enorme oso que se dirigía hacia él lanzando gruñidos.

—¡Ésta es la mía! —exclamó el soldado—. Voy a hacerte cosquillas en las narices para que se te pasen las ganas de gruñir.

Y apuntándole con el fusil, disparó una bala al hocico de la fiera, la cual se desplomó muerta.

—Valor no te falta —dijo el desconocido—; pero hay otra condición que debes cumplir.

—Siempre que no vaya en perjuicio de mi alma —respondió el soldado, pues se daba cuenta de quién era aquel hombre—, estoy dispuesto a todo.

—Pues bien —propúsole el del vestido verde—. En el curso de los próximos siete años no debes lavarte ni peinarte el cabello ni la barba, ni cortarte las uñas, ni rezar un padrenuestro. Te daré un vestido y una capa, que habrás de llevar durante todo este tiempo. Si mueres dentro de estos años, serás mío; pero si sigues viviendo, quedarás libre y rico para el resto de tus días.

Pensó el soldado en la gran necesidad en que se encontraba, y como había ido tantas veces a la muerte y siempre logró salvar el pellejo, decidióse a arriesgarse de nuevo y se declaró conforme.

El diablo se quitó su vestido verde y se lo dio diciéndole:

—Cada vez que llevando esta prenda metas mano en el bolsillo, la sacarás llena de dinero —despellejó luego al oso y entregó la piel al soldado añadiendo—. Esta será tu capa y tu lecho; sólo deberás dormir en él. Por este vestido, te llamarán «Piel de oso».

Y, dicho esto, el diablo desapareció.

Vistióse el soldado las ropas, e introduciendo en seguida la mano en el bolsillo, pudo comprobar que la cosa iba de veras. Colgóse luego la piel de oso sobre los hombros y se marchó a correr mundo, dándose buena vida y no dejando por hacer nada de lo que hace engordar a la gente y enflaquecer la bolsa.

El primer año, la cosa era aún pasadera; pero al llegar el segundo, su aspecto era el de un monstruo. El cabello le cubría casi toda la cara; la barba parecía un rudo estropajo; sus dedos terminaban en verdaderas garras, y tenía el rostro tan cubierto de suciedad, que si hubiesen sembrado berros en él a buen seguro habrían germinado.

Cuantos lo veían echaban a correr; pero como repartía el dinero en abundancia entre los pobres, para que rogasen porque no muriese antes de los siete años, y como pagaba generosamente en todas partes, nunca le faltaba albergue.

Al cuarto año llegó a una posada, cuyo dueño se negó a alojarlo; ni siquiera quería dejarle dormir en el establo, por temor a que sus caballos se asustaran. Sin embargo, cuando se echó mano al bolso y sacó un puñado de ducados, el posadero se ablandó y le asignó una habitación en el patio posterior, con la condición de que no se dejaría ver para no desacreditar el establecimiento.

Aquella tarde «Piel de oso» estaba sentado en plena soledad, deseando que terminasen aquellos siete años de prueba, cuando oyó que alguien se lamentaba en la habitación contigua. Como era de corazón compasivo, abrió la puerta y vio a un anciano que lloraba desconsoladamente cogiéndose la cabeza con las manos.

Acercósele el soldado; pero el hombre, levantándose de un brinco, trató de huir. Sin embargo, se calmó al oír una voz humana, y entonces, con palabra amistosa, contó a «Piel de oso» los motivos de su tristeza.

Poco a poco se había consumido toda su fortuna, y él y sus hijas habían caído en tal miseria, que no podían pagar al posadero e iban a meterlos en la cárcel.

—Si no tenéis más preocupación que ésa —le dijo «Piel de oso»—, lo que es dinero, a mí me sobra.

Y, llamando al fondista, le pagó la deuda y luego metió en el bolsillo del desgraciado una bolsa llena de oro.

Libre ya el hombre de sus cuitas y no sabiendo cómo expresar su agradecimiento a aquel bienhechor, le dijo:

—Vente conmigo; mis hijas son un dechado de hermosura; elige una de ellas por esposa. Cuando sepa lo que has hecho por mí, no te rechazará. Cierto que tu aspecto deja algo que desear; pero ella cuidará de arreglarlo.

Gustóle el ofrecimiento a «Piel de oso», y se marchó con él.

Al verlo la hija mayor, sintió tal miedo que escapó gritando. La segunda quedóse parada, contemplándolo de pies a cabeza, y luego dijo:

—¿Cómo puedo aceptar por marido a un hombre que ha perdido todo aspecto humano? Preferiría a aquel oso afeitado que estuvo aquí un día pretendiendo que era un hombre; al menos llevaba una piel de húsar y guantes blancos. Si no fuese más que feo, aún llegaría a acostumbrarme.

En cambio, la más joven dijo:

—Querido padre: forzosamente ha de ser una buena persona el que os ha sacado de vuestra angustiosa situación; y, puesto que le habéis prometido una novia, hay que cumplir vuestra palabra.

Fue una lástima que la suciedad y el pelo tapasen la cara de «Piel de oso», pues de otro modo se habría visto reflejada la alegría de su corazón al escuchar aquellas palabras.

Sacándose un anillo del dedo, lo rompió en dos mitades y, dando una a la muchacha, se guardó la otra. En la parte que entregó a su prometida escribió su nombre «Piel de oso»; y en la que se reservó para sí grabó el de ella, rogándole que la guardase cuidadosamente.

Luego, despidiéndose, dijo:

—Debo aún vagar errante por espacio de tres años; si no vuelvo, quedas libre, pues será que habré muerto. Pero ruega a Dios que me conserve la vida.

La pobre prometida se vistió de luto, y cada vez que pensaba en su novio le venían las lágrimas a los ojos. Sus hermanas la hacían objeto de mil burlas y sarcasmos.

—Cuidado —decíale la mayor—; cuando le estreches la mano, que no te dé un zarpazo.

—Desconfía —agregaba la segunda—. A los osos les gusta lo dulce; si le gustas, te devorará.

—Tendrás que hacer siempre su voluntad; de lo contrario, empezará a gruñir —volvía a la carga la mayor.

Y la segunda:

—Mas la boda será muy alegre, pues a los osos les gusta bailar.

Pero la novia manteníase silenciosa y firme en su propósito. Mientras tanto, «Piel de oso» seguía errando de la Ceca a la Meca, haciendo todo el bien que le era posible y dando copiosas limosnas a los pobres para que rogasen por él.

Al fin, cuando llegó el último día de los siete años, volvió al erial y se sentó bajo el círculo de árboles. Al cabo de poco rato levantóse una ráfaga de viento, y el diablo se plantó ante él con cara enfurruñada. Devolviendo al soldado su vieja casaca, reclamóle la verde.

—Poco a poco —replicó el soldado—; antes debes limpiarme.

Quieras que no, el diablo hubo de ir por agua, lavar a «Piel de oso», peinarle el cabello y cortarle las uñas, después de lo cual el desarrapado quedó convertido en un gallardo guerrero, más apuesto y guapo mozo que antes.

Al retirarse definitivamente el diablo, «Piel de oso» sintió un gran alivio. Fuese a la ciudad, compró un magnífico traje de terciopelo e, instalándose en un coche tirado por cuatro caballos blancos, encaminóse al pueblo de su novia.

Nadie lo reconoció; el padre lo tomó por un distinguido coronel y lo condujo a la habitación donde se hallaban sus hijas. Las dos mayores, lo hicieron sentarse entre ellas, le sirvieron vino y los mejores bocados,

pensando para sus adentros que jamás habían visto un hombre tan guapo. La novia, empero, permanecía sentada enfrente, vestida de negro, bajos los ojos y sin decir palabra.

Cuando, finalmente, el mozo preguntó al padre si le otorgaría la mano de una de sus hijas, corrieron las dos mayores a sus aposentos para ataviarse lo mejor posible, cada una con la esperanza de ser la elegida.

El forastero, no bien quedó a solas con su novia, sacando su media sortija la echó en una copa llena de vino y se la ofreció por encima de la mesa. Tomóla ella y, cuando hubo apurado el vino y encontrado en el fondo el medio anillo, sintió que su corazón empezaba a latir violentamente.

Sacando la otra mitad, que llevaba alrededor del cuello atada con una cinta, lo puso al lado de la primera, y entonces se vio que las dos coincidían exactamente.

Dijo él:

—Soy tu prometido, a quien viste en la figura de «Piel de oso» y que, por la gracia de Dios, ha recobrado la forma humana y se ha purificado.

Y, acercándose a ella, la abrazó y le dio un beso.

En aquel momento entraron las dos hermanas mayores, bellamente ataviadas. Pero, al ver que el gallardo mozo se declaraba a la menor y al oír que era «Piel de oso», volvieron a salir corriendo locas de despecho.

La primera fue a arrojarse al pozo, y la segunda se colgó de un árbol.

Al anochecer llamaron a la puerta, y cuando el novio acudió a abrir, presentóse el diablo con su vestido verde y le dijo:

—¿Ves? Ahora tengo dos almas a cambio de la tuya.

Los seis cisnes

HALLÁNDOSE un rey de cacería en un gran bosque, salió en persecución de una pieza con tal ardor, que ninguno de sus acompañantes pudo seguirlo.

Al anochecer detuvo su caballo y, dirigiendo una mirada a su alrededor, diose cuenta de que se había extraviado y, aunque trató de buscar una salida, no logró encontrar ninguna.

Vio entonces a una vieja que se le acercaba cabeceando. Era una bruja.

—Buena mujer —le dijo el Rey— ¿no podrías indicarme un camino para salir del bosque?

—Oh, sí, Señor Rey —respondió la vieja—. Sí puedo, pero con una condición. Si no la aceptáis, jamás saldréis de esta selva, y moriréis de hambre.

—¿Y qué condición es ésa? —preguntó el Rey.

—Tengo una hija —declaró la vieja—, hermosa como no encontraríais otra igual en el mundo entero, y muy digna de ser vuestra esposa. Si os comprometéis a hacerla Reina, os mostraré el camino para salir del bosque.

El Rey, aunque angustiado en su corazón, aceptó el trato, y la vieja lo condujo a su casita, donde su hija estaba sentada junto al fuego. Recibió al Rey como si lo hubiese estado esperando, y aunque el Soberano pudo comprobar que era realmente muy hermosa, no le gustó, y no podía mirarla sin un secreto terror.

Cuando la doncella hubo montado en la grupa del caballo, la vieja indicó el camino al Rey, y la pareja llegó sin contratiempo al palacio, donde poco después se celebró la boda.

El Rey estuvo ya casado una vez, y de su primera esposa le habían quedado siete hijos: seis varones y una niña, a los que amaba más que todo en el mundo. Temiendo que la madrastra los tratara mal o llegara tal vez a causarles algún daño, llevólos a un castillo solitario, que se alzaba en medio de un bosque.

Tan oculto estaba y tan difícil era el camino que conducía allá, que ni él mismo habría sido capaz de seguirlo a no ser por un ovillo maravilloso que un hada le había regalado. Cuando lo arrojaba delante de sí, se desenrollaba él solo y le mostraba el camino. Pero el Rey salía con tanta frecuencia a visitar a sus hijos que, al cabo, aquellas ausencias chocaron a la Reina, la cual sintió curiosidad por saber qué iba a hacer solo al bosque.

Sobornó a sus criados, y éstos le revelaron el secreto, descubriéndole también lo referente al ovillo, único capaz de indicar el camino. Desde entonces, la mujer no tuvo un momento de reposo hasta que hubo averiguado el lugar donde su marido guardaba la milagrosa madeja. Luego confeccionó unas camisetas de seda blanca y, poniendo en práctica las artes de brujería aprendidas de su madre, hechizó las ropas.

Un día en que el Rey salió de caza, cogió ella las camisetas y se dirigió al bosque. El ovillo le señaló el camino. Los niños, al ver desde lejos que alguien se acercaba, pensando que sería su padre, corrieron a recibirlo llenos de gozo. Entonces ella les echó a cada uno una de las camisetas y, al

tocar sus cuerpos, los transformó en cisnes, que huyeron volando por encima del bosque.

Ya satisfecha regresó a casa creyéndose libre de sus hijastros. Pero resultó que la niña no había salido con sus hermanos, y la Reina ignoraba su existencia.

Al día siguiente, el Rey fue a visitar a sus hijos y sólo encontró a la niña.

—¿Dónde están tus hermanos? —preguntóle el Rey.

—¡Ay, padre mío! —respondió la pequeña—. Se marcharon y me dejaron sola.

Y le contó lo que viera desde la ventana; cómo los hermanitos transformados en cisnes, habían salido volando por encima de los árboles; y le mostró las plumas que habían dejado caer y ella había recogido.

Entristecióse el Rey, sin pensar que la Reina fuese la autora de aquella maldad. Temiendo que también le fuese robada la niña, quiso llevársela consigo. Mas la pequeña tenía miedo a su madrastra, y rogó al padre le permitiera pasar aquella noche en el castillo solitario.

Pensaba la pobre muchachita: «No puedo ya quedarme aquí; debo salir en busca de mis hermanos». Y, al llegar la noche, huyó a través del bosque.

Anduvo toda la noche y todo el día siguiente sin descansar, hasta que la rindió la fatiga. Viendo una cabaña solitaria, entró en ella y halló un aposento con seis diminutas camas; pero no se atrevió a meterse en ninguna, sino que se deslizó debajo de una de ellas dispuesta a pasar la noche sobre el duro suelo.

Mas a la puesta del sol oyó un rumor y, al mismo tiempo, vio seis cisnes que entraban por la ventana. Posáronse en el suelo y sopláronse mutuamente las plumas, y éstas les cayeron, y su piel de cisne quedó alisada como una camisa. Entonces reconoció la niña a sus hermanitos y, contentísima, salió a rastras de debajo de la cama. No se alegraron menos ellos al ver a su hermana; pero el gozo fue de breve duración.

—No puedes quedarte aquí —le dijeron—, pues esto es una guarida de bandidos. Si te encuentran cuando lleguen, te matarán.

—¿Y no podríais protegerme? —preguntó la niña.

—No —replicaron ellos—, pues sólo nos está permitido despojarnos cada noche de nuestro plumaje de cisne durante un cuarto de hora, tiempo durante el cual podemos vivir en nuestra figura humana, pero luego volvemos a transformarnos en cisnes.

Preguntó la hermanita, llorando:

—¿Y no hay modo de desencantaros?

—No —dijeron ellos—. Las condiciones son demasiado terribles. Deberías permanecer durante seis años sin hablar ni reír, y en este tiempo tendrías que confeccionarnos seis camisas de velloritas. Una sola palabra que saliera de tu boca, lo echaría todo a rodar.

Y cuando los hermanos hubieron dicho esto, transcurrido ya el cuarto de hora, volvieron a remontar el vuelo saliendo por la ventana.

Pero la muchacha había adoptado la firme resolución de redimir a sus hermanos, aunque le costase la vida. Salió de la cabaña y se fue al bosque, donde pasó la noche oculta entre el ramaje de un árbol.

A la mañana siguiente empezó a recoger velloritas para hacer las camisas. No podía hablar con nadie y, en cuanto a reír, bien pocos motivos tenía.

Llevaba ya mucho tiempo aquella situación, cuando el Rey de aquel país, yendo de cacería por el bosque, pasó cerca del árbol que servía de morada a la muchacha.

Unos monteros la vieron y la llamaron:

—¿Quién eres? —pero ella no respondió.

—Baja —insistieron los hombres—. No te haremos ningún daño.

Mas la doncella se limitó a sacudir la cabeza. Los cazadores siguieron acosándola a preguntas, y ella les echó la cadena de oro que llevaba al cuello, creyendo que así se darían por satisfechos. Pero como los hombres insistieran, echóles el cinturón y luego las ligas y, poco a poco, todas las prendas de que pudo desprenderse, quedando al fin sólo con la camiseta. Mas los tercos cazadores treparon a la copa del árbol y, bajando a la muchacha, la condujeron ante el Rey, el cual le preguntó:

—¿Quién eres? ¿Qué haces en el árbol?

Pero ella no respondió. El Rey insistió, formulando de nuevo las mismas preguntas en todas las lenguas que conocía. Pero en vano; ella

permaneció siempre muda. No obstante, viéndola tan hermosa, el Rey se sintió enternecido, y en su alma nació un gran amor por la muchacha. Envolvióla en su manto y, subiéndola a su caballo, llevósela a palacio.

Una vez allí mandó vestirla con ricas prendas, viéndose entonces la doncella más hermosa que la luz del día. Mas no hubo modo de arrancarle una sola palabra. Sentóla a su lado a la mesa, y su modestia y recato le gustaron tanto, que dijo:

—La quiero por esposa, y no querré a ninguna otra del mundo.

Y al cabo de algunos días se celebró la boda.

Pero la madre del Rey era una mujer malvada, a quien disgustó aquel casamiento, y no cesaba de decir mal de su nuera.

—¡Quién sabe de dónde ha salido esta chica que no habla! —murmuraba—. Es indigna de un Rey.

Transcurrido algo más de un año, cuando la Reina tuvo su primer hijo, la vieja se lo quitó mientras dormía, y manchó de sangre la boca de la madre. Luego se dirigió al Rey y la acusó de haber devorado al niño.

El Rey se negó a darle crédito, y mandó que nadie molestara a su esposa. Ella, empero, seguía ocupada constantemente en la confección de las camisas, sin atender a otra cosa. Y con el próximo hijo que tuvo, la suegra repitió la maldad, sin que tampoco el Rey prestara oídos a sus palabras.

Dijo:

—Es demasiado piadosa y buena, para ser capaz de actos semejantes. Si no fuese muda y pudiese defenderse, su inocencia quedaría bien patente.

Pero cuando, por tercera vez, la vieja robó al niño recién nacido y volvió a acusar a la madre sin que ésta pronunciase una palabra en su defensa, el Rey no tuvo más remedio que entregarla a un tribunal, y la infeliz reina fue condenada a morir en la hoguera.

El día señalado para la ejecución de la sentencia resultó ser el que marcaba el término de los seis años durante los cuales le había estado prohibido hablar y reír. Así había liberado a sus queridos hermanos del hechizo que pesaba sobre ellos. Además, había terminado las seis camisas, y sólo a la última le faltaba la manga izquierda.

Cuando fue conducida a la hoguera, púsose las camisas sobre el brazo y cuando, ya atada al poste del tormento, dirigió una mirada a su alrededor, vio seis cisnes que se acercaban en raudo vuelo. Comprendiendo que se aproximaba el momento de su liberación, sintió una gran alegría.

Los cisnes llegaron a la pira y se posaron en ella, a fin de que su hermana les echara las camisas; y no bien estas hubieron tocado sus cuerpos, cayóles el plumaje de ave y surgieron los seis hermanos en su figura natural, sanos y hermosos. Sólo al menor le faltaba el brazo izquierdo, sustituido por un ala de cisne.

Abrazáronse y besáronse y la Reina, dirigiéndose al Rey que asistía consternado a la escena, rompiendo por fin a hablar le dijo:

—Esposo mío amadísimo, ahora ya puedo hablar y declarar que he sido calumniada y acusada falsamente.

Y relató los engaños de que había sido víctima por la maldad de la vieja, que le había robado los tres niños ocultándolos.

Los niños fueron recuperados, con gran alegría del Rey, y la perversa suegra en castigo hubo de subir a la hoguera y morir abrasada. El Rey y la Reina, con sus seis hermanos, vivieron largos años en paz y felicidad.

El mugriento hermano del diablo

UN militar licenciado no tenía con que vivir ni encontraba medio de resolver su apurada situación.

Fuese al bosque y, al cabo de un rato de andar por él, se le presentó un enano que era el diablo. Díjole el hombrecillo:

—¿Qué te ocurre? Pareces muy melancólico.

Y el soldado le respondió:

—Tengo hambre y estoy sin dinero.

—Si te avienes a servirme y ser mi criado —díjole el diablo—, jamás te faltará nada. Siete años durará tu servicio, al cabo de los cuales quedarás libre. Pero una cosa te prevengo: No deberás lavarte, ni peinarte, ni usar las tijeras; quiero decir que no te cortarás las uñas ni el cabello. Además, no te secarás el agua de los ojos.

—¡Vamos a ello, si no hay otro remedio! —respondió el soldado.

Y se marchó con el enano, el cual lo condujo directamente al infierno.

Una vez en él, le dio instrucciones sobre su trabajo: avivar el fuego debajo de los calderos en que se asaban los condenados; mantener la casa limpia; recoger la basura detrás de la puerta; cuidar de que todo estuviese en orden. Pero le advirtió que si se atrevía a mirar una sola vez lo que había en los calderos, lo pasaría mal.

—Pierde cuidado —le respondió el militar.

El viejo diablo se marchó de nuevo a sus correrías, y el soldado dio principio a su faena: avivó el fuego, barrió, amontonó la basura detrás de la puerta… en una palabra, hizo cuanto le habían mandado.

Al regresar, el diablo comprobó que las cosas habían sido hechas debidamente; manifestóse satisfecho y se marchó de nuevo. El soldado echó una mirada a su alrededor; allí estaban los calderos en círculo, con un

enorme fuego debajo, cociendo y borboteando. Sentía unos deseos locos de ver lo que había dentro, a pesar de la prohibición del diablo; y, al fin, no pudiendo ya resistir, levantó un poquitín la tapadera del primer caldero y echó una mirada: dentro estaba hirviendo su antiguo sargento.

—¡Ajá, pajarraco! Conque estás ahí, ¿eh? Antes estuve yo en tus manos; mas ahora estás tú en las mías.

Y, volviendo a soltar rápidamente la tapadera, atizó el fuego y le añadió leña. Pasando luego al caldero siguiente, levantó la tapa y vio que contenía a su alférez.

—¡Ajá, pajarraco! Conque estás ahí, ¿eh? Me tuviste en tus manos, pero ahora yo te tengo en las mías.

Y, tapando nuevamente, echó al fuego otro tarugo para avivarlo. Quiso ver también quién ocupaba el tercer caldero, y resultó que estaba en él su general.

—¡Ajá, pajarraco! Conque estás ahí, ¿eh? Me tuviste en tus manos, pero ahora te tengo yo en las mías.

Y, echando mano del fuelle, se puso a atizar el fuego con el mayor entusiasmo, hasta que se elevaron grandes llamaradas.

De este modo cumplió sus siete años de servicio en el infierno, sin lavarse ni peinarse, sin cortarse cabellos ni uñas y sin secarse el agua de los ojos; y aquellos siete años le parecieron tan cortos como si hubiese transcurrido sólo medio.

Cumplido el plazo, fue el diablo a su encuentro y le dijo:

—Bueno, Juan, ¿qué has hecho?

—He avivado el fuego debajo de los calderos, he barrido y recogido la basura detrás de la puerta.

—Pero también miraste lo que había en los calderos. Lo único que te salva es que añadiste más leña, pues de otro modo estabas perdido. Ha terminado tu tiempo. ¿Quieres volver a tu pueblo?

—Sí. Me gustaría ver qué hace mi padre en casa.

—Como pago de tus servicios, llénate la mochila de basura y llévatela a tu casa. Debes, asimismo, ir sin lavarte ni peinarte, con el cabello y la barba largos, sin cortarte las uñas y con los ojos húmedos; y cuando te pregunten

de dónde vienes, responderás: «Del infierno», y si te dicen quién eres, contestarás: «El mugriento hermano del diablo, mi rey».

El soldado lo escuchó en silencio, aunque no estaba satisfecho con aquella paga.

No bien se encontró al aire libre, en el bosque, quitóse la mochila de la espalda para vaciar su contenido. Pero al abrirla, ¡anda! ¡La basura se había convertido en oro puro!

—Nunca lo hubiera pensado —dijo.

Y encaminóse a la ciudad, alegre como unas pascuas.

En la puerta de la posada estaba el ventero el cual, al verlo acercarse, tuvo un gran susto, pues el aspecto de Juan era horrible, peor que el de un espantapájaros.

—¿De dónde vienes? —le preguntó.

—¡Del infierno!

—¿Quién eres?

—El mugriento hermano del diablo, mi rey.

El posadero no quería admitirlo, y sólo al ver el oro que traía, corrió en persona a abrirle la puerta. Pidió Juan la mejor habitación y se hizo servir a cuerpo de rey: comió y bebió hasta que se vio harto. Pero todo ello sin lavarse ni peinarse, como le mandara el diablo y, por fin, se fue a dormir.

Mas al posadero le bailaba ante los ojos su bolso de oro, y no estuvo tranquilo hasta que, en lo más oscuro de la noche, entró furtivamente en su aposento y se lo robó.

Al levantarse Juan a la mañana siguiente, dispúsose a pagar al posadero y reemprender su camino; pero su bolsa había desaparecido. El hombre no se paró mucho tiempo a considerar las cosas. «No tengo la culpa de mi desgracia», pensó, y fue otra vez derechito al infierno.

Allí explicó su infortunio al viejo diablo y le pidió que le ayudase. Díjole el demonio:

—Siéntate: te lavaré, peinaré y acicalaré; te cortaré el pelo y las uñas y te secaré los ojos.

Y cuando ya hubo terminado, volvió a llenarle la mochila de basura, y declaró:

—Ve y di al posadero que te devuelva el oro. De lo contrario, iré yo a buscarlo y tendrá que sustituirte en el trabajo de avivar el fuego.

Volvió Juan a la posada y dijo al dueño:

—Me robaste mi dinero. Por tanto, me lo devuelves o irás al infierno a ocupar mi puesto, y lo pasarás tan mal como yo lo pasé.

El posadero le devolvió el oro, y aún le añadió del propio, rogándole que no lo descubriese, con lo que Juan se marchó convertido en un hombre rico.

Camino de la casa de su padre, compróse una mala casaca de hilo y, mientras caminaba, entreteníase tocando música, arte que había aprendido en el infierno al lado del diablo.

El rey del país, que era viejo, se empeñó en que tocase delante de él, y le gustó tanto el concierto, que le ofreció la mano de su hija mayor. Pero al enterarse la princesa de que iban a casarla con aquel patán de casaca blanca, exclamó:

—¡Antes me arrojaría al agua!

Entonces el Monarca le dio a la hija menor, la cual lo aceptó por amor a su padre. Y de este modo el mugriento hermano del diablo se casó con la princesita y, al morir el anciano rey, heredó el trono.

Gachas dulces

Erase una vez una muchacha, tan pobre como piadosa, que vivía con su madre, y he aquí que llegaron a tal extremo en su miseria, que no tenían nada para comer.

Un día en que la niña fue al bosque, encontróse con una vieja que, conociendo su apuro, le regaló un pucherito al cual no tenía más que decir: «¡Pucherito, cuece!», para que se pusiera a cocer unas gachas dulces y sabrosísimas; y cuando se le decía: «¡Pucherito, párate!», dejaba de cocer.

La muchachita llevó el puchero a su madre, y así quedaron remediadas su pobreza y su hambre, pues tenían siempre gachas para hartarse.

Un día en que la hija había salido, dijo la madre: «¡Pucherito, cuece!», y él se puso a cocer, y la mujer se hartó. Luego quiso hacer que cesara de cocer, pero he aquí que se le olvidó la fórmula mágica.

Y así, cuece que cuece, hasta que las gachas llegaron al borde y cayeron fuera; y siguieron cuece que cuece, llenando toda la cocina y la casa, y luego la casa de al lado y la calle, como si quisieran saciar el hambre del mundo entero. El apuro era angustioso, pero nadie sabía encontrar remedio.

Al fin, cuando ya no quedaba más que una casa sin inundar, volvió la hija y dijo: «¡Pucherito, párate!». Y el puchero paró de cocer. Mas todo aquel que quiso entrar en la ciudad, hubo de abrirse camino a fuerza de tragar gachas.

El sol revelador

UN sastre vagaba por el mundo trabajando en su oficio. Estuvo una temporada sin encontrar trabajo, y llegó a tal extremo en su miseria, que no le quedaba ni un ochavo.

Encontróse en el camino a un judío y, creyendo que tendría mucho dinero, acalló la voz de su conciencia y, encarándose con él, le dijo:

—Dame tu bolsa o te mato.

—Perdóname la vida —imploró el judío—. Dinero no tengo; sólo llevo ocho cuartos.

—¡Tú tienes dinero —replicó el sastre—, y vas a soltarlo!

Y le pegó tan brutalmente que lo mató. Las últimas palabras del judío fueron:

—¡El sol lo sacará a la luz!

Y murió.

El sastre le revolvió los bolsillos en busca del dinero; pero sólo encontró los ocho cuartos, tal como le había dicho su víctima. Cargóse el cuerpo a cuestas, lo dejó entre unos matorrales y luego prosiguió su ruta.

Tras largas correrías llegó a una ciudad en la que encontró trabajo de su oficio. El patrón tenía una hermosa hija, de la cual se enamoró el mozo. Casáronse y vivieron un tiempo muy felices.

Al cabo de algunos años, cuando ya tenían dos hijos, murieron los suegros y los jóvenes quedaron dueños de la casa. Una mañana, hallándose el hombre sentado a la mesa junto a la ventana, su esposa le sirvió un café y, al verterlo él en el platillo y disponerse a beberlo, los rayos del sol fueron a dar en el líquido y se reflejaron en la pared, haciendo bailar sus manchas en ella.

Mirándolos el sastre, dijo:

—¡Sí, bien quisieras sacarlo a luz, pero no puedes!

Llena de curiosidad le preguntó su esposa:

—¿Qué es eso, marido mío? ¿Qué quieres decir?

Pero él respondió:

—Es una cosa que tú no puedes saber.

—Me lo dirías si me quisieras —insistió ella.

Y le aseguró, con grandes encarecimientos, que no lo revelaría a nadie; y ya no lo dejó en paz.

Entonces él le contó que, hacía muchos años, cuando todavía llevaba una vida errante, encontrándose una vez sin dinero, asesinó a un judío el cual, en los estertores de la agonía, exclamó: «¡El sol lo sacará a la luz!». Y he aquí que ahora el sol trataba de revelarlo al dibujar sus brillantes manchas en la pared; pero no lo conseguía. Luego recomendó con gran empeño a la mujer que no lo dijese a nadie, pues le iba la cabeza; y ella se lo prometió.

Pero no bien hubo vuelto el sastre a su trabajo, ella se fue a ver a su comadre y le confió el secreto, encareciéndole la discreción y el silencio; no obstante, al cabo de tres días lo supo la ciudad entera, y el sastre hubo de comparecer ante el tribunal y fue condenado a muerte. Y he aquí cómo el sol sacó a la luz aquel crimen.

La lámpara azul

ERASE un soldado que durante muchos años había servido lealmente a su rey. Al terminar la guerra, el mozo, que debido a las muchas heridas que recibiera no podía continuar en el servicio, fue llamado a presencia del Rey, el cual le dijo:

—Puedes marcharte a tu casa, ya no te necesito. No cobrarás más dinero, pues sólo pago a quien me sirve.

Y el soldado, no sabiendo cómo ganarse la vida, quedó muy preocupado y se marchó a la ventura.

Anduvo todo el día, y al anochecer llegó a un bosque. Divisó una luz en la oscuridad, y se dirigió a ella. Así llegó a una casa en la que habitaba una bruja.

—Dame albergue, y algo de comer y beber —pidióle— para que no me muera de hambre.

—¡Vaya! —exclamó ella—. ¿Quién da nada a un soldado perdido? No obstante, quiero ser compasiva y te acogeré, a condición de que hagas lo que voy a pedirte.

—¿Y qué deseas que haga? —preguntó el soldado.

—Que mañana caves mi huerto.

Aceptó el soldado, y el día siguiente estuvo trabajando con todo ahínco desde la mañana, y al anochecer aún no había terminado.

—Ya veo que hoy no puedes más; te daré cobijo otra noche; pero mañana deberás partirme una carretada de leña y astillarla en trozos pequeños.

Necesitó el mozo toda la jornada siguiente para aquel trabajo y, al atardecer, la vieja propúsole que se quedara una tercera noche.

—El trabajo de mañana será fácil —le dijo—. Detrás de mi casa hay un viejo pozo seco, en el que se me cayó la lámpara. Da una llama azul y nunca se apaga; tienes que subírmela.

Al otro día, la bruja lo llevó al pozo y lo bajó al fondo en un cesto. El mozo encontró la luz e hizo señal de que volviese a subirlo. Tiró ella de la cuerda y, cuando ya lo tuvo casi en la superficie, alargó la mano para coger la lámpara.

—No —dijo él, adivinando sus perversas intenciones—. No te la daré hasta que mis pies toquen el suelo.

La bruja, airada, lo soltó, precipitándolo de nuevo en el fondo del pozo, y allí lo dejó.

Cayó el pobre soldado al húmedo fondo sin recibir daño alguno y sin que la luz azul se extinguiese. ¿De qué iba a servirle, empero? Comprendió en seguida que no podría escapar a la muerte.

Permaneció tristemente sentado durante un rato. Luego, metiéndose al azar la mano en el bolsillo, encontró la pipa todavía medio cargada. «Será mi último gusto», pensó; la encendió en la llama azul y se puso a fumar.

Al esparcirse el humo por la cavidad del pozo, aparecióse de pronto un diminuto hombrecillo que le preguntó:

—¿Qué mandas, mi amo?

—¿Qué puedo mandarte? —replicó el soldado, atónito.

—Debo hacer todo lo que me mandes —dijo el enanillo.

—Bien —contestó el soldado—. En ese caso, ayúdame ante todo a salir del pozo.

El hombrecillo lo cogió de la mano y lo condujo por un pasadizo subterráneo, sin olvidar llevarse también la lámpara de luz azul. En el camino le fue enseñando los tesoros que la bruja tenía allí reunidos y ocultos, y el soldado cargó con todo el oro que pudo llevar.

Al llegar a la superficie dijo al enano:

—Ahora amarra a la vieja hechicera y llévala ante el tribunal.

Poco después veía pasar a la bruja, montada en un gato salvaje, corriendo como el viento y dando horribles chillidos. No tardó el hombrecillo en estar de vuelta:

—Todo está listo —dijo—, y la bruja cuelga ya de la horca. ¿Qué ordenas ahora, mi amo?

—De momento nada más —respondióle el soldado—. Puedes volver a casa. Estáte atento para comparecer cuando te llame.

—Pierde cuidado —respondió el enano—. En cuanto enciendas la pipa en la llama azul, me tendrás en tu presencia.

Y desapareció de su vista.

Regresó el soldado a la ciudad de la que había salido. Se alojó en la mejor fonda y se encargó magníficos vestidos. Luego pidió al fondista que le preparase la habitación más lujosa que pudiera disponer.

Cuando ya estuvo lista y el soldado establecido en ella, llamando al hombrecillo negro, le dijo:

—Serví lealmente al Rey y, en cambio, él me despidió condenándome a morir de hambre. Ahora quiero vengarme.

—¿Qué debo hacer? —preguntó el enanito.

—Cuando ya sea de noche y la hija del Rey esté en la cama, la traerás aquí dormida. La haré trabajar como sirvienta.

—Para mí eso es facilísimo —observó el hombrecillo—. Mas para ti es peligroso. Mal lo pasarás si te descubren.

Al dar las doce abrióse la puerta bruscamente, y se presentó el enanito cargado con la princesa.

—¿Conque eres tú, eh? —exclamó el soldado—. ¡Pues a trabajar, vivo! Ve a buscar la escoba y barre el cuarto.

Cuando hubo terminado, mandóla acercarse a su sillón y, alargando las piernas, dijo:

—¡Quítame las botas!

Y se las tiró a la cara, teniendo ella que recogerlas, limpiarlas y lustrarlas. La muchacha hizo sin resistencia todo cuanto le ordenó, muda y con los ojos entornados. Al primer canto del gallo, el enanito volvió a transportarla a palacio, dejándola en su cama.

Al levantarse a la mañana siguiente, la princesa fue a su padre y le contó que había tenido un sueño extraordinario:

—Me llevaron por las calles con la velocidad del rayo, hasta la habitación de un soldado, donde hube de servir como criada y efectuar las

faenas más bajas, tales como barrer el cuarto y limpiar botas. No fue más que un sueño y, sin embargo, estoy cansada como si de verdad hubiese hecho todo aquello.

—El sueño podría ser realidad —dijo el Rey—. Te daré un consejo: llénate de guisantes el bolsillo, y haz en él un pequeño agujero. Si se te llevan, los guisantes caerán y dejarán huella de tu paso por las calles.

Mientras el Rey decía esto, el enanito estaba presente invisible y lo oía. Por la noche, cuando la dormida princesa fue de nuevo transportada por él calles a través, cierto que cayeron los guisantes, pero no dejaron rastro, porque el astuto hombrecillo procuró sembrar otros por toda la ciudad. Y la hija del Rey tuvo que servir de criada nuevamente hasta el canto del gallo.

Por la mañana, el Rey despachó a sus gentes en busca de las huellas; pero todo resultó inútil, ya que en todas las calles veíanse chiquillos pobres ocupados en recoger guisantes, y que decían:

—Esta noche han llovido guisantes.

—Tendremos que pensar otra cosa —dijo el padre—. Cuando te acuestes, déjate los zapatos puestos; antes de que vuelvas de allí escondes uno; ya me arreglaré yo para encontrarlo.

El enanito negro oyó también aquellas instrucciones, y cuando al llegar la noche volvió a ordenarle el soldado que fuese por la princesa, trató de disuadirlo, manifestándole que contra aquella treta no conocía ningún recurso, y si encontraba el zapato en su cuarto lo pasaría mal.

—Haz lo que te mando —replicó el soldado.

Y la hija del Rey hubo de servir de criada una tercera noche. Pero antes de que se la volviesen a llevar, escondió un zapato debajo de la cama.

A la mañana siguiente mandó el Rey que se buscase por toda la ciudad el zapato de su hija. Fue hallado en la habitación del soldado el cual, aunque —aconsejado por el enano— hallábase en un extremo de la ciudad de la que pensaba salir, no tardó en ser detenido y encerrado en la cárcel.

Con las prisas de la huida se había olvidado de su mayor tesoro, la lámpara azul y el dinero; sólo le quedaba un ducado en el bolsillo. Cuando, cargado de cadenas, miraba por la ventana de su prisión, vio pasar a uno de sus compañeros. Llamólo golpeando los cristales y, al acercarse el otro, díjole:

—Hazme el favor de ir a buscarme el pequeño envoltorio que me dejé en la fonda; te daré un ducado a cambio.

Corrió el otro en busca de lo pedido, y el soldado, en cuanto volvió a quedar solo, apresuróse a encender la pipa y llamar al hombrecillo:

—Nada temas —dijo éste a su amo—. Ve adonde te lleven y no te preocupes. Procura sólo no olvidarte de la luz azul.

Al día siguiente celebróse consejo de guerra contra el soldado y, a pesar de que sus delitos no eran graves, los jueces lo condenaron a muerte. Al ser conducido al lugar de ejecución, pidió al Rey que le concediese una última gracia.

—¿Cuál? —preguntó el Monarca.

—Que se me permita fumar una última pipa durante el camino.

—Puedes fumarte tres —respondió el Rey—; pero no cuentes con que te perdone la vida.

Sacó el hombre la pipa, la encendió en la llama azul y, apenas habían subido en el aire unos anillos de humo, apareció el enanito con una pequeña tranca en la mano y dijo:

—¿Qué manda mi amo?

—Arremete contra esos falsos jueces y sus esbirros, y no dejes uno en pie, sin perdonar tampoco al Rey que con tanta injusticia me ha tratado.

Y ahí tenéis al enanito como un rayo, ¡zis, zas!, repartiendo estacazos a diestro y siniestro. Y a quien tocaba su garrote, quedaba tendido en el suelo sin osar mover ni un dedo. Al Rey le cogió un miedo tal que se puso a rogar y suplicar y, para no perder la vida, dio al soldado el reino y la mano de su hija.

El chiquillo testarudo

ERA un chiquillo en extremo obstinado, que jamás hacía lo que le mandaba su madre. Por eso, Dios Nuestro Señor no estaba contento de él y permitió que cayese enfermo. Y como ningún médico supo acertar el remedio a su dolencia, al poco tiempo estaba tendido sobre el lecho de muerte. Cuando lo bajaron a la sepultura y lo cubrieron de tierra, volvió a salir su bracito, y aunque lo doblaron poniendo más y más tierra encima, de nada sirvió; siempre volvía a asomar el bracito. Fue preciso que la propia madre fuese a la tumba y le diese unos golpes con su vara; sólo entonces se dobló, y el niño pudo descansar bajo la tierra.

Un ojito, dos ojitos y tres ojitos

ERASE una mujer que tenía tres hijas. La mayor se llamaba Un Ojito, porque tenía un solo ojo en medio de la frente; la segunda, Dos Ojitos, porque tenía dos, como todo el mundo; y la tercera, Tres Ojitos, pues tenía tres, uno de ellos en medio de la frente. Y como la segunda no se diferenciaba en nada de las demás personas, sus dos hermanas y su madre no podían sufrirla.

Decíanle:

—Con tus dos ojos no sobresales en nada de la gente ordinaria; no perteneces a nuestra clase.

Y, así, la rechazaban, obligándola a usar vestidos harapientos, y para comer no le daban más que las sobras; y, encima, la mortificaban cuanto podían.

Un día en que Dos Ojitos había salido al campo a apacentar la cabra, estaba sentada en el borde del camino llorando desconsoladamente, de tal forma que no parecía sino que de sus ojos manaran dos arroyos, pues sus hermanas no le habían dado de comer y se sentía muy hambrienta.

Al levantar un momento la mirada, vio a su lado a una mujer que le preguntó:

—Dos Ojitos, ¿por qué lloras?

Y respondió la muchachita:

—¿Cómo no he de llorar? Porque tengo dos ojos como todas las demás personas, mi madre y mis hermanas me aborrecen, me empujan de un rincón a otro, me echan prendas viejas y sólo me dan para comer lo que ellas dejan. Hoy me han dado tan poco, que el hambre me atormenta.

Díjole entonces el hada:

—Seca tus lágrimas, Dos Ojitos, voy a enseñarte unas palabras con las que ya no padecerás más hambre. Sólo tienes que decir lo siguiente dirigiéndote a tu cabra:

«Bala, cabrita;
cúbrete, mesita».

Y en seguida tendrás ante ti una mesa, primorosamente dispuesta con los más sabrosos manjares, y podrás comer hasta saciarte. Y cuando ya estés satisfecha y ya no necesites de la mesa, dirás:

«Bala, cabrita;
retírate, mesita».

Y desaparecerá en el acto de tu vista.

Y dicho esto, el hada se marchó. Dos Ojitos pensó: «Es cosa de probar en seguida si es cierto esto que me ha dicho, pues realmente me atormenta el hambre»; y exclamó:

«Bala, cabrita;
cúbrete, mesita».

Apenas hubo pronunciado estas palabras vio ante sí una mesita cubierta con un mantel blanquísimo, y encima, un plato con su cuchillo, tenedor y cuchara, todo de plata. Había también viandas magníficas, todavía humeantes, como si acabasen de salir de la cocina. Dos Ojitos rezó la oración más breve de cuantas sabía: «¡Dios mío, sé nuestro huésped por los siglos de los siglos, amén!». Se sirvió y comió con verdadera fruición.

Cuando ya estuvo satisfecha, dijo como le enseñara el hada:

«Bala, cabrita;
retírate, mesita».

Y en un santiamén desapareció la mesa con todo lo que había. «¡He aquí una manera cómoda de cocinar!», pensó Dos Ojitos, ya de muy buen humor.

Al regresar a su casa al anochecer con la cabra, encontró una escudilla de barro con algo de comida que le habían dejado las hermanas, pero no la tocó.

Al día siguiente marchóse de nuevo con la cabrita, sin hacer caso de los mendrugos que le habían puesto para el desayuno. Al principio, las hermanas no prestaron atención al hecho; pero, al repetirse, dijeron:

—Algo ocurre con Dos Ojitos. Siempre se deja la comida, cuando antes se zampaba todo lo que le dejábamos. De seguro que ha encontrado algún otro recurso.

Para averiguar lo que sucedía, convinieron en que Un Ojito la acompañaría a apacentar la cabra para espiar sus acciones y ver si alguien le traía comida y bebida.

Al marcharse Dos Ojitos, se le acercó la hermana mayor y le dijo:

—Iré al campo contigo; quiero saber si guardas bien la cabra y la llevas a buenos pastos.

Pero Dos Ojitos comprendió perfectamente el pensamiento de la otra y, conduciendo la cabra a un prado donde crecía alta hierba, dijo:

—Ven, Un Ojito, sentémonos aquí; te cantaré una canción.

Un Ojito estaba cansada de la caminata y del ardor del sol; sentóse, y su hermana se puso a cantarle:

«Un Ojito, ¿velas?
Un Ojito, ¿duermes?»

Repitiendo siempre las mismas palabras, hasta que la otra, cerrando su único ojo, se quedó dormida.

Al ver Dos Ojitos que su hermana dormía profundamente y no podría descubrirla, dijo:

«Bala, cabrita;
cúbrete, mesita».

Y, sentándose a la mesa, comió y bebió hasta quedar satisfecha. Luego volvió a decir:

«Bala, cabrita;
retírate, mesita».

Y todo desapareció en un momento. Dos Ojitos despertó entonces a su hermana y le dijo:

—Un Ojito, vienes para guardar la cabra y te duermes. El animalito podría haber dado la vuelta al mundo. Anda, volvamos a casa.

Y se marcharon; y Dos Ojitos dejó nuevamente intacta su cena. Pero Un Ojito no pudo decir a su madre el motivo de que su hermana se negase a comer. Disculpóse alegando que se había quedado dormida en el prado.

Al día siguiente dijo la madre a Tres Ojitos:

—Esta vez irás tú; fíjate bien si Dos Ojitos come allí, y si alguien le trae comida y bebida, pues es forzoso que coma y beba secretamente.

Acercóse Tres Ojitos a Dos Ojitos y le dijo:

—Iré contigo a ver si guardas bien la cabra y le das bastante hierba.

Pero Dos Ojitos se dio clara cuenta del propósito de su hermana menor. Condujo la cabra al prado y dijo:

—Sentémonos, Tres Ojitos, que te cantaré una canción.

Sentóse Tres Ojitos, cansada como se sentía del camino y de los ardores del sol, y Dos Ojitos volvió a entonar su cantinela:

«Tres Ojitos, ¿velas?»

Sólo que, sin darse cuenta, en vez de decir:

«Tres Ojitos, ¿duermes?»

Cantó:

«Dos Ojitos, ¿duermes?»

Repitiendo cada vez:

«Tres Ojitos, ¿velas?
Dos Ojitos, ¿duermes?»

Y a Tres Ojitos se le cerraron dos ojos, y se le quedaron dormidos; pero el tercero, a causa de la equivocación en el estribillo, permaneció despierto. Cierto que lo cerró la muchacha, mas por ardid, simulando que dormía con él también y así, abriéndolo disimuladamente, pudo verlo todo.

Cuando Dos Ojitos creyó que la otra dormía profundamente, pronunció su fórmula mágica:

«Bala, cabrita;
cúbrete, mesita».

Y después de saciar el hambre y la sed, hizo que la mesa se retirase:

«Bala, cabrita;
retírate, mesita».

Pero resultó que Tres Ojitos lo había presenciado todo. Acercósele Dos Ojitos y le dijo:

—¿Conque te dormiste, Tres Ojitos? ¡Vaya manera de guardar la cabra! Anda, volvámonos a casa.

Al llegar, Dos Ojitos renunció de nuevo a la cena, y Tres Ojitos dijo a la madre:

—Ya sé por qué esta orgullosa no come. Cuando, allá en el prado, dice a la cabra:

«Bala, cabrita;
cúbrete, mesita».

En seguida tiene ante sí una mesa con las viandas más sabrosas, mucho mejores de las que comemos nosotras; y cuando ya está harta, dice:

«Bala, cabrita;
retírate, mesita».

Y todo desaparece de nuevo. Lo he visto todo perfectamente. Con su canción hizo que se me durmiesen los dos ojos; más, por fortuna, se me quedó despierto el de la frente.

Llamando entonces la envidiosa madre a Dos Ojitos, la increpó diciéndole:

—¿Conque quieres pasarlo mejor que nosotras? ¡Pues voy a quitarte las ganas!

Y cogiendo un cuchillo lo clavó en el corazón de la cabra, matándola.

Dos Ojitos salió de su casa triste y desolada y, sentándose en la linde del campo, púsose a llorar amargas lágrimas.

Presentósele por segunda vez el hada, y le dijo:

—¿Por qué lloras, Dos Ojitos?

—¡Cómo no he de llorar! —respondió la muchacha—. Mi madre mató la cabra que todos los días, cuando le recitaba el verso que me enseñasteis, me ponía tan bien la mesa, y ahora tengo que padecer nuevamente hambre y privaciones.

Díjole el hada:

—Dos Ojitos, te daré un buen consejo: Pide a tus hermanas que te den la tripa de la cabra muerta, y entiérrala delante de la puerta de tu casa. Te traerá suerte.

Desapareció el hada y Dos Ojitos, regresando a su casa, dijo a las hermanas:

—Dadme un poco de la cabra, hermanas. No pido nada bueno; solamente la tripa.

Echáronse ellas a reír y le respondieron:

—Si no pides otra cosa, puedes quedarte con ella.

Y Dos Ojitos cogió la tripa, y aquella noche fue a enterrarla con el mayor sigilo delante de la puerta, según le recomendara el hada.

A la mañana siguiente, al despertarse todas y salir a la calle, quedaron maravilladas al ver un magnífico árbol que se alzaba ante la casa. Era un árbol prodigioso, con hojas de plata y frutos de oro. En el mundo entero no

se habría encontrado nada tan bello y precioso. Nadie sabía cómo había salido allí aquel árbol, de la noche a la mañana. Sólo Dos Ojitos sabía que brotó de la tripa de la cabra, pues se levantaba precisamente en el lugar donde ella la había enterrado.

Dijo la madre a Un Ojito:

—Sube, hija mía, a coger algunos de los frutos.

Trepó la muchacha a la copa; pero en cuanto trataba de alcanzar una de las doradas manzanas, la rama se le escapaba de las manos, repitiéndose la cosa todas las veces que intentó hacerse con un fruto.

Dijo entonces la madre:

—Tres Ojitos, sube tú; con tus tres ojos verás mejor que tu hermana.

Bajó Un Ojito y encaramóse Tres Ojitos; pero no fue más afortunada; por mucho que mirara a su alrededor, las manzanas de oro continuaron inasequibles.

Finalmente la madre, impacientándose, se subió ella misma al árbol. Pero no le fue mejor que a sus hijas. Cada vez que creía agarrar uno de los frutos, se encontraba con la mano llena de aire.

Dijo entonces Dos Ojitos:

—Probaré yo; quizá tenga mejor suerte.

Y aunque las hermanas la increparon:

—¡Qué quieres hacer tú con tus dos ojos!

Ella trepó a la copa, y las manzanas de oro ya no huyeron, sino que espontáneamente se dejaban caer en su mano. La muchacha pudo cogerlas una a una y, después de llenarse el delantal, bajó del árbol. La madre se las quitó todas, y Un Ojito y Tres Ojitos, en vez de dar mejor trato a su hermana, envidiosas al ver que sólo ella podía conseguir los frutos, se ensañaron con ella más aún que antes.

He aquí que hallándose un día todas al pie del árbol, vieron acercarse un joven caballero.

—¡Aprisa, Dos Ojitos! —exclamaron las hermanas—, métete ahí debajo, y así no tendremos que avergonzarnos de ti.

Y, precipitadamente, le echaron encima un barril vacío que tenían a mano, metiendo también las manzanas que Dos Ojitos acababa de coger.

Al llegar el caballero resultó ser un gallardo gentilhombre que, deteniéndose a admirar el magnífico árbol de oro y plata, dijo a las dos hermanas:

—¿De quién es este hermoso árbol? Por una de sus ramas daría cuanto me pidiesen.

Tres Ojitos y Un Ojito contestaron que el árbol les pertenecía, y que romperían una rama para dársela. Una y otra se esforzaron cuanto pudieron; pero todos sus intentos resultaron vanos, pues ramas y frutos las rehuían continuamente.

Dijo entonces el caballero:

—Es muy extraño que, perteneciéndoos el árbol, no podáis cortar una rama de él.

Pero ellas persistieron en afirmar que el árbol era suyo.

Mientras porfiaban, Dos Ojitos, desde el interior del barril, hizo rodar por debajo dos o tres manzanas de oro, que fueran a parar a los pies del caballero, pues la muchacha estaba enojada de que las otras no dijesen la verdad.

Al ver el forastero las manzanas, preguntó asombrado de dónde venían, y Tres Ojitos y Un Ojito le respondieron que tenían una hermana, pero que no la enseñaban porque sólo tenía dos ojos, como las personas vulgares.

El caballero quiso verla y gritó:

—¡Sal, Dos Ojitos!

La doncella, cobrando confianza, salió de debajo del barril, y el caballero admirado de su gran hermosura le dijo:

—Seguramente tú podrás cortarme una rama del árbol.

—Sí —replicó Dos Ojitos—, sin duda podré, pues el árbol es mío.

Y subiéndose a la copa, con gran facilidad quebró una rama, con sus hojas de plata y sus frutos de oro, y la entregó al forastero:

Dijo éste entonces:

—Dos Ojitos, ¿qué quieres a cambio?

—¡Ay! —respondió la muchacha—, aquí sufro hambre y sed, pesares y privaciones desde la mañana a la noche. Si quisieseis llevarme con vos y liberarme, sería feliz.

Subió el caballero a Dos Ojitos a la grupa de su caballo y la condujo al castillo de su padre, donde le proporcionó hermosos vestidos y comida en abundancia; y como la doncella era, en verdad, encantadora, enamoróse de ella y, a poco, se celebró la boda entre el mayor regocijo.

Al ver que el caballero se llevaba a Dos Ojitos, las dos hermanas sintieron gran envidia por su suerte, pero se consolaron pensando: «De todos modos, nos queda el árbol maravilloso, y aunque no podamos coger sus frutos, todos los que pasen por aquí se pararán a contemplarlo y llamarán a nuestra casa para expresarnos su admiración. ¡Quién sabe donde está nuestra fortuna!».

Pero, a la mañana siguiente, el árbol había desaparecido y, con él, sus esperanzas. Y cuando Dos Ojitos se asomó a la ventana de su nuevo aposento, con gran alegría vio que el árbol se levantaba delante de ella, pues la había seguido. La muchacha vivió feliz por mucho tiempo.

Un día se presentaron en el castillo dos pobres mujeres que pedían limosna, y Dos Ojitos, al verlas, reconoció a sus hermanas, las cuales habían llegado a tal extremo de miseria, que debían ir mendigando su pan de puerta en puerta. Dos Ojitos las acogió cariñosamente, las trató con gran bondad y las colmó de favores, por lo que las otras se arrepintieron de todo corazón de su mal proceder con su hermana.

Ballada

Los tres haraganes

UN rey tenía tres hijos, a los que quería por igual, por lo que no sabía a quién de ellos legar el trono a su muerte.

Al darse cuenta de que se acercaba su última hora, llamólos junto a su lecho y les dijo:

—Hijos míos muy queridos; he pensado una cosa y os la voy a decir. Heredará el trono aquel de los tres que sea más perezoso.

Dijo entonces el mayor:

—Padre, en ese caso, el reino me pertenece, pues soy tan perezoso que, cuando me acuesto, no me decido a cerrar los ojos para dormir, aunque me caiga una gota en ellos.

Habló, a su vez, el segundo:

—Padre, mío es el reino, pues es tal mi pereza que, cuando me siento junto al fuego para calentarme, antes me quemo los talones que retirar las piernas.

Y el tercero:

—Padre, yo digo que el trono es para mí, pues mi pereza es tal, que si fuesen a ahorcarme y, teniendo ya el nudo en torno al cuello, alguien me pusiera en la mano un cuchillo afilado para cortar la cuerda, antes dejaría que me colgasen que levantar la mano hasta la cuerda.

Al oír esto, el padre dijo:

—Tú eres el que ha llevado la cosa más lejos. Por consiguiente, tú serás el Rey.

La novia blanca y la novia negra

UNA mujer estaba en el prado cortando hierba con su hija y su hijastra. Se les presentó Dios Nuestro Señor en figura de mendigo y les preguntó:

—¿Cuál es el camino que lleva al pueblo?

—Si queréis saberlo —respondióle la madre—, buscadlo vos mismo.

Y la hija añadió:

—Si tenéis miedo a perderos, llevad un guía.

Pero la hijastra dijo:

—Pobre hombre, yo os acompañaré. Venid conmigo.

Enojóse Nuestro Señor con la madre y la hija y, al volverles la espalda, las maldijo condenándolas a ser negras como la noche y feas como el pecado. En cambio, se mostró piadoso con la pobre hijastra y, al llegar con ella cerca del pueblo, la bendijo diciéndole:

—Elige tres gracias y te las concederé.

Respondió la muchacha:

—Quisiera ser hermosa y pura como el sol —e inmediatamente quedó blanca y bella como la luz del día—. En segundo lugar quisiera tener un bolso de dinero que nunca se vaciase.

Y Nuestro Señor se lo dio, advirtiéndole:

—No te olvides de lo mejor.

Y respondió ella:

—Como tercera gracia pido la gloria del cielo para después de mi muerte.

Otorgósela también Nuestro Señor y se despidió de ella.

Cuando, al llegar a casa, la madre vio que ella y su hija eran negras como el carbón y horriblemente feas, mientras que la hijastra era blanca y

hermosa, la perversidad de su corazón creció todavía, y ya no tuvo más afán que el de atormentar a la muchacha. Pero ésta tenía un hermano, llamado Reginer, a quien quería en extremo, y le contó lo sucedido.

Entonces le dijo Reginer:

—Hermana mía, quiero hacerte un retrato para tenerte constantemente ante mi vista, pues te quiero tanto que quisiera estar viéndote en todo momento.

—Bien —le contestó ella—, pero te ruego que no muestres el retrato a nadie.

Pintó él a su hermana y colgó el cuadro en su habitación del palacio real, pues servía en él de cochero. Todos los días se paraba a contemplarlo, y daba gracias a Dios por haberle concedido tal hermana.

Sucedió que el Rey, a cuyo servicio estaba el mozo, había perdido a su esposa, la cual había sido tan hermosa que no se encontraba otra igual, y aquella pérdida tenía sumido al Monarca en honda tristeza.

Los criados de palacio, al observar que el cochero se pasaba largos ratos absorto en la contemplación de su hermoso cuadro, llenos de envidia lo delataron al Rey. Éste mandó que le trajesen el retrato, y al ver su parecido con su difunta esposa y que la superaba aún en belleza, se enamoró perdidamente de la muchacha representada en el cuadro.

Llamó al cochero y le preguntó de quién era el retrato; el mozo le dijo que era su hermana. Entonces decidió el Rey que se casaría con ella y con ninguna otra y, dando al cochero una carroza y caballos, así como magníficos vestidos de oro, lo envió en busca de su elegida.

Al llegar Reginer con la embajada, su hermana sintió una gran alegría, pero la negra hermanastra, celosa de su fortuna, irritóse en extremo y dijo a su madre:

—¿De qué me sirven todas vuestras artes si no sois capaz de proporcionarme una suerte así?

—Tranquilízate —respondió la vieja—, ya cuidaré de tu felicidad.

Y con sus brujerías enturbió los ojos del cochero, hasta dejarlo medio ciego, mientras volvía medio sorda a su hijastra.

Subieron luego al coche, primero la novia, con sus espléndidos vestidos reales, después la madrastra y su hija, mientras Reginer ocupaba el

pescante.

Al cabo de un rato de marcha, dijo el cochero:

«Tápate, hermanita;
no te moje la lluvia
ni te cubra de polvo el viento,
para presentarte hermosa ante el Rey».

Preguntó la novia:

—¿Qué dice mi querido hermano?

—¡Ay! —replicó la vieja—, ha dicho que te quites el vestido dorado y lo des a tu hermana.

Quitóselo ella y lo pasó a la negra, la cual le entregó su ordinaria blusa gris. Y prosiguieron hasta que, poco tiempo después, volvió a decir el hermano:

«Tápate, hermanita;
no te moje la lluvia
ni te cubra de polvo el viento,
para presentarte hermosa ante el Rey».

Preguntó la novia:

—¿Qué dice mi querido hermano?

—¡Ay! —respondió la vieja—, ha dicho que te quites la dorada cofia y la des a tu hermana.

Quitóse ella la cofia y la pasó a la negra, quedándose ella destocada. Y siguieron adelante, hasta que transcurrido otro rato, repitió el hermano:

«Tápate, hermanita;
no te moje la lluvia
ni te cubra de polvo el viento,
para presentarte hermosa ante el Rey».

Preguntó la novia:

—¿Qué dice mi querido hermano?

—¡Ay! —respondió la vieja—, ha dicho que te asomes a la ventanilla del coche.

En aquel momento estaban cruzando un puente, tendido sobre un profundo río. Al levantarse la muchacha y asomarse por la ventana, las otras dos le dieron un empujón y la arrojaron al agua. Al hundirse en el lecho del río, levantóse de su superficie un pato blanco como la nieve, que se puso a nadar siguiendo la corriente.

El hermano no había visto nada de lo sucedido y siguió conduciendo el coche hasta llegar a palacio. Presentó al Rey la muchacha negra, confundiéndola con su hermana, pues estaba medio ciego y sólo veía el brillo del vestido.

Al contemplar el Rey la extrema fealdad de su presunta novia, enojóse sobremanera y ordenó que echasen al cochero a un foso lleno de víboras y otras alimañas ponzoñosas. La vieja bruja, empero, supo con sus malas artes deslumbrar al Rey hasta el punto de que no solamente las toleró a su lado a ella y a su hija, sino que incluso acabó casándose con ésta.

Un atardecer en que la negra esposa estaba sentada sobre las rodillas del Rey, llegó nadando al fregadero de la cocina un pato blanco y dijo al pinche:

«Jovencito, enciende fuego,
para que pueda calentarme luego».

Hízolo así el mozo y encendió fuego en el hogar. El pato se acercó, sacudióse y se alisó las plumas con el pico; y, mientras así se acicalaba, preguntó:

«¿Qué hace mi hermano Reginer?»

Contestó el pinche:

«Yace en una cárcel tenebrosa,
entre víboras de lengua ponzoñosa».

Siguió el ave preguntando:

«¿Qué hace la bruja negra en la casa?»

Y respondió el mozo:

«En brazos del Rey reposa;
del Rey, de quien es la esposa».

Exclamó el pato:

«¡Dios tenga piedad!»

Y nadando, se alejó del fregadero.

Volvió al anochecer del siguiente día, repitiendo las mismas preguntas, y lo mismo el día tercero. El ayudante de cocina, incapaz de callarse por más tiempo, fue a dar cuenta al Rey de lo que sucedía. Éste quiso cerciorarse por sí mismo, y aquella noche bajó a la cocina.

Cuando el pato asomó la cabeza por el fregadero, se la cortó en redondo de un sablazo, y en el mismo instante quedó transformado en la bellísima doncella del retrato que su hermano había pintado. Tuvo el Rey una inmensa alegría, y como la muchacha estaba completamente mojada, mandó traer ropas preciosas y vestirla con ellas.

Entonces la joven le contó como había sido víctima de la falacia y la traición de los suyos, que habían acabado arrojándola al río; y lo primero que pidió fue la libertad de su hermano.

Fue sacado éste del foso de las serpientes y luego el Rey, dirigiéndose al aposento ocupado por la bruja, preguntó a ésta: «¿Qué merece quien haya hecho tal y tal cosa?», diciéndole de lo que se trataba. Estaba la vieja tan ofuscada que, sin caer en la cuenta, respondió:

—Merece que se le encierre desnuda en un barril erizado de clavos, se enganche un caballo al barril y se lance el animal al trote.

La sentencia se cumplió en ella y en su negra hija, mientras el Rey se desposaba con la blanca y bellísima muchacha, y recompensaba a su fiel

hermano, colmándolo de riquezas y honores.

Los tres cirujanos

VIAJABAN por esos mundos tres cirujanos castrenses, que creían conocer muy bien su profesión, y entraron a pasar la noche en una posada.

Preguntóles el posadero de dónde venían y adónde se dirigían.

—Vamos por el mundo ejerciendo nuestro arte —respondieron.

—Mostradme, pues, de lo que sois capaces —dijo el patrón.

El primero dijo que se cortaría la mano, y a la mañana siguiente volvería a unirla al brazo y quedaría curado. El segundo se comprometió a sacarse el corazón y volvérselo a poner por la mañana; y el tercero dijo que se sacaría los ojos, y a la siguiente mañana los devolvería a su lugar.

—Si en realidad hacéis lo que decís es que, en efecto, conocéis vuestra profesión —observó el posadero.

Y es que los tres cirujanos tenían una pomada capaz de curar cualquier herida; y llevaban siempre consigo un frasco de ella.

Cortáronse pues la mano, el corazón y los ojos, respectivamente, tal y como habían dicho y, depositándolos en un plato, lo entregaron al fondista el cual, a su vez, lo pasó a una criada para que lo guardase cuidadosamente en el armario.

Pero la criada tenía, de escondidas, un novio que era soldado. Cuando el dueño, los tres cirujanos y todos los huéspedes se hubieron acostado, llegó el muchacho y pidió algo de comer, y la criada, abriendo el armario de la despensa, le sirvió una cena; y con la alegría de verse al lado de su novio, y poder charlar con él, olvidóse de cerrar el armario.

Mientras estaba tan contenta con su soldadito, sin pensar en que podría ocurrirle nada malo, el gato se deslizó furtivamente en la cocina y,

encontrando abierta la puerta del armario, hízose con la mano, el corazón y los ojos de los cirujanos y se escapó con ellos.

Una vez cenado el soldadito, la sirvienta quitó la mesa y, al disponerse a cerrar el armario, se dio cuenta de que estaba vacío el plato que le entregara el dueño para guardarlo.

—¡Desdichada de mí! ¿Y cómo me las arreglo ahora? —exclamó muy asustada—. Han desaparecido la mano, el corazón y los ojos. ¡La que me espera mañana!

—No te preocupes —le dijo el soldado—; yo voy a arreglarlo. Ahí fuera, en la horca, hay colgado un ladrón. Le cortaré una mano. ¿Cuál era?

—La derecha.

Diole la muchacha un afilado cuchillo, y el hombre se fue a cortar la mano del condenado. A continuación, cogió al gato y le sacó los ojos, y ya sólo faltaba el corazón.

—¿No habéis matado un cerdo y guardáis la carne en la bodega?

—Sí —respondió la sirvienta.

—Pues no hace falta más —dijo el soldado.

Bajó a la bodega y trajo el corazón del cochino. La muchacha lo puso todo en el plato y lo colocó en el armario, y cuando el novio se hubo despedido, acostóse tranquilamente.

Por la mañana, al levantarse los cirujanos pidieron a la criada que les trajese el plato con la mano, el corazón y los ojos. Hizo ella lo que le pedían, y el primero se aplicó la mano del ladrón. Y, por efecto de la milagrosa pomada quedó, en el acto, adherida al brazo. Los otros dos se quedaron, respectivamente, con el corazón del cerdo y los ojos del gato.

El posadero, que había asistido a la operación, maravillóse de su arte y declaró que jamás había visto prodigio semejante, y que los encomiaría y recomendaría en todas partes. Ellos pagaron el hospedaje y se marcharon.

Durante el camino, el del corazón de cerdo, tan pronto como encontraba un rincón se iba directamente a hozar en él, como es costumbre de los cerdos. Sus compañeros hacían lo posible por retenerlo, cogiéndolo por los faldones de la guerrera; pero todo era inútil; él se soltaba, para precipitarse a los lugares más sucios. También el segundo se sentía algo extraño y, frotándose los ojos, decía al primero:

—¿Qué pasa, compañeros? Estos ojos no son los míos. No veo nada; guíame para que no me caiga.

Y así continuaron, con penas y trabajos, hasta la noche, en que llegaron a otra posada.

Entraron juntos en la sala general, y vieron a un hombre muy rico que estaba contando dinero en la mesa de una esquina. El de la mano del ladrón dio unas vueltas frente a él, estiró dos o tres veces el brazo y, en un momento en que el hombre se volvió, metió mano en el dinero y se llevó un buen puñado.

Violo el segundo y le dijo:

—¿Qué haces, compañero? No debes robar. ¡Qué vergüenza!

—No he podido evitarlo —respondió el otro—. Me tira la mano y me fuerza a cogerlo, quiera o no.

Fuéronse luego a dormir, y la habitación estaba tan oscura que no se veía nada a dos dedos de distancia cuando, de repente, el de los ojos de gato despertó a sus compañeros exclamando:

—Hermanos, ¿no veis esos ratoncitos blancos que corren por ahí?

Incorporáronse los otros dos, pero no vieron nada; y entonces, dijo él:

—Algo nos ocurre a los tres. Seguro que no nos devolvieron lo nuestro. Tenemos que volver a la otra posada, en la que nos engañaron.

A la mañana siguiente desandaron el camino de la víspera y dijeron al hostelero que no les habían devuelto las partes de su cuerpo que les pertenecían. El uno había recibido la mano de un ladrón; el segundo, los ojos de un gato, y el tercero, un corazón de cerdo.

Disculpóse el posadero diciendo que debía ser cosa de la criada. Pero ésta, al ver regresar a los tres, huyó por la puerta trasera y no volvió a aparecer por aquellos lugares. Entonces los tres amigos le exigieron que los compensase con una fuerte cantidad de dinero, amenazándolo con incendiar su casa. El hombre les dio cuanto poseía y algo más que logró reunir, y los tres marcharon con lo necesario para el resto de su vida. Pero la verdad es que hubieran preferido recobrar lo que les pertenecía.

Los tres operarios

RANSE tres compañeros de oficio que habían convenido correr el mundo juntos y trabajar siempre en una misma ciudad. Llegó un momento, empero, en que sus patronos apenas les pagaban nada, por lo que se encontraron al cabo de sus recursos y no sabían de qué vivir.

Dijo uno:

—¿Cómo nos arreglaremos? No es posible seguir aquí por más tiempo. Tenemos que marcharnos, y si no encontramos trabajo en la próxima ciudad, nos pondremos de acuerdo con el maestro del gremio para que cada cual le escriba comunicándole el lugar en que se ha quedado; así podremos separarnos con la seguridad de que tendremos noticias los unos de los otros.

Los demás convinieron en que esta solución era la más acertada, y se pusieron en camino.

A poco se encontraron con un hombre, ricamente vestido, que les preguntó quiénes eran.

—Somos operarios que buscamos trabajo. Hasta ahora hemos vivido juntos, pero si no hallamos acomodo para los tres, nos separaremos.

—No hay que apurarse por eso —dijo el hombre—. Si os avenís a hacer lo que yo os diga, no os faltará trabajo ni dinero. Hasta llegaréis a ser grandes personajes, e iréis en coche.

Respondió uno:

—Estamos dispuestos a hacerlo, siempre que no sea en perjuicio de nuestra alma y de nuestra salvación eterna.

—No —replicó el desconocido—, no tengo interés alguno en ello.

Pero uno de los mozos le había mirado los pies y observó que tenía uno de caballo y otro de hombre, por lo cual no quiso saber nada de él.

Mas el diablo declaró:

—Estad tranquilos. No voy a la caza de vuestras almas, sino de otra que es ya mía en una buena parte, y sólo falta que colme la medida.

Ante esta seguridad aceptaron la oferta, y el diablo les explicó lo que quería de ellos. El primero contestaría siempre de esta forma a todas las preguntas: «Los tres»; el segundo: «Por dinero», y el último: «Era justo». Debían repetirlas siempre por el mismo orden, absteniéndose de pronunciar ninguna palabra más. Y si infringían el mandato, se quedarían inmediatamente sin dinero, mientras que si lo cumplían, tendrían siempre los bolsillos llenos.

De momento les dio todo el que podían llevar ordenándoles que, al llegar a la ciudad, se dirigiesen a una determinada hospedería cuyas señas les dio.

Hiciéronlo ellos así, y salió a recibirlos el posadero preguntándoles:

—¿Queréis comer?

A lo cual respondió el primero:

—Los tres.

—Desde luego —respondió el hombre—; ya me lo suponía.

Y el segundo añadió:

—Por dinero.

—¡Naturalmente! —exclamó el dueño.

Y el tercero:

—Y era justo.

—¡Claro que es justo! —dijo el posadero.

Después que hubieron comido y bebido bien, llegó el momento de pagar la cuenta, que el dueño entregó a uno de ellos.

—Los tres —dijo éste.

—Por dinero —añadió el segundo.

—Y era justo —acabó el tercero.

—Desde luego que es justo —dijo el dueño—; pagan los tres, y sin dinero no puedo dar nada.

Ellos le abonaron más de lo que les pedía y, al verlo, los demás huéspedes exclamaron:

—Esos individuos deben de estar locos.

—Sí, lo están —dijo el posadero—; les falta un tornillo.

De este modo permanecieron varios días en la posada, sin pronunciar más palabras que:

«Los tres», «Por dinero», «Era justo». Pero veían y sabían lo que allí pasaba.

He aquí que un día llegó un gran comerciante con mucho dinero, y dijo al dueño:

—Señor posadero, guardadme esta cantidad, pues hay ahí tres obreros que me parecen muy raros y temo que me roben.

Llevó el posadero la maleta del viajero a su cuarto, y se dio cuenta de que estaba llena de oro. Entonces asignó a los tres compañeros una habitación en la planta baja, y acomodó al mercader en una del piso alto.

A medianoche, cuando vio que todo el mundo dormía, entró con su mujer en el aposento del comerciante y lo asesinó de un hachazo. Cometido el crimen, fueron ambos a acostarse.

A la mañana siguiente, se produjo una gran conmoción en la posada al ser encontrado el cuerpo del mercader muerto en su cama, bañado en sangre. El dueño dijo a todos los huéspedes, que se habían congregado en el lugar del crimen:

—Esto es obra de esos tres estrambóticos obreros.

Lo cual fue confirmado por los presentes, que exclamaron:

—Nadie pudo haberlo hecho sino ellos.

El dueño los mandó llamar y les preguntó:

—¿Habéis matado al comerciante?

—Los tres —respondió el primero.

—Por dinero —añadió el segundo.

—Y era justo —dijo el último.

—Ya lo habéis oído —dijo el posadero—. Ellos mismos lo confiesan.

En consecuencia, fueron conducidos a la cárcel, en espera de ser juzgados. Al ver que la cosa iba en serio, entróles un gran miedo; mas por la noche se les presentó el diablo y les dijo:

—Aguantad aún otro día y no echéis a perder vuestra suerte. No os tocarán un cabello de la cabeza.

A la mañana siguiente comparecieron ante el tribunal, y el juez procedió al interrogatorio:

—¿Sois vosotros los asesinos?

—Los tres.

—¿Por qué matasteis al comerciante?

—Por dinero.

—¡Bribones! —exclamó el juez—. ¿Y no habéis retrocedido ante el crimen?

—Era justo.

—Han confesado y siguen contumaces —dijo el juez—. Que sean ejecutados en seguida.

Fueron conducidos al lugar del suplicio, y el posadero figuraba entre los espectadores. Cuando los ayudantes del verdugo los habían subido al patíbulo, donde el ejecutor aguardaba con la espada desnuda, de pronto se presentó un coche tirado por cuatro caballos alazanes, lanzados a todo galope. Y, desde la ventanilla, un personaje envuelto en una capa blanca venía haciendo signos.

Dijo el verdugo:

—Llega el indulto.

Y, en efecto, desde el coche gritaban: «¡Gracia! ¡Gracia!». Saltó del coche el diablo, en figura de noble caballero magníficamente ataviado, y dijo:

—Los tres sois inocentes. Ya podéis hablar. Decid lo que habéis visto y oído.

Y dijo entonces el mayor:

—Nosotros no asesinamos al comerciante. El culpable está entre los espectadores —y señaló al posadero—. Y en prueba de ello, que vayan a la bodega de su casa, donde encontrarán otras muchas víctimas.

Fueron enviados los alguaciles a comprobar la verdad de la acusación, y cuando lo hubieron comunicado al juez, éste ordenó que fuese decapitado el criminal.

Dijo entonces el diablo a los tres compañeros.

—Ahora ya tengo el alma que quería. Quedáis libres, y con dinero para toda vuestra vida.

El príncipe intrépido

ERASE una vez el hijo de un rey, que estaba cansado de vivir en el palacio paterno, y como no conocía el miedo pensó: «Quiero salir a correr mundo. Así no me aburriré, ni se me hará largo el tiempo, y veré cosas maravillosas».

Despidióse de su padre y se puso en camino, andando incansablemente de la mañana a la noche, sin preocuparse del sitio a que lo llevara la ruta.

Es el caso que fue a parar frente a la casa de un gigante y, sintiéndose muy cansado, sentóse a reposar junto a la puerta. Y, al pasear la mirada en derredor, vio unos juguetes en el patio de la casa; eran unos enormes bolos del tamaño de un hombre.

Entráronle deseos de probarlos y, colocando los palos en posición, se puso a lanzar los bolos, prorrumpiendo en gritos y exclamaciones cada vez que acertaba; y se divertía de lo lindo.

Oyendo el gigante el ruido, asomó la cabeza por la ventana y vio aquel hombrecillo, no mayor que los demás de su especie, que jugaba con sus bolos.

—¡Renacuajo! —le gritó—. ¿Cómo puedes jugar con mis hijos? ¿De dónde has sacado la fuerza?

Levantó la mirada el príncipe y, al ver al gigante, le dijo:

—¡Zoquete! ¿Piensas que sólo tú tienes brazos fuertes? Yo hago todo lo que se me antoja.

Bajó el gigante y estuvo un rato contemplando admirado cómo manejaba el príncipe los bolos, y luego dijo:

—Hombrecillo, si eres capaz de lo que dices, ve a buscarme una manzana del Árbol de la Vida.

—¿Y para qué la quieres? —preguntó el príncipe.

—No es para mí —respondióle el gigante—; pero tengo una novia que me la reclama. He recorrido buena parte del mundo sin poder dar con el árbol.

—Pues yo lo encontraré —afirmó el príncipe—. Y nada me impedirá coger la manzana.

Dijo el gigante:

—¿Crees que es tan fácil? El jardín donde crece el árbol está rodeado de una verja de hierro, delante de la cual hay muchas fieras, colocadas una al lado de la otra, que la guardan y no permiten que nadie pase.

—A mí me dejarán pasar —dijo el doncel.

—Pero aun suponiendo que logres entrar en el jardín y veas la manzana colgando del árbol, todavía no podrás decir que sea tuya. Delante de ella hay una argolla, por la que has de pasar la mano si quieres alcanzar y coger la manzana; y esto no lo ha conseguido nadie hasta ahora.

—Pues yo lo conseguiré —dijo el príncipe.

Despidióse del gigante y, atravesando montes y valles, campos y bosques, no se detuvo hasta haber encontrado el jardín maravilloso. Las fieras lo rodeaban, efectivamente; pero tenían la cabeza gacha y dormían. No se despertaron a su llegada y él, pasando por encima, trepó a la verja y saltó sin contratiempo del lado opuesto.

En el centro del jardín se alzaba el Árbol de la Vida, y las coloradas manzanas pendían de sus ramas. Encaramóse al tronco, y al intentar coger uno de los frutos vio que colgaba delante de cada uno un anillo; pasó por él la mano sin dificultad, y cortó la manzana. El anillo se contrajo y se apretó en su brazo, y el príncipe sintió, al mismo tiempo, que en sus venas se infundía una fuerza prodigiosa.

Bajado que hubo del árbol, ya no quiso saltar la verja como a la ida, sino que se dirigió hacia la enorme puerta, y a la primera sacudida se le abrió con un fuerte crujido. Salió, y el león que vigilaba, despierto ya, se le acercó de un salto, pero sin fiereza, sino manso y rendido, reconociéndolo como su señor.

El príncipe llevó al gigante la prometida manzana y le dijo:

—¿Ves? La he obtenido sin dificultad.

El gigante, contento al ver su deseo tan pronto satisfecho, corrió a entregar la manzana a su novia.

Era ésta una doncella tan hermosa como inteligente, y al no ver el anillo en su brazo, le dijo:

—No creeré que tú hayas conseguido la manzana, hasta que vea el anillo ciñéndote el brazo.

A lo cual replicó el gigante:

—No tengo más que ir a buscarlo a casa.

Pensando que le sería fácil arrebatárselo a aquel frágil hombrecillo, en el caso de que se negase a entregárselo voluntariamente.

Fue, pues, a pedírselo; mas el príncipe no se lo quiso dar.

—Donde está la manzana debe estar también el anillo —dijo el gigante —. O me lo das por las buenas, o tendrás que luchar conmigo.

Y entablaron una larga pelea sin que el gigante pudiese vencer al hijo del Rey, fortalecido por la fuerza mágica del anillo.

Acudió entonces el gigante a la astucia, diciendo:

—Me he acalorado con la lucha, y tú también. Vamos a bañarnos al río para refrescarnos antes de reanudar el combate.

El príncipe, que no entendía de perfidias, se fue con él al río y, después de quitarse las ropas, y con ellas el anillo, se echó al agua.

Inmediatamente el gigante se apoderó del anillo y emprendió la fuga. Pero el león, que había presenciado el robo, lo persiguió, se lo arrancó de la mano y lo devolvió a su dueño.

Entonces el gigante fue a ocultarse detrás de un roble, y cuando vio a su adversario ocupado vistiéndose, lo atacó a traición y le sacó los ojos. Y, así, el príncipe quedó ciego, indefenso y desvalido.

Volviendo luego el gigante y cogiéndolo de la mano como si quisiera guiarlo, lo condujo a la cima de una altísima roca, donde lo dejó pensando: «Unos pasos más y se despeñará. Cuando esté muerto podré quitarle el anillo». Pero el fiel león no había abandonado a su amo, y al llegar al precipicio lo sujetó por el vestido y lo hizo retroceder poco a poco.

Al presentarse el gigante con propósito de despojar al muerto, se dio cuenta de que su ardid había resultado inútil. «¿No hay, pues, modo de acabar con esta criatura tan débil?», se dijo irritado, y condujo nuevamente

al príncipe al abismo por otro camino. Mas el león, observando sus pérfidos propósitos, salvó también esta vez a su señor del peligro.

Cuando ya se hallaban muy cerca del despeñadero y el gigante soltó al ciego para que siguiese solo, el animal dio un empellón al monstruo y lo precipitó en el fondo de la cima, donde quedó destrozado.

El fiel animal volvió a apartar a su amo de aquel peligroso lugar, guiándolo hasta un árbol junto al cual fluía un límpido riachuelo. Sentóse allí el príncipe, y el león, echándose y metiendo la garra en el agua, le roció con ella el rostro.

Apenas unas gotas le tocaron las órbitas divisó una tenue luz y vislumbró un pajarillo que volaba muy cerca y chocaba contra el tronco de un árbol; luego se sumergió en el riachuelo y, volviendo a salir, emprendió raudo vuelo pasando entre los árboles, pero sin tocarlos, como si hubiese recobrado la vista.

Comprendiendo el príncipe la advertencia de Dios, bajó hasta el agua, se lavó y bañó la cara en ella y, al incorporarse, tenía otra vez sus ojos límpidos y claros como nunca los había tenido.

Dio el príncipe gracias a Dios por la gran merced que acababa de otorgarle y, seguido de su fiel león, reanudó su viaje.

Un día llegó ante un palacio encantado, a cuya puerta hallábase de pie una doncella de esbelta figura y lindo rostro, pero de tez negra como azabache.

Dirigiéndose al joven, le dijo:

—¡Ah, si pudieses redimirme del triste hechizo de que soy víctima!

—¿Qué debo hacer? —preguntó el muchacho.

Y ella le respondió:

—Debes pasar tres noches en la gran sala de este palacio encantado, pero sin permitir que el miedo se apodere de tu corazón. Te harán víctima de los peores tormentos; pero si resistes sin proferir un grito, quedaré desencantada. La vida, no te la quitarán.

Dijo entonces el príncipe:

—No tengo miedo. Intentaré la empresa con la ayuda de Dios.

Entró alegremente en el palacio y, al llegar la noche, instalóse en el gran salón, en espera de lo que viniere. Hasta medianoche reinó un silencio

absoluto; pero a aquella hora se oyó, de repente, un gran estruendo, y de todas las esquinas y rincones entraron en la estancia una legión de diminutos diablillos.

Haciendo como que no lo veían, sentáronse en el centro de la habitación, encendieron fuego y se pusieron a jugar. Cuando uno perdía, exclamaba:

—Esto no marcha como debe; hay alguien aquí que no es de los nuestros y que tiene la culpa de que yo pierda.

—Aguarda, tú, que estás detrás de la estufa.

—Voy a buscarte —dijo otro.

El alboroto se intensificaba por momentos, y llegó a ser tal, que nadie hubiera podido oírlo sin asustarse. Sin embargo, el príncipe seguía tranquilamente sentado, sin sentir miedo alguno. Pero, al fin, los diablos, levantándose de un salto, arremetieron contra él, en tan gran número, que el príncipe no pudo defenderse. Echándolo brutalmente al suelo, pusiéronse a atormentarlo, pinchándolo, golpeándolo y martirizándolo de mil maneras; pero él aguantó impávido, sin dejar oír una queja.

Al amanecer desaparecieron, dejándolo tan exhausto que apenas podía mover los miembros. Al despuntar el día entró en la sala la doncella negra, llevando un frasquito en la mano. Contenía agua de vida, y lo lavó con ella, desapareciendo al momento todo dolor y sintiendo el príncipe que una nueva fuerza circulaba por sus venas.

Díjole la muchacha:

—Has resistido bien una noche; pero aún te quedan dos por delante.

Y se alejó, observando entonces el mozo que los pies se le habían vuelto blancos.

A la noche siguiente volvieron los demonios y reanudaron el juego. Después se lanzaron sobre él, maltratándolo mucho más cruelmente aún que la víspera, de tal modo que le dejaron con el cuerpo lleno de heridas. Él, empero, lo resistió valientemente, y al clarear el alba apareció de nuevo la doncella, provista del agua milagrosa, con la que lo curó completamente. Y al retirarse vio el príncipe con gran placer que la piel de la muchacha se había vuelto blanca hasta las puntas de los dedos.

Quedábale una noche de tormento, y fue la peor. Llegó el tropel de diablos:

—¿Todavía estás aquí? —le gritaron—. Pues vas a pasarla tan negra, que perderás el resuello.

Y lo punzaron, golpearon y arrojaron de un lado a otro, tirándole de brazos y piernas como para arrancárselos. Mas él lo sufrió todo sin exhalar un suspiro. Por fin, desaparecieron los demonios, dejándolo sin sentido, como muerto. Ni siquiera pudo levantar la mirada cuando, presentándose la doncella con el agua de vida, lo humedeció y roció con ella. Al momento se sintió libre de todo dolor, y fresco y sano como si despertase de un sueño. Y al abrir los ojos vio junto a sí a la doncella, blanca como la nieve y hermosa como la luz del día.

—Levántate —le dijo la muchacha—. Blande por tres veces tu espada encima de la escalera, y todo quedará desencantado.

Y en cuanto lo hubo realizado, quedó todo el palacio libre del hechizo, y la doncella convertida en una rica princesa. Entraron los criados a anunciar que en el gran salón estaba puesta la mesa y servida la comida. Comieron y bebieron, y aquella misma noche se celebró la boda en medio del general regocijo.

La lechuga prodigiosa

ERASE una vez un cazador que se fue al bosque para dirigirse a su paranza. Marchaba con el corazón alegre y lozano, y avanzaba silbando canciones cuando se le apareció una fea viejecita que le dijo:

—Buenos días, querido cazador. Tú pareces alegre y satisfecho y yo, en cambio, sufro hambre y sed. Dame una limosnita.

Compadecióse el cazador de la pobre abuela, metió mano en el bolsillo y le dio lo que le permitían sus medios.

Al disponerse a seguir su camino, detúvolo la vieja diciéndole:

—Atiende, cazador, a lo que voy a decirte. En vista de tu buen corazón, quiero hacerte un regalo. Sigue adelante, y dentro de un rato llegarás a un árbol, en cuya copa hay nueve pájaros que sostienen y zarandean un manto con las garras. Apúntales con la escopeta y dispara. Soltarán el manto y, además, caerá muerto uno de ellos. Llévate el manto, que está encantado. En cuanto te lo cuelgues de los hombros, no tienes más que pedir que te transporte al lugar que desees, y estarás en él en un abrir y cerrar de ojos. Al pájaro muerto le sacas el corazón y te lo tragas, y desde entonces, cada mañana al levantarte encontrarás una moneda de oro debajo de la almohada.

El cazador dio las gracias a la vieja, pensando: «Bonitas cosas me ha prometido. ¡Con tal que sean verdad!». Pero he aquí que apenas había avanzado un centenar de pasos, oyó sobre su cabeza un griterío y un piar de pájaros entre las ramas, tan fuerte, que le hizo levantar la cabeza. Y entonces vio una bandada de aves que la emprendían a picotazos y con las garras contra una tela, peleándose como si se disputasen su posesión.

—¡Es extraño! —exclamó el cazador—. Exactamente como me dijo la viejecita.

Se descolgó la escopeta y disparó en medio del grupo, produciéndose un gran revuelo de plumas. Los animales emprendieron el vuelo con gran griterío, menos uno, que cayó muerto y, con él, se desprendió el manto. El cazador hizo entonces lo que le indicara la vieja. Abrió el ave, sacóle el corazón y se lo tragó. Y llevóse también el manto.

A la mañana siguiente, al despertarse, acordándose de la promesa quiso comprobar su veracidad. Y he aquí que, al levantar la almohada, allí estaba, reluciente, la moneda de oro. Y, así, cada mañana encontró una al levantarse. Recogió, pues, un buen montón de dinero y, al fin, se preguntó: «¿De qué me servirá todo este oro, si me quedo en casa? Me marcharé a correr mundo».

Despidióse de sus padres, se colgó del hombro el morral y la escopeta y se puso en camino.

Un día, atravesando un espeso bosque, vio alzarse en la llanura que seguía al bosque un majestuoso palacio. En una de las ventanas había una vieja y una hermosísima doncella, que miraba abajo.

La vieja era una hechicera y dijo a la muchacha:

—Ahí sale del bosque un individuo que lleva en el cuerpo un maravilloso tesoro. Tenemos que quitárselo, hijita. Mejor estará en nuestro poder que en el suyo. Se ha tragado el corazón de un pájaro, gracias al cual todas las mañanas encuentra una moneda de oro bajo la almohada.

Instruyóla seguidamente acerca de cómo debía proceder y, en tono de amenaza y con mirada de enojo, le dijo:

—¡Si no me obedeces, te va a pesar!

Al acercarse el cazador y ver a la doncella, dijo para sí: «He caminado mucho; lo mejor será descansar en este magnífico palacio. Dinero no me falta». Pero el verdadero motivo de su resolución era que se sentía atraído por aquella bellísima muchacha.

Llamó a la puerta, y fue recibido amablemente y atendido con toda cortesía. Al cabo de poco estaba tan perdidamente enamorado de la muchacha, que no podía pensar sino en ella, ni ver sino por sus ojos; y, así, hacía cuanto ella le exigía.

Dijo entonces la vieja:

—Es el momento de apoderarse del corazón del pájaro. Él no se dará cuenta de que ya no lo tiene.

Preparó un brebaje y, una vez estuvo listo, lo vertió en una copa y lo entregó a la muchacha para que lo hiciese beber al cazador.

Díjole la doncella:

—¡Anda, querido, brinda por mí!

Levantó él la copa y, tan pronto como hubo bebido, el corazón del ave saltó fuera de su cuerpo. La muchacha hubo de llevárselo en secreto y tragárselo a su vez, pues la vieja así lo quiso.

A partir de entonces, él ya no encontró más dinero bajo la almohada. En cambio, aparecía debajo de la de ella, y la vieja lo recogía cada mañana. Pero el mozo seguía tan enamorado y ciego, que sólo pensaba en estar al lado de la muchacha.

Dijo luego la bruja:

—Ahora ya tenemos el corazón del pájaro; pero hemos de quitarle el manto prodigioso.

Contestó la doncella:

—No está bien. Basta con que haya perdido su riqueza.

Pero la vieja dijo, muy enojada:

—Un manto así es algo milagroso que raramente se encuentra en el mundo. Lo quiero para mí, y no hay más que hablar.

Y dio sus instrucciones a la muchacha, amenazándola con que, si no le obedecía, lo pasaría mal. La doncella no tuvo más remedio que someterse a los mandatos de la bruja y, asomándose a la ventana, púsose a contemplar el vasto panorama con semblante triste.

Preguntóle el cazador:

—¿Por qué estás tan afligida?

—¡Ay, tesoro mío! —respondió ella—. Allá enfrente está la montaña de los granates, llena de las más ricas piedras preciosas pero ¡cualquiera las alcanza! Sólo las aves voladoras pueden llegar allí, pero no los hombres.

—Si no tienes más pena que ésa —dijo el cazador—, pronto te la quitaré del corazón.

Y, cogiéndola bajo su manto, pidió ser trasladado a la montaña de los granates.

En un instante se encontraron en ella. Brillaban las preciosas piedras por doquier, y era una gloria contemplarlas. Recogieron las más hermosas y refulgentes. Pero la vieja, con sus artes diabólicas, había hecho que el cazador sintiera una gran pesadez en los ojos, por lo cual dijo a la muchacha:

—Sentémonos un poco a descansar. Estoy tan rendido, que apenas si las piernas me sostienen.

Sentáronse, apoyó él la cabeza en el regazo de la doncella y muy pronto se quedó dormido. Quitóle entonces ella el manto de los hombros, se lo puso sobre los propios y, recogiendo todas las piedras preciosas, pidió ser transportada a su casa.

Al despertarse el cazador, vio que su amada lo había engañado, abandonándolo en aquella salvaje montaña.

—¡Ay! —exclamó—, ¡cuánta falsía hay en el mundo!

Y sumido en inquietud y tristeza, empezó a considerar su difícil situación. La montaña pertenecía a unos gigantes, salvajes y monstruosos, que vivían en ella haciendo de las suyas, y no había transcurrido mucho tiempo cuando vio que se le acercaban tres hombrotes de aquéllos. Tumbóse en el suelo, fingiendo dormir profundamente.

Al llegar los gigantes, diole el primero con el pie diciendo:

—¿Qué bicho es éste que yace aquí?

Dijo el segundo:

—Aplástalo con el pie.

Intervino el tercero, despectivo:

—¡No vale la pena! Dejadlo que viva. Aquí no puede seguir, y si sube hasta la cumbre, se lo llevarán las nubes.

Y, dicho esto, prosiguieron su camino. Pero el cazador había oído sus palabras y, no bien se hubieron alejado, levantóse y trepó hasta la cima.

Poco después de estar sentado en ella pasó flotando una nube y, cogiéndolo en su seno, después de transportarlo por los aires, lo dejó caer sobre un gran huerto rodeado de murallas, y el mozo se encontró en el suelo sin sufrir daño, entre coles y otras hortalizas.

—Si al menos tuviese algo de comer. Estoy hambriento, y esto se pondrá cada vez peor. Pero aquí no hay ni una triste pera, ni manzana, ni

fruta de ninguna clase. Todo son coles.

Al fin, pensó: «En último extremo, puedo comer lechuga. No es muy apetitosa, pero siempre me refrescará algo». Buscó una buena lechuga y empezó a comerse las bajas blancas.

Apenas había engullido un par de bocados experimentó una sensación rarísima, como si cambiara de cuerpo. Creciéronle cuatro patas, una gran cabezota y dos largas orejas, y vio con espanto que se había transformado en asno. Pero como a pesar de ello el hambre arreciaba, y la jugosa ensalada se avenía con su nueva naturaleza, siguió comiendo con avidez.

Llegó, finalmente, a otra variedad de lechuga, y no bien la hubo probado se produjo en él una nueva transformación y recobró su primitiva forma humana. Tumbóse entonces en el suelo y se durmió, pues estaba cansado.

Al despertarse, a la mañana siguiente, arrancó una cabeza de la lechuga perniciosa y otra de la buena, pensando: «Me ayudará a llegar junto a los míos y a castigar la deslealtad». Guardóse las hortalizas, saltó el muro del huerto y se encaminó hacia el palacio de su amada.

A los dos o tres días de marcha llegó a él. Después de ennegrecerse el rostro de modo que ni su propia madre lo hubiera reconocido, entró en el edificio y pidió albergue:

—Estoy cansadísimo —dijo—. Hoy no puedo dar ni un paso más.

Preguntóle la bruja:

—¿Quién sois y en qué os ocupáis?

—Soy mensajero del Rey —respondió él—, el cual me envió en busca de la lechuga más sabrosa que crece bajo el sol. Tuve la fortuna de encontrarla y la llevo conmigo; pero el sol es tan ardoroso que la planta está a punto de marchitarse, y no sé si podré llegar con ella hasta palacio.

Al oír la vieja lo de la preciosa ensalada, entráronle ganas de comerla y dijo:

—Buen campesino, dejadme probar esa lechuga maravillosa.

—¿Por qué no? —respondió él—. Traigo dos. Os daré una.

Y, abriendo su morral, sacó la mala y se la entregó. La bruja no sospechó nada, y como la boca se le hiciera agua con el afán de comerse aquel nuevo manjar, fuese directamente a la cocina a prepararlo.

Cuando ya lo tuvo a punto, no pudiendo esperar la hora de la comida, cogió unas hojas y se las metió en la boca. Apenas las hubo tragado perdió su figura humana y, transformada en burra, echó a correr al patio.

En éstas entró la criada en la cocina, y al ver la ensalada aliñada y a punto de servir, cediendo a su antigua costumbre de probar todos los platos, comióse también unas hojas mientras la llevaba a la mesa. Inmediatamente actuó la virtud milagrosa de la verdura. La moza se transformó a su vez en borrica, y corrió a reunirse con la vieja, tirando al suelo la fuente que contenía la lechuga.

Mientras tanto, el supuesto mensajero permanecía junto a la bella muchacha la cual, viendo que no llegaba la ensalada y sintiendo unos deseos irresistibles de probarla, dijo:

—¡No sé qué pasa con esta lechuga!

Y el cazador, pensando: «Seguramente ha hecho ya su efecto», le dijo:

—Voy a la cocina a informarme.

Al llegar abajo vio las dos borricas que corrían por el patio, y la ensalada, en el suelo. «Muy bien —se dijo—; esas dos ya tienen lo suyo». Recogió el resto de la lechuga, la puso en la fuente y fue a servirla a la muchacha.

—Yo mismo te traigo este delicioso manjar —le dijo—, para que no tengas que esperarte.

Comió ella entonces, y al momento, igual que las otras, perdiendo la figura humana, corrió al patio transformada en burra.

El cazador, después de lavarse el rostro para que las transformadas mujeres pudieran reconocerlo, bajó al patio y les dijo:

—Ahora recibiréis el premio que se merece vuestra perfidia.

Y ató a las tres de una soga y se las llevó a un molino. Llamó a una ventana, y el molinero se asomó para preguntarle qué deseaba.

—Llevo aquí tres bestias muy reacias —dijo él—. No puedo seguir guardándolas. Si queréis cuidar de ellas y tratarlas como yo os diga, os pagaré lo que me pidáis.

—¿Por qué no? —respondióle el molinero—. Pero ¿cómo debo tratarlas?

Díjole entonces el cazador que a la burra vieja —que era la bruja— le diese una vez de comer y tres palos cada día; a la mediana, la criada, tres veces de comer y una de palos, y a la menor, la doncella, tres veces de comer y ninguna de palos, pues no tuvo valor para hacer que maltratasen a la muchacha. Luego regresó al palacio, donde encontró cuanto necesitaba.

A los pocos días presentóse el molinero para comunicarle que la burra vieja, que no había recibido más que palos y sólo un pienso al día, había muerto.

—Las otras dos —prosiguió el hombre— viven y reciben tres piensos diarios; mas parecen tan tristes, que no creo duren mucho tiempo.

Compadecióse el cazador y, sintiendo que se le había pasado el enojo, dijo al molinero que las devolviese.

Cuando llegaron, les dio de comer lechuga de la buena, y en el acto recuperaron su forma humana. La hermosa muchacha se hincó de rodillas ante él y le dijo:

—¡Ay, amadísimo mío, perdóname el mal que te hice obligada por mi madre! Fue contra mi voluntad, pues te quiero de todo corazón. Tu manto prodigioso está colgado en un armario y, en cuanto al corazón de pájaro, voy a tomarme en seguida un vomitivo.

Pero él le contestó:

—Guárdalo, pues lo mismo da que lo posea uno que otro, ya que pienso tomarte por esposa.

Y celebróse la boda, y vivieron felices hasta la hora de su muerte.

La vieja del bosque

UNA pobre criada cruzaba cierto día un bosque acompañando a sus amos y, hallándose en lo más espeso, salieron de entre la maleza unos bandidos, que los asesinaron a todos menos a la muchacha la cual, asustada, había saltado del coche para ocultarse detrás de un árbol.

Cuando los bandoleros se hubieron alejado con el botín, salió ella de su escondrijo y contempló aquella enorme desgracia. Echándose a llorar amargamente, dijo: «¡Qué voy a hacer ahora, desdichada de mí! No sabré salir del bosque, en el que no vive un alma. Habré de morir de hambre»; y, por más que corrió de un lado a otro buscando un camino, no pudo hallar ninguno.

Al anochecer sentóse al pie de un árbol y encomendóse a Dios, firmemente decidida a quedarse allí pasara lo que pasara.

Al cabo de un rato llegó volando una palomita blanca, con una llavecita de oro en el pico. Depositándola en su mano, le dijo:

—¿Ves aquel gran árbol de allá? Tiene una cerradura; ábrela con esta llave. Dentro encontrarás comida en abundancia, y no tendrás que sufrir hambre.

Dirigióse la muchacha al árbol, lo abrió y encontró dentro una escudilla llena de leche, y pan blanco en tal abundancia que no pudo comérselo todo. Una vez estuvo satisfecha, dijo:

—Es la hora en que las gallinas suben a su palo. Me siento tan cansada que también yo me acostaría con gusto en mi cama.

He aquí que volvió la palomita con otra llave de oro en el pico:

—Abre aquel otro árbol —díjole—. Encontrarás en él una cama.

Y, en efecto, al abrirlo apareció una hermosa y blanda camita. La joven rezó sus oraciones, pidiendo a Dios Nuestro Señor que la guardase durante

la noche; seguidamente se metió en el lecho y se durmió.

A la mañana siguiente apareció por tercera vez la palomita y le dijo:

—Abre aquel árbol de allí y encontrarás vestidos

Y, al hacerlo, salieron vestidos magníficos adornados con oro y pedrería, dignos de la más encumbrada princesa. Y la muchacha vivió allí una temporada, presentándose la palomita todos los días para atender las necesidades de la muchacha. Y era de verdad una vida buena y tranquila.

Pero un día le preguntó la paloma:

—¿Quieres hacer algo por mí?

—Con toda mi alma —respondió la muchacha.

Díjole entonces la palomita:

—Te llevaré a una casa muy pequeña. Entrarás y, junto al hogar, estará sentada una vieja que te dirá: «Buenos días». Pero tú no respondas, haga lo que haga, sino que te diriges hacia la derecha, donde hay una puerta. La abres, y te encontrarás en un aposento con una mesa, sobre la cual verás un montón de anillos de todas clases. Los hay magníficos, con centelleantes piedras preciosas; pero déjalos. Busca, en cambio, uno muy sencillo que ha de estar entre ellos. Cógelo y tráemelo lo más rápidamente que puedas.

Encaminóse la muchacha a la casita y entró. Allí estaba la vieja que, al verla, abriendo unos ojos como naranjas, le dijo:

—Buenos días, hija mía.

Pero ella no respondió y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? —exclamó la vieja reteniéndola por la falda—. Ésta es mi casa, y nadie puede entrar sin mi permiso.

Pero la muchacha no abrió la boca, y soltándose de una sacudida, entró en la habitación.

Sobre la mesa había una gran cantidad de sortijas que brillaban y refulgían como estrellas. Esparciólas todas buscando la sencilla; mas no aparecía por ninguna parte.

Mientras estaba así ocupada, vio que la vieja se escabullía con una jaula que encerraba un pájaro. Corriendo a ella, quitóle de la mano la jaula. El pájaro tenía en el pico el anillo que buscaba. Apoderóse de él y se apresuró a salir de la casa, pensando que acudiría la palomita a buscar la sortija; pero no fue así.

Apoyóse entonces en un árbol, dispuesta a aguardar la llegada de la paloma y, mientras estaba de tal guisa, parecióle como si el árbol se volviera blando y flexible, y bajara las ramas. Y, de pronto, las ramas le rodearon el cuerpo y se transformaron en dos brazos y, al volverse ella, vio que el árbol era un apuesto doncel que, abrazándola y besándola, le dijo:

—Me has redimido y librado del poder de la vieja, que es una malvada bruja. Me había transformado en árbol, y todos los días me convertía por dos horas en una paloma blanca, sin que pudiese yo recobrar la figura humana mientras ella estuviese en posesión del anillo.

Quedaron desencantados al mismo tiempo sus criados y caballos, todos ellos transformados también en árboles, y todos juntos se marcharon a su reino, pues se trataba del hijo de un rey. Allí se casaron la muchacha y el príncipe, y vivieron felices.

La bella durmiente del bosque

VIVÍAN en tiempos remotos un rey y una reina que todos los días exclamaban:

—¡Ah, si tuviésemos un hijito!

Pero nunca les venía ninguno.

Cierto día en que la Reina se bañaba en el río, saltó una rana a la orilla y le dijo:

—Se cumplirá tu deseo; antes de un año darás a luz una hija.

Y sucedió tal como la rana pronosticara: la Reina tuvo una niña tan hermosa, que el Rey no cabía en sí de alegría y organizó una gran fiesta. Invitó a ella no sólo a sus parientes, amigos y conocidos, sino también a las hadas, con la esperanza de que se mostrasen generosas con su pequeña.

Trece hadas había en el reino, y como el Soberano sólo tenía doce platos de oro para servirlas en el banquete, no hubo más remedio que dejar de invitar a una.

Celebróse el banquete con todo esplendor y, al terminar, cada una de las hadas concedió un don a la niña recién nacida. Una le otorgó la virtud; la segunda, la belleza; la tercera, la riqueza; y así, sucesivamente, dotándola de cuanto en el mundo hay de apetecible.

Cuando ya once habían pronunciado su gracia, de pronto presentóse el hada decimotercera que, deseando vengarse por no haber sido llamada a la fiesta, sin saludar ni mirar a nadie, exclamó:

—La princesa se pinchará con un huso en cuanto cumpla los quince años, y caerá muerta.

Y, sin añadir otra palabra, volvió la espalda y salió de la estancia.

Todos los presentes quedaron aterrados. Quedaba aún el hada duodécima, que no había expresado todavía su don y que, si bien no tenía

poder para anular la fatal sentencia, podía sí atenuarla.

Se adelantó, pues, y dijo:

—La princesa no quedará muerta, sino durmiendo un sueño profundo que durará cien años.

El Rey, ansioso de preservar a su hijita de la desgracia que la amenazaba, promulgó una ley por la que mandaba quemar todos los husos que hubiera en el reino. Mientras tanto, iban apareciendo en la muchacha todas las gracias concedidas por las hadas, pues era hermosa, modesta, afable y juiciosa; todo el que la trataba quedaba prendado de ella.

El día en que cumplió los quince años, el Rey y la Reina se hallaban ausentes de palacio, y la muchacha había quedado sola. Aprovechó la ocasión para recorrerlo todo, entrando en las habitaciones y aposentos en que se le antojaba y, al fin, llegó a una antigua torre. Trepando por la estrecha escalera de caracol que conducía a lo alto, encontróse frente a una puertecita. En la cerradura había una llave enmohecida. Diole la vuelta, abrióse la puerta y apareció, en una pequeña estancia, una mujer muy vieja que, manejando un huso, hilaba laboriosamente su lino.

—Buenos días, abuelita —dijo la princesa—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy hilando —dijo la vieja moviendo la cabeza.

—¿Y qué es esta cosa que rueda tan alegremente? —preguntó la muchacha y, cogiendo el huso, quiso hilar también.

Mas apenas lo hubo tocado realizóse la profecía; se pinchó el dedo con él.

En el mismo momento cayó sin sentido sobre la cama que había en el cuarto y quedó profundamente dormida. Y su sueño se propagó por todo el palacio.

El Rey y la Reina, que acababan de regresar y se hallaban en el salón, quedáronse dormidos, y con ellos toda la Corte. Y se durmieron los caballos en la cuadra; los perros, en el patio; las palomas, en el tejado; las moscas, en la pared… Hasta el fuego que llameaba en el hogar quedó inmóvil y

dormido, y el asado dejó de cocer, y el cocinero, que se disponía a tirar de las orejas al pinche por alguna travesura suya, lo soltó y se quedó dormido. Amainó el viento, y en los árboles que rodeaban el palacio ya no se movió ni una sola hoja.

Pero en torno al castillo empezó a crecer un seto de rosales silvestres que cada año adquiría mayor altura y acabó, al fin, por rodear todo el edificio y cubrirlo incluso de forma que nada se veía de él, ni siquiera el pendón que ondeaba en la punta de la torre.

Y por todo el país empezó a cundir la leyenda de la hermosa princesita durmiente, a quien llamaron desde entonces Rosa Silvestre. Y de cuando en cuando se presentaban príncipes dispuestos a penetrar en el palacio atravesando el seto espinoso; pero jamás lo conseguían porque los rosales, como si tuviesen manos, los aprisionaban, y los infelices quedaban sujetos a ellos sin poder ya soltarse, y morían de una muerte cruel.

Al cabo de muchos años llegó al país el hijo de un rey, y oyó explicar a un anciano la historia del seto espinoso, dentro del cual había un palacio habitado por una bellísima princesa llamada Rosa Silvestre, que estaba sumida en un profundo sueño junto con el Rey, la Reina y toda la Corte. Sabía también, por habérselo oído a su abuelo, que muchos príncipes venidos de otros países habían intentado penetrar en el palacio; pero todos habían muerto trágicamente, aprisionados entre los espinos.

Dijo entonces el recién llegado:

—Pues yo no temo a nada; iré a ver a la princesita durmiente.

Fue inútil que el buen viejo tratara de disuadirlo; el príncipe no hizo caso de sus palabras.

En esto, acababan de transcurrir los cien años, y había llegado el día del despertar de la princesa.

Cuando el hijo del Rey se aproximó al seto de rosales silvestres, encontróse con grandes y hermosas flores que, apartándose por sí solas, le abrieron paso dejándolo avanzar sin daño para volverse a cerrar detrás de él en forma de vallado.

En el patio del palacio vio los caballos y los perros de caza, de manchada piel, tumbados durmiendo, y en el tejado, las palomas, inmóviles, tenían todas la cabeza debajo del ala. Y cuando entró en el edificio, dormían

las moscas en la pared; el cocinero tenía aún la mano extendida como para atrapar al pinche, y la criada continuaba sentada delante del pollo a punto de desplumarlo. Prosiguiendo, encontróse en el gran salón con toda la Corte, que yacía en el suelo dormida, y en el trono estaban el Rey y la Reina. Siguió andando, y en todas partes reinaba un silencio absoluto, de forma que podía oír su propia respiración.

Finalmente, llegó a la torre y abrió la puerta del pequeño cuarto donde dormía Rosa Silvestre. Yacía en la cama, tan hermosa, que el mozo no podía apartar de ella los ojos; luego se inclinó y le dio un beso.

No bien la tocaron sus labios, la princesita abrió los ojos y, despertándose, le dirigió una mirada llena de amor. Bajaron juntos y, despertando al Rey, a la Reina y a los cortesanos todos quedaron contemplándose mutuamente con ojos de asombro. Y los caballos del establo se incorporaron y sacudieron; los perros de caza pusiéronse a brincar y menear el rabo; las palomas del tejado sacaron la cabecita de debajo del ala y, echando una mirada a su alrededor, emprendieron el vuelo;

las moscas siguieron andando por la pared; avivóse el fuego del hogar, echó llamarada y se puso a cocer la comida; el asado volvió a chirriar; el cocinero dio al pinche un bofetón tan fuerte que lo hizo prorrumpir en chillidos, y la criada terminó de desplumar el pollo.

Y, con el mayor esplendor, celebróse la boda del príncipe con la princesita, y todos vivieron felices hasta el fin.

Los tres hermanos

ERASE un hombre que tenía tres hijos y, por toda fortuna, la casa en que habitaba. A cada uno de los tres le hubiera gustado heredarla, mas el padre los quería a todos por igual y no sabía cómo arreglárselas para dejar contentos a los tres. Tampoco estaba dispuesto a vender la casa, pues había pertenecido ya a sus bisabuelos; de no ser así, la habría convertido en dinero y lo habría repartido entre los mozos.

Ocurriósele, al fin, una solución y dijo a los mozos:

—Salid a correr mundo y que cada cual aprenda un oficio.

Cuando regreséis, la casa será para el que demuestre mayor habilidad en su arte.

Aviniéronse los hijos. El mayor resolvió aprender la profesión de herrador; el segundo quiso hacerse barbero, y el último, profesor de esgrima. Luego calcularon el tiempo que tardarían en volver a su casa, y partieron cada uno por su lado.

Tuvieron la suerte de encontrar buenos maestros, y los tres salieron excelentes oficiales. El herrador llegó a herrar los caballos del Rey, y pensó: «Ya no cabe duda de que la casa será para mí». El barbero tenía entre su clientela a los más distinguidos personajes, y estaba también seguro de ser el heredero. En cuanto al profesor de esgrima, hubo de encajar más de una estocada, pero apretó los dientes y no se desanimó, pensando: «Si temo a las cuchilladas, me quedaré sin casa».

Transcurrido el tiempo concertado, volvieron a reunirse los tres con su padre. Pero no sabían cómo encontrar la ocasión de mostrar sus habilidades. Mientras estaban deliberando sobre el caso, vieron una liebre que corría a campo traviesa.

—¡Mirad! —dijo el barbero—. Esta liebre nos viene al dedillo.

Y, tomando la bacía y el jabón, preparó bien la espuma; cuando llegó a su altura el animal, lo enjabonó y afeitó en plena carrera dejándole un bigotito, y todo ello sin hacerle un solo corte ni el menor daño.

—Me ha gustado —dijo el padre—; y si tus hermanos no se esmeran mucho, tuya será la casa.

Al poco rato llegó un señor en coche, a toda velocidad.

—Padre, ahora veréis de lo que yo soy capaz —dijo el herrador.

Y, sin detener al caballo, que iba lanzado al galope, arrancóle las cuatro herraduras y le puso otras nuevas.

—¡Muy bien! —exclamó el padre—. Estás a la altura de tu hermano. No sé a quién de vosotros voy a dejar la casa.

Dijo entonces el tercero:

—Padre, esperad a que yo os muestre mis habilidades.

En esto empezó a llover y el mozo, desenvainando la espada, se puso a esgrimirla sobre su cabeza con tal agilidad que no le cayó encima ni una sola gota de agua. La lluvia fue arreciando, hasta caer a cántaros; pero él menudeaba las paradas con velocidad siempre creciente, quedando tan seco como si se encontrase bajo techado.

Al verlo el padre, no pudo por menos de exclamar:

—Te llevas la palma; tuya es la casa.

Los otros dos hermanos se conformaron con la sentencia, como se habían obligado de antemano. Pero los tres se querían tanto, que siguieron viviendo juntos en la casa, practicando cada cual su oficio; y como eran tan buenos maestros, ganaron mucho dinero. Y así vivieron unidos hasta la vejez; y cuando el primero enfermó y murió, tuvieron tanta pena los otros, que enfermaron a su vez y no tardaron en seguir al mayor a la tumba. Y como habían sido tan hábiles artífices y se habían querido tan entrañablemente, fueron enterrados juntos en una misma sepultura.

El diablo y su abuela

HUBO una gran guerra para la cual el Rey había reclutado muchas tropas. Pero como les pagaba muy poco, no podían vivir de ella, y tres hombres se concentraron para desertar.

Dijo el uno a los otros:

—Si nos cogen, nos ahorcarán. ¿Cómo lo haremos?

Respondió el segundo:

—¿Veis aquel gran campo de trigo? Si nos ocultamos en él, nadie nos encontrará. El ejército no puede entrar allí, y mañana se marcha.

Metiéronse, pues, en el trigo; pero la tropa no se marchó, contra lo previsto, sino que continuó acampada por aquellos alrededores. Los desertores permanecieron ocultos durante dos días con sus noches; pero, al cabo, sintiéronse a punto de morir de hambre. Y si salían, su muerte era segura.

Dijéronse entonces:

—¡De qué nos ha servido desertar, si también habremos de morir aquí miserablemente!

En esto llegó volando por los aires y escupiendo fuego, un dragón que se posó junto a ellos y les preguntó por qué se habían ocultado allí.

Respondiéronle ellos:

—Somos soldados, y hemos desertado por lo escaso de la paga. Pero si continuamos aquí, moriremos de hambre; y si salimos, nos ahorcarán.

—Si estáis dispuestos a servirme por espacio de siete años —dijo el dragón—, os conduciré a través del ejército, de manera que no seáis vistos por nadie.

—No tenemos otra alternativa. Fuerza será que aceptemos —respondieron.

Y entonces el dragón los cogió con sus garras y, elevándolos en el aire, por encima del ejército, fue a depositarlos en el suelo, a gran distancia.

Pero aquel dragón era el diablo en persona. Dioles un latiguillo y les dijo:

—Hacedlo restallar, y caerá tanto dinero como pidáis. Podréis vivir como grandes señores, sostener caballos e ir en coche. Pero cuando hayan pasado los siete años, seréis míos.

Y, sacando un libro y abriéndolo, los obligó a firmar en él.

—De todos modos —les dijo—, antes os plantearé un acertijo, y si sois capaces de descifrarlo, quedaréis libres, y ya ningún poder tendré sobre vosotros.

El dragón se alejó volando y ellos, haciendo restallar el látigo, en seguida tuvieron dinero en abundancia. Encargáronse lujosos vestidos y se fueron a correr mundo. En todas partes vivían en buena paz y alegría, tenían caballos y coches, comían y bebían, pero sin hacer nunca nada malo.

Pasó el tiempo rápidamente y, cuando ya los siete años llegaban a su fin, dos de ellos empezaron a sentirse angustiados y temerosos. El tercero, en cambio, se lo tomaba a broma diciendo:

—No temáis, hermanos; yo no soy tonto y adivinaré el acertijo.

Salieron al campo y sentáronse, aquellos dos, siempre tan tristes y cariacontecidos. Llegó entonces una vieja y les preguntó el motivo de su tristeza.

—¡Bah! ¿Para qué contároslo? Tampoco podréis arreglar nada.

—¿Quién sabe? —respondió la vieja—. ¡Ea, contadme vuestro apuro!

Dijéronle entonces que habían sido criados del diablo por espacio de casi siete años, recibiendo de él dinero a chorros; mas para ello habían debido firmar que le pertenecían y se le entregarían si, transcurridos los siete años, no lograban descifrar un enigma que él les propondría.

Dijo entonces la vieja:

—Si queréis que os ayude, uno de vosotros debe irse al bosque. Llegará a un muro de rocas derruido, que tiene el aspecto de una casita. Que entre allí y hallará el remedio.

Los dos pesimistas pensaron: «Éste no nos ha de salvar», y siguieron sentados. Pero el tercero, siempre animoso, se puso en camino bosque

adentro, hasta que llegó a la choza de piedras.

En su interior había una mujer más vieja que Matusalén, que era la abuela del diablo, y le preguntó de dónde venía y qué quería. Explicóle el joven todo lo que le había ocurrido y, como le fue simpático a la vieja, ésta se compadeció de él y le dijo que estaba dispuesta a ayudarle.

Apartando una gran piedra que cerraba la entrada de una bodega:

—Escóndete aquí —le ordenó—; podrás oír todo lo que hablemos; tú permaneces quieto, sin moverte ni chistar. Cuando llegue el dragón, le preguntaré por el enigma y me lo dirá todo. Fíjate tú en sus respuestas.

A las doce de la noche llegó el dragón volando y pidió la cena. La abuela puso la mesa y sirvió las viandas y bebidas, procurando satisfacerlo. Sentóse ella también y comieron y bebieron juntos. Durante la conversación, la abuela le preguntó cómo había pasado el día y cuántas almas había conquistado.

—Hoy he tenido mala pata —respondió el diablo—; pero hay tres soldados que no se me escaparán.

—¡Ah, tres soldados! —replicó la vieja—. Esos no son tontos, aún se te pueden escapar.

Pero el diablo dijo irónico:

—Son míos. Les plantearé un acertijo que jamás serán capaces de descifrar.

—¿Y qué acertijo es? —preguntó ella.

—Te lo diré. En el Mar del Norte hay un caballo marino muerto, que será su asado; y el costillaje de una ballena será su cuchara de plata; y un viejo casco de caballo hueco será su copa de vino.

Cuando el diablo se acostó, quitó la abuela la piedra dejando salir al soldado.

—¿Tomaste buena nota de todo?

—Sí —respondió él—. Sé lo bastante, y ya saldré de apuros.

Y marchó por la ventana y fue a reunirse con sus amigos por un camino distinto, a toda prisa.

Contóles cómo el diablo había sido engañado por su abuela y cómo había oído, de sus propios labios, la solución del acertijo. Pusiéronse los

tres más contentos que unas Pascuas y, haciendo restallar el látigo, acumularon tanto dinero que se les saltaba por el suelo.

En el momento en que terminaban los siete años, presentóse el diablo con su libro y, mostrándoles sus firmas, les dijo:

—Voy a llevaros al infierno conmigo, donde se celebrará un banquete. Si sois capaces de adivinar el asado que se os servirá quedaréis libres y, además, podréis guardaros el látigo.

Respondió el primer soldado:

—En el Mar del Norte hay un caballo marino muerto. Éste será el asado.

Irritóse el diablo y, refunfuñando «¡hum, hum!», preguntó al segundo:

—¿Y cuál será vuestra cuchara?

—El costillaje de una ballena, ésa será nuestra cuchara de plata.

Torció el diablo el gesto y, volviendo a refunfuñar «¡hum, hum, hum!», dirigióse al tercero:

—¿Sabéis también cuál ha de ser vuestra copa de vino?

—Un viejo casco de caballo, ésa será nuestra copa de vino.

Al oír esto, el diablo soltó una palabrota y salió a escape, perdido todo poder sobre ellos. Los soldados se quedaron con el látigo, con el cual tuvieron el dinero a manos llenas, y vivieron felices el resto de sus días.

Fernando Leal y Fernando Desleal

RANSE una vez un hombre y una mujer casados y muy ricos, pero sin hijos. Perdieron su fortuna, y entonces les nació un niñito. Pero no pudiendo encontrar padrino para su bautizo, dijo el hombre que se iría a otro pueblo para tratar de conseguir uno.

En el camino se encontró con un mendigo, que le preguntó adónde iba, y él le contestó que se dirigía a tal lugar en busca de un padrino de bautismo, pues era tan pobre que nadie se prestaba a serlo.

—Mirad —dijo el hombre—. Vos sois pobre y yo también. Me avengo a ser el padrino; pero es tan poco lo que tengo, que no podré obsequiar con nada a vuestro hijo. Id a decir a la comadrona que lleve al niño a la iglesia.

Cuando llegaron todos al templo, ya los aguardaba el mendigo en él, y puso al niño el nombre de «Fernando Leal».

Al salir, dijo el pordiosero:

—Idos ahora a casa; nada puedo daros, ni vosotros debéis darme nada a mí.

Sin embargo, entregó una llave a la comadrona con encargo de darla al padre una vez estuviesen en casa. El padre debería guardarla hasta que su hijo cumpliese los catorce años. Entonces el muchacho debía ir a un erial, donde encontraría un palacio cuya puerta se abría con aquella llave; y lo que contuviese, sería suyo.

Cuando el pequeño llegó a los siete años, salió un día a jugar con otros chiquillos, y resultó que todos habían recibido a cuál más regalos de sus respectivos padrinos; sólo él se había quedado sin nada.

Regresó llorando a su casa y preguntó a su padre:

—¿Así, a mí no me ha traído nada mi padrino?

—Sí —dijo el padre—, te ha regalado una llave. Cuando veas un palacio en el erial, te diriges a él y lo abres.

Fue el niño, pero no encontró ni rastro del palacio. Pero al volver, al cabo de otros siete años, o sea, al cumplir los catorce, vio un palacio que se alzaba en medio de aquel desierto. Abrió la puerta, y dentro sólo encontró un caballo blanco.

El muchacho, contentísimo con el animal, lo montó en seguida y dijo a su padre:

—Ahora que tengo caballo, quiero irme de viaje.

Y se marchó. Y he aquí que durante el camino vio en el suelo una pluma de escribir. Su primera idea fue cogerla, mas luego pensó: «Vale más dejarla donde está. En todas partes encontraré plumas cuando las necesite». Y pasó de largo. Mas, de pronto, oyó una voz detrás de él:

—¡Fernando Leal, recógeme!

El mozo volvió, pero no vio a nadie. Retrocedió y cogió la pluma. Al cabo de un trecho pasó junto a un río, en cuya orilla vio un pez jadeando fuera del agua.

—Espera, amiguito —le dijo—. Voy a echarte al agua.

Y, cogiéndolo por la cola, lo devolvió al río. El pez sacó entonces la cabeza:

—Ya que me has sacado del fango, te voy a dar una flauta. Cuando te halles en situación difícil, no tienes más que hacerla sonar. Yo acudiré a ayudarte.

Siguió nuestro mozo cabalgando y, al cabo de un rato, cruzóse con un individuo que le preguntó adónde se dirigía.

—Al primer pueblo —respondióle Fernando.

—¿Y cómo te llamas?

—Fernando Leal.

—¡Toma! —observó el otro—. Casi tenemos el mismo nombre; yo me llamo Fernando Desleal.

Siguieron juntos y se apearon en la posada de la primera ciudad. Mala cosa era que Fernando Desleal supiese todo lo que el otro pensaba y se proponía hacer; y lo sabía por sus malas artes.

Sucedió que en la posada vivía una muchacha, honesta y de lindo rostro. Enamoróse de Fernando Leal, que era un joven de muy buena presencia, y le preguntó adónde iba.

—¡Voy sin rumbo fijo! —díjole Fernando.

A lo cual contestó ella que haría mejor quedándose allí, pues había en el país un rey que solicitaba un criado o un postillón, y lo tomaría a su servicio. Objetó él que no podía presentarse así como así, a ofrecerse para ello.

—De esto me encargo yo —replicó la muchacha.

Se fue a palacio, y dijo al Rey que conocía a un mozo muy a propósito para criado suyo. Dispuso el Rey que se presentara y le ofreció el cargo de ayuda de cámara. El muchacho dijo que prefería ser postillón, pues donde estuviese su caballo, allí debía de estar él; y el Rey lo nombró postillón.

Al saberlo Fernando Desleal, dijo a la doncella:

—Conque a él le ayudas, y a mí no, ¿eh?

—Bueno —respondió la moza—, también me interesaré por ti —pensando: «Me conviene tenerlo por amigo, pues de éste no hay que fiar».

Y, volviendo a ver al Rey, lo propuso para criado; y el Monarca aceptó.

Cada mañana, al vestir Fernando Desleal a su señor, se lamentaba éste:

—¡Ah, si estuviese aquí mi amadísima!

El criado tenía ojeriza a Fernando Leal, y en cierta ocasión en que el Rey volvió a exclamarse, le dijo:

—Tenéis al postillón; enviadle en su busca. Y si no os la trae, mandáis cortarle la cabeza.

Llamó el Rey a Fernando Leal y le dijo que en tal y cual parte vivía la mujer que amaba; iría él a buscarla, y si no volvía con ella, sería castigado con la muerte.

Dirigióse Fernando Leal al establo, a su caballo blanco, llorando y lamentándose:

—¡Ah, desventurado de mí!

Cuando, de pronto, alguien exclamó detrás de él:

—Fernando Leal, ¿por qué lloras?

Volvióse el muchacho pero, no viendo a nadie, prosiguió con sus quejas:

—¡Mi caballito querido, tendré que abandonarte, pues debo morir!

Y otra vez oyó:

—Fernando Leal, ¿por qué lloras?

Entonces se dio cuenta de que era el caballo el que hablaba.

—¿Eres tú, caballito mío? ¿Puedes hablar? Debo ir a tal y cual sitio, en busca de la novia del Rey. ¿Sabes tú, acaso, la manera de hacerlo?

Respondióle el caballo:

—Ve al Rey, y le dices que si te proporciona lo que necesitas le traerás a su novia. Y lo que necesitas para ello es un barco lleno de carne, y otro lleno de pan. Pues hay los gigantes del mar, que te destrozarían si no les llevases carne; y las grandes aves del cielo, que te sacarían los ojos si no les dieses pan.

Ordenó el Rey que todos los matarifes del país sacrificasen reses, y todos los panaderos cociesen pan, hasta llenar los dos barcos.

Cuando estuvieron cargados, dijo el caballito a Fernando Leal:

—Ahora, móntame y condúceme al barco. Después, cuando se presenten los gigantes, les dices:

«Quietos, quietos, mis gigantitos;
de vosotros me acordé
y un bocadito os echaré».

Y cuando lleguen las aves, repites:

«Quietas, quietas, mis avecillas;
de vosotras me acordé
y un bocadito os echaré».

Y no te harán ningún daño; y cuando llegues al palacio, los gigantes te ayudarán. Cuando subas a él, llévate a dos o tres. Allí está la princesa dormida; pero no debes despertarla, sino que los gigantes la transportarán al barco, junto con la cama.

Todo sucedió tal y como predijera el caballito blanco; Fernando Leal dio a los gigantes y a las aves lo que para ellos había traído, y los gigantes, serviciales, le transportaron a la princesa al barco sin moverla del lecho.

Cuando la princesa estuvo junto al Rey, le dijo que no podía vivir sin sus libros, que se habían quedado en el palacio. Fue llamado nuevamente Fernando Leal, siempre a instigación del Desleal, a presencia del Rey, quien le dio orden de volver al palacio en busca de los libros advirtiéndole que, de no traerlos, perdería la cabeza.

Bajó el mozo otra vez al establo llorando y dijo a su querido caballito blanco:

—Tengo que emprender de nuevo el viaje. ¿Qué debo hacer?

El caballo le aconsejó que cargase los barcos como la vez anterior, y todo ocurrió como entonces; los gigantes y las aves se amansaron, al quedar ahítos de carne y pan.

Al llegar al palacio, díjole el caballo que entrase a buscar los libros; se hallaban sobre la mesa del dormitorio de la princesa. A poco regresó Fernando Leal con los libros; pero al estar ya en alta mar se le cayó al agua la pluma.

Díjole entonces el caballo:

—Ahora ya no puedo hacer nada más por ti.

El mozo se acordó entonces de la flauta y se puso a tocarla; y he aquí que unos momentos después asomó el pez en la superficie con la pluma en la boca, y se la entregó. Y Fernando llevó los libros a palacio, y muy pronto se celebró la boda.

Pero la Reina sentía una gran repugnancia hacia el Rey, que no tenía nariz, y un día en que se hallaban reunidos todos los nobles de la Corte, declaró que entendía el arte de juegos de manos. Sabía, por ejemplo, cortar la cabeza a una persona y volvérsela a colocar, embelleciéndola. Se ofreció a hacer la experiencia, mas ninguno quiso ser el primero.

Al fin hubo de someterse a la prueba Fernando Leal, siempre víctima de la perfidia del otro Fernando. La Reina le cortó la cabeza y, acto seguido, se la colocó de nuevo, quedando el mozo completamente curado. Sólo le quedó como un hilito rojo en torno al cuello.

Dijo entonces el Rey a su esposa:

—¡Hijita! ¿Dónde aprendiste eso?

—¡Oh! —exclamó la Reina—. Entiendo mucho de este arte. ¿Quieres que lo pruebe contigo? —dijo, pensando en ponerle de nuevo la cabeza, con

una hermosa nariz.

—Sí —dijo el Rey.

Y ella le cortó la cabeza a su vez, pero luego no encontró el modo de encajarla debidamente, con lo que el Rey murió y lo enterraron.

Algún tiempo después la Reina, que en secreto estaba prendada de Fernando Leal, se casó con él.

El joven seguía montando a todas horas el caballo blanco del difunto Rey, y en cierta ocasión en que había salido con él, díjole el animal que lo llevase a otro erial que le indicaría y le diese tres veces la vuelta. Y he aquí que a la tercera el caballo blanco, incorporándose sobre las patas traseras, de repente quedó transformado en un príncipe.

El horno de hierro

EN aquellos tiempos en que aún solían realizarse los deseos, una vieja hechicera encantó a un príncipe, condenándolo a vivir en un bosque metido en un gran horno de hierro.

Pasó en él muchos años, sin que nadie pudiese redimirlo, cuando he aquí que un día se extravió una princesa en aquel bosque, de tal modo que no lograba salir de él y encontrar el camino de vuelta al reino de su padre.

Al cabo de nueve días de andar vagando por la selva, llegó ante la gran caja de hierro, y oyó que salía de ella una voz que le preguntaba:

—¿De dónde vienes y adónde vas?

Respondió la princesa:

—He perdido el camino que conduce al reino de mi padre, y no puedo volver a casa.

Dijo entonces el horno de hierro:

—Te ayudaré a regresar a tu casa en muy breve tiempo, si te comprometes, por escrito, a hacer lo que le pida. Soy hijo de un rey más poderoso que tu padre, y me casaré contigo.

Espantóse ella, pensando: «¡Dios del cielo! ¿Qué haría yo con un horno?». Pero como tenía grandes deseos de regresar al lado de los suyos, suscribió la promesa.

Díjole él:

—Debes volver con un cuchillo, y abrir con él un agujero en el hierro.

Diole luego un guía, que la acompañó sin pronunciar una sola palabra, y a las dos horas se hallaba en su casa.

La vuelta de la princesa causó gran regocijo en palacio. El viejo rey la abrazó y besó cariñosamente. Ella, empero, con semblante triste y desolado, le dijo:

—Padre mío, ¡lo que me ha ocurrido! No habría logrado salir del inmenso bosque salvaje, de no haberme topado con un horno de hierro, al cual he debido prometer por escrito que volvería para redimirlo y casarme con él.

Asustóse el Rey hasta tal punto, que por poco cae desmayado, pues era su única hija. Tras deliberar, convinieron en que, en su lugar, enviarían a la hija del molinero, que era una muchacha lindísima.

Condujéronla hasta el horno y, dándole un cuchillo, ordenáronle que raspase el hierro hasta agujerearlo. Estuvo la moza trabajando por espacio de veinticuatro horas, sin conseguir hacer la menor mella en el hierro.

Al clarear el alba, una voz surgida del interior del horno dijo:

—Me parece que empieza a ser de día.

—También a mí me lo parece —respondió la muchacha—. Creo que oigo el ruido del molino de mi padre.

—Entonces tú eres la hija del molinero. Márchate, y di a la princesa que venga.

Fue la muchacha a comunicar al anciano rey que el del bosque no la quería a ella, sino a la princesa. Al oírlo asustóse el Rey, y su hija se echó a llorar. Pero les quedaba todavía la hija de un porquerizo, que era aún más hermosa que la molinera, y resolvieron ofrecerle una cantidad de dinero para que sustituyese a la princesa y fuese en su lugar al horno del bosque.

Acompañáronla hasta allí, y la muchacha se pasó también veinticuatro horas raspando, sin obtener resultado alguno.

Al amanecer volvió a sonar la voz que salía del horno:

—Me parece que empieza a ser de día.

—También a mí me lo parece —respondió ella—. Creo que oigo sonar el cuerno de mi padre.

—Entonces tú eres la hija del porquerizo. Vete inmediatamente a decir a la princesa que venga, y recuérdale que le ocurrirá lo que le prometí, y que si no viene, todo el reino caerá en ruinas y no quedará piedra sobre piedra.

Al oír estas palabras, la princesa prorrumpió a llorar. Pero no había otro remedio; había que cumplir lo prometido. Despidióse de su padre y se encaminó al bosque, provista de un cuchillo. Llegado que hubo al lugar

púsose a rascar, y el hierro cedió fácilmente, de modo que al cabo de dos horas había abierto ya un pequeño orificio en la plancha.

Mirando por él, vio en el interior a un joven tan hermoso y tan brillante de oro y piedras preciosas, que su alma quedó prendada en el acto. Siguió raspando sin parar, hasta que el agujero fue ya lo bastante grande para que el príncipe pudiese salir por él.

Díjole entonces el doncel:

—Eres mía, y yo soy tuyo; eres mi prometida y me has redimido.

Y quiso llevársela directamente a su reino; pero ella le rogó que le permitiese ir a despedirse de su padre. Avínose él, con la condición de que no hablase con su padre más de tres palabras, regresando acto seguido.

Se fue la princesa y habló más de lo convenido. Y en el mismo instante desapareció el horno, siendo transportado a un lugar remotísimo, sobre montañas de cristal y cortantes espadas. Sin embargo, el hijo del Rey estaba desencantado.

Despidióse la princesa de su padre y, llevándose algo de dinero, volvió al inmenso bosque. Mas, por mucho que buscó el horno, no lo encontró en ninguna parte.

Al cabo de nueve días de vagar por aquellos lugares, su hambre era tan grande que la muchacha sentíase desfallecer por momentos. Al llegar el crepúsculo encaramóse a un pequeño árbol con intención de pasar en él la noche, pues temía a las fieras de la selva.

A media noche descubrió a lo lejos una lucecita, y pensó: «Seguramente, allí estaría a salvo». Bajó del árbol y se dirigió al lugar donde viera la luz, y durante el camino iba rezando.

Llegó a una casita rodeada de abundante hierba y que tenía delante un montoncito de leña. «¡Ay! —pensó—, ¿dónde habré venido a parar?». Miró por la ventana, y vio en el interior sapos grandes y chicos y una mesa magníficamente preparada, con vino y asados; y las copas eran de plata. Cobrando ánimos, dio unos golpecitos en los cristales.

Inmediatamente gritó el sapo gordote:

«Ama verde y tronada,
pata arrugada,

trasto de mujer
que no sirve para nada;
quien hay ahí fuera, presto ve a ver».

Salió a abrir un sapo pequeñito. Al entrar la princesa, diéronle todos la bienvenida y la invitaron a sentarse, preguntándole:

—¿De dónde venís y adónde vais?

Contóle ella todo lo que le había sucedido y cómo, por haber faltado a la prohibición de hablar más de tres palabras, no encontraba ahora el horno con el príncipe. Díjoles también que su propósito era buscarlo por montes y valles hasta encontrarlo.

Habló entonces el sapo gordo:

«Ama verde y tronada,
pata arrugada,
trasto de mujer
que no sirve para nada;
aquella caja grande me vas a traer».

Fue el pequeño a saltitos, y volvió en seguida con la caja.

Sirviéronle luego la cena y, cuando ya hubo comido y bebido, la acompañaron a una cama primorosamente hecha, toda de seda y terciopelo, en la que se acostó y durmió toda la noche en santa paz.

Al llegar el nuevo día, levantóse y el viejo sapo le dio tres agujas que sacó de la gran caja, diciéndole que se las llevase que las necesitaría, pues debería atravesar una alta montaña de cristal, tres cortantes espadas y un gran río; si lograba salvar aquellos obstáculos, recuperaría a su amado. Diole además otros objetos, recomendándole los guardase con gran cuidado: una rueda de arado y tres nueces.

Con todo ello se marchó la doncella y, al llegar a la montaña de cristal, tan lisa y resbaladiza, metióse las tres agujas, primero, detrás de los pies y luego delante, y así pudo pasar. Y una vez hubo pasado, guardólas en un lugar que procuró grabarse en la memoria. Al encontrarse después frente a

las cortantes espadas, púsose sobre la rueda del arado y pasó rodando por encima de ellas.

Finalmente, llegó a un caudaloso río y, cuando lo hubo cruzado, a un vasto y hermoso palacio. Entró en él y pidió empleo, presentándose como una pobre muchacha que deseaba servir; pero bien sabía que allí habitaba el príncipe a quien redimiera del horno en el bosque. Fue admitida como ayudante de cocina, por un reducido salario.

Era el caso que el príncipe tenía ya a otra prometida, con quien iba a casarse, pues creía que la primera había muerto ya.

Al ir a lavarse y arreglarse la doncella, al anochecer, encontró en el bolsillo las tres nueces que le diera el viejo sapo y, cascando una con los dientes para extraer su contenido, he aquí que salió un primoroso vestido, digno de una princesa.

Al enterarse de ello la novia, acudió a examinar la prenda y, deseosa de comprarla, dijo:

—Éste no es un vestido propio para una criada.

Contestóle la otra que no quería venderlo, pero que se lo regalaría a cambio de una cosa: que le permitiese dormir una noche en la habitación de su novio. Avínose la prometida, pues el vestido era precioso, y ella no tenía ninguno igual.

Al llegar la noche, dijo a su novio:

—Esa estúpida quiere dormir en tu aposento.

—Si estás conforme, yo también lo estoy —replicó el príncipe.

Pero ella le dio a beber un vaso de vino que contenía un narcótico. Quedaron, pues, los dos en la misma habitación, pero sumido él en un sueño tan profundo, que no hubo medio de despertarlo.

La doncella se pasó la noche entre llanto y exclamaciones:

—Te libré del bosque salvaje y del horno de hierro. Para llegar hasta ti hube de salvar una montaña de cristal, pasar por encima de afiladas espadas y a través de un caudaloso río. ¡Y ahora te niegas a escucharme!

Los criados, de guardia ante la puerta, la oyeron llorar y lamentarse, y a la mañana siguiente se lo dijeron a su señor.

A la tarde siguiente rompió la segunda nuez, encontrando en ella un vestido más bello aún; y la novia también quiso comprarlo. Pero la

muchacha no admitió dinero; en cambio, cedió la prenda a condición de poder pasar una segunda noche en la alcoba de su amado. La novia volvió a suministrarle un somnífero, quedándose él dormido como un tronco, incapaz de enterarse de nada.

La muchacha se pasó también aquella noche llorando y repitiendo sus lamentaciones:

—Te libré del bosque salvaje y del horno de hierro. Para llegar hasta ti hube de salvar una montaña de cristal, pasar por encima de cortantes espadas y atravesar un gran río. ¡Y sigues sin querer escucharme!

Los criados, desde el otro lado de la puerta, oyeron sus lamentos, y por la mañana volvieron a decirlo a su señor. Y a la tercera tarde, después de lavarse y asearse, abrió la nuez que le quedaba, y apareció un vestido aún más hermoso, centelleante de oro puro. Quiso la novia quedarse con él, y de nuevo la muchacha se lo cedió a cambio de la autorización de dormir en el aposento del príncipe.

Éste, empero, vertió el narcótico en vez de bebérselo, y cuando la doncella empezó a llorar y exclamarse:

—Tesoro mío, yo te salvé del bosque salvaje y terrible y del horno de hierro.

Incorporándose el príncipe bruscamente, le dijo:

—Tú eres mi verdadera prometida. ¡Tú eres mía y yo soy tuyo!

Y aquella misma noche subió con ella a una carroza, después de haber quitado las ropas a la otra, por lo cual no pudo levantarse.

Al llegar al anchuroso río lo cruzaron en una barca; luego atravesaron las tres cortantes espadas sobre la rueda del arado y se sirvieron de las agujas para salvar la montaña de cristal. Finalmente, fueron a parar a la vieja casita, y al entrar en ella se transformó en un gran palacio. Los sapos quedaron desencantados, recuperando su primitiva condición de príncipes, y hubo inmenso regocijo.

Celebróse la boda, y la pareja se quedó en el palacio, que era mucho más espacioso que el del padre de ella. Pero como el viejo se quejaba de su soledad, fueron en su busca y se lo trajeron con ellos y, así, tuvieron dos reinos y vivieron en la mayor felicidad.

«Y un ratoncito llegó,
y el cuento se acabó».

La hilandera holgazana

VIVÍAN en un pueblo un hombre y su mujer, la cual era holgazana en extremo; y no había modo de hacerla trabajar. Lo que su marido le daba para hilar, lo dejaba a medio hacer, y lo que hilaba, lo liaba de cualquier modo, en vez de devanarlo. Si su esposo la reñía, ella tenía siempre la respuesta a punto.

—¡Cómo voy a devanar —replicóle en una ocasión— si no tengo devanadera! Ve tú al bosque y hazme una.

—Si sólo es eso —dijo el marido—, iré al bosque a buscar madera y te haré una.

Temió la mujer que, una vez su esposo tuviese el material, le hiciese en efecto una devanadera y la obligase a hilar de nuevo. Estuvo pensando un poco, hasta que se le ocurrió una buena idea.

Siguió secretamente al hombre y, al subirse éste a un árbol para escoger una rama y cortarla, disimulándose ella entre las matas de modo que no pudiese ser vista, gritó:

«El que corte madera, morirá;
quien devane con ella, se perderá».

Al oírlo el marido, dejó el hacha unos momentos, pensando en lo que podría significar aquello.

—¡Bah! —exclamó al fin—. ¡Qué puede ser! Un ruido cualquiera. Sería un tonto si me preocupase.

Y, empuñando de nuevo el hacha, volvió a su trabajo. Pero oyó la misma voz:

«El que corte madera, morirá;
quien devane con ella, se perderá».

Detúvose él, sintió miedo y quedó reflexionando. Pero, al cabo de un rato, tomó nuevos ánimos, volvió a coger el hacha… y ¡dale! Y he aquí que por tercera vez repitieron en alta voz desde el bosque:

«El que corte madera, morirá;
quien devane con ella, se perderá».

Aquello era ya demasiado; se le pasaron al hombre todas las ganas; bajó del árbol más que de prisa y emprendió el camino de su casa. La mujer regresó también, corriendo por atajos, para llegar antes.

Cuando el hombre entró en la casa, allí estaba ella con aire inocente, como si nada hubiese ocurrido, y le preguntó:

—¿Qué? ¿Traes una buena devanadera?

—No —respondió él—. Tendrás que dejar el devanado.

Y, contándole lo que había sucedido en el bosque, la dejó en paz en adelante.

Sin embargo, pronto volvió el marido a quejarse del desorden que reinaba en la casa.

—Mujer —díjole—, es una vergüenza que el lino hilado siga ahí en madejas, de cualquier manera.

—¿Sabes qué? —respondió la mujer—; ya que no has podido hacerte con una devanadera, tú te subes al desván y yo me colocaré abajo; te echaré el hilo hacia arriba y tú me lo vuelves a echar abajo, y de este modo saldrá una madeja.

—Bueno —dijo el marido; y lo hicieron así. Y cuando hubieron terminado, prosiguió él—. Bien, ya tenemos el hilo enmadejado; ahora hace falta cocerlo.

A la mujer aquello le venía también cuesta arriba, pero respondió:

—Sí, mañana de madrugada lo coceremos.

E imaginó un nuevo truco.

Levantóse a primera hora, encendió fuego y puso el caldero; pero en vez del hilo, echó dentro un montón de estopa, dejando que cociese. Luego fue a ver a su marido, que se estaba aún en la cama, y le dijo:

—Tengo que salir; levántate y vigila el hilo, que se está cociendo en el caldero. Mas procura no dormirte y estar al tanto, pues si cuando cante el gallo no vigilas, en vez de hilo tendremos estopa.

El hombre, deseoso de hacer bien las cosas y no descuidar ningún detalle, levantóse y se vistió con toda diligencia, bajando acto seguido a la cocina. Pero al llegar al caldero y echar una mirada a su interior, vio con espanto una masa de estopa. El infeliz no dijo nada, pensando que la desgracia era culpa de descuido, y jamás volvió a mentar el hilo ni la hilatura. Pero ¡hay que ver la mala pieza que era aquella mujer!

La bella Catalinita y Pif Paf Poltri

BUENOS días, padre Patosabio.

—Muchas gracias, Pif Paf Poltri.

—¿Podría obtener la mano de vuestra hija?

—¿Cómo no? Con tal que les parezca bien a madre Vaca Lechera, al hermano Presumido, a la hermana Comequeso y a la bella Catalinita, no habrá inconveniente.

«¿Y dónde está la madre Vaca Lechera?»

«Ordeña las vacas, allá en la boyera».

—Buenos días, madre Vaca Lechera.

—Muchas gracias, Pif Paf Poltri.

—¿Podría obtener la mano de vuestra hija?

—¿Cómo no? Con tal que les parezca bien al padre Patosabio, al hermano Presumido, a la hermana Comequeso y a la bella Catalinita, no habrá inconveniente.

«¿Y dónde está el hermano Presumido?»

«Partiendo leña, detrás del ejido».

—Buenos días, hermano Presumido.

—Muchas gracias, Pif Paf Poltri.

—¿Podría obtener la mano de vuestra hermana?

—¿Cómo no? Con tal que les parezca bien al padre Patosabio, a la madre Vaca Lechera, a la hermana Comequeso y a la bella Catalinita, no habrá inconveniente.

«¿Y dónde está la hermana Comequeso?»
«Cortando hierba para los conejos».

—Buenos días, hermana Comequeso.
—Muchas gracias, Pif Paf Poltri.
—¿Podría obtener la mano de vuestra hermana?
—¿Cómo no? Con tal que les parezca bien al padre Patosabio, a la madre Vaca Lechera, al hermano Presumido y a la bella Catalinita, no habrá inconveniente.

«¿Y dónde está la bella Catalinita?»
«En su cuarto, contando sus moneditas».

—Buenos días, bella Catalinita.
—Muchas gracias, Pif Paf Poltri.
—¿Te gustaría ser mi novia?
—Ya lo creo. Si les parece bien a mi padre Patosabio, a mi madre Vaca Lechera, a mi hermano Presumido y a mi hermana Comequeso, no hay inconveniente.
—Bella Catalinita, ¿cuánto tienes de dote?
—Catorce reales en buena moneda, un cuarto y medio de deudas, media libra de ciruelas, un puñado de hojuelas, cuatro cazuelas,

así como suena;
¿no es una dote buena?

—Pif Paf Poltri, ¿qué oficio tienes? ¿Eres sastre?
—Mucho mejor.
—¿Zapatero?
—Mucho mejor.
—¿Labrador?
—Mucho mejor.
—¿Carpintero?
—Mucho mejor.

—¿Herrero?
—Mucho mejor.
—¿Molinero?
—Mucho mejor.
—¿Eres quizás escobero?
—Eso es lo que soy. ¿Verdad que es buen oficio?

La zorra y el caballo

TENÍA un campesino un fiel caballo, ya viejo, que no podía prestarle ningún servicio. Su amo se decidió a no darle más de comer y le dijo:

—Ya no me sirves de nada; mas para que veas que te tengo cariño, te guardaré si me demuestras que tienes aún la fuerza suficiente para traerme un león. Y ahora, fuera de la cuadra.

Y lo echó de su casa.

El animal se encaminó tristemente al bosque, en busca de un cobijo.

Encontróse allí con la zorra, la cual le preguntó:

—¿Qué haces por aquí, tan cabizbajo y solitario?

—¡Ay! —respondió el caballo—. La avaricia y la lealtad raramente moran en una misma casa. Mi amo ya no se acuerda de los servicios que le he venido prestando durante tantos años, y porque ya no puedo arar como antes, se niega a darme pienso y me ha echado a la calle.

—¿Así, a secas? ¿No puedes hacer nada para evitarlo? —preguntó la zorra.

—El remedio es difícil. Me dijo que si era lo bastante fuerte para llevarle un león, me guardaría. Pero sabe muy bien que no puedo hacerlo.

—Yo te ayudaré. Túmbate bien y no te muevas, como si estuvieses muerto.

Hizo el caballo lo que le indicara la zorra, y ésta fue al encuentro del león, cuya guarida se hallaba a escasa distancia, y le dijo:

—Ahí fuera hay un caballo muerto; si sales, podrás darte un buen banquete.

Salió el león con ella y, cuando ya estuvieron junto al caballo, dijo la zorra:

—Aquí no podrás zampártelo cómodamente. ¿Sabes qué? Te ataré a su cola. Así te sera fácil arrastrarlo hasta tu guarida, y allí te lo comes tranquilamente.

Gustóle el consejo al león; colocóse de manera que la zorra con la cola del caballo ató fuertemente las patas del león, y le dio tantas vueltas y nudos que no había modo de soltarse.

Cuando hubo terminado, golpeó el anca del caballo, y dijo:

—¡Vamos, jamelgo, andando!

Incorporóse el animal de un salto y salió al trote, arrastrando al león. Se puso éste a rugir con tanta fiereza que todas las aves del bosque echaron a volar asustadas; pero el caballo lo dejó rugir y, a campo traviesa, lo llevó arrastrando hasta la puerta de su amo.

Al verlo éste, cambió de propósito y dijo al animal:

—Te quedarás a mi lado, y lo pasarás bien.

Y, en adelante, no le faltaron al caballo sus buenos piensos hasta que murió.

Las princesas bailadoras

ERASE una vez un rey que tenía doce hijas, a cual más hermosa. Dormían todas juntas en una misma sala, con las camas alineadas, y por la noche, a la hora de acostarse, el Rey cerraba la puerta con llave y corría el cerrojo.

Mas por la mañana, al abrir de nuevo el aposento, advertía que todos los zapatos estaban estropeados de tanto bailar, sin que nadie pudiese poner en claro el misterio.

Al fin, el Rey mandó pregonar que quien descubriese dónde iban a bailar sus hijas por la noche, podría elegir a una por esposa y, a la muerte del Monarca, heredaría el reino. Pero si al cabo de tres días con sus noches no hubiese esclarecido el caso, perdería la vida.

Al cabo de poco tiempo presentóse un príncipe, que se declaró dispuesto a intentar la empresa. Fue bien recibido, y al llegar la noche se le condujo a una habitación contigua al dormitorio de las princesas. Pusiéronle allí la cama. Él debía averiguar adónde se iban ellas a bailar; y para que no pudiesen hacerlo en secreto o escaparse a otro lugar, dejaron abierta la puerta de la sala. Mas al príncipe le pareció que tenía plomo en los ojos y se quedó dormido; y cuando se despertó por la mañana, encontróse con que las doce habían ido al baile, pues todas tenían agujereadas las suelas de los zapatos. Lo mismo se repitió la segunda noche y la tercera, por lo cual el príncipe fue decapitado sin compasión.

Después de él vinieron otros muchos dispuestos a correr la suerte, y todos dejaron la vida en la empresa.

En esto, un pobre soldado que, habiendo recibido una herida, no podía seguir en el servicio, acertó a pasar por las inmediaciones de la ciudad donde aquel rey vivía. Topóse con una vieja, que le preguntó adónde iba.

—Ni yo mismo lo sé —respondióle él y, en broma, añadió—. Me entran ganas de averiguar dónde se desgastan los zapatos bailando las hijas del Rey. Así, un día podría subir al trono.

—Pues no es tan difícil —replicó la vieja—. Para ello, basta con que no bebas el vino que te servirán por la noche y simules que estás dormido —luego, dándole una pequeña capa, añadió—. Cuando te la pongas, quedarás invisible y podrás seguir a las doce muchachas.

Con aquellas instrucciones, el soldado se tomó en serio la cosa y, cobrando ánimos, presentóse al Rey como pretendiente. Recibiéronle con las mismas atenciones que a los demás y le dieron vestidos principescos.

A la hora de acostarse, lo condujeron a la antesala de costumbre y, cuando ya se dispuso a meterse en la cama, entró la princesa mayor a ofrecerle un vaso de vino. Pero él se había atado una esponja bajo la barbilla y, echando en ella el líquido, no se tragó ni una gota.

Acostóse luego y, al cabo de un ratito, se puso a roncar como si durmiese profundamente. Al oírlo, las princesas soltaron las carcajadas, y la mayor exclamó:

—He aquí otro que podría haberse ahorrado la muerte.

Se levantaron. Abrieron armarios, arcas y cajones y sacaron de ellos magníficos vestidos; y mientras se ataviaban y acicalaban ante el espejo, saltaban de alegría pensando en el baile.

Sólo la más joven dijo:

—No sé. Vosotras estáis muy contentas, y yo en cambio siento una impresión rara. Presiento que nos ocurrirá una desgracia.

—Eres una boba —replicó la mayor—. Siempre tienes miedo. ¿Olvidaste ya cuántos príncipes han tratado, en vano, de descubrirnos? A este soldado ni siquiera hacía falta darle narcótico. No se habría despertado el muy zopenco.

Cuando todas estuvieron listas, salieron a echar una mirada al mozo; pero éste mantenía los ojos cerrados y permaneció inmóvil, por lo que ellas se creyeron seguras.

Entonces la mayor se acercó a su cama y le dio unos golpes. Inmediatamente, el mueble empezó a hundirse en el suelo, y todas pasaron por aquella abertura, una tras otra, guiadas por la mayor.

El soldado, que lo había visto todo, sin titubear se puso su capita y bajó también detrás de la menor. A mitad de la escalera le pisó ligeramente el vestido, por lo cual la princesa asustada exclamó:

—¿Qué es eso? ¿Quién me tira de la falda?

—¡No seas tonta! —exclamó la mayor—. Te habrás cogido en un gancho.

Llegaron todos abajo, encontrándose en una maravillosa avenida de árboles, cuyas hojas de plata brillaban y refulgían esplendorosamente. Pensó el soldado: «Es cuestión de proporcionarme una prueba»; y rompió una rama, produciendo un fuerte crujido al quebrarla.

La más joven volvió a exclamar:

—Pasa algo extraño. ¿No oísteis un crujido?

Pero la mayor replicó:

—Son disparos de regocijo, por la pronta liberación de nuestros príncipes.

Llegaron luego a otra avenida cuyos árboles eran de oro y, finalmente, a una tercera, en que eran de diamantes; y de cada una desgajó el soldado una rama, con gran susto de la pequeña; pero la mayor insistió en que eran disparos de regocijo.

Prosiguiendo, no tardaron en hallarse a la orilla de un gran río, en el que había doce barquitas y, en cada una, un gallardo príncipe. Aguardaban a las princesas, y cada cual subió a una en su barca, sentándose el soldado en la de la menor.

Dijo el príncipe:

—No sé por qué, pero esta barca es hoy mucho más pesada que de costumbre. Tengo que remar con todas mis fuerzas para hacerla avanzar.

—Debe de ser el tiempo —respondió la princesa—. Hoy está bochornoso, y también yo me siento deprimida.

En la orilla opuesta levantábase un magnífico y bien iluminado castillo, de cuyo interior llegaba una alegre música de timbales y trompetas. Entraron en él, y cada príncipe bailó con su preferida. Y también el soldado bailó, invisible, y cuando la princesa menor levantaba un vaso de vino, él se lo bebía, vaciándolo antes de que llegase a los labios de la muchacha, con el

consiguiente azoramiento de ella; pero la mayor siempre le imponía silencio.

Duró la danza hasta las tres de la madrugada, hora en que todos los zapatos estaban agujereados y hubieron de darla por terminada. Los príncipes las devolvieron a la orilla opuesta, y esta vez el soldado se embarcó con la mayor. En la ribera se despidieron de sus acompañantes, prometiéndoles volver a la noche siguiente.

Al llegar a la escalera, el soldado pasó delante y se metió en su cama. Cuando las doce muchachas entraron fatigadas y arrastrando los pies, reanudó él sus ronquidos y ellas, al oírlos, dijéronse entre sí:

—¡De éste nos hallamos seguras!

Desvistiéronse, guardando sus ricas prendas, y dejando los estropeados zapatos debajo de las respectivas camas, se acostaron.

A la mañana siguiente, el soldado no quiso decir nada deseoso de participar de nuevo en la magnífica fiesta, a la que concurrió la segunda noche y la tercera. Todo discurrió como la primera vez, durando el baile hasta el desgaste total de los zapatos. La tercera noche, empero, el soldado se llevó una copa como prueba.

Cuando sonó la hora de rendir cuentas, cogió el mozo las tres ramas y la copa y se presentó al Rey, mientras las doce hermanas escuchaban detrás de la puerta lo que decía.

Al preguntar el Rey:

—¿Dónde han estropeado mis hijas sus zapatos?

Respondió él:

—Bailando con doce príncipes en un palacio subterráneo.

Y relató cómo habían ocurrido las cosas, aportando en prueba las ramas y la copa.

Mandó entonces el Rey que compareciesen sus hijas, y les preguntó si el soldado decía la verdad. Al verse ellas descubiertas, y que de nada les serviría el seguir negando, hubieron de confesar. Entonces preguntó el Rey al soldado a cuál de ellas quería por mujer.

—Como ya no soy joven, dadme a la mayor —contestó.

El mismo día se celebró la boda, y el Rey lo nombró heredero del trono. En cuanto a los príncipes, quedaron encantados durante tantos días como

noches habían bailado con las princesas.

Los seis criados

EN remotos tiempos vivía una anciana reina, que era además hechicera. Tenía una hija tan hermosa como no se habría encontrado otra bajo el sol. La vieja sólo pensaba en hallar medios para perder a los hombres y, cada vez que llegaba un pretendiente, decíale que quien aspirase a casarse con su hija debía antes realizar un trabajo, y si no lo lograba, tenía que morir.

Muchos lo habían intentado, deslumbrados por la belleza de la muchacha, pero ninguno consiguió jamás realizar lo que la vieja exigiera de él; y, así, fueron decapitados sin piedad.

Mas cierto príncipe, enterado de la gran hermosura de la doncella, dijo a su padre:

—Permitidme que vaya a pretenderla.

—De ninguna manera —respondióle el Rey—. Si lo hicieses, correrías a tu muerte.

Enfermó el hijo gravemente y estuvo siete años entre la vida y la muerte, sin que los médicos encontraran remedio a su mal. Al ver su padre que no había esperanza, lleno el corazón de tristeza le dijo:

—Vete, pues, a probar suerte. Ya no sé qué más hacer.

Al oír el hijo estas palabras, levantóse del lecho completamente sano y se puso en seguida en camino.

Sucedió que, cabalgando por un erial, vio desde lejos que sobresalía del suelo un bulto semejante a un montón de heno, y al acercarse pudo comprobar que se trataba de la barriga de un individuo que se hallaba echado en aquel lugar; una barriga que era como una montañita.

Al ver al caballero, incorporóse el gordo y le dijo:

—Si necesitáis un criado, tomadme a vuestro servicio.

Respondióle el príncipe:

—¿Qué haría yo con un hombre tan voluminoso?

—¡Oh! —exclamó el gordo—. Esto no es nada; si me despliego del todo, puedo ser tres mil veces más gordo.

—En este caso —dijo el príncipe—, tal vez puedas servirme. Vente conmigo.

Y el gordo se marchó con el hijo del Rey.

Al cabo de un rato encontráronse con otro sujeto que, tendido en el suelo, mantenía una oreja aplicada contra la hierba. Preguntóle el príncipe:

—¿Qué estás haciendo ahí?

—Escucho —contestó el otro.

—¿Y qué escuchas con tanta atención?

—Escucho lo que está ocurriendo en estos momentos en el mundo, pues nada escapa a mi oído; incluso oigo crecer la hierba.

Díjole el príncipe:

—Dime, ¿qué oyes en la Corte de la vieja reina, madre de aquella hermosa doncella?

—Oigo el zumbido de una espada que está cortando la cabeza de un pretendiente —le respondió él.

—Tal vez puedas servirme —exclamó el príncipe—. Vente conmigo.

Siguieron adelante, y de pronto divisaron dos pies y parte de unas piernas, pero no el resto. Al cabo de un buen trecho encontraron el tronco, y luego, la cabeza.

—¡Caramba! —exclamó el príncipe—. ¡Vaya hombre largo!

—¡Oh! —respondió el largo—. Esto no es nada. Cuando estiro del todo las piernas, soy tres mil veces más alto que la montaña más elevada de la Tierra. Os serviría gustoso si me quisierais emplear.

—Sígueme —dijo el príncipe—. Tal vez puedas servirme.

Avanzaron otro trecho y observaron que al borde del camino había sentado un hombre con los ojos vendados. El príncipe le dijo:

—¿Tienes, acaso, los ojos enfermos, y te los daña la luz?

—No —respondió el hombre—. No puedo quitarme la venda, pues todo aquello que ven mis ojos vuela en pedazos. Tal es la fuerza de mi mirada. Si en algo puedo serviros, lo haré con gusto.

—Ven conmigo —respondióle el príncipe—. Tal vez puedas servirme.

Y, siguiendo adelante, dieron con otro individuo que, a pesar de estar tumbado bajo un sol tórrido, tiritaba y tenía el cuerpo helado y todos los miembros ateridos.

—¿Cómo es posible que tengas frío —le dijo el príncipe— con este sol que está cayendo?

—¡Oh! —respondió el desconocido—. Mi naturaleza es especial. Cuanto más calor hace, más frío tengo, y el hielo penetra por todos mis huesos; y cuanto más frío hace, más calor tengo. Y, así, en medio del hielo me derrito de calor, y dentro del fuego me hielo.

—Como raro, lo eres —dijo el príncipe—; pero si quieres servirme, sígueme.

Y, un poco más lejos, vieron a otro hombre que estaba de pie y, estirando el cuello, miraba a su alrededor en dirección de las montañas.

—¿Qué miras con tanta atención? —preguntóle el hijo del Rey.

—Es tan penetrante mi mirada —dijo el hombre—, que puedo ver a través de bosques y campos, y más allá de montes y valles, hasta los confines del mundo.

Díjole el príncipe:

—Si te apetece, ven conmigo. Necesito un hombre como tú.

Y he aquí que el príncipe, acompañado de sus seis servidores, llegó a la ciudad donde vivía la vieja reina. Sin darse a conocer de ella, le dijo:

—Si queréis otorgarme la mano de vuestra hermosa hija, estoy dispuesto a realizar lo que me mandéis.

Alegre la hechicera al ver que un joven tan apuesto caía en sus redes, respondióle:

—Te señalaré tres trabajos. Si los llevas a buen término, serás señor y esposo de mi hija.

—¿Cuál es el primero? —preguntó el príncipe.

—Debes traerme el anillo que se me cayó en el Mar Rojo.

Fuese el joven a sus criados y les dijo:

—El primer trabajo no es fácil. Se trata de pescar un anillo del Mar Rojo. ¡A ver cómo os ingeniáis!

Respondió, entonces, el de mirada penetrante:

—Voy a ver si lo localizo —y, mirando al fondo del mar, dijo—. Está sobre una roca puntiaguda.

Intervino el largo, y declaró:

—Yo lo sacaría, si pudiese verlo.

—¡Si no es más que eso! —exclamó el gordo.

Y, tendiéndose en el suelo, empezó a sorber las olas, como si se precipitasen en un abismo, y se bebió todo el mar, dejándolo seco como un prado. El largo, agachándose un poco, cogió el anillo con la mano.

Contento el príncipe al verse en posesión de la joya, fue a entregársela a la Reina, la cual la recibió con asombro diciendo:

—Sí, éste es el anillo. Has resuelto el primer trabajo; pero ahora viene el segundo. En aquel prado que allí ves, delante del palacio, pacen trescientos bueyes gordos; debes comértelos con piel y pelo, huesos y cuernos. Y abajo, en la bodega, tengo trescientos barriles de vino; tendrás que bebértelos. Y ten presente que si dejas un solo pelo de los bueyes o una sola gota del vino, pagarás con la vida.

Preguntó el príncipe:

—¿No podría tener invitados? Sin compañía, no apetece comer.

La vieja respondió con una risa maligna:

—Te permito que lleves un invitado para que te acompañe, pero sólo uno.

Regresó el príncipe junto a sus servidores y dijo al gordo:

—Hoy serás mi compañero de mesa, y comerás hasta saciarte.

Y el gordo se desplegó y se comió los trescientos bueyes, sin dejar un pelo de ellos; y aún preguntó si aquello era todo lo que había como desayuno. En cuanto al vino, se lo bebió desde los mismos bocoyes, sin necesidad de vaso, y sin dejar una sola gota desde la espita para abajo.

Terminado el banquete, fue el hijo del Rey a comunicar a la vieja que quedaba efectuado el segundo trabajo.

Admiróse ella y le dijo:

—Hasta ahora, nadie había llegado tan lejos; pero te queda aún otro cometido —y pensaba: «No te escaparás. Tu cabeza caerá»—. Esta noche —prosiguió— llevaré a mi hija a tu habitación. Deberás rodearla y sujetarla

con tu brazo; y guárdate muy bien de dormirte mientras estéis así juntos. Yo iré a las doce en punto, y si no la encuentro en tus brazos, estás perdido.

Pensó el príncipe: «Esto es fácil. Ya cuidaré yo de mantener los ojos abiertos». Con todo, llamó a sus criados y, después de darles cuenta de lo que le dijera la vieja, añadió:

—¡Quién sabe qué treta prepara! Conviene precaverse. Vigilad, pues, y cuidad de que la muchacha no salga de mi habitación.

Al cerrar la noche, presentóse la hechicera con su hija, a la que dejó en brazos del príncipe. Entonces el largo se estiró en círculo en torno a los dos, y el gordo púsose en la puerta, tapándola de manera que no pudiese pasar por ella un alma viviente.

La pareja permaneció sentada, sin que la muchacha pronunciase ni una sola palabra. Pero la luna, entrando por la ventana, iluminaba su maravillosa hermosura. El doncel no hacía sino contemplarla, extasiado de gozo y de amor, sin sentir el menor cansancio en los ojos. Duró la cosa hasta las once; pero entonces la bruja los hechizó a todos, de modo que se quedaron dormidos y, en el acto, fue arrebatada la princesa.

Siguieron dormidos profundamente hasta las doce menos cuarto, en que perdiendo el hechizo su fuerza, despertaron todos.

—¡Qué terrible desgracia! —exclamó el hijo del Rey—. ¡Ahora sí que estoy perdido!

Sus fieles criados prorrumpieron también en lamentaciones; pero el del fino oído dijo:

—¡Callaos, que voy a escuchar! —y, al cabo de un momento de silencio —. Está en una roca, a trescientas horas de aquí, llorando su muerte. ¡Sólo tú puedes remediarlo, largo! Si te das prisa, en dos pasos estás allí.

—Sí —respondió el larguirucho—; pero el de la mirada intensa debe acompañarme, para hacer saltar la roca.

Subió el de los ojos vendados a hombros del largo, y en un santiamén estuvieron junto a la roca encantada. El largo quitó la venda de los ojos del otro, y bastó una mirada de éste para que la roca volara en mil pedazos. Cogió entonces el largo en brazos a la princesa, y en un instante la llevó al palacio. Luego volvió a recoger a su compañero, y antes de dar las doce se hallaban todos reunidos y de excelente humor.

Al sonar las campanadas se presentó la vieja hechicera con semblante irónico, como diciendo: «¡Ya es mío!»; convencida de que su hija se encontraba a trescientas horas de allí. Pero, al verla en brazos del príncipe, exclamó con acento de terror:

—¡Éste es más poderoso que yo!

Pero ya no pudo objetar nada, y no tuvo más remedio que otorgarle a la muchacha. Sin embargo, dijo a ésta al oído:

—¡Qué vergüenza para ti, tener que obedecer a gente ordinaria, sin poder elegir un marido de tu gusto!

Aquellas palabras excitaron la ira en el orgulloso corazón de la doncella, la cual no pensó ya sino en vengarse.

Así, a la mañana siguiente mandó reunir trescientas cargas de leña, y dijo al príncipe que, si bien había efectuado los tres trabajos, no se casaría con él mientras alguien no se ofreciese a subirse a la pira y mantenerse en ella mientras ardiera. Ni por un momento imaginó que ninguno de sus criados quisiera morir abrasado por él y sí, en cambio, que él mismo por su amor subiría a la hoguera. De esta forma moriría y la dejaría libre.

Pero los criados dijeron:

—Todos hemos contribuido en algo. Sólo el friolero no ha hecho nada. Ahora le toca a él.

Y, subiéndolo a la pira, prendieron fuego a la leña. Empezó ésta a arder, y siguió ardiendo por espacio de tres días, hasta que toda la madera quedó consumida. Y al extinguirse las llamas apareció el hombre entre las cenizas, tiritando como una hoja de árbol y diciendo:

—En mi vida había pasado tanto frío. ¡Si dura un poco más, me quedo helado!

Ya no había escapatoria, y la hermosa doncella no tuvo más remedio que aceptar por marido al desconocido joven. Cuando ya se dirigían a la iglesia, exclamó la vieja:

—¡No puedo tolerar esta vergüenza!

Y envió a su ejército con orden de aniquilar cuanto se opusiera a su paso y rescatar a la princesa.

Pero el del oído fino se había enterado de los secretos discursos de la vieja.

—¿Qué hacemos? —preguntó el gordo.

Y éste encontró pronto un remedio: Escupiendo detrás del coche parte del agua del mar que se había tragado, inmediatamente se formó un gran lago, en el que quedó detenido el ejército perseguidor ahogándose en su totalidad.

Al saberlo la hechicera, despachó a la caballería, pero el oidor, percibiendo el ruido de las armaduras, quitó la venda de los ojos de su compañero el cual, con una sola mirada penetrante, hizo añicos toda la tropa como si fuese de cristal.

Ya pudieron seguir sin más estorbos y, una vez el cura hubo pronunciado su bendición sobre la pareja, los seis criados se despidieron, diciendo a su amo:

—Vuestros deseos han quedado cumplidos y, puesto que ya no nos necesitáis, seguiremos nuestro camino en busca de fortuna.

A cosa de media hora del palacio había una aldea, y en sus afueras, un porquerizo guardaba su manada. Al llegar cerca de allí, dijo el joven a su esposa:

—¿Sabes quién soy? No soy un príncipe, sino un porquero, y aquel que guarda la manada es mi padre. Debemos ir a ayudarle en su trabajo.

Luego se apeó con ella en la posada y, en secreto, dijo a los dueños que durante la noche quitasen a la princesa sus vestidos reales.

Al levantarse, a la mañana siguiente, la muchacha se encontró con que no tenía nada que ponerse, y la ventera le proporcionó una vieja falda y unas medias de lana como si le hiciese un gran obsequio, diciéndole:

—Si no es por vuestro marido, no os habría dado nada.

Persuadida la princesa de que su esposo era realmente un porquerizo, lo ayudó a guardar el ganado, pensando: «Me lo tengo bien merecido, por insolente y orgullosa».

Duró aquella situación ocho días, al cabo de los cuales la joven no podía ya resistir, pues tenía los pies completamente llagados.

Llegaron entonces unas personas, que le preguntaron si sabía quién era su marido.

—Sí —respondió ella—, es el hijo del porquero, y acaba de salir para vender una pequeña partida de cintas y galones.

Dijéronle los forasteros:

—Venid con nosotros; os acompañaremos junto a él.

Y la condujeron al palacio. Al entrar la princesa en el salón, vio a su esposo en sus vestiduras reales. Pero no lo reconoció hasta que él, abrazándola y besándola, le dijo:

—Yo he sufrido mucho por ti; por eso, también tú habías de sufrir algo por mí.

Celebróse entonces la boda, y… ¡no me hubiera gustado poco estar allí!

Juan de hierro

ERASE una vez un rey que tenía un gran bosque junto a su palacio, poblado de caza de toda especie.

Un día envió a un montero con encargo de matar un ciervo; pero el hombre no regresó. «Tal vez le haya ocurrido algo», pensó el Rey; y, al día siguiente, mandó a otros dos monteros en su busca; pero tampoco volvieron. Al tercer día hizo llamar a todos los monteros de la Corte, y les dijo:

—Recorred todo el bosque y no cejéis hasta haber encontrado a los tres desaparecidos.

Pero tampoco regresó ninguno del grupo, ni se supo nada más de los perros de la jauría que llevaban con ellos.

A partir de entonces, nadie se atrevió ya a aventurarse en aquel bosque, que quedó silencioso y solitario; sólo de tarde en tarde veíase volar sobre él un águila o un azor.

Así pasaron muchos años, hasta que un día presentóse al Rey un cazador forastero y, pidiéndole provisiones y vituallas, ofrecióse a penetrar en el peligroso bosque.

El Rey, empero, se negó a ello diciéndole:

—Es un lugar siniestro. Me temo que no tendrás mejor suerte que los otros, y que no saldrás de él.

Pero el cazador insistió:

—Dejádmelo intentar por mi cuenta y riesgo, señor; yo no conozco el miedo.

Y el cazador se internó en el bosque, seguido de su perro.

Al poco rato, el animal venteó una pieza y se puso a perseguirla; mas apenas hubo avanzado unos pasos, encontróse ante un profundo charco, que

lo obligó a detenerse. Un brazo desnudo salió del agua y, apresando al perro, sumergióse de nuevo con él.

Al verlo, el cazador retrocedió en busca de tres hombres provistos de cubos, con los cuales vaciaron el agua de la charca. Cuando quedó el fondo al descubierto, apareció un individuo de aspecto salvaje, con el cuerpo bronceado como de hierro oxidado, y una cabellera que le cubría el rostro y le llegaba hasta las rodillas. Atáronlo con cuerdas y lo condujeron al palacio, donde su aspecto produjo enorme extrañeza.

El Rey mandó encerrarlo en una jaula de hierro y prohibió, bajo pena de muerte, que nadie abriese la puerta, confiando la custodia de la llave a la Reina en persona.

A partir de aquel momento, todo el mundo pudo transitar por el bosque sin peligro.

Tenía el Rey un hijo de ocho años que, jugando un día en el patio del palacio, al tirar su pelota de oro, se le fue a caer dentro de la jaula. Corrió allí el pequeñuelo y dijo:

—¡Dame la pelota!

—Antes tienes que abrirme la puerta —respondióle el prisionero.

—No —replicó el niño—, no haré tal cosa; el Rey lo ha prohibido.

Y escapó corriendo.

Al día siguiente volvió a reclamar su pelota, y el hombre insistió:

—¡Ábreme la puerta!

Mas el pequeño no quiso.

Al tercer día, habiendo salido el Rey de caza, volvió a la carga el rapaz y le dijo:

—Aunque lo quisiera, no podría abrir la puerta; no tengo la llave.

Replicóle entonces el salvaje:

—Está debajo de la almohada de tu madre; allí la encontrarás.

El niño, deseoso de recuperar su juguete, acalló todos los reparos y fue a buscar la llave. Abrióse la puerta pesadamente, y el pequeño se cogió los dedos en ella. Salió el salvaje, y después de devolver la pelota al principito, apresuróse a huir.

Pero al chiquillo le entró miedo y, rompiendo a llorar, lo llamó:

—¡Salvaje, no te marches! Si te escapas, me pegarán.

Retrocedió el fugitivo y, cargándose al pequeño en hombros, corrió a esconderse en el bosque.

Al regresar el Rey y ver vacía la jaula, preguntó a la Reina qué había ocurrido. Pero ella no sabía nada. Subió a buscar la llave, y no la encontró. Llamó al niño, pero no le respondió nadie.

Entonces el Rey envió gente a los alrededores en busca de su hijo; mas todos regresaron sin noticias de él. No era difícil adivinar lo ocurrido, y la Corte fue presa de una gran aflicción.

Mientras tanto, el salvaje había vuelto a su tenebroso bosque. Bajó al pequeñuelo de su hombro y le dijo:

—No volverás a ver a tu padre ni a tu madre; pero te guardaré a mi lado, pues me has devuelto la libertad y te tengo lástima. Si haces cuanto te diga, lo pasarás muy bien. Poseo más oro y riquezas que nadie en el mundo.

Preparó para el muchachito un lecho de musgo, y la criatura no tardó en dormirse.

Al día siguiente, el hombre lo condujo al borde de un manantial y le dijo:

—¿Ves? Esta fuente de oro es límpida y clara como cristal; siéntate en la orilla y ten cuidado de que no caiga nada en ella, pues quedaría impura. Todos los días, al atardecer, vendré a comprobar si has cumplido mi orden.

Sentóse el niño al borde del manantial y pudo ver que de vez en cuando aparecía en sus aguas un pez o una serpiente oro, mientras él vigilaba que no cayese nada en ellas.

Hallándose así sentado, de pronto sintió en el dedo un dolor tan intenso que, maquinalmente, lo sumergió en el agua. Aunque lo retiró en seguida, le quedó dorado; y por más que hizo no pudo borrar el oro.

Al anochecer presentóse el hombre de hierro y, mirando al niño, le preguntó:

—¿Qué le ha pasado a la fuente?

—Nada, no le ha pasado nada —respondió el pequeño, escondiendo la mano en la espalda para que no le viese el dedo.

Pero el hombre le dijo:

—Has metido el dedo en el agua. Por esta vez te perdono; mas guárdate de volver a meter nada en ella.

A la mañana siguiente, el chiquillo reanudó su guardia al borde del manantial. El dedo le dolía de nuevo, y él se lo restregó en la cabeza; pero tuvo la desgracia de que le cayese un cabello al agua, y aunque se dio prisa en sacarle, estaba completamente dorado.

Al llegar el hombre de hierro, ya sabía lo ocurrido:

—Has dejado caer un pelo en el agua —le dijo—. Otra vez te lo perdono. Pero si vuelve a suceder, la fuente quedará mancillada, y no podrás seguir viviendo conmigo.

Al tercer día, el muchachito estaba junto a la fuente sin mover el dedo, aunque le dolía mucho. Como el tiempo se le hacía largo, quiso mirarse en el espejo de la fuente y, al inclinar la cabeza para verse bien la cara, sus largos cabellos, que le llegaban a los hombros, se le mojaron en el agua y, aunque los retiró inmediatamente, salieron dorados y brillantes como el sol.

Ya podéis imaginar el espanto del pobre niño. Tomó el pañuelo y se lo arrolló en la cabeza para que el hombre de hierro no lo viese.

Pero cuando éste vino, ya lo sabía todo y dijo:

—¡Quítate el pañuelo!

Y aparecieron los dorados bucles.

Intentó disculparse el pequeño, pero de nada le sirvió.

—No has superado la prueba, y no puedes seguir aquí. Márchate a correr mundo. Así sabrás lo dura que es la pobreza. Pero como tienes buen corazón, y yo quiero tu bien, te concederé un favor. Cuando te encuentres en un apuro, corre al bosque y grita: «¡Juan de hierro!». Acudiré en tu auxilio. Mi poder es grande, mayor de lo que tú crees, y tengo oro y plata en abundancia.

El principito salió del bosque y se puso en marcha, por caminos trillados y no trillados, hasta que al fin llegó a una gran ciudad. Buscó en ella trabajo, pero no pudo encontrarlo, pues nada le habían enseñado para ganarse el sustento.

Finalmente, presentóse en el palacio del Rey y preguntó si lo querían como criado. La gente de la Corte no sabía qué hacer de él; pero como les resultó simpático, le permitieron quedarse. Al fin, el cocinero lo tomó a su servicio, diciendo que podría ir por leña y por agua y recoger las cenizas.

Un día en que estaban ausentes los camareros, el cocinero le mandó que sirviese la comida a la mesa real; pero el chiquillo, no queriendo que se viese su cabellera de oro, dejóse puesto el casquete.

Al Rey nunca le había ocurrido una cosa semejante y le dijo:

—Cuando te presentes a servir la mesa real debes descubrirte.

—¡Oh, Señor! —justificóse el niño—, no me atrevo, pues tengo tiña.

El Rey mandó llamar al cocinero y le riñó por haber tomado a su servicio a aquel chiquillo, ordenándole que lo despidiese en el acto. El cocinero, sin embargo, apiadándose del pequeño lo cambió por el mozo del jardinero.

Desde entonces, el muchacho hubo de pasarse las horas en el jardín, plantando y regando, cavando y azadonando, expuesto al viento y a la intemperie.

Un día de verano en que estaba trabajando solo, el calor era tan tórrido que se quitó el casquete para que le diese el aire. Al reflejarse los rayos del sol en su cabello, el brillo y centelleo de éste fue a proyectarse en la habitación de la princesa.

Ésta saltó de la cama para averiguar de dónde venía el reflejo. Viendo al chiquillo, le gritó:

—¡Muchacho, tráeme un ramo de flores!

Apresuróse él a ponerse de nuevo el casquete y, cogiendo unas flores silvestres, hizo de ellas un ramillete. Cuando subía la escalera para llevárselo a la princesa, encontróse con el jardinero.

—¿Cómo se te ocurre llevar a la princesa un ramo de flores tan vulgares? —riñóle el hombre—. Vuelve al jardín, de prisa, y elige las más raras y bellas.

—No —respondió el pequeño—. Las silvestres huelen mejor y le gustarán más.

Al entrar en la habitación, díjole la hija del Rey:

—Quítate el sombrero. No puedes presentarte ante mí con la cabeza cubierta.

Pero él volvió a justificarse como la vez anterior:

—No puedo, tengo tiña.

La doncella le quitó el casquete con un gesto brusco, y la dorada cabellera se le soltó sobre los hombros, y era tan bonita que daba gloria verla. Quiso escapar el niño; pero ella lo retuvo, cogiéndolo del brazo, y le dio un puñado de ducados.

El niño, que no hacía ningún caso del dinero, fue a entregar las monedas al jardinero:

—Las regalo a tus hijos para que jueguen con ellas —le dijo.

A la mañana siguiente volvió a mandarle la princesa que le trajese un ramillete de flores del campo y, cuando se presentó con él, quiso quitarle también el sombrerito; pero el muchacho lo mantuvo sujeto con ambas manos. Diole ella otro puñado de ducados, que el niño regaló al jardinero para sus hijos, como la víspera.

La misma escena repitióse el tercer día. La princesa no pudo quitarle el casquete, y el chiquillo no quiso guardarse el dinero.

Al poco tiempo, el país entró en guerra. El rey convocó a sus tropas, dudando de si podría resistir al enemigo, que era muy poderoso y tenía un ejército inmenso.

Dijo entonces el mozo jardinero:

—Ya soy mayor y quiero ir a la guerra. Dadme un caballo.

Los otros echándose a reír, le replicaron:

—Cuando hayamos partido, te lo buscas. Te dejaremos uno en el establo.

Y, efectivamente, cuando ya hubo marchado la tropa, bajó él a la cuadra y sacó de ella al animal, que era cojo de una pata y avanzaba renqueando.

Montó en él, a pesar de todo, dirigiéndose al tenebroso bosque y, al llegar a la orilla, gritó por tres veces: «¡Juan de hierro!»; tan fuertemente, que su voz resonó a través de los árboles.

En seguida se presentó el salvaje y le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Quiero un buen corcel, pues voy a la guerra.

—Lo tendrás, y más aún de lo que pides.

El salvaje volvió a internarse en el bosque, y al poco rato salía de él un mozo de cuadra conduciendo un hermoso caballo que resoplaba por las narices y parecía indómito. Detrás venía una hueste de tropas con

armaduras de hierro y espadas que centelleaban al sol. El muchacho entregó al mozo de cuadra su cojo jamelgo y, montando el brioso corcel, púsose al frente de la tropa.

Al aproximarse al campo de batalla, buena parte del ejército del Rey había caído ya, y el resto estaba a punto de darse a la fuga. Atacó entonces el joven con sus guerreros y, cargando sobre el enemigo como un huracán, derribó cuanto se oponía a su paso. Las tropas adversarias trataron de huir, pero el joven se lanzó en su persecución y las aniquiló.

Luego, en vez de dirigirse al Rey, condujo a su hueste al bosque por caminos desviados, y llamó de nuevo a Juan de hierro.

—¿Qué quieres? —preguntó el salvaje.

—Quédate con tu corcel y tu hueste, y devuélveme mi caballo cojo.

Hízose como pedía, y el muchacho emprendió el regreso al palacio montado en su rocín.

Cuando el Rey llegó a la Corte, salió su hija a recibirlo y lo felicitó por su victoria.

—No he sido yo el vencedor —respondióle el Rey—, sino un caballero desconocido que acudió en mi ayuda al frente de sus tropas.

Quiso la princesa saber quién era el tal caballero, pero su padre lo ignoraba.

—Lo único que puedo decirte —añadió— es que se lanzó en persecución del enemigo, y ya no lo he vuelto a ver.

Ella fue al jardinero a preguntarle por su ayudante, y el hombre, echándose a reír, dijo:

—Acaba de llegar en su jamelgo cojo, y todo el mundo lo ha recibido con burlas, exclamando: «¡Ahí viene nuestro héroe!». Y al preguntarle: «¿Dónde estuviste durmiendo durante la pelea?», él ha replicado: «He hecho una buena labor; sin mí, lo habríais pasado mal». Y todos han soltado la carcajada.

Dijo el Rey a su hija:

—Quiero organizar una gran fiesta que dure tres días, y tú arrojarás una manzana de oro. Tal vez se presente el desconocido.

Cuando anunciaron la fiesta, el mozo se fue al bosque y llamó a Juan de hierro.

—¿Qué quieres? —preguntóle éste.

—Ser yo quien coja la manzana de oro de la princesa.

—Puedes darla por tuya —respondió Juan de hierro—. Te daré una armadura roja y montarás un brioso alazán.

Al llegar la fecha señalada apareció el mozo al galope y, situándose entre los restantes caballeros, no fue reconocido por nadie.

Adelantóse la princesa y arrojó una manzana de oro. Nadie la cogió sino él; pero no bien la tuvo en su poder, escapó a toda velocidad.

Al segundo día, Juan de hierro le dio una armadura blanca y un caballo del mismo color. Nuevamente se apoderó de la manzana, y otra vez, se alejó con ella sin perder momento.

Irritóse el Rey y dijo:

—Esto no está permitido; debe presentarse y decir su nombre.

Y dio orden de que, si volvía a comparecer el caballero de la manzana, se le persiguiese si intentaba escapar, y se le diese muerte si se negaba a obedecer.

El tercer día Juan de hierro le proporcionó una armadura y un caballo negro, y él volvió a quedarse con la manzana. Al huir con ella, persiguiéronle los hombres del Rey, llegando uno tan cerca, que lo hirió en una pierna con la punta de la espada. No obstante, el caballero logró fugarse; pero eran tan formidables los saltos que pegaba su caballo, que cayéndosele el yelmo, sus perseguidores pudieron ver que tenía el cabello dorado.

Al regresar a palacio se lo explicaron al Rey.

Al día siguiente, la princesa preguntó al jardinero por su ayudante.

—Está en el jardín, trabajando. Es un mozo muy raro. Estuvo en la fiesta y no regresó hasta ayer. Además, enseñó a mis niños tres manzanas de oro que había ganado.

El Rey lo hizo llamar a su presencia, y el muchacho se presentó, pero también sin descubrirse. Mas la princesa se le acercó, le quitó el sombrero, con lo cual la cabellera le cayó en dorados bucles por encima de los hombros, apareciendo el muchacho tan hermoso que todos los presentes se pasmaron.

—¿Fuiste tú el caballero que estuvo los tres días en la fiesta, cada uno con diferente armadura, y ganaste las tres manzanas de oro? —preguntó el Rey.

—Sí —respondió el mozo—, y ahí están las manzanas —y, sacándolas del bolsillo, las alargó al Rey—. Y si todavía queréis más pruebas, podéis ver la herida que me causaron vuestros hombres al perseguirme. Y también soy yo el caballero que os dio la victoria sobre vuestros enemigos.

—Si realmente puedes realizar semejantes hazañas, no has nacido para mozo de jardín. Dime, ¿quién es tu padre?

—Mi padre es un Rey poderoso y, en cuanto a oro, lo tengo en abundancia, todo el que quiero.

—Bien veo —dijo el Rey— que estoy en deuda contigo. ¿Puedo pagártelo de algún modo?

—Sí —contestó el mozo—, sí podéis; dadme por esposa a vuestra hija.

Echóse a reír la princesa y dijo:

—¡Éste no se anda con cumplidos! Ya había notado yo en su cabellera dorada que no era un ayudante de jardinero.

Acercándosele, le dio un beso.

A la boda estuvieron presentes sus padres, locos de alegría, pues habían ya perdido toda esperanza de volver a ver a su hijo querido. Y cuando ya se habían sentado a la espléndida mesa, cesó de repente la música, se abrieron las puertas y entró un rey de porte majestuoso seguido de un gran séquito.

Se dirigió al príncipe, lo abrazó y le dijo:

—Yo soy Juan de hierro. Me habían hechizado, transformándome en aquel hombre salvaje; pero tú me has redimido. Tuyos son todos los tesoros que poseo.

Las tres princesas negras

LA India fue sitiada por el diablo, el cual se negó a levantar el cerco mientras no se le pagasen seiscientos ducados. Diose orden de pregonar que quien aportara aquella cantidad sería elegido alcalde.

He aquí que un pobre pescador se hallaba a la orilla del mar, en compañía de su hijo. Llegó el diablo, apoderóse del hijo y, como compensación, dio los seiscientos ducados al padre.

Fue éste a entregarlos a los señores de la ciudad. Retiróse el enemigo, y el pescador fue nombrado burgomaestre. Pregonóse entonces que quien no le llamase «Señor Alcalde», sería condenado a la horca.

El hijo logró escapar de manos del diablo y llegó a un gran bosque, situado en una alta montaña. Abrióse ésta y apareció un espacioso castillo encantado, donde todo —sillas, mesas y bancos— estaba tapizado de negro.

Entraron luego tres princesas, vestidas de negro, y que sólo en la cara eran un poquitín blancas, y le dijeron que no se asustase, pues ningún daño le causarían. En cambio, él podía desencantarlas.

Contestóles que lo haría gustoso si supiera cómo. Ellas le explicaron que por espacio de un año no debía dirigirles la palabra ni mirarlas; sólo podría pedirles lo que deseara, y ellas lo harían si les estaba permitido.

Al cabo de un tiempo de permanecer el muchacho en el castillo, dijo que deseaba volver a la casa de su padre, y las princesas le respondieron que podía hacerlo. Diéronle un bolso de dinero y los vestidos que debía ponerse, y le comunicaron que tendría que estar de regreso dentro de ocho días.

Sintióse el mozo arrebatado y, en un momento, se encontró en la India. Pero no había modo de dar con su padre en su vieja choza; y, así, anduvo preguntando a la gente dónde había ido a parar el pobre pescador.

Respondiéronle que no debía hablar en aquellos términos, pues de lo contrario, lo ahorcarían.

Encontró, al fin, a su padre y le dijo:

—Pescador, ¿cómo habéis llegado a esto?

—No debéis llamarme así —lo reprendió él—. Si se enteran los señores de la ciudad, te ahorcarán.

Pero el chico no le hizo caso y fue conducido a la horca.

Al llegar allí, suplicó:

—¡Oh, señores! Permitidme que vaya por última vez a la vieja choza del pescador.

Cuando estuvo en ella, vistió su antigua blusa y, compareciendo de nuevo ante los personajes, dijo:

—¿No lo veis? ¿No soy el hijo del pobre pescador? En este traje he ganado el pan de mi padre y de mi madre.

Reconociéronlo entonces y, pidiéndole perdón, lo llevaron con ellos a su casa, donde contó a todos sus aventuras. Cómo había llegado al bosque de una alta montaña; cómo se había abierto la montaña y entrado en un castillo encantado, en el que todo era negro, y cómo se le habían presentado tres princesas, negras de pies a cabeza, y sólo un poquito blancas en la cara, y las princesas lo habían tranquilizado, y dicho que él podía desencantarlas.

Respondió entonces su madre que todo aquello debía de ser cosa del diablo; tenía que llevarse una vela bendita y echarles en la cara cera derretida.

Regresó el muchacho, y muy asustado por cierto, vertióles sobre el rostro unas gotas de cera mientras dormían y vio que quedaban medio blancas.

Incorporándose entonces bruscamente las princesas, gritáronle:

—¡Perro maldito, nuestra sangre clama venganza contra ti! ¡Ahora no existe ya en todo el mundo, ni existirá jamás, un ser humano que pueda redimirnos! Tenemos tres hermanos, que están amarrados a siete cadenas; ellos te destrozarán.

Levantóse un espantoso griterío en todo el castillo; el mozo saltó por la ventana y se rompió una pierna. Hundióse el palacio en el suelo, cerróse de nuevo la montaña, y nadie supo dónde había estado.

Knoist y sus tres hijos

ENTRE Werrel y Soest vivía un hombre que se llamaba Knoist. Tenía tres hijos, de los cuales uno era ciego; el segundo, manco, y el tercero andaba en cueros vivos.

Salieron una vez al campo y vieron una liebre. El ciego la mató de un tiro; el manco la recogió, y el desnudo se la metió en el bolsillo.

Llegaron luego a un río gigantesco en el que había tres barcos: uno corría; otro, se hundía, y el tercero no tenía fondo; ellos subieron al que no tenía fondo y navegaron hasta un gigantesco bosque, en el que se levantaba un enorme árbol.

En el árbol había una inmensa capilla, y en la capilla, un sacristán de ojaranzo y un cura de boj, los cuales distribuían el agua bendita a estacazos.

> «Dichoso el que medita
> el modo de huir de tal agua bendita».

La muchacha de Brakel

UNA muchacha de Brakel se fue un día a la capilla de Santa Ana, más abajo de Hinnenburgo; y como suspiraba por un novio, y creía que estaba sola en la capilla, se puso a entonar la siguiente canción:

«Santa Ana querida,
dame el hombre de mi vida.
Ya sabes quién es;
vive detrás del molino,
tiene el pelo de oro fino,
haz que venga por sus pies».

Pero el sacristán, que estaba detrás del altar, oyó su plegaria y con voz chillona se puso a gritar:

—¡No lo tendrás, no lo tendrás!

La muchacha creyó que era la Virgen María, que estaba con su madre Ana, la que así gritaba. Y muy enfadada le dijo:

—No te entrometas, tontuela. Cierra el pico y deja hablar a tu madre.

Los fámulos

, ¿adónde vas?

—A Walpe.

—Yo a Walpe, tú a Walpe; ya ves, ya ves, vámonos pues.

—¿Tienes marido? ¿Cómo se llama tu marido?

—Cam.

—Mi marido, Cam; tu marido, Cam; yo, a Walpe; tú, a Walpe; ya ves, ya ves, vámonos pues.

—¿Tienes un hijo? ¿Cómo se llama tu hijo?

—Tiña.

—Mi hijo, Tiña; tu hijo, Tiña; mi marido, Cam; tu marido, Cam; yo a Walpe; tú, a Walpe; ya ves, ya ves, vámonos pues.

—¿Tienes una cuna? ¿Cómo se llama tu cuna?

—Caballito.

—Mi cuna, Caballito; tu cuna, Caballito; mi hijo, Tiña; tu hijo, Tiña; mi marido, Cam; tu marido, Cam; yo, a Walpe; tú, a Walpe; ya ves, ya ves, vámonos pues.

—¿Tienes un criado? ¿Cómo se llama tu criado?

—Hazmelobien.

—Mi criado, Hazmelobien; tu criado, Hazmelobien; tu cuna, Caballito; mi cuna, Caballito; mi hijo, Tiña; tu hijo, Tiña; mi marido, Cam; tu marido, Cam; yo, a Walpe; tú, a Walpe; ya ves, ya ves, vámonos pues.

El corderillo y el pececillo

RANSE dos hermanitos, un niño y una niña, que se querían tiernamente. Su madre había muerto, su madrastra los odiaba y procuraba siempre causarles todo el mal posible.

Sucedió que un día estaban los dos hermanos jugando en un prado, delante de su casa, en compañía de otros niños. Y junto al prado extendíase un estanque, el cual llegaba hasta uno de los lados de la casa. Corrían los chiquillos, y jugaban a alcanzarse y cantaban:

«Patito, quiéreme un poquito,
y te daré mi pajarito.
El pajarito me buscará pajita;
la paja la daré a mi vaquita;
la vaca me dará leche rica;
la leche la daré al pastelero;
el pastelero me cocerá pasteles;
los pasteles los daré al gatito;
el gato me cazará ratoncitos;
los ratoncitos los colgaré a la espalda…
¡y te morderán!»

Y se ponían en corro, y al que le tocaba la palabra «morderán» debía echar a correr, persiguiéndole los demás hasta que lo alcanzaban.

La madrastra, al verlos desde la ventana saltar tan alegremente, se enojó y, como era bruja, encantó a los dos hermanitos, convirtiendo al niño en pez, y a la niña en cordero.

He aquí que el pez nadaba tristemente en el estanque, y el corderillo corría por el prado, triste también, sin comer ni tocar una hierbecita.

Así transcurrió algún tiempo, hasta que un día llegaron forasteros al palacio, y la malvada madrastra pensó: «Ésta es una buena ocasión». Y llamó al cocinero y le dijo:

—Ve al prado a buscar el cordero y mátalo, pues no tenemos nada para ofrecer a los huéspedes.

Bajó el cocinero, cogió al animalito, y se lo llevó a la cocina atado de patas; y todo lo sufrió con paciencia la bestezuela. Pero cuando el hombre, sacando el cuchillo, salió al umbral para afilarlo, reparó en un pececito que con muestras de gran agitación nadaba frente al vertedero y lo miraba. Era el hermanito que, al ver que el cocinero se llevaba al corderillo, había acudido desde el centro del estanque.

Baló entonces el corderillo desde arriba:

«Hermanito que moras en el estanque,
mi pobre alma, dolida está y sangrante.
Muy pronto el cocinero sin compasión,
me clavará el cuchillo en el corazón».

Respondió el pececillo:

«¡Ay, hermanita, que me llamas desde lo alto!
Mi pobre alma, dolida está y sangrante
en las aguas profundas del estanque».

Al oír el cocinero hablar al corderillo y dirigir al pececito aquellas palabras tan tristes, asustóse y comprendió que no debía ser un cordero natural, sino la víctima de algún hechizo de la mala bruja de la casa.

Dijo:

—Tranquilízate, que no te mataré.

Y, cogiendo otra res, la sacrificó y guisó para los invitados. Luego condujo el corderillo a una buena campesina, y le explicó cuanto había oído y presenciado.

Resultó que precisamente aquella campesina había sido la nodriza de la hermanita y, sospechando la verdad, fue con el animalito a un hada buena. Pronunció ésta una bendición sobre el corderillo y el pececillo, y ambos recobraron en el acto su figura humana propia.

Luego los llevó a una casita situada en un gran bosque, donde vivieron solos, pero felices y contentos.

Blancanieves

ERA un crudo día de invierno, y los copos de nieve caían del cielo como blancas plumas. La Reina cosía junto a una ventana, cuyo marco era de ébano. Y como mientras cosía miraba caer los copos, con la aguja se pinchó un dedo y tres gotas de sangre fueron a caer sobre la nieve. El rojo de la sangre destacaba bellamente sobre el fondo blanco, y ella pensó: «¡Ah, si pudiese tener una hija que fuese blanca como nieve, roja como sangre y negra como el ébano de esta ventana!».

No mucho tiempo después le nació una niña que era blanca como la nieve, sonrosada como la sangre y de cabello negro como la madera de ébano; y por eso le pusieron por nombre Blancanieves. Pero al nacer ella, murió la Reina.

Un año más tarde, el Rey volvió a casarse. La nueva reina era muy bella, pero orgullosa y altanera, y no podía sufrir que nadie la aventajase en hermosura.

Tenía un espejo prodigioso, y cada vez que se miraba en él, le preguntaba:

> «Espejito en la pared, dime una cosa:
> ¿quién es de este país la más hermosa?»

Y el espejo le contestaba invariablemente:

«Señora Reina, vos sois la más hermosa en todo el país».

La Reina quedaba satisfecha, pues sabía que el espejo decía siempre la verdad.

Blancanieves fue creciendo y se hacía más bella cada día.

Cuando cumplió los siete años, era tan hermosa como la luz del día, y mucho más que la misma Reina.

Al preguntar ésta un día al espejo:

«Espejito en la pared, dime una cosa:
¿quién es de este país la más hermosa?»

Y respondió el espejo:

«Señora Reina, vos sois como una estrella,
pero Blancanieves es mil veces más bella».

Espantóse la Reina, palideciendo de envidia y, desde entonces, cada vez que veía a Blancanieves sentía revolvérsele el corazón; tal era el odio que abrigaba contra ella. Y la envidia y la soberbia, como las malas hierbas, crecían cada vez más altas en su alma, no dejándole un instante de reposo de día ni de noche.

Finalmente, llamó un día a un montero y le dijo:

—Llévate a la niña al bosque; no quiero tenerla más tiempo ante mis ojos. La matarás, y en prueba de haber cumplido mi orden, me traerás sus pulmones y su hígado.

Obedeció el cazador y se marchó al bosque con la muchacha. Pero cuando se disponía a clavar su cuchillo de monte en el inocente corazón de la niña, echóse ésta a llorar:

—¡Piedad, buen cazador, déjame vivir! —suplicaba—. Me quedaré en el bosque y jamás volveré a palacio.

Y era tan hermosa que el cazador, apiadándose de ella, le dijo:

—¡Márchate, pues, pobrecilla!

Y pensó: «No tardarán las fieras en devorarte». Y, sin embargo, parecióle como si se le quitase una piedra del corazón al no tener que matarla. Y como acertara a pasar por allí un jabatillo, lo degolló, le sacó los pulmones y el hígado, y se los llevó a la Reina como prueba de haber cumplido su mandato.

La perversa mujer los entregó al cocinero para que se los guisara, y se los comió convencida de que comía la carne de Blancanieves.

La pobre niña se encontró sola y abandonada en el inmenso bosque. Se moría de miedo, y el menor movimiento de las hojas de los árboles le daba un sobresalto. No sabiendo qué hacer, echó a correr por entre espinos y piedras puntiagudas, y los animales de la selva pasaban saltando por su lado sin causarle el menor daño.

Siguió corriendo mientras la llevaron los pies y hasta que se ocultó el sol. Entonces vio una casita y entró en ella para descansar.

Todo era diminuto en la casita, pero tan primoroso y limpio, que no hay palabras para describirlo.

Había un mesita cubierta con un mantel blanquísimo, con siete minúsculos platitos y siete vasitos; y al lado de cada platito había su

cucharilla, su cuchillito y su tenedorcito. Alineadas junto a la pared veíanse siete camitas, con sábanas de inmaculada blancura.

Blancanieves, como estaba muy hambrienta, comió un poquitín de legumbres y un bocadito de pan de cada platito, y bebió una gota de vino de cada copita, pues no quería tomarlo todo de uno solo.

Luego, sintiéndose muy cansada, quiso echarse en una de las camitas; pero ninguna era de su medida: resultaba demasiado larga o demasiado corta; hasta que, por fin, la séptima le vino bien; se acostó en ella, encomendóse a Dios y quedó dormida.

Cerrada ya la noche, llegaron los dueños de la casita, que eran siete enanos que se dedicaban a excavar minerales en el monte. Encendieron sus siete lamparillas y, al iluminarse la habitación, vieron que alguien había entrado en ella, pues las cosas no estaban en el orden en que ellos las habían dejado al marcharse.

Dijo el primero:

—¿Quién se sentó en mi sillita?

El segundo:

—¿Quién ha comido de mi platito?

El tercero:

—¿Quién ha cortado un poco de mi pan?

El cuarto:

—¿Quién ha comido de mi verdurita?

El quinto:

—¿Quién ha pinchado con mi tenedorcito?

El sexto:

—¿Quién ha cortado con mi cuchillito?

Y el séptimo:

—¿Quién ha bebido de mi vasito?

Luego el primero, dándose una vuelta por la habitación y viendo un pequeño hueco en su cama, exclamó alarmado:

—¿Quién se ha subido en mi camita?

Acudieron corriendo los demás y exclamaron todos:

—¡Alguien estuvo echado en la mía!

Pero el séptimo, al examinar la suya, descubrió a Blancanieves dormida en ella. Llamó entonces a los demás, los cuales acudieron presurosos y no pudieron reprimir sus exclamaciones de admiración cuando, acercando las siete lamparillas, vieron a la niña.

—¡Oh, Dios mío; oh, Dios mio! —decían—. ¡Qué criatura más hermosa!

Y fue tal su alegría, que decidieron no despertarla, sino dejar que siguiera durmiendo en la camita.

El séptimo enano se acostó junto a sus compañeros, una hora con cada uno, y así transcurrió la noche.

Al clarear el día despertóse Blancanieves y, al ver a los siete enanos, tuvo un sobresalto. Pero ellos la saludaron afablemente y le preguntaron:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Blancanieves —respondió ella.

—¿Y cómo llegaste a nuestra casa? —siguieron preguntando los hombrecillos.

Entonces ella les contó que su madrastra había dado orden de matarla, pero que el cazador le había perdonado la vida, y ella había estado corriendo todo el día hasta que, al atardecer, encontró la casita.

Dijeron los enanos:

—¿Quieres cuidar de nuestra casa? ¿Cocinar, hacer las camas, lavar, remendar la ropa y mantenerlo todo ordenado y limpio? Si es así, puedes quedarte con nosotros y nada te faltará.

—¡Sí! —exclamó Blancanieves—. Con mucho gusto.

Y se quedó con ellos.

A partir de entonces, cuidaba la casa con todo esmero. Por la mañana, ellos salían a la montaña en busca de mineral y oro, y al regresar por la tarde, encontraban la comida preparada.

Durante el día, la niña se quedaba sola, y los buenos enanitos le advirtieron:

—Guárdate de tu madrastra, que no tardará en saber que estás aquí. ¡No dejes entrar a nadie!

La Reina, entretanto, desde que creía haberse comido los pulmones y el hígado de Blancanieves, vivía segura de volver a ser la primera en belleza.

Acercóse un día al espejo y le preguntó:

«Espejito en la pared, dime una cosa:
¿quién es de este país la más hermosa?»

Y respondió el espejo:

«Señora Reina, vos sois aquí como una estrella;
pero mora en la montaña, con los enanitos,
Blancanieves, que es mil veces más bella».

Sobresaltóse la Reina, pues sabía que el espejo jamás mentía, y se dio cuenta de que el cazador la había engañado, y que Blancanieves no estaba muerta. Pensó entonces otra manera de deshacerse de ella, pues mientras hubiese en el país alguien que la superase en belleza, la envidia no la dejaba reposar.

Finalmente, ideó un medio. Tiznóse la cara y se vistió como una vieja buhonera, quedando completamente desconocida. Así disfrazada, dirigióse a las siete montañas y, llamando a la puerta de los siete enanitos, gritó:

—¡Vendo cosas buenas y bonitas!

Asomóse Blancanieves a la ventana y le dijo:

—¡Buenos días, buena mujer! ¿Qué traéis para vender?

—Cosas finas, cosas finas —respondió la Reina—. Lazos de todos los colores.

Y sacó uno trenzado, de seda multicolor. «Bien puedo dejar entrar a esta pobre mujer», pensó Blancanieves. Y, abriendo la puerta, compró el primoroso lacito.

—¡Qué linda eres, niña! —exclamó la vieja—. Ven, que yo misma te pondré el lazo.

Blancanieves, sin sospechar nada, púsose delante de la vendedora para que le atase la cinta alrededor del cuello, pero la bruja lo hizo tan bruscamente y apretando tanto, que a la niña se le cortó la respiración y cayó como muerta.

—¡Ahora ya no eres la más hermosa! —dijo la madrastra, y se alejó precipitadamente.

Al cabo de poco rato, ya anochecido, regresaron los siete enanos. Imaginad su susto cuando vieron tendida en el suelo a su querida Blancanieves, sin moverse, como muerta.

Corrieron a incorporarla y viendo que el lazo le apretaba el cuello, se apresuraron a cortarlo. La niña comenzó a respirar levemente, y poco a poco fue volviendo en sí.

Al oír los enanos lo que había sucedido, le dijeron:

—La vieja vendedora no era otra que la malvada Reina. Guárdate muy bien de dejar entrar a nadie mientras nosotros estemos ausentes.

La mala mujer, al llegar a palacio, corrió ante el espejo y le preguntó:

«Espejito en la pared, dime una cosa:
¿quién es de este país la más hermosa?»

Y respondió el espejo, como la vez anterior:

«Señora Reina, vos sois aquí como una estrella;
pero mora en la montaña, con los enanitos,
Blancanieves, que es mil veces más bella».

Al oírlo, del despecho toda la sangre le afluyó al corazón, pues vio que Blancanieves continuaba viviendo. «Esta vez —se dijo— idearé una treta de la que no te escaparás». Y, valiéndose de las artes diabólicas en que era maestra, fabricó un peine envenenado.

Luego volvió a disfrazarse, adoptando también la figura de una vieja, y se fue a las montañas y llamó a la puerta de los siete enanos.

—¡Buena mercancía para vender! —gritó.

Blancanieves, asomándose a la ventana, díjole:

—Seguid vuestro camino, que no puedo abrir a nadie.

—¡Al menos podrás mirar lo que traigo! —dijo la vieja.

Y, sacando el peine, lo levantó en el aire. Gustóle tanto el peine a la niña, que olvidándose de todas las advertencias abrió la puerta.

Cuando se hubieron puesto de acuerdo sobre el precio dijo la vieja:

—Ven que te peine como Dios manda.

La pobrecilla, no pensando nada malo, dejó hacer a la vieja; mas apenas hubo ésta clavado el peine en el cabello, el veneno produjo su efecto y la niña se desplomó insensible.

—¡Dechado de belleza —exclamó la malvada bruja—, ahora sí que estás lista!

Y se marchó.

Pero, afortunadamente, faltaba poco para la noche, y los enanitos no tardaron en regresar. Al encontrar a Blancanieves inanimada en el suelo, en seguida sospecharon de la madrastra. Y, buscando, descubrieron el peine envenenado. Quitáronselo y, al momento, volvió la niña en sí y les explicó lo ocurrido.

Ellos le advirtieron de nuevo que debía estar alerta y no abrir la puerta a nadie.

La Reina, de nuevo en palacio, fue directamente a su espejo:

«Espejito en la pared, dime una cosa:
¿quién es de este país la más hermosa?»

Y, como las veces anteriores, respondió el espejo:

«Señora Reina, vos sois aquí como una estrella;
pero mora en la montaña, con los enanitos,
Blancanieves, que es mil veces más bella».

Al oír estas palabras del espejo, la malvada bruja se puso a temblar de rabia.

—¡Blancanieves morirá —gritó—, aunque me haya de costar a mí la vida!

Y, bajando a una cámara secreta donde nadie tenía acceso sino ella, preparó una manzana con un veneno de lo más virulento. Por fuera era preciosa, blanca y sonrosada, capaz de hacer la boca agua a cualquiera que la viese. Pero un solo bocado significaba la muerte segura.

Cuando tuvo preparada la manzana, pintóse nuevamente la cara, se vistió de campesina y se encaminó a las siete montañas, a la casa de los siete enanos.

Llamó a la puerta, Blancanieves asomó la cabeza a la ventana y dijo:

—No debo abrir a nadie; los siete enanitos me lo han prohibido.

—Como quieras —respondió la campesina—. Pero yo quiero deshacerme de mis manzanas. Mira, te regalo una.

—No —contestó la niña—, no puedo aceptar nada.

—¿Temes acaso que te envenene? —dijo la vieja—. Fíjate —cortó la manzana en dos mitades—: tú te comes la parte roja, y yo, la blanca.

La fruta estaba preparada de modo que sólo el lado encarnado tenía veneno. Blancanieves miraba la fruta con ojos codiciosos, y cuando vio que la campesina la comía, no pudo ya resistir.

Alargó la mano y cogió la mitad envenenada. Pero no bien se hubo metido en la boca el primer trocito, cayó en el suelo muerta.

Contemplóla la Reina con una mirada de rencor y, echándose a reír, dijo:

—¡Blanca como la nieve; roja como la sangre; negra como el ébano! Esta vez, no te resucitarán los enanos.

Y cuando, al llegar a palacio, preguntó al espejo:

«Espejito en la pared, dime una cosa:
¿quién es de este país la más hermosa?»

Y respondióle el espejo, al fin:

«Señora Reina, vos sois la más hermosa en todo el país».

Sólo entonces se aquietó su envidioso corazón, suponiendo que un corazón envidioso pueda aquietarse.

Los enanitos, al volver a su casa aquella noche, encontraron a Blancanieves tendida en el suelo, sin que de sus labios saliera el hálito más leve. Estaba muerta. La levantaron, miraron si tenía encima algún objeto emponzoñado, la desabrocharon, le peinaron el pelo, la lavaron con agua y vino, pero todo fue inútil. La pobre niña estaba muerta y bien muerta.

La colocaron en un ataúd, y los siete, sentándose alrededor, la estuvieron llorando por espacio de tres días. Luego pensaron en darle sepultura; pero viendo que el cuerpo se conservaba lozano, como el de una persona viva, y que sus mejillas seguían sonrosadas, dijeron:

—No podemos enterrarla en el seno de la negra tierra.

Y mandaron fabricar una caja de cristal transparente que permitiese verla desde todos lados. La colocaron en ella y grabaron su nombre con letras de oro: «Princesa Blancanieves».

Después transportaron el ataúd a la cumbre de la montaña, y uno de ellos, por turno, estaba siempre allí haciéndole vela. Y hasta los animales acudieron a llorar a Blancanieves; primero, una lechuza; luego, un cuervo y, finalmente, una palomita.

Y así estuvo Blancanieves mucho tiempo, reposando en su ataúd, sin descomponerse, como dormida, pues seguía siendo blanca como la nieve, roja como la sangre y con el cabello negro como ébano.

Sucedió, empero, que un príncipe que se había metido en el bosque, se dirigió a la casa de los enanitos para pasar la noche. Vio en la montaña el ataúd que contenía a la hermosa Blancanieves y leyó la inscripción grabada con letras de oro.

Dijo entonces a los enanos:

—Dadme el ataúd, os pagaré por él lo que me pidáis.

Pero los enanos contestaron:

—Ni por todo el oro del mundo lo venderíamos.

—En tal caso, regaládmelo —propuso el príncipe—, pues ya no podré vivir sin ver a Blancanieves. La honraré y reverenciaré como a lo que más quiero.

Al oír estas palabras, los hombrecillos sintieron compasión del príncipe y le regalaron el féretro.

El príncipe mandó que sus criados lo transportasen en hombros. Pero ocurrió que en el camino tropezaron contra una mata, y de la sacudida saltó del cuello de Blancanieves el bocado de la manzana envenenada, que todavía tenía atragantado. Y, al poco rato, la princesa abrió los ojos y recobró la vida.

Levantó la tapa del ataúd, se incorporó y dijo:

—¡Dios Santo!, ¿dónde estoy?

Y el príncipe le respondió, loco de alegría:

—Estás conmigo —y, después de explicarle todo lo ocurrido, le dijo—. Te quiero más que a nadie en el mundo. Vente al castillo de mi padre y serás mi esposa.

Accedió Blancanieves y se marchó con él al palacio, donde en seguida se dispuso la boda que debía celebrarse con gran magnificencia y esplendor.

A la fiesta fue invitada también la malvada madrastra de Blancanieves. Una vez se hubo ataviado con sus vestidos más lujosos, fue al espejo y le preguntó:

> «Espejito en la pared, dime una cosa:
> ¿quién es de este país la más hermosa?»

Y respondió el espejo:

«Señora Reina, vos sois como una estrella,
pero la reina joven es mil veces más bella».

La malvada mujer soltó una palabrota y tuvo tal sobresalto, que quedó como fuera de sí. Su primer propósito fue no ir a la boda, pero la inquietud la roía, y no pudo resistir al deseo de ver a aquella joven reina.

Al entrar en el salón reconoció a Blancanieves, y fue tal su espanto y pasmo, que se quedó clavada en el suelo sin poder moverse. Pero habían puesto ya al fuego unas zapatillas de hierro y estaban incandescentes. Cogiéndolas con tenazas, la obligaron a ponérselas, y hubo de bailar con ellas hasta que cayó muerta.

Monte Simeli

RANSE dos hermanos: rico, el uno, y el otro, pobre. El rico no socorría al pobre, el cual se ganaba penosamente la vida comerciando con trigo. Pero los negocios le iban tan mal, que a menudo no tenía pan para su esposa y sus hijos.

Una vez que pasaba por el bosque con su carreta vio, a un lado, una gran montaña pelada que nunca había visto, y se detuvo a contemplarla asombrado.

De pronto vio acercarse a doce hombres fornidos, de mala catadura, y pensando que se trataría de bandoleros, disimuló el carro entre la maleza y se subió a un árbol, por lo que pudiera ocurrir.

He aquí que los doce hombres se acercaron a la montaña y gritaron:

—¡Monte Semsi, monte Semsi, ábrete!

E, inmediatamente, la pelada montaña se abrió por el centro. Penetraron los doce en su interior, y volvió a cerrarse la montaña.

Al cabo de un tiempo volvió a abrirse, saliendo los bandidos con pesados sacos en las espaldas. Cuando todos estuvieron fuera, gritaron:

—¡Monte Semsi, monte Semsi, ciérrate!

Y en el acto cerróse la montaña, sin que en ella se viera la menor hendidura; y los doce se alejaron.

Cuando hubieron desaparecido de su vista, el hombre quiso saber qué se ocultaba en el seno de la montaña. Bajó del árbol y gritó:

—¡Monte Semsi, monte Semsi, ábrete!

Y la montaña se abrió como antes. Entró y vio que el interior era una enorme cueva llena de plata y oro, con grandes montones de perlas y diamantes como si fuese grano. El pobre no sabía qué hacer, ni si podía

llevarse algo de aquellas riquezas; al fin optó por llenarse los bolsillos de oro, sin tocar las perlas ni las piedras preciosas.

Al volver a salir, gritó nuevamente:

—¡Monte Semsi, monte Semsi, ciérrate!

La montaña se cerró, y él se marchó a casa en su carreta.

Desde entonces se le terminaron las preocupaciones. Con el oro recogido pudo comprar no sólo pan para su esposa e hijos, sino incluso vino. Llevaba una vida honrada y feliz, daba limosnas a los pobres y hacía todo el bien posible. Y cuando se le terminaba el dinero, iba a pedir prestada a su hermano una medida para granos, y volvía a la montaña, dejando siempre intactos los tesoros más valiosos.

El rico llevaba ya mucho tiempo roído por la envidia ante la buena fortuna del otro y la vida que llevaba; pero no lograba comprender de dónde le venía a su hermano aquella abundancia, ni para qué le pedía la medida.

Ideó una estratagema y, al efecto, untó de pez el fondo de la medida, y cuando el otro se la devolvió, encontró una pepita de oro que había quedado pegada en el fondo.

Yendo inmediatamente a encontrar a su hermano, le preguntó:

—¿Qué has medido con la fanega?

—Trigo y cebada —respondió el hermano.

Enseñóle entonces el dueño la pepita de oro y lo amenazó con denunciarlo a la justicia si no le decía la verdad; conque se vio obligado, ante aquel apuro, a explicar lo sucedido.

El rico, hizo enganchar un carro y se encaminó sin pérdida de tiempo a la montaña, con la idea de aprovechar mejor la oportunidad y cargar con grandes riquezas.

Al llegar al lugar indicado, gritó:

—¡Monte Semsi, monte Semsi, ábrete!

Abrióse la montaña, y el hombre entró en ella. Extendíase ante sus ojos toda suerte de tesoros, y el codicioso estuvo largo rato vacilando sobre lo que le convendría coger en primer término, decidiéndose al fin a cargar todas las piedras preciosas que cupieron en el carro.

Luego dispúsose a regresar con la preciosa carga; pero su corazón y su mente se hallaban tan excitados por los tesoros que se llevaba que,

olvidándose del nombre de la montaña, gritó:

—¡Monte Simeli, monte Simeli, ábrete!

Pero como pronunciaba un nombre erróneo, la montaña permaneció inmóvil, sin abrirse. Sobrecogió al hombre un gran terror, y cuanto más se esforzaba por recordar, menos le venía a la memoria, sin que de nada le sirvieran todas las riquezas de que se había apoderado.

Al anochecer se abrió la montaña y entraron los doce bandidos. Al verlo, se echaron a reír diciendo:

—¡Ah, pajarraco, al fin te pescamos! ¿Piensas que no habíamos notado que estuviste aquí por dos veces? No logramos cogerte entonces; pero la tercera no escaparás.

—¡No fui yo, sino mi hermano! —exclamó él.

Pero por más que suplicó y rogó que le perdonasen la vida, los bandidos le cortaron la cabeza.

Inconvenientes de correr mundo

UNA pobre mujer tenía un hijo que deseaba viajar y correr mundo. Díjole la madre:

—¿Cómo quieres marcharte? No tengo dinero; ¿qué te llevarás?

Respondió el muchacho:

—Ya me las arreglaré. En todas partes iré diciendo: no mucho, no mucho.

Marchóse y estuvo bastante tiempo repitiendo siempre: «No mucho, no mucho, no mucho», hasta que encontró a unos pescadores y les dijo:

—¡Dios os ayude! No mucho, no mucho, no mucho.

—¿Qué dices, animal: no mucho?

Y, al sacar la red, efectivamente había pocos peces.

Arremetió uno de los pescadores contra él armado de un palo, diciendo:

—¡Voy a medirle las costillas!

Y la emprendió a estacazos con él.

—¿Qué tengo que decir, pues? —exclamó el mozo.

—¡Qué pesquéis muchos, que pesquéis muchos! Eso es lo que debes decir.

Siguió el muchacho andando, y repitiendo una y otra vez: «Que pesquéis muchos, que pesquéis muchos».

Al poco tiempo llegó ante una horca, en la que había un pobre ladrón al que se disponían a ahorcar. Y exclamó el mozo:

—Buenos días. ¡Qué pesquéis muchos, que pesquéis muchos!

—¿Qué dices, imbécil? ¿Aún ha de haber más mala gente en el mundo? ¿No basta con éste?

Y recibió unos palos más.

—¿Qué debo decir, entonces?

—Debes decir: «Dios se apiade de esta pobre alma».

Alejóse el muchacho, siempre repitiendo: «¡Dios se apiade de esta pobre alma!». Y poco después se encontró junto a un foso, en el que un desollador estaba despellejando un caballo.

Dice el joven:

—Buenos días. ¡Dios se apiade de esta pobre alma!

—¿Qué dices, estúpido? —replicó el desollador.

Largándole con su herramienta un trastazo en el pescuezo que le hizo perder el mundo de vista.

—¿Qué debo decir, pues? —preguntó el infeliz.

—Debes decir: «¡Al foso con la carroña!».

Y el muchacho siguió adelante, sin cesar de repetir: «¡Al foso con la carroña!».

He aquí que se cruzó con un coche lleno de viajeros y dijo:

—Buenos días. ¡Al foso con la carroña!

Y dio la casualidad de que el carruaje volcó en un foso. El cochero agarró el látigo y, emprendiéndola a latigazos, dejó al muchacho tan mal parado que no tuvo más remedio que regresar, casi a rastras, a casa de su madre. Y desde entonces se le quitaron para siempre las ganas de viajar.

El borriquillo

HABÍA una vez un rey y una reina que eran muy ricos y tenían cuanto se puede desear, excepto hijos. Lamentábase la Reina de día y de noche, diciendo:

—¡Soy como un campo baldío!

Al fin Dios quiso colmar sus deseos, pero cuando la criatura vino al mundo no tenía figura de ser humano, sino de borriquillo.

Al verlo la madre, prorrumpió en llantos y gemidos, diciendo que mejor habría sido continuar sin hijos antes que dar a luz un asno, y que deberían arrojarlo al río para pasto de los peces. Pero el Rey intervino:

—No, puesto que Dios lo ha dispuesto así, será mi hijo y heredero; y, cuando yo muera, subirá al trono y ceñirá la corona.

Criaron pues al borriquillo, el cual creció, y crecieron también sus orejas, tan altas y enderezadas que era un primor. Por lo demás, era de natural alegre y retozón, y mostraba una especial afición a la música, hasta el punto de que se dirigió a un famoso instrumentista y le dijo:

—Enséñame tu arte, pues quiero llegar a tocar el laúd tan bien como tú.

—¡Ay, mi señor! —respondióle el músico—. Difícil va a resultaros, pues tenéis los dedos muy grandes y no están conformados para ello. Mucho me temo que las cuerdas no resistan.

Pero de nada sirvieron sus amonestaciones. El borriquillo se mantuvo en sus trece; estudió con perseverancia y aplicación y, al fin, supo manejar el instrumento tan bien como su maestro.

Un día salió el señorito de paseo. Iba pensativo y llegó a una fuente. Al mirarse en las aguas vio su figura de asno, y le dio tanto pesar, que se marchó errante por esos mundos de Dios, sin llevarse más que un fiel compañero.

Después de andar mucho tiempo sin rumbo fijo, llegaron a un país gobernado por un anciano rey, padre de una hermosísima muchacha.

Dijo el borriquillo:

—Nos quedaremos aquí —y, llamando a la puerta, gritó—. Aquí fuera hay un forastero. Abrid y dejadnos entrar.

Y como nadie les abriera, sentóse y se puso a tañer el laúd con las dos patas delanteras.

El portero abrió unos ojos como naranjas y, corriendo hacia el Rey, le dijo:

—Ahí fuera, en la puerta, hay un borriquillo que está tocando el laúd con tanto arte como el mejor de los maestros.

—Invita, pues, al músico a que entre —le ordenó el Rey.

Pero al ver que se presentaba un burro, los presentes soltaron la gran carcajada.

Los mozos recibieron orden de darle pienso y llevárselo abajo; pero él protestó:

—Yo no soy un vulgar asno de establo, sino noble.

—En este caso, vete con los soldados —le dijeron entonces.

—No —replicó él—, quiero estar junto al Rey.

Echóse éste a reír y dijo de buen humor:

—Bien. Hágase como pides, borriquillo. Ponte a mi lado —luego le preguntó—. Borriquillo, ¿qué tal te parece mi hija?

El asno volvió la cabeza para mirarla y, haciendo un gesto aprobativo, dijo:

—La verdad es que jamás he visto otra tan hermosa.

—Puedes sentarte a su lado, si quieres.

—¡Con mucho gusto! —exclamó el borrico.

Y, colocándose a su lado, comió y bebió comportándose con la mayor corrección y pulcritud.

Cuando llevaba una buena temporada en la Corte de aquel rey, pensó: «Todo esto no remedia nada. Hay que volver a casita»; y, triste y cabizbajo, presentóse al Soberano para despedirse.

Pero el Rey le había cobrado afecto y le dijo:

—¿Qué te pasa, borriquillo? Pareces agriado como una jarra de vinagre. Quédate conmigo, te daré todo lo que pidas. ¿Quieres oro?

—No —respondió el borrico, meneando la cabeza.

—¿Quieres adornos y pedrería?

—No.

—¿Quieres la mitad de mi reino?

—¡Oh, no!

Dijo el Rey entonces:

—¡Si pudiera adivinarte los gustos! ¿Quieres casarte con mi hija?

—¡Oh, sí! —respondió el borriquillo—. ¡Esto sí que me gustaría!

E inmediatamente se puso alegre, recobrando su antiguo buen humor, pues era aquél el mayor de sus deseos.

Celebróse, en consecuencia, una espléndida boda, y al anochecer, cuando los novios fueron conducidos a su habitación, queriendo saber el Rey si el borriquillo se comportaba con gentileza y corrección, mandó a un criado que se escondiese en la alcoba.

Cuando los recién casados estuvieron en la habitación, corrió el novio el cerrojo de la puerta, echó una mirada a su alrededor y, seguro de que estaban solos, quitándose de pronto la piel de asno quedó transformado en un esbelto y apuesto joven.

—Ya ves ahora quién soy —dijo a la princesa—, y ves también que no soy indigno de ti.

Alegróse la novia y lo besó muy entusiasmada. Pero al llegar la mañana, levantóse el mozo y volvió a ponerse la piel de asno, de manera que nadie habría podido sospechar quién se ocultaba bajo aquella figura.

No tardó en presentarse el Rey:

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Pues no está poco contento el borriquillo! Pero tú debes de estar triste —prosiguió, dirigiéndose a su hija— al no tener

por esposo a un hombre como los demás.

—¡Oh, no, padre mío! —respondió ella—. Lo quiero tanto como si fuese el más hermoso de los hombres, y le seré fiel hasta la muerte.

Admiróse el Rey; pero el criado, que había permanecido oculto, le descifró el misterio. Dijo el Rey:

—Esto no puede ser verdad.

—Velad vos mismo la próxima noche y lo veréis con vuestros propios ojos. Y si queréis seguir mi consejo, Señor Rey, quitadle la piel y arrojadla al fuego; así no tendrá más recurso que el de presentarse en su verdadera figura.

—Es un buen consejo —dijo el Rey.

Y por la noche, cuando todos dormían, entró furtivamente en la habitación y, al llegar junto a la cama, pudo ver a la luz de la luna a un apuesto joven dormido; y la piel yacía extendida en el suelo.

Cogióla y volvió a salir. En seguida mandó encender un gran fuego y arrojar a él la piel de asno; y no se movió de allí hasta que estuvo completamente quemada y reducida a cenizas. Deseoso de ver qué haría el príncipe al despertarse, pasóse toda la noche en vela, con el oído atento.

Despertóse el mozo al clarear el día, saltó de la cama para ponerse su piel de asno y, al no encontrarla, exclamó sobresaltado y lleno de angustia:

—¡Ahora no tengo más remedio que huir!

Pero a la salida encontróse con el Rey, el cual le dijo:

—Hijo mío, ¿adónde vas con tanta prisa? Quédate, eres un hombre tan apuesto que no quiero que te separes de mi lado. Te daré en seguida la mitad de mi reino y, cuando muera, lo heredarás todo.

—Pues que el buen principio tenga también un buen fin —respondió el joven—. Me quedo con vos.

Diole el Rey la mitad del reino, y cuando al cabo de un año murió, le legó el resto. Además, al fallecer su padre, heredó también el suyo, y de este modo discurrió su vida en medio de la mayor abundancia.

Los ducados caídos del cielo

ERASE una vez una niña que había perdido a su padre y a su madre, y se quedó tan pobre, que no tenía ni una cabaña en la que vivir, ni una camita donde dormir. Sólo le quedaban los vestidos que llevaba puestos y un pedazo de pan que le diera un alma caritativa.

Pero la niña era buena y piadosa. Viéndose abandonada del mundo entero, marchóse a campo traviesa, puesta la confianza en Dios Nuestro Señor.

Encontróse con un mendigo que le dijo:

—¡Ay! Dame algo de comer. ¡Tengo tanta hambre!

Ella le alargó el pan que tenía en la mano, diciendo:

—¡Dios os bendiga!

Y siguió adelante.

Más lejos encontró a un niño que le dijo llorando:

—Tengo frío en la cabeza. Dame algo con que cubrirme.

Quitóse la muchachita su gorro y se lo dio.

Y más adelante salióle al paso una niña que no llevaba corpiño y tiritaba de frío. Diole ella el suyo. Después pidióle otra la faldita, y ella se la dio también.

Finalmente llegó a un bosque, cuando ya había oscurecido, y presentósele otra niña desvalida que le pidió una camisita. La piadosa muchacha pensó: «Es ya noche oscura, y nadie me verá. Bien puedo desprenderme de la camisa», y se quitó la camisa y la ofreció a la desgraciada.

Y, al quedarse desnuda, empezaron a caer estrellas del cielo, y he aquí que eran relucientes ducados de oro. Y, a cambio de la camisita que acababa de dar, le cayó otra de finísima hilo. Recogió ella entonces los ducados y fue rica para toda la vida.

La ondina del estanque

ERASE una vez un molinero que vivía felizmente con su esposa. Tenían dinero y tierras, y su riqueza aumentaba de año en año. Pero la desgracia viene cuando menos se piensa. Y si hasta entonces su fortuna había ido creciendo, a partir de un momento dado comenzó a menguar sin saber cómo y, al fin, el molinero apenas pudo llamar suyo el molino en que vivía. Andaba el hombre triste y preocupado, y cuando después del trabajo de la jornada retirábase a descansar, no lograba conciliar el sueño y se pasaba las horas revolviéndose en la cama.

Una mañana se levantó antes del amanecer y salió al campo, pensando que aquello le aligeraría el corazón. Al pasar por la presa del molino, el sol mandaba sus primeros rayos, y el hombre oyó un rumor que subía del agua. Volvióse y vio una mujer bellísima que salía lentamente del estanque. Su larga cabellera que, con las delicadas manos mantenía sujeta sobre sus hombros, le caía por ambos lados cubriéndole el blanquísimo cuerpo.

Bien se dio cuenta el molinero de que aquella mujer era la ondina del estanque y, sobrecogido de temor, no sabía si quedarse o huir. Pero la ondina dejó oír su armoniosa voz y, llamándolo por su nombre, preguntóle el motivo de su tristeza.

De momento, el molinero permaneció mudo; pero al oír que le hablaba tan amistosamente, cobró ánimos y le contó cómo, después de haber sido tan rico y feliz, se veía reducido a tal extremo de pobreza que no sabía cómo salir del paso.

—Tranquilízate —díjole la ondina—. Te haré más rico y más feliz de lo que jamás fuiste. Sólo debes prometerme que me darás lo que acaba de nacer en tu casa.

—¿Qué otra cosa puede ser —pensó el molinero— sino un perrito o un gatito?

Y accedió a lo que se le pedía.

Desapareció la ondina en el agua y el hombre regresó, consolado y contento, a su molino.

Antes de llegar acudió a su encuentro la sirvienta, felicitándole porque su esposa acababa de dar a luz un niño. Detúvose el molinero como herido por un rayo, pues comprendió que la pérfida ninfa lo había engañado.

Acercóse, cabizbajo, al lecho de su esposa.

—¿Cómo no te alegras a la vista de este hermoso niño? —le preguntó ella.

El molinero le contó entonces lo que acababa de sucederle, y la promesa que había hecho a la ondina.

—¡De qué nos servirá la riqueza y la prosperidad —agregó— si debemos perder a nuestro hijo! Pero ¿qué puedo hacer?

Tampoco hallaron remedio los parientes que acudieron a felicitarlo.

Y, en efecto, la prosperidad volvió a la casa del molinero. Salíanle bien todos los negocios que emprendía. Parecía como si las arcas se llenaran por sí solas, y como si el dinero se multiplicase por la noche en el armario.

Al cabo de poco tiempo, era ya más rico que nunca lo fuese. Pero no podía gozar tranquilo de su fortuna, pues la promesa hecha a la ondina le roía el corazón. Cada vez que pasaba junto al estanque, temía verla salir del agua a recordarle su deuda. Al niño le tenía prohibido acercarse al agua.

—¡Guárdate de acercarte a la orilla —le decía constantemente—, pues si tocas el agua saldrá una mano que te agarrará y se te llevará al fondo!

Sin embargo, viendo que transcurrían los años y la ondina no se presentaba, el hombre empezó a tranquilizarse.

El niño se hizo mayorcito y fue enviado a un montero para que le enseñara el oficio. Terminado el aprendizaje, y siendo ya un hábil cazador, entró al servicio del señor del lugar.

Había en el pueblo una muchacha hermosa y honesta, de la que el joven se enamoró. Al observarlo su amo, le regaló una casita. Celebraron la boda y vivieron tranquilos y felices, pues se querían tiernamente.

Un día, el cazador iba persiguiendo un corzo. El animal salió del bosque y echó a correr campo a través; el mozo lo siguió y lo derribó de un tiro. Sin darse cuenta de que se hallaba muy cerca del estanque, una vez destripada la pieza, se acercó al agua para lavarse las manos manchadas de sangre.

Mas apenas las había metido en el agua, apareció la ondina con rostro sonriente, le rodeó el cuerpo con sus húmedos brazos y se lo llevó al fondo, tan rápidamente, que las ondas saltaron sobre su cabeza.

Al anochecer, viendo que no regresaba el cazador, una gran angustia invadió a su esposa. Salió en su busca y, como había oído muchas veces que debía guardarse de las acechanzas de la ondina y no acercarse a la presa, en seguida sospechó lo que había ocurrido.

Corrió al estanque y, al encontrar el morral en la orilla, ya no pudo seguir dudando de su desgracia. Llorando y retorciéndose las manos, gritó mil veces el nombre de su amado, pero en vano. Pasando al lado opuesto de la presa, repitió sus llamadas y dirigió duros reproches a la ondina, pero no obtuvo la menor respuesta. La superficie del agua continuó tranquila, reflejando el rostro inmóvil de la media luna.

La pobre mujer no podía apartarse del estanque. A grandes pasos, sin un momento de descanso, le dio la vuelta una y otra vez, ya en silencio, ya prorrumpiendo en agudos gritos o murmurando sus lamentaciones. Al fin se agotaron sus fuerzas. Desplomóse en el suelo y quedó profundamente dormida. Y entonces empezó a soñar…

Trepaba angustiosamente entre grandes bloques de rocas; espinas y zarcillos se le cogían a los pies; la lluvia le azotaba el rostro, y el viento le hacía flotar la larga cabellera. Al llegar a la cumbre, el cuadro cambió por completo: el cielo era azul, y el aire, tibio; el suelo descendía suavemente y, en medio de un prado verde y florido, levantábase un primorosa cabaña. Dirigióse a ella y abrió la puerta. Dentro estaba una anciana, de blancos cabellos, que le hizo un signo amistoso. En aquel momento despertóse la pobre mujer.

Amanecía… La muchacha tomó la resolución de seguir las indicaciones del sueño. Subió fatigosamente a la cima de la montaña, encontrándolo todo tal como lo viera por la noche. La vieja la recibió afablemente y le indicó una silla, invitándola a sentarse.

—Sin duda has sufrido una desgracia —le dijo—, puesto que acudes a mi solitaria choza.

La mujer, llorando, le contó su infortunio.

—Consuélate —le dijo la anciana—. Yo te ayudaré. Ahí tienes un peine de oro. Espera a que la luna sea llena. Vete entonces al estanque, siéntate a la orilla y peina tu largo cabello negro con este peine. Cuando hayas terminado, déjalo en la orilla y verás lo que ocurre.

Volvióse la mujer a su casa, y el tiempo se le hizo muy largo esperando el plenilunio. Al fin brilló en el cielo el disco de plata, y ella se encaminó al estanque. Se sentó a la orilla, peinóse el largo y negro cabello con el peine de oro y, cuando hubo terminado, lo depositó al borde del agua.

A los pocos momentos subió del fondo un intenso borboteo, y levantóse una ola que barrió la orilla y arrastró el peine en su retroceso. Apenas había tenido tiempo el peine de llegar al fondo, cuando se abrió la superficie del estanque y apareció la cabeza del cazador. No dijo nada, limitándose a mirar a su esposa con tristes ojos. Inmediatamente vino una segunda ola y cubrió la cabeza del hombre. Todo desapareció; el espejo de las aguas quedó tranquilo como antes, con sólo el rostro de la luna reflejándose en él.

Volvióse la mujer desconsolada, y se durmió… Y el sueño la transportó nuevamente a la cabaña de la vieja.

Por la mañana repitió el camino y, presentándose a la anciana, le contó lo ocurrido. La vieja le entregó entonces una flauta de oro, diciéndole:

—Aguarda otra vez que sea luna llena. Entonces coges la flauta y, sentada en la orilla, entonas con ella una bonita melodía. Una vez hayas terminado, dejas el instrumento en la arena. Verás lo que sucede.

Siguió la mujer las instrucciones de la vieja y, no bien hubo depositado la flauta sobre la arena, prodújose un nuevo borboteo, y se elevó una ola que se llevó el instrumento. Pocos instantes después volvía a partirse la superficie y salía del fondo, no sólo la cabeza, sino la mitad del cuerpo del hombre, el cual tendió anhelante los brazos a su esposa. Pero una segunda ola lo cubrió y lo arrastró al fondo.

—¡Ay de mí! —exclamó la desdichada—. ¿De qué me sirve ver a mi amado, si he de volver a perderlo?

Y su alma cayó nuevamente en la desesperación. Pero el sueño llevóla por vez tercera a la choza de la anciana.

Acudió a ella al día siguiente; la vieja le dio una rueca de oro y, consolándola, le dijo:

—Aún no ha terminado todo. Aguarda a la luna llena. Te vas con la rueca a la orilla, hilas toda una canilla y, cuando hayas terminado, dejas la rueca al lado del agua y verás qué ocurre.

La mujer siguió fielmente sus indicaciones. En cuanto brilló la luna llena, fuese con la rueca a la orilla y estuvo hilando hasta tener la canilla llena de hilo.

Apenas había dejado la rueca en el borde, prodújose en el agua una agitación más intensa aún que las veces anteriores; una poderosa ola se precipitó contra la orilla y se llevó la rueca. En el mismo instante, la cabeza y el cuerpo entero del hombre emergió del fondo del estanque. Saltó rápido a la orilla, cogió de la mano a su esposa y echó a correr con ella.

Mas apenas habían corrido unos pasos cuando la masa de agua se levantó con gran furia y estrépito e invadió toda la pradera. Ya veían los fugitivos la muerte ante sus ojos. Entonces la mujer, angustiada, invocó el auxilio de la anciana y, al instante, quedaron ambos transformados: ella, en sapo, y él, en rana. La inundación, al alcanzarlos, no pudo hacerles daño, aunque los separó arrastrándolos muy lejos el uno del otro.

Al retirarse las aguas y tocar los dos de nuevo la tierra seca, recobraron la forma humana; pero ninguno sabía dónde estaba el otro. Se encontraban entre extranjeros, que no conocían su país. Separábanlos altas montañas y profundos valles y, para ganarse la comida, los dos hubieron de hacerse pastores.

Y así transcurrieron largos años, guardando los rebaños y conduciéndolos por campos y bosques, llena el alma de tristeza y nostalgia.

Una vez la primavera hizo florecer de nuevo los prados salieron ambos el mismo día con sus rebaños, y quiso el azar que tomara cada uno la dirección del otro. Él avistó en una lejana ladera montañosa una manada de ovejas, y condujo la suya hacia allí. Se encontraron en un valle y, aunque no se reconocieron, sintieron cierto alivio al no hallarse tan solos.

Desde aquel día llevaron sus rebaños a un mismo sitio. Hablaban poco, pero se sentían consolados.

Una noche en que la luna brillaba en el cielo, cuando ya dormían las ovejas, sacó el pastor la flauta de su bolsillo y púsose a tocar una canción

tan hermosa como triste. Al terminar, observó que la pastora estaba llorando amargamente.

—¿Por qué lloras? —le preguntó.

—¡Ay! —respondió ella—. También brillaba la luna llena la última vez en que, tocando yo esta misma canción, la cabeza de mi amado surgió de las aguas del estanque.

Miróla él y fue como si le cayese un velo de los ojos. Reconoció a su amadísima esposa. Y cuando ella, a su vez, levantó los suyos a su rostro iluminado por la luz de la luna, reconociólo también. Abrazáronse, besáronse y… ¿es necesario preguntar si fueron felices?

La liebre y el erizo

ESTA historia, niños, no la querréis creer y, sin embargo, es verdadera. Pues mi abuelo, que me la contó, solía decirme cada vez que me la explicaba (¡y lo hacía tan a gusto!):

—Tiene que ser verdad, hijo mío, pues de lo contrario, no la contarían.

En resumidas cuentas, hela aquí:

Era una soleada mañana de domingo de otoño; precisamente cuando florece el trigo sarraceno. Brillaba el sol en lo alto del cielo; la brisa matinal soplaba tibia sobre los rastrojos; cantaban las alondras en el aire; las abejas zumbaban entre el alforfón, y la gente, endomingada, se dirigía a la iglesia. Todas las criaturas se sentían contentas, y el erizo también.

Hallábase éste a la puerta de su casa, cruzado de brazos, tomando el fresco matinal y tarareando una de sus cancioncitas, ni mejor ni peor de como pueda hacerlo un erizo en una espléndida mañana de domingo. Y mientras estaba cantando a media voz, se le ocurrió que, en tanto su mujer limpiaba y vestía a los pequeños, podía darse él una vueltecita por el campo, para ver qué tal crecían sus nabos. Los nabos estaban muy cerca de su casa, y él y su familia solían comerlos; por eso los consideraba como suyos.

Dicho y hecho; el erizo cerró la puerta y emprendió el camino del campo. No estaba nada lejos de su morada, y nuestro amigo se proponía tan sólo llegar hasta el seto de endrinos que cerraba la plantación de nabos, cuando se encontró con la liebre que había salido con un propósito semejante, o sea, echar una miradita a su campo de coles.

Al cruzarse el erizo con la liebre, diole amablemente los buenos días; pero la liebre que, a su modo, era un noble personaje y, además, algo altanera, sin dignarse corresponder al saludo del erizo y haciendo un gesto de mofa, le dijo:

—¿Cómo se te ocurre venir al campo tan temprano?

—Voy de paseo —respondió el erizo.

—¿De paseo? —replicó, riendo, la liebre—. Creo que podrías hacer un mejor uso de tus piernas.

Tal respuesta hirió al erizo en lo más hondo de su amor propio. Todo podía tolerarlo, menos que se metiesen con sus piernas, precisamente porque las tenía torcidas de nacimiento.

—¿Te imaginas, quizá —dijo a la liebre—, que tus piernas valen como las mías?

—Desde luego —replicó la liebre.

—Eso habría que verlo —contestó el erizo—. Apuesto a que te gano en una carrera.

—¿Con tus patas torcidas? ¡Estás de broma! —dijo la liebre—. Pero, si tanto te empeñas, por mí no hay inconveniente. ¿Qué apostamos?

—Un luis de oro y una botella de aguardiente —propuso el erizo.

—Aceptado —respondió la liebre—. Chócala, y ya podemos empezar.

—No, no tan de prisa —objetó el erizo—. Estoy aún en ayunas; antes quiero irme a casa a tomar un bocado. Dentro de media hora nos encontraremos aquí.

Y se fue, pues la liebre se había declarado conforme.

Durante el camino iba pensando el erizo: «La liebre se fía de sus largas patas, pero le ganaré. Se hace la importante, pero es tonta, y tendrá que pagar».

Al llegar a su casa, dijo a su mujer:

—Ala, vístete rápidamente, que has de salir al campo conmigo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—He apostado un luis de oro y una botella de aguardiente con la liebre. Vamos a luchar a la carrera, y tú debes intervenir.

—¡Santo Dios, marido! —gritó la mujer—. ¡Tú no estás bien de la cabeza! ¿Has perdido el seso? ¿Cómo se te ocurre apostar con la liebre a ver quién corre más?

—Calla esa boca, mujer —replicó el erizo—. Esto es asunto mío. No te metas en cosas de hombres. ¡Andando; vístete y vamos!

¿Qué iba a hacer la pobre? No tuvo más remedio que seguirlo, de grado o por fuerza.

Ya en camino, díjole el erizo:

—Atiende bien a lo que voy a decirte. Haremos la carrera en aquel largo campo de allí. La liebre correrá por un surco, y yo, por otro; empezaremos desde arriba. Lo único que has de hacer tú es agacharte en el otro extremo del surco, y cuando llegue la liebre, la recibes gritando: «¡Aquí estoy!».

Llegaron al campo, y el erizo señaló a su mujer el puesto que debía ocupar, y él se fue a la parte de arriba donde ya lo aguardaba la liebre.

—¿Podemos lanzarnos? —dijo ésta.

—Sí —respondió el erizo.

—Pues, ¡andando!

Y cada cual se situó en su surco. Contó la liebre: «¡Uno, dos, tres!». Y lanzóse campo abajo, como un huracán. El erizo no dio más que dos o tres pasos y, agachándose en el surco, se quedó tranquilamente en él.

Al llegar la liebre como un bólido al extremo opuesto del campo, gritóle desde su puesto la mujer del erizo:

—¡Aquí estoy!

No fue pequeña la sorpresa y el pasmo de la liebre, pues creyó que era el propio erizo quien la llamaba, lo cual no es de extrañar, dado lo mucho que se parecían marido y mujer. «¡Esto es cosa del diablo!», pensó, pero dijo:

—Repitamos la carrera.

Y otra vez se lanzó como el viento, de tal forma que sus orejas parecían alas, mientras la mujer del erizo no se movía de su puesto.

Llegó la liebre arriba, y el erizo la acogió exclamando:

—¡Aquí estoy!

Y ella, fuera de sí por el coraje:

—¡A correr otra vez!

—Por mí —dijo el erizo— podemos seguir, mientras no te canses.

Y, así, repitió la liebre la carrera setenta y tres veces, mientras el erizo no se movió de su sitio.

Cada vez que la corredora llegaba arriba o abajo, salíale al encuentro el grito:

—¡Aquí estoy!

Pero la vez que hacía setenta y cuatro, el animal ya no llegó a la meta. Desplomóse en mitad del campo, mientras un chorro de sangre le salía del

cuello, y quedó muerta sobre el terreno.

El erizo se quedó con el luis de oro y la botella de aguardiente y, recogiendo a su mujer que lo aguardaba al pie del surco, marcháronse los dos alegremente a su casa. Y si no han muerto es que viven todavía.

Así fue cómo en el erial de Buxtehude el erizo mató a la liebre en una competición de carrera, y desde entonces ninguna liebre ha querido apostar a correr con un erizo de Buxtehude.

Pero la moraleja de la historia es, en primer lugar, que nadie, por muy encumbrado que se crea, debe burlarse jamás de una persona de menos categoría, aunque se trate de un erizo. Y, en segundo lugar, que es aconsejable, cuando uno piensa casarse, tomar una mujer de su estado y condición, y tan semejante a uno como sea posible. O sea, el erizo, con una eriza, y así sucesivamente.

El hijo ingrato

HALLÁBANSE una vez sentados a la puerta de su casa un hombre y su mujer, y se disponían a comer un pollo asado que tenían sobre la mesa. Vio el hombre que se acercaba su padre y se apresuró a coger el pollo y esconderlo en la casa, para no tener que invitar al viejo. Llegó éste, bebió un trago y volvió a marcharse. Entonces el hijo fue a buscar otra vez el pollo; pero al sacarlo del escondrijo vio que se había transformado en un sapo, el cual le saltó a la cara y se le quedó pegado, sin que hubiera medio de arrancarlo. Cada vez que alguien trataba de cogerlo, la bestia le dirigía una mirada ponzoñosa, como dispuesta a lanzarse sobre él, por lo cual nadie se atrevía a tocarla. Y el ingrato hijo tenía que dar de comer todos los días al sapo pues, de lo contrario, éste le devoraba un trozo de la cara, y de esta manera quedó condenado a vagar por el mundo sin paz ni reposo.

La zanahoria

RANSE una vez dos hermanos que habían sentado plaza de soldados. El uno era rico, y el otro, pobre. El pobre, queriendo salir de su miseria, licencióse y se hizo campesino, dedicándose a cavar y labrar su pedacito de tierra, en el que sembró zanahorias.

Germinó la semilla y brotó una zanahoria que no cesaba de crecer. Crecía a ojos vistas; cada día era más alta y más recia, y bien podía llamársele la reina de las zanahorias, pues jamás se había visto ni se verá otra igual.

Al fin, llegó a alcanzar un tamaño tan extraordinario, que llenaba un carro y se necesitaban dos bueyes para transportarla; y el campesino no sabía qué hacer con ella, ni si habría de ser su suerte o su desgracia. Al fin, pensó: «Si la vendo, no sacaré gran cosa. Si me la como, lo mismo puedo comerme las pequeñas. Lo mejor será llevarla al Rey y regalársela como una cosa rara, en prueba de acatamiento».

En consecuencia, la cargó en el carro, enganchó a él dos bueyes y se encaminó a la Corte para ofrecerla al Rey.

—¡Vaya una hortaliza extraña! —exclamó éste—. He visto en mi vida muchas maravillas, pero jamás un monstruo así. ¿De qué clase de semilla ha salido? ¿O tal vez es que tú eres un favorito de la suerte, y por ello te suceden estas cosas?

—Nada de eso —respondió el campesino—. No soy un favorito de la fortuna, sino un pobre soldado que, para poder subvenir a mis necesidades, pedí la licencia y me dedico a cultivar el suelo. Tengo un hermano rico, a quien Vuestra Majestad bien conoce; pero yo, como nada poseo, soy desconocido de todos.

Compadecióse de él el Rey y le dijo:

—Pues se ha terminado tu pobreza; te daré lo que haga falta para que no seas menos que tu hermano.

Y le regaló una cantidad de oro y campos, prados y rebaños, haciéndolo tan rico, que la fortuna de su hermano no podía compararse con la suya.

Al enterarse éste de lo que había valido a su hermano una simple zanahoria, sintióse dominado por la envidia y se puso a cavilar en busca de algún medio para conseguir una dádiva parecida.

Queriendo proceder de modo más inteligente, llevó al Rey oro y caballos, pensando que se le correspondería con regalos mucho más valiosos. Pues si a su hermano le habían dado tanto por una zanahoria, ¡qué no le darían a él a cambio de sus presentes!

Aceptó el Rey el obsequio, y le dijo que lo mejor con que podía corresponderle era con aquella rarísima zanahoria; y, así, el rico hubo de cargar en su carro la hortaliza de su hermano y llevársela a casa.

Una vez en ella, no sabía sobre quién descargar su cólera y mal humor, hasta que le vinieron malos pensamientos y decidió matar a su hermano.

Contrató a unos asesinos para que le tendiesen una emboscada, y mientras tanto él fue en su busca y le dijo:

—Hermano, yo sé donde hay un tesoro oculto. Iremos juntos a buscarlo y nos lo repartiremos.

Parecióle bien al otro, y se fue con él sin recelar nada malo.

Cuando llegaron a un lugar despoblado, asaltáronlo los bandidos y, atándolo, se dispusieron a colgarlo de un árbol. Pero en aquel momento oyóse a lo lejos un sonido de cascos de caballos, y la voz de alguien que cantaba a grito pelado.

Asustáronse los bandidos y pusieron pies en polvorosa, dejando a su prisionero metido en un saco que ataron a una rama. El hombre, desde aquella altura, a costa de muchos esfuerzos consiguió abrir un agujero en el saco y asomó por él la cabeza.

Resultó que quien venía por el camino era un estudiante vagabundo, que cabalgaba cantando alegremente a través del bosque.

Al observar el de arriba que era un solo individuo el que pasaba, gritóle:

—¡Buenos días os dé Dios!

El estudiante miró a todas partes, y no viendo de dónde procedía la voz, preguntó:

—¿Quién me llama?

Respondió el otro, desde el árbol:

—Levanta la vista. Estoy aquí, en el saco de la sabiduría. En muy poco rato he aprendido grandes cosas. Todas las escuelas juntas nada valen en comparación. Un poquitín más y lo sabré todo, y bajaré del árbol más sabio que ningún otro hombre. Entiendo las estrellas y constelaciones, el soplar de todos los vientos, la arena del mar, la curación de las enfermedades, la virtud de las hierbas, las aves y las piedras. Si estuvieses tú aquí, verías las maravillas que fluyen del saco de la verdad.

Al oír el estudiante todo aquello, dijo lleno de admiración:

—¡Bendita sea la hora en que te encontré! ¿No me dejarías subir un ratito al saco?

Contestó el de arriba, como si lo concediese a regañadientes:

—Te dejaré subir un rato en recompensa de tus buenas palabras; pero tendrás que aguardar aún una hora, pues me falta aprender todavía una cosa.

Cuando el estudiante llevaba ya un rato aguardando, empezó a hacérsele larga la espera y rogó al otro que le permitiese entrar en seguida, pues su sed de sabiduría era irresistible.

Entonces el de arriba, como si cediese de mala gana, dijo:

—Para que pueda salir del saco de la sabiduría tienes que soltar la cuerda que lo sostiene. Entonces te meterás tú.

Bajólo pues el estudiante y, desatando el saco, lo puso en libertad.

—Ahora súbeme en seguida —dijo.

Y quería meterse de pie.

—¡Espera! —exclamó el otro—. Así no.

Y agarrándolo de la cabeza, metiólo de patas arriba. Ató luego el saco sólidamente, lo subió tirando de la cuerda hasta lo alto de la rama y, dejándolo que se columpiase a merced del viento, le dijo:

—¿Qué tal, amigo? Ya debes de estar sintiendo que te entra la sabiduría y que aprendes muchas cosas. Ahí te quedas, hasta que hayas ganado en listeza.

Y montando en el caballo del estudiante, se alejó, aunque al cabo de una hora envió a que lo libertasen.

El hombrecillo rejuvenecido

EN los tiempos en que Nuestro Señor andaba aún por la tierra, entró un anochecer acompañado de San Pedro en una herrería, en la que recibió hospitalaria acogida.

Un pobre mendigo, agobiado por los años y los achaques, se presentó a la puerta a pedir limosna.

San Pedro se apiadó de él y dijo:

—Señor y Maestro, cura por favor a este hombre de sus achaques, para que pueda ganarse su pan.

Dijo entonces Nuestro Señor con dulzura:

—Herrero, préstame tu fragua y ponle carbón. Voy a remozar a este hombre viejo y enfermo.

El herrero obedeció con gusto, y San Pedro se aprestó a manejar el fuelle. Y cuando ya el fuego estuvo encendido y llameante, Nuestro Señor levantó al hombrecillo y lo depositó en la fragua, en medio de la ardiente hoguera. Y el hombre, rojo como un rosal en flor, no cesaba de cantar sus alabanzas a Dios.

Después pasó el Señor al depósito del agua, introdujo en él al incandescente hombrecillo y, una vez lo hubo enfriado convenientemente, le impartió su bendición. Y he aquí que el vejete salió ágil, tieso y sano como si no contase más de veinte años.

El herrero, que había presenciado la operación, invitó a todos a cenar. Pero tenía una suegra vieja, medio ciega y jorobada que, dirigiéndose al nuevo jovenzuelo, le preguntó muy seriamente si le había quemado mucho el fuego. Él contestó que en su vida se había sentido tan a gusto; en medio de las llamas parecíale que se estaba bañando en un refrescante rocío.

Aquellas palabras del joven resonaron durante toda la noche en los oídos de la vieja. A la mañana siguiente, cuando Nuestro Señor se hubo marchado después de dar las gracias al herrero, éste pensó que sabría también rejuvenecer a su suegra, pues había observado muy atentamente todo el proceso de la operación de la víspera, aparte que la cosa entraba en su oficio. Preguntóle, pues, si no le gustaría convertirse en una muchachita de dieciocho abriles y poder saltar y corretear.

—¡Con toda el alma! —respondió la vieja, recordando lo bien que lo pasara el nuevo jovenzuelo.

Así, pues, el herrero encendió la fragua y metió en ella a la mujer; pero ésta todo era retorcerse y lanzar gritos desesperados.

—¡Cállate! ¿Por qué gritas y te agitas de este modo? Espera, que voy a avivar el fuego.

Y volvió a poner en acción el fuelle, hasta que la vieja quedó convertida en un guiñapo ardiendo. Y gritaba y vociferaba tanto, que el herrero pensó: «¡La cosa no marcha!».

Sacóla y la metió en el agua. Allí los gritos subieron de punto, y llegaron a oídos de la herrera y de su nuera las cuales, precipitándose escaleras abajo, encontraron a la vieja aullando y vociferando sumergida en la artesa, toda ella encogida y hecha un ovillo con la cara arrugada y desfigurada.

Las dos mujeres, que se hallaban encinta, se horrorizaron de tal modo ante aquel espectáculo, que la noche siguiente dieron a luz dos criaturas que no tenían figura de hombre, sino de mono, y echaron a correr huyendo al bosque. Y se asegura que de ellas desciende la familia de los monos.

Nuestro Señor y el ganado del diablo

DIOS Nuestro Señor había creado todos los animales y elegido a los lobos para que le sirvieran de perros; sólo que se había olvidado de crear la cabra.

Vino entonces el diablo y, no queriendo ser menos y crear algo también, hizo las cabras, a las que dotó de una bonita y larga cola.

Pero ocurrió que, cuando salían a pacer, a cada momento se les quedaba el rabo cogido en las zarzas y espinos, teniendo entonces que acudir el diablo a soltarlas, lo cual le daba no poco trabajo y fatiga.

Al fin, la cosa le fastidió tanto, que a mordiscos les cortó el rabo a todas, como puede verse aún, por el muñón que les ha quedado. Entonces las mandó de nuevo a pacer.

Pero Nuestro Señor observó que tan pronto roían un árbol frutal como estropeaban unos sarmientos o devoraban delicadas plantas. Dolióle tanto aquello que, al fin, por pura bondad y misericordia, mandó a sus lobos, los cuales no se anduvieron con remilgos, y al poco tiempo habían acabado con las cabras.

Al enterarse el diablo, presentóse a Nuestro Señor y le dijo:

—Tus criaturas han devorado a las mías.

Y respondióle el Señor:

—¿Y por qué las creaste para hacer el mal?

—¡Qué otra cosa podían hacer! —replicó el diablo—. Del mismo modo que mi mente se dirige siempre hacia el mal, también lo que creo ha de ser de naturaleza perversa. Tienes que pagármelo, y caro.

—Te pagaré tan pronto como caiga la hoja del roble. Ven entonces, y tendré tu dinero preparado.

Cuando hubo caído la hoja del roble, acudió el diablo a reclamar la deuda; pero Nuestro Señor le dijo:

—En la catedral de Constantinopla hay un roble muy alto, que aún tiene todo el follaje.

Soltando tacos y reniegos, se marchó el diablo en busca de aquel roble. Pero antes de dar con él se extravió, y anduvo seis meses perdido en el desierto.

A su vuelta, todos los demás robles se hallaban nuevamente revestidos de fronda. Hubo de renunciar a su crédito y, lleno de rabia, sacó los ojos a todas las cabras que quedaban y les puso los suyos propios.

Por eso hoy día todas las cabras tiene ojos de demonio y un muñón por cola, y al diablo le gusta adoptar su figura.

La viga

UN día se encontraba un hechicero rodeado de espectadores, ante los cuales efectuaba sus maravillosos trucos. Entre ellos presentaba un gallo que levantaba una viga y la llevaba de un lado para otro como si fuese una ligera pluma.

Pero entre los asistentes estaba una muchacha que había encontrado un trébol de cuatro hojas y, por tanto, era más lista e inteligente que los demás. Como nada podían con ella las artes de prestidigitación, vio que la viga no era sino una paja. Gritó entonces:

—¡Eh, buena gente! ¿No veis que lo que lleva el gallo no es una viga, sino una simple paja?

Desapareció el hechizo, y los espectadores, dándose cuenta del truco, echaron al brujo con burlas e improperios. El hombre, con la rabia en el corazón, dijo para sí: «¡Me vengaré!».

Al cabo de algún tiempo, la muchacha celebraba su boda. Muy acicalada y ataviada dirigíase a la iglesia, seguida de una numerosa comitiva; para llegar al templo había que pasar por un despoblado.

De pronto llegaron a un torrente que bajaba muy crecido, y no había puente ni pasarela para cruzarlo. La novia, ni corta ni perezosa, subióse las faldas, dispuesta a vadear el riachuelo; y he aquí que cuando ya estaba en el centro, el hechicero de marras que se hallaba cerca, se puso a gritar en tono burlón:

—¡Eh! ¿Dónde tienes los ojos que tomas esto por agua?

La muchacha levantó la mirada y viose, con las ropas levantadas, en medio de un campo de lino cubierto de sus flores azules. Al verlo también todos los presentes, empezaron a reírse de ella.

La vieja pordiosera

ERASE una vez una mujer muy vieja. En más de una ocasión habrás visto a una vieja pidiendo limosna, ¿verdad? Pues también ésta lo hacía, y cada vez que le daban algo, exclamaba:

—¡Dios se lo pague!

Llamó cierto día a una puerta y encontróse con un bribón de muchacho que se estaba calentando al fuego. El mozo miró con simpatía a la pobre vieja, que continuaba en la puerta tiritando.

—Acercaos a calentaros, abuela —le dijo.

Entró la mujer y se aproximó tanto al fuego que, sin darse ella cuenta, las llamas prendieron en sus harapos, mientras el muchacho se quedó mirándolo.

Debía haber apagado el fuego, ¿no? ¿Verdad que su deber era apagarlo? Y si no tenía agua a mano, debía acumular en los ojos toda la que tenía en el cuerpo y, a fuerza de lágrimas, hacer manar dos arroyos con que extinguirlo.

Los doce haraganes

DOCE mozos que en todo el día no hicieron nada útil al atardecer, para no cansarse, se tendieron sobre la hierba y se dedicaron a jactarse de su gandulería.

Dijo el primero:

—¿Qué me importa vuestra pereza? Bastante tengo que hacer con la mía. Mi ocupación principal es cuidar de mi cuerpo; como bastante, y bebo otro tanto. Cuando llevo cuatro comidas en la tripa, ayuno un ratito, hasta que se me vuelve a abrir el hambre; es el régimen que mejor me va. Madrugar no es para mí, y hacia el mediodía ya me busco un lugar donde descansar. Si llama el amo, me hago el sordo; y si vuelve a llamar, espero un rato antes de levantarme, y luego me dirijo a él andando muy despacio. De este modo, la vida se puede soportar.

Dijo el segundo:

—Mi trabajo es cuidar de un caballo; pero le dejo el bocado en la boca, y cuando no tengo ganas, no le doy pienso, y digo que ya ha comido. En cambio, me tumbo en el depósito de la avena y estoy cuatro horas durmiendo. Luego estiro un pie y lo paso un par de veces por el cuerpo del caballo, y así lo almohazo y limpio. ¿Quién va a reparar en ello? Pues, aun así, el servicio se me hace pesado.

Habló entonces el tercero:

—¿Para qué cargarse de trabajo? No se saca nada. Yo me tendí al sol y estuve durmiendo. Empezó a gotear; mas, ¿por qué levantarse? Dejé que lloviese, en nombre de Dios. Al fin cayó un chubasco tan fuerte, que me arrancó los cabellos y se los llevó, y me abrió un agujero en la cabeza. Le puse un parche, y santas pascuas. Accidentes así he sufrido ya varios.

Intervino el cuarto:

—Cuando tengo que empezar algún trabajo, primero lo pienso una horita, para ahorrar fuerzas. Luego me pongo a la faena con gran cachaza; pregunto si no hay alguien que pueda ayudarme y, en caso de que se ofrezca alguno, le dejo la labor, y yo me pongo a mirarlo. Pero aun esto me resulta demasiado.

Dijo el quinto:

—¡Eso no es nada! Figuraos que yo debo sacar el estiércol del establo y cargarlo en el carro. Pues me pongo a hacerlo muy despacito, y cuando he recogido un poco en la horca, la levanto a mitad de la altura y me estoy descansando un cuarto de hora antes de echarlo en el carro. Por lo demás, una carretada al día me basta. Malditas las ganas que siento de matarme trabajando.

Tomó la palabra el sexto:

—¡Se os tendría que caer la cara de vergüenza! A mí no me asusta ningún trabajo, pero me estoy tumbado tres semanas sin quitarme la ropa ni una sola vez. ¿Para qué hebillas en los zapatos? ¿Que se me caen de los pies? Bueno, no importa. Si he de subir una escalera, pongo un pie delante de otro con toda calma, y subo el primer peldaño. Luego cuento los que quedan, para ver dónde hay que descansar.

Dijo el séptimo:

—Conmigo esto no reza, pues mi amo vigila mi trabajo. Suerte que se pasa el día fuera de casa. Pero yo no pierdo el tiempo, y corro todo lo que se puede correr cuando se anda arrastrando los pies. Y no hay manera de hacerme ir más de prisa, a menos que me empujen cuatro hombres fornidos. Un día vi un catre, en el que dormían seis hombres, uno al lado del otro. Yo me eché a dormir también, y no hubo quien me despertara. Cuando quisieron que me fuera a casa, tuvieron que llevarme.

Habló el octavo:

—Bien veo que yo soy el único que lo entiende. Si encuentro una piedra en mi camino, no me tomo la molestia de levantar la pierna para pasarla, sino que me tiendo en el suelo; y si estoy mojado y lleno de barro y suciedad, sigo tumbado hasta que el sol me seca. A lo sumo, me vuelvo de vez en cuando para que me dé encima.

Metió baza el noveno:

—Eso no es nada. Esta mañana estaba sentado delante de un pan; pero sentía pereza de alargar la mano para cogerlo. Por poco me muero de hambre. Y había también una jarra, pero era tan grande y pesada que, por no levantarla, he preferido sufrir sed. Hasta el volverme resultaba demasiado esfuerzo, y me pasé el día tendido como un tronco.

Intervino el décimo:

—A mí la gandulería me ha producido bastantes perjuicios: una pierna rota y una pantorrilla hinchada. Éramos tres, tumbados en un camino. Llegó otro con un carro, y las ruedas me pasaron por encima. Claro que habría podido retirarlas, pero es que no oí venir el carro. Los mosquitos me estaban zumbando en los oídos, y se me entraban y salían por la nariz y por la boca. ¡Pero cualquiera se toma la molestia de espantarlos!

Dijo, a su vez, el undécimo:

—Ayer despedí a mi amo; estaba cansado de llevar y traer sus pesados librotes; no acababa en todo el día. Aunque, a decir verdad, fue él quien me despidió. No quiso que siguiera a su servicio porque sus ropas, que yo tenía abandonadas entre el polvo, estaban apolilladas. Y tuvo razón.

Y, por fin, habló el duodécimo:

—Hoy tuve que salir al campo en el carro. Con paja me arreglé una yacija y me eché a dormir. Cayéronseme las riendas de la mano, y al despertar vi que el caballo casi se había soltado. Habían desaparecido los arreos: la lomera, la collera, la brida y el bocado. Había pasado alguien y se lo había llevado. Además, el carro estaba atascado en un charco. Yo no me apuré y volví a echarme a dormir sobre la paja. Al fin tuvo que venir el amo en persona y desatascar el carro; y si no lo hubiese hecho, no estaría yo aquí ahora. Seguiría en el carro, durmiendo tranquilamente.

El zagalillo

ERASE un zagalillo, famoso en muchas leguas a la redonda por sus respuestas atinadas y discretas. Su fama llegó a oídos del Rey el cual, no dando crédito a lo que le contaban del chiquillo, mandó llamarlo a su presencia. Díjole:

—Si eres capaz de responder acertadamente a tres preguntas que voy a hacerte, vivirás conmigo en palacio como si fueras mi propio hijo.

—¿Cuáles son las preguntas? —dijo el muchacho.

—En primer lugar —dijo el Rey—. Dime cuántas gotas de agua hay en el océano.

A lo que respondió el zagal:

—Señor Rey, ordenad que detengan todos los ríos de la tierra, para que no entre en el mar ni una gota de agua más hasta que yo las haya contado, y entonces os diré las que contiene el océano.

—He aquí la segunda pregunta —prosiguió el Rey—: ¿Cuántas estrellas hay en el cielo?

—Dadme un pliego grande de papel —respondió el pastorcillo.

Y trazó en él con una pluma tantos puntitos y tan apretados, que apenas se distinguían unos de otros; era imposible contarlos, y se le nublaba la

vista a quien los miraba fijamente.

Luego dijo:

—Hay en el cielo tantas estrellas como puntitos en este papel. ¡Contadlos, y lo sabréis!

Pero nadie fue capaz de hacerlo. Y el Rey continuó:

—Va la tercera pregunta: ¿Cuántos segundos tiene la eternidad?

—En Pomerania —contestó el muchacho— hay una montaña de diamantes; tiene una legua de alto, otra de ancho y otra de fondo. Desde hace cien años se posa en ella un avecilla y afila en ella su pico. Pues cuando haya desgastado toda la montaña, habrá transcurrido el primer segundo de la eternidad.

Entonces dijo el Rey:

—Has contestado a las tres preguntas como un verdadero sabio. En adelante vivirás en mi palacio y te consideraré como a mi propio hijo.

Los ochavos robados

HALLÁBASE un hombre comiendo con su esposa e hijos cuando se presentó un buen amigo y lo invitaron a su mesa.

Al dar las doce vio el forastero que se abría la puerta y entraba un niño de poca edad, muy pálido y vestido de blanco. La criatura, sin mirarlos ni dirigirles la palabra, encaminóse a un aposento contiguo del cual volvió a salir al poco rato, tan silenciosamente como había entrado.

El segundo y tercer días repitióse la misma escena, hasta que el forastero se decidió a preguntar al padre de quién era aquel niño que cada mediodía entraba en la habitación.

—No he visto nada —respondió el hombre—, y tampoco sabría decir quién es.

Cuando volvió a entrar al día siguiente, el forastero señaló con el dedo, pero nadie vio nada. Entonces el hombre se acercó a la puerta del cuarto, la entreabrió y echó una mirada al interior.

Vio al niño sentado en el suelo y escarbando febrilmente con los dedos entre las junturas de los ladrillos; pero al ver que el forastero lo miraba, desapareció.

Explicó entonces éste a la familia lo que acababa de presenciar, describiendo al niño con toda precisión.

Reconociólo la madre por las señas y exclamó:

—¡Ay, es mi pobre hijito, que murió hace cuatro semanas!

Levantaron los ladrillos y encontraron entre ellos dos ochavos, que un día entregó la madre al pequeño para que los diese a un mendigo. Mas él pensó: «Me compraré un bizcocho», y se los guardó, escondiéndolos en una rendija entre dos ladrillos.

Y he aquí que ahora no tenía paz en su tumba, y por eso cada mediodía iba a su casa en busca de los ochavos. Los padres dieron las monedas a un pobre, y el niño ya no se presentó más.

Elección de novia

ERASE un joven pastor que quería casarse. Conocía a tres hermanas, tan guapa la una como las otras, por lo que era difícil la elección y estaba indeciso sobre cuál de las tres debía preferir.

Pidió consejo a su madre, y ésta le dijo:

—Invita a las tres, sírveles queso y fíjate cómo lo cortan.

Hízolo así el mozo, y vio que la primera se comía el queso con la corteza; la segunda separaba la corteza, pero era tan chapucera que con ella tiraba un buen trozo de queso bueno; la tercera, en cambio, lo mondaba con gran cuidado, sin quitar mucho ni demasiado poco. El pastor lo explicó todo a su madre.

—Pues toma por mujer a la tercera —díjole ésta.

El mozo siguió su consejo, y vivió contento y feliz con su esposa.

Una muchacha hacendosa

ERASE una muchacha hermosa, pero holgazana y descuidada.

Le repugnaba tanto hilar, que cuando aparecía un grumo en el lino, por pequeño que fuese, antes que deshacerlo arrancaba un puñado de lino que tiraba al suelo.

Tenía una criada que era, en cambio, muy trabajadora. Recogía el lino que su ama desperdiciaba y, después de limpiarlo, lo hilaba; y con aquellos restos llegó a hacerse un lindo vestido.

Un joven había pedido la mano de la perezosa señorita, y se acercaba el día de la boda. La víspera de la fiesta, la hacendosa criada salió a bailar, engalanada con su bonito vestido, y la novia hizo el siguiente comentario:

«¡Cómo salta la doncella
en un traje que no es de ella!»

Oyólo el prometido y le preguntó qué quería significar con eso. La novia le contó que la criada llevaba un vestido confeccionado con el lino que ella había tirado.

Al saberlo el muchacho, comprobó la holgazanería de la señorita y la laboriosidad de la pobre sirvienta, por lo cual plantó a la primera y eligió por esposa a la segunda.

El gorrión y sus cuatro gurriatos

UN gorrión tenía cuatro gurriatos en un nido de golondrinas. Cuando ya empezaban a volar, unos chiquillos traviesos cogieron el nido, pero los pajarillos lograron escapar felizmente.

Al padre le dolió que sus hijos tuviesen que lanzarse al amplio mundo antes de haber podido prevenirlos de sus peligros y aleccionarlos debidamente.

Un día de verano, numerosos gorriones se reunieron en un campo de trigo. Y he aquí que el viejo encontró a sus cuatro hijos y, muy contento, se los llevó a su casa.

—¡Ay, hijitos, cuánta angustia he pasado este verano, sabiendo que andabais por esos mundos de Dios sin haberos podido aleccionar! Escuchad mis palabras; seguid los consejos de vuestro padre, pues debéis tener siempre presente una cosa: los tiernos pajarillos están expuestos a muchísimos peligros.

Y a continuación preguntó al mayor dónde había pasado el verano y de qué se había alimentado.

—Estuve rondando por los jardines, buscando gusanitos y oruguitas, hasta que maduraron las cerezas.

—¡Ay, hijo mío! —exclamó el padre—. No están mal las golosinas, pero ocultan muchos peligros. En adelante debes ir con mucho tiento, sobre todo cuando veas a hombres que andan por los jardines llevando largos palos verdes con un agujerito en el extremo.

—Sí, padre; pero ¿y si tapan el agujerito mediante una hojita verde pegada con cera?

—¿Dónde has visto eso?

—En el jardín de un comerciante —respondió el pequeño.

—¡Oh, hijo mío! —exclamó el padre—. ¡Gente taimada son los comerciantes! Si estuviste entre ellos, habrás adquirido bastante experiencia. Utilízala bien y no te fíes demasiado.

Dirigióse luego al segundo:

—¿Dónde te ganaste tú la vida?

—En la Corte —respondió el gorrioncillo.

—No es lugar éste para los gorriones y pajarillos tontos; hay demasiado oro, terciopelo, seda, armas, arneses, gavilanes, mochuelos y halcones. Quédate en la cuadra de los caballos, donde aventan avena o trillan. Allí, con un poco de suerte, no te faltarán tus granitos cotidianos, y podrás comértelos en paz y sin sobresalto.

—Sí, padre —respondió el pequeño—. Pero los mozos de establo preparan trampas con bayas de serbal y atan con paja sus mallas y lazos; y esto no deja de tener sus riesgos.

—¿Dónde viste eso?

—En la Corte, entre los chicos de los caballerizos.

—¡Oh, hijo mío! Los chiquillos de caballerizos son mala gentezuela. Si has estado en la Corte entre esos personajes sin dejar ninguna de tus plumas, puedes decir que has aprendido bastante y que sabrás despabilarte por el mundo. De todos modos, anda con cuidado. A menudo, los lobos se comen también a los perrillos avisados.

Llamó el padre al tercero:

—¿Cómo te las arreglaste tú?

—Por carreteras y caminos, entre carros y caballerías, y picando los granos de cebada que encontraba.

—Buena comida —observó el padre—; pero cuidado con el pellejo, y ojo alerta, sobre todo cuando veas a uno agacharse y coger una piedra. Entonces es cosa de no entretenerse.

—Verdad dices —replicó el hijo—. Pero ¿y si traen ya el guijarro en el bolsillo?

—¿Dónde viste eso?

—Entre los mineros, padre. Cuando se marchan, siempre llevan piedras escondidas.

—Mineros, obreros, ¡vaya gente astuta! Si has estado con ellos habrás visto muchas cosas y no te faltará experiencia.

«De todos modos, ve con precaución;
que los chiquillos de los montañeros
mataron a pedradas a más de un gorrión».

Finalmente, volvióse el padre al menor de sus hijitos:

—En cuanto a ti, pequeño, que siempre fuiste el más tontuelo y enclenque, quédate a mi lado. Hay en el mundo demasiados pajarracos brutales y perversos, con picos corvos y largas garras, que acechan a las avecillas para zampárselas. Quédate con los tuyos y busca las arañitas y oruguitas de los árboles y las casas, y vivirás siempre contento.

—¡Oh, padre mío! Quien vive sin causar daño a nadie llega lejos, y ningún gavilán, azor, águila ni milano le causará ningún mal si él, todas las mañanas y todas las noches, se encomienda y ofrece su honrado alimento a Dios Nuestro Señor, creador y sostenedor de todos los pajarillos del bosque y del pueblo, y que escucha incluso el graznido y la oración de los cuervecitos; pues sin su voluntad no caerá al suelo ni un gorrión ni un reyezuelo.

—¿Dónde aprendiste eso? —preguntó el padre.

Y el hijo respondió:

—Cuando escapé del nido, me metí en una iglesia, donde me pasé el verano cazando moscas y arañas en las ventanas, y oí predicar este sermón. Y el padre de todos los gorriones me alimentó durante todo el tiempo y me protegió contra toda desgracia y de los malos pajarracos.

—Mucha razón tienes, hijo mío. Vuela a las iglesias y ayuda a limpiarlas de arañas y moscas, y píale a Dios como los cuervecitos, y encomiéndate al eterno Creador y vivirás seguro y tranquilo, aunque el mundo esté lleno de pérfidas y salvajes aves rapaces:

«Pues quien al Señor sus cosas encomienda,
calla, sufre, espera, reza y se enmienda,
y guarda la fe y la conciencia puras,

Él lo sostendrá y ayudará en las horas duras».

El cuento de los despropósitos

ERAN los tiempos del mundo al revés. Una vez vi que de un hilillo de seda pendían Roma y el Palacio de Letrán; que un hombre sin pies ganaba en la carrera a un rápido caballo, y que una agudísima espada cortaba un puente. Vi un borriquillo de nariz de plata que perseguía a dos veloces liebres, y un ancho tilo en el que crecían tortas calientes. Vi una vieja y seca madreselva que daba sus buenas cien cubas de manteca y sesenta de sal. ¿Basta con estas mentiras, o aún no? Pues vi arar un arado sin caballo ni buey, y un chiquillo de un año lanzar cuatro piedras de molino desde Ratisbona a Tréveris y de Tréveris a Estrasburgo; y un azor nadando por el Rin; y lo hacía como si estuviera en su elemento. Oí unos peces que metían un ruido tal que resonaba en el cielo; vi fluir miel dulce, como si fuera agua, desde un profundo valle a una alta montaña. Es raro todo esto, ¿verdad? Había dos grajos que segaban un prado, y vi dos mosquitos construyendo un puente, dos palomas desgarrando un lobo, dos niños que parían dos cabritas, y dos ranas que trillaban el grano. Vi a dos ratones consagrar a un obispo, y a dos gatos arañar la lengua de un oso. Llegó corriendo una serpiente y degolló a dos fieros leones. Había un barbero afeitando la barba a una mujer, y dos perros lebreles que arrastraban un molino fuera del agua, y una vieja borrica lo miraba, diciendo que estaba bien. Y en un patio, cuatro corceles trillaban grano con todas sus fuerzas; dos cabras encendían el horno, y una vaca roja metía el pan en él. Entonces cantó un gallo: «¡Quiquiriquí! ¡El cuento llega hasta aquí!».

El cuento de las mentiras

VOY a contaros una cosa. He visto volar a dos pollos asados; volaban rápidos, con el vientre hacia el cielo y la espalda hacia el infierno; y un yunque y una piedra de molino nadaban en el Rin, despacio y suavemente, mientras una rana devoraba una reja de arado, sentada sobre el hielo, el día de Pentecostés. Tres individuos, con muletas y patas de palo, perseguían a una liebre; uno era sordo; el otro, ciego; el tercero, mudo, y el cuarto no podía mover una pierna. ¿Queréis saber qué ocurrió? Pues el ciego fue el primero en ver correr la liebre por el campo; el mudo llamó al tullido, y el tullido la agarró por el cuello. Unos, que querían navegar por tierra, izaron la vela y avanzaron a través de grandes campos, y al cruzar una alta montaña naufragaron y se ahogaron. Un cangrejo perseguía una liebre, y a lo alto de un tejado se había encaramado una vaca. En aquel país, las moscas son tan grandes como aquí las cabras. Abre la ventana para que puedan salir volando las mentiras.

Cuento-acertijo

TRES mujeres habían sido transformadas en flores y trasladadas al campo; una de ellas, sin embargo, podía pasar las noches en su casa.

Dijo una vez a su marido cuando ya se acercaba el día y, con él, la hora de regresar al campo con sus compañeras y recobrar su figura de flor:

—Si esta mañana vienes a cogerme, quedaré desencantada y ya no tendré que separarme de ti.

Y así sucedió. Ahora bien; se trata de saber cómo la reconoció el marido, puesto que las tres flores eran exactamente iguales, sin la menor diferencia entre ellas.

La respuesta es: La que había pasado la noche en su casa en vez de hacerlo en el campo, no había recibido el rocío, y sí las otras dos. Por eso la reconoció el marido.

Enrique el holgazán

ENRIQUE era muy holgazán, y aunque su trabajo se limitaba a sacar todos los días a pacer su cabra, cada noche, al volver de la faena, decía suspirando:

—De veras que es pesado y fastidioso tener que llevar la cabra, un año sí y otro también hasta muy adelantado el otoño, a pacer al prado. ¡Si al menos pudiera uno tumbarse y dormir! Pero no; hay que estar con los ojos bien abiertos y vigilar que el animal no se escape, no dañe los renuevos, ni salte los setos, ni se meta en los huertos. ¡Cómo puede tener uno tranquilidad y disfrutar de la vida!

Sentóse y, concentrándose en sus pensamientos, estuvo cavilando la manera de quitarse aquella carga de sus hombros. Pasóse largo tiempo sin encontrar solución, hasta que de pronto parecióle como si le cayeran escamas de los ojos:

—¡Ya sé lo que haré! —exclamó—; me casaré con la gorda Trini. También ella tiene una cabra; podrá sacarla a pacer con la mía, y yo no tendré que seguir atormentándome.

Levantóse, pues, y poniendo en movimiento sus cansadas piernas cruzó la calle, ya que enfrente vivían los padres de la gorda Trini, para pedirle la mano de su laboriosa y virtuosa hija.

Los padres no lo pensaron mucho. «Dios los cría, y ellos se juntan», pensaron; y dieron su conformidad. Y la gorda Trini convirtióse en la mujer de Enrique y sacó a pacer las dos cabras.

Él vivía feliz, sin otra preocupación que la de su propia holgazanería. Sólo de vez en cuando acompañaba hasta el campo a su esposa:

—Lo hago sólo para que a la vuelta me sea más agradable el descanso. De lo contrario, llega uno a perder el gusto en el reposo.

Pero resultó que la gorda Trini no era menos perezosa que su marido.

—Enrique mío —le dijo un día—, ¿por qué agriarnos la vida sin necesidad, y desperdiciar los mejores tiempos de nuestra juventud? ¿No sería mejor vender a nuestro vecino las dos cabras, que todas las mañanas nos despiertan con sus balidos, a cambio de una colmena? La pondríamos detrás de la casa, en un lugar soleado, y ya no habríamos de preocuparnos más de ella. A las abejas no hay que guardarlas ni llevarlas al prado; ellas mismas cuidan de volar por ahí, saben el camino de vuelta y almacenan su miel, sin molestia alguna para el dueño.

—Has hablado como una mujer prudente y que sabe lo que se dice —respondió Enrique—. Lo haremos así en seguida. Además, la miel es más sabrosa y nutritiva que la leche de cabra, y se guarda más tiempo.

El vecino cambió gustoso las dos cabras por una colmena.

Las abejas volaron incansablemente desde la madrugada hasta entrada la noche, llenando la colmena de riquísima miel; y así, al llegar el otoño, Enrique pudo llenar con ella una buena jarra.

Guardaron la jarra sobre un estante clavado en lo alto de la pared de su dormitorio y, temiendo que alguien pudiese robársela o que los ratones se subiesen hasta ella, Trini se procuró una recia vara de avellano y la puso junto a la cama, para tenerla al alcance de la mano sin necesidad de levantarse y, desde el lecho, poder arrear o ahuyentar a los huéspedes inoportunos.

El perezoso Enrique no dejaba las sábanas antes de mediodía:

—Quien madruga —solía decir— disipa su hacienda.

Una mañana, hallándose todavía acostado descansando de su prolongado sueño, dijo a su mujer:

—A las mujeres les gusta el dulce, y tú te estás zampando la miel. Mejor sería, antes de que te la comas toda, que compremos con ella una oca y un patito.

—Pero no antes de que tengamos un hijo para que los cuide —respondió Trini—. ¿Crees tú que yo cargaré con todo el trabajo de criarlos consumiendo mis fuerzas para nada?

—¿Y tú te imaginas que el hijo te guardará los gansos? Hoy en día los niños ya no obedecen, hacen su santa voluntad porque se creen más listos

que sus padres. Acuérdate, si no, de aquel mozo a quien mandaron a buscar la vaca perdida, y él se dedicó a correr detrás de unos mirlos.

—¡Oh! —replicó Trini—, lo que es el mío lo va a pasar mal si no hace lo que le mande. Cogeré un palo y le curtiré la piel a bastonazos.

Agarró la vara de avellano que tenía a su lado para espantar los ratones y, blandiéndola en su excitación, gritó:

—¿Ves, Enrique? ¡Así le voy a zurrar!

Y tuvo la mala suerte de pegar un estacazo a la jarra del estante. Dio ésta contra la pared, cayó al suelo hecha trizas, y toda la miel se vertió y esparció.

—Ahí tienes nuestra oca y el patito —dijo Enrique—; ya nadie tendrá que guardarlos. De todos modos, ha sido una suerte que la jarra no me cayera en la cabeza; podemos considerarnos muy afortunados.

Y como viera que en uno de los pedazos había quedado un poco de miel, alargó el brazo para cogerlo diciendo:

—Mira, mujer, saborearemos este poquito y luego descansaremos después del susto. No importa que nos levantemos algo más tarde que de costumbre. ¡El día es muy largo!

—Sí —dijo Trini—, siempre se llega a tiempo. ¿Sabes? Una vez invitaron al caracol a una boda; él se puso en camino y, en vez de llegar a la boda, llegó al bautizo. Delante de la casa tropezó, se cayó de lo alto del vallado y exclamó: «¡Bien dicen que la prisa es siempre mala!».

La hija del molinero (Rumpelstilzchen)

ERASE una vez un pobre molinero que tenía una hermosa hija. Tuvo un día ocasión de hablar con el Rey y, para darse importancia, le dijo:

—Tengo una hija que sabe hilar la paja convirtiéndola en oro.

—He aquí una habilidad que me satisface —dijo el Rey—. Si tu hija es tan lista como dices, traéla mañana a palacio para ver cómo se luce.

Cuando le presentaron a la muchacha, condújola él a una habitación llena de paja y, dándole una rueca y una tortera, le dijo:

—Ponte en seguida al trabajo. Mañana por la mañana toda esta paja tiene que estar hilada y convertida en oro. Si no lo has hecho, morirás.

Y él mismo cerró la puerta con llave dejando a la muchacha sola.

La desdichada hija del molinero quedó allí encerrada, sin saber qué hacer para salvar la vida. Jamás se le había ocurrido que pudiera transformarse la paja en oro; su angustia aumentaba por momentos y, al fin, rompió a llorar.

De pronto se abrió la puerta y entró un enanillo que le dijo:

—Buenas noches, molinerita. ¿Por qué lloras así?

—¡Ay! —respondió la muchacha—. Tengo que convertir esta paja en oro, y no sé hacerlo.

—¿Qué me das si la hilo yo por ti? —preguntó el hombrecillo.

—Mi collar —dijo la doncella.

Tomó el enano el collar y, sentándose a la rueca, en tres pasadas llenó la canilla. Puso luego otra, otras tres pasadas, y quedó llena la segunda; y así,

sin parar hasta la mañana, en que toda la paja quedó hilada y todas las canillas llenas de oro.

Al amanecer presentóse el Rey, y al ver toda aquella riqueza sintió una gran alegría. Pero su codicia le pedía más aún. Mandó conducir a la hija del molinero a otra habitación mucho mayor que la primera y también llena de paja, y la conminó a hilarla toda durante la noche si estimaba en algo su vida.

La muchacha, viéndose otra vez perdida, prorrumpió de nuevo a llorar. Presentóse el enanillo y le preguntó:

—¿Qué me das si te convierto la paja en oro?

—La sortija que llevo en el dedo —respondió la doncella.

El enano aceptó la sortija, volvió a ponerse a la rueca y, al llegar la madrugada, toda la paja estaba transformada en reluciente oro.

Alegróse mucho el Rey al verlo; pero, dominado por la avaricia, llevó a la muchacha a otra habitación, mucho mayor todavía, y también llena de paja:

—Esta noche vas a hilarme todo esto, y si lo consigues me casaré contigo.

Pensaba el Rey: «Aunque sea la hija de un molinero, en todo el mundo no encontraré una mujer con mejor dote».

Al quedar sola la muchacha, presentóse el enanito por tercera vez y le dijo:

—¿Qué me das si también esta noche te hilo la paja?

—Ya no me queda nada que pueda darte —respondió la muchacha.

—Entonces prométeme que, una vez seas reina, me darás tu primer hijo.

«¡Quién sabe cómo han de ir las cosas!», pensó la molinerita; y, ante el apuro en que se hallaba, prometió lo que se le pedía, a cambio de lo cual el hombrecillo le transformó la paja en oro por tercera vez.

Y cuando, por la mañana, entró el Rey y lo encontró todo conforme a sus deseos, casóse con la hermosa hija del molinero, la cual pasó a ser la reina del país.

Al cabo de un año dio a luz un hermoso niño. La Reina se había olvidado ya del enano, pero éste se presentó de improviso en su alcoba y le dijo:

—Dame ahora lo que me prometiste.

La Reina se horrorizó y ofreció al enanito todas las riquezas del reino en compensación del niño; pero el hombrecillo replicó:

—No, un ser viviente vale para mí más que todos los tesoros del mundo.

La madre se deshizo en tantas lágrimas y lamentaciones que, al fin, el hombrecillo se compadeció de ella.

—Te dejaré tres días de plazo —dijo—. Si para entonces has averiguado mi nombre, te dejaré a tu hijo.

La Reina se pasó la noche entera tratando de recordar todos los nombres que había oído en su vida, y envió a un mensajero con orden de informarse por doquier de todos los existentes.

Al comparecer el hombrecillo al día siguiente, empezó ella a recitar todos los nombres que sabía, desde Melchor, Gaspar y Baltasar; pero a cada uno respondía el enano:

—No me llamo así.

Durante el segundo día mandó investigar los nombres de todos los habitantes de la vecindad, y luego enumeró al enanito los más peregrinos y raros:

—¿No te llamarás, acaso, Costilludo, o Pata de carnero, o Pantorrillera?

Pero el hombrecillo respondía invariablemente:

—No me llamo así.

Al tercer día dijo el emisario a su regreso:

—Me ha sido imposible dar con un solo nombre nuevo, pero cuando llegué a la orilla de un bosque en una alta montaña, allí donde la zorra y la liebre se dan las buenas noches, vi una casita, y delante de ella ardía un fuego, y en torno al fuego estaba saltando un ridículo enanillo sobre una piedra, y cantaba:

«Hoy hago pan, mañana cerveza,
y pasado me traigo al hijo del amo.
¡Qué bien! ¡Nadie tiene en la cabeza
que Rumpelstilzchen soy y que así me llamo!»

Podéis imaginar lo contenta que se puso la Reina al escuchar aquel nombre. Y tan pronto como compareció al enano y le preguntó:

—Bien, Señora Reina, ¿cómo me llamo?

Empezó ella diciendo:

—¿Te llamas por casualidad Conrado?

—¡No!

—¿O Enrique?

—¡No!

—¿No será, acaso, Rumpelstilzchen?

—¡Es el diablo quien te lo ha dicho! ¡Es el diablo quien te lo ha dicho! —exclamó el enanillo y, encolerizado, dio con el pie derecho una patada tan fuerte en el suelo, que se hundió en él hasta la cintura.

Luego cogió el pie izquierdo con ambas manos y tiró de él hasta que se rajó en dos de arriba abajo.

El rey de los ladrones

UN anciano estaba sentado a la puerta de su pobre casa en compañía de su mujer, descansando tras su jornada de trabajo. De pronto llegó, como de paso, un magnífico coche tirado por cuatro caballos negros, del cual se apeó un caballero ricamente vestido.

Levantóse el campesino y, dirigiéndose al señor, preguntóle en qué podía servirlo. El forastero estrechó la mano del viejo y dijo:

—Sólo quiero un plato de los vuestros, sencillo. Preparadme unas patatas, como las coméis vosotros; me sentaré a vuestra mesa y cenaré con buen apetito.

El campesino respondió sonriendo:

—Seguramente sois algún conde o príncipe, o tal vez un duque. Las personas de alcurnia tienen a veces caprichos extraños. Pero el vuestro será satisfecho.

Fue la mujer a la cocina y se puso a lavar y mondar patatas con la idea de guisar unas albóndigas al estilo del campo. Mientras ella preparaba la cena, dijo el campesino al viajero:

—Entretanto, venid conmigo al huerto, pues aún tengo algo que hacer en él.

Había excavado agujeros para plantar árboles.

—¿No tenéis hijos que os ayuden en vuestra labor? —preguntó el forastero.

—No —respondió el campesino—. Uno tuve, pero se marchó a correr mundo hace ya mucho tiempo. Era un chico descastado; listo y astuto, eso sí, pero se empeñaba en no aprender nada y no hacía sino diabluras. Al fin huyó de casa, y nunca más he sabido de él.

El viejo cogió un arbolillo, lo introdujo en uno de los agujeros y, a su lado, colocó un palo recto. Luego llenó el foso con tierra y, cuando la hubo apisonado muy bien, ató el árbol al palo por arriba, por abajo y por el medio, con cuerdas de paja.

—Decidme —prosiguió el caballero—, ¿por qué no atáis aquel árbol torcido y nudoso del rincón, aquel que se curva casi hasta el suelo, a un palo recto como hacéis con éste para que suba derecho?

Sonrió el campesino y dijo:

—Señor, habláis según entendéis las cosas. Bien se ve que nunca os habéis ocupado en jardinería. Aquel árbol es viejo y deforme; ya es imposible enderezarlo. Esto sólo puede hacerse cuando los árboles son jóvenes.

—Lo mismo que con vuestro hijo —replicó el viajero—. Si le hubieseis disciplinado de niño, no se habría escapado; ahora debe haberse vuelto duro y viciado.

—Sin duda —convino el labriego—. Han pasado muchos años desde que se marchó; habrá cambiado mucho.

—¿No lo reconoceríais si lo tuvieseis delante? —preguntó el señor.

—Por la cara, difícilmente —replicó el campesino—; pero tiene una señal, un lunar en el hombro en forma de alubia.

Al oír esto, el forastero se quitó la casaca y, descubriéndose el hombro, mostró el lunar al viejo.

—¡Santo Dios! —exclamó éste—. ¡Pues es cierto que eres mi hijo! —y sintió revivir en su corazón el amor paterno—. Mas —prosiguió—, ¿cómo puedes ser mi hijo, si te veo convertido en un gran señor que nada en la riqueza? ¿Cómo has llegado a esta prosperidad?

—¡Ay, padre! —respondió el hijo—, no atasteis el arbolillo a un poste recto, y creció torcido; ahora es ya demasiado tarde para enderezarse. ¿Cómo he adquirido todo esto? Pues robando. Soy un ladrón. Pero no os asustéis. Me he convertido en maestro del arte. Para mí no hay cerraduras ni cerrojos que valgan; cuando me apetece una cosa, es como si ya la tuviese. No vayáis a creer que robo como un ladrón vulgar; quito a los ricos lo que les sobra, y nada han de temer los pobres; antes les doy lo que quito a los

ricos. Además, no toco nada que pueda alcanzar sin fatiga, astucia y habilidad.

—¡Ay, hijo mío! —exclamó el padre—. De todos modos no me gusta lo que dices; un ladrón es un ladrón. Acabarás mal, acuérdate de quién te lo dice.

Lo presentó a su madre la cual, al saber que aquel era su hijo, prorrumpió a llorar de alegría; pero cuando le dijo que se había convertido en ladrón, sus lágrimas se trocaron en dos torrentes que le inundaban el rostro. Dijo al fin:

—Aunque sea ladrón, es mi hijo después de todo, y mis ojos lo han visto otra vez.

Sentáronse todos a la mesa, y él volvió a cenar en compañía de sus padres aquellas cosas tan poco apetitosas que no probara en tanto tiempo.

Dijo entonces el padre:

—Si nuestro señor, el conde que vive en el castillo, se entera de quién eres y lo que haces, no te cogerá en brazos para mecerte como hizo cuando te sostuvo en las fuentes bautismales, sino que mandará colgarte en la horca.

—No os inquietéis padre, no me hará nada, pues entiendo mi oficio. Esta misma tarde iré a visitarlo.

Y al anochecer, el maestro ladrón subió a su coche y se dirigió al castillo. El conde lo recibió cortésmente, pues lo tomó por un personaje distinguido. Pero cuando el forastero se dio a conocer, palideció y estuvo unos momentos silencioso.

Al fin, dijo:

—Eres mi ahijado; por eso usaré contigo de misericordia y no de justicia, y te trataré con indulgencia. Ya que te jactas de ser un maestro en el robo, someteré tu habilidad a prueba; pero si fracasas, celebrarás tus bodas con la hija del cordelero, y tendrás por música el graznido de los cuervos.

—Señor conde —respondió el maestro—, pensad tres empresas tan difíciles como queráis, y si no las resuelvo satisfactoriamente, haced de mí lo que os plazca.

El conde estuvo reflexionando unos momentos y luego dijo:

—Pues bien: en primer lugar, me robarás de la cuadra mi caballo preferido; en segundo lugar, habrás de quitarnos, a mí y a mi esposa, cuando estemos durmiendo, la sábana de debajo del cuerpo sin que lo notemos y, además, le quitarás a mi esposa el anillo de boda del dedo. Finalmente, habrás de llevarte de la iglesia al cura y al sacristán. Y advierte que te va en ello el pellejo.

Dirigióse el maestro a la próxima ciudad; compró los vestidos de una vieja campesina y se los puso. Tiñóse luego la cara de un color terroso y se pintó las correspondientes arrugas, con tanta destreza que nadie lo habría reconocido. Finalmente, llenó un barrilito de añejo vino húngaro, en el que había mezclado un soporífero. Puso el barrilito en una canasta, que se cargó a la espalda, y con paso vacilante y mesurado, regresó al castillo del conde.

Había ya cerrado la noche cuando llegó. Sentóse sobre una piedra, púsose a toser como una vieja bronquítica y a frotarse las manos como si tuviese mucho frío.

Ante la puerta de la cuadra unos soldados estaban sentados en torno al fuego, y uno de ellos, dándose cuenta de la vieja, la llamó:

—Acércate, abuela, ven a calentarte. Por lo visto no tienes cobijo para la noche y duermes donde puedes.

Aproximóse la vieja a pasitos y, después de rogar que le descargasen la canasta de la espalda, se sentó con ellos a la lumbre.

—¿Qué traes en ese barrilito, vejestorio? —preguntó uno.

—Un buen trago de vino —respondió ella—. Me gano la vida con este comercio. Por dinero y buenas palabras os daría un vasito.

—¡Venga! —asintió el soldado, y probó un vaso—. ¡Buen vinillo! —exclamó—. Échame otro.

Se tomó otro trago, y los demás siguieron su ejemplo.

—¡Hola, compañeros! —gritó uno a los que estaban de guardia en la cuadra—. Aquí tenemos a una abuela que trae un vino tan viejo como ella. Tomaos un trago, os calentará el estómago mejor que el fuego.

La vieja se fue a la cuadra con su barril, encontrándose con que uno de los guardas estaba montado sobre el caballo ensillado del conde; otro, sujetaba la rienda con la mano, y un tercero, lo tenía agarrado por la cola.

La abuela sirvió vaso tras vaso, hasta que se hubo vaciado el barrilito y, al cabo de poco rato se le soltaba a uno la rienda de la mano y, cayendo al suelo, empezó a roncar estrepitosamente. El que estaba montado, si bien continuó sobre el caballo, inclinó la cabeza hasta casi tocar el cuello del

animal, durmiendo y resoplando como un fuelle; y el tercero soltó, a su vez, la cola que sostenía.

Los soldados del exterior, rato ha que dormían tumbados por el suelo, como si fuesen de piedra. Al ver el maestro ladrón que le salía bien la estratagema, puso en la mano del primero una cuerda en sustitución de la brida, y en la del que sostenía la cola, un manojo de paja. Pero ¿cómo se las compondría con el que estaba sentado sobre el caballo? No quería bajarlo, por miedo a que despertase y se pusiera a gritar. Mas no tardó en hallar una solución. Desató la cincha y ató la silla a unas cuerdas enrolladas que pendían de la pared, dejando al caballero en el aire y, sacando al animal de debajo de la silla, sujetó firmemente las cuerdas a los postes. En un santiamén soltó la cadena que sujetaba al caballo y salió con él de la cuadra. Mas las pisadas del animal sobre el patio empedrado podían ser oídas desde el castillo y, para evitarlo, envolvió las patas del animal con viejos trapos, lo sacó con toda precaución, montó sobre él y emprendió el galope.

Al clarear el día, el maestro ladrón volvió a palacio, caballero en el robado corcel. El conde acababa de levantarse y se hallaba asomado a la ventana.

—¡Buenos días, señor conde! —gritóle el ladrón—. Aquí os traigo el caballo que saqué, sin contratiempo, de la cuadra. Ved qué bien duermen vuestros soldados, y si queréis tomaros la molestia de bajar a la caballeriza, veréis también cuán apaciblemente descansan vuestros guardas.

El conde no pudo menos de echarse a reír, y luego dijo:

—La primera vez te has salido con la tuya; pero de la segunda no escaparás tan fácilmente. Y te advierto que si te pesco actuando de ladrón, te trataré como tal.

Aquella noche, al acostarse, la condesa cerró firmemente la mano en la que llevaba el anillo de boda, y el conde dijo:

—Todas las puertas están cerradas con llave y cerrojo. Yo velaré esperando al ladrón, y si sube por la ventana, lo derribaré de un tiro.

Por su parte, el maestro en el arte de Caco se fue a la horca, una vez oscurecido, cortó la cuerda de uno de los ajusticiados que colgaban de ella y, cargándose el cuerpo a la espalda, lo llevó hasta el castillo.

Una vez allí, puso una escalera que llegaba hasta la ventana del dormitorio y subió por ella, con el muerto sobre sus hombros. Cuando la cabeza del cadáver apareció en la ventana el conde, que acechaba desde la cama, le disparó la pistola. El ladrón soltó el cuerpo y, bajando él rápidamente, fue a ocultarse en una esquina. La luna era muy clara, y el maestro pudo ver cómo el conde bajaba desde la ventana por la escalera y transportaba el cadáver al jardín, donde se puso a cavar un hoyo para enterrarlo.

—Éste es el momento —pensó el ladrón y, deslizándose sigilosamente desde su escondite, subió por la escalera a la alcoba de la condesa.

—Esposa —dijo imitando la voz del conde—, he matado al ladrón. De todos modos, mi ahijado era más bien un bribón que un malvado; no quiero

entregarlo a la pública vergüenza; además, me dan lástima sus padres. Antes de que amanezca lo enterraré en el jardín para que no se divulgue la cosa. Dame la sábana para envolver el cuerpo; lo enterraré como a un perro —la condesa le dio la sábana—. ¿Sabes qué? —prosiguió el ladrón—. Tengo una corazonada. Dame también tu sortija. El infeliz la ha pagado con la vida; dejemos que se la lleve a la tumba.

La condesa no quiso contradecir a su esposo y, aunque a regañadientes, sacóse el anillo del dedo y se lo alargó. Marchóse el ladrón con los dos objetos, y llegó felizmente a su casa antes de que el conde hubiese terminado su labor de sepulturero.

Había que ver la cara del buen conde cuando, a la mañana siguiente, presentóse el maestro con la sábana y la sortija.

—¿Eres, acaso, brujo? —preguntóle—. ¿Quién te ha sacado de la sepultura en que yo mismo te deposité, y quién te ha resucitado?

—No fue a mí a quien enterrasteis —respondió el ladrón—, sino a un pobre ajusticiado de la horca.

Y le contó detalladamente cómo había sucedido todo. Y el conde hubo de admitir que era un ladrón hábil y astuto.

—Pero todavía no has terminado —añadió—. Te queda el tercer trabajo y, si fracasas, de nada te servirá lo que has hecho hasta ahora.

El maestro se limitó a sonreír.

Cerrada la noche, se dirigió a la iglesia del pueblo con un largo saco a la espalda, un lío debajo del brazo y una linterna en la mano. En el saco llevaba cangrejos, y en el lío candelillas de cera.

Entró en el camposanto, sacó un cangrejo del saco, le pegó una candelilla en el dorso y la encendió; sacó luego un segundo cangrejo y repitió la operación, y así con todos y, depositándolos en el suelo, los dejó que se esparciesen a voluntad. Cubrióse él con una larga túnica negra, parecida a un hábito de monje, y pegóse una barba blanca. Así transformado, cogió el saco en el que había llevado los cangrejos, entró en la iglesia y subió al púlpito.

El reloj de la torre estaba dando las doce, a la última campanada, gritó él con voz recia y estridente:

—¡Oíd, pecadores, ha llegado el fin de todas las cosas, se acerca el día del Juicio universal! ¡Oíd! ¡Oíd! El que quiera subir al cielo conmigo que se introduzca en el saco. Yo soy San Pedro, el que abre y cierra la puerta del Paraíso. Mirad allá fuera, en el cementerio, cómo andan los muertos juntando sus osamentas. ¡Venid, venid al saco, pues el mundo se hunde!

Sus gritos resonaban en el pueblo entero, y los primeros en oírlos fueron el cura y el sacristán que vivían junto a la iglesia; y cuando vieron las lucecitas que corrían en todas direcciones por el camposanto, comprendieron que ocurría algo insólito y entraron en el templo.

Después de escuchar unos momentos el sermón, dirigióse el sacristán al cura y le dijo:

—Creo que no haríamos mal en aprovechar esta oportunidad; así nos sería fácil llegar juntos al cielo antes de que amanezca.

—Cierto —respondió el cura—. También yo lo pienso; si os parece, vamos allá.

—Sí —asintió el sacristán—. Pero vos, señor párroco, debéis pasar primero; yo os sigo.

Adelantóse, pues, el párroco y subió al púlpito, donde el ladrón le presentó el saco abierto en el que se metió seguido del sacristán. En seguida, el maestro lo ató firmemente y, cogiéndolo por el cabo, se puso a

arrastrarlo escaleras abajo. Y cada vez que las cabezas de los dos necios daban contra un peldaño, exclamaba:

—Ya pasamos por las montañas —luego fue arrastrándolos del mismo modo a través del pueblo; y cuando pasaba por los charcos, decíales—. Ahora atravesamos las húmedas nubes —y, finalmente, al subir la escalera de palacio—. Ya estamos en la escalera del cielo, y pronto llegaremos al vestíbulo —una vez arriba, descargó el saco dentro del palomar y, al salir las palomas voleteando, dijo—. ¿No oís cómo se alegran los ángeles y aletean?

Y, corriendo el cerrojo, se marchó.

A la mañana siguiente presentóse al conde y le comunicó que quedaba cumplida la tercera empresa, pues se había llevado de la iglesia al cura y al sacristán.

—¿Y dónde los dejaste? —preguntó el señor.

—Arriba, en el palomar, dentro de un saco. Y se figuran que se hallan en el cielo.

Subió personalmente el conde y pudo cerciorarse de que el ladrón le decía la verdad.

Cuando hubo liberado de su prisión al párroco y a su ayudante, dijo:

—Eres el rey de los ladrones y has ganado tu causa. Por esta vez salvas el pellejo; mas procura marcharte de mis dominios, pues si vuelves a presentarte en ellos, ten la seguridad de que serás ahorcado.

El ladrón se despidió de sus padres, marchóse de nuevo a correr mundo, y nunca más nadie supo de él.

El grifo

ERASE una vez un Rey —jamás he sabido dónde reinó ni cómo se llamaba— que no tenía hijos varones, y su única hija estaba siempre enferma sin que ningún doctor acertara a curarla.

Profetizaron al Rey que la princesa sanaría comiendo manzanas, por lo que el Monarca mandó pregonar por todo el reino que quien le proporcionase manzanas que la curasen, la recibiría por esposa y sería rey a su vez.

Oyó el pregón un campesino que tenía tres hijos, y dijo al mayor:

—Sube al granero, llena un cesto de las manzanas más hermosas, de piel bien colorada, y llévalas a la Corte; tal vez la princesa se cure comiéndolas, y así te casarás con ella y serás rey.

Obedeció el muchacho y púsose en camino. Había andado un trecho cuando se encontró con un hombrecillo canoso, el cual le preguntó qué llevaba en el cesto.

Respondióle Ulrico (tal era el nombre del mozo):

—Patas de rana.

A lo cual le replicó el enano:

—Pues patas de rana son y serán.

Y se alejó.

Al llegar Ulrico al palacio, anunció que llevaba manzanas para curar a la princesa. Alegróse el Rey y mandó que llevasen a Ulrico a su presencia. Pero ¡oh, sorpresa!, al abrir el cesto se vio que en vez de manzanas contenía patas de rana que aún se movían. Indignóse el Rey y mandó que lo arrojasen de palacio.

Ya en casa, contó a su padre lo que le había sucedido, y entonces el hombre envió al hijo segundo, el cual se llamaba Samuel. Pero a éste le ocurrió lo que a su hermano mayor. Topóse también con el mismo hombrecillo y, a su pregunta de qué contenía el cesto, respondió:

—Cerdas.

—Pues cerdas son y cerdas serán —replicó el enano.

Cuando se presentó en palacio afirmando que llevaba manzanas para curar a la princesa, no querían admitirlo, diciendo que ya se había hecho anunciar otro necio con el mismo cuento. Pero Samuel insistió en que traía manzanas y en que le permitiesen entrar. Lo creyeron, al fin, y lo

condujeron ante el Rey. Pero cuando abrió el cesto, aparecieron cerdas. Fue tanto el enojo del Soberano, que ordenó arrojar a Samuel a latigazos.

Al llegar el mozo a casa, relató su percance y mala ventura. Adelantóse el hijo menor, a quien llamaban siempre el tonto, y preguntó a su padre si le permitiría ir, a su vez, con las manzanas.

—¡Ésa es buena! —replicó el hombre—. ¡Fijaos en quién pide hacer el recadito! Los listos salen mal parados, y tú pretendes salir airoso.

Pero el pequeño no cejó:

—De todos modos, dejadme ir, padre.

—¡Márchate de aquí, estúpido! Tendrás que aguardar a ser más listo —replicó el padre, volviéndole la espalda.

Pero Juanillo, tirándole de la chaqueta, porfió:

—¡Dejadme que vaya, padre!

—¡Por mí, puedes ir! ¡Ya veremos cómo vuelves! —gritó, al fin, el hombre. Pero el chico pegó un salto de alegría—. Sí, tú siempre haciendo tonterías. Cada día te vuelves más bobo —repitió el padre.

Pero Juanillo no se inmutó ni perdió por ello su contento.

Como ya anochecía, pensó que sería mejor aguardar a la mañana siguiente. «Hoy no llegaría a la Corte», se dijo. Pasó la noche desvelado, y los pocos momentos en que estuvo amodorrado, soñó con hermosas doncellas, palacios, oro y plata y otras cosas por el estilo.

De madrugada púsose en camino, y al poco rato se encontró con un enano gruñón vestido de gris que le preguntó qué llevaba en el cesto. Respondióle Juanillo que llevaba manzanas para la hija del Rey. Esperaba que comiéndolas se curaría.

—Bien —respondió el hombrecillo—, manzanas son y manzanas serán.

En la Corte le negaron rotundamente la entrada, alegando que ya habían venido otros dos pretendiendo llevar manzanas, y luego había resultado que uno traía patas de rana, y el otro, cerdas. Pero Juanillo rogó y porfió, asegurando que no llevaba patas de rana ni mucho menos, sino las manzanas más hermosas que se producían en todo el reino. Y como se expresaba con tanta ingenuidad, pensó el portero que no debía mentir y le dejaron paso libre. Con lo cual demostró ser muy cuerdo, pues cuando

Juanillo abrió su cesto ante el Rey, salieron a relucir unas magníficas manzanas doradas.

Alegróse el Soberano y dispuso que se sirvieran inmediatamente algunas a su hija, quedando él en impaciente espera hasta que se le diese cuenta del resultado obtenido. Y, en efecto, al cabo de muy poco rato vinieron a informarlo. Pero ¿quién pensáis que vino? Pues la princesa en persona la cual, no bien hubo probado la fruta, saltó de la cama milagrosamente curada y repuesta.

Es imposible pintar con palabras la alegría del Rey. Sin embargo, se resistía a dar a su hija por esposa a Juanillo y, así, puso por condición al mozo la de que antes le construyese una barca capaz de navegar mejor por tierra que por agua.

Juanillo aceptó, regresó a su casa y contó a los suyos su aventura. Entonces el padre envió a Ulrico a cortar madera para fabricar la embarcación, y el muchacho se puso al trabajo con brío y silbando.

A mediodía, cuando el sol se hallaba en lo más alto, presentósele un enanillo canoso y le preguntó qué hacía:

—Cucharones —respondió Ulrico.

—Pues bien —replicó el otro—, cucharones serán.

Al anochecer, creyendo el mozo terminada la barca, quiso subirse a ella, pero resultó que eran cucharones y no otra cosa.

Al día siguiente salió al bosque Samuel y le ocurrió lo que a Ulrico. El tercero fue Juanillo, el cual púsose a trabajar con tanto ardor, que en todo el bosque resonaban sus vigorosos hachazos; y, además, silbaba y cantaba alegremente.

Volvió a mediodía el hombrecillo, cuando el calor era achicharrante, y le preguntó qué hacía:

—Una barca que navegue mejor por tierra que por agua —y añadió que cuando la tuviese terminada le concederían la mano de la hija del Rey.

—Pues bien —dijo el enano—; una barca será.

Al declinar el día, cuando el sol se puso entre resplandores de oro, Juanillo había terminado la construcción de la barca y de todos sus accesorios e, instalándose en ella, dirigióse a remo hacia la ciudad-residencia del Rey; y la barca corría como el viento.

El Rey lo vio desde lejos, pero siguió negándose a otorgarle la mano de su hija, diciéndole que antes debía guardar cien liebres desde la madrugada hasta el anochecer; y si se escapaba una sola, no se casaría con la princesa. Conformóse Juanillo, y al siguiente día salió al prado con su rebaño, vigilando que ninguna liebre huyese.

Al poco rato compareció una de las criadas de palacio a pedirle una de las piezas, pues había llegado un forastero. Pero el mozo, dándose perfecta cuenta de su perfidia, negóse a entregársela, diciendo que el Rey tendría que aguardar al día siguiente para su asado de liebre. La muchacha, sin embargo, no cejó, enfadándose al final y dirigiendo improperios al pastor. Entonces le dijo Juanillo que entregaría una liebre, con la condición de que fuese a buscarla la princesa en persona.

Volvió la criada con el recado a palacio, y la hija del Rey bajó al prado. Entretanto se había presentado a Juanillo el enano de la víspera, preguntándole qué estaba haciendo. ¡Casi nada! Tenía que guardar cien liebres, procurando que no escapase ni una sola; si lo conseguía, se casaría con la princesa y sería rey.

—Bien —respondióle el enano—; aquí tienes este silbato; si escapa una, no tienes más que silbar y volverá en seguida.

Vino la princesa, y Juanillo le puso una liebre en el delantal; pero cuando se había alejado cosa de cien pasos, el muchacho hizo sonar el pito, y la liebre, saltando del delantal de la princesa, en un abrir y cerrar de ojos estuvo otra vez con el rebaño.

Al anochecer volvió a silbar el pastor y, después de comprobar que no faltaba ninguna liebre, condujo la manada a palacio. Admiróse el Rey al ver que Juanillo había logrado guardar cien liebres sin que se le escapase una sola. A pesar de ello, siguió negándose a entregarle a su hija; antes debía traerle una pluma de la cola del ave Grifo.

Juanillo se puso inmediatamente en camino, andando briosamente en la dirección que marcaba su nariz. Ya oscurecido llegó a un palacio, donde pidió albergue, pues en aquellos tiempos no se estilaban aún las hospederías. Acogiólo alegremente el señor del castillo y le preguntó adónde se dirigía. A lo que respondió Juanillo:

—A la casa del Grifo.

—Conque a la casa del Grifo, ¿eh? Pues me harás un favor, si es cierto que el Grifo lo sabe todo como dicen. He perdido la llave de un arca de hierro, y quisiera que le preguntases dónde está.

—Con mucho gusto —respondió Juanillo—. Así lo haré.

A la mañana siguiente, de madrugada, partió de nuevo, y llegó a otro palacio en el que pasó también la noche. Cuando sus moradores se enteraron de que se dirigía en busca del Grifo, dijéronle que una hija de la casa estaba enferma y, a pesar de haber acudido a todos los remedios imaginables, no había manera de curarla. ¿Podría él preguntar al Grifo la manera de sanar a la muchacha?

Brindóse Juanillo a hacerlo y reemprendió la ruta. Llegó entonces a un río en el que, en vez de una barca, había un hombre altísimo y fornido que

conducía a los viajeros de una a otra orilla. Preguntó también a Juanillo por el objetivo de su viaje.

—A la casa del Grifo —díjole el mozo.

—En ese caso —añadió el gigante—, si consigues encontrarlo, pregúntale por qué se me obliga a llevar a los viandantes a través del río.

—Así lo haré —prometió Juanillo.

El hombre se lo echó a cuestas y lo condujo a la orilla opuesta.

Poco después llegaba Juanillo a la mansión del Grifo. Sólo encontró a la mujer; el monstruo estaba ausente. La mujer le preguntó qué buscaba allí, y el muchacho se lo contó todo. Que necesitaba una pluma de la cola del Grifo; que en un palacio habían perdido la llave de una caja de caudales y debía preguntar al Grifo por su paradero; que en otro palacio había una muchacha enferma y deseaban que el Grifo les indicase un remedio y, finalmente, que a poca distancia de allí, al borde del río, había un hombre encargado de pasar a los viandantes y quería saber por qué se le forzaba a ello.

—Tened presente, amigo —dijo la mujer—, que ningún cristiano puede hablar con el Grifo, pues los devora a todos. Pero si os escondéis debajo de su cama, cuando duerma por la noche os acercáis a él y le arrancáis una pluma de la cola. En cuanto a las cosas que deseáis saber, yo se las preguntaré.

Juanillo se avino a ello y se ocultó bajo la cama. Al cerrar la noche, llegó el ave. En cuanto entró en la habitación, dijo husmeando:

—Mujer, aquí huele a cristiano.

—Sí —respondió ella—, vino hoy uno, pero ya se marchó.

Y el Grifo no insistió.

A media noche, mientras dormía roncando ruidosamente, acercósele Juanillo y, de un tirón, le arrancó una pluma del rabo. El monstruo despertóse sobresaltado y exclamó:

—Mujer, huele a cristiano, y además diría que alguien me ha tirado de la cola.

—Estarías soñando —lo tranquilizó su mujer—, y ya te dije que había venido un cristiano, pero que se marchó. Contóme un sinfín de cosas. En un castillo han perdido la llave de un arca y no la encuentran en ninguna parte.

—¡Los imbéciles! —dijo el Grifo—. La llave está en la casa de madera, detrás de la puerta, bajo un montón de leña.

—Luego me dijo también que en otro palacio había una muchacha enferma y no encontraban el medio de curarla.

—¡Los imbéciles! —repitió el ave—. Al pie de la escalera de la bodega, un sapo ha hecho un nido con sus cabellos; si la muchacha recupera los cabellos, sanará.

—Finalmente, me contó que en un río hay un hombre condenado a pasar a los viandantes.

—¡El muy estúpido! —exclamó el Grifo—. Si dejase a uno de ellos en el centro del cauce, no necesitaría seguir transportando gente.

De madrugada levantóse el Grifo y se marchó. Entonces Juanillo salió de debajo de la cama provisto de su hermosa pluma; además, había oído lo que la prodigiosa ave dijera acerca de la llave, la muchacha y el hombre. La mujer se lo repitió todo de nuevo para que no se le olvidase, y el mozo emprendió el regreso.

Llegó, en primer lugar, hasta el hombre del río, el cual le preguntó en seguida qué le había dicho el Grifo. Juanillo le prometió que se lo diría una vez lo hubiese llevado a la otra orilla. Pasólo el hombre, y entonces el muchacho le dijo que en cuanto dejase en medio de la corriente a uno de los que transportaba, quedaría libre de su forzada ocupación. Alegre el gigante en extremo brindóse, en prueba de agradecimiento, a pasar de nuevo a Juanillo, pero éste le dijo que ya tenía bastante y no quería molestarlo más. Y prosiguió su ruta.

Llegó luego al palacio en que residía la doncella enferma. Cargándosela en hombros, puesto que ella no podía valerse, llevóla al pie de la escalera de la bodega y, cogiendo el nido del sapo que había en el peldaño inferior, púsolo en la mano de la muchacha. En el acto saltó ésta al suelo, subiendo la escalera por su propio pie, completamente curada. Sus padres sintieron una gran alegría y obsequiaron a Juanillo con oro, plata y cuanto quiso llevarse.

En el segundo palacio, el muchacho fue directamente a la casa de madera y, en efecto, detrás de la puerta y bajo un montón de leña, apareció la llave perdida. Llevóla al dueño, el cual, contentísimo, recompensó a

Juanillo dándole buena parte del oro que encerraba el arca, además de otras muchas cosas como vacas, ovejas y cabras.

Al presentarse Juanillo al Rey con todas aquellas riquezas: dinero, oro, plata, vacas, ovejas y cabras, preguntóle el Monarca de dónde había sacado todo aquello, y el muchacho le respondió que el Grifo lo daba a manos llenas a todo aquel que se lo pedía.

Pensó el Rey que podía aprovecharse de la ocasión y, ni corto ni perezoso, emprendió el camino de la mansión del ave. Pero al llegar al río, resultó ser el primero en presentarse allí después de Juanillo, y el hombre, al pasarlo, le dejó en medio del cauce donde se ahogó. Juanillo se casó con la princesa y fue proclamado Rey.

El pobre campesino, en el cielo

MURIÓ un campesino pobre y piadoso y llegó a la puerta del cielo. Pero encontróse allí con un señor muy rico y opulento, que también pedía entrada.

Acudió San Pedro con la llave, abrió la puerta y dejó pasar al señor. Sin duda no vio al humilde campesino, y lo dejó fuera.

Desde el exterior, el hombre oyó cómo el rico era recibido con gran regocijo, al son de músicas y cantos. Cuando se restableció la calma, volvió San Pedro, abrió la puerta e invitó al campesino a entrar.

Éste pensaba que también se le acogería con música; pero vio que todo permanecía tranquilo. Cierto que lo recibieron muy amablemente, y que los ángeles salieron a su encuentro; pero nada de cantos ni músicas.

Entonces preguntó el buen hombre a San Pedro por qué no cantaban en su obsequio como habían hecho con el rico. Por lo visto, en el cielo había las mismas desigualdades que en la tierra.

Respondióle San Pedro:

—¡No digas tal cosa! Para nosotros, tú eres tan bienvenido como otro cualquiera, y puedes gozar de la misma dicha que el rico. Lo que pasa es que campesinos pobres y humildes como tú llegan todos los días; pero lo que es señores ricos, apenas entra uno cada cien años.

El fornido Juan

RANSE un hombre y una mujer que tenían un hijo y vivían completamente solos en un valle muy apartado.

Ocurrió que un día la madre se fue por leña y a recoger ramillas de pino, y se llevó consigo al pequeño Juan que no tendría entonces más de dos años. Como estaban en primavera y el niño se entretenía mucho buscando florecillas, la madre se adentró cada vez más en el bosque.

De pronto salieron dos bandidos de la maleza, apresaron a la madre y al hijo y se los llevaron a lo más tenebroso y profundo de la selva, a un lugar donde raramente se aventuraba nadie. La pobre mujer rogó y suplicó a los bandoleros que la dejasen en libertad con su hijito; pero aquellos hombres tenían el corazón de roca y, desoyendo las súplicas y lamentaciones de la pobre campesina, se la llevaron por la fuerza.

Después de dos horas de penosa marcha entre matas y espinos llegaron a una roca en la que había una puerta, la cual se abrió al llamar los bandidos. Después de seguir un largo y tenebroso corredor entraron, finalmente, en una espaciosa cueva, iluminada por un fuego que ardía en el hogar. De sus paredes colgaban espadas, sables y otras armas, que brillaban a la luz de la hoguera. En el centro, alrededor de una mesa negra, otros bandoleros estaban jugando; en el lugar más elevado de la cueva se hallaba el capitán.

Éste, al ver a la mujer, se dirigió a ella y le dijo que no se preocupase ni temiese nada; no se le causaría ningún daño, y únicamente tendría que cuidar del gobierno doméstico; y si mantenía las cosas en orden, no lo pasaría mal.

Diéronle luego de comer y le indicaron una cama, en la que se acostó con su hijo.

La mujer vivió muchos años con los ladrones. Juan creció y se hizo fuerte y robusto. Su madre le contaba historias, y le enseñó a leer sirviéndose de un libro de caballerías que encontró en la cueva.

Cuando Juan cumplió los nueve años, armóse de un recio garrote que hizo con una rama de abeto, y lo escondió detrás de su cama. Luego fue a su madre y le dijo:

—Madre, dime de una vez quién es mi padre, pues quiero y debo saberlo.

Pero la mujer guardó silencio; no quería decírselo, para que el pequeño no lo echara de menos, pues sabía muy bien que los bandidos no lo dejarían marcharse. Pero se le partía el corazón al pensar que Juan no podía volver al lado de su padre.

Cuando los ladrones llegaron aquella noche de sus rapiñas, Juan sacó su garrote y, encarándose con el capitán, le dijo:

—Ahora quiero saber quién es mi padre, y si no me lo dices en seguida, te derribo de un garrotazo.

Echóse a reír el capitán y largó a Juan tal bofetón que lo tiró debajo de la mesa. Levantóse el niño sin chistar y pensó: «Esperaré otro año, y entonces volveré a probar; tal vez me salga mejor».

Transcurrido el año, volvió el chiquillo a sacar su garrote, le quitó el polvo y, contemplándolo, se dijo: «Es un buen garrote, y muy recio».

Al anochecer regresaron los bandidos y se pusieron a beber, vaciando jarro tras jarro, hasta que empezaron a dar cabezadas. Sacó entonces Juanito su estaca y, volviendo a encararse con el capitán, le preguntó quién era su padre. El hombre le respondió con otra bofetada tan fuerte, que el chiquillo fue a parar nuevamente bajo la mesa. Pero se levantó en seguida y se puso a arrear estacazos sobre el capitán y los bandoleros, dejándolos a todos incapaces de mover brazos y piernas.

La madre, desde un rincón, contemplaba admirada la valentía y el vigor de su hijo el cual, cuando hubo terminado su tarea, se fue a ella y le dijo:

—Esta vez ha sido en serio; pero ahora debo saber quién es mi padre.

—Mi querido Juan —respondió la madre—, ven, marchémonos a buscarlo hasta que lo encontremos.

Quitó al capitán la llave de la puerta, y el niño cogió un saco harinero y lo llenó de oro, plata y otros objetos de valor; luego se lo cargó a la espalda, y los dos abandonaron la caverna.

¡Qué ojos abrió el niño al pasar de las tinieblas a la luz del día y contemplar el verde bosque con sus flores y pájaros, y el sol matutino en el cielo! Se quedó inmóvil de asombro, como si no estuviese en sus cabales.

La madre buscó el camino de su casa y, al cabo de un par de horas de andar, llegaron felizmente a su solitario valle y a su casita.

El padre, que estaba sentado a la puerta, lloró de alegría al reconocer a su esposa y saber que Juan era su hijo, pues los había dado por muertos a ambos desde hacía muchos años. El niño, a pesar de que no tenía más que doce, le llevaba a su padre toda la cabeza.

Entraron los tres juntos en la casita, y al dejar Juan el saco en el suelo, todo el edificio empezó a crujir; el banco se partió y se hundió en el suelo, y el pesado saco cayó a la bodega.

—¡Dios nos ampare! —exclamó el padre—. ¿Qué es esto? Has derruido nuestra casa.

—No te preocupes por eso, padre —respondióle Juan—. Este saco contiene más dinero del que se necesita para construir una casa nueva.

Padre e hijo se pusieron en seguida a levantar una nueva vivienda, y luego compraron ganado y tierras y las explotaron. Juan araba los campos, y cuando guiaba el arado e introducía la reja en el suelo, los bueyes casi no habían de tirar ni hacer fuerza alguna.

Al llegar la primavera, dijo el muchacho:

—Padre, guardaos todo el dinero y procuradme un bastón que pese un quintal, pues quiero salir a correr mundo.

Cuando tuvo el bastón, abandonó la casa de su padre y se puso en camino. Al llegar a un espeso y tenebroso bosque, oyó de pronto unos crujidos y chasquidos; paseó la mirada en torno suyo y vio un abeto que, desde el pie a la copa, aparecía retorcido como una cuerda; y, al levantar los ojos, vio un tipo altísimo que abrazado al árbol, lo estaba torciendo como si fuese un mimbre.

—¡Eh! —gritó Juan—. ¿Qué estás haciendo ahí arriba?

—Ayer recogí un haz de leña —contestó el otro—, y hago una cuerda para atarlo.

«Me gusta ese individuo —pensó Juanito—; es forzudo», y le dijo:

—Deja eso y vente conmigo.

Cuando hubo bajado aquel hombre, resultó que le llevaba a Juan toda la cabeza, y eso que nuestro amigo no tenía nada de bajo.

—Desde ahora te llamarás Tuercepinos —le dijo el muchacho.

Prosiguieron ambos, y al cabo de un trecho oyeron como unos golpes y martillazos, tan fuertes, que a cada uno retemblaba el suelo. No tardaron en llegar ante una poderosa roca, que un gigante desmoronaba a puñetazos arrancando grandes pedazos a cada golpe.

Al preguntarle Juan qué se proponía, respondió él:

—Cuando me echo a dormir por la noche, vienen osos, lobos y otras alimañas, que merodean a mi alrededor y no me dejan descansar; por eso quiero construirme una casa en la que pueda refugiarme y estar tranquilo.

«Éste también puede servirme», pensó Juan, y le dijo:

—Deja la casa y vente conmigo; te llamarás Desmoronarrocas.

Aceptó el gigante, y los tres continuaron bosque a través, y por dondequiera que pasaban, los animales salvajes huían asustados.

Al anochecer llegaron a un viejo castillo abandonado; entraron en él y durmieron en un salón.

Por la mañana salió Juan al jardín, el cual aparecía también abandonado, invadido de espinos y matorrales. De repente le acometió un jabalí, pero él lo derribó de un estacazo, se lo cargó a la espalda y lo llevó al palacio. Allí lo espetaron en un asador y prepararon una sabrosa comida, que puso a los tres de muy buen humor.

Concertaron entonces que cada día, por turno, dos saldrían de caza, y el tercero se quedaría en casa a guisar, a razón de nueve libras de carne por cabeza.

El primer día le tocó quedarse a Tuercepinos, mientras Juan y Desmoronarrocas salían a cazar.

Hallándose Tuercepinos ocupado en la preparación de la comida, presentóse un enanillo viejo y arrugado y le pidió carne.

—¡Fuera de aquí, bribón! —respondió el cocinero—; tú no necesitas carne.

Pero cual no sería la sorpresa de Tuercepinos al ver que aquel enano minúsculo e insignificante se le echó encima y la emprendió a puñetazos con tanta fuerza que lo tumbó en el suelo sin darle tiempo a defenderse. El enanillo no lo soltó hasta haber descargado todo su enojo sobre las costillas de su víctima.

Cuando regresaron sus dos compañeros, Tuercepinos no les dijo nada del hombrecillo ni de la paliza que le propinó, pensando: «El día que les toque quedarse en casa, ya verán lo que es bueno», y sólo de imaginarlo sentía un gran regocijo.

Al día siguiente le tocó quedarse en casa a Desmoronarrocas, y le sucedió lo mismo que a Tuercepinos; el hombrecillo lo dejó mal parado por haberse negado a darle carne. Al llegar los otros dos al atardecer, Tuercepinos se dio cuenta de que el otro había llevado lo suyo; pero ambos se lo callaron, pensando: «Que pruebe también Juan de esta sopa».

El muchacho, que al día siguiente se quedó de guardia, estaba trabajando en la cocina como le correspondía, y cuando se preparaba a espumar el caldero se presentó el enano y pidió un pedazo de carne. Pensó Juan: «Es un infelizote; le daré algo de mi ración para no tener que reducir la de los otros». Y le alargó un trozo.

Cuando el enano se la hubo comido pidió más, y el bonachón de Juan le sirvió otro pedazo, diciéndole que iba bien servido y debía darse por satisfecho. Pero el hombrecillo le pidió por tercera vez.

—Eres un sinvergüenza —respondióle Juan, negándose a darle más.

Entonces el iracundo enano quiso tratarlo como a sus dos compañeros; pero salió trasquilado. Sin el menor esfuerzo, Juan le propinó unas tortas que le hicieron saltar de dos en dos los peldaños de la escalera. Juan quiso perseguirlo, pero cayó tan largo como era y, al levantarse, vio que el enano se hallaba ya muy lejos. El muchacho lo persiguió por el bosque y pudo ver que se metía en un hueco de una roca; tomó nota del lugar y regresó a casa.

Cuando los otros dos llegaron al anochecer, extrañáronse al ver a Juan tan campante. Contóles lo que le había sucedido, y entonces los otros, a su vez, le dieron cuenta de su percance. Echóse Juan a reír y dijo:

—Os estuvo bien empleado, por haberos mostrado tan avariciosos con la carne; pero es una vergüenza que dos grandullones como vosotros os hayáis dejado zurrar por un enano.

Provistos de una cesta y una cuerda, se dirigieron los tres a la cueva donde se había metido el pigmeo, y Juan con su bastón bajó al fondo en el cesto.

Al llegar abajo encontró una puerta; al abrirla se le apareció una hermosísima doncella, de una belleza que no cabe pintar con palabras; junto a ella estaba sentado el enano, mirando a Juan con cara avinagrada. Pero la doncella estaba atada con cadenas, y en su rostro se reflejaba tanta tristeza, que Juan sintió una gran compasión y pensó: «Hay que librarla de las garras de este bicho», y asestó al enano un garrotazo tan recio, que lo mató en el acto. En seguida desató a la doncella, cuya hermosura tenía arrobado a Juan.

Contóle la muchacha que era una princesa, hija de un rey, y que un malvado conde la había raptado de su patria y encerrado en aquella cueva, en venganza por no haber querido ella acceder a sus peticiones. El conde la había puesto bajo la vigilancia de aquel enano, el cual la había sometido a toda suerte de vejaciones y tormentos.

Luego la instaló Juan en el cesto y llamó a los de arriba para que la subiesen. Volvió a bajar el cesto; pero el muchacho desconfiaba de sus dos compañeros, pensando: «Ya una vez se han mostrado falsos conmigo al callarse lo del enano. ¿Quién sabe lo que se traen entre ceja y ceja?».

Con el fin de probarlos, colocó su bastón en el cesto, y suerte que lo hizo así, pues a mitad de camino soltaron los otros la carga; y de haber estado Juan en el cesto, sin duda se habría matado al caer.

Pero entonces se le presentó el problema de salir de allí y, por muchas vueltas que le dio, no encontró solución. «Es bien triste —decía— tener que morir aquí de hambre y sed».

Andando de un lado a otro, volvió a entrar en la cámara que había servido de prisión a la doncella y se fijó en que el enano llevaba en el dedo un anillo brillantísimo. Se lo quitó y se lo puso; al darle la vuelta en el dedo, de repente oyó un rumor sobre su cabeza.

Miró hacia arriba y vio flotar unos espíritus aéreos que le saludaron como a su amo y le preguntaron qué les mandaba. De momento, Juan se quedó mudo de asombro; pero luego les ordenó que lo transportasen a la superficie. Obedeciéronle al instante, y él experimentó la sensación de estar volando.

Pero una vez arriba no vio a nadie, y al volver al castillo también lo encontró desierto. Tuercepinos y Desmoronarrocas habían huido, llevándose a la hermosa doncella. Dio la vuelta al anillo y presentáronse los etéreos espíritus, comunicándole que sus compañeros se hallaban en el mar.

Corrió Juan a la orilla y descubrió a lo lejos un barquito, ocupado por sus desleales amigos. En un arranque de cólera, se arrojó al agua con su bastón y se puso a nadar; mas la pesadísima madera lo hundía y por poco se ahoga. Tornó a dar vuelta al anillo, y al instante acudieron los espíritus y lo transportaron al barco con la rapidez del rayo. Blandiendo allí su garrote, dio su merecido a los dos malvados y los arrojó al mar.

Luego, empuñando los remos, volvió a la costa con la hermosa princesa, que acababa de pasar otro gran peligro, y a quien había liberado por segunda vez. La condujo hasta donde se hallaban sus padres y luego se casó con ella, entre el general regocijo.

Elisa, la flaca

LA flaca Elisa pensaba de modo muy distinto que el holgazán Enrique y la gorda Trini, a quienes no había modo de sacar de la cama. Se desvivía trabajando de la mañana a la noche, y obligaba también a trabajar a su marido, el larguirucho Lorenzo, de tal manera que el pobre lo pasaba peor que un asno bajo la carga de tres sacos. Pero todo resultaba inútil; ni tenían nada ni conseguían prosperar lo más mínimo.

Una noche, estando acostada y tan rendida que apenas podía menearse, los pensamientos no la dejaban conciliar el sueño. Despertó a su marido de un codazo en las costillas, y le dijo:

—Escucha, Lorenzo. ¿Sabes qué he pensado? Pues que si me encontrase un escudo y alguien me regalase otro, pediría prestado un tercero y tú me darías uno; y así, con los cuatro, compraría una vaca joven.

No le pareció mal la idea al hombre.

—Claro que —observó— no sé de dónde voy a sacar yo el escudo que tú quieres que te dé. De todos modos, si tuvieras el dinero y te bastase para comprar una vaca, obrarías santamente poniendo en práctica tu ocurrencia. Me encanta pensar —añadió— que la vaca pudiera tener una ternerita; al menos podría, de cuando en cuando, tomarme un vasito de leche.

—La leche no sería para ti —replicó la mujer—, pues la ternera habría de mamar para que engordara y pudiésemos venderla bien.

—Cierto —asintió el marido—; mas un poquitín de leche, bien podría tomármela; ningún mal habría en ello.

—¿Y qué sabes tú de vacas? —replicó la mujer—. Haya o no mal en ello, no lo quiero, y por mucho que te emperres no probarás una gota de leche. ¡Grandullón, nunca estás harto! ¿Crees que voy a dejar que te tragues lo que tanto sacrificio me ha costado?

—Mujer —contestó Lorenzo—, cállate o te arreo una bofetada.

—¡Cómo! —exclamó ella—; ¡te atreves a amenazarme, glotón, pícaro, gandul!

Y trató de agarrarlo de los pelos; pero el larguirucho esposo se incorporó y, sujetando con una mano los desmirriados brazos de Elisa, con la otra le apretó la cabeza contra la almohada y la mantuvo así hasta que la mujer se cansó de echar pestes y se quedó dormida.

Lo que ignoro es si, al despertarse al día siguiente, continuó buscándole camorra o si se marchó en busca de los escudos que necesitaba.

La casa del bosque

UN pobre leñador vivía, con su mujer y tres hijas, en una cabaña situada al borde de un solitario bosque.

Una mañana, al salir para su trabajo, dijo a su esposa:

—Haz que la chica mayor me lleve la comida al bosque, pues no tendría tiempo de acabar. Y para que no se pierda —añadió—, me llevaré una bolsa de mijo y lo esparciré en el camino.

Cuando el sol estuvo muy alto, la muchacha se fue en busca de su padre con un puchero de sopas. Pero los gorriones, alondras, pinzones, mirlos y verderones se habían comido el grano hacía ya muchas horas, y la joven no encontró el camino.

Estuvo andando a la ventura, hasta que se puso el sol y llegó la noche. En la oscuridad, los árboles rumoreaban, y silbaban los mochuelos, por lo cual la chica empezó a sentir miedo.

Al fin, descubrió a lo lejos una luz que brillaba entre los árboles; «Seguramente vivirá alguien allí —pensó—; me dejarán pasar la noche con ellos», y se encaminó hacia la luz.

No tardó en llegar a una casa cuyas ventanas aparecían iluminadas. Llamó, y una voz ruda dijo desde dentro:

—¡Adelante!

Entró la muchacha en el oscuro vestíbulo, y dio unos golpecitos a la puerta.

—¡Adelante! —repitió la voz.

Y al abrir ella encontróse ante un hombre viejo y canoso sentado a una mesa; tenía el rostro apoyado en ambas manos, y la blanca barba le llegaba casi al suelo. Junto al hogar había tres animales: un pollito, un gallito y una vaca manchada.

La muchacha explicó al viejo su percance y le pidió que la permitiese pasar la noche en la casa.

Dijo entonces el hombre:

«Polluelo bonito,
mi caro gallito,
y tú, buena vaca manchada,
¿qué decís a la niña extraviada?»

—¡Duks! —respondieron los animales, lo cual sin duda querría decir: «¡Nos place!», pues el viejo prosiguió—. Aquí hay de todo en abundancia; ve al hogar y prepara la cena.

La muchacha encontró de todo en la cocina y guisó una cena apetitosa, pero sin pensar en los animales. Trajo la fuente a la mesa y, sentándose con el anciano, comió hasta quedar satisfecha.

Cuando hubo terminado, dijo:

—Ahora estoy cansada. ¿Dónde hay una cama en que pueda acostarme y dormir?

Los animales respondieron:

«Con él has comido,
con él has bebido;
de nosotros, nada quisiste saber.
Donde pasas la noche, presto vas a ver».

Y dijo el viejo:

—Sube por esta escalera y encontrarás una habitación con dos camas; sacúdelas y ponles ropa limpia; yo iré pronto a dormir.

Subió la muchacha, y cuando tuvo hechas las camas acostóse en una de ellas, sin aguardar al viejo.

Al cabo de un rato entró éste y, contemplando a la muchacha a la luz de la lámpara, meneó la cabeza. Al ver que estaba profundamente dormida, abrió un escotillón y la dejó caer a la bodega.

El leñador regresó a su casa al anochecer y riñó a su esposa por haberle hecho pasar hambre todo el día.

—No tengo yo la culpa —justificóse la mujer—, pues mandé a la chica con la comida; debe de haberse extraviado y no volverá hasta mañana.

Al alba se levantó el leñador para marcharse de nuevo, y encargó que su hija segunda le llevase la comida.

—Tomaré una bolsa con lentejas —dijo—; los granos son mayores que los de mijo; la chica los verá mejor y no errará el camino.

A mediodía salió la hija segunda con el puchero. Pero las lentejas ya no estaban; como la víspera, los pájaros del bosque se las habían comido sin

dejar ni una.

La muchacha anduvo vagando por la selva hasta la noche, llegó a su vez a la casa del viejo e, invitada a entrar, pidió cena y refugio.

El hombre de la barba blanca volvió a preguntar a los animales:

«Polluelo bonito,
mi caro gallito,
y tú, buena vaca manchada,
¿qué decís a la niña extraviada?»

Los animales respondieron también: «¡Duks!». Y se repitió la escena de la noche anterior. La chica preparó una buena cena, comió y bebió con el abuelo; mas ni por un momento se le ocurrió pensar en los animales. Y cuando preguntó por la cama, contestaron éstos:

«Con él has comido,
con él has bebido;
de nosotros, nada quisiste saber.
Donde pasas la noche, presto vas a ver».

Una vez estuvo dormida entró el viejo, miróla moviendo la cabeza, y la precipitó a la bodega.

Al tercer día dijo el leñador a su esposa:

—Envíame hoy a la pequeña con la comida; siempre se ha mostrado buena y obediente, y no se apartará del camino como sus hermanas, esos abejorros que sólo van a lo suyo.

La madre se resistía:

—¿He de perder también a mi hija predilecta? —dijo.

—No temas nada —replicóle él—. La niña no se extraviará, pues es lista y juiciosa; además, yo esparciré guisantes que son mayores que las lentejas y le mostrarán el camino.

Pero cuando la muchachita llegó al bosque con su cesta, las palomas torcaces tenían los guisantes en el buche, por lo que ella no supo adónde dirigirse. Preocupada en extremo, pensaba constantemente en que su pobre

padre sufría hambre y que su madre estaría inquieta si ella no regresaba pronto.

Al fin, cuando ya oscureció, viendo la lucecita encaminóse a la casa del bosque. Muy modosita, pidió que la albergasen por aquella noche, y el hombre de la blanca barba volvió a preguntar a los animales:

«Polluelo bonito,
mi caro gallito,
y tú, buena vaca manchada,
¿qué decís a la niña extraviada?»

—¡Duks! —contestaron.

Acercóse entonces la muchachita al hogar donde yacían los animales, y acarició al pollito y al gallito alisándoles las plumas, y a la vaca rascándole entre los cuernos, y cuando siguiendo las indicaciones del abuelo hubo preparado una buena sopa y traído la fuente a la mesa, dijo:

—¿Voy a comer yo, dejando que no tengan nada estos pobres animales? Ahí fuera hay de todo en gran abundancia; empezaré por ellos.

Salió a buscar cebada y la echó a los pollos, y para la vaca trajo un buen montón de heno oloroso.

—Vaya, comed y hartaos, buenos animales —díjoles—; y si tenéis sed, os daré también un buen trago.

Y les trajo un cubo de agua. El polluelo y el gallito se subieron al borde y, metiendo el pico en el líquido, levantaron luego la cabeza, bebiendo como lo hacen las aves; la vaca, por su parte, vació medio cubo.

Una vez los animales estuvieron servidos, la niña se sentó a la mesa en compañía del viejo y cenó con lo que él había dejado.

Al cabo de un rato, el polluelo y el gallito empezaron a meter la cabeza bajo las plumas, y la vaca, a parpadear.

Dijo entonces la muchachita:

—¿No sería hora de irnos a dormir?

«Polluelo bonito,
mi caro gallito,

y tú, buena vaca manchada,
¿qué decís a la niña extraviada?»

Y los animales contestaron: «¡Duks!

Con nosotros comiste,
con nosotros bebiste,
de nosotros te acordaste, cariñosa.
Ve a dormir, y en buena paz reposa».

Subió la niña las escaleras, sacudió las almohadas de pluma y puso ropa limpia en las camas. Luego fue el viejo a acostarse, y la blanca barba le llegaba a los pies. La muchachita se metió en la otra cama, rezó sus oraciones y se quedó dormida.

Durmió tranquilamente hasta medianoche, hora en que se produjo en la casa un extraño rumor que la despertó. Oíanse en las esquinas raros crujidos y chirridos, y la puerta se abrió bruscamente dando contra la pared; crepitaban las vigas, como si las arrancasen de quicio; pareció como si se derrumbase la escalera y, finalmente, se oyó un estruendo, como si el tejado se viniese abajo.

Como luego volvió a aquietarse todo sin que la chiquilla sufriese daño alguno, tranquilizóse y volvió a dormirse. Pero cuando se despertó a la mañana siguiente, ya bajo un sol espléndido, ¿qué diréis que vieron sus ojos?

Hallábase en un espacioso salón, y en derredor todo brillaba con extraordinaria magnificencia; de las paredes salían, hacia lo alto, doradas flores sobre un fondo de seda verde; la cama era de marfil, y el dosel, de terciopelo rojo; y en una silla colocada al lado había unas chinelas bordadas con perlas. La muchachita creía estar soñando, pero en esto entraron tres criados, en ricas libreas, y le pidieron sus órdenes.

—Podéis iros —respondióles ella—; yo me levantaré en seguida a preparar una sopa para el viejo y dar de comer al polluelo, al gallito y a la buena vaca manchada.

Pensaba que el viejo se había levantado ya; mas al dirigir los ojos a su cama la vio ocupada por un desconocido. Fijóse mejor y se dio cuenta de que era un hombre joven y hermoso, el cual se despertó y dijo:

—Soy un príncipe, a quien una malvada bruja encantó condenándome a vivir en el bosque bajo la figura de un viejo de barba blanca, sin que nadie pudiese estar a mi lado, aparte de mis tres criados convertidos, a su vez, en un polluelo, un gallito y una vaca de piel manchada. Y el encantamiento no había de cesar hasta que llegase a nuestra casa una muchacha de corazón tan bondadoso, que se mostrase caritativa no sólo con los hombres, sino también con los animales. Y ésa fuiste tú, por lo que a medianoche quedamos todos redimidos, y la casa del bosque se transformó de nuevo en mi antiguo palacio real.

Cuando se hubieron levantado, mandó el príncipe a sus tres criados que fuesen en busca de los padres de la muchacha y los acompañasen al castillo como invitados de boda.

—Pero ¿dónde están mis dos hermanas? —preguntó la muchacha.

—Las encerré en la bodega, y mañana serán conducidas al bosque, donde servirán en casa de un carbonero hasta que se hayan enmendado y no hagan pasar hambre a los pobres animales.

Hay que compartir las penas y las alegrías

ERASE una vez un sastre gruñón y pendenciero. Por buena, trabajadora y piadosa que fuese su mujer, nunca acertaba a hacer las cosas a gusto de su marido. Siempre estaba él descontento, refunfuñando, riñéndole, zarandeándola y pegándole.

Al fin, su conducta llegó a conocimiento de la autoridad, la cual lo hizo detener y encerrar en la cárcel para que se enmendase. Después de pasar una temporada a pan y agua, fue puesto en libertad, bajo promesa de que no volvería a maltratar a su mujer, sino que viviría en buena paz y armonía, compartiendo con ella las penas y las alegrías, como es de ley entre los casados.

Durante un tiempo marcharon bien las cosas; pero luego volvió a sus maneras antiguas, mostrándose otra vez pendenciero y gruñón; y como no podía pegarle, trataba de agarrarla por los cabellos y zarandearla.

Escapaba entonces la mujer y salía corriendo al patio; mas él la perseguía, armado de la vara de medir y de las tijeras, y arrojándole cuanto hallaba a mano. Si la acertaba, se echaba a reír; pero si la fallaba, todo eran improperios e insultos.

Esta situación duró hasta que los vecinos intervinieron en favor de la infeliz. El sastre hubo de comparecer de nuevo ante el tribunal, y se le recordó su promesa.

—Señores jueces —respondió—, he cumplido lo que prometí; no le he pegado, sino que he compartido con ella las alegrías.

—¿Cómo es eso —replicó el juez—, cuando hay otra vez tantas quejas contra ti?

—No le he pegado. Lo que ocurre es que, al verla tan guapa, quise peinarle el pelo con las manos, pero ella huía de mí, pues es muy maliciosa. Entonces yo corrí detrás para obligarla a cumplir con su obligación y recordarle sus deberes; y le tiraba cuanto tenía a mano. He compartido con ella las penas y las alegrías; pues cuando la acertaba, yo recibía gusto y ella pesadumbre; y si la fallaba, la pesadumbre era para mí, y el gusto para ella.

Los jueces no se dieron por satisfechos con su respuesta y mandaron darle la recompensa merecida.

El reyezuelo

EN tiempos remotísimos todos los sonidos y ruidos tenían su sentido y significación. Lo tenía el martillo del herrero al dar contra el yunque, y el cepillo del carpintero al labrar la madera, y la rueda del molino al ponerse en acción. Decía ésta con su tableteo: «¡Ayúdanos, Señor Dios! ¡Ayúdanos, Señor Dios!». Y si el molinero era un ladrón, al poner en marcha el molino, hablaba éste en buen castellano y empezaba preguntando lentamente:

—¿Quién hay? ¿Quién hay? —y luego contestaba con rapidez—. ¡El molinero! ¡El molinero! —y, finalmente, a toda velocidad—. ¡Roba sin temor, roba sin temor! ¡Del tonel, tres sextos!

Por aquellos tiempos, incluso las aves tenían su propio lenguaje inteligible para todo el mundo; hoy en día suena a gorjeos, chillidos o silbidos y, en algunos pájaros, a música sin palabras.

Pero he aquí que se les metió a las aves en el meollo la idea de que necesitaban un jefe que las mandase, y decidieron elegir un rey. Sólo una, el avefría, se manifestó disconforme; siempre había vivido libre, y libre quería morir; y así, todo era volar de un lado para otro, angustiada y gritando:

—¿Adónde voy, adónde voy?

Hasta que se retiró a los pantanos solitarios y desiertos, sin dejarse ver de sus semejantes.

Las demás aves decidieron deliberar sobre el asunto, y una hermosa mañana de mayo, saliendo de bosques y campos, se congregaron el águila, el pinzón, la lechuza, el grajo, la alondra, el gorrión… ¿Para qué mencionarlas todas? Incluso acudieron el cuclillo y la abubilla, su sacristán, así llamado porque siempre se deja oír unos días antes que la abubilla. Y

también compareció un pajarillo muy pequeñín, que todavía no tenía nombre.

La gallina que, casualmente, no se había enterado del asunto, admiróse al ver aquella enorme concentración:

—Ca-ca-ca-cá, ¿qué pasa ahí? —púsose a cacarear.

Pero el gallo la tranquilizó, explicándole el objeto de la asamblea.

Decidióse que sería rey el que fuese capaz de volar a mayor altura. Una rana de zarzal, que contemplaba todo desde una mata, exclamó en tono de advertencia al oír aquello:

—¡Natt-natt-natt! ¡Natt-natt-natt!

Convencida de que la decisión haría verter muchas lágrimas. Pero el grajo replicó:

—¡Cuark ok!

Significando que todo se resolvería pacíficamente.

Acordaron que se efectuaría la prueba aquella misma mañana, para que nadie pudiese luego decir:

—Yo habría volado más alto; pero llegó la noche y tuve que bajar.

Ya de acuerdo, a una señal convenida elevóse en los aires aquel tropel de aves. Levantóse una gran polvareda en el campo, prodújose un estruendoso rumoreo y aleteo, y pareció como si una nube negra cubriese el cielo.

Las aves pequeñas no tardaron en quedar rezagadas; agotadas su fuerzas, volvieron a la tierra. Las mayores resistieron más, aunque ninguna pudo rivalizar con el águila, la cual subió tan alto que habría podido sacar los ojos al sol a picotazos.

Al ver que ninguna otra le seguía, pensó: «¿Para qué subir más? Indudablemente, soy la reina»; y empezó a descender.

Las demás aves, desde el suelo, la recibieron al grito de:

—¡Tú serás nuestra reina; nadie ha volado a mayor altura que tú!

—¡Excepto yo! —exclamó el pequeñuelo sin nombre, que se había escondido entre las plumas del águila.

Y como no se había fatigado, pudo seguir subiendo, tanto, que llegó a ver a Dios Nuestro Señor sentado en su trono y, una vez arriba, recogió las alas y se dejó caer como un plomo, gritando con su voz fina y penetrante:

—¡Rey soy yo! ¡Rey soy yo!

—¿Tú nuestro rey? —protestaron las aves airadas—. Has ganado con engaño y astucia.

Y entonces pusieron otra condición. Sería rey aquel que fuese capaz de meterse más profundamente en la tierra.

¡Era de ver cómo el ganso restregaba el ancho pecho contra el suelo! ¡Con cuánto vigor abrió el gallo un agujero! El pato fue el menos afortunado, pues si bien saltó a un foso, torcióse las patas y echó a correr anadeando hasta la charca próxima mientras gritaba:

—¡Güek, güek!

Que quiere decir: «¡Mal negocio!».

En cambio, el pequeño sin nombre se buscó un agujero de ratón, metióse en él y, desde el fondo, gritó con su voz fina:

—¡Rey soy yo! ¡Rey soy yo!

—¿Tú nuestro rey? —repitieron las aves, más indignadas todavía—. ¿Piensas que van a valerte tus ardides?

Y decidieron retenerlo prisionero en la madriguera, condenándolo a morir de hambre. Para ello, encargaron de su custodia a la lechuza, con la consigna de no dejar escapar al bribonzuelo bajo pena de muerte.

Al llegar la noche todas las aves, cansadas del ejercicio de vuelo a que habían debido someterse, se retiraron a sus respectivas moradas con sus esposas e hijos; sólo la lechuza se quedó junto al agujero del ratón, con los grandes ojos clavados en la entrada. Sin embargo, como también ella se sintiera cansada, pensó: «Bien puedo cerrar un ojo; velaré con el otro, y este diablillo no escapará de la ratonera». Y así, cerró un ojo, manteniendo el otro clavado en la madriguera.

El pajarillo sacaba de vez en cuando la cabeza con el propósito de escapar; mas la lechuza seguía vigilante, y él no tenía más remedio que meterse de nuevo en el escondite.

Al cabo de un rato, la lechuza cambió de ojo para descansar el primero, con la idea de relevarlos hasta que llegase la mañana. Pero una vez que cerró uno, se olvidó de abrir el otro y se quedó dormida. El pequeñuelo no tardó en darse cuenta de ello y se escapó.

Desde entonces, la lechuza no puede dejarse ver durante el día; de lo contrario, todas las demás aves la persiguen y la cosen a picotazos. De aquí que únicamente salga a volar por la noche, y de que odie y persiga a los ratones a causa de los agujeros que abren.

Tampoco el pajarillo se presenta mucho en público, temeroso de perder la cabeza si lo cogen. Se oculta entre los setos y, cuando cree estar muy seguro, suele gritar todavía:

—¡Rey soy yo!

Por lo cual las demás aves lo llaman, en son de burla, el reyezuelo.

Pero ninguna sintióse tan contenta como la alondra, pues no tenía que obedecer al reyezuelo.

En cuanto el sol aparece en el horizonte, se eleva en los aires y canta:

—¡Ah, qué bello es! ¡Bello, bello! ¡Ah, qué bello es!

La platija

HACÍA ya mucho tiempo que los peces andaban descontentos a causa del desorden que entre ellos reinaba. Ninguno respetaba los derechos de los demás; cada cual nadaba a derecha o izquierda, a su capricho; pasaba entre los que iban juntos, o les obstruía el paso, y el más fuerte pegaba un coletazo al más débil, mandándolo a gran distancia; y esto cuando no se lo zampaba, sin más.

—¡Qué maravilloso sería tener un rey que impusiera el derecho y la justicia! —decíanse.

Y convinieron en elegir por rey al que surcase las aguas con más rapidez y supiese prestar auxilio al débil.

En consecuencia, colocáronse en fila en la orilla y, a una señal que hizo el lucio con la cola, todos emprendieron la carrera.

El lucio salió disparado como una flecha y con él el arenque, el gobio, la perla, la carpa y tantísimos otros. Hasta la platija se lanzó con los demás, con la esperanza de alcanzar la meta.

De pronto resonó la voz:

—¡El arenque es el primero! ¡El arenque es el primero!

—¿Quién es el primero? —preguntó, mohína, la achatada y envidiosa platija.

—El arenque, el arenque —respondiéronle.

—¿Ese pelado de arenque? —protestó la envidiosa.

Y desde aquel momento, en castigo, la platija tiene la boca torcida.

El alcaraván y la abubilla

¿DÓNDE preferís llevar a pacer vuestro rebaño? —preguntó alguien a un viejo pastor de vacas.

—Aquí, señor, donde la hierba no es ni demasiado grasa ni demasiado magra; de otro modo no va bien.

—¿Por qué no? —preguntó el otro.

—¿No oís desde el prado aquel grito sordo? —respondió el pastor—. Es el alcaraván, que en otros tiempos fue pastor; y también lo era la abubilla. Os contaré la historia:

»El alcaraván guardaba su ganado en prados verdes y grasos, en los que crecían las flores en profusión; por ello sus vacas se volvieron bravas y salvajes. En cambio, la abubilla las conducía a pacer a las altas montañas secas, donde el viento juega con la arena; por lo cual sus vacas enflaquecieron y no llegaron a desarrollarse.

»Cuando, al anochecer, los pastores entraban el ganado, el alcaraván no conseguía reunir sus vacas, pues eran petulantes y se le escapaban. Ya gritaba él: “¡Manchada, aquí!”; pero era inútil, no atendían a su llamada. Por su parte, la abubilla tampoco podía juntarlas, por lo débiles y extenuadas que se hallaban. “¡Up, up, up!”, les gritaba; pero todo era en vano, seguían tumbadas en la arena. Esto sucede cuando no se procede con medida.

»Todavía hoy, aunque ya no guardan rebaños, gritan; el alcaraván, “¡Manchada, aquí!”, y la abubilla, “¡Up, up, up!”.

El búho

UN par de siglos atrás, la gente no era tan lista y avisada como es ahora, ni mucho menos. Pues por aquellos días sucedió en una pequeña ciudad el extraño acontecimiento que voy a contaros.

Un anochecer llegó de un bosque próximo una de esas grandes lechuzas que solemos llamar búhos o granduques, y fue a meterse en el granero de un labrador donde pasó la noche.

A la mañana siguiente no se atrevió a abandonar su refugio, por miedo a las demás aves que, en cuanto la descubren, prorrumpen en un espantoso griterío.

Cuando el mozo de la granja subió al granero por paja, asustóse de tal modo al ver al búho posado en un rincón, que escapó corriendo y dijo a su amo que en el pajar había un monstruo como no viera otro semejante en toda su vida; movía los ojos en torno a la cabeza, y era capaz de tragarse a cualquiera sin cumplidos.

—Ya te conozco —respondió el amo—. Eres lo bastante valiente para correr tras un mirlo en el campo; pero en cuanto ves un pollo muerto, te armas de un palo antes de acercarte a él. Tendré que subir yo mismo a averiguar qué monstruo es ése que dices.

Y dirigiéndose animoso al granero echó una mirada al lugar indicado, y al descubrir al extraño y horrible animal entróle un espanto parecido al de su criado.

Bajó en dos saltos y corrió a alarmar a los vecinos, pidiéndoles asistencia contra un animal peligroso y desconocido que podía poner en peligro a toda la ciudad si le daba por salir de su granero.

Movióse gran alboroto y griterío en las calles. Los burgueses acudieron armados de chuzos, horquillas, hoces y hachas, como si se tratase de

presentar batalla a algún formidable enemigo. Luego se presentaron también los miembros del Consejo, con el burgomaestre a la cabeza y, una vez formados todos en la plaza del mercado, iniciaron la marcha hacia el granero y lo rodearon por todas partes.

Adelantóse entonces uno de los más bravos y entró pica en ristre; pero inmediatamente volvió a salir, pálido como un muerto e incapaz de proferir palabra tras el grito de espanto que le había arrancado la vista del monstruo.

Otros dos se aventuraron a probar suerte, pero retrocedieron tan aterrorizados como el primero.

Finalmente, avanzó un individuo alto y forzudo famoso por sus hazañas guerreras, y dijo:

—Con sólo mirarla no ahuyentaréis esa bestia monstruosa. Hay que actuar en serio; mas veo que todos sois unas mujerzuelas y que nadie se atreve a ponerle el cascabel al gato.

Pidió que le prestasen una armadura, espada y pica, y se aprestó al combate. Todos ensalzaron su valor, y eran muchos los que temían por su vida.

Abrieron la doble puerta del granero y apareció el búho que, entretanto, se había posado en uno de los grandes travesaños. Mandó él que trajesen una escalera de mano, y cuando la colocó y se dispuso a encaramarse en ella, todos lo animaron a gritos y lo encomendaron a San Jorge, el matador del dragón.

Llegado arriba, cuando el búho comprendió sus propósitos agresivos, turbado además por el griterío de la multitud y no viendo el medio de escapar, empezó a girar los ojos, erizó las plumas, desplegó las alas y, castañeando con el pico, con voz ronca lanzó su grito: «¡Chuhú, chuhú!».

—¡Embístele, embístele! —gritaba la gente desde abajo al esforzado héroe.

—Si estuvierais aquí conmigo —respondió él—, a buen seguro que no gritaríais así.

Subió otro peldaño; pero entróle un fuerte temblor y emprendió la retirada, casi desmayado.

Ya no quedaba nadie dispuesto a arrostrar el peligro.

—Este monstruo —decían—, con sólo su grito y su aliento ha envenenado y malherido al más fuerte y valiente de nuestros hombres. ¿Vamos también a exponer la vida de los demás?

Deliberaron acerca de lo que convenía hacer para evitar la ruina de la ciudad. Durante buen rato nadie encontró remedio; hasta que, por fin, el alcalde dijo:

—Mi opinión es la de que todos contribuyamos a indemnizar al propietario el valor de este granero con todo lo que contiene, grano, paja y heno, y le peguemos fuego para que se incendie todo con la terrible bestia; de esta manera, nadie habrá de exponer su vida. Es un caso en que no hay que andarse con reparos; la tacañería sería contraproducente.

Todo el mundo se declaró conforme con la proposición e incendiaron el pajar por los cuatro costados, y junto con él quedó el pobre búho reducido a cenizas. Y el que no quiera creerlo, que vaya a preguntarlo.

La luna

EN tiempos muy lejanos hubo un país en que por la noche estaba siempre oscuro y el cielo se extendía como una sábana negra, pues jamás salía la luna ni brillaban estrellas en el firmamento.

De aquel país salieron un día cuatro mozos a correr mundo y llegaron a unas tierras en que, al anochecer, en cuanto el sol se ocultaba detrás de las montañas, aparecía sobre un roble una esfera luminosa que esparcía a gran distancia una luz clara y suave; aun cuando no era brillante como la del sol, permitía ver y distinguir muy bien los objetos.

Los forasteros se detuvieron a contemplarla y preguntaron a un campesino, que acertaba a pasar por allí en su carro, qué clase de luz era aquella.

—Es la luna —respondió el hombre—. Nuestro alcalde la compró por tres escudos y la sujetó en la copa del roble. Hay que ponerle aceite todos los días y mantenerla limpia para que arda claramente. Para ello le pagamos un escudo a la semana.

Cuando el campesino se hubo marchado, dijo uno de los mozos:

—Esta lámpara nos prestaría un gran servicio; en nuestra tierra tenemos un roble tan alto como éste; podríamos colgarla de él. ¡Qué ventaja no tener que andar a tientas por la noche!

—¿Sabéis qué? —dijo el segundo—. Iremos a buscar un carro y un caballo y nos llevaremos la luna. Aquí podrán comprar otra.

—Yo sé subirme a los árboles —intervino el tercero—. Subiré a descolgarla.

El cuarto fue a buscar el carro y el caballo, y el tercero trepó a la copa del roble, abrió un agujero en la luna, pasó una cuerda a su través y la bajó.

Cuando ya tuvieron en el carro la brillante bola, la cubrieron con una manta para que nadie se diese cuenta del robo, y de este modo la transportaron sin contratiempo a su tierra donde la colgaron de un alto roble.

Viejos y jóvenes sintieron gran contento cuando vieron la nueva luminaria esparcir su luz por los campos y llenar sus habitaciones y aposentos. Los enanos salieron de sus cuevas, y los duendecillos, en su rojas chaquetitas, bailaron en corro por los prados.

Los cuatro se encargaron de poner aceite en la luna y de mantener limpio el pabilo, y por ello les pagaban un escudo semanal.

Pero envejecieron, y cuando uno de ellos enfermó y previó la proximidad de la muerte, dispuso que depositasen en su tumba, al enterrarlo, la cuarta parte de la luna de la que era propietario.

Cuando hubo muerto, subió el alcalde al roble y, con las tijeras de jardinero, cortó un cuadrante que fue colocado en el féretro. La luz del astro quedó debilitada, aunque poco.

Pero a la muerte del segundo hubo de cortar otro cuarto, con la consiguiente mengua de la luz. Más tenue quedó aún después del fallecimiento del tercero, que se llevó también su parte; y cuando llegó la última hora del cuarto, las tinieblas volvieron a reinar en el país. La gente que salía por la noche sin linterna, se daba de cabezadas, y todo eran choques y trompazos.

Pero al unirse, en el mundo subterráneo, los cuatro cuadrantes de la luna e iluminar el reino de las eternas tinieblas, los muertos comenzaron a agitarse y a despertar del último sueño. Extrañáronse al sentir que veían de nuevo; la luz de la luna les bastaba, pues sus ojos se habían debilitado tanto que no habrían podido resistir el resplandor del sol.

Levantáronse de sus tumbas y, alegres, reanudaron su antiguo modo de vida: los unos se fueron al juego o al baile; los otros corrieron a las tabernas donde se emborracharon, alborotaron y riñeron, acabando por sacar las estacas y zurrarse de lo lindo mutuamente. El ruido era cada vez más estruendoso, y acabó dejándose oír en el cielo.

San Pedro, celador de la puerta del Paraíso, creyó que el mundo de abajo se había sublevado y corrió a concentrar a las celestiales huestes para

rechazar al enemigo, caso de que el demonio, al frente de los suyos, intentara invadir la mansión de los justos.

Pero viendo que no llegaban, montó en su caballo y se dirigió al mundo subterráneo. Allí aquietó a los muertos y los hizo volver a sus sepulturas; luego se llevó la luna y la colgó en lo alto del firmamento.

La duración de la vida

UANDO Dios Nuestro Señor, después de crear el mundo, se disponía a asignar a cada una de sus criaturas el tiempo de duración de su vida, acercósele el asno y le dijo:

—Señor, ¿cuántos años viviré?

—Treinta —respondióle el Creador—. ¿Te parece bien?

—¡Ah, Señor! —respondió el asno—, son muchos años. Considerad mi penoso destino: desde la mañana hasta la noche transportando pesadas cargas, llevando sacos de grano al molino para que otros coman pan, mientras a mí se me azuza y reanima a latigazos y puntapiés. ¡Acortadme un poco la vida!

Compadecióse Nuestro Señor y le redujo la cifra a doce años. El asno se retiró consolado, y presentóse el perro.

—¿Cuánto tiempo quieres vivir? —preguntóle el Creador—. Al asno pareciéronle demasiados treinta años, pero a ti te parecerán bastantes.

—Señor —contestó el perro—. ¿Lo queréis así? Pensad en lo que deberé correr; mis pies no resistirán tanto tiempo; y una vez haya perdido la voz para ladrar y los dientes para morder, ¿qué otro recurso me quedará sino el ir de un rincón a otro y pasarme el tiempo gruñendo?

Nuestro Señor comprendió que tenía razón, y le restó doce años.

A continuación llegó el mono.

—A ti seguramente te satisfarán treinta años, ¿verdad? —díjole el Señor —. Tú no necesitas trabajar como el asno y el perro, y siempre estás de buen humor.

—¡Ay, Señor! —exclamó el mono—. Lo parece, pero la realidad es muy distinta. Cuando llueven papas de mijo, yo no tengo cuchara. Estoy condenado a gastar bromas y a hacer muecas para que la gente ría, y cuando

me dan una manzana y la muerdo, resulta que está verde. ¡Cuán a menudo se oculta la tristeza tras el regocijo! No resistiré treinta años.

Dios, piadoso, le asignó sólo diez.

Finalmente, se presentó el hombre, contento, sano, fresco, y pidió a Dios que fijase su tiempo de vida.

—Vivirás treinta años —díjole el Señor—. ¿Tienes bastante?

—Muy poco es —observó el hombre—. Cuando haya construido mi casa y el fuego arda en mi hogar propio; cuando haya plantado árboles y empiecen a florecer y dar fruto; cuando empiece a gozar de la vida, entonces habré de morir. ¡Oh, Señor, concédeme más tiempo!

—Te añadiré los dieciocho años del asno —dijo Dios.

—No basta —contestó el hombre.

—Pues tendrás también los doce del perro.

—Todavía es poco —insistió el hombre.

—Mira, te concedo aún los doce del mono, pero no más.

Y el hombre se marchó, aunque no satisfecho.

He aquí por qué la vida del hombre dura setenta años. Los treinta primeros son los suyos propios, y pasan rápidamente; está sano, alegre, trabaja con ardor y disfruta de la vida. Siguen luego los dieciocho del asno, en que debe llevar una carga sobre otra; tiene que transportar lo que se comerá otro y recibir golpes y puntapiés en premio de sus leales servicios. Llegan después los doce años del perro; ahí lo tenéis por los rincones, gruñendo y sin dientes para mascar. Y cuando este período termina, cierran su vida los diez años del mono; se le ablandan los cascos, se vuelve extravagante, hace toda clase de tonterías y es el hazmerreír de los chiquillos.

Los mensajeros de la muerte

UNA vez —hace de ello muchísimo tiempo— pasaba un gigante por la carretera real cuando, de repente, se le presentó un hombre desconocido y le gritó:

—¡Alto! ¡Ni un paso más!

—¡Cómo! —exclamó el gigante—. ¿Un renacuajo como tú, al que puedo aplastar con dos dedos, pretende cerrarme el paso? ¿Quién eres, pues, que osas hablarme con tanto atrevimiento?

—Soy la Muerte —replicó el otro—. A mí nadie se me resiste, y también tú has de obedecer mis órdenes.

Sin embargo, el gigante se resistió y se entabló una lucha a brazo partido entre él y la Muerte. Fue una pelea larga y enconada; pero, al fin, venció el gigante que, de un puñetazo, derribó a su adversario, el cual fue a desplomarse junto a una roca.

Prosiguió el gigante su camino, dejando a la Muerte vencida y tan extenuada que no pudo levantarse. «¿Qué va a ocurrir —díjose— si he de quedarme tendida en este rincón? Ya nadie morirá en el mundo, y va a llenarse tanto de gente que no habrá lugar para todos».

En esto acertó a pasar un joven fresco y sano cantando una alegre canción y paseando la mirada en derredor. Al ver a aquel hombre tumbado, casi sin sentido, se le acercó compasivo, lo incorporó, le dio a beber de su bota un trago reconfortante y aguardó a que se repusiera.

—¿Sabes quién soy y a quién has ayudado? —preguntó el desconocido levantándose.

—No —respondió el joven—, no te conozco.

—Pues soy la Muerte —dijo el otro—. No perdono a nadie. Y tampoco contigo podré hacer excepción. Mas para que veas que soy agradecida, te

prometo que no te llevaré de manera imprevista, sino que te enviaré antes a mis emisarios para que te avisen.

—Bien —respondió el joven—. Siempre es una ventaja saber cuándo has de venir; al menos viviré seguro hasta entonces.

Y se marchó, contento y satisfecho, viviendo en adelante con despreocupación.

Sin embargo, la juventud y la salud no duraron mucho tiempo; pronto acudieron las enfermedades y los dolores, amargándole los días y robándole el sueño por las noches. «No voy a morir —decíase—, pues la Muerte me debe enviar a sus emisarios; sólo quisiera que pasasen estos malos días de enfermedad».

En cuanto se sintió restablecido volvió a su existencia ligera; hasta que cierto día alguien le dio un golpecito en el hombro y, al volverse él, vio a la Muerte a su espalda que le decía:

—Sígueme, ha sonado la hora en que tienes que despedirte del mundo.

—¿Cómo? —protestó el hombre—. ¿Vas a faltar a tu palabra? ¿No me prometiste que me enviarías a tus emisarios antes de venir tú a buscarme? No he visto a ninguno.

—¿Qué dices? —replicó la Muerte—. ¿No te los he estado enviando uno tras otro? ¿No vino la fiebre que te atacó, te molió y te postró en una cama? ¿No te turbaron la cabeza los vahídos? ¿No te atormentó la gota en todos tus miembros? ¿No te zumbaron los oídos? ¿No sentiste en las mandíbulas las punzadas del dolor de muelas? ¿No se te oscureció la vista? Y, además, y por encima de todo esto, ¿acaso mi hermano el Sueño no te ha hecho pensar en mí noche tras noche? Cuando dormías, ¿no era como si estuvieses muerto?

El hombre no supo qué replicar y, resignándose a su destino, se fue con la Muerte.

Cascarrabias

MAESE Lezna era un hombre bajito, delgaducho y movido, que no podía estar un momento quieto. Su cara, de nariz arremangada, era pecosa y lívida; su cabello, gris e hirsuto, y sus ojos, pequeños pero en continuo movimiento.

Nada le pasaba por alto, a todo le encontraba peros, sabía hacer las cosas mejor que nadie y siempre tenía razón. Cuando iba por la calle, accionaba con ambos brazos cual si fuesen remos, y una vez dio una manotada al cubo de agua que llevaba una muchacha, con tanta fuerza que él mismo recibió una ducha.

—¡Pedazo de borrica! —gritóle mientras se sacudía el agua—. ¿No viste que venía detrás de ti?

Era zapatero de oficio, y cuando trabajaba estiraba el hilo con tal violencia que daba con el puño en las costillas de los transeúntes que no se mantenían a prudente distancia. Ningún oficial duraba más de un mes en su casa, pues siempre tenía algo que objetar, por perfecto y pulido que fuera el trabajo. Ora las puntadas no eran iguales; ora un zapato era más largo o un tacón más alto que el otro; ora el cuero estaba poco batido…

—Espera —solía decir a los aprendices—, ¡ya te enseñaré yo cómo se ablanda la piel!

Y, cogiendo unas correas, les descargaba unos azotes en la espalda.

A todos llamaba gandules, a pesar de que él bien poco trabajaba, pues no era capaz de permanecer sentado y quieto ni un cuarto de hora.

Si su mujer se había levantado de madrugada y encendido fuego, saltaba él de la cama y corría descalzo a la cocina.

—¿Quieres pegar fuego a la casa? —gritaba—. ¿Es que vas a asar un toro entero? ¿O crees que me regalan la leña?

Si, en el lavadero, las muchachas se ponían a reír y a contarse chismes, allá se presentaba él riñendo y chillando:

—Ahí están esas gansas graznando en vez de trabajar. ¿Y qué hace ese jabón en el agua? Un despilfarro escandaloso y, encima, haraganería. No quieren estropearse las manos y no frotan la ropa.

Y, en su indignación, tropezaba contra un barreño lleno de lejía e inundaba toda la cocina.

Si construían una nueva casa, corría a la ventana a mirarlo:

—Otra vez haciendo los muros de arenisca roja —exclamaba—. Una piedra que nunca acaba de secarse. Nadie que habite en esta casa estará sano jamás. Y luego, fijaos en lo mal que colocan las piedras los albañiles. El mortero no vale nada; gravilla debéis poner y no arena. Aún viviré para ver cómo la casa se derrumba sobre la cabeza de sus habitantes.

Sentábase y daba unas puntadas. Pero un momento después volvía a levantarse de un brinco y exclamaba desabrochándose el mandil de cuero:

—¡Tengo que ir a hablar en serio a esa gente! —y la emprendía con los carpinteros—. ¿Qué es eso? —gritábales—. Y la plomada, ¿para qué sirve? ¿Pensáis que las vigas aguantarán? ¡Se os saldrá todo de quicio!

Y quitándole a un operario el hacha de la mano, quiso enseñarle a manejarla; pero al mismo tiempo vio acercarse un carro cargado de tierra. Soltó el hacha y corrió al campesino que lo guiaba.

—¿Estás loco? —le dijo—. ¿A quién se le ocurre enganchar caballos jóvenes a un carro tan cargado? Las pobres bestias se os caerán muertas el momento menos pensado.

El campesino no le respondió y maese Lezna, colérico, volvióse a su taller.

Cuando se disponía a ponerse de nuevo al trabajo, el aprendiz le entregó un zapato.

—¿Qué es esto? —le gritó—. ¿No os dije que no cortaseis los zapatos tan anchos? ¿Quién va a comprar un zapato que no tiene más que la suela? ¡Exijo que mis órdenes se cumplan al pie de la letra!

—Maestro —respondió el aprendiz—. Sin duda tenéis razón al decir que el zapato no está bien, pero es el mismo que vos cortasteis y empezasteis a coser. Os marchasteis tan aprisa que se os cayó de la mesa, y

yo no hice sino recogerlo. ¡Pero a vos no os contentaría ni un ángel que bajase del cielo!

Una noche, maese Lezna soñó que se había muerto y se hallaba camino del cielo. Al llegar, llamó ruidosamente a la puerta.

—Me extraña —dijo— que no tengan una campanilla; se hiere uno los nudillos golpeando.

Acudió a abrir el apóstol San Pedro, curioso de saber quién pedía la entrada con tanta insistencia.

—¡Ah, sois vos, maese Lezna! —dijo—. Os dejaré entrar, pero debo advertiros que habréis de perder vuestra costumbre de criticarlo todo, y no censuraréis lo que veáis en el cielo, pues de lo contrario podrías tener un disgusto.

—Podíais ahorraros la advertencia —replicó Lezna—. Sé conducirme correctamente y aquí, a Dios gracias, todo es perfecto y nada hay que merezca crítica, muy al contrario de lo que pasa en la tierra.

Entró, pues, y empezó a pasear arriba y abajo por los vastos espacios celestes. Miraba a diestra y siniestra, meneando de vez en cuando la cabeza o refunfuñando entre dientes. Vio dos ángeles que transportaban una viga; era la que un individuo había tenido en el ojo mientras buscaba la paja en el ojo ajeno. Pero llevaban la viga no en el sentido de su longitud, sino en el de la anchura; «¿Habráse visto mayor desatino?», pensó maese Lezna. Pero calló y se tranquilizó, pensando: «En el fondo, ¿qué más da que lleven la viga en uno u otro sentido, con tal que pueda pasar? Realmente, no veo que choquen con nada».

Al poco rato observó a otros dos ángeles que echaban agua de una fuente en un tonel; al mismo tiempo se dio cuenta de que el tonel estaba agujereado y el agua se salía por todos los lados. Estaban mandando lluvia a la tierra.

—¡Mil diablos! —estalló nuestro hombre; pero reprimiéndose, afortunadamente a tiempo, pensó: «Tal vez es puro pasatiempo; si a uno le divierte, bien puede dedicarse a estas cosas inútiles, particularmente aquí en el cielo donde, por lo que he podido notar, todo el mundo está ocioso».

Prosiguiendo, vio un carro atascado en un profundo agujero.

—No es de extrañar —dijo al hombre que estaba a su lado—. ¿A quién se le ocurre cargarlo así? ¿Qué lleváis en él?

—Buenos deseos —respondió el hombre—. Con ellos jamás conseguí andar por el camino derecho. Sin embargo, he logrado arrastrar el carro hasta aquí, y no me dejarán en la estacada.

Y, en efecto, al poco rato llegó un ángel y le enganchó dos caballos.

«Muy bien —pensó Lezna—; pero dos caballos no sacarán el carro del atolladero; por lo menos harían falta cuatro». Y he aquí que se presentó un segundo ángel con otros dos caballos; pero no los enganchó delante, sino detrás.

Aquello ya era demasiado para maese Lezna:

—¡Zopenco! —exclamó sin poderse contener—. ¿Qué haces? ¿Cuándo se ha visto, desde que el mundo es mundo, desatascar un carro de este modo? Estos sabihondos presumidos creen entender todas las cosas mejor que nadie.

Y hubiera seguido despotricando de no haberse presentado un morador del paraíso que lo cogió por el cuello de la chaqueta y, con fuerza irresistible, lo arrojó de la celestial mansión. Desde fuera volvió nuestro hombre a mirar al interior, y vio que cuatro caballos alados estaban levantando el carro.

En este momento se despertó maese Lezna. «Verdaderamente, en el cielo las cosas no discurren como en la tierra —díjose para sus adentros—, y pueden disculparse muchas de ellas; pero ¿quién es capaz de ver con paciencia cómo enganchan caballos delante y detrás de un carro a la vez? Tenían alas, es cierto, pero ¿cómo iba yo a saberlo? Además, vaya tontería pegar un par de alas a unos animales que ya tienen cuatro patas para correr. Pero tengo que levantarme, pues de lo contrario todo irá de cabeza en casa. ¡Suerte que no me he muerto de verdad!».

La pastora de ocas

VIVÍA una vez una anciana reina, viuda desde hacía muchos años, que tenía una hija muy hermosa.

Al hacerse mayor, la prometieron a un príncipe de un país lejano, y cuando llegó el tiempo convenido para la celebración de la boda y la doncella hubo de ponerse en camino hacia la corte de su prometido, la reina madre le preparó un ajuar precioso, con brocados de oro y plata, vasos y joyas; era, en una palabra, una dote digna de una princesa real, pues la anciana reina quería entrañablemente a su hija.

Diole también, para que la acompañase y sirviese, una camarera que, además, debía entregar a la princesa en manos del novio. Recibió cada una de las dos un caballo; pero el de la princesa tenía el don de hablar y se llamaba Falada.

Llegada la hora de los despidos, entró la madre en su alcoba y, cogiendo un cuchillito, se hizo un corte en un dedo para que fluyera la sangre; en un trocito de tela recogió tres gotas y las dio a su hija diciéndole:

—Hija mía, guárdalas cuidadosamente; puedes necesitarlas durante el camino.

Separáronse madre e hija con abundantes lágrimas. La princesa se guardó en el seno la telita con la sangre y, montando a caballo, emprendió el viaje hacia la Corte de su prometido.

Cuando llevaban una hora cabalgando sintió una intensa sed y dijo a su camarera:

—Apéate y llename de agua del arroyo la copa que para esto has traído; quiero beber.

—Si tenéis sed —respondióle la camarera—, apeaos vos y bebed. Yo no quiero ser vuestra criada.

La princesa, acuciada por la sed, bajó del caballo y, arrodillada en la orilla, bebió directamente del riachuelo sin usar la copa.

Luego exclamó:

—¡Dios mío!

Y las tres gotas de sangre le respondieron:

—Si tu madre viese esto, el corazón le estallaría en el pecho.

Pero, humilde como era la princesita, guardó silencio y volvió a montar a caballo.

Siguieron cabalgando, y al cabo de varias leguas volvió a tener sed, pues el día era caluroso y el sol ardiente.

Llegaron a otro río, y la princesa repitió a la camarera:

—Apéate y sírveme de beber en mi copa de oro.

Pues había olvidado ya las insolentes palabras de la sirvienta.

Pero ésta repitió a su vez más altanera que antes:

—Si queréis beber, arreglaos vos misma; yo no quiero ser vuestra criada.

Apeóse de nuevo la princesa, acuciada por la sed y, tendiéndose sobre el agua fluyente, exclamó llorando:

—¡Dios mío!

Y las tres gotas de sangre volvieron a exclamar:

—Si tu madre viese esto, el corazón le estallaría en el pecho.

Y al agacharse para beber, se le cayó del seno la tela que contenía las tres gotas, y el agua se la llevó sin que ella lo advirtiese angustiada como estaba.

Pero la camarera sí lo había visto, y se alegró, porque ello le daba poder sobre la princesa quien, al perder aquellas gotas de sangre, se había quedado débil e impotente.

Al disponerse a subir nuevamente sobre su caballo Falada, dijo la camarera:

—A Falada lo montaré yo, y tú te subirás sobre mi rocín.

Y la princesa hubo de resignarse. Luego, con palabras duras, mandóle la camarera que se quitase sus reales vestidos y se pusiese los suyos malos y, finalmente, la obligó a jurar, bajo la luz del cielo, que en la Corte del Rey no diría nada de todo aquello a nadie; y si se hubiese negado a prestar el

juramento, la habría asesinado allí mismo. Pero Falada lo presenció todo y lo guardó en la memoria.

Montó, pues, la camarera sobre Falada, y la novia auténtica sobre el jamelgo, y así prosiguieron hasta llegar al palacio real.

Grande fue el regocijo a su entrada, y el príncipe salió presuroso a recibirlas, y ayudó a la camarera a apearse del caballo tomándola por su prometida.

Luego la condujeron arriba, mientras la verdadera princesa se quedaba abajo. Al asomarse a la ventana el anciano rey y verla en el patio, tan distinguida, delicada y hermosa, entró en las reales habitaciones para preguntar quién era a la novia.

—La tomé en el camino para que me acompañase; dadle algún trabajo, que no permanezca ociosa.

Pero el viejo rey no tenía ocupación para ella, y sólo se le ocurrió decir:

—Tengo un muchacho encargado de guardar las ocas; que vaya a ayudarle.

El mozo se llamaba Conradito, y la princesa fue enviada a servirle de auxiliar.

No tardó la falsa novia en decir al príncipe:

—Amado mío, quisiera pedirte una gracia.

—Te la concederé gustoso —respondió él.

—Pues ordenad al desollador que corte el cuello del caballo que yo monté, pues me ha fastidiado durante el camino.

En realidad, lo que temía era que el animal descubriese lo sucedido a la princesa. Así, el leal Falada tuvo que morir y, al enterarse de ello, la verdadera princesa prometió al desollador una moneda de oro a cambio de un pequeño servicio.

En la ciudad había una gran puerta oscura, por la que ella debía pasar cada mañana y cada anochecer con sus ocas; pidió, pues, al hombre que clavase la cabeza de Falada en aquella puerta, para que ella pudiese verla a menudo. Así se hizo, y la cabeza del noble caballo quedó clavada en el lúgubre portal.

Cuando, de madrugada, la princesa y Conradito pasaron bajo el portal, dijo ella:

«¡Oh, Falada, colgado aquí tristemente!»

Y respondió la cabeza:

«¡Oh, princesa, cómo te trata esa gente!
Si tu madre lo supiera,
de la pena se muriera».

Salió ella de la ciudad y se fue con el mozo al campo, a guardar las ocas.

Al llegar al prado sentóse sobre la hierba a peinar sus cabellos, que eran de oro puro; y Conradito gozaba contemplando su brillo.

Quiso arrancarle algunos, pero ella dijo:

«Sopla, sopla, vientecito,
quítale el sombrero a Conradito
y fuérzalo a correr por el prado
hasta que yo me haya peinado
y de nuevo acicalado».

En el mismo instante se levantó un fortísimo viento, que se llevó el sombrero de Conradito, obligando al mozo a salir corriendo detrás de él durante largo rato; y, cuando volvió, ya había terminado la doncella de peinarse y arreglarse, por lo cual el mozo se quedó sin sus cabellos. Enfadado, dejó de hablarle, y así guardaron las ocas hasta el anochecer, en que regresaron a palacio.

A la mañana siguiente, cuando pasaron de nuevo por el portal, dijo la doncella:

«¡Oh, Falada, colgado aquí tristemente!»

Y Falada respondió:

«¡Oh, princesa, cómo te trata esa gente!
Si tu madre lo supiera,

de la pena se muriera».

Ya en el prado, volvió a sentarse sobre la hierba y a peinarse. Acudió Conradito para arrancarle unos cabellos; pero ella dijo rápidamente:

«Sopla, sopla, vientecito,
quítale el sombrero a Conradito
y fuérzalo a correr por el prado
hasta que yo me haya peinado
y de nuevo acicalado».

Púsose a soplar el viento, llevándose el sombrerito de la cabeza del mozo, el cual hubo de correr en su persecución, y cuando volvió, la muchacha hacía ya buen rato que estaba lista de su peinado, con lo que Conradito no pudo salirse con la suya. Y así estuvieron guardando las ocas hasta el anochecer.

Pero, cuando hubieron regresado a palacio, Conradito se presentó al anciano rey y le dijo:

—No quiero seguir guardando ocas con esa muchacha.

—¿Y por qué? —preguntóle el Rey.

—Porque se pasa el día haciéndome rabiar.

Entonces el Rey le mandó que le contase lo ocurrido, y Conradito le dijo:

—Cada mañana, cuando pasamos con la manada por la puerta oscura, se dirige a una cabeza de caballo que hay clavada en ella, y le dice:

«¡Oh, Falada, colgado aquí tristemente!»

Y la cabeza responde:

«¡Oh, princesa, cómo te trata esa gente!
Si tu madre lo supiera,
de la pena se muriera».

Y de este modo siguió Conradito contando lo que sucedía en el prado, y cómo había de correr siempre tras su sombrero.

El anciano Rey le ordenó que al día siguiente volviese a salir con la manada, y el propio Rey, al rayar el alba, se escondió detrás de la puerta, desde donde pudo oír las palabras que se cruzaron entre la doncella y la cabeza de Falada.

Luego siguió a los dos al prado, ocultándose en un matorral. Pronto pudo contemplar con sus propios ojos cómo el muchacho y la moza llegaban con las ocas y cómo, al poco rato, ella se sentaba en la hierba y se soltaba el cabello, y cómo irradiaba éste un resplandor de oro.

En seguida repitió la doncella:

«Sopla, sopla, vientecito,
quítale el sombrero a Conradito
y fuérzalo a correr por el prado
hasta que yo me haya peinado
y de nuevo acicalado».

Inmediatamente llegó una ráfaga de viento y se llevó el sombrero, obligando al muchacho a emprender un larga carrera hasta recuperarlo mientras la moza se peinaba los bucles.

El anciano Rey lo presenció todo. Retiróse luego sin ser observado, y cuando al anochecer regresó la pastora de ocas, la llamó aparte y le preguntó la razón de su proceder.

—No puedo decíroslo —respondió ella— ni revelar mi desgracia a nadie, pues lo juré bajo el cielo para salvar mi vida.

El Rey insistió y porfió para que hablase; pero, viendo que no lograba sacarle una palabra, le dijo al fin:

—Pues si no quieres confiármelo a mí, ve a contar tus penas a la estufa de hierro.

Y se alejó.

Acercóse la princesa a la estufa y, entre lamentos y lágrimas, desahogando su corazón dijo:

—Aquí estoy abandonada del mundo entero y, no obstante, soy hija de un rey; una pérfida camarera me redujo a esta situación usando de la violencia, obligándome a quitarme mis vestidos de princesa y suplantándome ella como prometida del príncipe, mientras yo debo hacer trabajos humildes y guardar ocas. ¡Si mi madre lo supiera, de pena le estallaría el corazón en el pecho!

Pero el viejo Rey lo escuchaba todo por el tubo de la chimenea, y así se enteró de sus desgracias. Volvió al aposento y le mandó que saliese de la estufa; pusiéronle vestidos principescos, y entonces quedó de manifiesto su maravillosa hermosura.

El Rey llamó entonces a su hijo y le reveló la falacia de su presunta prometida, que no era sino una vulgar sirvienta, mientras la novia verdadera, que allí estaba, hubo de estar guardando ocas durante todo aquel tiempo.

El joven príncipe sintió una gran alegría al verla tan bella y virtuosa, y preparó un gran banquete al que quedaron invitadas muchísimas personas y los buenos amigos.

A la cabeza de la mesa sentóse el novio, el cual tenía a un lado a la princesa, y al otro, a la camarera la cual, deslumbrada, no reconoció a su rival bajo sus magníficos atavíos.

Una vez hubieron comido y bebido, reinando gran animación entre los comensales, el anciano Rey planteó un acertijo a la camarera. ¿Qué merecía una persona que hubiese engañado a su señor de tal y cual manera?; y después de detallarle todo el caso, acabó preguntándole: ¿Qué sentencia dictaríais contra esta persona?

Y respondió la presunta prometida:

—No merece sino que se la desnude completamente y se la encierre en un barril cuyo interior esté erizado de agudos clavos y que, tirado por dos caballos blancos, sea paseado por todas las calles de la ciudad, hasta que la malvada haya muerto.

—Pues ésa eres tú —respondióle el Rey—, y en ti va a cumplirse la sentencia que acabas de pronunciar.

Y, cuando se hubo cumplido, celebróse le boda de los jóvenes príncipes, y ambos reinaron en paz y felicidad.

La pastora de ocas en la fuente

HABÍA en otros tiempos una abuela más vieja que Matusalén que, con su manada de ocas, vivía en un lugar solitario entre montañas donde tenía su casita.

Aquel desierto estaba rodeado por un espacioso bosque, al que iba la vieja todas las mañanas apoyada en su bastón. Allí trabajaba la mujer mucho más de lo que se hubiera creído por sus años. Buscaba hierba para sus ocas, recogía la fruta silvestre hasta donde podía llegar con las manos, y luego regresaba cargada con todo ello a la espalda. Cualquiera habría pensado que sucumbiría bajo su pesada carga; sin embargo, siempre llegaba a su casa sin novedad.

Si encontraba a alguien en el camino, lo saludaba afablemente:

—Buenos días, vecino. ¡Qué buen tiempo tenemos hoy! ¿Qué? Os extraña verme tan cargada de hierba; pero cada cual ha de llevar su carga a cuestas.

No obstante, la gente la rehuía y daba rodeos para no cruzarse con ella; y si un padre acertaba a pasar por su lado yendo con su hijito, le decía en voz baja:

—Guárdate de esa vieja; es una bruja muy astuta.

Una mañana atravesaba el bosque un apuesto joven. Brillaba el sol, cantaban los pájaros, y una fresca brisa soplaba entre el follaje; todo lo cual contribuía a que el mozo avanzase alegre y contento.

No se había topado aún con nadie cuando, de pronto, descubrió a la vieja, que arrodillada en el suelo estaba cortando hierba con una hoz. Tenía ya un gran montón recogido sobre un lienzo, y además veíanse a su lado dos cestos llenos de peras y manzanas silvestres.

—Pero, abuelita —dijo el mozo—, ¿cómo vas a llevar todo eso?

—No tengo más remedio, buen señor —respondió ella—. Los hijos de casa rica no necesitan hacerlo, pero los labradores decimos:

> «No mires atrás,
> y tu joroba no verás».

—¿Queréis ayudarme? —preguntóle, al ver que se detenía a mirarla—. Tenéis aún la espalda derecha, y buenas piernas. Para vos será un peso liviano. Además, mi casa no está lejos. Detrás de esta montaña, en un calvero, la encontraréis. En dos saltos os plantáis allá.

El joven sintió piedad de la vieja.

—Cierto que mi padre no es campesino —respondió—, sino un rico conde. Mas para que veáis que no sólo los campesinos saben llevar cargas, yo tomaré vuestro bulto.

—Si queréis probarlo —dijo ella— me haréis un favor. Os prevengo que hay una hora de camino; pero ¡qué es una hora para vos! Y tendréis que cargar también con las peras y manzanas.

El joven vaciló unos momentos cuando oyó lo de la hora; pero la vieja insistió y no cejó hasta que le hubo cargado el haz a la espalda y un cesto en cada brazo.

—¿Veis? Es muy ligero —le dijo.

—Pues no, no lo es nada —replicó el conde, poniendo cara mohína—. Este lío pesa como si estuviese lleno de guijarros, y en cuanto a las peras y manzanas, parecen de plomo; apenas puedo respirar.

Veníanle deseos de soltarlo todo, pero la vieja no le dejó:

—Mirad —exclamó burlona—. El señorito no puede llevar lo que yo, con mis años a cuestas, he llevado tantas y tantas veces. Nunca les faltan buenas palabras, pero cuando la cosa va en serio, no quieren ya saber nada. ¡Qué hacéis ahí parado! —prosiguió—. ¡Venga, moved las piernas! Nadie os quitará el lío de la espalda.

Mientras anduvieron por terreno llano, el joven resistió; pero en cuanto hubo de subir la cuesta de la montaña y las piedras empezaron a fallarle bajo los pies y a rodar monte abajo como si fuesen vivas, la empresa resultó

superior a sus fuerzas. Las gotas de sudor perlaban su frente, corriendo por la espalda, tan pronto ardiendo como frías.

—Abuelita —dijo—, no puedo más; dejadme que descanse un poco.

—¡Ni por pienso! —replicóle la vieja—. Descansaréis cuando lleguemos; pero ahora hay que seguir adelante. ¡Quién sabe el bien que puede haceros esto!

—¡Insolente vieja! —exclamó el conde, tratando de soltar la carga.

Pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles. La llevaba tan sólidamente sujeta a la espalda como si formase parte de su cuerpo, y por más que se volvió y revolvió no hubo medio de librarse de ella.

La vieja se echó a reír y, de puro contento, todo era dar saltitos a su alrededor, apoyada en su bastón.

—No os enfadéis, mi buen señor —decíale—. Os ponéis colorado como la cresta de un gallo. Llevad la carga con paciencia, y cuando lleguemos a casa os daré una buena propina.

¿Qué podía hacer el pobre mozo? Hubo de resignarse a su suerte y seguir penosamente detrás de la vieja, la cual parecíale que iba ganando en ligereza a medida que su peso se volvía más y más agobiante.

De pronto, la bruja pegó un salto y se montó sobre el lío, instalándose cómodamente en él; y aunque era tan delgada, pesaba más que la más gorda campesina.

Temblábanle al mozo las rodillas; mas si se paraba, la maldita vieja le azotaba las piernas con una vara o con ortigas.

Llegó a la cumbre jadeando y, finalmente, cuando ya no podía más y estaba a punto de desplomarse, se encontró ante la casa de la bruja.

Al ver las ocas a la vieja, corrieron a su encuentro con las alas desplegadas y el cuello estirado, gritando «¡vule, vule!», seguidas de un esperpento de mujer alta y robusta, ya nada joven y fea como la noche, que llevaba una vara en la mano.

—Madre —dijo a la vieja—, ¿os ha sucedido algo? Os habéis retrasado mucho.

—Tranquilízate, hijita —respondió la otra—; nada malo me ha ocurrido; al contrario, este amable señor me ha llevado la carga; y mira,

cuando me he sentido cansada, se me ha cargado en hombros. El camino no se nos ha hecho largo; hemos estado alegres y bromeando todo el rato.

Al fin se apeó la vieja, lo descargó de todos los bultos. Y le dijo, dirigiéndole una mirada cariñosa:

—Ahora sentaos a descansar en este banco, delante de la puerta. Os merecéis una buena recompensa, y os será pagada puntualmente —y, dirigiéndose a la pastora de las ocas—. Entra en casa, hijita, no es decoroso que te quedes sola con un joven; no hay que echar aceite al fuego. Podría enamorarse de ti.

El conde no sabía si echarse a llorar o a reír. «¡Vaya tesoro! —pensó—. Aunque tuviese treinta años menos, no sería capaz de turbar mi corazón».

Entretanto, la vieja se entretenía en acariciar a los patos como si fuesen sus pequeñuelos, y luego se metió en la casa con su hija.

El joven tendióse sobre el banco, a la sombra de un manzano silvestre. El aire era tibio y suave; en torno se extendía un verde prado cuajado de primaveras, tomillos y otras mil flores silvestres. Por en medio corría un límpido arroyuelo que brillaba a la luz del sol, y las blancas ocas andaban de un lado a otro o nadaban en el arroyo. «Es hermoso este lugar —pensó el mozo—, pero estoy tan cansado que apenas puedo mantener los ojos abiertos. Con tal que no se levante viento y se me lleve las piernas… Me las siento flojas, como si fueran de algodón».

Cuando hubo dormido un ratito, salió la vieja y, sacudiéndolo, lo despertó.

—Levántate —le dijo—, aquí no puedes quedarte. Te he atormentado un poco, lo reconozco, pero no te ha costado la vida. Ahora voy a pagarte tu salario. Dinero y otros bienes, no los necesitas. Te daré, pues, otra cosa —y le puso en la mano una cajita tallada en una sola esmeralda—. Guárdala bien —añadió—; te traerá suerte.

El conde se levantó de un brinco, sintiéndose descansado y con las fuerzas restauradas. Dio las gracias a la vieja por su obsequio y se puso en camino, sin volverse a mirar a su «preciosa» hija. Y al cabo de un buen trecho seguía oyendo los alegres gritos de las ocas.

El conde anduvo errante por la selva tres días enteros, antes de encontrar su camino. Al fin llegó a una gran ciudad y, como nadie lo

conocía, condujéronlo al palacio real a presencia del Rey y la Reina sentados en su tronos.

Hincó el conde una rodilla en tierra y, sacándose del bolsillo el estuche de esmeralda, lo dejó a los pies de la Reina. Mandóle ésta que se levantase y le entregase la cajita; pero no bien la hubo abierto y mirado lo que contenía, cayó al suelo como muerta.

Los criados del Rey detuvieron al conde, y ya se disponían a llevarlo a la cárcel, cuando la Soberana abrió los ojos y dio orden de que lo soltasen y se retirasen todos, pues deseaba hablar con él en secreto.

Cuando quedaron solos, la Reina prorrumpió a llorar y dijo:

—¡De qué me sirven el esplendor y los honores de la Corte, si cada mañana me despierto abrumada de penas y angustias! He tenido tres hijas, la menor de las cuales era tan hermosa que todo el mundo la miraba como una maravilla. Era blanca como la nieve, rosada como la flor del manzano, y su cabello brillaba como los rayos del sol. Cuando lloraba, no eran lágrimas lo que fluía de sus ojos, sino perlas y piedras preciosas. Cuando cumplió los quince años, el Rey mandó comparecer a las tres hermanas ante su trono. Era de ver qué ojos abrían los presentes cuando entró la pequeña; pareció como si saliera el sol. Dijo el Rey: «Hijas mías, no sé cuando vendrá mi último día; por eso quiero decidir hoy la herencia que corresponde a cada una de vosotras. Todas me queréis, pero la que más me quiera se llevará la mejor parte». Cada una afirmó ser la que más lo quería. «¿No podríais expresarme vuestro amor con alguna comparación? —dijo el Rey—. Así conoceré vuestros sentimientos». Respondió entonces la mayor: «Quiero a mi padre tanto como al azúcar más dulce», La segunda: «Yo lo quiero tanto como a mi vestido más precioso». Pero la tercera seguía callada, por lo cual le preguntó el Rey: «Y tú, hija mía, ¿cómo me quieres?». «No lo sé —respondió ella—, no encuentro nada con que pueda comparar mi cariño por vos». Pero el padre insistió en que lo expresase de algún modo, y ella dijo al fin: «La mejor comida me parece insípida sin sal; por eso quiero a mi padre como a la sal». Al oír el Rey estas palabras, encolerizóse y dijo: «Si me quieres como a la sal, con sal recompensaré tu cariño». Y repartió el reino entre las dos mayores, mientras ordenó que atasen un saco de sal a la espalda de la menor, y dio orden a dos criados de

que la condujesen a la selva. Todos pedimos y suplicamos que se apiadase de ella, pero no hubo medio de calmar la ira del Rey. ¡Cómo lloró ella, al separarse de nosotros! Todo el camino quedó sembrado de las perlas que fluían de sus ojos. A los pocos días, el Rey se arrepintió de su dureza y mandó gentes a explorar el bosque en busca de la pobre niña; pero ya no la encontraron. Cuando pienso que debieron devorarla las fieras, me invade la desesperación. Pero a veces me consuela la esperanza de que tal vez viva oculta en alguna cueva o refugiada en la morada de gentes compasivas. Y cuando os diga que al abrir vuestro estuche de esmeraldas vi que contenía una de aquellas perlas que fluían de los ojos de mi hija, comprenderéis qué salto dio mi corazón en el pecho. Decidme, pues, cómo llegó esta perla a vuestras manos.

Entonces le contó el conde que la había recibido en el bosque, de una vieja que le parecía bastante sospechosa y que debía tener algo de bruja; pero de la princesa no había oído ni visto nada.

El Rey y la Reina decidieron salir en busca de la vieja, pensando que donde había estado la perla encontrarían noticias de su hija.

Hallábase la vieja sentada ante su rueca, hilando en su solitario erial. Había oscurecido ya, y un tizón que ardía en el hogar esparcía una tenue luz.

De pronto llegaron del exterior los agudos gritos de las ocas, que volvían del prado conducidas por la hija. Entró ésta en la casita, mas la vieja apenas le hizo caso, limitándose a menear ligeramente la cabeza. Sentóse la hija a su lado y, cogiendo su rueca, púsose a hilar con la ligereza de una jovencita; y de este modo transcurrieron dos horas, sin que las dos mujeres cambiasen una sola palabra.

Al fin se oyó un rumor en la ventana y aparecieron en ella dos ojos de fuego; era el viejo búho, que gritó su «uhú» por tres veces.

La vieja levantó un poco la mirada y luego dijo:

—Ha llegado la hora, hijita. Haz tu trabajo.

Levantóse la hija y salió. ¿Adónde iba? Cruzó la pradera y bajó al valle, hasta llegar al borde de una fuente que surgía al pie de tres viejos robles.

Entretanto, la luna, grande y redonda, había asomado por detrás de la montaña, arrojando una luz tan clara que habría podido distinguirse un

alfiler en el suelo.

Quitóse la mujer una piel que le cubría el rostro e, inclinándose sobre la fuente, comenzó a lavarse en ella. Cuando hubo terminado, sumergió también la piel en el agua y luego la tendió en el prado, para que el resplandor de la luna la blanqueara y secara.

Pero ¡qué transformación en la muchacha! Jamás habéis visto nada comparable. Cuando se hubo quitado su peluca gris, surgió de su cabeza una espesísima cabellera, radiante como el sol, y que esparciéndose, cubrió todo su cuerpo como un áureo manto. Sus ojos centelleaban como estrellas del cielo, y las mejillas tenían el suave rosado de la flor del manzano.

La hermosa doncella estaba triste. Sentóse y prorrumpió a llorar amargamente. Las lágrimas, fluyendo de sus ojos, rodaban por su largo cabello e iban a caer en el suelo. Y así hubiera estado largas horas, de no haberse oído un crujido entre las ramas del árbol más próximo.

La muchacha se levantó de un brinco, como un corzo que oye el disparo del cazador. La luna acababa de ocultarse detrás de una negra nube y, en un instante, la muchacha, recubriéndose con su vieja piel, desapareció como una llama apagada por el viento.

Temblando como hoja de álamo, regresó corriendo a su casa. La vieja se hallaba ante la puerta, y ella quiso explicarle lo que acababa de sucederle; pero la otra le dijo con una afable sonrisa:

—Lo sé todo.

La condujo dentro y puso otro leño en el hogar; pero ya no volvió a sentarse a la rueca sino que, cogiendo una escoba, se puso a barrer y fregar.

—Todo debe estar muy limpio y pulido —dijo a la chica.

—Pero, madre —respondió ésta—, ¿por qué os ponéis a trabajar a una hora tan avanzada? ¿Qué os proponéis?

—¿Sabes qué hora es? —preguntó la vieja.

—Todavía no es media noche, pero han pasado ya las once —respondió la muchacha.

—¿No sabes que hoy se cumplen tres años que llegaste aquí? —prosiguió la bruja—. Tu plazo ha terminado. No podemos seguir juntas.

La muchacha respondió, asustada:

—¡Ay, madre mía!, ¿vais a echarme? ¿Adónde iré? No tengo amigos ni patria adonde dirigirme. Hice todo lo que me mandasteis, y siempre estuvisteis contenta de mí. ¡No me echéis!

La vieja no quiso decir a la muchacha lo que le esperaba.

—Yo no puedo seguir aquí —respondió—; pero cuando me marche, debe quedar toda la casa limpia y aseada. Por tanto, no me distraigas en mi faena. En cuanto a ti, tranquilízate, encontrarás un techo para cobijarte, y quedarás satisfecha con la recompensa que te daré.

—Pero, decidme, ¿qué va a suceder? —insistió la muchacha.

—Te repito que no me estorbes en mi trabajo. No digas ni una palabra más. Vete a tu cuarto, quítate la piel de la cara, ponte el vestido de seda que llevabas cuando llegaste, y aguarda a que te llame.

Pero volvamos al Rey y a la Reina, que habían partido en compañía del conde en busca de la vieja. Ya en el bosque, el conde se había separado de ellos durante la noche y tuvo que continuar solo.

A la mañana siguiente parecióle que había encontrado el camino. Siguió por él hasta que oscureció. Entonces se subió a un árbol para pasar en él la noche, pues temía extraviarse.

Cuando la luna iluminó aquellos parajes, pudo ver el mozo una figura que descendía de la montaña y, aunque no llevaba ninguna vara en la mano, se dio cuenta de que era la pastora de ocas que había conocido en casa de la vieja.

—¡Ajá, ahí viene! —exclamó—. Si pesco a una bruja, la otra no se me escapará.

Cuál no sería su asombro al ver que aquella muchacha, al llegar a la fuente, se quitaba la piel y se lavaba, soltándosele unos cabellos de oro puro y dejando al descubierto una belleza como jamás contemplara él otra igual. Casi no se atrevía a respirar, y estiraba el cuello todo lo posible entre el follaje, mirándola arrobado.

Sea porque se inclinara demasiado, sea por cualquier otro motivo, de pronto crujió la rama, y en el mismo momento se puso la muchacha la piel y huyó como un corzo; y como la luna se ocultó en aquel preciso instante, el conde la perdió de vista.

En cuanto hubo desaparecido, apresuróse el joven a bajar del árbol para lanzarse en su persecución.

Al poco rato descubrió en la penumbra dos figuras que avanzaban por el bosque. Eran el Rey y la Reina que, habiendo visto desde lejos la luz de la casita de la vieja, se dirigían a ella.

Contóles el conde su maravillosa visión al borde de la fuente, y los padres no dudaron ya de que se trataba de su hija perdida. Radiantes de alegría, prosiguieron su camino y no tardaron en llegar a la casa. En torno dormían las ocas, inmóviles y con la cabeza bajo el ala.

Al mirar los reyes y el conde por la ventana, vieron a la vieja sentada, hilando en silencio, balanceando la cabeza sin volverse. La habitación aparecía limpísima; habríase dicho que vivían allí aquellos etéreos gnomos que no llevan polvo en los pies. A su hija, sin embargo, no la vieron.

Llamaron suavemente a la ventana. La vieja, como si los estuviese aguardando, levantóse y exclamó muy afable:

—Pasad, pasad. Ya sé quiénes sois —y cuando estuvieron dentro, prosiguió—. Pudisteis haberos ahorrado este largo camino si, hace hoy tres años, no hubieseis expulsado de vuestro lado tan injustamente a vuestra hija, tan buena y amable. Ella nada ha perdido al tener que guardar los gansos durante este tiempo; nada malo ha aprendido, sino que ha conservado puro el corazón. Vosotros, en cambio, habéis llevado un duro castigo con la angustia que por ella habéis pasado —dicho esto, acercóse a la habitación de la doncella y gritó—. ¡Ven, hijita mía!

Abrióse la puerta y apareció la princesa con su vestido de seda. Parecía un ángel bajado del cielo, con su cabellera de oro y sus ojos, que brillaban como estrellas.

Corrió hacia sus padres y se les arrojó al cuello, llenándolos de besos; nadie podía contener las lágrimas. El joven conde permanecía a su lado, y cuando ella lo vio, ruborizóse como una rosa; ella misma no sabía por qué.

Dijo el Rey:

—Hija mía querida, he dado ya mi reino; ¿qué me queda para ti?

—No necesita nada —intervino la vieja—; yo le regalo las lágrimas que ha llorado por vuestra causa, y que son purísimas perlas, más bellas que las

que puedan encontrarse en el mar, y más valiosas que todos vuestros dominios. Y, en pago de sus servicios, le hago donación de mi casita.

Y, pronunciadas estas palabras, la vieja desapareció. Crujieron levemente las paredes, y en un abrir y cerrar de ojos, la casa se convirtió en un magnífico palacio, con una mesa ricamente puesta y muchos sirvientes atareados corriendo en todas direcciones.

La historia no termina aquí. Pero mi abuela, que fue quien me la contó, tenía ya la memoria muy confusa, y no se acordaba del final. Yo creo que la hermosa princesa debió de casarse con el conde; que ambos se quedaron a vivir en el palacio, y que fueron felices hasta que Dios quiso.

Que las ocas blancas eran doncellas —no se ofenda nadie— que la vieja había transformado y destinado a vivir con ella, y que recuperando su figura humana quedaron como criadas de la joven reina, son cosas que no puedo afirmar de modo rotundo, pero sospecho que así fue.

Lo que sí es cierto es que la vieja no era una bruja, como suponía la gente, sino un hada que sólo hacía el bien. Probablemente fue ella quien, al nacer la hija del Rey, le confirió el don de llorar perlas en vez de lágrimas. Hoy esto ya no se estila; de lo contrario, pronto los pobres dejarían de serlo.

Los desiguales hijos de Eva

CUANDO Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, hubieron de construirse una casa en una tierra estéril y ganarse el pan con el sudor de su frente. Adán cultivaba el campo, y Eva hilaba la lana. Cada año daba a luz un hijo; pero eran unas criaturas muy desiguales: hermosas unas; las otras, feas.

Transcurrido algún tiempo, Dios envió un ángel a la pareja para anunciarles que iría a visitarlos, pues deseaba ver cómo gobernaban su casa.

Eva, contenta de que el Señor les hiciese tanta merced, limpió bien la vivienda, la adornó con flores y la alfombró de juncos. Luego reunió a sus hijos, pero sólo a los hermosos; los lavó y bañó, los peinó y puso camisas limpias, y luego les advirtió cómo debían portarse en presencia de Nuestro Señor. Se inclinarían modestamente a su llegada, le darían la mano y contestarían a sus preguntas con todo respeto y sensatez.

En cuanto a los hijos feos, no quería que los viese; y, así, al primero lo escondió bajo el heno; al segundo, bajo el tejado; al tercero, en la paja; al cuarto, en el horno; al quinto, en la bodega; al sexto, debajo de una tina; al séptimo, bajo el barril de vino; al octavo, bajo una vieja piel; al noveno y décimo, bajo la tela con que les confeccionaba los vestidos, y a los dos últimos, bajo el cuero del que les cortaba los zapatos.

Apenas había terminado los preparativos cuando llamaron a la puerta y Adán, mirando por una rendija, vio que era el Señor. Abrió respetuosamente, y entró el Padre Celestial. Allí estaban en fila los hijos hermosos, los cuales se inclinaron, le alargaron las manos y se arrodillaron.

El Señor empezó a bendecirlos; imponiendo las manos sobre el primero, le dijo: «Tú serás un rey poderoso». Al segundo: «Tú, un príncipe». Al tercero: «Tú serás conde». Al cuarto: «Tú, caballero». Al quinto: «Tú,

noble». Al sexto: «Tú, ciudadano». Al séptimo: «Tú, comerciante». Al octavo: «Tú serás un sabio». Y de este modo fue distribuyendo sus ricos dones.

Al ver Eva que Dios se mostraba tan indulgente y misericordioso, pensó: «Le presentaré los hijos feos; tal vez les dé también su bendición». Y corriendo al heno, la paja, la estufa y demás lugares donde los había escondido, los hizo salir a todos. Y presentóse la cuadrilla de desharrapados, zafios, sucios, tiñosos y tiznados.

El Señor echóse a reír y, después de mirarlos, dijo:

—También a ellos los bendeciré.

E imponiendo las manos sobre el mayor, le dijo: «Tú serás campesino». Al segundo: «Tú, pescador». Al tercero: «Tú, herrero». Al cuarto: «Tú, curtidor». Al quinto: «Tú, tejedor». Al sexto: «Tú, zapatero». Al séptimo: «Tú, sastre». Al octavo: «Tú, alfarero». Al noveno: «Tú, carretero». Al décimo: «Tú, marinero». Al undécimo: «Tú, mensajero». Y al duodécimo: «Tú serás criado toda tu vida».

Al oírlo Eva, dijo:

—¡Señor! ¿Cómo repartes tus gracias de un modo tan desigual? Al fin y a la postre, todos son hijos míos. Deberías repartir tus favores por igual entre ellos.

Pero Dios le respondió:

—Eva, tú no entiendes de esto. Es a mí a quien concierne poblar el mundo entero con tus hijos. Y si los hago a todos príncipes y señores, ¿quién cultivará, trillará, molerá y amasará el grano? ¿Quién herrará, tejerá, trabajará la madera, edificará, cavará, cortará y coserá? Que cada uno desempeñe su cometido propio; que cada uno sostenga al otro, y todos se ayuden mutuamente, como los miembros del cuerpo.

Respondió Eva:

—¡Ah, Señor, perdóname por haberte replicado impertinentemente! Hágase también tu divina voluntad en mis hijos.

Los regalos de los gnomos

UN sastre y un orfebre que vagaban juntos por esos mundos oyeron un atardecer, cuando ya el sol se había ocultado tras los montes, los sones de una música lejana cada vez más distintos. Era una melodía extraña, pero tan alegre que les hizo olvidar su cansancio y apretar el paso.

La luna había salido ya cuando llegaron a una colina en la que vieron una multitud de hombres y mujeres diminutos que, cogidos de las manos, bailaban en corro y saltaban animadamente, con muestras de gran alegría y alborozo; y, mientras bailaban, cantaban dulcemente; ésta era la música que habían oído nuestros caminantes.

En el centro del círculo había un viejo, algo más alto que los demás, vestido con una casaca multicolor y de cuyo rostro colgaba una barba blanca que le cubría el pecho. Los dos amigos se detuvieron, asombrados, a contemplar la escena. El viejo, con una seña, los invitó a entrar en el círculo, y los enanillos abrieron el corro para dejarles paso.

El orfebre, que era jorobado y, como todos los jorobados, de natural decidido, entró sin titubeos, mientras el sastre, un tanto tímido, permaneció indeciso unos momentos; al fin, contagiado de la general alegría, cobró ánimos y entró también.

Volvió a cerrarse el círculo, y los enanos reanudaron el canto y el baile, brincando alocadamente. De pronto, el viejo desenvainó un gran cuchillo que llevaba pendiente del cinto y se puso a afilarlo, y cuando le pareció bastante afilado, miró a los forasteros.

Quedaron éstos helados de espanto; y, sin darles tiempo a pensar nada, el viejo agarró al orfebre y, con prodigiosa ligereza, le rapó el cabello y la barba; y lo mismo hizo luego con el sastre. Su miedo se disipó, sin embargo, cuando vieron que el viejo, terminada la operación, les daba unos

golpecitos amistosos en el hombro, como felicitándolos por lo bien que se habían portado al dejarse afeitar sin protestas.

Mostróles un montón de carbón que había a un lado y les indicó, con gestos, que se llenasen los bolsillos. Ambos obedecieron, aunque no veían de qué iba a servirles el carbón; luego siguieron su camino en busca de un cobijo para la noche.

Cuando llegaron al valle, la campana de un convento cercano daba las doce. Inmediatamente cesaron los cantos, todo desapareció, y la colina quedó silenciosa y solitaria iluminada por la luna.

Los dos vagabundos encontraron un albergue y, sin desvestirse, se tumbaron a dormir en un lecho de paja. Estaban tan cansados, que ni siquiera atinaron a sacarse el carbón de los bolsillos.

Un gran peso que les oprimía los miembros, los despertó más temprano que de costumbre. Metieron mano en los bolsillos, y no podían dar crédito a sus ojos al verlos llenos no de carbón, sino de oro puro; además, sus cabellos y barbas habían vuelto a crecer, más espesos que antes.

Y helos aquí convertidos en personajes ricos, sobre todo el orfebre que, codicioso por naturaleza, se había llenado los bolsillos el doble que el sastre. Pero un avaro, cuanto más tiene, más ambiciona, y así el orfebre propuso a su compañero pasar el día allí, y al anochecer volver a la colina a pedir nuevas riquezas al viejo.

El sastre se negó, diciendo:

—Yo tengo bastante y me doy por satisfecho. Ahora me convertiré en maestro del oficio, me casaré con mi prenda (así llamaba a su novia) y seré un hombre feliz.

Con todo, para no disgustar al orfebre, decidió quedarse allí aquel día.

Al atardecer, el orfebre se colgó del hombro un par de talegas para poder llevarse una buena carga, y reemprendió la subida a la colina.

Como la víspera, encontró en la cumbre a los gnomos entregados a sus cantos y danzas. Volvió a pelarlo el viejo y le hizo seña de coger carbón. Sin el menor titubeo, llenó las talegas y los bolsillos hasta reventar, regresó al lado de su amigo y se echó a dormir sin desnudarse. «Aunque el oro pese —se dijo—, aguantaré bien»; y se durmió, con la dulce esperanza de despertarse al día siguiente millonario.

Al abrir los ojos se incorporó rápidamente para examinar sus bolsillos; pero, con enorme asombro, no extrajo de ellos más que negro carbón, por mucho que miró y remiró.

—Aún me queda el oro de la noche anterior —dijo.

Y, al sacarlo, vio con terror que también se había vuelto a transformar en carbón.

Golpeóse la frente con las ennegrecidas manos, dándose cuenta de que tenía completamente rasuradas la cabeza y la barba. Pero aún no terminaron aquí sus tribulaciones, pues bien pronto notó que a la joroba de la espalda se había sumado otra segunda, más voluminosa aún, en el pecho. Entonces reconoció que todo aquello era el castigo a su codicia, y prorrumpió en amargo llanto.

Despertóse el buen sastre al ruido de sus lamentaciones y, prodigando al infeliz palabras de consuelo, acabó diciéndole:

—Fuiste mi compañero en mis tiempos de vida errante; te quedarás, pues, conmigo y compartirás mi riqueza.

Y cumplió su palabra. Pero el desdichado orfebre tuvo que arrastrar sus dos jorobas durante el resto de su vida y cubrirse la cabeza con una gorra.

El gigante y el sastre

A un sastre que era tan fanfarrón como mal pagador, metiósele en la mollera el ir a dar una vuelta por el bosque.

En cuanto le fue posible, abandonó su taller y se marchó,

por pueblo y aldehuela,
por puente y pasarela,
sin rumbo constante
y siempre adelante.

Desde lejos descubrió en la azul lejanía una escarpada montaña y, detrás, una torre altísima, que sobresalía de una espesa y tenebrosa selva.

—¡Diablos! —exclamó el sastre—. ¿Qué será aquello?

E impelido por una irrefrenable curiosidad, se dirigió al lugar con renovados bríos.

Pero ¡qué boca y qué ojos abrió cuando, al acercarse, vio que la torre tenía piernas y que, franqueando de un salto la abrupta montaña, plantóse ante él en figura de un terrible gigante!

—¿Qué buscas aquí, mosquito deleznable? —gritóle el monstruo con voz semejante a un fragoroso trueno.

Respondió, quedito, el sastre:

—Vine a dar una vuelta por el bosque, esperando poderme ganar en él un pedazo de pan.

—Si tienes tiempo —replicó el gigante—, puedes entrar a mi servicio.

—Si no hay otro remedio, ¿por qué no? ¿Qué salario me pagarás?

—¿Qué salario? Voy a decírtelo. Trescientos sesenta y cinco días al año, y cuando el año sea bisiesto, un día más. ¿Te parece bien?

—Por mí, está bien —respondió el sastre, mientras pensaba: «Hay que abrigarse según la manta. Ya buscaré el medio de escabullirme».

Mandóle luego el gigante:

—Anda, bribón, tráeme un jarro de agua.

—¿Y por qué no el pozo con la fuente? —preguntó el fanfarrón, alejándose con el jarro a buscar el agua.

—¿Qué dices? ¿El pozo con la fuente? —gruñó el gigante, que era mentecato y torpe; y comenzó a sentir miedo. «Este tío sabe más que asar manzanas; lleva un diablo en el cuerpo. ¡Cuidado, viejo, no es éste un criado para ti!».

Cuando el sastre volvió con el agua, ordenóle el gigante que cortase un par de troncos y los llevase a su casa.

—¿Por qué no el bosque entero de un hachazo,

el bosque entero,
sin dejar un madero
ni liso, ni esquinado,
ni recto, ni curvado?

—preguntó el sastrecillo, encaminándose a cortar la madera.

—¿Qué dices?

¿El bosque entero,
sin dejar un madero
ni liso, ni esquinado,
ni recto, ni curvado?

—¿Y luego el pozo con la fuente? —murmuró, en sus barbas, el crédulo gigante, sintiendo crecer su miedo. «Este tío sabe algo más que asar manzanas; lleva un diablo en el cuerpo. Cuidado, viejo, no es un criado para ti».

Cuando hubo terminado con la madera, mandóle su amo que cazase dos o tres jabalíes para la cena.

—¿Y por qué no mil de un solo tiro y todos los que corren por ahí? —preguntó, envalentonado, el sastre.

—¿Qué dices? —exclamó el gallina del gigante, aterrorizado—. Deja ya el trabajo por hoy, y vete a dormir.

Era tal el miedo del gigantón, que en toda la noche no pudo pegar un ojo, y se la pasó cavilando cómo se las compondría para sacudirse aquel brujo de criado.

El tiempo es buen consejero. A la mañana siguiente se fueron al borde de un pantano, a cuyo alrededor crecían numerosos sauces, y el gigante le dijo:

—Oye, sastre, siéntate sobre una de las varas de un sauce; me gustaría ver si eres capaz de doblarla.

¡Up!, de un salto consiguió el sastre llegar arriba y, aguantando la respiración, convirtióse en lo bastante pesado para inclinar la rama. Pero cuando no pudiendo resistir más, hubo de respirar de nuevo, y como fuera que no se le había ocurrido traerse una plancha en el bolsillo, salió disparado a tal altura, que se perdió de vista con gran contento del gigante.

Y si no ha caído aún, es que todavía está flotando por los aires.

El clavo

UN mercader había realizado buenos negocios en la feria. Vendidas todas sus mercancías, regresaba con el bolso bien repleto de oro y plata. Como quería estar en casa antes de que anocheciera, metió el dinero en su valija, atósela detrás de la silla y se puso en camino, montado en su caballo.

A mediodía se detuvo a descansar en una ciudad; se disponía a continuar su ruta cuando el mozo de la posada, al presentarle el caballo, le dijo:

—Señor, en el casco izquierdo de detrás falta un clavo a la herradura.

—No importa —respondió el comerciante—. El hierro aguantará las seis horas que quedan de viaje. Tengo prisa.

Por la tarde, tras otro descanso y un pienso al animal, entró el mozo en la sala y le dijo:

—Señor, vuestro caballo ha perdido la herradura del casco izquierdo de detrás. ¿Queréis que lo lleve al herrero?

—Déjalo —respondió el mercader—; el animal aguantará el par de horas que quedan hasta casa. Llevo prisa.

Y continuó. Mas, al poco rato, el caballo empezó a cojear, luego a tropezar y, por fin, se cayó y se rompió una pata.

El comerciante tuvo que abandonarlo en el camino, cargar con la valija y recorrer a pie el resto del trayecto, llegando a su casa muy avanzada ya la noche.

—¡De todo ha tenido la culpa un maldito clavo! —se dijo.

Apresúrate con calma.

El pobre niño en la tumba

ERASE un pobre zagal cuyos padres habían muerto, por lo que la autoridad confió su custodia a un hombre muy rico, encargándole que lo alimentase y educase.

Pero tanto el hombre como su mujer tenían corazones empedernidos, avaros y envidiosos a pesar de su riqueza, y no podían sufrir que alguien se llevase a la boca un pedazo de su pan. El pobre muchacho, con toda su buena voluntad, recibía muy poco de comer y muchos azotes.

Un día le encargaron que guardase la clueca con los pollitos, y el animal se extravió con los pequeños entre un seto; inmediatamente bajó disparado un azor, la apresó y volvió a remontarse con el animal en las garras.

El chiquillo prorrumpió a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Ladrón, ladrón, bandido!

Pero ¿de qué sirvieron sus gritos? El azor no le devolvió la clueca. Oyendo el hombre el ruido, acudió a toda prisa, y al ver que su gallina había desaparecido, encolerizóse y propinó al pequeño una paliza tal, que estuvo dos días sin poder moverse.

Entonces hubo de guardar los polluelos sin la madre, cosa más difícil todavía, pues continuamente se le escapaban y dispersaban. Ocurriósele que si los ataba todos con un cordel, el azor no podría robarle ninguno; pero el remedio resultó peor que la enfermedad.

A los dos o tres días, habiéndose quedado dormido a causa del mucho correr y del poco comer, bajó el ave de rapiña y agarró uno de los pollitos; pero como estaban todos atados entre sí, se llevó la pollada entera; se posó en un árbol y la devoró toda.

En aquel momento llegaba a casa el amo y, enfurecido al darse cuenta de la desgracia, dio tal azotaina al chiquillo que hubo de guardar cama

durante varios días.

Cuando se hubo repuesto, le dijo el campesino:

—Eres demasiado estúpido y no me sirves para guardián; tendrás que ser recadero.

Y lo mandó a llevar al juez un cesto de uvas y una carta.

Durante el camino, el hambre y la sed atormentaron de tal modo al rapaz, que se comió un par de racimos. Luego siguió con el cesto hasta la casa del juez el cual, después de leer la carta y contar las uvas, dijo:

—Faltan dos racimos.

El muchacho le confesó honradamente que se los había comido, espoleado por el hambre y la sed. El juez escribió, a su vez, una carta al campesino pidiéndole que le enviase otro cesto, y el mocito hubo de llevárselo también acompañado de una misiva.

Acuciado nuevamente por el hambre y la sed, no pudo resistir y se comió otros dos racimos; sin embargo, antes sacó la carta del cesto y, poniéndola debajo de una piedra, sentóse encima para que no lo viese ni pudiese descubrirlo.

Pero el juez lo interrogó acerca de los racimos que faltaban.

—¡Oh! —exclamó el niño—, ¿cómo lo habéis sabido? La carta no puede saberlo, ya que la puse debajo de una piedra mientras me comía las uvas.

El juez no pudo por menos de echarse a reír de tanta simpleza, y escribió al campesino advirtiéndole de su obligación de tratar mejor al pequeño y darle comida y bebida suficientes. Además, debía enseñarle a distinguir entre el bien y el mal.

—Ya te enseñaré yo la diferencia —dijo el despiadado campesino—; pero si quieres comer tendrás que trabajar; y si cometes alguna fechoría, a palos aprenderás a no repetirla.

Al día siguiente le señaló una dura labor: debería cortar unos haces de paja para pienso de los caballos. Y le dirigió la siguiente amenaza:

—Estaré de vuelta dentro de cinco horas; si para entonces no está la paja desmenuzada, te azotaré hasta que no puedas mover un solo miembro.

Y marchóse a la feria con su mujer, el mozo y la criada, dejando al pequeño por toda comida un mendrugo de pan.

Púsose el chiquillo a trabajar con todas sus fuerzas y, como el calor arreciara, se quitó la chaquetilla y la echó sobre la paja.

Temeroso de no terminar su tarea a tiempo, seguía cortando sin descanso y, en su celo, cortó también inadvertidamente la chaqueta, sin darse cuenta de la desgracia hasta que ya era demasiado tarde para repararla.

—¡Ay —exclamó—, ahora sí que estoy perdido! Este mal hombre no me ha amenazado en vano. Cuando vuelva y vea lo que he hecho, me matará de una paliza. Mejor es que yo mismo me quite la vida.

Un día oyó el chiquillo decir a la dueña: «Debajo de la cama tengo un puchero de veneno». Sin embargo, lo dijo sólo para ahuyentar a los glotones, pues lo que había en el cacharro era miel.

El muchachito se metió bajo la cama y, sacando el puchero, comióse todo su contenido. «No entiendo cómo la gente puede decir que la muerte es amarga —pensó—; yo la encuentro muy dulce. No es extraño que la dueña desee morirse tan a menudo».

Y, sentándose en una silla, dispúsose a esperar la muerte; sin embargo, en vez de debilitarse, sentíase fortalecido, gracias a aquella nutritiva comida. «No debía de ser veneno —pensó—. Ahora me acuerdo que el amo dijo una vez que guardaba en su armario una botella de veneno para las moscas; seguramente será veneno de verdad y me producirá la muerte».

Pero no era matamoscas, sino vino de Hungría. Sacó el muchacho la botella y se la bebió. «También esta muerte es dulce», dijo; pero el alcohol no tardó en producir su efecto, se le subió a la cabeza y lo aturdió; creyó que realmente se acercaba su fin. «Siento que voy a morir —dijo—; iré a buscarme una sepultura en el cementerio».

Y, tambaleándose, encaminóse al camposanto y se tendió dentro de una sepultura que acababan de excavar.

Los sentidos se le turbaban cada vez más, y resultó que en una posada de las cercanías estaban celebrando una boda, y cuando el chiquillo oyó la música, imaginó que se hallaba ya en el paraíso; hasta que, finalmente, perdió toda conciencia de las cosas.

La pobre criatura no volvió ya a despertarse; el ardor del vino y el frío relente de la noche le quitaron la vida, y allí se quedó, para siempre, en la

tumba que él mismo se había elegido.

Al enterarse el campesino de la muerte del muchachito, tuvo un gran susto, temiendo que debería comparecer ante la justicia; tan grande fue su espanto, que se desplomó sin sentido. Su mujer, que estaba en la cocina con una sartén llena de manteca, corrió a prestarle auxilio; pero, inflamándose la grasa, prendió fuego a la morada y, al cabo de pocas horas, todo quedaba reducido a un montón de cenizas.

Los años que les quedaron de vida fueron de pobreza y miseria, acosados por los remordimientos.

La novia verdadera

ERASE una vez una muchacha joven y hermosa. Era muy pequeñita cuando quedó huérfana de madre, y su madrastra la trataba con suma dureza. La niña ponía toda su buena voluntad y todas sus fuerzas en cualquier trabajo que le mandase la mujer, por duro que fuese; pero ni aun así lograba satisfacer a la malvada; siempre se mostraba ésta descontenta, nunca tenía bastante, y cuanto mayor era la diligencia de la pequeña, más carga le imponía. Sólo pensaba en cómo podría amargar la vida de la infeliz muchacha.

Un día le dijo:

—Ahí tienes doce libras de plumas; desbárbalas antes del anochecer; de lo contrario, recibirás una tanda de azotes. ¿Piensas que has de pasarte el día holgazaneando?

La pobre niña se puso a trabajar; pero las lágrimas le corrían por las mejillas, pues se daba cuenta de que no podía terminar la tarea en un día.

Colocaba ante sí un mantoncito de plumas y, al menor movimiento que hacía o al más leve suspiro que daba, todas echaban a volar y tenía que comenzar de nuevo.

Desesperada, apoyó los codos sobre la mesa y, ocultando la cara en las manos, exclamó:

—¡Dios mío! ¿No habrá nadie en el mundo que se apiade de mí?

Y he aquí que oyó una dulce voz que le decía:

—Consuélate, hijita, que yo vengo a ayudarte.

La niña alzó los ojos y vio a una anciana, que estaba de pie a su lado. La mujer le cogió cariñosamente la mano y le dijo:

—Confíame tu pena.

Como le hablaba tan cordialmente, la muchachita le contó su triste vida; cómo debía soportar carga tras carga, y no podía con los trabajos que le mandaban.

—Si esta noche no he terminado estas plumas, mi madrastra me pegará; me lo ha dicho y sé que cumplirá la promesa.

Y sus lágrimas volvieron a manar a raudales; pero la vieja le dijo:

—Tranquilízate, hija mía; échate a descansar y yo me encargaré del trabajo.

La niña se tendió en la cama, y al poco rato se quedó dormida.

La mujer se sentó a la mesa y se puso a desbarbar las plumas. ¡Era de ver cómo saltaban las barbas de los cañones, no bien las tocaban sus resecas manos!

Pronto estuvieron listas las doce libras; y cuando la niña se despertó, encontróse con grandes montones blancos como la nieve. Toda la habitación estaba limpia y despejada, pero la vieja había desaparecido.

La chiquilla dio gracias a Dios y aguardó sentada y en silencio la llegada de la noche.

Al entrar, la madrastra asombróse al ver la tarea terminada.

—¿Ves, lo que puede hacerse cuando se trabaja con aplicación? —le dijo—. Podías haber hecho más aún, en lugar de permanecer aquí mano sobre mano —al salir, dijo—. Esta moza sirve para algo más que para comer pan. Tendré que ponerle tareas más duras.

A la mañana siguiente llamó a la niña y le dijo:

—Ahí tienes una cuchara; con ella me vaciarás el estanque grande del lado del jardín, y si al anochecer no has terminado, ya sabes lo que te espera

La muchachita tomó la cuchara y vio que estaba agujereada; pero aunque no lo hubiese estado, jamás habría podido vaciar el estanque con ella.

Púsose inmediatamente a la faena, arrodillada al borde del agua, a la cual caían sus lágrimas, y vacía que vacía.

Volvió a presentarse la buena vieja y, al conocer el motivo de su pesar, le dijo:

—Cálmate, hijita mía, échate a dormir entre las matas, que yo haré el trabajo.

Cuando la mujer se quedó sola, tocó el agua con el dedo, y el líquido se elevó como vapor confundiéndose con las nubes, y poco a poco fue secándose el estanque.

Cuando, por la tarde, se despertó la niña y se acercó a la orilla, sólo vio los peces que coleteaban en el légamo. Fuese a la madrastra, y le anunció que la tarea estaba lista.

—Rato ha que debiste terminar —respondióle ésta, pálida de rabia; y se puso a cavilar nuevos medios para fastidiarla.

A la tercera mañana dijo a la muchacha:

—Vas a construirme en la llanura un hermoso palacio, y habrá de estar terminado al anochecer.

Asustada, exclamó la niña:

—¿Cómo queréis que haga tal cosa?

—¡No me repliques! —gritó la madrastra—. Si con una cuchara agujereada eres capaz de vaciar un estanque, también lo serás de edificar un palacio. Esta misma noche quiero alojarme en él, y si falta el menor detalle en la cocina o la bodega, ya sabes lo que te aguarda.

Y despachó a la chiquilla.

Al llegar ésta al valle, encontróse con un caos de rocas amontonadas; por más que se esforzó no logró mover ni la más pequeña, por lo que se sentó a llorar, aunque le quedaba la esperanza de que acudiera en su auxilio la anciana.

En efecto, la buena mujer no se hizo aguardar mucho rato; la tranquilizó de nuevo y le dijo:

—Tiéndete en la sombra, y duerme; lo haré yo. Y si te gusta, podrás vivir en él.

Cuando la niña se hubo marchado, la mujer tocó las grises rocas, las cuales pusiéronse en movimiento alineándose y se acoplaron como si unos gigantes hubiesen construido una muralla. Encima surgió el edificio, y habríase dicho que innúmeras manos invisibles trabajaban colocando piedra sobre piedra. Retumbaba el suelo, y grandes columnas se levantaban por sí mismas y se colocaban en el debido orden. En el tejado, las tejas se disponían también de la manera debida y, al mediodía, en el punto más alto

de la torre giraba una gran veleta, en forma de una doncella de oro, cuyas ropas ondeaban al viento.

El interior del palacio quedó listo al anochecer. Cómo se las compuso la vieja, yo no sabría decirlo; lo cierto es que las paredes de las salas estaban tapizadas de seda y terciopelo; sillas multicolores se alineaban en torno a las habitaciones; primorosos sillones rodeaban mesas de mármol, y arañas de límpido cristal colgaban de los techos, reflejándose en los bruñidos pavimentos; verdes papagayos ocupaban jaulas doradas, y otras aves exóticas cantaban deliciosamente; por doquier desplegábase una magnificencia digna de un rey.

Ocultábase el sol cuando se despertó la muchacha y vio relucir el brillo de mil lámparas. Corrió al palacio y entró por la puerta abierta; la escalera estaba alfombrada en rojo, y en la dorada balaustrada aparecían floridos árboles. Al contemplar la belleza de los salones, quedó extasiada. ¡Quién sabe el tiempo que habría permanecido allí, de no haberse acordado de la madrastra! «Ay —se dijo—, si al menos se diese por satisfecha y no me atormentara más!». Y fue a anunciarle que el palacio estaba terminado.

—En seguida voy —respondió la mujer levantándose.

Y cuando llegó al edificio tuvo que ponerse la mano ante los ojos, pues tanto resplandor la deslumbraba.

—¿Ves —dijo a la muchacha— qué fácil ha sido? Debía mandarte una cosa más difícil.

Y recorrió todos los aposentos, escudriñando todos los rincones por si faltaba algo o encontraba algún defecto; pero todo era perfecto.

—Ahora iremos al piso bajo —dijo a la muchacha echándole una mirada maligna—. Quedan por revisar la cocina y la bodega; y como te hayas olvidado de un solo detalle, no escaparás al castigo.

Pero el fuego ardía en el hogar; en los pucheros se cocían las viandas; las tenazas y la pala se hallaban en su sitio, y de las paredes colgaba la reluciente batería de latón. Nada faltaba, ni la carbonera, ni el cubo del agua.

—¿Dónde está la bodega? —preguntó—. ¡Como no esté bien provista de barriles de vino, vas a pasarla negra!

Levantó el escotillón y empezó a bajar la escalera; pero al segundo peldaño cayósele encima la pesada trampa, que sólo estaba entornada.

La niña oyó un grito y apresuróse a levantar la madera para correr en su auxilio; pero la mujer se había caído al fondo y estaba muerta.

Así, la muchacha se encontró única dueña del magnífico palacio.

Al principio, no podía creer en tanta dicha, pues los armarios estaban llenos de hermosos vestidos, y las arcas de oro y plata, piedras preciosas y perlas, y no había deseo que no pudiera satisfacer.

Pronto se extendió por el mundo la fama de su hermosura y riqueza, y empezaron a presentarse pretendientes. Ninguno era de su agrado, hasta que llegó un príncipe que supo conmover su corazón, y se prometió a él.

En el jardín del palacio había un verde tilo, a cuya sombra solían sentarse los dos enamorados, y un día le dijo él:

—Me marcho a casa a pedir el consentimiento de mi padre. Aguárdame bajo este tilo. Volveré dentro de pocas horas.

La muchacha, dándole un beso en la mejilla izquierda, le recomendó:

—Seme fiel y no dejes que nadie más te bese en esta mejilla. Te aguardaré bajo este tilo hasta que regreses.

Y la muchacha siguió sentada al pie del árbol hasta la puesta del sol; mas el príncipe no regresó.

Tres días estuvo aguardándolo en vano, de la mañana a la noche. Y el cuarto día, al ver que no regresaba, dijo:

—Seguramente le ha ocurrido alguna desgracia. Iré en su busca y no volveré hasta encontrarlo.

Envolvió tres de sus más bellos vestidos: uno, bordado con brillantes estrellas; el segundo, con argénteas lunas, y el tercero, con áureos soles; y, atando un puñado de piedras preciosas en un pañuelo, se puso en camino.

Preguntaba en todos los lugares por su prometido, pero nadie lo había visto ni sabía de él. Recorrió gran parte del mundo, sin hallarlo. Al fin, colocóse como pastora en casa de un labrador, y enterró sus ropas y piedras preciosas bajo una piedra. Y se puso a hacer vida de pastora, guardando los rebaños, siempre triste y pensando en su amado.

Una ternerita mansa acudía a comer en su mano, y cuando ella decía:

«Ternerilla, dobla la rodilla
y no olvides a tu pastorcilla,
como el príncipe olvidó
a la doncella que bajo el tilo lo esperó».

El animal se echaba a sus pies y se dejaba acariciar.

Llevaba ya dos años en esta existencia solitaria y melancólica, cuando corrió por el país el rumor de que la hija del Rey se disponía a celebrar su boda.

El camino de la ciudad pasaba por el pueblo donde residía nuestra muchacha, y sucedió que un día en que estaba apacentando su manada, acertó a pasar por allí su prometido.

Iba montado a caballo, con porte arrogante, y no la vio; pero ella reconoció al momento a su amado. Parecióle que un agudo cuchillo le partía el corazón.

—¡Ay! —exclamó—. Creía que me era fiel, pero me ha olvidado.

Al día siguiente, el príncipe recorrió el mismo camino. Cuando lo tuvo cerca, dijo la moza a la ternera:

«Ternerilla, dobla la rodilla

y no olvides a tu pastorcilla,
como el príncipe olvidó
a la doncella que bajo el tilo lo esperó».

Al oír él su voz, bajó la mirada y detuvo el caballo. Miró el rostro de la pastora y luego se llevó la mano a la frente, como esforzándose por recordar algo; pero en seguida reemprendió la marcha y desapareció.

—¡Ay! —suspiró ella—. Ni siquiera me conoce ya.

Y sintióse más triste que nunca.

Anunciόse para muy pronto una gran fiesta en palacio; debía durar tres días, y a ella fueron invitados todos los súbditos del Rey.

«Haré el último intento», pensó la muchacha; y, cuando llegó la primera noche, levantó la piedra bajo la cual guardaba sus tesoros, sacó el vestido de los soles de oro, se lo puso y se atavió con las piedras preciosas. Soltándose la cabellera que ocultaba bajo un pañuelo, desprendiéronse largos y magníficos bucles.

Entonces se encaminó a la ciudad y, como era noche cerrada, nadie la observó. Al penetrar en la sala, espléndidamente iluminada, todos los presentes le dejaron paso asombrados, sin que nadie la reconociera. El hijo del Rey salió a recibirla, bailó con ella y quedó tan prendado de su hermosura, que ni por un momento se acordó de su novia.

Al terminar la fiesta, desapareció la muchacha entre la multitud y regresó al pueblo, donde se vistió nuevamente de pastora.

A la noche siguiente púsose el vestido de las lunas de plata, y se adornó el cabello con una diadema de brillantes. Al presentarse en palacio, todas las miradas se concentraron en ella. El príncipe, embargado de amor, corrió a saludarla, bailó toda la noche con ella y no hizo caso de ninguna otra. Antes de marcharse, la obligó a prometerle que la tercera noche no faltaría a la fiesta.

Cuando se presentó por tercera vez llevaba el vestido de estrellas, que centelleaban a cada paso, y la diadema y el ceñidor eran estrellas de piedras preciosas. El príncipe llevaba largo rato aguardándola y se apresuró a salir a su encuentro.

—Dime quién eres —le preguntó—. Tengo la impresión de que te conozco desde hace mucho tiempo.

—¿No sabes qué hice cuando te despediste de mí? —respondióle ella.

Y, acercándosele, lo besó en la mejilla izquierda. Y en el mismo momento parecióle al príncipe que se le caía una venda de los ojos, y reconoció a su verdadera prometida.

—Ven —le dijo—, no tengo por qué seguir aquí.

Y tendiéndole la mano, la condujo al coche.

Como impelidos por el viento corrieron los caballos hasta llegar al palacio encantado, cuyas ventanas brillaban ya desde muy lejos. Al pasar por delante del tilo, lo vieron invadido de innúmeras luciérnagas que, sacudiendo las ramas, esparcían sus aromas. En la escalera aparecían abiertas las flores, y de las habitaciones llegaba el griterío de las aves exóticas; pero en la sala principal se hallaba reunida toda la Corte, y el sacerdote aguardaba para bendecir la unión de los dos enamorados.

El huso, la lanzadera y la aguja

ERASE una vez una muchacha que de muy niña había perdido a sus padres. En el extremo del pueblo vivía su madrina completamente sola, y se ganaba la vida hilando, tejiendo y cosiendo. La buena mujer se hizo cargo de la criatura abandonada, la enseñó a trabajar y la educó piadosamente.

Cuando la muchacha contaba quince años, enfermó la madrina y, llamando a su ahijada a la vera de su lecho, le dijo así:

—Hija mía, siento que se acerca mi fin; te dejo la casita, en la que encontrarás cobijo contra el viento y la intemperie, y el huso, la lanzadera y la aguja; con ellos podrás ganarte el pan.

Poniendo las manos sobre la cabeza de la muchacha, la bendijo y le dirigió estas últimas palabras:

—Guarda a Dios en tu corazón, y serás feliz.

Luego cerró los ojos, y cuando la condujeron a la sepultura, la niña siguió el féretro llorando y le rindió los postreros honores.

Desde entonces, la muchacha vivió sola en su casita, hilando, tejiendo y cosiendo laboriosamente; y en todo lo que hacía protegíala la bendición de la anciana. Habríase dicho que el lino de la habitación aumentaba por sí solo, y cuando tejía una tela o una alfombra, o cosía una camisa, en seguida salía un comprador que se las pagaba espléndidamente, gracias a lo cual la muchacha no sólo vivía sin privaciones, sino que incluso podía ayudar a otros más necesitados.

Por aquel tiempo, el hijo del Rey emprendió un viaje por el país en busca de novia. No podía elegir a una doncella pobre, y a una rica no la quería. Decía:

—Deseo por esposa a la que sea a la vez la más pobre y la más rica.

Cuando llegó al pueblo de nuestra muchacha preguntó, como solía hacer en todas partes, quién era la persona más rica y más pobre del lugar. Primero le citaron a la más rica, y luego le dijeron que la más pobre era la muchacha de la casita situada en el extremo del pueblo.

La rica estaba sentada a la puerta, luciendo todos sus atavíos y, al acercarse el príncipe, se levantó, salió a su encuentro y le hizo una reverencia. Miróla él y, sin decir palabra, prosiguió su camino.

Llegado que hubo a la casa de la pobre, no estaba ésta en la puerta, sino en su cuartito. El príncipe detuvo su caballo y, mirando por la ventana, iluminada por los claros rayos del sol, vio a la muchacha sentada a la rueca hilando laboriosamente.

Levantó la mirada y, al darse cuenta de que el hijo del Rey la estaba observando, sonrojóse intensamente; volviendo a bajar la vista, siguió rulando. No sabría decir si el hilo le salió como debía; pero lo cierto es que siguió sin interrumpirse hasta que el príncipe se hubo retirado.

Fue entonces a la ventana y, abriéndola, dijo:

—¡Qué calor hace aquí dentro!

Y lo siguió con la mirada hasta que desaparecieron las blancas plumas de su sombrero.

Luego volvió a sentarse a la rueca y reemprendió su labor.

Pero le vino a la memoria un estribillo que la vieja solía repetir mientras hilaba, y se puso a cantarlo:

«Huso, huso, sal de casa diligente
y ve a buscar al pretendiente».

¿Qué sucedió? Pues que el huso le saltó en el acto de la mano y se escapó por la puerta; y cuando la doncella, asombrada, asomóse para averiguar qué se había hecho de él, lo vio danzando alegremente por el campo, dejando tras de sí una brillante hebra dorada. A los pocos momentos había desaparecido de su vista.

La muchacha, como no tenía ningún otro huso, cogió la lanzadera y se puso a tejer.

Mientras tanto, el huso seguía saltando, hasta que alcanzó al príncipe, justamente cuando se terminaba el hilo.

—¿Qué es lo que veo? —exclamó el joven—. Sin duda este huso quiere llevarme a algún sitio.

Y, volviendo grupas, siguió el hilo de oro.

La muchacha continuaba en su trabajo y se le ocurrió cantar:

«Lanzaderita, teje sin ceder
y al pretendiente me vas a traer».

Y en seguida, saltándole la lanzadera de la mano, traspasó la puerta y se puso en el umbral a tejer una alfombra, hermosa como no se ha visto otra igual. En los bordes florecían rosas y lirios, y en el centro, bajo un fondo de oro, se enredaban verdes pámpanos, entre los cuales asomaban la cabecita liebres y conejos, ciervos y corzos, mientras en las ramas se posaban innúmeras avecillas multicolores, tan a lo vivo, que sólo les faltaba cantar. La lanzadera saltaba rápidamente de un lado a otro, la alfombra crecía a ojos vistas.

Ya que se le había escapado la lanzadera, la muchacha se puso a coser y, manejando la aguja, cantó:

«Agujita, tan fina y afilada,
haz que halle el novio la casa adornada».

Y he aquí que la aguja, desprendiéndose de sus dedos, empezó a volar por la habitación, rápida como una centella. No parecía sino que la manejasen espíritus invisibles; en pocos momentos, la mesa y los bancos quedaron tapizados de tela verde; las sillas, de terciopelo; y cortinas de seda colgaron de las ventanas.

Apenas la aguja había dado la última puntada, la muchacha vio, a través de la ventana, las blancas plumas del sombrero del príncipe, que volvía guiado por la dorada hebra del huso.

Apeóse y franqueó la puerta, pisando la alfombra; y al entrar en el aposento encontróse con la doncella en su humilde vestido, pero encendida

como rosa en el rosal.

—Tú eres la más pobre y, a la vez, la más rica —le dijo—. Vente conmigo; serás mi prometida.

Ella le alargó la mano sin decir palabra. El príncipe la besó, la montó a grupas de su caballo y se encaminó al palacio real, donde se celebró la boda con inusitado regocijo.

El huso, la lanzadera y la aguja fueron guardados, con todos los honores, en la cámara del tesoro.

El labrador y el diablo

ERASE una vez un labradorzuelo tan listo como astuto, de cuyas tretas podrían contarse no pocas historias, aunque la más graciosa de todas es la burla y mala pasada que le hizo al diablo.

Un día en que el campesino había terminado su labor y se disponía a regresar a su casa a la hora del crepúsculo vio, en medio del campo, un montón de carbones encendidos. Acercóse muy extrañado y vio a un negro diablillo que estaba sentado encima.

—¿Estás sentado sobre un tesoro? —preguntóle el labrador.

—Sí —respondió el diablo—. Sobre un tesoro en el que hay más oro y plata del que jamás viste en tu vida.

—El tesoro está en mi campo y, por tanto, me pertenece —dijo el labrador.

—Tuyo será —replicó el diablo— si durante dos años te comprometes a darme la mitad de lo que produzca tu campo. Dinero me sobra, pero me gustan los frutos de la tierra.

El campesino aceptó el trato, con una objeción:

—Para que no haya peleas a la hora de repartir, tú te quedarás con lo que haya sobre el suelo, y yo con lo que haya debajo.

Parecióle bien al diablo, sin saber que el astuto labrador había sembrado nabos.

Cuando llegó el tiempo de la cosecha presentóse el diablo para llevarse su parte; pero sólo encontró marchitas hojas amarillas, mientras el labrador, alegre y satisfecho, se quedaba con los nabos

—Esta vez has llevado ventaja —protestó el diablo—, pero a la próxima no te valdrá. Será tuyo lo que crezca encima del suelo, y mío lo que haya debajo.

—Conforme —dijo el campesino.

Pero a la hora de la siembra no plantó nabos, como la vez anterior, sino trigo.

Ya maduro el cereal, el hombre se fue al campo y segó los tallos a ras del suelo, y cuando se presentó el diablo, al no encontrar más que rastrojos, enfurecido se precipitó por un despeñadero.

—Así se caza a los zorros —dijo el campesino mientras se llevaba el tesoro.

Las migajas de la mesa

DIJO un día el gallo a sus polluelos:

—Vamos corriendo al cuarto de arriba a picotear las migas de la mesa; el ama se ha marchado de visita.

Pero los pollitos replicaron:

—¡No, no, no vamos! Ya sabes que siempre andamos a la greña con el ama.

—No sabrá nada —insistió el gallo—. ¡Ala, venid conmigo! Nunca nos da nada bueno.

Los polluelos se mantuvieron en sus trece:

—¡Que no y que no! No subiremos.

Sin embargo, el crestarroja no los dejó en paz hasta conseguir sus propósitos y, subiéndose a la mesa, pusiéronse a comer las migas a toda velocidad.

Pero he aquí que se presentó de súbito la dueña y, agarrando una estaca, enredóse a palos con toda la pollada.

Una vez reunidos de nuevo frente a la casa, los polluelos dijeron al gallo:

—¡Ta-ta-ta-tal como habíamos dicho!

El gallo se echó a reír y respondió:

—¡Qui-qui-qui-quitaros de aquí!

Y se fueron.

El lebrato marino

VIVÍA cierta vez una princesa que tenía en el piso más alto de su palacio un salón con doce ventanas, abiertas a todos los puntos del horizonte, desde las cuales podía ver todos los rincones de su reino.

Desde la primera, veía más claramente que las demás personas; desde la segunda, mejor todavía, y así sucesivamente, hasta la duodécima, desde la cual no se le escapaba nada de cuanto había y sucedía en sus dominios, en la superficie o bajo tierra.

Como era en extremo soberbia y no quería someterse a nadie, sino conservar el poder para sí sola, mandó pregonar que se casaría con el hombre que fuese capaz de ocultarse de tal manera que ella no pudiese descubrirlo. Pero aquel que se arriesgase a la prueba y perdiese, sería decapitado y su cabeza clavada en un poste.

Ante el palacio levantábanse ya noventa y siete postes, rematados por otras tantas cabezas, y pasó mucho tiempo sin que aparecieran más pretendientes. La princesa, satisfecha, pensaba: «Permaneceré libre toda la vida».

Pero he aquí que comparecieron tres hermanos dispuestos a probar suerte. El mayor creyó estar seguro metiéndose en una poza de cal, pero la princesa lo descubrió ya desde la primera ventana y ordenó que lo sacaran del escondrijo y lo decapitasen. El segundo se deslizó a las bodegas del palacio, pero también fue descubierto desde la misma ventana, y su cabeza ocupó el poste número noventa y nueve.

Presentóse entonces el menor ante Su Alteza, y le rogó le concediese un día de tiempo para reflexionar y, además, la gracia de repetir la prueba por tres veces; si a la tercera fracasaba, renunciaría a la vida.

Como era muy guapo y lo solicitó con tanto ahínco, díjole la princesa:

—Bien, te lo concedo; pero no te saldrás con la tuya.

Se pasó el mozo la mayor parte del día siguiente pensando el modo de esconderse, pero en vano.

Cogiendo entonces una escopeta, salió de caza, vio un cuervo y le apuntó; y cuando se disponía a disparar, gritóle el animal:

—¡No dispares, te lo recompensaré!

Bajó el muchacho el arma y se encaminó al borde de un lago, donde sorprendió un gran pez que había subido del fondo a la superficie.

Al apuntarle, exclamó el pez:

—¡No dispares, te lo recompensaré!

Perdonóle la vida y continuó su camino, hasta que se topó con una zorra que iba cojeando. Disparó contra ella, pero erró el tiro; y entonces le dijo el animal:

—Mejor será que me saques la espina de la pata.

Él lo hizo así, aunque con intención de matar la raposa y despellejarla; pero el animal dijo:

—Suéltame y te lo recompensaré.

El joven la puso en libertad y, como ya anochecía, regresó a casa.

El día siguiente había de ocultarse; pero por mucho que se quebró la cabeza, no halló ningún sitio a propósito.

Fue al bosque, al encuentro del cuervo, y le dijo:

—Ayer te perdoné la vida; dime ahora dónde debo esconderme para que la princesa no me descubra.

Bajó el ave la cabeza y estuvo pensando largo rato hasta que, al fin, graznó:

—¡Ya lo tengo!

Trajo un huevo de su nido, partiólo en dos y metió al mozo dentro; luego volvió a unir las dos mitades y se sentó encima.

Cuando la princesa se asomó a la primera ventana no pudo descubrirlo, y tampoco desde la segunda; empezaba ya a preocuparse cuando, al fin, lo vio desde la undécima. Mandó matar al cuervo de un tiro y traer el huevo; y, al romperlo, apareció el muchacho.

—Te perdono por esta vez; pero como no lo hagas mejor estás perdido.

Al día siguiente se fue el mozo al borde del lago y, llamando al pez, le dijo:

—Te perdoné la vida; ahora indícame dónde debo ocultarme para que la princesa no me vea.

Reflexionó el pez un rato y, al fin, exclamó:

—¡Ya lo tengo! Te encerraré en mi vientre.

Y se lo tragó, y bajó a lo más hondo del lago.

La hija del Rey miró por las ventanas sin lograr descubrirlo desde las once primeras, con la angustia consiguiente; pero desde la duodécima lo vio. Mandó pescar al pez y matarlo y, al abrirlo, salió el joven de su vientre. Fácil es imaginar el disgusto que se llevó.

Ella le dijo:

—Por segunda vez te perdono la vida, pero tu cabeza adornará, irremisiblemente, el poste número cien.

El último día, el mozo se fue al campo descorazonado y se encontró con la zorra.

—Tú que sabes todos los escondrijos —díjole— aconséjame, ya que te perdoné la vida, dónde debo ocultarme para que la princesa no me descubra.

—Difícil es —respondió la zorra poniendo cara de preocupación; pero, al fin, exclamó—. ¡Ya lo tengo!

Fuese con él a una fuente y, sumergiéndose en ella, volvió a salir en figura de tratante en ganado. Luego hubo de sumergirse, a su vez, el muchacho, reapareciendo transformado en lebrato de mar.

El mercader fue a la ciudad, donde exhibió el gracioso animalito, reuniéndose mucha gente a verlo. Al fin, bajó también la princesa y, prendada de él, lo compró al comerciante por una buena cantidad de dinero.

Antes de entregárselo, dijo el tratante al lebrato:

—Cuando la princesa vaya a la ventana, escóndete bajo la cola de su vestido.

Al llegar la hora de buscarlo, asomóse la joven a todas las ventanas, una tras otra, sin poder descubrirlo; y al ver que tampoco desde la duodécima lograba dar con él, entróle tal miedo y furor que, a golpes, rompió en mil

pedazos los cristales de todas las ventanas, haciendo retemblar todo el palacio.

Al retirarse y encontrar el lebrato debajo de su cola, lo cogió y, arrojándolo al suelo, exclamó:

—¡Quítate de mi vista!

El animal se fue al encuentro del mercader y, juntos, volvieron a la fuente. Se sumergieron de nuevo en las aguas y recuperaron sus figuras propias.

El mozo dio gracias a la zorra, diciéndole:

—El cuervo y el pez son unos aprendices, comparados contigo. No cabe duda de que tú eres el más astuto.

Luego se presentó en palacio, donde la princesa lo aguardaba ya resignada a su suerte. Celebróse la boda, y el joven convirtióse en rey y señor de todo el país.

Nunca quiso revelarle dónde se había ocultado la tercera vez ni quien le había ayudado, por lo que ella vivió en la creencia de que todo había sido fruto de su habilidad y, por ello, le tuvo siempre en gran respeto ya que pensaba: «Éste es más listo que yo».

El tambor

UN anochecer caminaba un joven tambor por el campo completamente solo y, al llegar a la orilla de un lago, vio tendidas en ellas tres diminutas prendas de ropa blanca. «¡Vaya unas prendas bonitas!», se dijo, y se guardó una en el bolsillo.

Al llegar a su casa, metióse en la cama, sin acordarse ni por un momento de su hallazgo. Pero cuando estaba a punto de dormirse, parecióle que alguien pronunciaba su nombre. Aguzó el oído y pudo percibir una voz dulce y suave que le decía:

—¡Tambor, tambor, despierta!

Como era noche oscura, no pudo ver a nadie; pero tuvo la impresión de que una figura se movía delante de su cama.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Devuélveme mi camisita —respondió la voz—; la que me quitaste anoche junto al lago.

—Te la daré si me dices quién eres —respondió el tambor.

—¡Ah! —clamó la voz—. Soy la hija de un poderoso rey; pero caí en poder de una bruja y vivo desterrada en la montaña de cristal. Todos los días, mis dos hermanas y yo hemos de ir a bañarnos al lago; pero sin mi camisita no puedo reemprender el vuelo. Mis hermanas se marcharon ya; pero yo tuve que quedarme. Devuélveme la camisita, te lo ruego.

—Tranquilízate, pobre niña —dijo el tambor—. Te la daré con mucho gusto.

Y, sacándosela del bolsillo, se la alargó en la oscuridad. Cogióla ella y se dispuso a retirarse.

—Aguarda un momento —dijo el muchacho—. Tal vez pueda yo ayudarte.

—Sólo podrías hacerlo subiendo a la cumbre de la montaña de cristal y arrancándome del poder de la bruja. Pero a la montaña no podrás llegar; aún suponiendo que llegaras al pie, jamás lograrías escalar la cumbre.

—Para mí, querer es poder —dijo el tambor—. Me inspiras lástima, y yo no le temo a nada. Pero no sé el camino que conduce a la montaña.

—El camino atraviesa el gran bosque poblado de ogros —respondió la muchacha—. Es cuanto puedo decirte.

Y la oyó alejarse.

Al clarear el día púsose el soldadito en camino. Con el tambor colgado del hombro adentróse sin miedo en la selva y, viendo al cabo de buen rato de caminar por ella que no aparecía ningún gigante, pensó: «Será cosa de despertar a esos dormilones».

Puso el tambor en posición y empezó a redoblarlo tan vigorosamente, que las aves remontaron el vuelo con gran algarabía.

Poco después se levantaba un gigante, tan alto como un pino, que había estado durmiendo sobre la hierba.

—¡Renacuajo! —le gritó—, ¿cómo se te ocurre meter tanto ruido y despertarme del mejor de los sueños?

—Toco —respondió el tambor— para indicar el camino a los muchos millares que me siguen.

—¿Y qué vienen a buscar a la selva? —preguntó el gigante.

—Quieren exterminaros y limpiar el bosque de las alimañas de tu especie.

—¡Vaya! —exclamó el monstruo—. Os mataré a pisotones, como si fueseis hormigas.

—¿Crees que podrás con nosotros? —replicó el tambor—. Cuando te agaches para coger a uno, se te escapará y se ocultará; y en cuanto te eches a dormir, saldrán todos de los matorrales y se te subirán encima. Llevan en el cinto un martillo de hierro y te partirán el cráneo.

Preocupóse el gigante y pensó: «Si no procuro entenderme con esta gentecilla astuta, a lo mejor salgo perdiendo. A los osos y los lobos les aprieto el gaznate; pero ante los gusanillos de la tierra estoy indefenso».

—Oye, pequeño —prosiguió en alta voz—, retírate y te prometo que en adelante os dejaré en paz a ti y a los tuyos; además, si tienes algún deseo

que satisfacer, dímelo y te ayudaré.

—Tienes largas piernas —dijo el tambor— y puedes correr más que yo. Si te comprometes a llevarme a la montaña de cristal, tocaré señal de retirada, y por esta vez los míos te dejarán en paz.

—Ven, gusano —respondió el gigante—, súbete en mi hombro y te llevaré adonde quieras.

Levantólo y, desde la altura, nuestro soldado se puso a redoblar con todas sus fuerzas. Pensó el gigante: «Debe de ser la señal de que se retiren los otros».

Al cabo de un rato salióles al encuentro un segundo gigante que, cogiendo al tamborcillo, se lo puso en el ojal. El soldado se agarró al botón, que era tan grande como un plato, y se puso a mirar alegremente en derredor.

Luego se toparon con un tercero, el cual sacó al hombrecillo del ojal y se lo colocó en el ala del sombrero; y ahí tenemos a nuestro soldado paseando por encima de los pinos.

Divisó a lo lejos una montaña azul y pensó: «Ésa debe de ser la montaña de cristal»; y, en efecto, lo era.

El gigante dio unos cuantos pasos y llegaron al pie del monte, donde se apeó el tambor. Ya en tierra, pidió al grandullón que lo llevase a la cumbre; pero el grandullón sacudió la cabeza y, refunfuñando algo entre dientes, regresó al bosque.

Y ahí tenemos al pobre tambor ante la montaña, tan alta como si hubiesen puesto tres, una encima de otra, y además lisa como un espejo. ¿Cómo arreglárselas?

Intentó la escalada, pero en vano; resbalaba cada vez. «¡Quién tuviese alas!» suspiró; pero de nada sirvió desearlo; las alas no le crecieron.

Mientras estaba perplejo sin saber qué hacer, vio a poca distancia dos hombres que disputaban acaloradamente. Acercándose a ellos, se enteró de que el motivo de la riña era una silla de montar colocada en el suelo y que cada uno quería para sí.

—¡Qué necios sois! —díjoles—. Os peleáis por una silla y ni siquiera tenéis caballo.

—Es que la silla merece la pena —respondió uno de los hombres—. Quien se sube en ella y manifiesta el deseo de trasladarse adonde sea, aunque se trate del fin del mundo, en un instante se encuentra en el lugar pedido. La silla es de los dos, y ahora me toca a mí montarla, pero éste se opone.

—Yo arreglaré la cuestión —dijo el tambor.

Se alejó a cierta distancia y clavó un palo blanco en el suelo. Luego volvió a los hombres y dijo:

—El palo es la meta; el que primero llegue a ella, ése montará antes que el otro.

Emprendieron los dos la carrera, y en cuanto se hubieron alejado un trecho, nuestro mozo se subió en la silla y, expresando el deseo de ser transportado a la cumbre de la montaña de cristal, encontróse en ella en un abrir y cerrar de ojos.

La cima era una meseta, en la cual se levantaba una vieja casa de piedra; delante de la casa se extendía un gran estanque y detrás quedaba un grande y tenebroso bosque. No vio seres humanos ni animales; reinaba allí un silencio absoluto, interrumpido solamente por el rumor del viento entre los árboles; y las nubes se deslizaban raudas, a muy poca altura, sobre su cabeza.

Se acercó a la puerta y llamó. A la tercera llamada se presentó a abrir una vieja de cara muy morena y ojos encarnados; llevaba anteojos cabalgando sobre su larga nariz y, mirándolo con expresión escrutadora, le preguntó qué deseaba.

—Entrada, comida y cama —respondió el tambor.

—Lo tendrás —replicó la vieja— si te avienes antes a hacer tres trabajos.

—¿Por qué no? —dijo él—. No me asusta ningún trabajo por duro que sea.

Franqueóle la mujer el paso, le dio de comer y, al llegar la noche, una cama.

Por la mañana, cuando ya estaba descansado, la vieja se sacó un dedal del esmirriado dedo, se lo dio y le dijo:

—Ahora, a trabajar. Con este dedal tendrás que vaciarme todo el estanque; debes terminar antes del anochecer, clasificando y disponiendo por grupos todos los peces que contiene.

—¡Vaya un trabajo raro! —dijo el tambor, y se fue al estanque para vaciarlo.

Estuvo trabajando toda la mañana; pero ¿qué puede hacerse con un dedal ante tanta agua, aunque estuviera uno vaciando durante mil años?

A mediodía pensó: «Es inútil; lo mismo da que trabaje como que lo deje», y se sentó a la orilla.

Vino entonces de la casa una muchacha y, dejando a su lado un cestito con la comida, le dijo:

—¿Qué ocurre, pues te veo muy triste?

Alzando él la mirada, vio que la doncella era hermosísima.

—¡Ay! —le respondió—. Si no puedo hacer el primer trabajo, ¿cómo serán los otros? Vine para redimir a una princesa que debe habitar aquí; pero no la he encontrado. Continuaré mi ruta.

—Quédate —le dijo la muchacha—, yo te sacaré del apuro. Estás cansado; reclina la cabeza sobre mi regazo y duerme. Cuando despiertes, la labor estará terminada.

El tambor no se lo hizo repetir y, en cuanto se le cerraron los ojos, la doncella dio la vuelta a una sortija mágica y pronunció las siguientes palabras:

—Agua, sube. Peces, afuera.

Inmediatamente subió el agua, semejante a una blanca niebla, y se mezcló con las nubes, mientras los peces coleteaban y saltaban a la orilla colocándose unos al lado de otros, distribuidos por especies y tamaños.

Al despertarse, el tambor comprobó, asombrado, que ya estaba hecho todo el trabajo. Pero la muchacha le dijo:

—Uno de los peces no está con los suyos, sino solo. Cuando la vieja venga esta noche a comprobar si está listo el trabajo que te encargó, te preguntará: «¿Qué hace este pez aquí solo?». Tíraselo entonces a la cara, diciéndole: «¡Es para ti, vieja bruja!».

Presentóse la mujer a la hora del crepúsculo y, al hacerle la pregunta, el tambor le arrojó el pez a la cara. Simuló ella no haberlo notado y nada dijo;

pero de sus ojos escapóse una mirada maligna.

A la mañana siguiente lo llamó de nuevo:

—Ayer te saliste fácilmente con la tuya; pero hoy será más difícil. Has de talarme todo el bosque, partir los troncos y disponerlos en montones; y debe quedar terminado al anochecer.

Y le dio un hacha, una maza y una cuña; pero la primera era de plomo, y las otras, de hojalata.

A los primeros golpes, las herramientas se embotaron y aplastaron, dejándolo desarmado.

Hacia mediodía, volvió la muchacha con la comida y lo consoló:

—Descansa la cabeza en mi regazo y duerme; cuando te despiertes, el trabajo estará hecho.

Dio vuelta al anillo milagroso y, en un instante, desplomóse el bosque entero con gran estruendo, partiéndose la madera por sí sola y estibándose en montones; parecía como si gigantes invisibles efectuasen la labor.

Cuando se despertó, díjole la doncella:

—¿Ves? La madera está partida y amontonada; sólo queda suelta una rama; cuando esta noche te pregunte la vieja por qué, le das un estacazo con la rama y le respondes: «¡Esto es para ti, vieja bruja!».

Vino la vieja:

—¿Ves —le dijo— qué fácil resultó el trabajo? Pero ¿qué hace ahí esa rama?

—¡Es para ti, vieja bruja! —respondióle el mozo, dándole un golpe con ella.

La mujer hizo como si no lo sintiera y, con una risa burlona, le dijo:

—Mañana harás un montón de toda esta leña, le prenderás fuego y habrá de consumirse completamente.

Levantóse el tambor a las primeras luces del alba para acarrear la leña; pero ¿cómo podía un hombre solo transportar todo un bosque? El trabajo no adelantaba.

Pero la muchacha no lo abandonó en su cuita; trájole a mediodía la comida y, después que la hubo tomado, sentóse con la cabeza en su regazo y se quedó dormido.

Cuando se despertó, ardía toda la pira en llamas altísimas, cuyas lenguas llegaban al cielo.

—Escúchame —le dijo la doncella—; cuando venga la bruja, te mandará mil cosas; haz, sin temor, cuanto te ordene; sólo así no podrá nada contigo; pero si tienes miedo, serás víctima del fuego. Finalmente, cuando ya lo hayas realizado todo, la agarras con ambas manos y la arrojas a la hoguera.

Marchóse la muchacha y, a poco, presentóse la vieja:

—¡Uy, qué frío tengo! —exclamó—. Pero ahí arde un fuego que me calentará mis viejos huesos. ¡Qué bien! Allí veo un tarugo que no quema; sácalo. Si lo haces, quedarás libre y podrás marcharte adonde quieras. ¡Ala, adentro sin miedo!

El tambor no se lo pensó mucho y saltó en medio de las llamas; pero éstas no lo quemaron, ni siquiera le chamuscaron el cabello.

Cogió el tarugo y lo sacó de la pira. Mas apenas la madera hubo tocado el suelo, transformóse, y nuestro mozo vio de pie ante él a la hermosa doncella que le había ayudado en los momentos difíciles. Y por los vestidos de seda y oro que llevaba, comprendió que se trataba de la princesa.

La vieja prorrumpió en una carcajada diabólica y dijo:

—Piensas que ya es tuya; pero no lo es todavía.

Y se disponía a lanzarse sobre la doncella para llevársela; pero él agarró a la bruja con ambas manos, levantóla en el aire y la arrojó entre las llamas, que en seguida se cerraron sobre ella como ávidas de devorar a la hechicera.

La princesa se quedó mirando al tambor y, al ver que era un mozo gallardo y apuesto, y pensando que se había jugado la vida para redimirla, alargándole la mano le dijo:

—Te has expuesto por mí; ahora, yo lo haré por ti. Si me prometes fidelidad, serás mi esposo. No nos faltarán riquezas; tendremos bastantes con las que la bruja ha reunido aquí.

Condújolo a la casa, donde encontraron cajas y cajones repletos de sus tesoros. Dejaron el oro y la plata, y se llevaron únicamente las piedras preciosas.

No queriendo permanecer por más tiempo en la montaña de cristal, dijo el tambor a la princesa:

—Siéntate en mi silla y bajaremos volando como aves.

—No me gusta esta vieja silla —respondió ella—. Sólo con dar vuelta a mi anillo mágico estamos en casa.

—Bien —asintió él—; entonces, pide que nos sitúe en la puerta de la ciudad.

Estuvieron en ella en un santiamén, y el tambor dijo:

—Antes quiero ir a ver a mis padres y darles la noticia. Aguárdame tú aquí en el campo; no tardaré en regresar.

—¡Ay! —exclamó la doncella—. Ve con mucho cuidado; cuando llegues a casa, no beses a tus padres en la mejilla derecha; si lo hicieses, te olvidarías de todo, y yo me quedaría sola y abandonada en el campo.

—¿Cómo es posible que te olvide? —contestó él.

Y le prometió estar muy pronto de vuelta.

Cuando llegó a la casa paterna, nadie lo conoció. ¡Tanto había cambiado! Pues resulta que los tres días que pasara en la montaña habían sido, en realidad, tres largos años.

Diose a conocer, y sus padres se le arrojaron al cuello locos de alegría; y estaba el mozo tan emocionado que, sin acordarse de la recomendación de su prometida, los besó en las dos mejillas, y en el momento en que estampó el beso en la mejilla derecha, borrósele por completo de la memoria todo lo referente a la princesa.

Vaciándose los bolsillos, puso sobre la mesa puñados de piedras preciosas, tantas que los padres no sabían qué hacer con tanta riqueza.

El padre edificó un magnífico castillo rodeado de jardines, bosques y prados, como si se destinara a la residencia de un príncipe.

Cuando estuvo terminado, dijo la madre:

—He elegido una novia para ti; dentro de tres días celebraremos la boda.

El hijo se mostró conforme con todo lo que quisieron sus padres.

La pobre princesa estuvo aguardando largo tiempo a la entrada de la ciudad la vuelta de su prometido. Al anochecer, dijo:

—Seguramente ha besado a sus padres en la mejilla derecha, y me ha olvidado.

Llenóse su corazón de tristeza y pidió volver a la solitaria casita del bosque, lejos de la Corte de su padre.

Todas las noches volvía a la ciudad y pasaba por delante de la casa del joven; él la vio muchas veces, pero no la reconoció.

Al fin, oyó que la gente decía:

—Mañana se celebra su boda.

«Intentaré recobrar su corazón», pensó ella. Y el primer día de la fiesta, dando vuelta al anillo mágico, dijo:

—Quiero un vestido reluciente como el sol.

En seguida tuvo el vestido en sus manos; y su brillo era tal, que parecía tejido de puros rayos.

Cuando todos los invitados se hallaban reunidos, entró ella en la sala. Todos los presentes se admiraron al contemplar un vestido tan magnífico; pero la más admirada fue la novia, cuyo mayor deseo era el conseguir aquellos atavíos. Se dirigió, pues, a la desconocida y le preguntó si quería venderlo.

—No por dinero —respondió ella—; pero os lo daré si me permitís pasar la noche ante la puerta de la habitación del novio.

La novia, con el afán de poseer la prenda, accedió; pero mezcló un somnífero en el vino que sirvióse al novio, por lo que éste quedó sumido en profundo sueño.

Cuando ya reinó el silencio en todo el palacio la princesa, pegándose a la puerta del aposento y entreabriéndola, dijo en voz alta:

«Tambor mío, escucha mis palabras.
¿Te olvidaste de tu amada,
la de la montaña encantada?
¿De la bruja no te salvé, mi vida?
¿No me juraste fidelidad rendida?
Tambor mío, escucha mis palabras».

Pero todo fue en vano; el tambor no se despertó y, al llegar la mañana, la princesa hubo de retirarse sin haber conseguido su propósito.

Al atardecer del segundo día, volvió a hacer girar el anillo y dijo:

—Quiero un vestido plateado como la luna.

Y cuando se presentó en la fiesta en su nuevo vestido, que competía con la luna en suavidad y delicadeza, despertó de nuevo la codicia de la novia, logrando también su conformidad de que pasase la segunda noche ante la puerta del dormitorio.

Y, en medio del silencio nocturno, volvió a exclamar:

«Tambor mío, escucha mis palabras.
¿Te olvidaste de tu amada,
la de la montaña encantada?
¿De la bruja no te salvé, mi vida?
¿No me juraste fidelidad rendida?
Tambor mío, escucha mis palabras».

Pero el tambor, bajo los efectos del narcótico, no se despertó tampoco, y la muchacha al llegar la mañana hubo de regresar, tristemente, a su casa del bosque.

Pero las gentes del palacio habían oído las lamentaciones de la princesa y dieron cuenta de ello al novio, diciéndole también que a él le era imposible oírla porque en el vino que se tomaba al acostarse mezclaban un narcótico.

Al tercer día, la princesa dio vuelta al prodigioso anillo y dijo:

—Quiero un vestido centelleante como las estrellas.

Al aparecer en la fiesta, la novia quedó anonadada ante la magnificencia del nuevo traje, mucho más hermoso que los anteriores, y dijo:

—Ha de ser mío, y lo será.

La princesa se lo cedió como las veces anteriores, a cambio del permiso de pasar la noche ante la puerta del aposento del novio. Éste, empero, no se tomó el vino que le sirvieron al ir a acostarse, sino que lo vertió detrás de la cama.

Y cuando ya en toda la casa reinó el silencio, pudo oír la voz de la doncella que le decía:

«Tambor mío, escucha mis palabras.

¿Te olvidaste de tu amada,
la de la montaña encantada?
¿De la bruja no te salvé, mi vida?
¿No me juraste fidelidad rendida?
Tambor mío, escucha mis palabras».

Y, de repente, recuperó la memoria.

—¡Ay —exclamó—, cómo es posible que haya obrado de un modo tan desleal! Tuvo la culpa el beso que di a mis padres en la mejilla derecha; él me aturdió.

Y precipitándose a la puerta y tomando de la mano a la princesa, la llevó a la cama de sus padres.

—Ésta es mi verdadera prometida —les dijo—. Y si no me caso con ella, cometeré una grandísima injusticia.

Los padres, al enterarse de todo lo sucedido, dieron su consentimiento.

Fueron encendidas de nuevo las luces de la sala, sonaron tambores y trompetas, envióse invitación a amigos y parientes, y celebróse la boda con la mayor alegría.

La otra prometida se quedó con los hermosos vestidos, y con ellos se dio por satisfecha.

Blancanieve y Rojaflor

UNA pobre viuda vivía en una pequeña choza solitaria, ante la cual había un jardín con dos rosales: uno, de rosas blancas, y el otro, de rosas encarnadas.

La mujer tenía dos hijitas que se parecían a los dos rosales, y se llamaban Blancanieve y Rojaflor. Eran tan buenas y piadosas, tan hacendosas y diligentes, que no se hallarían otras iguales en todo el mundo; sólo que Blancanieve era más apacible y dulce que su hermana.

A Rojaflor le gustaba correr y saltar por campos y prados, buscar flores y cazar pajarillos; mientras Blancanieve prefería estar en casa, al lado de su madre, ayudándola en sus quehaceres o leyéndole en voz alta cuando no había otra ocupación a que atender.

Las dos niñas se querían tanto, que salían cogidas de la mano, y cuando Blancanieve decía:

—Jamás nos separaremos.

Contestaba Rojaflor.

—No, mientras vivamos.

Y la madre añadía:

—Lo que es de una, ha de ser de la otra.

Con frecuencia salían las dos al bosque, a recoger fresas u otros frutos silvestres. Nunca les hizo daño ningún animal; antes, al contrario, se les acercaban confiados. La liebre acudía a comer una hoja de col de sus manos; el corzo pacía a su lado; el ciervo saltaba alegremente en torno, y las aves, posadas en las ramas, gorjeaban para ellas.

Jamás les ocurrió el menor percance. Cuando les sorprendía la noche en el bosque, tumbábanse juntas a dormir sobre el musgo hasta la mañana; su madre lo sabía y no se inquietaba por ello.

Una vez que habían dormido en el bosque, al despertarlas la aurora vieron a un hermoso niño con un brillante vestidito blanco, sentado junto a ellas.

Levantóse y les dirigió una cariñosa mirada; luego, sin decir palabra, se adentró en la selva.

Miraron las niñas a su alrededor y vieron que habían dormido junto a un precipicio, en el que sin duda se habrían despeñado si, en la oscuridad, hubiesen dado un paso más. Su madre les dijo que seguramente se trataría del ángel que guarda a los niños buenos.

Blancanieve y Rojaflor tenían la choza de su madre tan limpia y aseada, que era una gloria verla. En verano, Rojaflor cuidaba de la casa, y todas las mañanas, antes de que se despertase su madre, le ponía un ramo de flores frente a la cama; y siempre había una rosa de cada rosal. En invierno, Blancanieve encendía el fuego y suspendía el caldero de las llares; y el caldero, que era de latón, relucía como oro puro, de limpio y bruñido que estaba.

Al anochecer, cuando nevaba, decía la madre:

—Blancanieve, echa el cerrojo.

Y se sentaban las tres junto al hogar, y la madre se ponía los lentes y leía de un gran libro. Las niñas escuchaban, hilando laboriosamente; a su lado, en el suelo, yacía un corderillo, y detrás, posada en una percha, una palomita blanca dormía con la cabeza bajo el ala.

Durante una velada en que se hallaban las tres así reunidas, llamaron a la puerta.

—Abre, Rojaflor; será algún caminante que busca refugio —dijo la madre.

Corrió Rojaflor a descorrer el cerrojo, pensando que sería un pobre; pero era un oso, el cual asomó por la puerta su gorda cabezota negra.

La niña dejó escapar un grito y retrocedió de un salto; el corderillo se puso a balar, y la palomita, a batir de alas, mientras Blancanieve se escondía detrás de la cama de su madre.

Pero el oso rompió a hablar:

—No temáis, no os haré ningún daño. Estoy medio helado y sólo deseo calentarme un poquitín.

—¡Pobre oso! —exclamó la madre—; échate junto al fuego y ten cuidado de no quemarte la piel —y luego, elevando la voz—. Blancanieve, Rojaflor, salid, que el oso no os hará ningún mal; lleva buenas intenciones.

Las niñas se acercaron, y luego lo hicieron también, paso a paso, el corderillo y la palomita, pasado ya el susto.

Dijo el oso:

—Niñas, sacudidme la nieve que llevo en la piel.

Y ellas trajeron la escoba y lo barrieron dejándolo limpio mientras él, tendido al lado del fuego, gruñía de satisfacción.

Al poco rato, las niñas se habían familiarizado con el animal y le hacían mil diabluras: tirábanle del pelo, apoyaban los piececitos en su espalda, lo zarandeaban de un lado para otro, le pegaban con una vara de avellano… Y si él gruñía, se echaban a reír. El oso se sometía complaciente a sus juegos, y si alguna vez sus amiguitas pasaban un poco de la medida, exclamaba:

—Dejadme vivir.

«Rositas; si me martirizáis,
es a vuestro novio a quien matáis».

Al ser la hora de acostarse, y cuando todos se fueron a la cama, la madre dijo al oso:

—Puedes quedarte en el hogar; así estarás resguardado del frío y del mal tiempo.

Al asomar el nuevo día, las niñas le abrieron la puerta, y el animal se alejó trotando por la nieve y desapareció en el bosque.

A partir de entonces volvió todas las noches a la misma hora; echábase junto al fuego y dejaba a las niñas divertirse con él cuanto querían; y llegaron a acostumbrarse a él de tal manera, que ya no cerraban la puerta hasta que había entrado su negro amigo.

Cuando vino la primavera y todo reverdecía, dijo el oso a Blancanieve:

—Ahora tengo que marcharme, y no volveré en todo el verano.

—¿Adónde vas, querido oso? —preguntóle Blancanieve.

—Al bosque, a guardar mis tesoros y protegerlos de los malvados enanos. En invierno, cuando la tierra está helada, no pueden salir de sus

cuevas ni abrirse camino hasta arriba; pero ahora que el sol ha deshelado el suelo y lo ha calentado, subirán a buscar y a robar. Y lo que una vez cae en sus manos y va a parar a sus madrigueras, no es fácil que vuelva a salir a la luz.

Blancanieve sintió una gran tristeza por la despedida de su amigo. Cuando le abrió la puerta, el oso se enganchó en el pestillo y se desgarró un poco la piel; y a Blancanieve le pareció distinguir un brillo de oro, aunque no estaba segura. El oso se alejó rápidamente y desapareció entre los árboles.

Algún tiempo después, la madre envió a las niñas al bosque a buscar leña. Encontraron un gran árbol derribado y, cerca del tronco, en medio de la hierba, vieron algo que saltaba de un lado a otro, sin que pudiesen distinguir de qué se trataba.

Al acercarse descubrieron un enanillo de rostro arrugado y marchito, con una larguísima barba blanca como la nieve, cuyo extremo se le había cogido en una hendidura del árbol; por esto, el hombrecillo saltaba como un perrito sujeto a una cuerda, sin poder soltarse.

Clavando en las niñas sus ojitos rojos y encendidos, les gritó:

—¿Qué hacéis ahí paradas? ¿No podéis venir a ayudarme?

—¿Qué te ha pasado, enanito? —preguntó Rojaflor,

—¡Tonta curiosa! —replicó el enano—. Quise partir el tronco en leña menuda para mi cocina. Los tizones grandes nos queman la comida, pues nuestros platos son pequeños y comemos mucho menos que vosotros, que sois gente grandota y glotona. Ya tenía la cuña hincada, y todo hubiera ido a las mil maravillas, pero esta maldita madera es demasiado lisa; la cuña saltó cuando menos lo pensaba, y el tronco se cerró y me quedó la hermosa barba cogida, sin poder sacarla; y ahora estoy aprisionado. ¡Sí, ya podéis reíros tontas, caras de cera! ¡Uf, y qué feas sois!

Por más que las niñas se esforzaron, no hubo medio de desasir la barba; tan sólidamente cogida estaba.

—Iré a buscar gente —dijo Rojaflor.

—¡Bobaliconas! —gruñó el enano con voz gangosa—. ¿Para qué queréis más gente? A mí me sobra con vosotras dos. ¿No se os ocurre nada mejor?

—No te impacientes —dijo Blancanieve—, ya encontraré un remedio.

Y, sacando las tijeritas del bolsillo, cortó el extremo de la barba.

Tan pronto como el enano se vio libre, agarró un saco lleno de oro que había dejado entre las raíces del árbol y, cargándoselo a la espalda, gruñó:

—¡Qué gentezuela más torpe! ¡Cortar un trozo de mi hermosa barba! ¡Que os lo pague el diablo!

Y se alejó, sin volverse a mirar a las niñas.

Poco tiempo después, las dos hermanas quisieron preparar un plato de pescado. Salieron, pues, de pesca y, al llegar cerca del río, vieron un bicho semejante a un saltamontes que avanzaba a saltitos hacia el agua, como queriendo meterse en ella.

Al aproximarse, reconocieron al enano de marras.

—¿Adónde vas? —preguntóle Rojaflor—. Supongo que no querrás echarte al agua, ¿verdad?

—No soy tan imbécil —gritó el enano—. ¿No veis que ese maldito pez me arrastra al río?

Era el caso de que el hombrecillo había estado pescando, pero con tan mala suerte que el viento le había enredado el sedal en la barba y, al picar un pez gordo, la débil criatura no tuvo fuerzas suficientes para sacarlo; por el contrario, era el pez el que se llevaba al enanillo al agua.

El hombrecito se agarraba a las hierbas y juncos, pero sus esfuerzos no servían de gran cosa; tenía que seguir los movimientos del pez, con peligro inminente de verse precipitado en el río.

Las muchachas llegaron muy oportunamente; lo sujetaron e intentaron soltarle la barba, pero en vano; barba e hilo estaban sólidamente enredados. No hubo más remedio que acudir nuevamente a las tijeras y cortar otro trocito de barba.

Al verlo el enanillo, les gritó:

—¡Estúpidas! ¿Qué manera es esa de desfigurarle a uno? ¿No bastaba con haberme despuntado la barba, sino que ahora me cortáis otro gran trozo? ¿Cómo me presento a los míos? ¡Ojalá tuvieseis que echar a correr sin suelas en los zapatos!

Y, cogiendo un saco de perlas que yacía entre los juncos, se marchó sin decir más desapareciendo detrás de una piedra.

Otro día, la madre envió a las dos hermanitas a la ciudad a comprar hilo, agujas, cordones y cintas. El camino cruzaba por un erial en el que, de trecho en trecho, había grandes rocas dispersas.

De pronto vieron una gran ave que describía amplios círculos encima de sus cabezas, descendiendo cada vez más, hasta que se posó en lo alto de una de las peñas, e inmediatamente oyeron un penetrante grito de angustia.

Corrieron allí y vieron con espanto que el águila había hecho presa en su viejo conocido, el enano, y se aprestaba a llevárselo.

Las compasivas criaturas sujetaron con todas sus fuerzas al hombrecillo y no cejaron hasta que el águila soltó a su víctima.

Cuando el enano se hubo repuesto del susto, gritó con su voz gangosa:

—¿No podíais tratarme con más cuidado? Me habéis desgarrado la chaquetita, y ahora está toda rota y agujereada, ¡torpes más que torpes!

Y cargando con un saquito de piedras preciosas se metió en su cueva, entre las rocas.

Las niñas, acostumbradas a su ingratitud, prosiguieron su camino e hicieron sus recados en la ciudad.

De regreso, al pasar de nuevo por el erial, sorprendieron al enano que había esparcido en un lugar desbrozado las piedras preciosas de su saco, seguro de que a una hora tan avanzada nadie pasaría por allí.

El sol poniente proyectaba sus rayos sobre las brillantes piedras, que refulgían y centelleaban como soles; y sus colores eran tan vivos, que las pequeñas se quedaron boquiabiertas contemplándolas.

—¡A qué os paráis, con vuestras caras de babiecas! —gritó el enano.

Y su rostro ceniciento se volvió rojo de ira. Y ya se disponía a seguir con sus improperios cuando se oyó un fuerte gruñido y apareció un oso negro que venía del bosque.

Aterrorizado, el hombrecillo trató de emprender la fuga; pero el oso lo alcanzó antes de que pudiese meterse en su escondrijo.

Entonces se puso a suplicar angustiado:

—Querido señor oso, perdonadme la vida y os daré todo mi tesoro; fijaos, todas esas piedras preciosas que están en el suelo. No me matéis. ¿De qué os servirá una criatura tan pequeña y flacucha como yo? Ni os lo sentiréis entre los dientes. Mejor es que os comáis a esas dos malditas

muchachas; ellas sí serán un buen bocado, gorditas como tiernas codornices. Coméoslas y buen provecho os hagan.

El oso, sin hacer caso de sus palabras, propinó al malvado hombrecillo un zarpazo de su poderosa pata y lo dejó muerto en el acto.

Las muchachas habían echado a correr; pero el oso las llamó:

—¡Blancanieve, Rojaflor, no temáis; esperadme, que voy con vosotras!

Ellas reconocieron entonces su voz y se detuvieron y, cuando el oso las hubo alcanzado, de pronto se desprendió su espesa piel y quedó transformado en un hermoso joven, vestido de brocado de oro.

—Soy un príncipe —manifestó—, y ese malvado enano me había encantado, robándome mis tesoros y condenándome a errar por el bosque en figura de oso salvaje hasta que me redimiera con su muerte. Ahora ha recibido el castigo que merecía.

Blancanieve se casó con él, y Rojaflor con su hermano, y se repartieron las inmensas riquezas que el enano había acumulado en su cueva.

La anciana madre vivió aún muchos años tranquila y feliz al lado de sus hijas. Llevóse consigo los dos rosales que, plantados delante de su ventana, siguieron dando todos los años sus hermosísimas rosas blancas y rojas.

La espiga de trigo

EN aquellos tiempos en que Dios Nuestro Señor andaba aún por el mundo, la fertilidad del suelo era mucho mayor que hoy; entonces llevaban las espigas, no cincuenta o sesenta veces la semilla, sino cuatrocientas o quinientas veces. Los granos salían en el tallo desde arriba hasta el suelo; todo el tallo era espiga.

Pero así son los hombres: en la abundancia se olvidan de que aquella bendición les viene de Dios, y se vuelven indiferentes y frívolos.

Un día pasaba una mujer por un campo de trigo y su hijito, que iba con ella, se cayó en un charca y se ensució el vestidito. La madre arrancó un puñado de hermosas espigas y las usó para limpiar la ropita del niño.

Al verlo Nuestro Señor, que acertaba a pasar también por allí, dijo indignado:

—En adelante, el tallo del trigo no llevará espiga; los hombres no merecen los dones del cielo.

Los presentes, al oír aquellas palabras, se asustaron, y cayendo de rodillas suplicaron al Señor que dejase algo de grano en el tallo; si ellos no lo merecían, que lo hiciera al menos en consideración a los inocentes pollos que, de otro modo, habrían de morir de hambre.

El Señor, previendo la miseria a que los condenaba, apiadóse y accedió a su ruego. Y de este modo quedó la espiga en la parte superior, tal como la vemos hoy.

La tumba

UN rico campesino se estaba un día en la era contemplando sus campos y huertos; el grano crecía ubérrimo, y los árboles frutales aparecían cargados de fruta. La cosecha del año anterior se hallaba todavía en el granero, tan copiosa, que a duras penas resistían las vigas su peso. Pasó luego al establo, lleno de cebados bueyes, magníficas vacas y caballos de piel lisa y reluciente. Por último, subiendo a su aposento, contempló las arcas de hierro que encerraban sus caudales.

Mientras se hallaba absorto considerando sus riquezas, oyó una fuerte llamada muy cerca de donde él estaba; mas no era en la puerta del aposento, sino en la de su corazón.

Abrió, y oyó una voz que le decía:

—¿Has ayudado a los tuyos? ¿Has pensado en los pobres? ¿Has compartido tu pan con los hambrientos? ¿Te has contentado con lo que poseías, o has codiciado más y más?

El corazón respondió sin vacilar:

—He sido duro e inexorable, y jamás hice el menor bien a los míos. Cuando se me presentó un pobre, aparté de él la mirada. No pensé en Dios, sino únicamente en aumentar mis riquezas. Si hubiese poseído todo lo que existe bajo el cielo, no habría tenido aún bastante.

Al escuchar el hombre esta respuesta, asustóse en gran manera; las rodillas empezaron a temblarle, y tuvo que sentarse.

En aquel momento volvieron a llamar; esta vez, en la puerta de la habitación.

Era su vecino, un pobre infeliz, padre de un montón de hijos a los que no podía dar de comer. «Bien sé —pensó el desgraciado— que mi vecino es

tan duro de corazón como rico. No creo que me ayude; pero mis hijos necesitan pan; no perderé nada con probar».

Y dijo al rico:

—No os gusta desprenderos de lo vuestro, ya lo sé; pero me presento ante vos como un hombre que está con el agua al cuello. Mis hijos se mueren de hambre; prestadme cuatro medidas de trigo.

El rico lo miró un buen rato, y el primer rayo de sol de la misericordia derritió una gota del hielo de su codicia.

—No te prestaré cuatro medidas —respondióle—, sino que te regalaré ocho; pero con una condición.

—¿Qué debo hacer? —preguntó el pobre.

—Cuando yo me muera, habrás de velar tres noches junto a mi tumba.

No le hizo mucha gracia al labrador aquella exigencia, pero en la necesidad en que se encontraba se habría avenido a todo, por lo que dio su promesa y retiróse con el trigo.

Parecía como si el rico hubiese previsto lo que iba a ocurrir; a los tres días cayó muerto de repente. No se supo a punto fijo cómo había ocurrido la cosa; pero nadie se condolió de su muerte.

Cuando lo enterraron, el pobre se acordó de su promesa y, aunque deseaba verse libre de cumplirla, pensó: «Conmigo se mostró compasivo; con su grano pude saciar a mis hambrientos hijos; y, aunque así no fuese, ya que lo prometí, debo cumplirlo».

Al llegar la noche se encaminó al cementerio y se sentó sobre la tumba. El silencio era absoluto. La luna iluminaba la sepultura; de tarde en tarde pasaba volando una lechuza y lanzaba su grito lastimero.

Cuando salió el sol, nuestro hombre regresó a su casa sin novedad; la segunda noche discurrió tan tranquila como la primera. Pero al atardecer del día tercero, el buen hombre experimentó una angustia inexplicable; presentía que iba a ocurrirle algo.

Al llegar al cementerio vio a un desconocido apoyado en la pared. No era joven; tenía el rostro lleno de cicatrices, y su mirada era aguda y fogosa. Iba envuelto en una vieja capa, bajo la cual aparecían unas grandes botas de montar.

—¿Qué buscas aquí? —preguntóle el labrador—. ¿No te da miedo la soledad del cementerio?

—No busco nada —respondió el forastero—, pero tampoco temo a nada. Soy como aquel mozo que salió a correr mundo para aprender lo que es el miedo y no lo consiguió. Pero a aquél le tocó en suerte casarse con una princesa, que le aportó grandes riquezas, mientras que yo he sido siempre pobre. Soy soldado licenciado y pienso pasar la noche aquí, a falta de otro refugio.

—Si no tienes miedo —dijo el labriego—, quédate conmigo y ayúdame a velar sobre esta tumba.

—Esto de velar es misión de un soldado —respondió el otro—. Compartiremos lo que suceda, sea bueno o malo.

El campesino se declaró conforme, y los dos se sentaron sobre la sepultura.

Todo permaneció tranquilo hasta media noche. A esta hora, rasgó de repente el aire un agudo silbido, y los dos guardianes vieron al diablo en carne y hueso de pie ante ellos.

—¡Fuera de aquí, bribones! —les gritó—. El que está aquí enterrado es mío, y vengo a llevármelo; y si no os apartáis, os retorceré el pescuezo.

—Mi señor de la pluma roja —replicó el soldado—, vos no sois mi capitán y no tengo por qué obedeceros; y, en cuanto a tener miedo, es cosa que aún no he aprendido. Continuad vuestro camino, que nosotros no nos movemos.

Pensó el diablo: «Lo mejor será deshacerse de ellos con un poco de dinero»; y, adoptando un tono más apacible, les propuso que abandonasen el lugar a cambio de un bolso de oro.

—Eso es hablar —respondió el soldado—; pero con un bolso no nos basta. Si os avenís a darnos todo el oro que quepa en una de mis botas, os dejaremos libre el campo y nos marcharemos.

—No llevo encima el suficiente —dijo el diablo—, pero iré a buscarlo. En la ciudad contigua vive un cambista que es amigo mío y me lo prestará.

Cuando el diablo se hubo alejado, el soldado, quitándose la bota izquierda, dijo:

—Vamos a jugarle una mala pasada a este carbonero. Dejadme vuestro cuchillo, compadre.

Y cortó la suela de la bota, que colocó luego al lado de la sepultura al borde de un foso profundo disimulado por la alta hierba.

—Así está bien —dijo—. Que venga el deshollinador.

Sentáronse los dos aguardando su vuelta, que no se hizo esperar mucho. Venía el diablo con un saquito de oro en la mano.

—Echadlo dentro —dijo el soldado levantando un poco la bota—; pero no habrá bastante.

El negro vació el saco, el oro pasó a través de la bota y ésta quedó vacía.

—¡Estúpido! —exclamó el soldado—. Esto no basta. ¿No os lo he dicho? Id por más.

El diablo meneó la cabeza, se marchó y, al cabo de una hora, comparecía de nuevo con otro saco mucho mayor debajo del brazo.

—Echadlo —dijo el soldado—, pero dudo que baste para llenar la bota.

Sonó el oro al caer, pero la bota siguió vacía.

El diablo miró el interior con sus ojos de fuego, pero hubo de persuadirse de que era verdad.

—¡Vaya piernas largas que tenéis! —exclamó, torciendo el gesto.

—¿Pensabais, acaso, que tenía pie de caballo como vos? ¿Desde cuando sois tan roñoso? Ya podéis arreglaros para traer más oro; de lo contrario, no hay nada de lo dicho.

Y el diablo no tuvo más remedio que largarse otra vez.

Tardó en volver mucho más que antes; pero, al fin, compareció agobiado por el saco que traía a la espalda. Soltó el contenido en la bota, pero ésta quedaba tan vacía como antes.

Furioso, hizo un movimiento para arrancar la prenda de manos del soldado; pero en el mismo momento brilló en el cielo el primer rayo del sol levante, y el maligno espíritu escapó con un grito estridente. La pobre alma estaba salvada.

El campesino quiso repartir el oro, pero el soldado le dijo:

—Da mi parte a los pobres. Yo me alojaré en tu cabaña, y con lo que queda viviremos en paz y tranquilidad el tiempo que Dios nos conceda de

vida.

El viejo Rinkrank

ERASE una vez un rey que tenía una hija. Se hizo construir una montaña de cristal y dijo:

—El que sea capaz de correr por ella sin caerse, se casará con mi hija

He aquí que se presentó un pretendiente y preguntó al Rey si podría obtener la mano de la princesa.

—Sí —respondióle el Rey—; si eres capaz de subir corriendo a la montaña sin caerte, la princesa será tuya.

Dijo entonces la hija del Rey que subiría con él y lo sostendría si se caía.

Emprendieron el ascenso y, al llegar a media cuesta, la princesa resbaló y cayó y, abriéndose la montaña, precipitóse en sus entrañas sin que el pretendiente pudiese ver dónde había ido a parar, pues el monte se había vuelto a cerrar en seguida.

Lamentóse y lloró el mozo lo indecible, y también el Rey se puso muy triste, y dio orden de romper y excavar la montaña con la esperanza de rescatar a su hija; pero no hubo modo de encontrar el lugar por el que había caído.

Entretanto, la princesa, rodando por el abismo había ido a dar en una cueva profundísima y enorme, donde salió a su encuentro un personaje muy viejo, de luenga barba blanca, y le dijo que le salvaría la vida si se avenía a servirle de criada y a hacer cuanto le mandase; de lo contrario, la mataría. Ella cumplió todas sus órdenes.

Al llegar la mañana, el individuo se sacó una escalera del bolsillo y, apoyándola contra la montaña, subióse por ella y salió al exterior, cuidando luego de volver a recoger la escalera.

Ella hubo de cocinar su comida, hacer su cama y mil trabajos más; y así cada día; y cada vez que regresaba el hombre, traía consigo un montón de oro y plata.

Al cabo de muchos años de seguir así las cosas y haber envejecido él en extremo, dio en llamarla «Dama Mansrot», y le mandó que ella lo llamase a él «Viejo Rinkrank».

Un día en que el viejo había salido como de costumbre, hizo ella la cama y fregó los platos. Luego cerró bien todas las puertas y ventanas, dejando abierta sólo una ventana de corredera por la que entraba la luz.

Cuando volvió el viejo Rinkrank, llamó a la puerta diciendo:

—¡Dama Mansrot, ábreme!

—No —respondió ella—, no viejo Rinkrank, no te abriré.

Dijo él entonces:

«Aquí está el pobre Rinkrank
sobre sus diecisiete patas,
sobre su pie dorado.
Dama Mansrot, friega los platos».

—Ya he fregado los platos —respondió ella.

Y prosiguió él:

«Aquí está el pobre Rinkrank
sobre sus diecisiete patas,
sobre su pie dorado.
Dama Mansrot, hazme la cama».

—Ya hice tu cama —respondió ella.

Y él, de nuevo:

«Aquí está el pobre Rinkrank
sobre sus diecisiete patas,
sobre su pie dorado.
Dama Mansrot, ábreme la puerta».

Dando la vuelta a la casa, vio que el pequeño tragaluz estaba abierto, y pensó: «Echaré una miradita para ver qué está haciendo, y por qué se niega a abrirme la puerta». Y, al tratar de meter la cabeza por el tragaluz, se lo impidió la barba.

Entonces empezó introduciendo la barba en la ventanilla y, cuando ya la tuvo dentro, acudió dama Mansrot, cerró el postigo y lo ató con una cinta, dejándolo bien sujeto con la barba aprisionada en él.

¡Qué alaridos daba el viejo, lamentándose y quejándose de dolor, y rogando a la mujer que lo soltase! Pero ella le replicó que no lo haría sino a cambio de la escalera con que él salía de la montaña.

Atando una larga cuerda a la ventana, colocó la escalera debidamente y trepó por ella hasta llegar a cielo abierto; entonces, tirando desde arriba, levantó la tapa del tragaluz. Marchóse luego en busca de su padre y le refirió sus aventuras.

Alegróse el Rey y le dijo que su novio aún vivía. Y saliendo todos a excavar la montaña, encontraron al fondo al viejo Rinkrank con todo su oro y plata.

Mandó el Rey ejecutar al viejo y se llevó todos sus tesoros. La princesa se casó con su novio, y vivieron felices y satisfechos.

La bola de cristal

VIVÍA en otros tiempos una hechicera que tenía tres hijos, los cuales se amaban como buenos hermanos; pero la vieja no se fiaba de ellos, temiendo que quisieran arrebatarle su poder.

Por eso transformó al mayor en águila, que anidó en la cima de una rocosa montaña, y sólo alguna que otra vez se le veía describiendo amplios círculos en la inmensidad del cielo.

Al segundo lo convirtió en ballena, condenándolo a vivir en el seno del mar, y sólo de vez en cuando asomaba a la superficie proyectando a gran altura un poderoso chorro de agua.

Uno y otro recobraban su figura humana por espacio de dos horas cada día.

El tercer hijo, temiendo verse también convertido en alimaña, oso o lobo por ejemplo, huyó secretamente.

Habíase enterado de que en el castillo del Sol de Oro residía una princesa encantada que aguardaba la hora de su liberación; pero quien intentase la empresa exponía su vida, y ya veintitrés jóvenes habían sucumbido tristemente. Sólo otro podía probar suerte, y nadie más después de él. Y como era un mozo de corazón intrépido, decidió ir en busca del castillo del Sol de Oro.

Llevaba ya mucho tiempo en camino, sin lograr dar con el castillo, cuando se encontró extraviado en un inmenso bosque.

De pronto descubrió a lo lejos dos gigantes que le hacían señas con la mano, y cuando se hubo acercado, le dijeron:

—Estamos disputando acerca de quién de los dos ha de quedarse con este sombrero y, puesto que somos igual de fuertes, ninguno puede vencer

al otro. Como vosotros, los hombrecillos, sois más listos que nosotros, hemos pensado que tú decidas.

—¿Cómo es posible que os peleéis por un viejo sombrero? —exclamó el joven.

—Es que tú ignoras sus virtudes. Es un sombrero milagroso, pues todo aquel que se lo pone, en un instante será transportado a cualquier lugar que desee.

—Venga el sombrero —dijo el mozo—. Me adelantaré un trecho con él y, cuando llame, echad a correr; lo daré al primero que me alcance.

Y calándose el sombrero, se alejó. Pero, llena su mente de la princesa, olvidóse en seguida de los gigantes.

Suspirando desde el fondo del pecho exclamó:

—¡Ah, si pudiese encontrarme en el castillo del Sol de Oro!

Y, no bien habían salido estas palabras de sus labios, hallóse en la cima de una alta montaña ante la puerta del alcázar.

Entró y recorrió todos los salones, encontrando a la princesa en el último. Pero ¡qué susto se llevó al verla! Tenía la cara de color ceniciento, llena de arrugas; los ojos, turbios, y el cabello, rojo.

—¿Vos sois la princesa cuya belleza ensalza el mundo entero?

—¡Ay! —respondió ella—, ésta que contemplas no es mi figura propia. Los ojos humanos sólo pueden verme en esta horrible apariencia; mas para que sepas cómo soy en realidad, mira en este espejo, que no yerra y refleja mi imagen verdadera.

Y puso en su mano un espejo, en el cual vio el joven la figura de la doncella más hermosa del mundo entero; y de sus ojos fluían amargas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Díjole entonces:

—¿Cómo puedes ser redimida? Yo no retrocedo ante ningún peligro.

—Quien se apodere de la bola de cristal y la presente al brujo, quebrará su poder y me restituirá mi figura original. ¡Ay! —añadió—, muchos han pagado con la vida el intento y, viéndote tan joven, me duele ver el que te expongas a tan gran peligro por mí.

—Nada me detendrá —replicó él—, pero dime qué debo hacer.

—Vas a saberlo todo —dijo la princesa—. Si desciendes la montaña en cuya cima estamos encontrarás al pie, junto a una fuente, un salvaje bisonte con el cual habrás de luchar. Si logras darle muerte, se levantará de él un pájaro de fuego, que lleva en el cuerpo un huevo ardiente, y este huevo tiene por yema una bola de cristal. Pero el pájaro no soltará el huevo a menos de ser forzado a ello y, si cae al suelo, se encenderá, quemando cuanto haya a su alrededor, disolviéndose él junto con la bola de cristal, y entonces todas tus fatigas habrán sido inútiles.

Bajó el mozo a la fuente, y en seguida oyó los resoplidos y feroces bramidos del bisonte. Tras larga lucha consiguió traspasarlo con su espada, y el monstruo cayó sin vida.

En el mismo instante desprendióse de su cuerpo el ave de fuego y emprendió el vuelo; pero el águila, o sea, el hermano del joven que acudió volando entre las nubes, lanzóse en su persecución, empujándola hacia el mar y acosándola a picotazos, hasta que la otra, incapaz de seguir resistiendo, soltó el huevo.

Pero éste no fue a caer al mar, sino en la cabaña de un pescador situada en la orilla, donde en seguida empezó a humear y despedir llamas. Eleváronse entonces gigantescas olas que, inundando la choza, extinguieron el fuego. Habían sido provocadas por el hermano transformado en ballena y, una vez el incendio estuvo apagado, nuestro doncel corrió a buscar el huevo y tuvo la suerte de encontrarlo.

No se había derretido aún, mas por la acción del agua fría, la cáscara se había roto y, así, el mozo pudo extraer indemne la bola de cristal.

Al presentarse con ella al brujo y mostrársela, dijo éste:

—Mi poder ha quedado destruido y, desde este momento, tú eres rey del castillo del Sol de Oro. Puedes también desencantar a tus hermanos, devolviéndoles su figura humana.

Corrió el joven al encuentro de la princesa y, al entrar en su aposento, la vio en todo el esplendor de su belleza y, rebosantes de alegría, los dos intercambiaron sus anillos.

La doncella Maleen

ERASE una vez un rey, cuyo hijo aspiraba a casarse con la hija de otro poderoso monarca.

La doncella se llamaba Maleen y era de maravillosa hermosura. Sin embargo, le fue negada su mano, pues su padre la destinaba a otro pretendiente.

Como los dos se amaban de todo corazón y no querían separarse, dijo Maleen a su padre:

—No aceptaré por esposo a nadie sino a él.

Enfurecido el padre, mandó construir una tenebrosa torre en la que no penetrase un solo rayo de sol ni de luna y, cuando estuvo terminada, le dijo:

—Te pasarás encerrada aquí siete años; al término de ellos, vendré a ver si se ha quebrado tu terquedad.

Llevaron a la torre comida y bebida para los siete años, luego fueron conducidas a ella la princesa y su camarera, y amurallaron la entrada, dejándolas aisladas del cielo y la tierra. En plenas tinieblas, no sabían ya cuándo era de día o de noche.

El príncipe rodeaba con gran frecuencia la prisión, llamando en alta voz a su amada, pero sus gritos no podían atravesar los espesos muros. ¿Qué otra cosa podían hacer las cuitadas sino quejarse y lamentarse?

De este modo fue discurriendo el tiempo y, por la disminución de sus provisiones, pudieron darse cuenta de que se acercaba el fin de los siete años. Pensaban que había llegado el momento de su liberación; pero no se oía ni un martillazo, ni caía una piedra de los muros; parecía como si su padre la hubiese olvidado.

Cuando ya les quedaban poquísimas provisiones y preveían una muerte angustiosa, dijo la doncella Maleen:

—Hemos de hacer un último intento y ver si conseguimos perforar la muralla.

Cogiendo el cuchillo del pan, púsose a hurgar y agujerear el mortero de una piedra y, cuando se sintió fatigada, relevóla la camarera.

Tras prolongado trabajo lograron sacar una piedra, luego una segunda y una tercera y, al cabo de tres días, el primer rayo de luz vino a rasgar las tinieblas. Finalmente, la abertura fue lo bastante grande para permitirles asomarse y mirar al exterior.

El cielo estaba sereno, y soplaba una fresca y reconfortante brisa; pero ¡qué triste aparecía todo en derredor! El palacio paterno era un montón de ruinas; la ciudad y los pueblos circundantes, hasta donde alcanzaba la mirada, aparecían incendiados; los campos, asolados, y no se veía un alma viviente.

Cuando el boquete fue lo suficientemente ancho para que pudiesen deslizarse por él saltó, en primer lugar, la camarera, y luego, la princesa Maleen. Pero ¿adónde ir? El enemigo había destruido todo el reino, expulsado al Rey y pasado a cuchillo a los habitantes.

Pusiéronse en camino en busca de otro país, a la ventura; pero en ninguna parte encontraban refugio ni persona alguna que les diese un pedazo de pan; y, así, su necesidad llegó a tal extremo, que hubieron de calmar el hambre comiendo ortigas.

Cuando al cabo de larga peregrinación llegaron a otro país, ofrecieron en todas partes sus servicios, pero siempre se vieron rechazadas, sin que nadie se compadeciera de ellas. Al fin llegaron a una gran ciudad, y se dirigieron al palacio real. Tampoco allí las querían, hasta que el cocinero las admitió en la cocina como fregonas.

Y resultó que el hijo del Rey del país donde había ido a parar, era precisamente el enamorado de la doncella Maleen. Su padre le había destinado otra novia, tan fea de cara como perversa de corazón. Estaba fijado el día de la boda, y la prometida había llegado ya. Sabedora, empero, de su extrema fealdad, se mantenía alejada de todo el mundo, encerrada en su aposento, y la doncella Maleen le servía la comida.

Al llegar el día en que hubo de presentarse en la iglesia con su novio, avergonzóse de su fealdad, y temiendo que si se exhibía en la calle la gente

se burlaría de ella, dijo a Maleen:

—Te deparo una gran suerte. Me he dislocado un pie y no puedo andar bien por la calle; así, tu te pondrás mis vestidos y ocuparás mi lugar. Jamás pudiste esperar tal honor.

Pero la doncella se negó, diciendo:

—No quiero honores que no me correspondan.

Fue también inútil que le ofreciese dinero; hasta que, al fin, le dijo iracunda:

—Si no me obedeces, te costará la vida. Sólo he de pronunciar una palabra, y caerá tu cabeza.

Y, así, la princesa no tuvo más remedio que ceder y ponerse los magníficos vestidos y atavíos de la novia.

Al presentarse en el salón real, todos los presentes se asombraron de su hermosura, y el Rey dijo a su hijo:

—Ésta es la prometida que he elegido para ti y que has de llevar a la iglesia.

Sorprendióse el novio, pensando: «Se parece a mi princesa Maleen. Diría que es ella misma. Mas no puede ser. Habrá muerto o continuará encerrada en la torre».

Tomándola de la mano, la condujo a la iglesia y, encontrando en el camino una mata de ortigas, dijo ella:

«Mata de ortigas,
mata de ortigas pequeñita,
¿qué haces tan solita?
Cuántas veces te comí,
sin cocerte ni salarte,
¡desdichada de mí!»

—¿Qué dices? —preguntó el príncipe.

—Nada —respondió ella—; sólo pensaba en la doncella Maleen.

Admiróse él al ver que la conocía, pero no replicó.

Al subir los peldaños de la iglesia, dijo ella:

«Escalón del templo, no te rompas,
yo no soy la novia verdadera».

—¿Qué estás diciendo? —preguntó otra vez el príncipe.

—Nada —respondió la muchacha—; sólo pensaba en la doncella Maleen.

—¿Acaso conoces a la doncella Maleen?

—No —repuso ella—. ¿Cómo iba a conocerla? Pero he oído hablar de ella.

Y, al entrar en la iglesia, volvió a decir:

«Puerta del templo, no te quiebres,
yo no soy la novia verdadera».

—¿Qué es lo que dices? —inquirió él.

—¡Ay! —replicó la princesa—. Sólo pensaba en la doncella Maleen.

Entonces el príncipe sacó una joya preciosa, se la puso en el cuello y cerró el broche. Entraron en el templo y, ante el altar, el sacerdote unió sus manos y los casó. Luego, él la acompañó de nuevo a palacio, sin que la novia pronunciase una palabra en todo el camino.

Ya de regreso, corrió ella al aposento de la prometida y se quitó los vestidos y preciosos adornos, poniéndose su pobre blusa gris y conservando sólo alrededor del cuello la joya que recibiera del príncipe.

Al llegar la noche y, con ella, la hora de ser conducida la novia a la habitación del príncipe, cubrióse el rostro con el velo, para que él no se diera cuenta del engaño.

En cuanto se quedaron solos, preguntó el esposo:

—¿Qué le dijiste a la mata de ortigas que encontramos en el camino?

—¿Qué mata de ortigas? —replicó ella—. Yo no hablo con ortigas.

—Pues si no lo hiciste, es que no eres la novia verdadera —repuso él.

La prometida procuró salir de apuros diciendo:

«Preguntaré a mi criada,
que de todo está enterada».

Salió y, encarándose ásperamente con la doncella Maleen, le preguntó:

—Desvergonzada, ¿qué le dijiste a la mata de ortigas?

—Sólo le dije:

«Mata de ortigas,
mata de ortigas pequeñita,
¿qué haces tan solita?
Cuántas veces te comí,
sin cocerte ni salarte,
¡desdichada de mí!»

La prometida entró nuevamente en el aposento y dijo:

—Ya sé lo que le dije a la mata de ortigas.

Y repitió las palabras que acababa de oír.

—Pero ¿qué dijiste al peldaño de la iglesia, al subir la escalinata? —preguntó el príncipe.

—¿Al peldaño? —replicó ella—. Yo no hablo a los peldaños.

—Entonces, tú no eres la novia verdadera.

Repitió ella:

«Preguntaré a mi criada,
que de todo está enterada».

Y, saliendo rápidamente, increpó de nuevo a la doncella:

—Desvergonzada, ¿qué le dijiste al peldaño de la iglesia?

—Sólo esto:

«Escalón del templo, no te rompas,
yo no soy la novia verdadera».

—¡Esto va a costarte la vida! —gritó la novia y, corriendo a la habitación, manifestó—. Ya sé lo que le dije al escalón.

Y repitió las palabras.

—Pero ¿qué le dijiste a la puerta de la iglesia?

—¿A la puerta de la iglesia? —replicó ella—. Yo no hablo con las puertas de las iglesias.

—Entonces tú no eres la novia verdadera.

Salió ella y preguntó furiosa a la doncella Maleen:

—Desvergonzada, ¿qué dijiste a la puerta de la iglesia?

—Sólo esto:

> «Puerta del templo, no te quiebres,
> yo no soy la novia verdadera».

—¡Lo pagarás con la cabeza! —exclamó la novia fuera de sí por la rabia; y, corriendo al aposento, dijo—. Ya sé lo que dije a la puerta de la iglesia.

Y repitió las palabras de la princesa.

—Pero ¿dónde tienes la alhaja que te di en la puerta de la iglesia?

—¿Qué alhaja? —preguntó ella—. No me diste ninguna.

—Yo mismo te la puse en el cuello; si no lo sabes, es que no eres la novia verdadera.

Apartóle el velo del rostro y, al ver su extrema fealdad, retrocediendo asustado exclamó:

—¿Cómo has venido aquí? ¿Quién eres?

—Soy tu prometida, y he tenido miedo de que la gente se burlase de mí si me presentaba en público, y mandé a la fregona que se pusiera mis vestidos y fuese a la iglesia en mi lugar.

—¿Y dónde está esa muchacha? —dijo él—. Quiero verla. ¡Ve a buscarla!

Salió ella y dijo a los criados que la fregona era una embustera, y les dio orden de que la bajasen al patio y le cortasen la cabeza.

Sujetáronla los criados, y ya se disponían a llevársela cuando ella prorrumpió en gritos de auxilio y el príncipe, oyéndolos, salió de su habitación y ordenó que la dejasen en libertad.

Trajeron luces, y el príncipe vio que llevaba en el cuello el collar que le había dado en la puerta de la iglesia.

—Tú eres la auténtica novia —exclamó—, la que estuviste conmigo en la iglesia. Ven a mi cuarto.

Y, cuando estuvieron solos, le dijo:

—En la entrada de la iglesia pronunciaste el nombre de la doncella Maleen, que fue mi amada y prometida. Si lo creyera posible, diría que la tengo ante mí, pues tú te pareces a ella en todo.

Respondió ella:

—Yo soy la doncella Maleen, que por ti vivió siete años encerrada en una mazmorra tenebrosa; por ti he sufrido hambre y sed, y he vivido hasta ahora pobre y miserable; pero hoy vuelve a brillar el sol para mí. Contigo me han unido en la iglesia, y soy tu legítima esposa.

Y se besaron y fueron ya felices todo el resto de su vida.

La falsa novia fue decapitada en castigo de su maldad.

La torre que había servido de prisión a la doncella Maleen permaneció en pie mucho tiempo todavía y, cuando los niños pasaban por delante de ella, cantaban:

«Cling, clang, corre.
¿Quién hay en esa torre?
Pues hay una princesa
encerrada y presa.
No ceden sus muros,
recios son y duros.
Juanillo colorado,
no me has alcanzado».

La bota de piel de búfalo

UN soldado que nada teme, tampoco se apura por nada. El de nuestro cuento había recibido su licencia y, como no sabía ningún oficio y era incapaz de ganarse el sustento, iba por el mundo a la ventura, viviendo de las limosnas de las gentes compasivas.

Colgaba de sus hombros una vieja capa, y calzaba botas de montar de piel de búfalo; era cuanto le había quedado.

Un día que caminaba a la buena de Dios, llegó a un bosque. Ignoraba cuál era aquel sitio, y he aquí que vio sentado sobre un árbol caído a un hombre bien vestido que llevaba una cazadora verde. Tendióle la mano el soldado y, sentándose en la hierba a su lado, alargó las piernas para mayor comodidad.

—Veo que llevas botas muy brillantes —dijo al cazador—; pero si tuvieses que vagar por el mundo como yo, no te durarían mucho tiempo. Fíjate en las mías; son de piel de búfalo, y ya he andado mucho con ellas por toda clase de terrenos —al cabo de un rato, levantóse—. No puedo continuar aquí —dijo—; el hambre me empuja. ¿Adónde lleva este camino, amigo Botaslimpias?

—No lo sé —respondió el cazador—, me he extraviado en el bosque.

—Entonces estamos igual. Cada oveja, con su pareja; buscaremos juntos el camino.

El cazador esbozó una leve sonrisa y, juntos, se marcharon andando sin parar hasta que cerró la noche.

—No saldremos del bosque —observó el soldado—; mas veo una luz que brilla en la lejanía; allí habrá algo de comer.

Llegaron a una casa de piedra y, a su llamada, acudió a abrir una vieja.

—Buscamos albergue para esta noche —dijo el soldado— y algo que echar al estómago, pues, al menos yo, lo tengo vacío como una mochila vieja.

—Aquí no podéis quedaros —respondió la mujer—. Esto es una guarida de ladrones, y lo mejor que podéis hacer es largaros antes de que vuelvan, pues si os encuentran, estáis perdidos.

—No llegarán las cosas tan lejos —replicó el soldado—. Llevo dos días sin probar bocado, y lo mismo me da que me maten aquí que morir de hambre en el bosque. Yo me quedo.

El cazador se resistía a quedarse; pero el soldado lo cogió del brazo:

—Vamos, amigo, no te preocupes.

Compadecióse la vieja y les dijo:

—Ocultaos detrás del horno. Si dejan algo, os lo daré cuando estén durmiendo.

Instaláronse en un rincón y al poco rato entraron doce bandidos armando gran alboroto. Sentáronse a la mesa, que estaba ya puesta, y pidieron la cena a gritos. Sirvió la vieja un enorme trozo de carne asada, y los ladrones se dieron el gran banquete.

Al llegar el tufo de las viandas a la nariz del soldado, dijo éste al cazador:

—Yo no aguanto más; voy a sentarme a la mesa a comer con ellos.

—Nos costará la vida —replicó el cazador, sujetándolo del brazo.

Pero el soldado se puso a toser con gran estrépito. Al oírlo los bandidos, soltando cuchillos y tenedores, levantáronse bruscamente de la mesa y descubrieron a los dos forasteros ocultos detrás del horno.

—¡Ajá, señores! —exclamaron—. ¿Conque estáis aquí?, ¿eh? ¿Qué habéis venido a buscar? ¿Sois acaso espías? Pues aguardad un momento y aprenderéis a volar del extremo de una rama seca.

—¡Mejores modales! —respondió el soldado—. Yo tengo hambre; dadme de comer, y luego haced conmigo lo que queráis.

Admiráronse los bandidos, y el cabecilla dijo:

—Veo que no tienes miedo. Está bien. Te daremos de comer, pero luego morirás.

—Luego hablaremos de eso —replicó el soldado.

Y, sentándose a la mesa, atacó vigorosamente el asado.

—Hermano Botaslimpias, ven a comer —dijo al cazador—. Tendrás hambre como yo, y en casa no encontrarás un asado tan sabroso como éste.

Pero el cazador no quiso tomar nada. Los bandidos miraban con asombro al soldado, pensando: «Éste no se anda con cumplidos».

Cuando hubo terminado, dijo:

—La comida está muy buena; pero ahora hace falta un buen trago.

El jefe de la pandilla, siguiéndole el humor, llamó a la vieja:

—Trae una botella de la bodega, y del mejor.

Descorchóla el soldado, haciendo saltar el tapón y, dirigiéndose al cazador, le dijo:

—Ahora, atención hermano, que vas a ver maravillas. Voy a brindar por toda la compañía.

Y, levantando la botella por encima de las cabezas de los bandoleros, exclamó:

—¡A vuestra salud, pero con la boca abierta y el brazo en alto!

Y bebió un buen trago.

Apenas había pronunciado aquellas palabras, todos se quedaron inmóviles, como petrificados, abierta la boca y levantando el brazo derecho.

Dijo entonces el cazador:

—Veo que sabes muchas tretas, pero ahora vámonos a casa.

—No corras tanto, amiguito. Hemos derrotado al enemigo; y es cosa de recoger el botín. Míralos ahí, sentados y boquiabiertos de estupefacción; no podrán moverse hasta que yo se lo permita. Vamos, come y bebe.

La vieja hubo de traer otra botella de vino añejo, y el soldado no se levantó de la mesa hasta que se hubo hartado para tres días.

Al fin, cuando ya clareó el alba, dijo:

—Levantemos ahora el campo; y, para ahorrarnos camino, la vieja nos indicará el más corto que conduce a la ciudad.

Llegados a ella, el soldado visitó a sus antiguos camaradas y les dijo:

—Allí, en el bosque he encontrado un nido de pájaros de horca; venid, que los cazaremos.

Púsose a su cabeza y dijo al cazador:

—Ven conmigo y verás cómo aletean cuando los cojamos por los pies.

Dispuso que sus hombres rodearan a los bandidos y luego, levantando la botella, bebió un sorbo, y agitándola encima de ellos exclamó:

—¡A despertarse todos!

Inmediatamente recobraron la movilidad; pero fueron arrojados al suelo y sólidamente amarrados de pies y manos con cuerdas.

A continuación, el soldado mandó que los cargasen en un carro, como si fuesen sacos, y dijo:

—Llevadlos a la cárcel.

El cazador, llamando aparte a uno de la tropa, le dijo unas palabras en secreto.

—Hermano Botaslimpias —exclamó el soldado—, hemos derrotado felizmente al enemigo y vamos con la tripa llena; ahora seguiremos tranquilamente, cerrando la retaguardia.

Cuando se acercaban ya a la ciudad, el soldado vio que una multitud salía a su encuentro lanzando ruidosos gritos de júbilo y agitando ramas verdes; luego avanzó toda la guardia real formada.

—¿Qué significa esto? —preguntó, admirado, al cazador.

—¿Ignoras —respondióle éste— que el Rey llevaba mucho tiempo ausente de su país? Pues hoy regresa, y todo el mundo sale a recibirlo.

—Pero ¿dónde está el Rey? —preguntó el soldado—. No lo veo.

—Aquí está —dijo el cazador—. Yo soy el Rey y he anunciado mi llegada.

Y, abriendo su cazadora, el otro pudo ver debajo las reales vestiduras.

Espantóse el soldado y, cayendo de rodillas, pidióle perdón por haberlo tratado como a un igual sin conocerlo llamándole con un apodo. Pero el Rey le estrechó la mano, diciéndole:

—Eres un bravo soldado y me has salvado la vida. No pasarás más necesidad, yo cuidaré de ti. Y el día en que te apetezca un buen asado, tan sabroso como el de la cueva de los bandidos, sólo tienes que ir a la cocina de palacio. Pero si te entran ganas de pronunciar un brindis, antes habrás de pedirme autorización.

La llave de oro

UN día de invierno en que una espesa capa de nieve cubría la tierra, un pobre muchacho hubo de salir a buscar leña con un trineo.

Una vez la hubo recogido y cargado, sintió tanto frío, que antes de regresar a casa quiso encender fuego y calentarse un poquitín. Al efecto apartó la nieve, y debajo, en el suelo, encontró una llavecita de oro.

Creyendo que donde había una llave debía estar también su cerradura, siguió excavando en la tierra y, al fin, dio con una cajita de hierro. «¡Con tal que ajuste la llave! —pensó—. Seguramente hay guardadas aquí cosas de gran valor».

Buscó y, al principio, no encontró el agujero de la cerradura; al fin descubrió uno, pero tan pequeño que apenas se veía.

Probó la llave y, en efecto, era la suya. Diole vuelta, y… Ahora hemos de esperar a que haya abierto del todo y levantado la tapa. Entonces sabremos qué maravillas contenía la cajita.

LEYENDAS INFANTILES

San José en el bosque

ERASE una vez una madre que tenía tres hijas; la mayor era mala y displicente; la segunda, pese a sus defectos, era ya mucho mejor, y la tercera, un dechado de piedad y de bondad.

La madre, cosa extraña, prefería a la mayor y, en cambio, no podía sufrir a la pequeña, por lo cual solía mandarla a un bosque con objeto de quitársela de encima, convencida de que un día u otro se extraviaría y nunca más volvería a casa. Pero el ángel de la guarda, que vela por los niños buenos, no la abandonaba, y siempre la conducía por el buen camino.

Sin embargo, una vez el angelito hizo como que se distraía, y la niña no logró encontrar el sendero para regresar. Siguió caminando hasta el anochecer y, viendo a lo lejos una lucecita, dirigióse a ella a toda prisa y llegó ante una pequeña choza.

Llamó, abrióse la puerta y, al franquearla, se encontró ante una segunda puerta, a la cual llamó también. Acudió a abrirla un hombre anciano, de aspecto venerable y blanquísima barba. Era el propio San José, que le dijo cariñoso:

—Entra, pequeña, siéntate junto al fuego en mi sillita y caliéntate; iré a buscarte agua límpida si tienes sed; pero, en cuanto a comida, aquí en el bosque no tengo nada para ofrecerte, como no sean unas raicillas que habrás de pelar y cocer.

Dióle San José las raíces; la muchachita las raspó cuidadosamente y, sacando luego el trocito de tortilla y el pan que le había dado su madre, lo puso todo al fuego en un pucherito y lo coció en un puré.

Cuando estuvo preparado, díjole San José:

—¡Tengo tanta hambre! ¿No me darías un poco de tu comida?

La niña le sirvió de buen grado una porción mayor de la que se quedó para sí misma; pero Dios bendijo su cena, y la muchachita quedó saciada.

Luego dijo el santo:

—Ahora, a dormir; pero sólo tengo una cama. Tú te acuestas en ella, y yo me echaré en el suelo, sobre la paja.

—No —respondió la niña—, tú te quedas con la cama; a mí me basta con la paja.

Pero San José la cogió en brazos y la llevó a la camita, donde la chiquilla se durmió después de haber rezado sus oraciones.

Al despertarse a la mañana siguiente, quiso dar los buenos días al viejo, mas no lo vio. Lo buscó por todas partes sin lograr encontrarlo, hasta que finalmente, detrás de la puerta, descubrió un saco con dinero, tan pesado que apenas podía llevarlo; y encima estaba escrito que era para la niña que había dormido allí aquella noche.

Cargando con el saco, emprendió el camino de vuelta a su casa, a la que llegó sin contratiempo, y como entregó todo el dinero a su madre, la mujer no pudo por menos que darse por satisfecha.

Al otro día entráronle ganas a la hermana segunda de ir al bosque, y la madre le dio bastante más tortilla y pan que a su hermanita la víspera.

Discurrieron las cosas como con la pequeña. Llegó al anochecer a la cabaña de San José, quien le dio raíces para cocerlas y, cuando ya estuvieron preparadas, le dijo igualmente:

—¡Tengo hambre! Dame un poco de tu cena.

Respondióle la muchacha:

—Haremos partes iguales.

Y cuando el santo le ofreció la cama, diciéndole que dormiría él sobre la paja, respondió la niña:

—No, duerme en la cama conmigo; hay sitio para los dos.

Pero San José la cogió en brazos, la acostó en la camita, y él se echó sobre la paja.

Por la mañana, al despertarse la niña, San José había desaparecido, y la muchacha, detrás de la puerta, encontró un saquito de un palmo de largo con dinero, y encima llevaba también escrito que era para la niña que había pasado la noche en la casita.

La chiquilla se marchó con el saquito y, al llegar a su casa, lo entregó a su madre; pero antes se había guardado, en secreto, dos o tres monedas.

Picóse con todo esto la mayor, y se propuso ir también al bosque al día siguiente. La madre le puso toda la tortilla y todo el pan que quiso la muchacha y, además, queso.

Al atardecer encontróse con San José en la choza, igual que sus hermanas. Cocidas las raíces, al decirle San José:

—¡Tengo hambre! Dame un poco de tu comida.

Replicó la muchacha:

—Espera a que yo esté harta; te daré lo que me haya sobrado.

Y se lo comió casi todo, y San José hubo de limitarse a rebañar el plato.

El buen anciano le ofreció entonces su cama, brindándose él a dormir en el suelo, y la muchacha aceptó sin remilgos, acostándose en el lecho y dejando que el viejo durmiese en la dura paja.

Al despertarse por la mañana, no vio a San José en ninguna parte; mas no se preocupó por ello, sino que fue directamente a buscar el saco de dinero detrás de la puerta. Pareciéndole que había algo en el suelo y no pudiendo distinguir lo que era, se agachó y dio de narices contra el objeto, el cual se le quedó adherido a la nariz. Al levantarse se dio cuenta, con horror, de que era una segunda nariz, pegada a la primera. Púsose a llorar y chillar, pero de nada le sirvió; siempre veía aquellas narices de palmo que tanto la afeaban.

Salió corriendo y gritando hasta que alcanzó a San José y, cayendo de rodillas a sus pies, púsose a rogarle y suplicarle con tanto ahínco que el buen santo, compadecido, le quitó la nueva nariz y le dio dos reales.

Al llegar a la casa, recibióla en la puerta la madre y le preguntó:

—¿Qué regalo traes?

Y ella, mintiendo, dijo:

—Un gran saco de dinero; pero lo he perdido en el camino.

—¡Perdido! —exclamó la mujer—. Entonces tenemos que ir a buscarlo.

Y, cogiéndola de la mano, quiso llevársela al bosque.

Al principio, la muchacha lloró y se resistió a acompañarla; pero, al fin, se fue con ella; mas por el camino las acometieron un sinfín de lagartos y serpientes, de las que no pudieron escapar. A mordiscos mataron a la niña

mala; y, en cuanto a la madre, le picaron en un pie, en castigo por no haber educado mejor a su hija.

Los doce apóstoles

TRESCIENTOS años antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, vivía una madre que tenía doce hijos. Y era tan pobre y estaba tan necesitada, que no sabía cómo seguir manteniéndolos. Rezaba todos los días a Dios pidiéndole la gracia de que sus hijos se encontrasen en la Tierra cuando viniera a ella el prometido Mesías.

A medida que aumentaba su miseria, la madre los iba mandando uno tras otro por el mundo, a ganarse el pan.

El mayor se llamaba Pedro. Partió y, al cabo de una larga jornada, llegó a un gran bosque. Estuvo buscando la salida, pero sólo consiguió extraviarse cada vez más. Y tenía tanta hambre, que casi no podía aguantarse de pie. Al fin, la debilidad lo obligó a tumbarse persuadido de que iba a morir cuando, de pronto, se le presentó un niño reluciente, hermoso y afable como un ángel. El pequeño dio unas palmadas para llamar la atención de Pedro el cual, levantando la mirada, violo a su lado.

Díjole entonces el niño:

—¿Qué haces ahí tan triste?

—¡Ay! —respondió Pedro—. Voy corriendo mundo para ganarme el pan y alcanzar a ver al Mesías prometido, pues éste es mi mayor deseo.

—Ven, tu deseo será realizado —le dijo el niño.

Y, tomando a Pedro de la mano, lo condujo a una gran cueva que había entre unas rocas.

Al entrar en ella, todo era un ascua de oro, plata y cristal y, en el centro, había doce cunas alineadas.

Dijo entonces el ángel:

—Échate en la primera y duerme un poco; te voy a mecer.

Hízolo Pedro, y el ángel le cantó y meció hasta que se hubo dormido y, mientras dormía, llegó el segundo hermano, acompañado también por su ángel protector, que lo meció y durmió a su vez cantándole la nana; y así sucesivamente todos los demás, por turno, hasta que los doce estuvieron dormidos en las doce cunas de oro.

Y así durmieron por espacio de trescientos años, hasta la noche en que vino al mundo el Redentor. Entonces se despertaron y vivieron con él en la Tierra. Fueron los doce apóstoles.

La rosa

ERASE una mujer pobre que tenía dos hijos, el menor de los cuales había de salir todos los días al bosque a buscar leña.

Ya adentrado mucho en él, salióle al encuentro un niño muy pequeño que, acercándosele sin miedo, lo ayudó diligentemente a recoger la leña y a transportarla a casa; y, al llegar a la puerta, desapareció.

El muchachito lo contó a su madre, pero ella se negó a creerlo. Al fin, el muchachito sacó una rosa y le explicó que el niño se la había dado, diciéndole: «Volveré cuando se abra esta rosa».

La madre puso la flor en agua. Y una mañana, el muchacho no se levantó de la cama y, al ir su madre a llamarlo, lo encontró muerto, pero con semblante apacible y dichoso. Y aquella misma mañana se abrió la rosa.

La pobreza y la humildad llevan al cielo

ERASE un príncipe que salió a pasear por el campo. Andaba triste y pensativo, y al levantar la mirada al cielo y verlo tan azul y sereno, exclamó con un suspiro:

—¡Qué bien debe uno sentirse allá arriba! —viendo luego a un pobre anciano que venía por el camino, le dijo—. ¿Cómo podría yo llegar al cielo?

—Con pobreza y humildad —le respondió el viejo—. Ponte mis vestidos rotos, recorre el mundo durante siete años para conocer la miseria; no aceptes dinero, sino que, cuando estés hambriento, pide un pedazo de pan a las gentes caritativas; de este modo te irás acercando al cielo.

Quitóse el príncipe sus ricas vestiduras y, después de cambiarlas por las del mendigo, salió a vagar por el mundo y sufrió grandes privaciones. No tomaba sino un poco de comida, y no hablaba; sólo rogaba a Dios que lo acogiese un día en el cielo.

Transcurridos los siete años, regresó al palacio del Rey, su padre, pero nadie lo reconoció.

Dijo a los criados:

—Id a comunicar a mis padres que he vuelto —pero los criados no le prestaron crédito y, echándose a reír, lo dejaron plantado. Entonces dijo el príncipe—. Subid a decir a mis hermanos que salgan; me gustaría volverlos a ver.

Tampoco esto querían hacer hasta que, al fin, uno se decidió y fue a transmitir el recado a los hijos del Rey. Éstos no lo creyeron y olvidaron el asunto.

Entonces el príncipe escribió una carta a su madre describiéndole su miseria, pero sin revelarle que era su hijo. La Reina, compadecida, mandó

que le asignasen un lugar al pie de la escalera, y que todos los días dos criados le llevasen comida.

Pero uno de los servidores era perverso.

—Para qué dar a ese pordiosero tan buena comida —decía.

Y se la guardaba para él o la echaba a los perros. Al pobre, débil y extenuado, no le daba más que agua.

Otro criado, en cambio, era honrado y le llevaba lo que le entregaban para él. Poca cosa, mas lo bastante para permitir al mísero subsistir una temporada. Iba debilitándose progresivamente, pero todo lo sufría con paciencia.

Observando que su estado se agravaba por momentos, pidió que le trajesen la sagrada comunión. A mitad de la misa, todas las campanas de la ciudad y sus contornos empezaron a tañer por sí solas.

Terminado el divino oficio, el sacerdote dirigióse al pie de la escalera y encontró muerto al pobre, sosteniendo en una mano una rosa y en la otra un lirio; junto a su cuerpo había un papel, donde se hallaba escrita su historia. Y a ambos lados de la tumba brotaron también una rosa y un lirio.

El divino manjar

HUBO un tiempo en que vivían dos hermanas: una, rica y sin hijos; la otra, viuda con cinco hijos y, tan pobre, que no tenía pan para dar de comer a sus pequeños.

Agobiada por la necesidad, fue a casa de su hermana y le dijo:

—Mis hijos padecen hambre; tú, que eres rica, puedes darme un poco de pan.

—No tengo pan en casa.

Y la despidió con malos modos.

Unas horas después llegó a casa el marido de la mujer rica y se dispuso a cortarse una rebanada de pan; y al clavar el cuchillo en la hogaza, empezó a manar de ella sangre roja. Al verlo su esposa, asustóse y le explicó lo ocurrido.

Corrió el hombre a casa de la pobre dispuesto a auxiliarla y, al entrar en la habitación, la encontró orando con los dos hijos menores en brazos; los tres mayores, yacían muertos en la cama.

El hombre le ofreció comida, pero ella contestó:

—Ya no pedimos alimentos terrenales. A tres de nosotros, Dios los ha saciado ya, y escuchará también las súplicas de los que quedamos.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, los dos pequeños exhalaron el último suspiro, y la madre, estallándole el corazón, cayó también muerta junto a ellos.

Las tres ramas verdes

ERASE una vez un ermitaño que vivía en un bosque, al pie de una montaña, ocupado sólo en la oración y las buenas obras; y cada anochecer, por amor de Dios, llevaba unos cubos de agua a la cumbre del monte.

Muchos animales calmaban en ella la sed, y muchas plantas se refrescaban, pues en las alturas soplaba constantemente un fuerte viento que resecaba el aire y el suelo. Y las aves salvajes que temían a los hombres, describían círculos en el espacio, explorando el terreno con sus penetrantes ojos en busca de agua.

Por ser el ermitaño tan piadoso, un ángel del Señor en figura visible lo acompañaba y, contando sus pasos, llevaba la comida al santo varón una vez éste había terminado su trabajo, como aquel profeta que, por orden de Dios, era alimentado por un cuervo.

Siendo ya el virtuoso anacoreta de una edad muy avanzada, vio un día desde lejos que llevaban a la horca a un pobre pecador, y se dijo para sus adentros: «Ahora recibe éste su merecido».

Aquella velada, cuando subió el agua a la montaña, no se presentó el ángel que siempre lo acompañaba y le traía el alimento. Asustado, hizo examen de conciencia, procurando recordar en qué podía haber pecado, ya que Dios le manifestaba su enojo; pero no encontró ninguna falta. Dejó de comer y beber y, arrojándose al suelo, se pasó mucho tiempo en oración.

Y un día en que estaba en el bosque llorando amargamente, oyó un pajarillo que cantaba con deliciosos trinos, de lo cual recibió aún más pesadumbre; y le dijo:

—¡Qué alegremente cantas! Contigo no está Dios irritado. ¡Ah, si pudieses decirme en qué falté, para que mi corazón se arrepintiese y

recobrase aquel contento de antes!

He aquí que el pajarillo rompió a hablar, diciendo:

—Hiciste mal al condenar al pobre pecador que conducían al cadalso; por eso, Dios está enojado contigo, pues sólo Él tiene derecho a juzgar. Pero si te arrepientes y haces penitencia, serás perdonado.

Y se le apareció el ángel con una rama seca en la mano y le dijo:

—Llevarás esta rama contigo hasta que broten de ella tres ramillas verdes, y por la noche, al acostarte, descansarás la cabeza sobre ella. Mendigarás el pan de puerta en puerta, y nunca pasarás más de una noche en una misma casa. Tal es la penitencia que el Señor te impone.

Tomó el ermitaño la vara y volvió al mundo que no viera desde hacía tantos años. Comía y bebía sólo lo que le daban en las puertas donde llamaba; muchas veces no fueron oídas sus súplicas, y muchas puertas permanecieron cerradas, por lo que fueron numerosos los días en que no tuvo ni un mísero mendrugo de pan para comer.

Una vez que había estado mendigando infructuosamente desde la mañana a la noche sin que nadie le diese ni comida ni albergue, entró en un bosque y llegó ante una miserable choza, donde había una vieja.

Pidió él:

—Buena mujer, permitid que me refugie por esta noche en vuestra casa.

Y la vieja le dijo:

—No, no podría aunque quisiese. Tengo tres hijos salvajes y malvados. Si os encontrasen aquí, al volver de sus rapiñas, nos matarían a los dos.

Insistió el ermitaño:

—Dejad que me quede; no nos harán nada.

Y la mujer, apiadada, consintió en recogerlo.

Tendióse el hombre al pie de la escalera, con una rama por almohada. Al verlo la vieja, preguntóle por qué se ponía así, y él le contó que lo hacía en cumplimiento de una penitencia. Había ofendido al Señor un día en que, viendo conducir a la horca a un condenado, había dicho que llevaba su merecido.

Púsose la mujer a llorar exclamando:

—¡Ay! Si Dios castiga de este modo una sola palabra, ¡qué es lo que les espera a mis hijos cuando se presenten ante Él para ser juzgados!

Hacia media noche regresaron los bandidos, con gran ruido y vocerío. Encendieron fuego y, al quedar la covacha iluminada, vieron al hombre tumbado al pie de la escalera e increparon, iracundos, a su madre:

—¿Quién es ese hombre? ¿No te hemos prohibido que acojas a nadie?

—Dejadlo en paz —suplicó la vieja—. Es un pobre pecador que expía sus pecados.

—¿Qué ha hecho, pues? —preguntaron los ladrones; y despertaron al anciano—. ¡Eh, viejo, cuéntanos cuáles son tus pecados!

Incorporóse el penitente y les explicó cómo con una sola palabra había ofendido a Dios, y la penitencia que le había sido impuesta. Su narración conmovió de tal manera a los bandidos que, espantados de su vida anterior, se arrepintieron y decidieron hacer penitencia. El ermitaño, una vez convertidos los tres pecadores, volvió a tenderse al pie de la escalera.

Por la mañana lo encontraron muerto, y de la vara seca que le servía de almohada habían brotado tres ramas verdes. El Señor le había restituido su gracia y acogido en su seno.

La «copita» de la Virgen

A un carretero se le había atascado el carro que llevaba cargado de vino, y de ninguna manera podía sacarlo adelante.

En esto acertó a pasar la Santísima Virgen y, al observar el apuro del carretero, le dijo:

—Estoy cansada y sedienta; dame un vaso de vino y te sacaré el carro del atolladero.

—Bien a gusto lo haría —respondió el hombre—, pero no tengo ningún vaso en que echar el vino.

Entonces la Virgen cogió una florecilla blanca con rayas coloradas llamada farolillo, que tiene forma muy parecida a una copa, y la ofreció al carretero.

Llenóla éste de vino y la Virgen bebió, y en el mismo instante quedó el carro desatascado y el hombre pudo continuar su camino. Desde entonces se conoce la florecilla con el nombre de «copita de la Virgen».

La viejecita

EN una gran ciudad, una pobre anciana estaba por la noche sola en su habitación; pensaba en cómo había perdido primero a su marido, luego a sus dos hijos y, poco a poco, a todos sus parientes y amigos; aquel mismo día había perdido al último, quedándose sola y abandonada del mundo entero.

Tan triste estaba la pobre anciana, sobre todo por la pérdida de sus hijos, que incluso llegó a reprochar a Dios.

Permanecía triste y abatida cuando oyó el tañido de la campana que tocaba a maitines. Sorprendida de haber pasado toda la noche en vela, entregada a sus tristes pensamientos, encendió la luz y se encaminó a la iglesia.

Al llegar, el templo estaba completamente iluminado, aunque no por velas y cirios como de costumbre, sino por un resplandor raro y crepuscular. Estaba también lleno de gente, y todos los sitios aparecían ocupados, y cuando la viejecita quiso ocupar el suyo habitual, resultó que el banco estaba lleno.

Y al mirar a aquellas gentes, se dio cuenta de que todos eran parientes difuntos, que estaban sentados allí con sus vestidos de otros tiempos y con los rostros lívidos. No hablaban ni cantaban, mas en la iglesia se percibía un extraño zumbido y rumoreo.

Levantóse una tía suya y, acercándosele, le dijo:

—Mira al altar, verás a tus hijos.

La vieja dirigió la mirada al punto indicado y vio a sus hijos: el uno, colgando de una horca; el otro, azotado sobre la rueda.

Y explicó la vieja tía:

—¿Ves? Ése era el destino que les estaba reservado si hubiesen vivido y Dios no los hubiese llamado a su seno cuando aún eran niños inocentes.

La vieja regresó temblando a su casa y, cayendo de rodillas, dio gracias a Nuestro Señor por haber hecho las cosas mejor de lo que ella podía comprender. Y a los tres días murió ella también.

Las bodas celestiales

UN pobre mozo campesino oyó un día en la iglesia predicar al señor cura:

—Quien quiera ir al cielo, debe seguir siempre el camino recto.

El muchacho se puso pues en camino, siempre adelante, sin jamás torcer, a través de montes y valles.

Al fin, llegó a una gran ciudad y fue a parar a la iglesia, donde se celebraba el divino oficio. Viendo aquella magnificencia, creyó nuestro mozo que había llegado al cielo y sentóse radiante de alegría.

Terminada la función, cuando el sacristán le dijo que se retirase, negóse él:

—No, yo no me marcho. Estoy muy contento de haber llegado, por fin, al cielo.

Fue el sacristán al cura a decirle que en la iglesia había un muchacho que no quería salir, porque creía estar en el cielo.

Respondió el cura:

—Si lo cree así, dejémoslo.

Luego se dirigió al mocito y le preguntó si le apetecía trabajar. Contestó el muchacho que sí, y que estaba acostumbrado al trabajo; lo que no quería era marcharse del cielo. De esta forma, se quedó en la iglesia.

Al ver a la gente que se acercaba a la imagen de la Virgen con el Niño Jesús en brazos, tallada en madera, y que se arrodillaban y rezaban, pensó: «Éste será Nuestro Señor».

Y exclamó:

—¡Señor, y qué flaco estás! Seguramente te hacen pasar hambre. Te traeré cada día la mitad de mi ración.

Desde entonces llevaba todos los días a la imagen la mitad de su comida; y he aquí que la estatua empezó a comer aquellas viandas.

Transcurridas un par de semanas, la gente notó que la imagen crecía y engordaba, de lo cual se asombraron todos. El párroco no podía dar crédito a sus ojos, y un día se quedó en el templo espiando al muchachito. Entonces pudo ver cómo partía el pan con la Virgen y cómo ésta lo cogía.

Al cabo de un tiempo, el chiquillo cayó enfermo y hubo de estar ocho días en cama. Al levantarse, su primer cuidado fue llevar la comida a la Madre de Dios.

El cura lo siguió y oyó que decía:

—Señor, no te enfades si durante estos días no te he traído nada; he estado enfermo y no he podido levantarme.

Y es el caso que la imagen le respondió:

—He visto tu buena voluntad, y ella me ha bastado; el próximo domingo te invito a bodas.

El muchacho sintió una gran alegría y se lo comunicó al señor cura, el cual le pidió que preguntase a la imagen si le permitiría asistir a él también.

—No —respondió la imagen—, tú solo.

Entonces el cura se brindó a prepararlo y a darle la sagrada comunión, a lo cual asintió el niño. Y el domingo, en cuanto hubo comulgado, cayó muerto y celebró sus bodas eternas.

La vara de avellano

UNA tarde en que el Niño Jesús se había dormido en su cunita entró su Madre y, contemplándolo llena de ternura, le dijo:

—¿Te has dormido, Hijo mío? Duerme tranquilo, mientras yo voy al bosque a buscarte un puñado de fresas. Sé que te gustarán cuando despiertes.

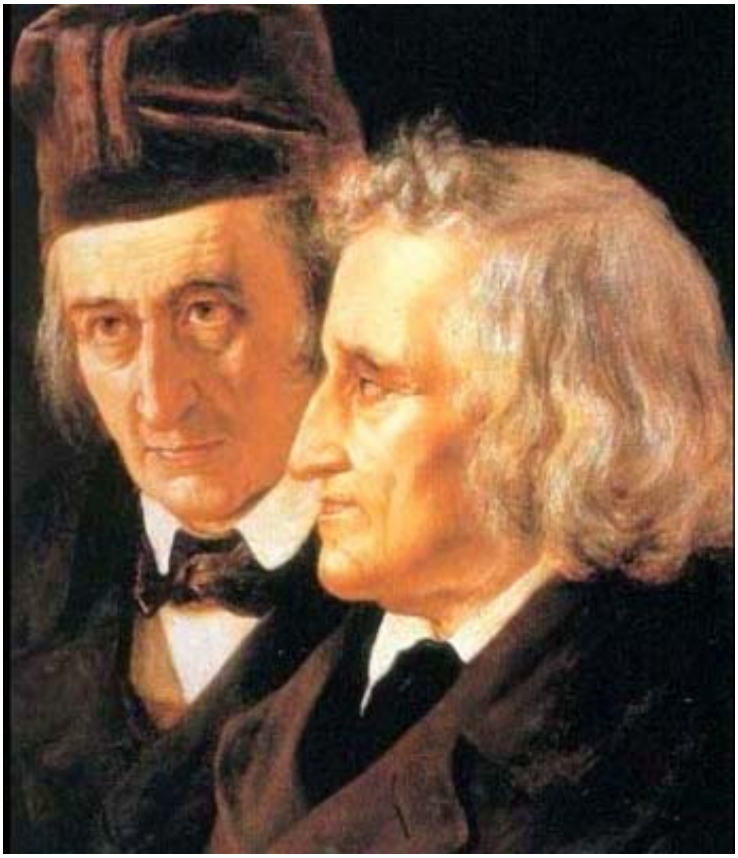
En el bosque encontró un lugar donde crecían fresas hermosísimas y, al agacharse para cogerlas, en medio de la hierba se irguió, de repente, una víbora.

Asustada la Virgen, dejó la planta y echó a correr. Persiguióla la serpiente mas, como ya podéis suponer, la Madre de Dios era lista y, ocultándose detrás de un avellano, permaneció quietecita hasta que la alimaña se hubo marchado.

Recogió entonces las fresas y, camino de su casa, dijo:

—Del mismo modo que esta vez el avellano me ha protegido, en adelante protegerá también a los hombres.

Por eso, desde hace muchísimo tiempo, una rama verde de avellano es la mejor arma de protección contra las víboras, culebras y todos los bichos que se arrastran por el suelo.



Los HERMANOS GRIMM es el término utilizado para referirse a los escritores Jacob Grimm (1785-1863) y Wilhelm Grimm (1786-1859). Fueron dos hermanos alemanes, nacidos en la localidad de Hasau, célebres por sus cuentos para niños.

La labor de los hermanos Grimm no se limitó a recopilar historias, sino que se extendió también a la docencia y la investigación lingüística, especialmente de la gramática comparada y la lingüística histórica. Sus estudios de la lengua alemana son pieza importante del posterior desarrollo del estudio lingüístico (como la Ley de Grimm), aunque sus teorías sobre el origen divino del lenguaje fueron rápidamente desechadas.

Además de sus cuentos de hadas, los Grimm también son conocidos por su obra *Deutsches Wörterbuch*, un diccionario en treinta y tres tomos con etimologías y ejemplos de uso del léxico alemán, que no fue concluido hasta 1960.

También publicaron una selección comentada de romances españoles titulada *Silva de romances viejos*.

Notas

[1] En alemán, *Frau Holle*. Por eso dicen en Alemania, cuando nieva, que Frau Holle se hace la cama. <<